


LEY
RY
Y OF
IIA

MANTOS, CAPAS Y SOMBREROS

Ó EL

MOTIN DE ESQUILACHE

NOVELA HISTÓRICA

ORIGINAL DE

Don Manuel Fernandez y Gonzalez.

Tomo II.

URBANO MANINI, EDITOR

CALLE DE SAN BERNARDO, NÚM. XX

MADRID.—1871

Capítulo I.

Una explicacion.

Despues de oscurecido avisaron al conde de la Salmedina de que un caballero encubierto deseaba hablarle.

El conde no pensó por el momento en que aquel caballero podia ser el misterioso fraile dominico.

—¿Y por qué no se descubre?—dijo á Baltasar, que descansado ya, había vuelto á servirle.

—Dice, señor,—contestó Baltasar,—que á vuecencia y á él les importa mucho que no se descubra.

Entonces el conde pensó en que aquel encubierto podia ser muy bien el padre maestro, y se apresuró á hacerle entrar.

Entró poco despues un hombre alto, gallardo y altivo en la apostura, con un sombrero chambergo echado sobre los ojos y levantado el embozo de la capa hasta el chambergo.

Apenas hubo entrado dijo al conde:

—Cerrad las puertas de manera que nadie pueda oirnos.

El conde se levantó, salió á la habitacion inmediata, cerró su puerta con llave, y dijo al embozado en quien por la voz habia reconocido al dominico:

—Podeis descubriros y hablar sin cuidado, padre maestro. Nadie puede oirnos, á no ser que mi casa tenga pasadizos secretos y acechaderos como los que tenia el pálacio Rocaberti.

—No lo creo, amigo mio,—dijo el fraile, descubriéndose, quitándose el sombrero y dando con efusion la mano al conde de la Salmedina.—Entre nosotros la Inquisicion no es tan terrible, ni con mucho, como lo fué la Inquisicion de Venecia, aun en los tiempos de su decadencia. Si en algun palacio hay alguna comunicacion secreta, esas comunicaciones sirven mucho para el amor y un poco para la política.

—Sentaos, padre, sentaos aquí junto al fuego,—dijo el conde.—El tiempo está muy crudo.

—En efecto, la noche es lóbrega y fria, y aunque desde donde vengo aquí hay poca distancia, me he aterido. El hábito abriga mucho más, y sobre todo, para resguardar la cabeza, la capucha es inmejorable. ¿Habeis leido ya esas memorias?

—Sí, sí señor,—dijo el conde;—hace una hora he terminado su lectura. Os las devuelvo y os doy las gracias.

—No,—dijo el religioso,—conservadlas; ellas son para vos unas memorias de familia; porque á lo que

yo creo, y despues de lo que sabeis, no hay obstáculo alguno que os impida casaros con su excelencia doña Margarita de Saoy, princesa de Otranto, que con el tiempo, tal vez muy pronto, será además marquesa de Letour, princesa del Sacro Romano Imperio. Ya veis que en cuanto al rango, en nada os cede vuestra prometida; y en cuanto á fortuna, es la suya tal que triplica la vuestra.

—De la misma manera me uniria á ella, padre mio, si fuese la mujer de orígen más oscuro y más miserable. El amor es la pasion más niveladora del mundo. Por el amor se llega á todo; pero tanto mejor si nada nos debemos Margarita y yo.

—Nada, en verdad,—dijo el religioso;—porque cuando vuestra noble tia la marquesa de Vallezarzal muera, vos duplicareis vuestros títulos y vuestras rentas; pero para llegar á esa union que tanto anhelais, aun os falta camino. Vos no os perteneceis, señor conde de la Salmedina, porque os habeis puesto en nuestras manos y os habeis ligado con un juramento irredimible.

—Yo he cumplido, cumplo y cumpliré siempre, no ya lo que juro, sino lo que prometo,—dijo el conde,—y soy con tanto más placer vuestro, cuanto que os debo mi felicidad.

—Nosotros, sin embargo, os exigimos un buen precio por ella, y esperamos que no retrocedereis.

—Yo os lo juro de nuevo.

—La situacion es espinosa y difícil para vos, que sois tan impresionable, que puede decirse estais ena-

morado de tres mujeres. Para nosotros esos tres amores vuestros nos vienen á las mil maravillas, porque podemos disponer del príncipe y de la princesa de Astúrias; de Giovana de Fiori, marquesa de Letour, que con su amistad con la marquesa de Esquilache es importantísima, y de la que disponeis por el amor que tiene á Margarita de Sacy, y por Ana del Rey, que os adora, tenemos á ese Cosme Calcorra que la adora á ella, y que es tambien importantísimo.

—Es verdad,—dijo el conde,—que no me entiendo á mí mismo; si apelo á mi corazon y á mi conciencia, resulta que mi pasion, mi todo, es Margarita, y sin embargo, me inquietan gravemente la princesa de Astúrias y Ana del Rey.

—¡Ah! esto se comprende perfectamente,—dijo el religioso.—Eso es de una parte el corazon humano, y de otra parte la licencia que ha empezado á corromper nuestras costumbres; en una palabra, una mala educacion moral. En otros tiempos los hombres creian, como creian en Dios, que no podia amarse, ni aun pensarse con un interés amoroso más que en una sola mujer; hoy es distinto: para la gente noble y rica va haciéndose una necesidad, y aun casi un artículo de lujo imprescindible, la querida.

—Perdonad, padre,—dijo el conde de la Salmedina;—pero esto no es nuevo; apelad si no á la historia: vereis que nuestros más grandes reyes y nuestros más altos personajes están plagados de hijos bastardos habidos en queridas.

—Es cierto,—contestó el religioso;—pero desde la decadencia de la casa de Austria, desde el gran predominio del clero sobre el Estado, la severidad inquisitorial, que castigaba severamente los amancebamientos, modificó en gran manera nuestras costumbres, haciéndonos excesivamente meticulosos. La educacion es el hombre, señor conde, y los españoles han llegado en nuestros tiempos á una extraordinaria severidad de costumbres. Por lo demás, lo que á vos os sucede está completamente dentro de las exigencias del espíritu humano. Margarita es vuestra Eva, la mujer nacida para vos, como vos sois el hombre nacido para ella. Ella es vuestra cosa suprema, vuestra alma, la duplicacion de vuestro sér. Pero el alma humana no es sólo amor: es tambien vanidad y sensualidad. Además de esto, el alma humana está sujeta á las leyes inmutables, al imperio de las influencias; esto no se conoce hoy, se vislumbrará mañana, y andando el tiempo, la ciencia hará palpable, evidente, lo que hoy se consideraria como mágico, como sobrenatural, como resultado de una hechiceria. Vos no sabeis hasta qué punto puede llegar la influencia de un sér sobre otro sér, á causa de lo que yo llamaria la fuerza de la voluntad. La fe, Jesucristo lo ha dicho, Jesucristo, la eterna sabiduría, la fe basta por sí sola para remover las montañas. Lo que sucede es lo más natural del mundo. Margarita y vos sois dos mitades completamente semejantes; os habeis encontrado, y en el mismo momento os habeis convertido en un solo sér, por medio de una misma fe, de

una misma voluntad. Si vos no hubiérais encontrado á Margarita, todo vuestro amor, toda vuestra fe, toda vuestra voluntad, se hubiera unido al amor, á la fe, á la voluntad que por vos siente María Luisa, cuya poderosa influencia sentís. Pero contrariada, combatida por la influencia mucho mayor, mejor dicho, por la influencia absoluta que ejerce sobre vos Margarita. A pesar de esta absoluta influencia, os aturde, os fascina la alta posicion social y el voluntarioso amor de la princesa de Astúrias. En cuanto á Ana del Rey, vos ejercísteis sobre ella en cuanto os vió una influencia decisiva, y ella se ha vuelto á vos con toda su fe, con toda su voluntad, y á su vez os hace sentir su influencia, aunque menor que la que sobre vos ejerce la princesa de Astúrias, menor á su vez que la que experimentais á causa de Margarita. El corazon humano es un abismo. Margarita es vuestro todo. La princesa de Astúrias halaga vuestra soberbia, vuestra vanidad, vuestra sensualidad, y esta sensualidad se siente tambien irritada por la candente belleza, por el amor y por la sensualidad de Ana del Rey. Vos os unireis á Margarita, hareis transigir con sus celos á la princesa de Astúrias, y tendreis en Ana del Rey una esclava sumisa. Todo esto nos conviene: os ló digo francamente, y si no nos conviniese no lo protegeríamos. Estos medios aparecen un tanto turbios. Sin embargo, si para llegar á la realizacion de las grandes ideas no fuese lícito el valerse de medios ilícitos, no se llegaria á ningun gran resultado, porque el corazon humano se arrastra general-

mente sobre el lodo de las pasiones. De la misma manera que los venenos usados en una proporcion conveniente sirven de medicina para gravísimas enfermedades, las pasiones, los vicios y aun los crímenes, sábiamente aprovechados, sirven para resolver grandes, inmensas cuestiones humanitarias. Os digo esto para que no extrañeis el que nosotros nos valgamos de ciertos medios reprobados en sí mismos, pero que son palancas poderosas para producir el bien.

—Yo adivino algo inmenso detrás de la sociedad misteriosa á que pertenezco sin conocerla,—dijo el conde;—ni aun he pensado en aventurar deducciones desfavorables á esa sociedad. Yo creo, un secreto instinto me lo dice, que esa sociedad marcha hácia el bien, y siento un vivísimo deseo de ser iniciado.

—No os puedo decir nada acerca de eso,—contestó el dominico.—No sé cómo se os considerará en adelante; hasta ahora se os considera como instrumento. No hay motivos aún para tener en vos la confianza necesaria para que seais iniciado. Aún no habeis pasado por ninguna de las grandes pruebas. Aún no nos habeis servido. En vos consistirá el ser iniciado ó no; pero sabed, entre tanto, que la sociedad á que en cierta manera perteneceis os protege, y de ello teneis ya más de una prueba. La debeis mucho, y ella tiene derecho de una parte á vuestra obediencia, puesto que, como caballero, os habeis obligado, y á vuestro agradecimiento, porque ella ha desvanecido el misterio que envolvia la existencia de

la mujer que adorais, y ha hecho completamente fácil y honrosa vuestra union con ella.

—¡Ah! Yo no puedo olvidar eso jamás,—dijo el conde,—y además me seducen las grandes ideas.

—En verdad, señor conde,—dijo el religioso,—á pesar de vuestra clase, que os ha sujetado á una educacion llena de preocupaciones, sois un hombre muy avanzado á nuestro tiempo. Pero llega ya la hora en que debemos trasladarnos á otra parte. Guardad cuidadosamente ese libro, armaos y cubríos, y salgamos tan secretamente como sea posible de vuestra casa.

El conde guardó el manuscrito en uno de los secretos de una papelera, se ciñó una espada, se enganchó al cinto un par de pistolas, se puso una capa oscura y larga á la española y un sombrero gacho de anchas alas, y dijo al religioso:

—Cuando gusteis, padre mio.

El dominico se caló el sombrero, se embozó hasta los ojos y siguió al conde.

Este, que habia tomado una llave, llevó al dominico por una escalera de servicio al postigo que correspondia á la calle de Segovia.

Abrió, salieron, volvió á cerrar el conde, y se dirigieron hácia la plazuela de la Cruz de Puerta Cerrada.

La noche era lóbrega, fria, tempestuosa y llovia menudamente.

Capitulo II.

Un juicio secreto.

El dominico llevó al conde hasta el postigo del convento de Santo Tomás que corresponde á la calle de la Concepcion Jerónima.

No pasaba nadie.

Madrid no era entonces tan populoso como ahora, y además lo excesivamente crudo de la noche retenia en sus casas á los que no tenian una grave necesidad de salir.

El dominico abrió el postigo y pasáron.

Volvió á cerrarse el postigo, é inmediatamente lució la luz de una linterna que el padre maestro acababa de abrir.

—No me he valido de ninguna precaucion para que no conozcais la situacion de los lugares adonde

vais á ser conducido, porque tengo una entera fe en vuestra reserva. Seguidme pues.

El conde, siguiendo al dominico, llegó á la iglesia, que aparecia sombría y pavorosa.

Las tinieblas apenas estaban rotas en algunos puntos por la lámpara del Santísimo, que ardia delante del altar mayor, y por algunas otras opacas lámparas encendidas en las capillas.

El religioso se detuvo, seguido por el conde, delante de la verja de una de estas capillas, y la abrió.

En el centro de esta capilla, en el pavimento, habia una de esas largas y estrechas losas de mármol negro con inscripcion, que revelan una sepultura.

Sabido es que en aquellos tiempos se enterraba en las iglesias, y continuó enterrándose durante muchos años.

El religioso se inclinó, y con la misma linterna dió tres leves golpes sobre la losa, que se levantó por uno de los lados como si hubiera sido una compuerta, dejando ver una escalera que se prolongaba por un estrecho agujero, por el que habia que pasar deslizándose.

Nadie habia aparecido en aquel hueco, como si la losa se hubiera abierto por sí sola, mediante sólo los tres leves golpes que el religioso habia dado sobre ella con la linterna.

El religioso bajó y se deslizó.

Siguióle el conde.

Se oyó el ruido sordo de la losa que se cerraba.

Más abajo la escalera era ya perfectamente practicable.

Continuaron bajando durante cuarenta peldaños, y siguieron por una mina perfectamente seca, cubierta de revestimento gris y lustroso, en el que reflejaba de una manera mate la luz de la linterna del dominico.

Llegaron á una puerta, que aquel abrió.

Se encontraron en un espacio octógono, en cada uno de cuyos lados habia un armario negro, en el centro de cuyas hojas se veia pintado en rojo un signo extraño..

El dominico abrió uno de aquellos armarios, y sacó de él dos hábitos rojos, anchos, talares, con mangas perdidas, y dos cumplidos capuces negros con aberturas para los ojos.

—Dadme vuestra capa y vuestro sombrero,—dijo el dominico,—y poneos eso.

El conde obedeció.

Poco despues estaban cubiertos con los hábitos y encapuzados el dominico y él.

No habia entre ellos dos más diferencia sino que el dominico tenia pendiente del cuello una medalla de oro esmaltada en negro, con un signo cabalístico en el centro, y cruzada sobre el pecho una ancha banda tricolor, verde, amarilla y negra.

Despues de esto y de haber cerrado el armario, donde quedaron las capas y los sombreros de ambos, el dominico fué al armario situado al frente de la puerta de entrada de aquel pequeño recinto octógono, tocó un resorte, y el armario se abrió, dejando

franca una puerta, en la que empezaba un caracol de piedra, por el que descendieron, el dominico linterna en mano, y el conde, que le seguia sumido en una profunda meditacion.

La escalera descendia á una gran profundidad.

Cuando hubieron llegado á su fin encontraron una mina tortuosa que torcia y retorcia, y que á un lado y á otro dejaba ver de trecho en trecho la entrada de otras minas.

Aquello era un laberinto.

El dominico avanzaba en silencio.

El conde respetaba el silencio de su guia, y se abismaba cada vez más en sus profundísimas meditaciones.

Parecia, á juzgar por la seguridad con que el padre maestro avanzaba por aquella mina, que conocia perfectamente la direccion que debia seguir.

Otro se hubiera perdido en aquel laberinto.

Al fin llegaron á un lugar en que el dominico tocó al muro, y sin duda por medio de un resorte se franqueó otra puerta secreta.

Se comprendia que aquella sociedad tomaba todas las precauciones imaginables.

Que para llegar á ella habia que pasar por una sucesion de secretos ocultos los unos dentro de los otros, y conocidos tal vez solamente de los muy iniciados.

El dominico y el conde de la Salmedina habian penetrado en un espacio redondo.

Aquel espacio, que era de poca extension, estab

alumbrado por una lámpara muy sencilla de tres mecheros, que pendia del centro de la bóveda.

Aquella bóveda semicircular, pintada de azul, estaba cruzada de una manera diagonal por una especie de zodiaco blanco, por una faja en la que se veian extraños caractéres rojos.

Las paredes, desde la cornisa hasta una banqueta de cuero que corria al rededor, estaban cubiertas de una especie de paño de color rojo muy oscuro.

Sobre el suelo habia una gruesa alfombra del mismo color que la tapicería.

Una cortina, tambien del mismo género, cubria la puerta de entrada, y otra semejante, frente á aquella, cubria otra puerta.

—Esperad aquí,—dijo el dominico al conde,

Y pasó.

El conde esperó cinco minutos.

Al cabo de ellos apareció de nuevo el religioso y le dijo:

—Pasad.

El conde entró, y despues de un pasadizo muy corto, guiado por el dominico, que abrió una mampara, entró en un salon elíptico, de una extension reducida, de bóveda tambien semicircular, pintada de azul con un zodiaco semejante al de la pieza anterior.

Las paredes estaban tambien entapizadas de paño.

Solamente que el rojo era mucho más encendido.

Al fondo habia un dosel.

En este dosel dos espadas desnudas cruzadas, y sobre ellas una balanza, representacion de la justicia.

Debajo del dosel habia una larga mesa cubierta con un tapete de terciopelo rojo.

Sobre esta mesa un crucifijo y una calavera.

Delante de esta calavera y de este crucifijo, una Biblia abierta por el evangelio de San Mateo..

Detrás de la mesa, siete sillones altos, blasonados con el mismo símbolo que el dosel.

Sentado en cada uno de estos sillones, excepto en el del centro, habia un hombre con hábito rojo, con capuz negro, con una banda de seda verde, amarilla y negra.

En una palabra, con el mismo traje que llevaba el dominico.

A cada uno de los dos extremos de la mesa estaba sentado otro hombre, asimismo con ropon rojo y capuz negro y banda diferente.

Esta banda era blanca con líneas trasversales rojas.

Estos dos eran sin duda secretarios, puesto que cada uno de ellos tenia delante de sí un gran tintero de piedra de pórfido rojo, como los que usaban los frailes, y algunas hojas de papel.

El dominico hizo sentar al conde de la Salmedina en un taburete cubierto con un paño rojo, que aparecia delante de la mesa como á dos metros de ella.

Despues de esto, fué á ocupar el sillon que se veia

vacío en el centro, y que aparecia más alto que lo otros seis.

—Levantaos, señor conde de la Salmedina, nuestro hermano,—dijo el dominico.

El conde se levantó.

—Acercaos.

Se acercó el conde.

—Poned vuestra mano derecha sobre los Santos Evangelios,—dijo el dominico.

El conde, sin vacilar, puso la mano sobre la Santa Escritura.

—Conde de la Salmedina,—dijo el dominioo,—¿jurais á Dios por vuestra alma sobre los Santos Evanlios responder en verdad á cuanto se os preguntare?

—Sí, lo juro por Dios, sobre mi alma, sobre mi eternidad,—contestó con voz firme el conde de la Salmedina.

—Retiraos y sentaos,—dijo el dominico.

El conde fué á sentarse en el taburete.

—¿Conocíais al marqués de Arosa?—preguntó el dominico.

—Sí, señor.

—¿Sabeis qué ha sido de él?

—Hà muerto.

—¿De qué manera?

—En duelo.

—¿Dónde?

—En un gabinete del cuarto de guardia del jefe de parada en el palacio del Pardo.

—¿Sabeis quién le mató?

—Sí, señor.

—¿Quién fué?

—Yo.

—¿Por qué?

—Por un asunto de honor.

—Decid qué asunto era ese.

—El marqués de Arosa habia propalado que yo era amante de la serenísima señora princesa de Astúrias.

—¿El duelo fué leal?

—Completamente leal.

—Vos érais ya nuestro hermano, vos nos habíais jurado una obediencia absoluta: ¿cómo, pues, sin consultarnos, sin obtener nuestro consentimiento, os habeis atrevido á un acto tan determinante, tan trascendental como batiros en duelo y por un asunto tan grave como una calumnia ejercitada contra una princesa real?

—Era un lance de honor convenido de antemano,—respondió el conde.—Por otra parte, yo no creia que batiéndome en duelo faltase á la obediencia que os habia jurado: yo estimaba que esa obediencia se referia sólo á los asuntos pertenecientes á nosotros.

—Nosotros todos y cada uno de por sí,—dijo con voz seca y vibrante el encapuchado que estaba á la derecha del dominico,—pertenecemos en cuerpo y en alma á nuestra asociacion, y fuera de ella no tenemos voluntad propia: todo lo que se refiera á un acto en alguna manera determinante, debe consultársenos.

—Ahora recuerdo, que yo fuí autorizado para batirme con el marqués de Arosa por el marqués de Letour, á quien yo creia uno de nuestros jefes.

—Entre nosotros no hay jefes,—dijo friamente el encapuchado que estaba sentado á la izquierda del dominico.—Nosotros no reconocemos otra autoridad que la que emana de nosotros mismos, y se ejerce por delegacion en forma de tribunal, como ahora.

—Yo no estaba iniciado absolutamente,—dijo el conde de la Salmedina.

—¿Qué prueba teneis de que el marqués de Letour, á quien vos creiais uno de nuestros jefes, os autorizase para batiros en duelo con el marqués de Arosa?—preguntó el segundo encapuchado de la derecha del dominico.

—Mi palabra y mi juramento,—dijo el conde,—y el testimonio del mismo marqués de Letour si es leal, puesto que nadie pudo oir una conversacion que pasó entre nosotros secretamente.

—¿Tuvo la princesa de Astúrias conocimiento del duelo?

—Sí, señor.

—¿Qué más personas tuvieron conocimiento de él?

—Los cuatro padrinos necesariamente, y por incidencia otras dos personas.

—¿Qué personas son esas?

—Una jóven llamada Margarita, que ha estado á cargo del marqués de Letour.

—¿Por qué no decís todos sus nombres y títulos, puesto que nos consta que los sabeis?—dijo el ter-

cer encapuchado de la izquierda de la presidencia.

—Yo ignoraba si esto me era permitido: esa dama es la excelentísima señora doña Margarita de Sacy y de Armagnac, princesa de Otranto.

—¿Cómo se encontraba allí aquella señora, y en qué circunstancias?—preguntó con la voz opaca y ronca el tercer encapuchado de la derecha.

El conde de la Salmedina contó su historia del encuentro con Margarita, y las aventuras que le siguieron hasta despues de terminado el duelo.

Naturalmente en este relato reveló el nombre de Benito Cascajares, como el de una de las personas que conocian aquel lance.

Al mismo tiempo reveló tambien cómo se habia echado fuera del palacio el cadáver.

—Nos resta aún otro duelo en que vos habeis hecho otro homicidio, sin que nosotros hayamos tenido conocimiento de ello, siendo necesario que una casualidad nos advirtiese,—dijo el dominico, que desempeñaba las funciones de presidente:—me refiero al lance que habeis tenido con el marqués de Letour en el monte del Pardo, en el lugar llamado los Cuatro Senderos.

—Yo me creia autorizado tambien,—respondió el conde;—el marqués de Letour me llevó á aquel sitio con la intencion de asesinarme, de lo cual dió claras muestras; y sólo una casualidad pudo salvarme de la muerte.

—Sí, la Providencia,—dijo el encapuchado que estaba á la derecha del dominico.

—Señores,—dijo éste,—creo que el juicio presente es tan sencillo y tan claro, que no necesitamos deliberar: por otra parte, nuestro hermano el conde de la Salmedina es completamente un hombre de honor. Yo os propongo su absolucion y su rehabilitacion inmediata. Si hubiera necesidad de justificar este voto, yo le justificaria; pero creo que todos estamos de acuerdo.

—Sí,—dijeron todos, inclusos los secretarios.

Lo que probaba que tenian voz y voto.

—Estais, pues, absuelto y rehabilitado, compañero,—dijo el dominico:—entre nosotros, el que vierte sangre, aunque sea de una manera legítima, queda irregular é incapacitado hasta que se le rehabilita, como acaba de hacerse con vos. Nosotros evitamos la efusion de sangre. Alzaos, pues, del escabel de los acusados, y venid entre nosotros, señor conde.

Y al decir esto, el dominico se quitó el capuz, se despojó del hábito, y los otros ocho hicieron lo mismo.

El conde lanzó un grito de sorpresa.

Todas aquellas personas le eran más ó ménos conocidas.

—Señor baron de Sástago,—dijo el dominico al secretario de la derecha,—formalizad el acta y llevádnosla á la firma. Venid vos, Salmedina.

Todos pasaron por una puerta secreta lateral.

Capítulo III.

Un principio de revelacion.

Despues de un pasadizo de corta extension, entraron en un gran gabinete-biblioteca, en medio del cual habia una gran mesa redonda, que sostenia en su centro un candelabro cargado de bujías encendidas.

Esta mesa estaba llena de libros de todos tamaños y de periódicos de aquel tiempo de todas las naciones, generalmente periódicos oficiales, como la *Gaceta* ó el *Monitor Francés*, que entonces constaba de una sola hoja, y se encontraba en el primer año de su publicacion, y otros, en su gran parte filosóficos, italianos, ingleses ó franceses.

A pesar de que aquella estancia estaba profundamente debajo de tierra, á juzgar por las escaleras que habia descendido el conde siguiendo al dominico, habia allí una gran chimenea encendida.

Su cañon debia ser altísimo.

La estantería era de nogal tallado y dorado, y las encuadernaciones de los libros excelentes.

El dominico entonces no parecia otra cosa que un caballero como cualquiera otro de su tiempo, y tenia cubierto el cerquillo por una gran peluca empolvada; llevó al conde junto á la chimenea, le hizo sentar, y se sentó junto á él.

Los otros que habian compuesto el tribunal, despues de saludar al conde como un antiguo conocido, dejaron la biblioteca y pasaron á otra pieza.

El padre maestro se quedó solo con Salmedina.

—Verdaderamente,—dijo éste,—yo creia estar entre extraños, y la única persona aquí cuyo conocimiento es para mí nuevo, sois vos.

—Eso no supone nada,—dijo el fraile;—nuestra sociedad se ramifica por todas partes, en los dos hemisférios. Todo hombre notable ó útil por cualquier concepto que sea, nos pertenece.

—Esta es, pues, una sociedad inmensa,—dijo el conde.

—Como que su orígen se pierde en la noche de los tiempos. La historia de nuestra sociedad es más antigua aún, se remonta más alta que la historia escrita del mundo.

—¿Pero cómo os llamais, si me es lícito saberlo?—dijo el conde.

—Nuestra sociedad es anónima,—dijo sonriendo el jesuita.—El nombre nada hace para la esencia de las cosas. Nuestra sociedad es el pensamiento hu-

mano, es la direccion de la humanidad, que, para ser fuerte, para no ser destruida, se ha ocultado, se oculta, y se ocultará siempre en la sombra.

—Provenís, pues,—dijo Salmedina,—de los sacerdotes de la India y de los Coptos del Egipto.

—Entre nosotros ha habido siempre y los habrá miembros de todas las asociaciones humanas; pero no se puede decir que esta ó la otra hayan predominado.

—¿Y cuál es el objeto de esta sociedad?

—El progreso dentro de las leyes inmutables de la armonía, esto es, de lo necesario, de lo conveniente, de lo justo; nuestra sociedad preside la organizacion social y la determina. Nosotros atacamos desde las tinieblas y destruimos todo lo que atenta á la vida social de la humanidad; nosotros hacemos las revoluciones y las guerras necesarias; nosotros somos la ciencia que predica y escribe en todas partes y de todas maneras.

—¿Pero cuál es vuestro objeto político ó social determinado?

Ya os lo he dicho: la armonía, la destruccion de todo lo que puede producir un desnivel peligroso. Nosotros venimos de lo inmutable, y vamos á lo inmutáble. Ningun sistema filosófico puede por sí sólo determinar un estado aceptable para la sociedad, ni un órden fuerte; nosotros atacamos la tiranía y el crímen en los que gobiernan; las pasiones y la corrupcion que estas producen en los gobernados; para ello necesitamos atravesar con frecuencia lagos y

aun océanos de sangre, y los atravesamos. La humanidad, respecto á su situacion social, por más que se crea muy adelantada, está aun en embrion.

—¿Será acaso vuestro objeto el establecimiento de las castas?. . . . .

—Tal vez; pero desde el punto de vista de la inteligencia y dentro de la emancipacion del espíritu.

—Esto,—dijo Salmedina,—es ya una iniciacion, pero una iniciacion oscura.

—No por cierto,—dijo el dominico:—voy á proponeros un ejemplo: ¿creeis justo que vos, que sois un hombre como cualquiera otro, os llameis excelentísimo señor conde de la Salmedina, grande de España de primera clase, con todos los privilegios y exenciones anejos á este título, mientras que otros que os envidian, arrostran su miseria, su nulidad, su impotencia sobre el fango del fondo social? ¿Creeis justo que vos, capitan general, coronel de guardias walonas, considereis y mandeis como un esclavo á ese pobre que se llama soldado, á quien se pide y á quien se toma la sangre para la patria? ¿Creeis justo que vos, sin la necesidad del trabajo, por la ventaja del nacimiento y de la herencia, conteis vuestra renta por millones, y no sepais en qué gastarla si no pensais en vanidades, en tanto que otros gimen doblegados por la miseria, sin tener seguro el pan de cada dia para sus pobres hijos? No, estos son los abusos de la fuerza y de la inteligencia, que vienen allá desde la noche de los tiempos representando la tiranía y la injusticia, estableciendo desniveles absurdos

y peligrosos, destruyendo ó pretendiendo destruir el pensamiento de Dios, que ha hecho que el hombre nazca independiente y libre, é igual á sus semejantes por ante la naturaleza.

—Pero vos venís á una negacion,—exclamó el conde de Salmedina;—vos venís á la extincion de las clases y de las fortunas, á la nivelacion de todo, á la igualdad absoluta.

—No, nosotros no vamos á eso,—dijo el dominico,—porque nosotros no vamos al absurdo. La igualdad absoluta no existe. No hay en la naturaleza un solo sér, un solo átomo enteramente semejante á otro, no; lo fuerte no puede ser nunca igual á lo débil, lo hermoso á lo feo, lo alto á lo bajo, lo negro á lo blanco; por eso os he concedido vuestra suposicion de que nosotros marchamos á las castas, sí; pero no á las castas sociales, no á las castas fatales; eso seria establecer una herencia terrible, eso seria fijar el privilegio y la degradacion. No, nosotros vamos, como os he dicho, á la armonía, esto es, al establecimiento de la libertad humana, dentro de la razon y de la naturaleza. Un hombre socialmente considerado, no puede valer ni más ni ménos que lo que la naturaleza ha querido que valga con arreglo á su inteligencia y á sus medios de accion; tener más, solo puede ser por usurpacion; tener ménos, solo puede ser por despojo. Los séres y las cosas tienen un valor real, que nada puede alterar sin establecer desniveles injustos: ni señores ni esclavos. El hombre por sí mismo está investido de su inviolable derecho na-

tural de vivir libremente dentro de su esfera natural de accion: siempre habrá pobres y ricos, fuertes y débiles, altos y bajos, ignorantes y sábios; pero es necesario que el esclavo concluya; es necesario que el hombre sea emancipado por la accion social de la sabiduría y de la justicia. A esto, á la destruccion de todo lo ficticio, de todo lo absurdo, vamos y llegaremos, yo os lo aseguro; nosotros no, aun es pronto, será necesario que pasen, luchen y perezcan algunas generaciones; pero el albor del dia de la emancipacion humana resplandece ya. Mirad la enciclopedia haciendo una revolucion latente en Francia, destinada por Dios á hacer la última revolucion de la humanidad. Pronto, muy pronto, la ira envestirá á la tiranía; pronto, muy pronto, la humanidad fermentará entre torrentes de sangre, y de esa fermentacion resultará un nuevo espíritu, una nueva idea; pronto, muy pronto, dentro de un siglo, las clases sociales, que reconocen su orígen en el nacimiento, y por consiguiente en el privilegio, habrán desaparecido, habrán sido borradas. Nadie se atreverá á decir sin ponerse en ridículo: «Yo soy más que tú, porque he nacido más alto que tú.» ¿Y qué es un siglo en la vida de la humanidad? Ménos que una parte infinitesimal de segundo en la eternidad. Hay que acabar, y se acabará, con la tiranía de raza, como es necesario acabar, y se acabará más tarde, con la tiranía de la inteligencia y con la tiranía de las asociaciones brutales y absurdas; es necesario acabar con toda idea de dominio del hombre sobre el hombre; esa hora

se acerca, la trae en sus alas la civilizacion, esto es, la ciencia difundida por la enseñanza. Dos siglos, tres siglos aún, qué importa; tres partes infinitesimales de segundo en la eternidad. Es necesario que mueran el rey, el sacerdote, el noble, el soldado, el político, el ambicioso; es necesario que cada hombre no sea, ni pueda ser, ni más ni ménos que aquello que naturalmente es; más aún, es necesario que desaparezca el proletario; es necesario que la conciencia y el concurso de todos maten la miseria social; es necesario que el hombre no tenga otra cosa con que luchar que con las enfermedades y la muerte; es necesario, en fin, que la caridad y la justicia sean el alma y el pensamiento social, y como todo lo que es necesario se cumple, eso se cumplirá; entre tanto, nosotros hemos sido y somos la vanguardia de la humanidad; nosotros llevamos en la mano la luz del progreso inevitable, y arrojamos sobre la humanidad sus resplandores desde la sombra; nosotros somos el libro y la palabra; nosotros somos la revolucion, necesaria é incesante: hé aquí todo, y esto es sencillo, muy sencillo; esto se razona por sí mismo, porque todas las verdades llevan consigo su demostracion. Ahora bien; nosotros atacamos á la tiranía y las inconveniencias y los abusos en detalle, en cualquiera que los encontramos; nosotros nos asimilamos todo lo que es útil, todo lo que puede constituir un elemento de combate. Teneis, pues, la iniciacion de nuestro objeto; en cuanto á nuestra organizacion, á nuestra manera de existir, á nuestra

fuerza, nada os importa; podeis tener por seguro que mientras vos representeis para nosotros un elemento útil y leal, podreis consideraros como inviolable contra toda tiranía, garantido contra toda desgracia que no sea un accidente imprevisto de los que nadie puede evitar. Ahora bien, y como nada más tengo que deciros respecto á la sociedad á que perteneceis, y de la cual sois un miembro importantísimo, volvamos á salir á la superficie si os parece. Son ya las nueve de la noche, y yo tengo que ocuparme de un sermon, que, como religioso dominico, debo predicar en la primera festividad.

—Es decir,—preguntó el conde,—que nosotros no somos ni jesuitas, ni fracmasones, ni kuaqueros, ni ninguna de esas sociedades conocidas.

—No, no, nosotros no somos más que los representantes del espíritu humano, su vanguardia, como os he dicho; su ejército de accion, que combate con todas las armas de que dispone, y que marcha hácia la luz, esto es, hácia la verdad, hácia la justicia, á través de la sombra; nosotros somos individual y generalmente los mártires de la humanidad; nosotros pasamos impasibles sobre todo, porque sobre todo pasa impasible é inevitable la fatalidad, esto es, la necesidad, porque marchamos necesariamente á través del océano del tiempo, por un derrotero fijado por Dios hacia una playa desconocida aún, pero que existe, y á la cual llegaremos. Cuando gusteis, señor conde,—añadió el dominico levantándose.

—¿Por qué llamarme conde y señor, y no hermano?—preguntó Salmedina.

—Por costumbre; las denominaciones importan muy poco. Vamos, pues, amigo mio.

Y el dominico se encaminó á la puerta por donde habian salido los otros asociados que habian constituido el tribunal de rehabilitacion del conde.

Muy pronto á través de una puerta secreta penetraron en el largo pasadizo que conducia á la estancia octógona de los armarios, de donde habian tomado sus ropones y sus capuces, y donde habian dejado sus armas, sus capas y sus sombreros.

Al fin, saliendo por la tumba que ya conocemos á la iglesia de Santo Tomás, y luego por el postigo de ella, despues de haber recorrido la calle de la Concepcion Jerónima, la de Latoneros, la plazuela de la Cruz de Puerta Cerrada y parte de la calle de Segovia, entrando por el postigo de la casa del conde, llegaron al gabinete de éste, de donde habian partido.

—Ahora bien, amigo mio,—dijo el padre maestro, que durante el trayecto no habia hablado una sola palabra;—ocupémonos de nuestros negocios particulares. Vuestras pasiones os impulsan á tres mujeres. Esto sirve á nuestro propósito; porque ya os lo he dicho, para nosotros todos los medios son buenos. Os veréis combatido por celos, acechado por ódios; nada temais, influid poderosamente sobre esas tres mujeres, hacedlas vuestras; la mujer es un gran elemento de lucha cuando se sabe usar de ella, cuando es inteligente y está en situacion de ejercer su in-

fluencia. Casaos con la princesa de Otranto; esto es muy fácil, sois su destino. Os pondreis en lucha con el marqués de Letour, que segun nuestras últimas noticias, sufrirá algun tiempo las consecuencias de la estocada que le habeis dado; pero no morirá. Ese hombre no puede negarse á concederos la mano de la que aparece como su nieta, y escapando como escapa de la muerte, hace posible más pronto vuestro casamiento, que se dilataria, si muriera, por razon del luto. Esto nos contrariaria; necesitamos los celos, la rabia, la desesperacion de la princesa de Astúrias. Ella es, para la tarea que tenemos por el momento entre manos, un elemento preciosísimo. Contamos tambien, por otra parte, con los celos, con el despecho, con la inteligencia de Ana del Rey. A veces el átomo es importantísimo. Esa mujer unida á Calçorra, que es una fiera, y enamorada de vos, constituye un gran elemento de intriga.

—Pero Ana del Rey está amenazada,—exclamó el conde, que gradualmente despues de Margarita y de María Luisa, se interesaba mucho por Ana;—esta mañana vimos espiada la casa en que la hemos ocultado.

—Pero el lugar de su retiro ó su ocultacion es completamente ignorado por su marido,—dijo el dominico. El hombre que vuestro criado sorprendió observando la casa donde Ana del Rey se oculta, nos pertenece; es uno de nuestros más leales instrumentos. Nada temais por esta parte. La mujer en cuya casa se oculta Ana es de una confianza absoluta.

Ana volverá al dominio de su marido; pero de una manera natural. Nosotros por vuestro medio haremos una trenza con esas tres mujeres, y una trenza bastante fuerte para ahogar con ella lo que necesitamos ahogar. Os dejo; podrá suceder que dentro de poco tengais una visita que os sorprenderá.

—¿Cuál?—exclamó ya interesado el conde.

—No quiero desvirtuar la sorpresa,—contestó el dominico;—permaneced en vuestra casa, y esperad.

El dominico saludó al conde, y acompañado por él llegó hasta el postigo, y salió.

Capítulo IV.

En que va tomando más formidables proporciones la intriga de los invisibles.

El padre maestro tomó hácia la plazuela de San Justo, y se encaminó á largo paso al palacio real, al cual llegó, penetrando en él por la puerta del Príncipe.

Una vez en las galerías del patio, se dirigió á un ángulo, penetró por una puertecilla, abrió luego una mampara, y se encontró en un recibimiento en que, sentado junto á un brasero y dormitando, habia un criado de la casa real, un portero.

Aquella era la portería de la mayordomía mayor.

—Tomad,—dijo el dominico, dando un pequeño billete cerrado al portero;—haced que esto llegue al momento al señor Cascajares.

—Muy bien,—dijo el portero inclinándose;—pero pasad, caballero; aquí no estais dignamente.

El portero no conocia al dominico; pero tenia esa nariz particular de los criados de casa real, y habia olfateado al personaje.

Abrió una mampara, y el padre maestro penetró en una hermosa cámara, en la que permaneció paseándose.

Poco despues sobrevino nuestro insigne conocido Benito Cascajares, que al ver al dominico hizo una *o* con la boca, y luego aquel movimiento particular, semejante al de un pavo que traga una nuez, sin que faltase la contraccion nerviosa que determinaba un guiño y una sonrisa.

—¡Ah!—exclamó.—Bésoos la mano, señor; estoy á vuestras órdenes.

—Ved de qué manera,—dijo el dominico,—puedo yo tener al momento una audiencia con su alteza.

—¡Con su alteza!—exclamó Cascajares.—¿Es decir, con la señora princesa de Astúrias?

—Eso es.

—Afortunadamente no hay un alma en la mayordomía,—dijo Cascajares,—y tenemos á mano y á nuestra disposicion la escalerilla de servicio del señor mayordomo mayor. Seguidme si gustais.

Cascajares llevó al dominico al despacho del mayordomo mayor; tomó una bujía y abrió una puertecilla con aquel llavin de que siempre iba provisto, y con el que se abrian todas las puertas, no ya sólo del

palacio de Madrid, sino de otros palacios de los sitios reales.

Subieron una larga y estrecha escalera, y en una especie de pasadizo de poca extension Cascajares se detuvo, y dijo al dominico, poniendo la bujía en el suelo:

—Aunque esto es frio, me veo obligado á rogaros, señor, espereis un momento aquí.

—Id, id,—dijo el religioso.

Cascajares desapareció, y volvió tres minutos despues.

—Afortunadamente,—dijo,—su alteza puede recibiros al momento, señor. Seguime si gustais.

El dominico siguió á Cascajares, que á través de algunas magníficas cámaras desiertas le llevó hasta un pequeño gabinete con chimenea, situado en la parte de palacio que da sobre el Campo del Moro, y donde encontró á María Luisa.

Estaba ésta sentada junto á la chimenea, apoyado un brazo en el sillon, la cabeza en la mano, y mirando con ansiedad la puerta por donde entró el dominico:

—¡Ah!—dijo cuando éste la hubo saludado, reconociéndole por la voz;—¿con que al fin mi fantasma, mi espectro, mi duende, me deja ver su semblante?

—Sí, María Luisa, ello es necesario; por otra parte, tenemos una gran confianza en tu discrecion, en tu lealtad, hija mia.

—Vamos, hombre, siéntate, siéntate,—dijo María Luisa, usando para su antes espectro, en cuanto ha-

bia dejado de serlo, el tu prescrito por la etiqueta de los Borbones de España, y que no sabemos de dónde ha salido, porque tanto nuestros antiguos reyes como los de la casa de Austria, como los de los otros Estados de Europa, usaban siempre el vos para tratar con las gentes.

El dominico se sentó, despues de haber dejado sobre un sillon su capa y su sombrero, con las muestras de la mayor confianza.

—Yo te conozco,—dijo la princesa:—te conozco mucho; pero me extravío: yo no te he visto nunca así, si es que te he visto alguna vez.

—Prescinde de mi peluca, supon un cerquillo, echáme sobre este traje civil un hábito de dominico, y me tendrás entero.

—¡Ay, quién habia de pensar esto!—dijo la princesa.—Perdonad, don fray Lorenzo, pero yo no podia atinar.

El cambio de tratamiento de la princesa estaba tambien dentro de la etiqueta.

Los Borbones de España hablaban de tú á todo el mundo ménos á los clérigos y á los frailes, á cuya respetabilidad no se atrevian.

Decian ellos que hablaban de tú á sus vasallos, porque se consideraban como padres de ellos; pero aunque los clérigos y los frailes fuesen tambien vasallos suyos, no podian ellos considerarse padres, de los que eran por excelencia y moralmente padres de todo el mundo.

Por esto, en tanto que hablaban de tú aun á los

más altos de sus vasallos, trataban respetuosamente de vos, y en nuestros tiempos de usted á los clérigos, por mínimos y salta-tumbas y grasientos que fuesen.

—Sí, hija mia, sí,—dijo el dominico.—Y en verdad, en verdad que desde Páscua que prediqué en la real capilla, no me has visto.

—Esto es extraño, padre maestro. ¿Cómo yo habiéndoos oido predicar tantas veces no os he reconocido por la voz cuando me habeis hablado cubierto con vuestro eterno balandrán rojo y vuestro no ménos eterno capuz negro?

—Eso consiste,—dijo el dominico,—en que nunca me has hablado estando yo bajo mi verdadera apariencia social; en que cuando predico entono la voz á propósito para que se me oiga bien, y declamo, es decir, que no hablo naturalmente como estoy hablando ahora contigo, y como hablo otras veces.

—Pues me alegro mucho de que vos seais mi duende, porque desde que os vi en el púlpito os encontré muy simpático.

—Tu duende y tu amigo, queridísima María Luisa: por lo mismo, y confiando en tu buena amistad y en la conciencia que tienes de que yo no puedo aconsejarte nada que no te convenga, voy á permitirme hacerte algunas insinuaciones.

—¿Es decir,—contestó la princesa algo puesta en cuidado,—que se me dictan órdenes?

—No, órdenes no: tú eres para nosotros una excepcion: te se trata con un grande afecto, María Luisa.

—Sí, es cierto,—contestó la princesa con un tanto de recelo:—apenas llegué aquí, cuando un hombre misterioso apareció delante de mí, un dia en que durante una gran partida de caza en el Pardo, mi caballo, que era potro aún, asombrado por las sonatas de caza y el estruendo de las voces de los ojeadores, partió cogiéndome desprevenida, y se perdió conmigo entre el monte, y de tal manera, que buscando yo á la córte y la córte buscándome á mí, tardamos tres horas largas en encontrarnos.

—Sea dicho de paso, María; tú tienes el espíritu extraño y aventurero, y eres muy aficionada á perderte; yo no sé cuántas veces te has perdido ya en partidas de caza.

—No quiero tomarlo esto como un epígrama, mi querido padre maestro,—dijo la princesa,—y perdonadme lo poco de ágria que tiene esta observacion, porque estoy del humor más negro del mundo.

—A causa de no haber visto en cuarenta y ocho horas á tu hermoso caballero, ¿no es esto? Tú te dices: ¿qué diablos hace ese hombre? ¿Por qué no aprovecha los medios que tiene para ponerse delante de mí en palacio? El goza del favor del rey, él puede entrar en todos los cuartos de las personas reales, y sin embargo no viene. Te se ha metido en la cabeza que una mujer debe ser la causa de esta especie de indiferencia de Salmedina.

—Bien, sí,—dijo la princesa;—y cuando yo me ocupo de esto, vos venís sin duda á imponerme órdenes, lo repito.

—Dado caso que eso fuese,—contestó con un tanto de severidad el padre maestro,—tendríamos derecho á ello; y venímos otra vez al incidente interrumpido por tu observacion, que con razon has calificado de un tanto cáustica, y que te aseguro no me ha ofendido, porque tú no puedes ofenderme; te estimo y aun te amo lo bastante para considerarme respecto á tí como un padre apasionado y siempre indulgente. Cuando hace un año, durante una partida de caza en el Pardo, te extraviaste voluntariamente, ó te extravió tu caballo, al llegar á un intrincado lugar del monte, al sitio llamado la Quebradura de la Liebre, te se presentó de repente, saliendo de entre unas tollas, el señor príncipe del Sacro Romano Imperio, marqués de Letour, Godofredo de Armagnac, que á pesar de sus sesenta y pico de años aparece jóven y hermoso, y ha sido siempre elegantísimo, y que aquel dia llevaba un bello traje verde de caza galoneado de oro; tenia bajo el brazo una escopeta vizcaina de dos cañones.

—No parece sino que vos fuisteis testigo del lance.

—No; pero todo lo que nuestros hermanos hacen por delegacion nuestra, se nos hace conocer en una relacion detallada; todo lo bello agrada y suspende, y Godofredo de Armagnac te pareció magnífico, aunque no te inspiró un sentimiento amoroso semejante al que ya te habia cogido por el conde de la Salmedina. De Armagnac es un hombre de mundo, y su manera de saludarte y de acercarse á tí te inspiró

confianza. Recuerda: con una audacia infinita te dió de buenas á primeras el tratamiento de majestad: tú le respondiste que se adelantaba mucho al tiempo; él te respondió que aquel tiempo podia ser muy breve; aunque muy jóven todavía, sentiste el lazo tentador de tu ambicion: entraste en materia, y en aquel mismo punto empezaste á conspirar contra tu buen papá el señor rey don Cárlos III.

Y al decir esto, el dominico inclinó la cabeza como saludando.

Pero en sus labios se vió vagar como una sombra de sonrisa sarcástica.

—Y bien, esto es sabido,—añadió;—las grandes alturas deslumbran; se cree que desde allí se van á descubrir nuevos y magníficos horizontes.

—Esta es la debilidad humana, mi querido y respetable maestro: además, mi buen papá es insoportable; tiene rarezas á las cuales es necesario someterse, y que fatigan demasiado; luego yo soy muy de mis impresiones, y las furibundas narices de mi buen papá se me hicieron antipáticas en cuanto las vi: no puedo transigir con ellas.

—¿A pesar de que son un voluminoso signo de raza del gran Luis XIV?

—Mi ascendiente Luis XIV tenia más grande el pensamiento que las narices, aunque estas eran descomunales; pero papá Cárlos no tiene grande más que las narices; es un déspota suave que muerde con la boca cerrada; pero tan déspota como otro cualquiera, mi querido amigo: se ha propuesto que todos

le llamen el buen rey Cárlos III, y engaña á todo el mundo con las apariencias.

—Te ama, sin embargo, y tienes sobre él una gran influencia.

—Porque me sacrifico soportando á esa perdida, á esa napolitana que se llama la marquesa de Esquilache: ¡bribona, asquerosa! ¿Pues no tuvo la pretension de meterme en el vicio del rapé? Es irritante: ya se ve, todo mercader pretende aumentar el número de los consumidores de su mercancía. ¿Y creeis que no es una esclavitud odiosa recibir, no como una princesa, sino como á una amiga, á esa perdida? ¡Ah! ¡los buenos vasallos, estúpidos, que no saben cuánta miseria, cuánta podredumbre, cuánta ridiculez se encierra en esta caja dorada, deslumbrante, cuya cúpula es una corona que despide fulgores y que se llama palacio! ¡y pensar que esa mala mujer ha tenido un disgusto grave con el rey mi augusto papá, porque éste se habia propuesto que ella fuese mi camarera mayor, y ella no quiso aceptarlo porque se creia rebajada! ¡Una Esquilache camarera mayor de una princesa! Si se hubiera tratado de una reina, tal vez, tal vez la bella Angélica hubiera arrostrado el sacrificio. No me digais, no me digais de la manera que me lo decís, que yo conspiro contra el rey. Aparte de la ambicion y de la tendencia al predominio, que ya son razones bastantes atendida la debilidad humana, tengo la gran razon de que el augusto padre de mi augusto esposo es de todo punto insoportable.

—Se conoce el origen bastardo de donde viene,—dijo con la extremidad de los labios, dejando caer estas graves palabras de una manera fria y acerada, el dominico.

—¡Cómo! ¡cómo!—exclamó la princesa, saltando del sillon y viniendo á apoyar sus manos sobre los hombros del dominico;—¿qué hablais de bastardía? ¡cómo! ¡qué! ¿es bastardo el rey?

—Felipe V habia nacido para ser engañado,—contestó friamente el padre maestro.—Pero siéntate, María Luisa, siéntate; aun no ha llegado el momento de esa revelacion, y prolongamos demasiado nuestra entrevista, ocupándonos de cosas inútiles. Tú, excitada por las hábiles insinuaciones del marqués de Letour, empezaste á conspirar contra Cárlos III, desde aquel encuentro, al parecer casual, con el marqués. Seguiste tratándole secretamente, y al fin él te condujo á nosotros: has aceptado las proposiciones que se te han hecho: tú has jurado, tú nos debes obediencia, tú nos conoces; si tú te rebelaras contra nosotros, nos harias traicion, y serias juzgada y castigada como nosotros juzgamos y castigamos á aquel que nos traiciona.

—¿De modo que,—dijo la princesa,—no me engañaba cuando decia que veníais á darme órdenes?

—Ordenes precisamente no: consejos sí.

—Pues bien, escucho.

—Prepárate á un gran sacrificio.

—¿A cuál?—exclamó vivamente la princesa.

—Al de que tu adorado se case.

María Luisa se puso pálida, y pasó algo mortal por sus bellos ojos.

—¿Es decir, que Salmedina ama á otra? ¿Es decir, que yo he sido una imprudente, una temeraria, una insensata, dando, respecto á él, un paso decisivo?

—No siempre la razon del matrimonio es el amor.

—¿Pero Salmedina conocia á esa mujer antes que á mí?

—No por cierto, María Luisa: sólo hace tres dias que Salmedina la conoce; tú la conoces tambien.

—¿Y quién es? ¿quién es?—exclamó la princesa, cuyos ojos centelleaban de una manera extraña.

—Es,—dijo el dominico,—Margarita.

—¡Margarita!...—dijo, no recordando por el momento María Luisa.

—Sí, Margarita, ó de otro modo, la excelentísima señora princesa de Otranto.

—¡Princesa de Otranto! yo no la conozco.

—O de otro modo, Margarita de Sacy y de Armagnac, que andando el tiempo, tal vez no muy tarde, será, á más de princesa de Otranto, princesa del Sacro Romano Imperio y marquesa de Letour.

—¡Ah!—exclamó la princesa.—¡Margarita! ¡ella! ¿Pero no viene Margarita de unos amores secretos de la reina Luisa Isabel de Orleans, esposa de Luis I?

—Eso podrá ser cierto,—dijo el dominico;—pero lo que legal y bastantemente consta es que Margari-

ta proviene como hija legítima del señor Hugo de Sacy, príncipe de Otranto, senador de la señoría de Venecia, miembro de su Consejo de los Diez, y de Luisa Isabel de Armagnac, hija legítima del señor Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, y de su esposa Giovanetta de Fiori: esto consta, esto es incontestable: Margarita será presentada muy pronto en la córte como princesa de Otranto, nieta del marqués de Letour.

—¡Pero si Margarita se habia perdido!—exclamó con la voz apagada y cobarde María Luisa.

—Sí, pero todo lo que se pierde es encontrado por alguien, aunque este alguien sea un pez que nade en el fondo del mar; y este alguien que ha encontrado Margarita cuando se fugaba huyendo de su supuesto abuelo, lo fué el conde de la Salmedina.

—¿Es decir, que el miserable, el traidor, ha contraido al mismo tiempo los amores de nosotras dos? ¿Es decir que ha hecho dos víctimas?

—Te repito que no siempre es el amor la razon del matrimonio; ni el conde de la Salmedina ama á Margarita, ni Margarita le ama á él. De modo que casándose no hacen más que obedecer una órden que se les impone, porque entrambos nos pertenecen, como nos perteneces tú.

—¿Pero á qué la necesidad de ese matrimonio?—dijo María Luisa.

—En la situacion en que te has colocado respecto al conde de la Salmedina, es necesario, en interés tuyo, darle una posicion séria; es necesario atajar el

escándalo, que ha empezado por murmuraciones, á que tú has dado motivo por imprudente, y que ha llegado á hacerse grave por la misteriosa muerte del marqués de Arosa, uno de los sostenedores más encarnizados de la calumnia, que entonces lo era, de que te se hacia víctima. Es necesario procurar que este escándalo se corte antes de que llegue á noticias del rey, que en tal caso podria obrar de tal manera y con tal severidad respecto á tí, que nuestros proyectos se malograsen. Hé aquí por qué nosotros hemos pensado en casar á nuestro hermano el conde de la Salmedina, y con tal mujer, que el juicio vulgar, que es la fuente de la opinion pública, se extravíe. Porque, ¿quién puede creer que un hombre casado con una mujer, de tal manera bella y espiritual, pueda amar á otra, aunque sea tan bella y tan espiritual como tú? ¿Ni quién puede suponer que tú, la altiva por tu belleza y por tu rango, podias tener á tu lado, como dama de honor, la esposa de un hombre á quien tú amases? Cuando se dan ciertos pasos en vago, hay que adoptar para salir de ellos medios extraordinarios. No te se dan órdenes, pero se te aconseja, María Luisa: tu resistencia á nuestros consejos será una especie de rebeldía. En tal caso, nosotros veremos lo que debemos hacer.

—Obedezco,—dijo María Luisa; pero descompuesta, mortal, conteniendo mal su irritacion y su rabia.

—Prepárate,—dijo el dominico;—resignate, encúbrete, piensa en los grandes intereses que hay que satisfacer sobre todo; considera que todo esto no pasa

de las apariencias; que Margarita y Salmedina no se aman, sino que obedecen al casarse.

—Y yo por mi parte obedeceré tambien,—dijo la princesa.

Pero al decir esto, tenia los ojos llenos de lágrimas.

—Adios, hija mia, adios,—dijo el dominico;—espero que tú reflexionarás y acabarás por dominarte á tí misma.

—¡Oh! sí,—dijo la princesa:—esto se reduce á renunciar al conde, á considerar como una locura, como un sueño, lo que ha acontecido entre los dos.

—Eso sería lo más prudente,—dijo el dominico.

Y salió murmurando:

—¡Ah! ¡no se resiste, por mujeres como ella, á los impulsos del corazon!

Capitulo V.

De como una princesa real puede salir de noche á aventuras.

Apenas habia tenido tiempo Cascajares para conducir hasta la mayordomía mayor al padre maestro, cuando fué llamado por la princesa.

—¿Sabes tú,—le preguntó,—dónde vive el conde de la Salmedina?

—Necesariamente, señora,—contestó Cascajares haciendo su gesto habitual, despues del cual se quedó encorvado.

Veia venir un nuevo compromiso.

—Pide á tu mujer un manto, no suyo, porque se me quedaria corto; un manto, en fin, á propósito para mi, y prepárate á acompañarme.

—Muy bien, señora,—dijo Cascajares, haciendo el gesto más acentuado que habia hecho en toda su vida.

No se tragaba entonces una nuez, sino lo ménos una naranja.

Los compromisos de su posicion iban en aumento.

Sin embargo, no se permitió la más leve observacion, sino que hizo una profunda reverencia y salió.

María Luisa llamó.

Inmediatamente se presentó una camarista.

—Que venga al momento la señora de la Nestosa.

La azafata que ya conocemos, y que estaba perennemente de servicio, se presentó.

—Que nadie entre hasta que yo llame; nadie, ¿lo entiendes? Ni el príncipe de Astúrias ni el mismo rey: me siento gravemente fastidiada, y quiero estar sola; trasmite las órdenes necesarias.

—Muy bien, señora,—dijo la azafata.

Y se retiró.

Poco despues, y por otra puerta, apareció Cascajares trayendo terciado en el brazo un cumplido manto de rico terciopelo negro.

Traia su capa, ceñia su espada, y tenia su sombrero debajo del brazo.

Estaba, pues, dispuesto á entrar en operaciones.

—Salgamos por la Portería de Damas,—dijo la princesa;—se creerá que yo soy una de las de la servidumbre.

Y se encubrió perfectamente con el manto.

Cascajares marchó delante sombrero en mano.

—Cúbrete, imbécil,—exclamó la princesa cuando iban llegando cerca de la portería de damas;—no te muestres tan respetuoso, que tu respeto me denuncie.

Cascajares se tragó una nueva nuez, y se puso el sombrero.

Así pasaron la frontera temible.

Es decir, la puerta inmediata á la Escalerilla de Damas, donde estaba de centinela un alabardero.

Poco despues atravesaban las calles, completamente tenebrosas, porque eran ya las diez y media, y los faroles habian agonizado, el más valiente, media hora antes.

Madrid se habia puesto á gusto de los embozados misteriosos, á quienes de tal manera aborrecia el marqués de Esquilache, y por los cuales no cesaba de dar vueltas á su reforma relativa á los mantos, á las capas y á los sombreros.

Verdaderamente era brava la princesa de Astúrias, puesto que se atrevia á salir tan tarde con una tan mala, tan mezquina defensa como podia prestarla el perínclito Cascajares, que una de las cosas para que absolutamente no servia era para andar á estocadas.

El se habia provisto de una linterna.

Pero la princesa se habia opuesto á que aquella linterna se abriese.

Gracias al conocimiento de las calles de Madrid, ó mejor dicho, al instinto de Cascajares, porque la noche era tan negra que no se veian los dedos á

cuatro dedos de los ojos, llegaron sin accidente á la plazuela de la Cruz de Puerta Cerrada y á la casa del conde de la Salmedina.

Cascajares creyó imprudente acometer por la puerta principal, y por lo tanto acometió por el postigo que daba á la calle de Segovia, al que llamó á grandes golpes.

Ni más ni ménos que si le hubiera venido siguiendo un toro.

Y realmente Cascajares tenia más miedo que si le hubiera seguido de cerca uno de estos feroces animales armados.

El conde de la Salmédina, que como sabemos esperaba, bajó por sí mismo á abrir.

El habia adivinado que la persona que debia buscarle seria la princesa de Astúrias.

Cuando vió á Cascajares, y junto á él una dama encubierta, no tuvo ya duda.

Pasaron.

Cerró el postigo el conde, y dió el brazo conmovido á la princesa, despues de entregar la bujía de que se habia provisto á Cascajares, que sombrero en mano subió alumbrando por la escalera que se le presentaba.

Al llegar á una de las habitaciones inmediatas al cuarto del conde, donde ya habia alumbrado, el conde dijo á Cascajares:

—Esperad aquí.

Y siguió con María Luisa hasta su gabinete particular.

Capitulo VI.

En que se ve que la princesa sabia superar las situaciones más difíciles.

Apenas estuvieron en el gabinete, la princesa arrojó de una manera nerviosa y colérica el manto.

—¡Y bien, qué es esto?—exclamó el conde, mirando de una manera apasionada á la princesa.

—Esto es,—dijo ella,—que no he podido esperar más, que no me he atrevido á hacerte ir á Palacio á esta hora, y que necesitaba hablar sériamente contigo. ¿Puede escucharnos alguien, Salmedina?

—Nadie absolutamente, María.

—Sentémonos,—dijo la princesa;—hace mucho frio.

Y se sentó junto á la chimenea.

Temblaba María Luisa de una manera poderosa, y se quejaba del frio para justificar su temblor, por-

que en realidad en vez de frio sentia una fiebre ardiente.

Pero era altiva, muy altiva, y pretendia disimular la situacion en que se encontraba.

—¿Y qué es esa cosa tan grave que te ha obligado á venir á llenar mi casa del encanto de tu hermosura?

—¡Oh! la cosa es más grave que parece,—exclamó María Luisa.—Yo estoy gravemente enferma; yo no puedo vivir sin verte; yo estoy desesperada: ¡y este maldito palacio de Madrid, que tiene todos los muros macizos, en el que no se puede entrar en ninguna parte sino por puertas guardadas por centinelas! ¡tener que esperar á que pase mucho tiempo para justificar una estancia de algunos dias en el Pardo! No, no hay ninguno de nuestros palacios que tenga entradas reservadas; sí, en el de Aranjuez hay una larguísima escalera que va á dar al jardin del príncipe. En fin, Salmedina, era necesario que yo te viese, y me he escapado de una manera audaz, encubriéndome para confundirme con una de mis damas. Calcula tú cuál será la importancia del motivo que me ha obligado á dar este paso. Pero tú debes estar en antecedentes.

—¡Ah, no!—exclamó el conde.—Yo no encuentro en esto más que tu impaciencia por verme.

—Sin embargo, tú me esperabas,—dijo la princesa;—estoy segura de ello. Tú no te has asombrado al verme.

—¡Ah, no!—dijo el conde;—es que yo soy muy

sereno, que me dominó, cuanto más, que no venias sola, que te acompañaba Cascajares.

—Malas disculpas, Luis, malas disculpas. Tú no hubieras bajado á abrir por tí mismo, si no hubieras sabido que quien venia era yo. A no ser que esperaras á otra persona; y no, no, no es esto; si eso fuera, yo me hubiera apercibido de tu sorpresa. Ni aun á primera vista podias engañarte. Esa otra persona que tú esperabas es más alta, más gallarda, más esbelta que yo, más hermosa; en una palabra, sí, infinitamente más hermosa, ¿por qué desconocerlo?

—No te comprendo, María,—exclamó el conde, cuyo aplomo era admirable.

—Me espantas,—dijo María Luisa;—yo no te creia tan hipócrita, Luis.

—¿Pero qué mujer es esa que se cruza de repente entre nosotros?—dijo el conde.

—La misteriosa dama que tú encontraste en la misma noche en que me encontraste á mí tambien en los jardines del palacio del Pardo, y de la cual no sé qué hiciste ni adónde la llevaste, para que esperase mientras estabas á mi lado. Verdad es que cuando me encontraste ya debíais tenerla guardada en alguna parte.

El conde no habia podido contener un leve movimiento de inquietud.

—Yo no podia buenamente abandonar aquella señora, á la que habia encontrado en una situacion muy grave.

—¡Abandonar!...—exclamó la princesa.—¿Y qu

es abandonar, cuando se trata de una criatura tal, tan hermosa, tan divina como la princesa de Otranto?

—¡La princesa de Otranto!—exclamó afectando una gran sorpresa el conde.

—Perfectamente, hipócrita,—exclamó con una colérica impaciencia mal encubierta la princesa;—en fin, cuando nos hemos vuelto locos, nos vemos obligados á resignarnos con aquello que podemos tener. No divaguemos más, Luis; yo no soy hipócrita, y no trato de encubrirte hasta qué punto llega la desventurada pasion que me has inspirado. ¡Ah! Cuando una mujer se enamora de veras, arrostra por todo, se somete á todo: es una esclava.

—¡Oh, alma mia!—exclamó el conde.

—Aparta, aparta, traidor,—dijo María Luisa;—que yo te ame, que yo esté loca por tí, que yo sea tu esclava, no quiere decir que sucumba á la bajeza, á la indignidad. Yo no puedo partirte con otra; yo no puedo pertenecerte sufriendo la idea terrible de que despues de apartarte de mis brazos irás á caer en los de otra. Y ello es necesario, de todo punto necesario. Yo no me atrevo á una rebeldía; estoy demasiado comprometida, y no puedo retroceder. Se usa de mí, y aun se abusa. Pero sé franco conmigo, Luis; que no tenga yo que afligirme de una manera doble porque comprenda que me engañas. Díme que no puedes hablar, que te han impuesto silencio, que temes tambien á esa horrible sociedad á que pertenecemos.

—¡Ah! no,—exclamó el conde,—yo no la tengo

miedo; á más, no se me ha encargado secreto alguno. Y francamente, se me habia prevenido que muy pronto debia recibir una visita muy importante. Yo adiviné que esa visita serias tú. Hé aquí, en fin, por lo que yo mismo he bajado á abrir; hé aquí por qué no me he sorprendido al verte. Pero yo queria evitarte un pesar, María, un pesar que yo siento, y que me tiene abrumado, desesperado, loco.

Y el conde dijo estas palabras de una manera tal, con tal pasion, que engañó á María Luisa.

Consistia esto: primero, en el esfuerzo que el conde habia hecho para ponerse en situacion, y luego en la poderosa influencia que ejercia sobre él la princesa.

Don fray Lorenzo habia dicho bien cuando habia asegurado al conde que él tenia tres amores; que Margarita era su alma, su corazon, su sér entero; María Luisa, su vanidad, su ambicion, una voluptuosidad poderosa, y Ana del Rey una voluptuosidad poderosa tambien, aunque de distinto género.

Estas pasiones pueden coexistir en el corazon humano, sin destruirse la una á la otra.

Hacia ya bastante tiempo que María Luisa estaba allí, y que miraba conmovida, de una manera ansiosa y enamorada, al conde.

Este, pues, habia caido ya en aquella especie de fascinacion que hacia que cuando estaba al lado de Margarita no se acordasé de la princesa, que cuando estaba al lado de Ana el recuerdo de la princesa y de Margarita no fuese bastante á hacer que dejase de sen-

tirse feliz; que estando, en fin, al lado de la princesa, el recuerdo de Margarita se empalideciese, desapareciese completamente el de Ana.

Habia en el alma del conde una marcada gradacion entre aquellos amores.

Podia decirse, sin embargo, que Margarita era la pasion culminante del conde, su universo; que debia llegar un dia, y muy pronto, en que la completa influencia de Margarita triunfase, purificase el corazon del conde, y no le permitiese ninguna otra pasion.

—Y bien,—dijo suspirando y con los ojos llenos de lágrimas la princesa;—vengamos á la realidad. Tú me amas, sí, me amas con toda tu alma: lo estoy leyendo en tus ojos, en la ansiedad con que me miras; pero tú éres tambien un esclavo como yo, tú obedeces, tú te sacrificas. Pero díme,—añadió la princesa cambiando de expresion y de acento:—¿Esa mujer te ama? ¡Oh! sí, sí; habiéndote conocido no puede dejar de amarte. Tú has nacido para que te amen todas, y esta es una desgracia, una inmensa desgracia para mí, que quisiera que no te amase ninguna más que yo. ¡Oh! esto es desesperado; pero hay que resignarse á ello. Respóndeme, díme: ¿esa mujer te ama?

—Ella obedece como tú y como yo. No ha habido tiempo para que contraiga por mí ese amor que te desespera.

—¡Ah! No,—dijo María Luisa.—Hay algo de misterioso, de incomprensible, en el amor. Yo te amé desde el momento en que te vi, y ahora no te amo mucho más que lo que te amé desde el primer

momento. Margarita es impresionable, apasionada. Tenia el alma vírgen; sí, sí, la tenia, porque estoy segura de que ya no la tiene.

—¡Ah, por Dios, Luisa de mi alma!—exclamó el conde.

—Sí, sí, es verdad,—dijo María Luisa.—Yo estoy loca, yo me estoy muriendo; pero hay que resignarse. Esos hombres... ¡oh! esos hombres me espantan, no sé lo que quieren de mí. Si yo hubiera podido prever que tu amor habia de dominarlo en mí todo, hubiera renunciado á mi ambicion; pero ya es tarde; una lucha seria una imprudencia. Cásate, Luis.

Y la princesa, al decir estas palabras, se levantó y tomó de una manera nerviosa el manto que habia dejado sobre el velador.

—Espera, María, espera,—dijo el conde.—No sabes tú hasta qué punto tengo partido el corazon.

Y el conde no mentia.

El dolor, la desesperacion, el tormento del martirio, que así podia decirse, que aparecia en el contraido semblante de la princesa, le lastimaba.

—Sí, sí, cásate,—dijo ésta;—no hablemos más; no puedo hablar de esto sin ahogarme; no puedo permanecer aquí más tiempo. No volvamos á ocuparnos de esto. Yo me dominaré, yo me resignaré. Pide la real licencia al rey para casarte, y esto cuanto antes, cuanto antes. Es necesario hacer que las cosas terribles pasen pronto; lo demás es un martirio insoportable, el martirio de la ansiedad, un martirio

que puede matar. Oye, voy á ser heróica. El príncipe y yo seremos vuestros padrinos. Ni una palabra más, Luis, ni una palabra más,—añadió la princesa, que se habia envuelto en el manto.—Acompáñame, necesito volver cuanto antes á palacio. ¡Ah! oye: para que el heroismo sea completo, voy á hacer que en cuanto te cases el rey nombre á tu mujer mi primera dama de honor. Cabalmente esta plaza está vacante. Voy á tratarla como si fuera mi hermana. Silencio, Luis, ni una palabra más, te lo prohibo.

Y la princesa se dirigió violentamente á la puerta por donde habia entrado en el gabinete del conde, y salió sin dar tiempo á éste más que para tomar una bujía.

Cuando alcanzó á María Luisa, ésta habia llegado á la habitacion donde, todo inquieto por la peligrosa aventura en que se habia metido, esperaba Cascajares.

El conde, por la presencia de éste, estaba ya reducido al silencio.

Dió la bujía á Cascajares, que tiró adelante alumbrando, y el brazo á la princesa.

Un momento despues el conde abria el postigo, tomaba la bujía de manos de Cascajares, y la princesa y éste salieron.

El conde cerró el postigo.

—No sé,—dijo subiendo lentamente las escaleras,—si debo alegrarme ó aterrarme por lo que sucede.

Capítulo VII.

Lo que se puede fiar en la policía, y lo que dos polizontes pueden confiar entre sí mismos.

El padre maestro fray Lorenzo de Velasco no se había ido al convento de Santo Tomás, como habia dicho al conde, sino que, atravesando la plazuela de la Cruz de Puerta Cerrada, por la calle de Cuchilleros, y por las escalerillas de la plaza y los soportales de ésta, habia ganado la calle Mayor.

Luego tomó por la Puerta del Sol hácia la calle de Alcalá.

Se dirigió á la de las Infantas á la nueva casa del marqués de Letour, adonde éste habia sido trasladado aquella tarde desde el ventorrillo de Pascual.

A pesar de que todos los faroles se habian apagado, el dominico no se habia valido de linterna.

Evitaba tal vez el ser reparado.

Sin embargo, al atravesar los soportales de la Plaza Mayor, un bulto que estaba replegado al pié de uno de los pilares se levantó silenciosamente cuando hubo pasado el dominico, y dijo:

—¡Calla! ¡uno de los embozados misteriosos! hacia algunas noches que no se les veia; ¿adónde irá este? Sigámosle.

Y el bulto se puso en marcha de una manera tan silenciosa, que no pudo apercibirse de él el dominico.

Cuando éste llegó á la puerta de la casa del marqués de Letour, el bulto se escondió en el hueco de una puerta inmediata, y dijo:

—¡Calla! pues esa casa, ¿no es del señor marqués? ¿quién, pues, vive en ella? ¿cómo viene á ella uno de los embozados que nosotros vigilamos?

Este bulto, pues, era uno de los hombres de policía del marqués de Esquilache.

El dominico habia encontrado cerrada la gran puerta de la casa.

A través de la rejilla de uno de los postigos, se veia que el portal estaba á oscuras.

Habia que suponer que los de la casa estaban recogidos.

Sin embargo, el padre maestro llamó con fuerza.

Al segundo llamamiento se oyeron sordos pasos en el interior, y una voz soñolienta dijo:

—¿Quién es?

—¿El señor marqués de Letour?—dijo el dominico.



MOTIN DE ESQUILACHE.—¿Adónde irá este? Sigámosl

—Su excelencia está enfermo.

—No importa: anunciadle que, por lo mismo que está gravemente enfermo, un amigo suyo, á quien puede considerar como á su hermano, necesita verle.

—No sé si me atrevo,—contestó el portero,—porque el señor está tan grave, tan grave, que se teme por su vida.

—Pero las señoras están, yo lo supongo, en un perfecto estado de salud.

—Sí señor, sí,—dijo el criado;—aunque acongojadas, como es natural, por la gravedad de la dolencia del señor marqués.

—Por lo mismo, las señoras deben estar levantadas.

—Sí, señor, y acompañadas de dos médicos y de un cirujano.

—Tomad, dijo el dominico, y entregad esto á doña Margarita: decid que el que esto os ha dado, espera.

Y dió al portero un pequeño estuche redondo de terciopelo.

—Dispensadme, señor,—dijo el criado,—si no abro la puerta para que no permanezcais al frio: no me atrevo á hacerlo sin órdenes.

—Por lo mismo, y para que yo permanezca ménos al frio, despachad cuanto antes,—dijo con viveza, pero sin impaciencia, el padre maestro.

Se oyeron los pasos rápidos del criado que se alejaba.

Cinco minutos despues se vió el reflejo de una luz en el fondo del portal.

El dominico que miraba por la rejilla se apercibió de que el portero no venia solo, sino que le acompañaba Margarita.

Esta, al abrir el estuche que el portero la habia dado, vió que contenia una medalla de oro esmaltada en negro con algunos signos extraños rojos.

Cerró el estuche, é inmediatamente dijo al portero:

—Alumbrad y llevadme hasta la puerta.

—Mucha persona debe ser la que espera,—dijo para sí el portero,—cuando la señorita en persona baja á recibirla hasta la puerta. Bueno será avisar de esto á mi ama la marquesa.

Nuestros lectores recordarán que los criados que servian á Giovaneta y á Margarita eran de la servidumbre del marqués de Esquilache, y que los habia llevado allí Angélica.

La puerta se abrió inmediatamente.

—Pasad, pasad,—dijo con viveza y con cuidado Margarita.

Y el dominico entró y conservó su sombrero calado hasta los ojos y el emboso subido hasta el sombrero.

A más de esto, mientras esperaba, y por un exceso de precaucion, se habia cubierto el semblante con un antifaz de terciopelo negro.

—¡Diablo! ¡diablo!—dijo para sí el portero, que á lo que se ve pertenecia tambien á la policía de Es-

quilache:—mucho se tapa este para no ser sospechoso.

—Cerrad y alumbrad,—dijo Margarita al portero.—Seguidme, si gustais, amigo mio,—añadió dirigiéndose al dominico.

El criado avanzó por el zaguan.

Subió por las anchas escaleras de mármol que estaban á la izquierda, y al llegar á las galerías del patio, que estaban alumbradas por faroles puestos de trecho en trecho en la pared, la jóven despidió al portero.

Este bajó las escaleras murmurando:

—¿Y qué hago? Yo no puedo abandonar la portería, y creo de todo punto urgente avisar á la señora

Estas palabras significaban que Angélica era el jefe de la policía de su marido.

Al atravesar el zaguan, se dejó ver, al reflejo de la luz que llevaba en la mano, por el otro polizonte que habia seguido hasta allí al dominico, y que al entrar éste y cerrarse la puerta habia avanzado y se habia puesto á mirar por la rejilla.

—¡Calla!—dijo:—pues si es Lolo.

Y ceceó discretamente.

Lolo dió un respingo.

Aquel ceceo le cogió desprevenido.

Creyó que se trataba de un duende.

—Lolo,—dijo á media voz el de afuera.

Lolo se rehizo y se acercó.

—¿Quién es?—dijo.

—Yo soy. Pestiño,—contestó el otro.

—¡Calla! ¿y qué haces tú aquí?—preguntó Lolo.

—Abre, y metámonos en la portería, donde sin duda tendrás fuego..... ¡Vaya un invierno y una noche!

Lolo abrió.

El de afuera entró y se disparó hácia la portería, metiéndose en ella y sentándose de la manera más rápida sobre una silla al lado de un brasero que en la portería habia, de tal manera, que habia caido sobre la silla sentado ya.

Puso sus manos sobre el fuego, relinchó de frio, que no otra cosa que un relincho pareció el sonido que produjo, y se refociló.

Este indivíduo, que estaba raidamente vestido con una mala capilla, con un traje muy ligero, exíguo y viejo, y cuya cabeza cubria un sombrero desvencijado, tenia una perfecta traza de sacristan.

Pero si se reparaba bien en él, se notaba una marcada expresion de astucia y de ferocidad en sus ojos.

Era, en fin, un bandido solapado bajo una apariencia cicatera.

Estos son á veces los bandidos más terribles.

—¿Conoces tú al que ha entrado, Lolo?—preguntó al portero.

—No; ¿y tú, Pestiño?

—Tampoco; pero me huele á sospechoso.

—Lo mismo digo,—exclamó Lolo.—¿Y por qué estás tú aquí?

—Yo estaba de servicio pegado á uno de los pos-

tes de los soportales de la Plaza, y chupándome todo este frio que ha echado sobre Madrid en un momento de buen humor la santa providencia de Dios.

—¿Y qué diablos hacias tú allí á tal hora?

—Acechar.

—¿Y qué acechabas?

—Los embozados misteriosos.

—¡Cómo! ¡qué!—dijo Lolo.

—Sí, hombre, sí,—contestó Pestiño;—hace algun tiempo que en el punto y hora en que se apagan los faroles del nuevo alumbrado público, se ven por acá y por allá algunos embozados que se recatan de tal manera, que no pueden ménos de infundir sospechas; que se buscan, que se reunen en algun lugar apartado, y poco frecuentado, y poco habitado, y allí se están hablando en voz tan baja que no puede oírseles, las horas muertas; y cuando se ha querido poner á esto un correctivo, y algun alcalde con su ronda se ha echado sobre ellos, ha habido palos y cuchilladas de sobra, y aun tiros para alcaldes y alguaciles, sin que nunca se haya podido prender á ninguno de estos embozados; y todas las noches por ellos, aunque diluvie, ó nieve, ó caigan chuzos de punta, una multitud de agentes de policía nos esparcimos por la villa, y acechamos ocultos acá ó allá, dispuestos á seguir al primer embozado que pase junto á nosotros y que nos parezca sospechoso. Hé aquí que estaba yo esta noche pegado á uno de los postes más gruesos de los soportales resguardándome del viento, cuando pasó á mi lado ese señor que acaba de entrar en esta casa,

y habiéndome parecido altamente sospechoso, le seguí. Pero cuál ha sido mi sorpresa, Lolo, al verte adelantar por el portal con una luz en la mano y en traje de casa.

—Es que desde hoy estoy sirviendo aquí.

—¡Cómo! ¿Te ha despedido la señora?

—No, hombre, no; es que el señor marqués ha cedido esta casa á un grande amigo suyo, al señor marqués de Letour: se han amueblado á escape algunas habitaciones, y estamos aquí una media docena de criados y dos doncellas de casa de mi amo interinamente para servir á estos señores, mientras ellos acaban de montar su casa.

—¿Cuántos son los nuevos amos?

—El señor, la señora y la señorita.

—¡Y cáscaras si la señorita es hermosa!—exclamó Pestiño, relamiéndose como un lobo hambriento.

—Pues si vieras la señora y aún el mismo señor: ella es hermosísima y el señor un buen mozo; pero le han traído muy mal herido, yo no sé de dónde, y será un milagro que escape.

—¿Y son, en efecto, grandes amigos del marqués?

—Ya lo ves, cuando les han cedido esta casa, en la que se ha gastado un dineral para convertirla en un palacio, de un viejo y feo caseron que era.

—¿Y no te parece extraño que á unos tan grandes amigos del marqués de Esquilache, venga á buscarlos uno de los misteriosos embozados á quien el marqués de Esquilache hace vigilar?

—Por supuesto que sí, y si vieras cómo lo ha recibido la señorita... deben ser muy conocidos.

—¡Conocidos de hombres á quienes el señor marqués acecha!—exclamó el polizonte;—yo creo que debe advertirse, y cuanto antes, al señor marqués.

—A estas horas estarán acostados.

—No, nó; la señora se recoge muy tarde, y aunque estuviese recogida, no importa. Pero vamos á esto, Pestiño: ¿qué crees tú, nos convendria más servir al marqués de Esquilache, ó al marqués de Letour?

—Segun y como,—dijo Pestiño, rascándose la extremidad de la oreja derecha.—Las cosas no van muy bien que digamos. El amo se va haciendo aborrecer cada dia más de todo el mundo con sus reformas; y esto de las capas y de los sombreros, que se dice se va á reformar de un modo severo, trae muy conmovido á todo el mundo; y no te creas tú, esta gente está callando mucho tiempo, hasta que se cansa de callar, y cuando dice allá va, el diablo que la sujete.

—Pues mira, Pestiño,—dijo el polizonte;—estémonos entre dos aguas, y ni al vado ni á la puente; no es bueno apresurarse en asuntos que son graves; mejor es observar, tentar el terreno y saber dónde se ponen los piés.

—Por fortuna, á mí no me observan,—dijo Pestiño;—no he sentido que nadie venga detrás de mí.

—¡Pues cómo,—exclamó Lolo,—vosotros sois tambien vigilados?

—¡Bah, bah! ¡para que no fuesen italianos y de

Nápoles el marqués y la marquesa!—dijo Pestiño.—Sembrado está Madrid por la noche de policía, y por parejas; el uno de los de la pareja no sabe dónde está el otro; pero sabe que es observado por él. Cuando acá ó allá, porque estamos extendidos por todas partes, se ve un embozado sospechoso, el uno de los de la pareja le sigue, y el otro, que está oculto, observa al que le ha seguido. La Inquisicion, hijo, la Inquisicion, y hay que andar muy listos, porque como aquí lo puede todo tu amo, y es tan irascible, á poco que se le falte á lo que él manda, se puede dar en presidio ó en alguna otra parte peor; sin embargo, como ya te he dicho, no se me ha seguido esta noche; yo he puesto un gran cuidado, y no he sentido á nadie, y cuando no he sentido, es que nadie venia; sin duda el otro, el que yo no sé quién es, y que deberia haberme seguido, con el frio que hace se habrá adormilado en el hueco de alguna puerta, y sabe Dios si se habrá helado. Allá él; pero yo tengo la seguridad de no haber sido vigilado esta noche.

—Pues dices bien,—exclamó Lolo.—En los asuntos graves que pueden producir mucho, es necesario andarse con piés de plomo y ver si se puede mascar á dos carrillos; por lo mismo, esperemos y observemos. Nadie, segun tú dices, ha observado que tú has seguido á ese señor encubierto, que debe ser mucha cosa cuando de tal manera le ha recibido la señorita, y ¿á qué estamos? Los pobres, si no tenemos ingenio y buenas tripas para aprovecharnos de las ocasiones, no salimos de pobres, y muchos de los

que hoy vemos empingorotados y riéndose del mundo, han empezado siendo pícaros.

—Convenido; por lo tanto, Lolo, aguantémonos por ahora. Yo me he calentado ya, y puedo aguantar de nuevo otra espera, aunque sea de dos horas. Ven y abre, que voy á colocarme en sitio desde donde yo pueda sentir á ese caballero cuando salga.

Lolo se levantó, se fué á la puerta seguido del polizonte, abrió, y el polizonte salió.

Lolo volvió á cerrar la puerta y se encaminó á la portería murmurando:

—En verdad, en verdad, que aquí hay un gran negocio. Si pudiera aprovecharlo yo sólo... ¿y por qué no? veremos. Pero para esto es necesario que yo tome mis precauciones. Ese canalla es capaz de estar atisbando por la rejilla para ver cuándo baja por las escaleras el señor encubierto, y al mismo tiempo observará la portería. Pero él no sabe que la portería tiene una puerta de escape al patio, y que por el patio se puede subir á las escaleras principales y esperar en el primer tramo. Debo dejar la luz encendida en la portería; si la apagase seria dar que sospechar. Hay que ser atrevido; el que no se atreve, no pasa la mar, y aquí debe haber mucho fondo.

Tras esto, Lolo se dirigió á una puertecilla, pasó por ella, recorrió un pasadizo, salió al patio, subió por una escalera de servicio á las galerías, llegó á la escalera principal, que estaba completamente á oscuras, y se sentó en su tramo superior.

Capitulo VIII.

De como Margarita se sintió bajo el peso de un nuevo misterio.

Don fray Lorenzo de Velasco habia llegado, guiado por Margarita, á un salon á que pertenecia el gabinete donde estaba la alcoba en que se cuidaba á Godofredo de Armagnac.

En aquel gabinete habia dos médicos y un cirujano.

El salon y la antesala que le precedia, aunque amueblados muy de prisa, lo habian sido con gran gusto y riqueza.

Nadie habia en el salon cuando entraron en él Margarita y el padre maestro.

—Debeis tener mucho frio,—dijo Margarita acercándose á la chimenea,—sentaos.

—No,—respondió el dominico;—es necesario an-

tes de todo saber si alguien puede escucharnos.

—En el gabinete inmediato está la marquesa de Letour acompañada de dos médicos y un cirujano que cuidan de su marido.

—Es necesario despedir á esos dos médicos y á ese cirujano,—dijo el dominico.

—Me temo,—contestó Margarita,—que esto pueda saberse por el marqués y la marquesa de Esquilache.

—¿Y qué importa?—contestó el dominico.—Sospecharán; pero no sabrán de lo que se ha tratado ni quién ha venido. Entrad, hija mia, entrad y avisad á vuestra abuela.

—¡Mi abuela!—exclamó sorprendida Margarita.

—Sí, hija mia, sí, vuestra abuela; y á propósito de este parentesco vuestro con ella, vengo ha hablarla, como asimismo á su marido.

Margarita, toda sorprendida, toda impresionada, entró en el gabinete.

En él, sentada junto á una chimenea, y en silencio, estaba Giovaneta ó doña Juana, como mejor queramos.

A alguna distancia de ella, y un tanto adormilados, habia dos hombres decentemente vestidos al estilo de la época y con sus peluquines empolvados.

En medio del gabinete, que era grande y ricamente amueblado, habia un velador, y sobre él algunas redomas y algunas botellas con medicamentos, una caja de cirujía y un gran quinqué, única luz que con el reflejo de la chimenea alumbraba el gabinete.

En un ángulo habia un gran lecho con colgaduras de seda oscuras.

En aquel lecho dormitaba, dominado por la fiebre causada por la herida, Godofredo de Armagnac.

Junto al lecho, sentado en un sillon, apoyadas las dos manos en un baston, y observando atentamente al herido, habia otra persona, tambien decentemente vestida, con su peluquin empolvado y rabitieso.

Era uno de los médicos, que estaba, por decirlo así, de centinela.

Se cuidaba bien, cuanto era posible, á Godofredo de Armagnac.

Margarita entró silenciosamente.

Se acercó á Giovaneta, y la habló al oido.

Giovaneta se levantó y siguió á Margarita, saliendo con ella al salon, donde se paseaba, encubierto siempre, el dominico.

Al sentir á las dos señoras se volvió, y sin descubrirse dijo á Margarita:

—Amiga mia, os suplico mostreis á la señora marquesa de Letour el estuche que os ha sido entregado, y que no me habeis devuelto.

—Perdonad,—contestó Margarita;—ha sido un olvido.

Y sacó el estuche, le abrió y mostró la medalla á Giovaneta.

Esta se estremeció ligeramente, y miró con ansiedad al dominico.

Margarita le devolvió el estuche.

—Estoy á vuestras órdenes,—dijo Giovaneta.

—No se trata de órdenes en cuanto á vos, mi bella marquesa,—contestó el dominico;—en cuanto á vuestro marido, podrá ser otra cosa; podrá suceder se le ordene algo, obedecer lo cual convendrá mucho á su salud. Hemos sabido que está gravemente postrado á consecuencia de una herida dada no se sabe por quién, y se me ha enviado para cuidar de él. Pero aunque yo conozco profundamente la medicina y la cirujia, no las ejerzo sino en secreto; por lo mismo, y como pudiera suceder estuviese muy de peligro el señor marqués de Letour, y no se debe perder tiempo, os suplico, señora, hagais salir á esos dos médicos y á ese cirujano; haced, en fin, que yo pueda quedarme solo con el marqués de Letour.

—No sé de qué pretexto valerme,—contestó Giovaneta;—pero en fin, veremos. Os suplico esperéis un momento.

—Y yo á mi vez os suplico,—contestó el padre maestro,—me ocultéis en alguna parte donde no puedan verme al salir esos señores.

—¡Oh! venid,—dijo Margarita.

Y por una de las puertas del salon condujo al dominico á un gabinete que la pertenecia exclusivamente.

—Y bien,—la dijo el dominico,—¿estais dispuesta á casaros con el conde de la Salmedina?

Al decir esto, el dominico se habia desembozado, y se habia quitado el sombrero y el antifaz.

Margarita se puso levemente pálida, y miró de

una manera profunda al dominico, que se le hizo simpático.

—Habeis hablado de esto, ¿con quién?—preguntó Margarita, que era naturalmente reservada.

—El conde de la Salmedina, que es de los nuestros, y yo, hemos hablado largamente,—contestó el dominico

—Hay grandes dificultades,—contestó Margarita.—¿Quién soy yo? ¿de dónde vengo? ¿qué nombre puedo unir al de Salmedina?

—El de princesa de Otranto hoy, y mañana, tal vez pronto, el de marquesa de Letour.

—Pero esto no es cierto,—contestó Margarita;—esto no podria probarse.

—Ello podrá no ser cierto,—dijo el dominico;—pero puede probarse legalmente que vos sois hija legítima de Luisa Isabel de Armagnac y de Hugo de Sacy, príncipe de Otranto, senador de Venecia y de su Consejo de los Diez, y como hija de Luisa Isabel de Armagnac, nieta del marqués y de la marquesa de Letour. Vos, sean cuales quieran las extrañas aventuras de vuestra vida, sois legalmente la excelentísima señora doña Margarita de Sacy y de Armagnac, princesa de Otranto; así sereis presentada en la córte; así os casareis, si es que lo quereis, con el conde de la Salmedina, y bajo este concepto sereis dama de honor de la princesa de Astúrias, que tal vez muy pronto sea reina de España, porque el bueno don Cárlos III, aunque parece en muy buen estado de salud, está gravemente enfermo; sí, gravemente enfermo, yo os

lo aseguro, Margarita, porque ese hombre, olvidando lo que nos debe, se ha atrevido á hacernos traicion.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Margarita.—Pero tanto de una vez es demasiado.

—Recobraos, recobraos, hija mia; tenemos una absoluta confianza en vos, y vos podeis servirnos de mucho. Aunque no amárais con toda vuestra alma como le amais á don Luis, deberíais obedecernos casándoos con él.

—Pero las circunstancias en que yo me uniré á él... Nada temo por mí, yo os pertenezco en cuerpo y en alma; pero por él lo temo todo.

—¡Ah! no, hija mia,—contestó el dominico;—ninguna desgracia os sobrevendrá ni á él ni á vos. Yo no he venido á otra cosa que á activar, que á hacer posible ese casamiento.

—¿Sabeis,—dijo Margarita,—que me he visto obligada á huir de ese hombre á quien se llama mi abuelo?

—Y que afortunadamente no lo es, Margarita. Vos sabeis realmente de dónde venís, lo sabe detalle por detalle el que ha de ser vuestro esposo; pero el mundo lo ignora.

—¡Que él lo sabe!—exclamó Margarita, que se puso más pálida aún.

—Sí.

—¿Y me acepta?

—Pues no... con toda su alma. En cuanto á la pasion insensata que ha contraido por vos ese mise-

rable de Armagnac, nada temais; nosotros os protegemos. De Armagnac obedecerá, y muy pronto nada tendreis que temer.

Y el dominico habia pronunciado sus últimas palabras de una manera lúgubre.

—Silencio,—añadió.—La buena Giovaneta de Fiori se acerca; guardad secreto con ella acerca de lo que hemos acabado de hablar.

Entró en aquel momento Giovaneta.

—Me he valido de un pretexto,—dijo,—y los médicos y el cirujano, que no deseaban otra cosa que volver por algun tiempo á su casa, han aceptado el pretexto, y se han ido para volver al amanecer.

—¡Ah! Pues tenemos tiempo sobrado,—dijo el dominico.—Ahora permaneced aquí; necesito examinar á solas á mi buen amigo Godofredo, y ver si se encuentra en estado de tratar con él un grave asunto; el del casamiento de la princesa de Otranto con el conde de la Salmedina.

Y el dominico salió.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Giovaneta.—¿Tú sabes, Margarita, que eres hija de nuestra hija y del príncipe Hugo de Sacy?

—Nada sé, madre mia,—contestó siempre reservada Margarita;—sólo sé, porque se me acaba de decir, que yo soy Margarita de Sacy y de Armagnac, princesa de Otranto. Desde que nací estoy rodeada de misterios y acostumbrada á respetarlos. No os pido la aclaracion de ese misterio, madre mia; no

nos pertenecemos, os comprometeríais tal vez: guardadle.

—Tal vez estamos ya gravemente comprometidos, Margarita, al ménos él; olvida las ofensas que te ha hecho, perdónale, sálvale; yo tengo la seguridad de que tú puedes salvarle; sálvale por amor mio.

Y Giovaneta se arrojó en los brazos de Margarita, y la besó llorando.

---

ha arrastrado una pasion incontrastable. Esa mujer, esa niña, esa tentacion, esa divinidad...

—Que no puede pertenecerte, Godofredo,—dijo el dominico,—como no puede ser uno de nosotros el que se deja arrastrar por sus pasiones; el que ha cometido un delito por ellas, no tiene valor y fuerzas bastantes para subordinarlas al deber. Nosotros, para todo lo que no sea el objeto humanitario de nuestra asociacion, no somos otra cosa que cadáveres. Tú eres fuerte y valiente; recóbrate y triunfa. A esta condicion, yo me atrevo á prometerte tu perdon.

—Si tú me lo prometes, maestro,—dijo Godofredo,—yo cuento con él.

—Pero ese perdon no puede ser sin condiciones,—dijo el dominico, á quien nos acaba de revelar como maestro, es decir, tal vez como jefe superior de aquella asociacion misteriosa, De Armagnac.

—La acepto,—dijo éste;—más aún, la deseo; estoy de todo punto arrepentido de mi debilidad y de mí imprudencia. Habla.

—Margarita ama.

—Lo sé,—dijo con acento ronco el marqués de Letour.

—Estás muy enfermo aún,—dijo severamente el padre Velasco.

—La enfermedad es grave, y hace muy poco tiempo que me he puesto en cura,—dijo De Armagnac.

—Y como Margarita ama lícitamente, y á más de esto nos conviene que se case con el hombre á

quien ama, es necesario que ese casamiento se realice cuanto antes.

—¿Y consiente el conde de la Salmedina en casarse con una mujer sin nombre?—dijo con un acento extraño Godofredo.

—Cuando nosotros queremos que se case, claro es que hemos facilitado el casamiento: el conde de la Salmedina sabe que la dama con quien anhela casarse es la excelentísima señora doña Margarita de Sacy y de Armagnac, princesa de Otranto, que andando el tiempo será princesa del Sacro Romano Imperio y marquesa de Letour.

—¡Cómo! ¿Habeis revelado al conde?...

—Sí; yo mismo le he entregado la historia escrita de la abuela y de la madre de Margarita, historia que tú conoces demasiado, puesto que tú has hecho todas las minuciosas investigaciones que han sido necesarias para poder escribirla, y la has escrito.

—¿De modo que ese hombre sabe quién es realmente Margarita?

—Pero sabe tambien que tú no puedes dispensarte, llegado un momento solemne, de presentarla al mundo como hija de tu hija Luisa Isabel de Armagnac y de Fiori; que no puedes impedir que papeles legítimos prueben que ella es hija del príncipe de Otranto Hugo de Sacy y de Luisa Isabel de Armagnac.

—Pero ese hombre sabe tambien, si ha leido esa historia escrita por mí, que yo ningun parentesco tengo con Margarita ni lo tuve con su madre; que las

dos vienen de los amores de Luisa Isabel de Orleans con aquel pobre diablo de conde de Pino Rey, y por lo tanto, que yo, sin horror, sin escándalo, he podido enamorarme de Margarita.

—Sí, sí, hasta la saciedad,—dijo con alguna impaciencia fray Lorenzo.

—Margarita lo sabe tambien,—dijo Godofredo;—ella ignoraba completamente de dónde provenia; pero yo temí creyese que era hija nuestra, y la conté esa terrible historia.

—¿Y la has contado tambien la historia de su madre?—dijo con acento frio y concentrado el dominico.

—No; yo la amaba, y no he querido enlutarla el alma; la he dejado en la incertidumbre, la he dicho que su madre habia desaparecido, y que no habíamos vuelto á saber de ella. Importa, pues,—dijo á fray Lorenzo, como hablando consigo mismo,—que el conde de la Salmedina oculte esa historia que conoce, y guarde acerca de ella un profundo secreto.

—Lo que importa es, á saber: que tú, noble extranjero, has venido á Madrid á fijar en él tu residencia con tu familia; que eres amigo del marqués y de la marquesa de Esquilache; que vagando por el monte del Pardo en ocasion de encontrarse en aquel real sitio los señores príncipes de Astúrias, has sido mortalmente herido por unos facinerosos, y que conociendo el amor que media entre tu nieta y el señor conde de la Salmedina, no queriendo morir sin verlos unidos, te apresuras á casarlos.

—¿Pero estoy yo verdaderamente en peligro de muerte?—preguntó De Armagnac.

—No, ni mucho ménos; te he dicho acerca de esto lo que tenia que decirte: si hubieras permanecido algun tiempo más abandonado, hubieras muerto indudablemente; pero se ha acudido á tiempo, y lo que ahora te postra es una gran pérdida de sangre. Sin embargo, tú, y aun los médicos que te asisten, podeis creer en lo inminente del peligro, y justificar con esto un casamiento inmediato; por ejemplo, mañana.

—¿Y cómo salvar las dificultades? ¿Ignoras que para que se reconozcan mis títulos y el de mi hija, y el de mi... nieta, se necesita el *regium exequatur*? ¿Que además de esto, el conde de la Salmedina, como grande de España, necesita real licencia para casarse?

—Todo eso lo arreglará nuestro grande amigo el marqués de Esquilache, y lo arreglará en muy pocas horas; para mañana á la noche puede acabarse de habilitar esta casa; se la iluminará, se la pondrá como conviene para unas altas bodas, que se efectuarán aquí, junto á tu lecho, en tu presencia.

—¡En mi presencia!

—Sí por cierto; tú debes alegrarte mucho de que tu nieta, satisfaciendo los deseos de su corazon, se case con un hombre tal como el conde de la Salmedina; probablemente aquí no se hará más que el contrato, porque tengo para mí que los serenísimos señores príncipes de Astúrias querrán ser los padrinos en persona para honrar al señor conde de la Salme-

dina, que priva mucho en palacio, y que por lo tanto la ceremonia religiosa se hará en la capilla real.

—¡Mañana!

—Sí ciertamente; mañana á la noche.

—¿Y las dificultades que puede oponer la curia eclesiástica?

—De eso me encargo yo.

—Pues si tú te encargas, esto es cosa resuelta.

—Indudablemente; nosotros no resolvemos nada sin ejecutarlo de una manera definitiva.

—¡Y ese hombre, ese hombre que sabe que yo me he batido con él de mala manera; ese hombre que ha encontrado á Margarita que huia aterrada de mí!...

—Ese hombre es noble y generoso, Godofredo; y por otra parte, en cuanto te restablezcas tú debes desaparecer.

—¡Desaparecer! ¿Es que se me deja la vida con la condicion de un confinamiento, de una separacion, de una expulsion de la Compañía?

—No, marqués, no; tú nos has servido aquí todo cuanto podias servirnos, y puedes continuar siéndonos muy útil en otra parte; por ejemplo, en Roma, á la que debes retirarte con tu mujer, con la cual te aconsejo vivas en buena armonía; ella es para tí excelente, te ama á pesar de todo, y tú debes procurar amarla.

—¿Me aseguras que no soy expulsado?

—Ni aun juzgado serás,—dijo don fray Lorenzo;—todo esto que ha sucedido aparecerá como un

asunto particular tuyo; tú, ansiando una venganza particular que no has debido ansiar, reservándote para volvér á verte si sobrevivias con el conde de la Salmedina, no le has denunciado ante la justicia; has dicho que te habian herido unos salteadores; sostente, pues, en esa declaracion, y que nadie pueda decir que has unido á tu nieta con un hombre que habia vertido tu sangre.

—Y bien,—dijo De Armagnac;—yo me someto á todo.

—Yo lo esperaba,—contestó el dominico.—Concluyamos, pues; al amanecer volverán los médicos y el cirujano que han salido al venir yo; quéjate, diles que te crees en muy mala situacion; ellos no son gran cosa, y creerán que estás en gran peligro; díles que sientes como una especie de derramamiento interior, y que por consecuencia quieres arreglar tus negocios; haz que se me llame para auxiliarte; sea cualquiera la hora, yo acudiré; lo que haya de hacerse despues lo haré yo, y como son ya hoy cerca de las doce, te dejo. Medita bien en lo que te he dicho: considera que la sociedad que te habla en nombre mio es demasido indulgente y que no debes obligarla á ser severa. Adios.

Y el dominico, estrechando la mano de De Armagnac, salió, y se trasladó al gabinete donde estaban Margarita y Giovaneta.

—Volved al lado de vuestro marido y de vuestro abuelo, señoras mias,—dijo el dominico;—ya lo hemos convenido todo De Armagnac y yo. En cuanto á vos,

señorita, os espera un dia muy ocupado, puesto que debeis, en union con vuestra abuela, prepararlo todo para vuestras bodas, que serán mañana á la noche.

—¡Mis bodas!—exclamó Margarita, mientras Giovaneta miraba con ansiedad á don fray Lorenzo.

—Sí, señorita,—dijo éste;—yo creo que vos no os opondreis á que la princesa de Otranto sea mañana á la noche condesa de la Salmedina; pero adios: he pasado ya muchas horas fuera de mi convento, y debo volver aquí al amanecer.

Y el dominico acabó de arreglarse su peluca, que habia recobrado al salir del aposento de De Armaghac, y se volvió hácia la puerta.

—Esperad, esperad si gustais;—dijo Margarita;—¿quién ha de guiaros hasta abajo? Vos no conoceis la casa.

—Sea, puesto que es necesario,—dijo don fray Lorenzo.

Y despidiéndose de Giovaneta, salió precedido de Margarita, que llevaba una luz en la mano.

Al llegar al primer tramo de las escaleras, Margarita se detuvo, dejando ver un movimiento de sobresalto.

Habia visto un hombre sentado, replegado en los escalones.

Era el perínclito Lolo, que como sabemos, se habia apostado allí, y con la espera se habia adormilado.

—¡Ah! es el portero,—dijo reconociéndole el do-

minico.—¿Y qué hace aquí ese hombre? Dadme, dadme vuestra bujía, Margarita, y retiraos; quiero entenderme con él.

Margarita dió la luz á don fray Lorenzo, y se retiró lentamente.

El dominico se acercó entonces á Lolo y le movió bruscamente.

Lolo dió un salto, y se quedó de pié mirando cobardemente al dominico.

—¿Qué haceis áhí?—le preguntó éste.

—Os esperaba, señor,—contestó temblando Lolo, con la mirada fija en los terribles ojos del para él incógnito, que brillaban como si hubieran sido de fuego á través de las aberturas de su careta.

—¿Y para qué me esperábais?

—Para advertiros.

—¿Para advertirme de qué?

—De que se os sigue, de que se os espía.

—¿Cómo sabeis eso?

—Apenas habíais subido y yo bajaba, cuando me oí llamar por medio de un ceceo desde la rejilla de la puerta.

Y Lolo contó al religioso lo que habia pasado entre él y Pestiño.

—Vamos á la portería por donde vos habeis venido, á saber, por el patio,—dijo el religioso.

Lolo se echó á temblar.

Le pareció que se habia metido impremeditadamente en muchas honduras.

No sabia quién era el personaje que tenia delante.

Pero le parecia mucha cosa.

Una cosa enorme.

Además, habia reparado en que le trataba con suma confianza la señorita.

Lolo se encontraba en la misma situacion que un raton en la boca de un gato.

A una seña imperativa de don fray Lorenzo, el portero bajó vacilante las escaleras, y por el patio y por el pasadizo introdujo al dominico en la portería, y se quedó delante de él encogido y mirándole lleno de ansiedad.

Capítulo X.

De como á veces en lugar de cazar, es cazada la policía.

—Como hace mucho frio,—dijo don fray Lorenzo á Lolo,—es probable que ese polizonte, cansado de esperar, acuda á pedirte socorro.

Como coincidiendo con la observacion del dominico, se oyeron unos recatados golpes en los cristales de la reja que sobre la calle tenia la portería.

—Hélo ahí,—dijo en voz baja el dominico;—ve, abre, introdúcele aquí y cuenta con advertirle ni por una sola palabra.

Los golpes se habian repetido de una manera impaciente.

Sin duda Pestiño tenia mucho frio.

Y lo hacia en efecto.

Aquel era un mes de Enero formidable.

Se estaba lo ménos á cinco bajo cero.

Lolo salió temblando, y poco despues entró con Pestiño, que temblaba tambien.

Pero de frio.

Nada le habia dicho Lolo, porque entraba perfectamente descuidado frotándose las manos, soplándoselas y encogido.

Cuando vió al dominico de pié, alto, severo, y aun pudiéramos decir que solemne, con el chambergo calado hasta los ojos y embozado hasta el sombrero, se irguió y dijo:

—¿Qué es esto?

—Nada, absolutamente nada,—respondió el dominico,—sino que yo te he cazado á tí cuando tú pretendias cazarme á mí.

—Con vuestra licencia, caballero,—dijo Pestiño, que era muy audaz y vislumbraba un negocio,—yo me considero muy ruin raton para un tan principalísimo gato; esto, con perdon sea dicho, y siguiendo el símil de vuecencia; y digo vuecencia, porque me parece que no es demasiado tratamiento para la persona á quien tengo el honor de hablar.

—Pues ménos palabras vacías, y al asunto: tomad,—añadió, sacando de debajo de la capa su mano derecha, en que habia un bolsillo;—siempre es bueno estimular á las gentes y hacerlas comprender lo que pueden ganar si tienen buen ingenio.

—Muchas gracias, excelentísimo señor,—dijo Pestiño, que habia reparado que la mano del incógnito era muy hermosa y muy fina, y que los puños de su camisa eran de riquísimo encaje.

—¿Podemos hablar con seguridad de no ser oidos?—preguntó don fray Lorenzo.

—Yo no lo sé,—contestó Pestiño;—pero éste puede decirlo.

Y señaló á Lolo.

—Yo respondo del aislamiento de mi portería dentro de tres minutos.

Y salió como disparado por la puertecilla por donde habia venido con don fray Lorenzo, y á poco entró por la puerta contraria, y dijo:

—Cerradas están las puertas del patio y de las escaleras, y largo ha de tener el oido el que se aperciba de lo que aquí se hable.

—¿Y este es de fiar?—preguntó el dominico, señalando á Pestiño.

—Tan de fiar como yo,—dijo Lolo;—ambos somos antiguos criados del señor marqués de Esquilache.

—A lo que parece,—dijo el dominico,—al señor marqués le punzan mucho ciertos embozados misteriosos que han dado en circular de noche, ya por esta, ya por la otra parte de Madrid.

—En efecto, excelentísimo señor,—dijo Pestiño.

—Por esto sin duda ha hecho la reforma del alumbrado público.

—En efecto, señor.

—Pero esto es inútil, porque el tal alumbrado es tan mezquino, que cuando luce apenas alumbra, y lo que alumbra cesa mucho antes de que los misteriosos embozados se pongan en movimiento, que

nunca lo hacen sino despues de la media noche. ¿Cuánta gente de policía tiene el marqués de Esquilache para observar á estos embozados?

—Doscientos á lo ménos.

—¿Y qué se ha conseguido hasta ahora?

—Nada, porque estos embozados son muy listos, se aperciben de que se les sigue, se vuelven espada en mano sobre los que les van siguiendo, y dan cada paliza y cada tajo que mete miedo. No hay medio: cuando los encuentra una ronda y quiere reconocerlos, dan un grito ó hacen una señal, y como si salieran de debajo de la tierra, se les reunen otros cuatro ó seis, empiezan á cuchilladas con la ronda, y á los tres minutos la hacen poner piés en polvorosa.

—Por eso sin duda, para que estos embozados no puedan encubrirse, el marqués de Esquilache ha pensado en apuntar los sombreros y en acortar las capas.

—Efectivamente, señor.

—¿Y qué se dice acerca de estos embozados?

—Que conspiran.

—¿Contra quien?

—Contra el rey.

—¿De dónde sabeis vos eso?

—¡Ah! este es un asunto hondo, y yo no sé si debo manifestarlo á vuecencia delante de éste.

—Vuestra fortuna está hecha,—dijo el dominico,—si hablais en verdad y nos servis.

—¿Pues á qué estamos, excelentísimo señor, á qué estamos?—dijo Pestiño;—qué se nos da á nosotros, que tenemos la carne dura, de las consecuencias, si

encontramos una verdadera ventaja: un pobre trabajando no puede esperar ser rico en todos los dias de su vida, y hay que aprovechar las ocasiones.

—Habla pues.

—Pues dicen, señor, que el rey nuestro señor, que Dios guarde, era ó es jesuita.

—¡Ah!—exclamó el dominico.

—Sí, señor, jesuita; porque dicen, y se asegura que no son sólo jesuitas los que llevan el hábito y viven en las casas de la Compañía de Jesús, sino que los jesuitas están en todas partes y bajo todas las formas.

—Equivocacion grande á lo que creo,—dijo don fray Lorenzo;—prurito de buscar en los jesuitas la explicacion, ó más bien la causa de todo lo que aparece misterioso. Pero continuad.

—Dicen que cuando el rey nuestro señor era rey de Nápoles, prometió á los jesuitas influir de tal manera en la córte de Roma, que todas las vacantes de cardenales que muriesen fuesen reemplazadas por jesuitas; y de esta manera, andando el tiempo, llegarian á tener los jesuitas una mayoría en el cónclave, de lo que á la primera vacante de papa resultaria la exaltacion de un jesuita al trono de San Pedro.

—¡Vive Dios!—exclamó el dominico;—¿y de dónde has sacado tú esa grosera calúmnia?

—No la he sacado yo: se lo he oido decir á una cierta persona que me trata con mucha confianza.

—¿Y qué persona es esa?

—Nuestro jefe, á quien nosotros comunicamos to-

das las noticias que adquirimos, para que las comunique al señor marqués de Esquilache.

—¿Y cómo se llama ese vuestro jefe?

—Don Cosme Calcorra: él tiene una posicion aparente como oficial mayor de la contaduría del Gremio de la seda; pero á la verdad él no es otra cosa que un instrumento del marqués de Esquilache.

—Y á lo que se ve, un malísimo instrumento,—dijo don fray Lorenzo,—puesto que confia á un homcomo tú, tan propenso y tan fácil para venderse, cosas importantes.

—En cuanto á mi facilidad, señor, no es tanta como vuecencia cree: todo consiste en que yo tengo el buen olfato que debe tener todo el que sirva en la policía, y mi olfato me ha dicho que me conviene mucho más servir á vuecencia que al marqués de Esquilache. Sé además que Lolo es, aunque no lo parece, un hombre que vale, y por eso hablo delante de él con vuecencia desembozadamente.

—Pues siendo así, continuemos: sin duda tú inspiras tambien una gran confianza á ese don Cosme Calcorra.

—Infinitísima, señor,—dijo Pestiño;—como yo soy ó he sido su salvaguardia...

—¿De qué?

—Don Cosme es muy celoso, y tiene una mujer ó la tenia, muy jóven y muy linda.

—¡Cómo! ¿pues qué se ha hecho de la esposa de ese señor Calcorra?

—Se há fugado y ha desaparecido, y de tal ma-

nera, que aun no hemos podido descubrir el lugar donde se halla. Pues bien; don Cosme, á causa de sus celos, no podia estar tranquilo con su sola vigilancia interior; necesitaba que por de fuera se vigilase su casa, particularmente por la noche, que es la hora del peligro para los maridos que como Calcorra no tienen ni pueden tener confianza en su mujer.

—Sin embargo,—dijo don fray Lorenzo,—nunca tiene más cerca de sí un marido á su mujer que por la noche.

—Sí, es cierto; pero el recelo de don Cosme lo suponia todo. A un marido puede darle su mujer adormideras y ponerle insensible como un tronco.

—¡Ah, es cierto, y hasta qué suposiciones alcanzan los celos!

—Pues no pensaba nada de más don Cosme, porque al fin lo de las adormideras ha sucedido. Anoche sucedieron en casa de don Cosme cosas enormes sin que él lo sintiese, porque le habian aletargado, y con adormideras cabalmente, porque en la cocina hemos encontrado un puchero en que se habian cocido adormideras. Pero sucedió como sucede casi siempre cuando se toman precauciones, que en el momento que estas precauciones son más necesarias sobreviene un descuido. Don Cosme se valia de la policía del marqués de Esquilache, como que era su jefe; se encontró mal servido anoche: hacia mucho frio en la calle de San Cristóbal; como que está en un laberinto de callejuelas estrechas, es una cerbatana y no

hay quien pare en ella cuando se levanta viento del Norte. Así es que los dos hombres que estaban encargados de vigilar por fuera la casa de don Cosme, acobardados por el frio, se metieron en una taberna, que se hicieron abrir á pesar de las ordenanzas, y bebieron de tal modo, que el vino produjo en ellos el mismo efecto que las adormideras produjeron en don Cosme; es decir, que se quedaron dormidos como troncos, y no dieron cuenta de sus personas sino despues de amanecido, hora en que, tambaleando y como pudieron, se fueron á su casa. Ved ahí, excelentísimo señor, como las precauciones más exquisitas faltan en el momento oportuno, y vienen á ser inútiles.

—¡Ya, ya!—exclamó el religioso;—cuando los agentes son malos suceden estas y otras cosas.

—¿Y quién habia de pensar que no habiendo sucedido nada durante tanto tiempo, sucediese en el trascurso de una noche friísima y oscura.

—¿Erais vos por acaso uno de los encargados de vigilar la casa de Calcorra?

—No, señor, afortunadamente; porque no quisiera yo estar en el pellejo de esos dos que se han descuidado. Don Cosme es malo, rencoroso, vengativo, astuto, y no perdona jamás; tiene una gran influencia sobre el marqués de Esquilache, y por lo mismo es peligroso el indisponerse con él. Yo estaba de servicio cerca del convento de Santo Tomás.

—¿Con qué objeto?—dijo el dominico.

—Con el de observar el convento.

—¡Cómo! ¿Pues qué puede recelarse de unos religiosos tan graves como los de Santo Tomás?—exclamó don fray Lorenzo.

—¡Ah, señor, señor! Con toda su gravedad, los religiosos de Santo Tomás suelen salir de noche, no uno ni dos, sino hasta cuatro ó seis; no con sus hábitos y sus legos á auxiliar moribundos, que esto no tendria nada de extraño, sino encubiertos con capas largas y sombreros gachos, y á correr aventuras. Muchos de ellos, si no todos, forman parte de esos misteriosos embozados que el marqués de Esquilache persigue; y cuando se va tras ellos, sucede lo mismo que cuando se va tras cualquiera de los otros; esto es, que si se aperciben, se vuelven y la emprenden á cuchilladas con el que va en su seguimiento.

—Pues esto es grave, muy grave,—dijo don fray Lorenzo, como si no hubiera tenido noticia alguna de ello; como si él no hubiera sido y no lo fuera en aquel momento uno de aquellos misteriosos embozados.

—¡Que si es grave!—exclamó Pestiño.—Esta es una conspiracion de trascendencia; puede llegar no se sabe dónde, segun me ha dicho don Cosme, que como me necesita, porque despues de él yo soy el jefe de la policía del marqués de Esquilache, tiene conmigo, para estimularme sin duda, una grande confianza; en fin, señor, se dice que esta es cosa de los jesuitas, que irritados porque el rey no sirve en Roma su interés como ellos quieren, pretenden destronar al rey, poniendo en su lugar al príncipe de Astúrias, á quien

creen podrán manejar por medio de su mujer mucho mejor que al rey, que está influido por el marqués de Esquilache, ó mejor dicho, por la marquesa de Esquilache.

—Me estais diciendo cosas extraordinarias,—exclamó don fray Lorenzo,—y que me parecen muy exageradas; si no completamente falsas, hijas de suposiciones vulgares, como por ejemplo, la de que la Compañía de Jesús es una secta secreta, á la cual pertenecen personas de todas clases, altas y bajas; que el rey ha pertenecido ó pertenece á esa sociedad, y la ha hecho traicion; y que esa sociedad, en fin, pretende destronar al rey.

—Y aun no he acabado,—dijo Pestiño;—puestos una vez en el caso de servir á vuecencia, porque en vuecencia adivinamos más poder que en el marqués de Esquilache, y esperamos más proteccion y más provecho, no debemos detenernos. ¿Sabe vuecencia lo que se anda propalando por la córte en voz baja y sin que se sepa de dónde sale, esta que sin duda es una calumnia? Pues se dice no ménos sino que el rey es ilegítimo por bastardo; y á propósito de esto, se cuenta una historia.

—¡Calumnia! ¡calumnia infame, como la otra que alcanza á una asociacion religiosa tan respetable como la Compañía de Jesús!—dijo don fray Lorenzo con las muestras de la mayor indignacion.

—Yo digo lo que se dice,—exclamó un tanto cuidadoso, y aun pudiéramos decir que aterrado, Pestiño;—yo nada de esto sé, señor, por más que

don Cosme Calcorra me haya dicho que algo hay de ello.

—Veamos, veamos,—dijo don fray Lorenzo.

—Pues se cuenta,—dijo Pestiño,—que cuando vino á España para casarse con el señor don Felipe V la reina doña Isabel Farnesio, ésta amaba ya al que más adelante lo fué todo en España, es decir, el abate Alberoni, que despues por la influencia del mismo rey don Felipe V, que habia nacido para ser bonachon y no ver dos dedos más allá de sus narices, que por cierto eran bien largas, llegó á ser cardenal. Pero es el caso que en los primeros tiempos del casamiento de los reyes, doña Isabel Farnesio, durante una ausencia de Alberoni, se prendó de un palafrenero de la casa real, que se llamaba Perico Zarzuela, y que era tan hermoso y tan afortunado en amores que ya habia tenido aventuras con altísimas damas. De estos amores con el palafrenero, dicen se apercibió el cardenal Alberoni, lo cual produjo al pobre palafrenero una gran desgracia, porque una noche que estaba esperando junto al postigo de los jardines del real palacio del Pardo, se echaron sobre él cuatro hombres enmascarados y le cosieron á puñaladas, echando luego el cádáver al rio que iba crecido. Cuéntase que de estos amores de Perico Zarzuela con la reina doña Isabel Farnesio, provino el rey don Cárlos III. Añádese que se sabe esto por una ágria correspondencia en cifra que medió entre Alberoni y la reina; y se añade, que por esto se echó muy jóven de España á don Cárlos, con el pretexto

de darle el reino de Nápoles; en realidad, porque Felipe V, que habia llegado á apercibirse de este secreto, no podia tolerar su vista.

—¿Y todo eso cuenta el señor Cosme Calcorra?

—Muy en confianza, señor, muy en confianza; y á mí, en quien confia ciegamente.

—¿Y se añade aún, que de esta miserable infamia se aprovechan los dignísimos hijos de San Ignacio de Loyola?

—Eso se dice, señor.

—Bien, bien; ¿y se cree además que esos misteriosos embozados que cruzan de noche por acá y por allá la villa, y que no se sabe adónde van, pertenecen á una sociedad secreta, de la cual forma parte la Compañía de Jesús?

—Eso creen el rey y el marqués de Esquilache, segun me ha dicho don Cosme, y por esto es el ódio que el marqués de Esquilache tiene á los chambergos, á las capas largas, y aun á los mantos; porque tambien suelen andar de noche acompañando á estos embozados damas encubiertas.

—¿Y el rey sabe lo que se dice acerca de su supuesta bastardía?

—¡Ah, no, no señor! Don Cosme asegura que eso se guarda como una última arma, porque dicen que el rey se niega tenazménte á hacer nada que sea en daño de la Compañía de Jesús.

—Esto es grave, gravísimo,—dijo don fray Lorenzo.—Por lo que se ve, no son los jesuitas los que conspiran contra el rey, ó mejor dicho, contra el mar-

qués de Esquilache, sino que éste es el que conspira contra ellos, yo no sé con cuánta imprudencia y valiéndose de torpes medios; porque vos al servicio de ese miserable, vos á quien otro miserable ha hecho confidencias peligrosas, al encontraros cogido por mí, en quien veis uno de esos misteriosos embozados, á quien suponeis sin duda un jesuita, ó lo que es lo mismo, un miembro de esa supuesta sociedad secreta, con la cual no se puede dar, porqué no se dá con lo que no existe, os habeis aterrado y habeis hecho traicion á la confianza que se ha depositado en vos; porque esto, y no el interés de una gran ganancia como habeis dicho, es lo que os ha obligado á hacerme esas gravísimas revelaciones. Habeis temido sin duda una emboscada, y os habeis creido perdido. Pues bien; yo os aseguro que perdido estais si no me obedeceis, y que por el contrario, vos y este otro vuestro compañero podeis esperarlo todo, aun aquello en que ni siquiera habíais soñado, si me obedeceis.

—Yo, por mi parte, estoy completamente á disposicion de vuecencia,—dijo Pestiño, al que le temblaba la voz, porque al decir sus últimas palabras dòn fray Lorenzo habia dejado conocer en su acento algo espantosamente terrible.

—Y yo tambien estoy á la disposicion de vuecencia,—dijo Lolo, con la voz no ménos trémula que Pestino.

—Pues bien, en ese caso seguidme los dos. Tengo que daros graves instrucciones y no es este el lugar á propósito.

Aterráronse los dos polizontes, y no atreviéndose á negarse, porque les parecia que aquel solo embozado bastaba para exterminarlos á los dos, y temiendo además no brotasen de las paredes otros embozados como él, le siguieron.

Lolo habia tomado su capa y su sombrero, y se habia llevado despues de salir y al cerrarle, la llave del postigo.

Don fray Lorenzo les hizo marchar delante á lo largo de la calle de las Infantas, en direccion al convento de Capuchinos de la Paciencia, cuyo emplazamiento estaba en la que hoy se llama Plazuela de Bilbao.

Al llegar frente á la embocadura de la calle de San Anton, don fray Lorenzo dejó oir tres poderosos silbidos.

Sin saber cómo, de la sombra, como si los hubiera vomitado la tierra, aparecieron seis ú ocho embozados, que rodearon al dominico y á los dos que le acompañaban.

—Apoderaos de esos dos hombres, y lleváoslos,— dijo don fray Lorenzo.

Ni Lolo ni Pestiño pudieron dar un solo grito; primero, porque les habia embargado la voz el miedo, y luego, porque lo primero que hicieron los embozados que habian acudido á las señas de don fray Lorenzo, fué taparles la boca.

Despues se los llevaron, como quien dice, en volandas.

Don fray Lorenzo se quedó solo, y avanzó por la calle del Clavel, murmurando:

—Grave, grave, gravísimo; estamos en el terreno, nos tocamos ya con las puntas de las espadas, y es necesario no perder tiempo.

Y diciendo esto, avanzó rápidamente hácia la calle de Alcalá.

Capitulo XI.

De como fué despertado el conde de la Salmedina para oir una noticia que ciertamente no esperaba.

—Es necesario, necesario de todo punto, empujar la situacion, lanzarla,—decia don fray Lorenzo, avanzando rápidamente por la calle de Alcalá, camino de la casa del conde de la Salmedina;—estamos en peligro, en un gravísimo peligro; ó exterminamos, ó somos exterminados; es necesario que el edicto contra las capas y los sombreros aparezca cuanto antes: el pueblo español es indolente, se deja robar, vejar, descuartizar, y no hay más que un medio de sublevarle: contrariar sus costumbres, hacerle hacer lo que él no quiere hacer; lo de las capas, los mantos y los sombreros producirá un motin; nosotros haremos que ese motin sea una revolucion; Cárlos III el tenaz, el estúpido Cárlos III, caerá; la intemperancia y

los vicios de la nueva reina María Luisa, la debilidad y la ineptitud del nuevo rey Cárlos IV, pondrán en nuestras manos el poder real; España será nuestra, y levantando este país de su miseria, usando bien de sus grandes elementos, nuestro poder será incontrastable. ¡Oh! ¡sí! pero es necesario no perder ni un instante; se nos conoce ya, se nos acecha; el momento del golpe, y del golpe terrible, ha llegado; la vacilacion seria funestísima; adelante.

Y don fray Lorenzo continuó marchando á gran paso por las solitarias y tenebrosas calles de Madrid.

Eran las dos de la mañana cuando llegó á la calle de Segovia y al postigo de la casa del conde de la Salmedina.

Dormia éste profundamente cuando Baltasar, á medio vestir, fué á despertarle.

—Señor,—le dijo,—llaman con misterio al postigo.

—¿Y quién es?

—No lo sé; está la noche muy oscura.

—Baja é infórmate.

Baltasar volvió poco despues.

—Es un señor encubierto,—dijo,—que se llama grande amigo de vuecencia.

El conde adivinó á don fray Lorenzo.

—Ve, ve y abre al momento.

—¿Y si fuera un ladron, un canalla?

—No llamaria á la puerta.

—¿Y si fuera un enemigo de vuecencia, que arrostrara por todo?

—Ese enemigo no vendria á buscarme á mi alcoba: demasiado ando por todas partes; ve, ve, que no quiero hacer esperar á esa persona.

Baltasar salió murmurando, y el conde se arrojó fuera de la cama y se puso una bata.

Poco despues apareció don fray Lorenzo, embozado hasta los ojos, siguiendo á Baltasar, que le miraba con recelo.

—Vete,—le dijo su amo.

Baltasar salió.

El conde habia reconocido al padre maestro don fray Lorenzo.

Se levantó y cerró las puertas de las habitaciones que comunicaban con su dormitorio, y cuando volvió dijo al dominico:

—Perdonad si involuntariamente os he hecho esperar; podeis descubriros y hablar, sin temor de que nadie os vea ni os oiga.

—Yo os ruego que me perdoneis la incomodidad que os causo,—dijo don fray Lorenzo, descubriéndose y sentándose junto á la chimenea,—porque os traigo la mejor noticia que pudiérais esperar.

—¡Cómo!—exclamó el conde, poniéndose pálido.

—¿Estais decidido á perder vuestra libertad?

—¡Oh! ¡Dios mio! acabad, padre maestro.

—Mañana...

—¿Mañana qué?...

—Mañana la princesa de Otranto será condesa de la Salmedina.

Don Luis se sintió morir, y en un momento de

arrebato se arrojó al cuello del dominico y le besó como si hubiera sido su madre.

—¡Oh! ¡Creo que la amais demasiado!—exclamó el padre maestro, separando de sí al conde;—una pasion mortal por una mujer podria seros funesta.

—¡Ah! ¡no vacileis! ¡no temais!—exclamó el conde;—¡no me quiteis una felicidad que me habeis procurado, y en agradecimiento de la cual os consagro mi vida!

—¡Ah! ¡no, no!—dijo don fray Lorenzo;—ni esto seria posible sin contrariar de una manera impía la última voluntad de un moribundo.

—¡De un moribundo!—exclamó como aterrado el conde.

—¿Tan pronto os habeis olvidado del marqués de Letour?

—¡Ah!

—Pues bien; el marqués de Letour se siente morir, y para descargar su conciencia desea que os caseis con... su nieta.

—¡Su nieta!

—Sí; nadie conoce más que él y nosotros el misterio del orígen de Margarita; sobre todo, Margarita, si no es nieta de Godofredo de Armagnac, es indudablemente hija legítima de Hugo de Sacy, príncipe de Otranto.

—¿Y cuándo se ha de efectuar el enlace?—exclamó anhelante el conde.

—Estad dispuesto.

—¡Pero la real licencia!...

—Antes de las diez del dia os la remitirá el marqués de Esquilache, y á esa misma hora recibireis el mandamiento cerrado de la vicaría; de manera, que un cuarto de hora despues el cura de vuestra parroquia podrá casaros; pero no os altereis, esto seria demasido pronto; esto no nos daria tiempo para prevenir los regalos de boda.

—¿Pero qué es esto, señor, qué es esto?—exclamó el conde.

—Esto es, ya os lo he dicho, que el marqués de Letour se vè próximo á su fin; ha sentido remordimientos, y quiere descargar su conciencia casándoos con su nieta: más aún, preparaos para la noticia que voy á daros.

—¡Y bien! ¡qué!

—A lo que yo creo, os casareis mañana á la noche: el contrato matrimonial se firmará ante el lecho del marqués de Letour; pero la ceremonia se hará en la capilla de palacio.

—¡Cómo! ¡Pues qué!

—Se hará en la capilla de palacio, porque serán padrinos de vuestras bodas sus altezas los serenísimos príncipes de Astúrias.

—¡Los príncipes!... él bien... ¡pero ella!... ¡María Luisa!...—exclamó con asombro y con inquietud el conde.

—Ahí vereis; la princesa de Astúrias exige formalmente apadrinar, con su esposo el príncipe, vuestras bodas: más aún; entre el regalo de bodas que la princesa de Astúrias hará á la bella princesa de

Otranto, irá un nombramiento para esta última de dama de honor de la princesa.

—¡Oh! ¿Y no creeis que en esto tenga la princesa una siniestra intencion?

—No; María Luisa no alienta en su pensamiento el crímen..

—Pero convengamos en que todo esto es muy extraño.

—Por el contrario, es lo más natural del mundo; todo consiste en que se ha engañado á María Luisa, en que se la ha dicho que conviene que os caseis para aproximaros más á ella, haciendo á vuestra esposa su dama de honor, y nombrándoos á vos, ó más bien, trasladándoos á la servidumbre de la princesa: esta ha creido que vos no conoceis á Margarita, y que os casais con ella porque se os ha mandado que os caseis: María Luisa sabe que vos, como ella, nos perteneceis, y estais obligados á obedecernos.

—Mi obediencia casándome con Margarita me llena de felicidad; pero en cuanto á lo de entrar con ella al servicio inmediato de la princesa, os lo confieso, puesto que con vos tengo una gran confianza: me contraria y me espanta, y sin embargo, obedezco.

—Estad tranquilo: María Luisa acabará por acostumbrarse: no tiene alma, sino materia: es además muy voluble: el dia ménos pensado os sustituye, y os deja en libertad.

—¡Quisiera Dios fuese mañana!

—Oid, conde: yo no puedo detenerme más tiem-

po; he venido sólo á preveniros para que esteis sobre aviso; probablemente poco despues del amanecer os llamará á su casa el marqués de Letour: cuando os hable de esto, sorprendeos como si nada supiéseis.

—Convenido.

—Ahora bien, y puesto que nada más tengo que deciros, hacedme el favor de guiarme hasta la salida.

Y el padre maestro se puso su àntifaz, tomó su sombrero, se lo caló y se embozó.

El conde tomó una luz, y le llevó hasta el postigo.

Durante el corto trayecto no hablaron ni una sola palabra.

El conde subió trastornado, trasformado, profundamente conmovido, á su aposento, y creyéndose presa de un sueño.

Margarita, su adorada Margarita, iba á ser suya.

Capitulo XII.

De como se estrechaban las distáncias.

El conde pasó muy mala noche.

Mejor dicho, pasó muy mal lo poco que de noche faltaba.

La situacion en que se encontraba colocado, le excitaba, le exacerbaba.

La ilusion de su alma, su ambicion, su deseo, todo lo grande que para él existia en el mundo, esto es, Margarita, iba á ser suya, suya inmediatamente, sin más espera que el trascurso de algunas horas.

Pero sucede que cuando se acerca el término del plazo para el vencimiento, para el logro de un deseo que por su intensidad ha llegado á constituirse en nuestra única pasion, en nuestra vida, en nuestro sér, en nuestro universo, cada instante de aquellas últi-

mas horas de espera se convierte en un siglo de siglos, en un tiempo sin medida, en una eternidad.

Y sucede además, que considerando nosotros como un milagro, ó por lo ménos, como un suceso enorme la realizacion de nuestros deseos, nos acomete el miedo horrible de que una circunstancia cualquiera desvanezca nuestra ilusion, dejándonos en una realidad tristísima, como acontece al pobre que sueña que es rico y feliz, y que goza con la ilusion de su dormida fantasía, cuando el frio, de que no le defiende su mal guarnecido lecho, le despierta, y vuelve á sentir su hambre y su miseria.

Fuera de esto, en el terreno de lo exacto, de lo positivo, de lo consumado, el conde se encontraba gràvemente comprometido con la princesa de Astúrias.

No podia dudar de la pasion desordenada, insensata, monstruosa, que sentia por él la jóven María Luisa.

El era su primer amor.

El habia encontrado su alma vírgen, y aún pudiéramos decir que su cuerpo vírgen.

Tal era la incapacidad y el carácter especial y nulo de aquel príncipe de Astúrias que se llamó despues Cárlos IV, que sólo fué una humanidad crasa sobre el trono, ya se la considerase moral ó físicamente, y que no tenia actividad para otra cosa que para comer, dormir y cazar en Riofrio ó en Balsain reses mayores.

María Luisa no podia haber consentido de buen

grado, ni sin la existencia de mandatos, contra los cuales no habia podido sin duda rebelarse, en su casamiento con Margarita.

Ni mucho ménos, sin hacerse una terrible violencia, podia haberse prestado á ser con el príncipe la madrina de aquellas bodas, ni mucho ménos en llevar junto á sí como de su servidumbre, como gentil hombre al uno, como dama de honor á la otra, al conde y á la condesa de la Salmedina.

María Luisa obedecia, sin duda, al hacer todo esto, á una fuerza mayor incontrastable.

Los celos y su amor propio, su vanidad de mujer y su altivez de princesa, debian estar con aquello poderosamente excitados y gravemente ocasionados á una explosion terrible, cuyas consecuencias no podian calcularse.

Esto era bastante para que el conde no pudiese conciliar el sueño, y aun para que se sintiese enfermo.

La sangre subia á su cabeza.

Le latian las sienes y sentia una gran tirantez en los tendones cervicales.

Más de una vez se incorporó despavorido creyendo le acometia la congestion cerebral, y él no queria morir entonces, cuando estaba próximo á gozar una felicidad desconocida, incalculable, inmensa. En esta situacion, en esta lucha de su alma, le sorprendió la primera luz del dia, que penetraba débil y blanquecina por ese pequeño ventanillo que se ve en lo alto de una de las antiguas hojas de los balcones,

que se conservan aún en las viejas casas de Madrid.

El conde saltó del lecho y llamó.

Poco despues se le presentó á medio vestir Baltasar, que dormia en un cuarto inmediato al suyo, todo soñoliento y todo lácio, porque le habia sorprendido en lo más delicioso de su sueño y cuando su imaginacion le fingia que Rita se humanizaba con él, la campanilla de su señor.

Baltasar tenia tambien una pasion enorme metida en el cuerpo.

Rita era su dificultad, su gran negocio, su universo.

Tenia el alma negra, y veia negro, y pensaba negro, solamente porque la señora de sus pensamientos era negra como el ébano.

La verdad era que Baltasar no se podia resistir á sí mismo.

Estaba en una situacion demasiado aflictiva, y no podia sufrirse.

—Visteme,—le dijo su amo.

—¿De casa, de calle ó de campo, señor?—preguntó perezosamente Baltasar, envolviendo en un bostezo, que no pudo contener, sus palabras.

—De calle,—dijo el conde;—pero un traje cuidado, escogido.

—¿Vuecencia va de aventuras? ¿voy á acompañarle yo?—preguntó Baltasar, creyendo que su amo se preparaba para ir á casa de la beata donde estaban escondidas Anita del Rey y Rita.

—No, espero un aviso,—dijo el conde;—pero te

entiendo, Baltasar; tú no piensas más que en tu amor negro.

—Por desgracia, señor; y como estos amores son tan difíciles, á causa de las rarezas de Rita, se me va poniendo el alma del color del hollin.

—Baltasar,—dijo el conde,—cuando acabes de vestirme me das papel y tintero.

—Muy bien, señor,—dijo Baltasar, sin importar gran cosa de las últimas palabras de su amo.

—Soy tan feliz, Baltasar,—dijo el conde,—me enloquece de tal manera mi felicidad, que quiero verte tan loco como yo.

—Muchas gracias, señor,—contestó de una manera indiferente Baltasar.

—Antes de salir voy á dejarte una órden para que cobres inmediatamente de mi tesorero cincuenta mil ducados.

Baltasar, que tenia en las manos una riquísima camisa de batista, colocada de modo que su amo pudiese meter por ella la cabeza, la dejó caer.

Se le habian dormido de improviso las manos, y aún creemos que tambien el cerebro y el corazon.

Se quedó inmóvil, hecho una estátua, con las manos levantadas y crispadas, la boca abierta y los ojos traspuestos.

Tal impresion le habia causado el anuncio de un regalo de cincuenta mil ducados.

—¡Eh, badulaque!—dijo el conde;—no hay motivo para atortolarte de ese modo; recóbrate y continúa vistiéndome.

Baltasar se sacudió, se estiró, recogió la camisa, la puso á un lado, y se fué á sacar otra de un armario, exclamando:

—¡Vaya que tiene unas chanzas el señor!...

Y sacudió la una despues de la otra sus piernas, como queriendo expresar:—¡anda, pelele, estúpido; para tí se han hecho cincuenta mil ducados!

Tan picaresco fué el movimiento, tan irrespetuoso, que el conde le arrimó un puntapié, de cuyas resultas, aunque el puntapié habia sido moderado, y más que puntapié una advertencia. Baltasar se volvió, presentando á su amo una nueva camisa.

—No permito que nadie dude de mis palabras, y mucho ménos tú, bribon: mi contador te entregará hoy mismo cincuenta mil ducados.

—Perdone vuecencia mi duda,—exclamó Baltasar, cuyo semblante se puso radiante de alegría:—pero esta duda era porque yo no me creo merecedor de ese agasajo.

—Con esos cincuenta mil ducados y lo que me has robado ya,—dijo el conde,—vienes á ser riquillo; pero yo no te doy esto sin condiciones.

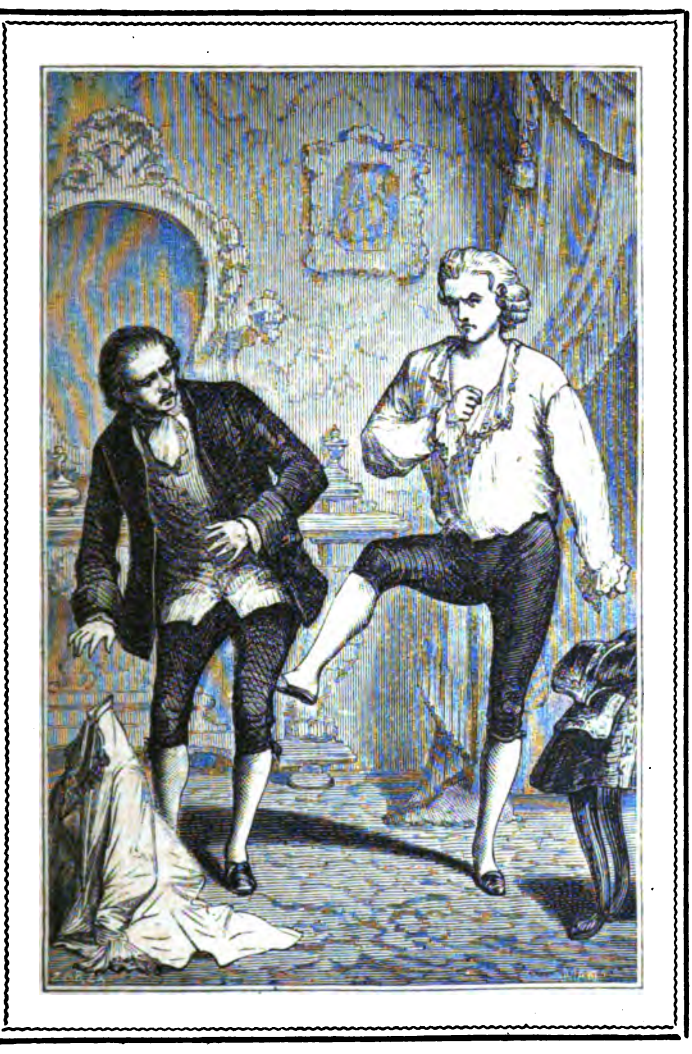
—¿Y qué condiciones, señor?—preguntó algo cuidadoso Baltasar.

—Es de todo punto indispensable que te cases; más aún, que estés casado esta noche.

—¿Y con quién, señor?—exclamó más cuidadoso aún Baltasar.

—¿Con quién ha de ser sino con tu negra?

—Obedezco, señor,—dijo Baltasar,—más como



MOTIN DE ESQUILACHE —No permito que nadie dude de mis palabras.

quien se resigna, que como quien acepta alegremente un mandato que colma sus deseos.

—¿Harás que me ponga sériamente sério contigo y te eche á puntapiés de mi casa?—exclamó el conde.—¡Cómo, tunante! ¿has llegado á concebir la ruin sospecha de que yo te doy cincuenta mil ducados para que te cases, y que con esto no hago otra cosa que comprarte tu mujer, cuando todo ello no es más sino que yo me caso tambien esta noche y te hago mi regalo por unas bodas que colman mi felicidad, casándote con la mujer que amas y dotándola convenientemente?

—¡Ah, señor! soy un miserable, lo confieso, y autorizo á vuecencia para que haga lo que quiera conmigo, en la seguridad de que no me quejaré.

Y Baltasar, que tenia en la mano una riquísima casaca, sin poderse valer, instintivamente, impremeditamente, cayó de rodillas, y para que los faldones de la casaca no tocasen al suelo, se vió obligado á levantar los brazos.

El conde, durante un momento, no vió más que el forro de su casaca.

Esta prenda, en la posicion en que Baltasar se encontraba, le ocultaba completamente.

El conde se echó á reir.

Las bufonadas sérias de Baltasar le distraian.

—Decididamente,—dijo,—los dos estamos locos, Baltasar; vamos, despacha; acaba de vestirme: pueden venir de un momento á otro.

—Pues no falta más que coger á vuecencia los cabellos y empolvárselos,—dijo Baltasar.

—No, no, nada de polvos,—dijo el conde.—Se comprenderia que estaba prevenido, y no conviene. Vamos, ya estoy listo; dame ahora recado de escribir.

Baltasar sirvió á su amo.

Este extendió un bono á la vista y á la órden de Baltasar contra su tesorero, por valor de cincuenta mil ducados, que necesariamente habian de pagarse en oro.

Y dió este rico y pesado papel á Baltasar, que no creia á sus propios ojos.

—Bien, señor,—dijo conmovido;—que Dios dé á vuecencia tanta felicidad como yo para mí deseo, y más aún, como la que deseo á mis hijos que espero, á mis mulatillos: cuando yo digo que esto es un sueño, y que me parece que me voy á encontrar dando vueltas en mi cama y agarrado á la sábana, creyendo que es un bono de cincuenta mil ducados.

—Lo mismo me sucede á mí,—dijo el conde;—me parece que sueño, y sin embargo, no, no sueño: es una realidad dichosísima.

—Apostaria,—dijo Baltasar, mirando de una manera profunda á su amo,—que la señora con quien vuecencia se casa es su señora tia la excelentísima señora marquesa de Vallezarzal.

—¿Y qué motivo tienes tú para creer eso, Baltasar?—dijo el conde, á quien habia causado una viva extrañeza la pregunta de su ayuda de cámara.

—La primera razon que tengo,—dijo Baltasar,—

es la extraordinaria hermosura de su excelencia, que á pesar de sus años parece una muchacha, y luego otras razones más concluyentes.

—¡Razones concluyentes respecto á mí y á mi tia en este concepto!—dijo el conde, cuya extrañeza creció.

—Vamos, señor,—dijo Baltasar:—es muy viejo aquello de que el amor y el dinero no pueden estar ocultos; vuecencia ha disimulado más; pero en cuanto á su excelencia...

—¡En cuanto á su excelencia! ¿qué?—dijo el conde, cuya extrañeza crecia de momento en momento.

—Señor, cuando vuecencia estaba fuera de Madrid durante las jornadas de la córte, cuando vuecencia me mandaba por escrito fuese á hacer esto ó lo otro casa de su excelencia, á la señora se le salia por los ojos el amor que tenia á vuecencia cuando por vuecencia preguntaba; y yo decia para mí:—Me parece que vamos á tener boda. Así se quedará todo en casa.

—Pues te has engañado de una manera doble, Baltasar; has creido en mi tia un amor de mujer, cuando ésta no siente por mí más que un apasionado amor de madre, y has supuesto muy mal cuando has creido en esas bodas. Yo me caso con la señora princesa de Otranto, nieta de los marqueses de Letour.

—¡Ah!—exclamó abriendo mucho la boca Baltasar;—pues está visto que yo no sé por dónde ando.

Recuerden, pues, nuestros lectores que Baltasar

no habia tenido ocasion de conocer á Margarita.

Que si bien es cierto que el conde habia alcanzado un coche en el camino del Pardo tres dias antes, en cuyo coche habia visto una mujer, tambien es cierto que Margarita iba completamente encubierta, que Baltasar apenas habia tenido tiempo de verla, y que habia creido que aquello no era otra cosa que una aventura de su amo.

Para Baltasar, la princesa de Otranto y la desconocida del coche, de la que ni aun siquiera se acordaba, eran dos personas distintas.

—Pues que sea por muchos años, señor,—exclamó Baltasar;—y si vuecencia me lo permite, vengamos ahora á otra cosa, á mis negocios. ¿Cómo he de hacer yo para casarme esta noche?

—¿No tiene Rita sus papeles?

—Sí, señor.

—¿No los tienes tú tambien?

—Sí, señor.

—Pues entonces, ¿hay más que con esos papeles y tres ó cuatro testigos que declaren que tú eres soltero y que Rita es soltera tambien, pedir te libren un mandamiento cerrado, é irte con él á la parroquia y decirle al cura que te case?

—Es verdad, señor; tengo la cabeza á pájaros; ¿y dónde ha de hacerse la boda? ¿quién ha de ser la madrina?

—La señora de Rita.

—¡Ah! doña Ana; pobre doña Ana cuando sepa que vuecencia se casa.

—Lo cual no tienes necesidad de decirla, Baltasar,—observó el conde.

—Es verdad, señor.

En aquel momento, un maestresala apareció á la puerta, y dijo avanzando y trayendo en una bandeja de plata una carta:

—Del excelentísimo señor marqués de Letour, señor.

El conde tomó la carta y dijo al maestresala:

—Esta carta sin duda exige una contestacion.

—Sí, señor,—contestó el maestresala.

El conde se fué al hueco de un balcon, abrió la carta y leyó lo siguiente:

«Excelentísimo señor conde de la Salmedina:

»Entre nosotros ha mediado un error grave mio, y otro grave error vuestro, que nos ha traido á una situacion difícil y extrema, resuelta de una manera lamentable para mí: vos perdonareis su error á un moribundo, como este moribundo os perdona la herida de que muere: os espero, os espera tambien vuestra esposa la princesa de Otranto: venid, hijo mio, permitidme que á pesar de todo os llame así:—Vuestro por lo poco que le queda de vida,

GODOFREDO DE ARMAGNAC.»

—¡Oh! ¿qué es esto?—exclamó el conde cubierto de sudor:—este hombre, este miserable...

Y guardó la carta en el bolsillo del pecho de su casaca.

Se fué al velador, donde estaba todavía el recado

de escribir que le habia servido Baltasar, y escribió lo siguiente:

«Excelentísimo señor marqués de Letour:

»Yo os perdono como vos me perdonais; yo deploro con toda mi alma la situacion gravísima en que involuntariamente os he puesto: yo sigo inmediatamente á vuestro criado, portador de esta carta.—Vuestro,

LUIS DE AVENDAÑO.»

El conde cerró esta carta.

Llamó al maestresala y se la dió para que la entregase al criado del marqués de Letour.

Esperó luego no más que el tiempo que tardaron en enganchar un carruaje, y partió para la casa de Armagnac.

Capitulo XIII.

Preparativos.

El conde se encontró, al llegar á la casa de De Armagnac, con el Viático, que salia de ella con una grande ostentacion.

En vista de esto, no podia dudarse de que el marqués de Letour estaba en un peligro extremo.

Cuando hubo pasado la larga comitiva del Viático, el conde subió estremecido de impaciencia y de amor, y presa de un cuidado mortal, las anchas escaleras de la magnífica casa que Esquilache habia cedido á Godofredo de Armagnac.

Una servidumbre, ricamente libreada, se veia en el zaguan y en el primer descanso de las escaleras.

El carruaje paró, y el conde de la Salmedina,

entró y pasó, subiendo por las escaleras, entre aquella espléndida servidumbre, que se inclinaba respetuosamente á su paso.

La servidumbre de De Armagnac, por lo que se ve, habia sido completada, ó por lo ménos aumentada.

Al entrar el conde en la primerá antecámara, le salió al encuentro un portero de estrado, y le preguntó, inclinado en arco y sonriendo de esa manera fria, estereotípica de todos los altos criados de casa grande cuando llenan una fórmula con arreglo á la etiqueta:

—¿Vuecencia es, sin duda, el excelentísimo señor conde de la Salmedina?

—En efecto,—contestó el conde.

—Ruego á vuecencia tenga la bondad de seguirme,—dijo el portero.

Y adelantó al conde, deteniéndose á cada mampara, y abriéndola y esperando á que el conde pasase para adelantar de nuevo hácia otra mampara, hasta que le entregó á los maestresalas al inmediato servicio del marqués de Letour.

Uno de ellos levantó un portier, y dijo en voz alta:

—El excelentísimo señor capitan general conde de la Salmedina.

Se comprendia que el maestresala habia sido advertido.

Se le recibia en toda forma casa del marqués de Letour al conde.

Cuando éste entró, vió, al fondo de la cámara,

un magnífico lecho de ámplia, rica y severa colgadura.

A la cabecera de aquel lecho se veian dos señoras de pié, ricamente vestidas, pero de una manera severa.

A los piés del lecho, de pié tambien, un religioso dominico.

A alguna distancia, y de pié asimismo, dos hombres vestidos de negro, dos hombres muy afeitados, con peluquines muy pequeños y excesivamente rabitiesos; con gorgueras voluminosas, largos bastones de caña de India con puño de oro, casacas redondas, calzones cortos, medias blancas, zapatos con hevillas y muy cuadrados y muy tiesos.

Y además de esto muy sérios.

Eran los dos médicos de cabecera, que pretendian hacerse reparar de una manera digna por el conde de la Salmedina, que podia muy bien, si le agradaban, hacerlos sus médicos de cámara.

¿Y á qué estamos, ó mejor dicho, á qué estaban?

No tenemos que decir quiénes eran las dos señoras y el religioso dominico.

Añadamos que al frente del lecho habia, en la cámara, contra la pared, un magnífico altar, con un gran crucifijo bajo un dosel.

En seis candeleros de plata habia seis blandones encendidos.

Olia allí á incienso.

Habia allí quedado marcado el paso de su majestad, la de los cielos.

Los dos médicos, que no habian permanecido allí sino como de ceremonia y para dejarse ver, cuando hubo entrado el conde se inclinaron, saludando cumplida y respetuosamente.

Se dirigieron á una puerta, y desaparecieron por ella.

Giovaneta y Margarita permanecieron inmóviles.

Pero devorando con una mirada ansiosa al conde de la Salmedina, que á su vez las abarcaba con una mirada infinita.

El herido sacó un brazo de debajo de las ropas del lecho, y tendió su mano al conde.

Este avanzó.

Tomó aquella mano, y aunque Godofredo de Armagnac le era repulsivo, aunque no podia olvidarse de la villanía de que habia estado á punto de ser víctima tres noches antes, estrechó vivamente aquella mano que se le ofrecia.

Por su parte, De Armagnac oprimia de una manera harto significativa la mano de don Luis.

Parecia como que, creyéndose próximo á morir, De Armagnac queria arrastrar consigo á la tumba al conde de la Salmedina.

—Como veis,—dijo con voz apagada á causa de su debilidad De Armagnac,—acaba de administrárseme el Viático; lo que quiere decir que voy á partir en breve.

—Yo lo deploro,—dijo Salmedina;—lo deploro con toda mi alma.

—Y bien, ¿qué quereis?—dijo De Armagnac.—Yo no debia haber vagado por la noche á las inmediaciones del monte de Boadilla, infestado siempre por mala gente; las imprudencias se pagan caras, y hay que dar gracias á Dios porque me ha dejado tiempo para arreglar mis negocios.

El conde se sentia fuertemente contrariado.

Las palabras de De Armagnac tenian el valor de una comedia lúgubre y punzante.

Todos los que estaban allí sabian que quien le habia puesto en tal estado habia sido el conde de la Salmedina.

Todos sabian por qué razon repugnante habia tenido lugar aquel lance.

—Y bien,—continuó De Armagnac,—mi gran negocio, mi único negocio en estos momentos, es mi nieta la señorita doña Margarita de Saoy y de Armagnac, princesa de Otranto. Segun parece, ella y vos os amais, hasta el punto de que no podeis ser felices el uno sin el otro.

Y al decir estas palabras la presion de la mano de De Armagnac sobre la del conde se hizo más fuerte, más enérgica.

Era que De Armagnac trasmitia su ódio y su rabia por medio de aquella presion, extraordinariamente significativa, á don Luis.

—No quiero morir, pues,—continuó De Armagnac,—sin haber hecho por mí mismo vuestra felicidad, sin veros casados. Segun me han dicho los médicos, á quienes yo he obligado á que me digan lo

que á ningun enfermo se dice, viviré probablemente veinticuatro horas. Pero como no se puede fiar gran cosa en las profecías de estos señores, como puede suceder que el Señor no me conceda tantas horas de vida, es necesario no perder tiempo.

La situacion no podia ser más lúgubre, más dramática, más áspera, por decirlo así.

La presion de la mano de De Armagnac, que estaba dominado por una terrible exacerbacion nerviosa, aumentaba.

Tomaba á cada momento un carácter más marcado de ódio y de amenaza.

Se comprendia que De Armagnac tenia esperanza de escapar del peligro en que se encontraba, y que, contando con esto, deslindaba perfectamente la situacion recíproca en que debian colocarse en el porvenir él y el conde.

Este, que era bravo é irascible, y sentia dentro de sí la fermentacion de la cólera, se contenia.

Pero estaba pálido é inmutado.

Margarita adivinaba lo que sucedia por la expresion del semblante del conde.

Don fray Lorenzo estaba atento, y desplomaba una mirada profunda, severa, fija, en el semblante de De Armagnac.

En cuanto á Giovaneta, se mostraba contrariada y ansiosa.

El conde, que no sabia qué decir, guardaba silencio.

—Concluyamos, pues, cuanto antes,—dijo De

Armagnac;—yo, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio, os concedo á vos, señor conde de la Salmedina, la mano de mi nieta la princesa de Otranto; como que afuera aguarda un notario mayor del reino, hacedle pasad si gustais, y extenderemos el contrato matrimonial.

—No hace falta contrato,—dijo el conde;—será convenida entre mi esposa y yo la comunidad de bienes.

—Bienes vinculados,—observó De Armagnac;—no podemos olvidarnos del interés de los hijos segundos.

—Yo, además de los bienes vinculados, tengo bienes libres, y es necesario determinar, clasificar, asegurar todos los derechos.

—Yo creo muy bien, señor conde, que no sentís otro interés por mi nieta que el amor; pero lo uno no impide lo otro. Hacedme el favor, padre maestro, de hacer pasar al notario, que debe estar esperando.

Entonces solamente soltó la mano del conde Godofredo de Armagnac.

Poco despues un notario, alto y flaco, pero estrecha y miserablemente vestido, muy limpio, muy sério, y con arreglo á la más extricta conveniencia, entraba en el dormitorio.

Saludó respetuosamente, y colocando su sombrero, que por cierto era gacho, en abierta oposicion á las ideas de Esquilache, sobre un mueble, puso ape l sellado sobre una mesa que se veia junto al le-

cho, y se sentó para empezar el cometido que se le habia encargado.

Se empezó la elaboracion del contrato artículo por artículo, bajo la voz del marqués de Letour.

De tiempo en tiempo el dominico hacia una observacion, que se tomaba en cuenta.

Cuando De Armagnac hubo terminado la parte que le correspondia, Margarita, y despues el conde, llenaron la suya.

Giovaneta expresó tambien por su parte algunas condiciones.

Una vez terminado el contrato, el notario le leyó con voz aflautada y gangosa.

Se vió que estaba conforme con lo que se habia dicho, y todos los presentes lo firmaron.

El notario se retiró despues de haber hecho tres profundas reverencias.

—Os recomiendo,—dijo De Armagnac al conde de la Salmedina,—y á vos tambien, padre maestro, hagais cuanto estuviere de vuestra parte para que este negocio se termine hoy mismo y en el ménos tiempo posible. Ahora os ruego á todos me dejeis descansar y que me dispenseis de la proximidad de esos médicos que me irritan, porque me miran como si tuvieran á la vista un cadáver. Estoy seguro que ellos no han de retardar ó abreviar el momento funesto. Y además, yo no sé por qué creo que aún me quedan muchos años de vida.

—Dios lo haga,—dijo el conde de la Salmedina.

Despues de esto todos salieron.

Pero cuando repararon Margarita y el conde de la Salmedina, se encontraron solos en un gabinete.

—¡Oh! esto parece un sueño, adorada mia,—exclamó el conde de la Salmedina, asiendo las manos de Margarita y besándolas con delirio.

—No, no,—dijo Margarita:—esto no es un sueño, pero esto es terrible; Dios quiera que no deploremos nunca habernos conocido.

—Yo no lo deploraré jamás,—exclamó el conde,—sobrevenga lo que sobrevenga.

—Yo lo deploraré por tí,—dijo Margarita.

—¡Ah! no,—exclamó el conde,—una sola hora de felicidad contigo, y no importa el precio. Pero adios, no tenemos tiempo que perder: es necesario que yo avise á mi tia, que haga un millon de cosas.

—Sí, vete,—dijo Margarita;—se acerca alguien y no quiero que nos encuentren solos.

El conde besó de nuevo las manos á la jóven, y salió á tiempo que por otra puerta entraban en el gabinete el padre maestro y Giovaneta.

Cuando el conde llegaba al pié de las escaleras, sintió tras sí pasos un tanto rápidos.

Se volvió y vió al padre maestro.

—¡Ah!—dijo;—perdonad, no me habia despedido de vos; ya se ve, estoy loco; lo que me sucede no es para otra cosa; voy á conduciros al convento en mi coche.

—No, no, amigo mio,—contestó el dominico;—en primer lugar, mi coche me espera, y despues, yo no voy al convento; es necesario que yo haga lo que

me corresponde en este negocio. Id vos á ocuparos del regalo de bodas, y cuando volvais á vuestra casa os encontrareis en ella con el mandamiento cerrado, con la real licencia y con algo más.

El dominico estrechó la mano del conde.

Luego cada uno entró en un coche, y los dos carruajes partieron en distintas direcciones.

El conde de la Salmedina habia mandado le llevasen casa de su tia la marquesa de Vallezarzal.

El dominico á la vicaría.

Por su parte, Giovaneta habia llamado á la marquesa de Esquilache.

Capítulo XIV.

De como se improvisa un matrimonio.

En aquellos tiempos el que más tarde se levantaba en España estaba cansado de estar de pié á las ocho de la mañana.

Una más larga permanencia en la cama significaba una enfermedad.

Es verdad que entonces se acostaban temprano.

A las doce, que era verdaderamente la media noche, todo el mundo hacia tres horas que estaba metido entre sábanas.

Hoy, por el contrario, gran número de gentes, especialmente en Madrid, empiezan entre once y doce sus negocios.

Se levantan por la tarde.

Hacen de la comida almuerzo, y cuando se ponen en operaciones ya está muy avanzada la noche.

Muchos años hace no han visto otra luz que la artificial.

El conde encontró, no solamente vestida, sino peinada y empolvada á su hermosa tia, á la vieja, jóven.

Ya sabemos que se habia establecido una situacion un tanto difícil entre la tia y el sobrino.

Esta sabia por una franca y sucinta confesion de don Luis, que él en otro tiempo habia estado enamorado de ella.

Don Luis sabia por una indicacion de Baltasar, fruto de sus observaciones y de su experiencia de pícaro, que en otro tiempo su tia habia estado apasionada de él.

La pobre marquesa, que habia sentido renacer su amor y peleaba de nuevo contra él, al ver á don Luis, á quien el sentimiento de la felicidad embellecia, se puso encendida como una cereza, y se le escaparon un traidor suspiro y una traidora mirada.

Don Luis, que como sabemos tenia sus puntas de libertino, aunque de libertino decente, y habia contraido una cierta debilidad por la belleza, cogido de improviso por la turbacion de Magdalena, se aturdió á su vez, se puso pálido y temblon, y se cruzó entre aquellas dos criaturas, á causa de la situacion, una mirada harto significativa.

—Tia,—exclamó don Luis.

Y se acercó á ella y le asió las manos.

—Y bien, ¿qué te trae tan temprano, hijo mio?—contestó la marquesa.

Don Luis hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo como quien despierta de un sueño:

—Es que me caso, tia.

Se puso mortalmente pálida la marquesa, y dijo:

—¿Con ella?

—¿Con quién si no, mi querida tia?—dijo don Luis, soltando las manos de la marquesa despues de haberlas besado cariñosamente.

—¡A pesar de todas las turbiedades que establecen una atmósfera no muy conveniente al rededor de esa señorita?—exclamó la marquesa con un tanto de severidad.

—Es que ya no hay turbiedad alguna, tia: acabo de firmar el contrato matrimonial, y por el consta: primero, que Margarita es hija legítima de monseñor Hugo de Sacy, príncipe de Otranto, senador de Venecia, miembro del Consejo de los Diez, y de doña Luisa Isabel de Armagnac, hija legítima de monseñor Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio, y de madama Juana de Fiori; y resulta además, que es tres veces más rica que yo, lo que me contraria gravemente; ¡si Margarita no supiese que la gran riqueza que ella tiene para mí es su amor y su hermosura!

—¿Y qué hay de aquello de aquel cardenal y de aquel pescador, por lo que toca á esa abuela inverosímil?—dijo la marquesa.

—Yo no podia ni debia meterme en esas hondu-

ras, tia,—dijo el conde;—á más de eso, nadie se meterá en ellas.

—Te parece á tí: cuando ménos nos pensamos nos encontramos con que hay quien cuente con pelos y señales que la abuela de la bella princesa de Otranto, tu mujer, es nieta de una tal muchachuela romana, hija de un pescador y querida de un cardenal; y luego, ¿sabemos de dónde vienen esos marqueses extranjeros y esos príncipes italianos? Casi todos esos que se vienen entre nosotros han empezado por caballeros de industria ó por otra cosa peor: naturalmente, se van adonde nadie los conoce. Has andado múy ligero, Luis, y has roto además rudamente con las prácticas establecidas: has debido contar siempre con el consejo de familia.

—Mi casamiento se hace en circunstancias excepcionales, tia: puede decirse que es un casamiento *in articulo mortis*.

Magdalena se puso excesivamente pálida.

—¡Pues qué!—exclamó,—¿esa pobre Margarita?

Y los ojos se la llenaron de lágrimas.

Magdalena, como suele decirse, era buena hasta el hueso.

—No, tia; afortunadamente no,—dijo el conde;—Margarita no corre peligro alguno; pero no acontece lo mismo con su abuelo, que está á punto de muerte á causa de una estocada mia, y no quiere morir sin verme casado con su nieta.

—Pero esto es monstruoso, Luis, esto es monstruoso; una nieta que huye aterrada de un abuelo

que la hace el amor, con cuyo abuelo tienes que batirte tú á causa de la nieta, y á quien das una estocada que le pones á la muerte, á pesar de lo que ese abuelo abominable no puede morir tranquilo si no te casas con su nieta, y una nieta que se casa contigo á pesar de haber tú matado á su abuelo.

—Las circunstancias, tia, las circunstancias.

—Pero circunstancias enmarañadas, embrolladas, endiabladas, que yo no comprendo ni puedo comprender, ni quiero, eso ante todo; y sin haber contado siquiera conmigo. Vamos, tú estás loco, Luis... En fin, ello ya está hecho; por fortuna están cubiertas, á lo que creo, las apariencias; cuando sobrevenga el chubasco, que estoy segura sobrevendrá, yo salgo del paso con decir que no sabia nada. Pero, Dios mio, ¿y la canastilla? ¿y la casa? ¿y la servidumbre de tu mujer? ¿y tanto y tanto como hay que arreglar para estas cosas? Y nos encontramos con un escopetazo que no nos da tiempo para nada.

—Pues cabalmente, para eso venia yo á veros, tia.

—¡Bah, bah! todo se arreglará: los diamantes es lo de ménos; los joyeros están siempre dispuestos á vender hasta el fondo de los armarios. En cuanto á la canastilla, yo voy ahora por esas modistas de Dios á ver si las robo algo que sirva. Y en cuanto á casa, ¡bah! mi casa, mi cuarto, mi servidumbre, Luis. Vamos, está visto, que Dios da tiempo para todo.

—Lo que yo veo, tia,—exclamó conmovido don Luis,—es que vos sois un ángel.

—No tan alto, lisonjero, no tan alto; y en todo caso, hijo mio, se trata de tí. Pero de todas maneras, este es un grande apuro. Tengo que pensar tambien en mí misma. Necesito un traje flamante; necesariamente; ¿cómo me presento yo sin un traje á la moda del dia, de la hora, del momento, cuando hoy estas modistas francesas que se nos han venido encima no dejan pasar un sólo dia sin hacer una variacion en el traje? ¡Ah! no importa. Voy á empezar desde ahora. Siéntate, hijo mio, siéntate. Vamos á almorzar juntos. Por almorzar, no perderemos gran tiempo; nos traerán el almuerzo aquí, y entre tanto yo daré las órdenes referentes á la casa.

La marquesa llamó.

Pidió el almuerzo y su mayordomo.

Este se presentó antes que el almuerzo.

—Casa del ebanista al momento,—dijo la marquesa,—y al mismo tiempo casa del tapicero; que envie mozos que desocupen inmediatamente el salon blanco y sus dos gabinetes; que esto se entapice, se alfombre y se amueble de nuevo; que se varien los quinqués y las arañas; que se pongan sobre la chimenea del salon uno de esos grandes relojes y uno de esos grandes espejos venecianos, á lo Luis XIV, que están ahora tan de moda; que se renueven tambien los candelabros; que no se deje, en fin, de lo que hay allí, más que la pintura del techo, y esto porque es admirable. El un gabinete será una cámara nupcial,

entendedlo bien, hacedlo entender. Lo quiero todo blanco y oro, sin que se olviden las flores, pero flores contrahechas. Las flores naturales, dejadas en gran abundancia en un dormitorio, matan: ya ha sucedido algun lance funesto. En fin, nuestro tapicero, nuestro ebanista, lo entienden: yo estoy muy contenta de ellos; pero en está ocasion soy más exigente que nunca. En el otro gabinete debe establecerse un tocador: y oid bien; ¿qué hora tenemos?

—Las nueve de la mañana, señora.

—Pues para las dos de la tarde, es decir, para dentro de cinco horas, es necesario esté hecha esa trasformacion; como que esta noche ha de estar todo dispuesto. Tenemos boda.

—Muy bien, señora.

—Que enganchen una carroza, tengo necesidad de salir.

El mayordomo salió murmurando:

—La señora se nos casa, y se nos casa con su sobrino. Esto era de esperar. Pero tan de sopeton, tan de improviso; ¿y la dispensa, señor? Esto se habrá pedido secretamente. ¡Y que no hayamos olido nada! En fin, bueno; en esta boda ganaremos todos. La señora quiere que todo esté hecho para las dos de la tarde; pues bien: ello estará para la una.

Capítulo XV.

Hasta qué punto puede llegar la sangre fria de un marido, y hasta qué punto puede verse en una situacion difícil quien tiene queridas cuando va á casarse.

Por pronto que terminó el almuerzo, y que tia y sobrino se separaron para ir á activar lo necesario para la boda que debia efectuarse aquella noche, eran ya las diez de la mañana.

Cuando llegó á su casa el conde de la Salmedina, se encontró con que al entrar por el zaguan se le inclinó profundamente un hombre, que sin duda le esperaba.

Aquel hombre estaba vestido decentemente, como un hombre de la clase media, con sombrero apuntado y redingote.

Tenia además una venda negra sobre la frente.

Era, en una palabra, Cosme Calcorra.

—Dispénseme vuecencia, excelentísimo señor,—

le dijo;—pero yo necesitaba saludar á vuecencia...

—¡Ah!—exclamó el conde, reconociéndole al fin.—¿Vos sois?...

—Sí, señor; yo soy Cosme Calcorra, el que hace tres dias...

—¿Y cómo os va, señor Cosme Calcorra?

—Muy bien y muy mal, señor conde. En fin, yo venia á ponerme bajo el amparo de vuecencia. En cuanto he podido dejar el lecho, he venido. Los criados me han dicho que vuecencia estaba fuera, y yo me he tomado la libertad de esperar á vuecencia.

—Y bien, pasad,—dijo el conde, que no se atrevió á despedir desde el portal como á un cualquiera á un hombre de cuya mujer era amante.

Calcorra subió sombrero en mano siguiendo al conde.

Como este no consideraba en ninguna manera á Cosme Calcorra persona de un tal respeto que fuese necesario recibirle en el salon, le llevó consigo á su cuarto.

Sobre la mesa, ó más bien sobre el gran velador que habia en el centro, Baltasar habia puesto, de manera que se apercibiesen bien, dos pliegos y una carta.

Calcorra, que era hombre que no entraba en ninguna parte sin inspeccionarlo todo en una rápida y penetrante mirada, vió los dos pliegos y la carta. El uno de los pliegos era de palacio, porque tenia el sello de las armas reales.

El otro pliego de la Vicaría, por el séllo, que co-

nocia bien Calcorra, porque como buen polizonte, lo conocia todo.

Pero lo que alteró la sangre y los nervios de Calcorra, lo que le nubló los ojos, lo que estuvo á punto de hacerle dar un grito que le hubiera denunciado, fué la letra del sobre de la carta.

Aquel sobre habia sido escrito por su mujer, por Anita del Rey.

Nuestros lectores comprenderán hasta qué punto debió llegar la emocion de Calcorra al hacer este descubrimiento.

Por fortuna, el conde, ocupado en dejar su capa y su sombrero á un ayuda de cámara, no vió la conmocion de Calcorra; y éste, por una fuerza de espíritu y de voluntad admirables, dominó su conmocion, y se colocó de tal manera y á tal distancia que el conde no pudiese comprender que él habia visto los dos pliegos y la carta que estaban sobre el velador.

Todo esto pasó en muy pocos segundos.

Desembarazado el conde, avanzó, y entonces vió los dos pliegos y la carta.

Los tomó, y cubrió la carta de Anita con los dos pliegos.

—¡Ah, diablo!—dijo para sí.—Afortunadamente, ese no ha reparado en la carta de su mujer.

Tan tranquila era, tan indiferente la expresion de Calcorra.

—Y bien, decidme, señor Calcorra, lo que deseais; pero para decírmelo sentaos.

—Gracias, señor conde,—contestó con la voz perfectamente segura Calcorra y con el acento del más profundo respeto;—pero yo estoy muy de prisa y como sobre áscuas. A las nueve he debido ir á la oficina, y son ya las diez y cuarto. Yo hago allí suma falta. Soy muy exacto; pero antes que todo, he querido venir á besar las manos á vuecencia y á ponerme bajo su poderosa proteccion; además...

—¿Pues qué os sucede, señor Cosme Calcorra?

—Me sucede una cosa extraña,—dijo éste.—El señor marqués de Esquilache ha tenido noticia del lance del otro dia, y en vez de agradecer el que yo, como empleado y por dar gusto á su excelencia, haya usado, cuando todavía no era obligatorio, el tricornio y el redingote, ha dicho, segun me han dicho:

»—Ese empleadillo ha sido muy imprudente, yendo á lugares frecuentados por el pueblo bajo á hacer ostentacion de una reforma que encuentra en ese mismo pueblo bajo una gran oposicion. Esto ha producido una especie de motin, en que se han dado mueras contra mí; y todo por la imprudencia de ese estúpido, á quien tendré presente.

—Descuidad, descuidad, señor Cosme Calcorra,—dijo el conde.—Usad vuestro redingote y vuestro tricornio, ó no los useis, á vuestro gusto. En cuanto á lo de perder vuestra plaza, es ya distinto. La perdereis; pero ganais. ¿Os disgustaria ser, en vez de oficial mayor de la Contaduría de gremios, contador ó tesorero?

—¡Ah, señor!—exclamó sonriendo, al parecer con las muestras de la mayor alegría, Calcorra.—Ser contador del gremio de la Seda colmaria mi ambicion. Pero el contador es un bendito, y se llevaria muy á mal se le destituyese.

—Os aseguro que no se le destituirá, sino que se le ascenderá..

—¡Ah! de ese modo...

—Pues por supuesto, señor Calcorra. Vuestro ascenso no causará el disgusto de nadie, yo os lo aseguro. No hay razon alguna para que se despoje á un hombre honrado por favorecer á otro. ¿Y cómo está vuestra familia, señor Calcorra, es decir, vuestra buena esposa?

—Supongo que estará muy bien, señor conde,—dijo Calcorra con la mayor naturalidad.

—Suponer no es saber,—dijo el conde.—¿No está con vos vuestra esposa?

—No ciertamente, señor conde,—dijo Calcorra.—La noche del mismo dia en que recibí la pedrada, como la herida no era cosa de cuidado, y habíamos recibido por la tarde la noticia de que se encontraba en grave peligro de muerte una parienta nuestra en un pueblo inmediato, Ana se fué inmediatamente con la negrita, porque es justo atender á los parientes que se estiman.

—En verdad, en verdad, sois un excelente hombre, señor Calcorra. Me alegro mucho de haberos conocido, y me encargo de vuestros adelantamientos. Venid á verme alguna vez.

—Gracias, señor conde,—dijo Calcorra,—gracias con toda mi alma. No esperaba yo ménos de vuecencia. Ahora bien; yo pido á vuecencia la vénia para retirarme; estoy haciendo una urgentísima falta en mi oficina.

—Id, id, señor Calcorra,—dijo el conde;—pero no os olvideis de que me teneis á vuestra disposicion.

—¡Oh, señor conde!—exclamó Calcorra;—eso es para mí una gran fortuna. Beso las manos á vuecencia.

Y Calcorra salió.

—Ese bribon,—dijo el conde, cuando se quedó sólo,—no se ha apercibido de la carta de su mujer. No, no, indudablemente no. ¡Ah! hubiera sido terriblemente fastidioso. ¿Y por qué me escribirá Anita?

El conde sabia lo que contenia el pliego de palacio y el pliego de la vicaría.

Para él era más desconocida la carta de Anita, aunque entreveia algo.

Baltasar tal vez habria sido indiscreto al anunciar á Rita su casamiento con ella, habria tal vez dejado entrever el casamiento de su amo.

Esto enojaba al conde, porque sabia que Anita tenia el carácter violento y decidido á todo.

Temia una complicacion.

Anita era capaz, si Baltasar habia cometido una imprudencia, de haber escrito á Margarita como le habia escrito á él.

Por esta razon, la carta de Anita era para el conde importantísima.

La abrió con impaciencia, y se tranquilizó.

«No puedo permanecer aquí más tiempo,—decia Anita.—Por entre los visillos de los cristales he visto pasearse á Calcorra por la calle. Esta beata no me inspira confianza. Rita y yo estamos aterradas; aunque ella tiene la compensacion de la alegría que la causa su inmediato casamiento con tu ayuda de cámara, Baltasar.

»Es necesario que vengas á verme al instante, Luis de mi alma.

»Anoche no te ví, y estoy desesperada: no me hagas creer que hay una mujer en el mundo á la que tú amas más que á mí. Yo te adoro y soy capaz por tí de todo.

»Baltasar, que ha venido á dar una sorpresa á Rita, diciendo que esta noche se casan, y trayéndola en prueba de ello un mandamiento cerrado y un bello regalo de bodas, lleva para tí esta carta mia.

»Me quedo esperándote con impaciencia.

»Hasta el momento, porque yo espero que te apresurarás á venir á ver á tú

Ana.»

El conde comprendió lo embarazoso que puede ser una querida, y tanto más cuando esta querida es como Ana del Rey, para un hombre, cuando éste va á contraer matrimonio.

Ana era capaz de todo, y habia necesidad de ir á

tranquilizarla: el conde se decidió, pero antes de salir abrió los dos pliegos.

El uno era del mayordomo mayor del príncipe de Astúrias, que contenia la carta siguiente, á la cual estaba unida un oficio del mayordomo mayor del rey.

La carta decia así:

«Mayordomía mayor de su alteza serenísima el señor príncipe de Astúrias.

»Excelentísimo señor conde de la Salmedina: Tengo la alta satisfaccion de remitir á vuecencia la real licencia que vuecencia ha solicitado para casarse con la excelentísima señora doña Margarita de Sacy y de Armagnac, princesa de Otranto: asimismo tengo la satisfaccion de comunicar á vuecencia, que sus altezas serenísimos los señores príncipe y princesa de Astúrias, en muestra de la gran estimacion en que tienen á vuecencia, apadrinarán su casamiento, que se verificará en la capilla real de Palacio. Sus altezas recibirán á la señora princesa de Otranto y á vuecencia á las ocho de la noche.

»Dios guarde á vuecencia muchos años.

»Palacio 20 de Enero de 1766.

»El mayordomo mayor de sus altezas reales,

CONDE DE ALPUENTE.»

—Y bien, hé aquí una nueva situacion difícil y enojosa,—exclamó el conde.—¡María Luisa madrina de mis bodas con Margarita! Esto es violento; María Luisa se doblega, obedece; pero al levantarse de su

humillacion hay que temerlo todo de ella. Y bien, ¿qué importa? ¿No nos protege esa poderosa asociacion á que pertenecemos? ¿Por qué temer? ¿Por qué esta inquietud que se apodera de mí? Por Margarita. Y bien, yo la defenderé, yo llegaré á todo por ella.

La verdad era que el conde hubiera querido no existiese ninguna complicacion.

La princesa y Anita le interesaban cada cual en su lugar en su situacion, como ya hémos dicho anteriormente.

Abrió el pliego de la vicaría.

Era, en efecto, un mandamiento cerrado para su desposorio, en que se habia contado con la real licencia como si esta hubiera existido.

El influjo del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco se sentia.

¿Qué habia, pues, que temer?

Pero de otra parte, ¿cómo Calcorra, si segun la carta de Ana habia espiado la casa de la beata, sabia que Anita estaba en ella?

Baltasar sin duda habia sido seguido.

Calcorra lo sabia todo, y sin embargo, habia disimulado de una manera admirable.

Esto era alarmante.

Se conjura un peligro que sabemos nos acometerá frente á frente; pero contra la traicion no hay prevision posible.

No habia otro medio que imposibilitar á Calcorra, y este medio era demasiado extremo.

El conde, pues, tenia necesidad de una explicacion con Anita.

Guardó los dos pliegos y la carta en un bolsillo de su casaca; y salió y se trasladó á la inmediata calle de Cuchilleros, donde estaba la casa de la beata.

Capítulo XVI.

En que se ve que no podia ser más difícil la situacion en que se encontraba el conde de la Salmedina.

Ana esperaba, en efecto, ansiosa al conde de la Salmedina.

En cuanto éste entró en casa de la beata, en cuanto se encontró sólo con Ana, ésta se arrojó llorando en sus brazos, y le miró á través de sus lágrimas de una manera ansiosa y terrible á la par.

El conde no esperaba aquello, y se alteró.

La situacion en que se encontraba respecto á Ana, era más difícil que lo que él creia.

Ana estaba desolada.

Ana suplicaba y amenazaba á un tiempo con su mirada.

Ana lo sabia todo.

—No,—exclamó Ana de repente, desprendiéndo-

se de los brazos del conde, yendo á la puerta del aposento y cerrándola con llave;—tú no saldrás, no, tú no saldrás de aquí, sino pasando por encima de mi cadáver. Tú no te casarás con nadie, porque yo no quiero que te cases, porque yo te adoro, porque estoy loca por tí, porque eres mi vida, porque yo no parto mi vida con nadie. No, Luis, no. Yo lo he abandonado todo por tí. Tú eres mi primer amor. Yo tenia el alma virgen cuando te conocí. ¡Ah, tú no querrás matarme, Luis! porque yo moriré de celos y de rabia si tú te casas. Tú no me matarás.

El conde estaba aturdido.

No era de esos miserables que desconocen los compromisos que han adquirido voluntariamente y que saltan sin escrúpulo, á sangre fria, como si se tratara de nada, atendiendo siempre á su interés ó á pasiones, por encima de ellos.

—Ese miserable Baltasar tiene la culpa,—exclamó irritado.

—No, no, Baltasar no tiene la culpa,—exclamó pálida, descompuesta, airada Anita.—La tienes tú, tú, que eres un traidor, un miserable, que me has engañado, que me has perdido; si tú no me hubieras hablado de amor, yo no hubiera hecho lo que he hecho por tí; yo no hubiera arrostrado la venganza de Calcorra, que es un lobo; no estaria temblando, estremecida de espanto.

—¡Juro á Dios que he de rajar á ese bribon!—dijo el conde, á quien no se le ocurria otra cosa que decir.

—No, no ha sido él,—exclamó Ana;—ha sido ella, ella, que es buena y leal; ella, que sabe que te adoro, y que perderte será para mí una desgracia que me matará.

—¡Rita!—exclamó el conde.

—Sí, señor; Rita, Rita, que tiene muy buen corazon; Rita, que domina á Baltasar, que hace de él lo que quiere; Rita, que al ver que Baltasar se casaba con ella tan de improviso, lo extrañó; vió algo debajo de ello, y se lo hizo confesar todo á Baltasar, que la encargó un profundo secreto, y que creyó que ella no me lo revelaria todo. ¡Ah, y ella es muy buena! Otra hubiera atendido solamente á su interés, me hubiera vendido; pero todos no son como tú. ¡Ah! si yo te hubiera escrito revelándote que sabia que te ibas á casar, no hubieras venido; por eso tomé por pretexto que habia visto pasar á Calcorra por la calle mirando á esta casa: ¡mentira! yo no he visto á Calcorra desde que le dejé aletargado para huir contigo. ¡Ingrato, infame! y me encuentro ahora con que tú amabas á otra, á una noble dama, á una dama riquísima, que no te amará como te amo yo, ó es posible que te engañe, porque esas señoras...

El conde palideció de cólera.

Se le hizo insoportable, terrible, aquella injuriosa duda acerca de Margarita, y pasó por sus ojos algo extraño.

—Sí, sí; pégame, maltrátame, extermíname,—dijo Ana, comprendiendo la expresion de la mirada del conde.—¡Qué importa, llega á todo, rebájate has

ta el nivel de Calcorra, que me ha pegado alguna vez el miserable! Sí, sí, despedázame; pero no me obligarás á que calle de miedo, á que me someta de miedo, Luis, no; yo gritaré, yo haré... No sé lo que haré, pero lo que haré será terrible. ¡Ah, sí! ó ella ó yo. Cásate, cásate en buen hora, Luis; pero no te quejes de lo que suceda. Espéralo todo, témelo todo. ¡Y yo, insensata, que he cerrado la puerta y he guardado la llave! ¿y para qué? No, quédate libre en buen hora. Sal, vete, cásate; pero nos veremos, Luis, nos veremos.. Ella y yo, y yo y tú. ¡Ah! pues qué, ¿creias que á mí se me podia burlar, se me podia considerar como á una cualquiera, como una muchachuela perdida, de la cual no hay que temer nada? ¡Ah, no! tú no me conocias; tú no sabias el corazon que tenia yo.

Y Ana se fué á la puerta, la abrió de nuevo, la puso de par en par, y dijo al conde con una altivez, con una fiereza inmensas.

—Sal, vete, cásate.

Ana estaba admirable, pálida, convulsa, trasfigurada.

Parecia haber crecido en estatura y en hermosura.

Miraba al conde con una indomable expresion de amenaza, y sin embargo, sus ojos suplicaban, ansiaban, adoraban, envolvian al conde en una mirada divina, fascinaban.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó don Luis.—Yo no tengo la culpa de nada de esto. Esto es una fatalidad,

Ana. Nos hemos conocido tarde. Todo hombre tiene una historia, cuyas consecuencias no puede evitar.

—Sí,—exclamó Ana;—hay que elegir entre la alta dama, entre la dama riquísima que nada ha sacrificado por su amor, y la pobre mujer que lo ha sacrificado todo por su locura. ¡Oh, la duda no es posible! La alta dama es primero: que la otra, la pobre mujer, la desdichada, muera, se la lleve el diablo, ¡qué importa! ¡Ah, esto es horrible! Yo he sido una insensata; yo he creido que habia honor y corazon en el mundo. He despertado, y muero. No importa. Sal, vete, cásate.

—Y bien, exclamó el conde:—en el estado en que están las cosas, yo no puedo prescindir de llegar hasta el cabo de casarme: tú no sabes; pero no se apela en vano á mi honor y á mi corazon. Otro prescindiria completamente de tí, pasaria de largo, se olvidaria de lo que de tí hubiese sido; pero yo te veo muriendo, Ana; yo no te conocia, es verdad; yo te amo, Ana mia, yo te amo. Hace un momento que te amo. Yo no te amaba antes, lo comprendo ahora; yo no te conocia.

—Pues bien, no te cases: hazme tu esclava, enciérrame en un subterráneo donde yo no vea el sol: yo viviré para tí y sólo para tí. Pero no te cases, Luis mio, no te cases, porque me vas á matar.

Y se arrojó al cuello del conde desolada, llorando.

Habia algo de verdad en lo que el conde la habia dicho de no haberla amado hasta entonces.

Una pasion tal, tan elocuente, tan conmovedora,

de tal manera inmensa, habia halagado el amor propio del conde, y no solamente esto: le habia conmovido profundamente.

El conde se embrollaba, se escandalizaba de sí mismo.

No podia comprender que el amor se subdividiese.

Desde el momento en que su enlace con Margarita habia llegado á ser un hecho, por decirlo así consumado, María Luisa habia crecido en valor para él.

Habia sentido algo doloroso.

El temor de que su casamiento pusiese fin á sus amores con la princesa de Astúrias.

No conocemos lo que para nosotros son las cosas, sino cuando las hemos perdido ó estamos á punto de perderlas.

Atendidos el carácter y la altivez de María Luisa, el conde no comprendia posible que ésta se relegase á la situacion de querida de un hombre casado.

Aquellas relaciones debian, pues, terminar.

Sabia el conde que María Luisa, consintiendo su enlace con Margarita, obedecia á un mandato que no le era posible resistir.

Pero este mandato no queria decir que la soberbia princesa de Astúrias sucumbiese hasta colocarse en una posicion que la humillase, aunque sólo fuese á los ojos del hombre favorecido.

Verdad es que el amor es una locura, una en-

fermedad del espíritu, avasalladora de la voluntad.

El conde lo conocia por sí mismo.

¿Pero seria de esta especie el amor de María Luisa?

Esta era la duda del conde, y esta duda le hacia sufrir.

Establecia una especie de vacío en su alma, que no llenaba, que no podia llenar el amor y la posesion dé Margarita.

En cuanto á Ana del Rey, el conde no habia pensado encontrar en ella una dificultad.

Era una mujer casada que habia abandonado á su marido, acostumbrada á la inmoralidad, á causa de la situacion especial en que se habia encontrado colocada.

Pero no sabia el conde de la Salmedina que por más que las apariencias la condenasen, el alma de Ana del Rey no estaba prostituida.

Que habia en ella una elevacion de ideas ignoradas.

Que ella, esclava de su destino, habia hecho una absoluta separacion del espíritu y de la materia.

Que se habia sometido á la dureza de su situacion por debilidad, por cobardía, por miedo.

Pero ella le habia dicho en una sola frase:

—Yo no habia amado nunca; yo tenia el alma vírgen cuando te conocí.

Lo mismo le habia dicho hasta la saciedad la princesa de Astúrias.

De manera que el conde se encontraba con tres

amores, que moralmente considerados, valia tanto el uno como el otro.

Porque el sér humano es el alma.

A él se habian consagrado con toda su fe, con toda su voluntad, con todo su deseo, tres almas de mujer.

Estas tres mujeres eran bellas, encantadoras, arrebatadoras, cada cual á su manera.

El conde no era un hombre vulgar.

Para él las categorías sociales, las ventajas del rango y de la fortuna, suponian muy poco cuando se trataba del espíritu.

Cierto es que la más favorecida, la que lo reunia todo, el rango, la riqueza, la hermosura, la pureza del cuerpo y la pureza del alma, era Margarita, la esposa y la amante á un tiempo.

Y hé aquí el embrollo y la turbacion del conde.

No podia prescindir de las otras dos amantes.

El conde no creia en lo absurdo.

Sabia demasiado que lo absurdo no existe.

Porque no existen las negaciones.

Y una de dos entonces: ó él estaba enfermo, ó él estaba loco, ó la sociedad, á cuyas leyes se veia sujeto, no estaba en armonía con la naturaleza.

Y de esto, por lo mismo, resultaban las complicaciones en que se encontraba empeñado.

Ana era un peligro, y la princesa otro por una parte.

Dado caso que se sometiese y no existiese para el conde el peligro de complicaciones más graves, el

conde no podia librarse del sufrimiento causado por el sufrimiento de ellas y por la intranquilidad de su conciencia.

Pensar en que el conde dejase de realizar su enlace con Margarita, era pensar en lo imposible.

Estaba comprometido, obligado á este enlace, por cuantas razones pueden obligar á un hombre.

No podia ni queria prescindir de él.

Y Ana entonces, en el terreno palpitante, terrible, era una protesta y una amenaza contra aquel enlace.

Y aunque María Isabel Luisa se habia prestado á apadrinar aquel enlace, era otra protesta más amenazadora, más terrible.

Aquellos tres amores, en que desde hacia tan poco tiempo se hallaba empeñado el conde, y de una manera tan decisiva, habian provenido el uno del otro.

Y si se buscaba su verdadera procedencia, esta se encontraba en María Luisa.

Si la princesa no hubiera sido imprudente, si con sus miradas furtivas y apasionadas no hubiera dado motivo á la murmuracion de la córte, el marqués de Arosa no se hubiera puesto en el caso de ser retado á un duelo á muerte por el conde de la Salmedina.

Sin este duelo, el caballo desbocado del conde no le hubiera llevado cerca del lugar de donde Margarita se veia obligada á huir, y el conde no se hubiera encontrado con ella.

Sin este suceso, el conde no hubiera tenido necesidad de apelar á los conocimientos que en el palacio del Pardo tenia para ocultar á Margarita.

Si no hubiera entrado en el Palacio del Pardo, no hubieran venido las circunstancias que motivaron su encuentro en los jardines de palacio con María Luisa la noche del quince de Enero, ni hubieran sobrevenido las consecuencias de este encuentro.

Ultimamente, sin la necesidad de poner á Margarita bajo la proteccion de su tia la marquesa de Vallezarzal, no hubiera pasado por el puente de Segovia en ocasion en que Cosme Calcorra era acometido, insultado y estropeado por una turba multa.

El conocimiento con Calcorra le habia llevado á su conocimiento con Ana del Rey.

De modo que los sucesos habian enlazado á aquellas tres mujeres.

Provenian la una de la otra.

Y las tres se habian enamorado hasta la locura del conde de la Salmedina.

Todo lo que sucedia era lógico.

El conde se encontraba con tres mujeres que le amaban con toda su alma.

A las cuales él amaba, estableciendo siempre una gradacion, cuya sucesion era la siguiente:

Primero, Margarita.

Luego, María Luisa.

Despues, Ana.

Y cada una de estas mujeres sentia por él un amor exclusivo, celoso é intransigente.

La preferencia del conde por una de ellas, debia determinar una explosion en las otras dos.

Hé aquí lo dificilísimo de las circunstancias en que el conde se encontraba colocado.

O la posibilidad de haber envuelto en el misterio cada uno de estos tres amores, ó un cataclismo de consecuencias incalculables, una vez excitados los celos y el amor propio de las otras dos.

Hé aquí por qué el conde se encontraba embrollado, escandalizado de sí mismo, y sin saber qué partido tomar.

Ana se abrazaba á su cuello, lloraba, protestaba, amenazaba.

Estaba furiosa.

El conde no podia desprenderse de ella.

—No me abandones,—le dijo,—porque si me abandonas, lo que yo haga no tendrá ejemplo. Me vengaré de tí, como no se ha vengado nunca de un hombre una mujer; no me detendré en nada, aunque para vengarme tenga que despedazarme las entrañas.

El conde sufria más y más.

A cada momento le parecia más hermosa, más terrible, más apasionada, más grande, más seductora, Ana.

Sus ojos negros, lucientes, dilatados, inmensos, abarcaban al conde, le envolvian en un fluido irresistible, le embriagaban.

Palpitaba toda, parecia que toda ella era corazon.

Una embriaguez poderosa acometió al conde.



MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Ah! no; tú no te casarás.

Nunca el demonio de la tentacion habia combatido de tal manera á una criatura.

Surgía de Ana algo que se infiltraba en el conde, que le emponzoñaba, que le hacia sentir una felicidad nueva.

Lentamente, pero de una manera poderosa, el conde iba perdiendo la memoria de todo, no viendo más que á Ana, no sintiendo más que á Ana.

Una fascinacion en fin.

Esto sorprendia al conde.

Le hacia gozar delicias desconocidas.

Al fin, una sonrisa inefable apareció en su boca, iluminó su semblante y sus ojos dejaron salir una llamarada de su alma hambrienta.

La fascinacion habia llegado á su colmo.

Ana se creyó exclusivamente ámada.

A su vez, una fáscinacion incontrastable se apoderó de ella.

—¡Ah! no, tú no te casarás,—dijo.

El alma es un sér desconocido, exclusivamente dominado por el sentimiento, y cuya movilidad es maravillosa.

Aquella palabra: «Tú no te casarás,» recordó de impromiso al conde su Margarita.

Y como si el alma de Margarita, por un fenómeno incomprensible, hubiese existido en él, se hubiese defendido en un momento de reaccion, se apoderó de nuevo del conde, con tanta más fuerza, cuanto que habia sido completamente olvidada.

El conde vió entonces perfectamente la situacion.

Se comprendió á sí mismo.

Leyó en su mismo sér.

No amaba á una sola de aquellas tres mujeres.

Esto se definia perfectamente.

Las amaba á las tres.

No podia prescindir de ninguna de ellas.

Pero amaba en primer lugar á Margarita; esto es, Margarita influia en él de una manera más poderosa que la princesa; de la misma manera que la princesa era para él más preciosa que Ana.

Cuando adquirimos una certidumbre, cuando vemos claro respecto á nuestros sentimientos, podemos elegir con seguridad la conducta que debemos seguir.

El conde vió que no pudiendo prescindir de ninguna de aquellas tres mujeres, no debiendo prescindir de ninguna de las tres, no debiendo sacrificar á ninguna de ellas por prudencia, y pudiendo hacerlo por amor, era necesario engañarlas á las tres, ó mejor dicho, engañar á Margarita y dominar á las otras dos.

Esto era doloroso, pero imprescindible, dada la situacion.

Margarita no debia conocer nunca que habia dos mujeres, entre las cuales y ella se partia el sér del conde.

Margarita hubiera sido más terrible que ninguna de las otras dos.

Engañar á Margarita, no era difícil.

Su alma noble y sincera no podia suponer una

traicion en él hombre á quien adoraba, y de quien tenia una altísima idea.

Era, pues, necesario, para contener á las otras, que el conde recurriese en busca de proteccion al padre maestro don fray Lorenzo; que aquella poderosa sociedad á que pertenecia, y que se valia de él, tendria medios para imponerse á aquellas dos mujeres, con una de las cuales sabia el conde estaba en contacto aquella sociedad, mientras que el marido de la otra era muy posible, segun habia podido sospechar el conde, perteneciese tambien á ella.

El conde comprendió que era necesario abandonarse por el momento á aquella pasion desconocida, inmensa, que se habia revelado en Ana.

—Y bien,—la dijo,—lo romperé todo, lo arrostraré por tí todo. La situacion en que tu amor me pone es difícil, terrible; pero no importa, para mí nada existe en el mundo más que tú. Yo no te conocia, Ana de mi alma; yo no sabia cuánto te amaba.

—¡Ah!—exclamó Ana.—Yo tampoco sabia lo enamorada, lo enloquecida que estaba por tí, hasta que he temido perderte; pero soy feliz, ya no dudo. Tú no amas á nadie, á nadie más que á mí; lo leo en tus ojos, en tu sonrisa. Tú eres mi esclavo; pero yo no abusaré de mi poder, porque yo soy más esclava tuya que tú lo eres mio. Oye, Luis: voy á darte una prueba del amor que te tengo. Yo no quiero que tú te comprometas á nada por mí, que te sacrifiques por mí, que te pongas en ningun peligro. No, no; por no ponerte en peligro pereceria yo. Yo no tengo celos

de tu cuerpo, ¿qué importa el cuerpo? Yo tenia celos de tu alma. Sí, tu alma es mia, completamente mia; ¿qué importa lo demás? Cásate, Luis, cásate. Yo comprendo perfectamente los compromisos de tu posicion. Si yo me he sublevado hasta el punto de llegar no sé adónde, á qué cosa terrible cuando he sabido que ibas á casarte, ha sido porque creia que te casabas por amor. Pero no, tú no amarás á nadie más que á mí, tú no puedes amar á nadie más que á mí. Para tí toda mujer que no sea yo es completamente indiferente. Lo estoy viendo en tus ojos. Tiemblas de amor, de pasion, amor mio, de amor y de pasion por tu Ana, que es toda tuya, toda, toda. Tú eres mi Dios, mi alma, mi alegría, mi vida, mi eternidad. ¡Oh, sí! Y yo soy para tí todo eso. Mira, tú no puedes perderte; desaparecer del mundo en que vives, seria una lástima; yo no quiero imponerte ese sacrificio; tú lo harias, ya lo sé; tú lo abandonarias todo para ir conmigo á una parte ignorada, para no vernos obligados por nuestra seguridad á hacer algo que seria un crímen; Calcorra es un demonio, y si un dia llega á saber que nos amamos, su venganza seria horrible; la meditaria, la estudiaria, la llevaria á cabo de una manera segura. Tú no sabes qué alma negra tiene; tú no sabes de qué manera esa alma horrible siente y ama por mí; ¿pero para qué una fuga? Esto es inútil. Calcorra no puede ni aun sospechar nuestro amor, no puede creer que en un momento nos hayamos unido tan indisolublemente. Yo viviré oculta, yo no temo la soledad, el aislamiento, con

tal de que yo te tenga algunas horas al dia. Tú eres mi mundo, mi todo, ya te lo he dicho. Véte, Luis, véte; yo me quedo tranquila. Cásate, no hagas por mí sacrificio alguno. Yo no quiero que lo hagas, porque sé que eres mio, que nadie puede quitarme tu alma; y en cuanto á la materia, ¿qué importa la materia? Llegará un momento, y muy pronto, en que tu mujer te será insoportable, en que existirá entre vosotros una completa separacion. ¡Ah! tengo lástima de esa pobre mujer; ella no tiene la culpa, y tal vez te ame como yo te amo á tí. Pero no, no, imposible; ninguna mujer puede amarte como yo te amo.

Ana hablaba de buena fe.

Tan poderosa habia sido la conmocion del conde en aquel pasado momento de embriaguez que la habia engañado á ella, que se creia segura del conde.

Creia más, que por su amor el conde no podria sufrir el amor de otra mujer.

Que toda otra mujer le causaria enfado y hastío.

Despues de haber pasado su fascinacion, el conde habia sido un admirable cómico, esto es, un admirable traidor.

Habia sostenido su engaño.

Podia decirse que quien estaba ciega era Ana.

La mujer es víctima, casi siempre, cuando ama, del exceso de su pasion y del exceso de su amor propio.

El conde acabó de fascinar á Ana, si era posible fascinarla más, y la dejó tranquila.

Pero cuando el conde se vió solo en la calle, ca-

mino de casa de su tia, comprendió todo lo difíbil, todo lo amargo de su situacion.

Comprendió que estaba corrompido, que habia algo de irritacion en su sér, algo que era una enfermedad incurable.

Aquella enfermedad le habia arrastrado fatalmente á una situacion embrollada, difícil, insuperable más que todo, porque él no queria romperla, no podia romperla.

Su amor del alma, su amor puro, su amor legítimo, era el de Margarita.

Pero aquella irritacion sensual que sentia, que comprendia, que no podia dominar, hacian de él dos séres imprescindibles de María Luisa y de Ana.

Cuando la corrupcion que ha determinado la irritacion del organismo de un hombre, no ha llegado hasta el punto de anular su conciencia; cuando aquel hombre se encuentra en una situacion como la que se encontraba el conde, dominado por tres amores, dos de ellos inconvenientes, peligrosos, vergonzosos, funestos; obligado á hacer traicion á un amor tan puro, tan noble como el de Margarita, la conciencia se subleva poderosa, ataca la razon de este hombre, la combate, se hace sentir de él formidable, severa, intransigente, y tanto más terrible cuanto más fuerte es la lucha.

Esto determina una situacion insoportable, que se resuelve por el triunfo ó por la muerte de la conciencia.

Y no podia ser más difícil la situacion en que el conde se encontraba, la situacion que él veia clarísima. Si obedecia á su conciencia para librarse del sufrimiento que la lucha con su conciencia le causaba, era necesario rompiese de todo punto con aquellos dos inconvenientes y vergonzosos amores.

Y ellas, María Luisa y Ana, le amaban de tal manera, estaban de tal manera ciegas y empeñadas por él, que habia que temerlo todo por Margarita, si sobrevenia una explosion de celos en aquellas dos mujeres.

Era evidente, que si María Luisa no habia hecho cuanto podia hacer para evitar el casamiento del conde, habia sido, porque creia sin duda lo que se le habia dicho, esto es, que aquel casamiento no era más que un pretexto para aproximarla completamente y de una manera natural al conde.

Por lo tanto, si María Luisa hacia algun sacrificio, este sacrificio era superable, puesto que tenia una compensacion, una gran compensacion; la inmensa felicidad de tener continuamente en su servidumbre, á su lado, haciendo casi una vida comun con ella, al hombre adorado.

En cuanto á Ana, su creencia ciega de que el conde no podria sufrir á su mujer á causa de su amor, estaba patente para el conde.

Necesitaba, pues, hacer traicion á Margarita, engañarla, mantenerla en la ignorancia, porque el conde estaba seguro de que la pureza del ser de Margarita, la delicadeza de su amor, no podian consentir

nada inconveniente, nada repugnante, nada infame, tratándose del conde.

Comprendia este tambien que si un azar cualquiera daba á conocer á Margarita la situacion en que él se encontraba, Margarita, por dignidad, por virtud, no le haria oir ni un solo reproche, ni una sola acusacion.

Pero tenia tambien la seguridad de que el despecho, de que la desgracia la matarian.

Habia tratado tanto, por desgracia, el conde á las mujeres, que las conocia como si él mismo hubiera sido mujer, y esto honraba al noble disimulo de su tia Magdalena, que enamorada hasta un punto extremo de su sobrino, habia ocultado de tal manera su amor, que don Luis, á pesar de su inmenso conocimiento, de su perfecto conocimiento sobre el corazon de la mujer, ni aun habia vislumbrado el intenso amor que por él habia sentido su tia.

Cuando llegó á la casa de ésta, la cabeza del conde era un caos, un infierno.

En su semblante se trasparentaba el estado de su alma.

Capítulo XVII.

Lo que valia la marquesa de Vallezarzal.

Al verse el conde y Magdalena, notaron algo extraño, algo que no habian visto nunca el uno en el otro.

Magdalena estaba sobrexcitada, y aunque ella, á pesar de sus años, estaba aún fresca y jóven, aparecia más fresca y más jóven que nunca.

Una ligera tinta rosada animaba su semblante.

En sus ojos habia una luz que nunca habia visto el conde en ellos.

Y todo esto envuelto en una dulce y profunda melancolía.

Nuestros lectores conocen la causa de esta melancolía de Magdalena.

Se la habian reverdecido aquellos olvidados amores que habia sentido por su sobrino.

Como siempre, la paciente Magdalena, la fuerte Magdalena los dominaba.

Pero sufria, y este sufrimiento era la causa de la expresion melancólica que aparecia en su semblante, de aquel bello color sonrosado, de aquella hechicera luz de sus ojos.

El amor por su sobrino, en Magdalena, era una poesía, y una poesía delicadísima.

Como que Magdalena era la pureza misma.

Y si gracias á su confesor, que en otra ocasion habia necesitado ilustrarla, no era la inocencia misma, se mezclaban en su alma por su sobrino dos amores: el de madre y el de amante.

Podia decirse que aquel era verdaderamente el amor de los amores.

La madre contenia á la mujer, y la mujer hacia más apasionada, más abnegada á la madre.

Don Luis sintió algo fresco, algo delicioso, algo purísimo, algo ideal, que refrescó su alma al acercarse á su tia.

Pero á pesar de su profundo conocimiento sobre la mujer, don Luis no vió en la melancolía, en la expresion de Magdalena, otra cosa que el cuidado, la ansiedad natural de una madre en el momento en que su hijo va á decidir gravemente su porvenir, casándose.

En cuanto á Magdalena, la asustó lo descompuesto del semblante del conde, descomposicion que él no sentia, en la que no reparaba.

La marquesa tenia literalmente llenos los mue-

bles del aposento en que habia recibido á su sobrino de trajes y ropas.

Una grande y preciosa canastilla de raso blanco, adornada de admirables flores contrahechas, aparecia sobre un sofá.

En un velador habia una multitud de grandes estuches, de tafilete los unos, de terciopelo los otros, flamantes y usados.

Los usados estaban en mayor número que los nuevos.

Magdalena habia desplegado una actividad maravillosa.

En ménos de dos horas habia obtenido una admirable canastilla, tan completa y tan rica como lo requeria el rango de los novios, y pedrería por valor de un tesoro.

No podia pedirse más.

El conde asió las manos de su tia, la abrazó y la besó en la boca, agradecido y conmovido por el interés que su tia se tomaba por él.

Entonces el amor de Margarita inflamaba por completo el corazon del conde.

A impulsos de este amor, y como por contentamiento de él, habia abrazado y besado á Magdalena.

Aquella pobre criatura sufrió sin conmoverse el beso de fuego que el conde habia sellado en sus labios, aunque aquel beso la habia abrasado las entrañas; y le contestó con un beso purísimo, con un beso de madre.

No se podia dár más dominio sobre la pasion, más fuerza de voluntad.

—Pero ¿qué te sucede, Luis?—le dijo Magdalena con un vivísimo interés, mirándole profundamente.

—Me encontrais trasformado, tia, ¿no es verdad?—dijo el conde.

—Sí, Luis, sí; te encuentro conmovido de una manera extraña; no comprendo en un hombre que ve realizados sus sueños al casarse con la mujer que ama, la expresion del espanto, del disgusto, de la lucha.

—¡Cómo tia! ¿Todo éso veis en mí?—exclamó el conde, poniéndose pálido, porque se veia sorprendido.

No hay percepcion más delicada que la de una mujer, cuando esta mujer ama lo que Magdalena amaba á su sobrino, y vale lo que ella valia.

—Sí que veo,—contestó,—y lo qué yo veo vas á verlo tú, á no ser que estés ciego.

Y Magdalena llevó al conde á un espejo de cuerpo entero, que apoyado en piés de bronce dorado, cogia desde la alfombra hasta una grande altura, porque Magdalena habia recibido á su sobrino en su tocador.

Al verse delante del espejo que le abarcaba por completo, el conde se espantó de sí mismo.

La lucha que en su alma se librabą, se reflejaba en su semblante.

Habia en él desesperacion, cólera, miedo, ansiedad.

En efecto, no era aquella la expresion de un hombre que se acerca á una felicidad anhelada, que va á tocarla.

Se enrojeciéron las mejillas del conde.

Por nada del mundo hubiera querido que su tia hubiese sorprendido su alma.

El espejo la abarcaba á ella tambien, y miraba de una manera inmensa la imágen de su sobrino, reflejada por el espejo.

En el espejo veia tambien el conde la imágen de su tia, y la encontraba grave, severa, imponente.

Por esto sus mejillas se habian enrojecido.

Al ver este rubor de su sobrino, la marquesa le apartó del espejo.

—No tengo que decirte más que una palabra,—exclamó.—Tú has estado algun tiempo dejado de la mano de Dios; te han corrompido estas malditas costumbres que los Borbones han traido de Francia, y has contraido tal vez lazos peligrosos, vergonzosos, que te espantan y te irritan en el momento que vas á unir tu existencia á la de una mujer á quien amas, á cuyo amor has debido llegar libre, completamente libre, sin compromisos de ninguna especie. Rompe de una vez y enérgicamente esos lazos, Luis, rómpelos. Sé digno de tu nombre y de tí mismo, y no hablemos más. No nos hagas infelices á Margarita y á mí.

El conde bajó la cabeza, y no contestó por el momento.

Luego, irguiéndose, exclamó:

—Estad tranquila, tia. Os habeis equivocado, no

estoy corrompido; es que he tenido la desgracia, vos lo sabeis, lo habeis sabido por acaso, de que la princesa de Astúrias haya reparado en mí.

—¡Ah! ¡respiro!—exclamó Magdalena, creyendo á su sobrino, que no la habia dicho más que la mitad de la verdad.—Esa señora está ligada á su posicion, y se verá obligada á tener paciencia; yo la creo ligera, pero no malvada; yo no creo os amenace por ella ningun peligro ni á tu mujer ni á tí. Un poco de grandeza de alma, Luis; todo lo que brilla, todo lo que deslumbra, vale muy poco; no es más que vanidad. Lo que importa es el corazon. Yo no creo que estés enamorado gravemente de esa señora, porque sé que estás loco por Margarita, y no creo, porque no lo comprendo, se puedan tener dos amores. Es verdad, ¿qué entiendo yo del amor? pero me lo dice mi conciencia, que gracias á Dios, es recta y lo será siempre. ¡Oh! no, no quiero creer que tú eres un perdido, Luis; yo no lo creo; yo no puedo creerlo; yo no quiero creerlo. No hablemos, pues, más de esto; esto es una nube que disipará el sol del amor y de la hermosura de Margarita... Mira, yo creo que nuestro regalo de bodas es conveniente, es bonito, es rico.

—Sí, tia mia, vos teneis un gusto admirable: todos esos trajes son preciosos, y la ropa blanca no puede mejorarse. Estos bordados han debido costaros un dineral.

—¡Bah! quien piensa en eso. Entre nosotros no hay ni tuyo ni mio. Oye, Luis, en cuanto á los dia-

mantes que he comprado, son buenos; pero no estoy completamente satisfecha; yo hubiera querido más, pero no los hay: todos los joyeros me han dicho que para tener diamantes como los que yo pedia se necesitaban por lo ménos dos meses. Pero de lo que sí estoy satisfecha es de los diamantes que no he tenido necesidad de comprar: son los de mi madre, Luis, los que yo no puedo usar, los que yo no usaré nunca, porque yo me moriré siendo señorita.

—¡Ah, tia, tia de mi alma!—exclamó don Luis.—¡Vuestras alhajas de familia, vuestras alhajas hereditarias, las joyas de vuestra madre!

—Y bien, van á su lugar, á tu esposa, puesto que yo no me he de casar nunca, puesto que tú eres mi heredero, puesto que tú eres mi hijo. Sí, deben ir y van á tu esposa, juntas con las alhajas de tu madre, que son riquísimas. ¡Oh! por este lado quedamos admirablemente: Margarita tendrá el guardajoyas de una reina; y yo me alegro: yo la amo, la amo poco ménos que á ti, que es cuanto puede decirse. Es verdad que en el fondo de su ascendencia hay algo nebuloso; pero ella no tiene la culpa, ella es admirable como su alma, y divina como hermosa. ¡Oh! me acuso, me acuso y me arrepiento de haber dudado de ella, de haberla creido una aventurera. En cuanto á su abuela, es distinto. Es simpática, hermosa, hermosísima; pero hay algo en ella que yo no puedo explicarme, que no me agrada, y luego que por más que hago yo no puedo olvidarme de aquel pescador, de aquel cardenal. En fin, lo repito; Margarita

no tiene la culpa de esto, es la princesa de Otranto, hija de un hombre que perteneció, segun se dice y segun yo lo creo, al gobierno de la República de Venecia, que fué no ménos que miembro de ese formidable Consejo de los Diez, del que se cuentan tantas cosas terribles. En fin, en el fondo, Margarita es un ángel; en la apariencia, ilustre. Puede ser que algun dia se murmure lo del cardenal y lo del pescador; pero ¿no sabes tú lo que dice el rey cuando se habla de esto? «¿Quién, por ilustre que sea, no tendrá en su familia, en su ascendencia, un judío, ó un ladron, ó una bribona?» Por consecuencia, no hay nada que nos haga amarga la felicidad de tu casamiento con Margarita. Ahora, como es natural y preciso que ya que por lo extraordinario de las circunstancias se haya llegado á este punto sin la intervencion del consejo de familia, que á lo ménos yo, que soy tu parienta próxima, tu parienta mayor, me ponga al frente como me corresponde, vamos ahora mismo á hacer mi visita á la novia. Por lo mismo y para no perder tiempo, yo habia mandado enganchar para que partiésemos en el momento que llegases, y vamos á partir sin demora.

La marquesa llamó á sus doncellas.

Las mandó colocarlo todo, excepto las joyas, dentro de la canastilla; luego abrió un armario de palo de rosa, y sacó de él una rica mantilla.

La mantilla que Margarita se habia dejado allí cuando salió de una manera tan extraña de casa de la marquesa con Giovaneta.

—Cuando esté todo en la canastilla,—dijo la marquesa á sus doncellas, colocareis sobre todo esta mantilla.

—¡Ah, tia mia!—exclamó el conde, comprendiendo cuánta delicadeza, cuánto cariño habia en aquello de parte de su tia para Margarita.

—Que Eusebio, y Joaquin, y Antonio, y Pepe,—continuó diciendo á las doncellas la marquesa,—con Anselmo, todos de gran gala, con una carroza de córte y con una tarjeta mia, vayan llevando la canastilla á esperar á la puerta de la casa del señorito, donde yo estaré.

—Muy bien, señora,—dijo una de las doncellas de la marquesa.

Anselmo era el mayordomo de la marquesa.

Los otros cuatro, maestresalas.

La marquesa hizo poner en un magnífico guardajoyas de gran tamaño, preciosamente incrustado, y con admirables esmaltes, los estuches que estaban sobre él.

Cerró luego el guardajoyas, y mandó lo llevasen al carruaje, al cual bajó con el conde, despues de haberse puesto una mantilla.

—Hé aquí que por la primera vez entro en tu casa despues que murió tu madre,—dijo la marquesa al echar pié á tierra á la puerta de la casa de su sobrino;—afortunadamente, todos ó la mayor parte de tus criados me conocen. De otra manera, haria yo un papel un tanto ambiguo, entrando en la casa de un buen mozo, soltero, asida de su brazo.

Dos criados habian cargado con el pesado guardajoyas, y le habian conducido al salon.

—Vamos,—dijo la marquesa,—está bien; yo esperaba encontrar aquí el desórden: esto está arreglado, bien puesto, y sobre todo limpio; has renovado el mueblaje, has hecho bien; pero me duele no encontrar aquí los antiguos muebles; yo me sentaria en el sillon en que se sentaba tu madre: héla allí, tan bella,—añadió la marquesa, señalando uno de los grandes retratos de cuerpo entero que se veian sobre los muros entapizados de seda del salon.—¡Pobre Dolores! murió jóven, de la misma edad que representa su retrato: tú eras muy niño; tú no puedes acordarte de ella; yo vivo aquí una vida más expansiva, pero dolorosa; Luis, para mí algunos de esos retratos viven, hablan, representan un grande afecto.

Y la marquesa vagaba por el salon á paso lento, deteniéndose delante de cada uno de aquellos retratos, examinándolos para dominar la emocion que la dominaba y que reconocia otra causa completamente distinta.

La dolia el corazon

Al reverdecerse su amor por su sobrino, aquel amor sin esperanza, se hacia sentir de ella incontrastable y doloroso.

Se encontró por acaso delante de un gran espejo, y brotó en su alma un pensamiento nuevo.

—Yo soy bella, muy bella aún,—exclamó;—yo tengo una belleza excitante, una juventud fuerte, y

mis cincuenta y cinco años valen tanto como los veintiocho de él. Sí, sí; yo soy jóven aún: yo podia haberle embriagado; él ha luchado por su amor por mí, como yo he luchado con su amor por él; y he tenido la desventura de que entonces una casualidad no nos haya revelado nuestro mútuo amor. ¡Ah! ¡qué desgracia, qué desgracia para mí y para él! Pues bien, valor; que él no lo sepa nunca...

Y como las lágrimas rebosaban del corazon de Magdalena, de aquella niña, de aquella vírgen de cincuenta y cinco años, para justificarlas, porque no las podia contener, avanzó hácia un delicioso retrato de una niña de diez y siete años, tia carnal del conde, que habia muerto tísica.

—¡Pobre María!—dijo la marquesa, dejando correr libremente sus lágrimas, sus lágrimas de amor;—no puedo verla sin llorar, sin ponerme triste para quince dias. ¡Era tan buena, tan noble, tan poética! una ilusion: yo tengo en casa un retrato suyo, y lo he relegado á una habitacion en que entro muy poco, porque su vista me lastima.

Y la marquesa se volvió, enjugando sus lágrimas.

—¡Oh, qué corazon, qué corazon, tia de mi alma!—exclamó conmovido el conde;—¿no habeis de amar á mi Margarita, si mi Margarita es como vos?

—¡Oh! ¡que si la amo, que si la amo!—exclamó Magdalena.—¿Pues no la he de amar, si ella te ama á tí, si ella te corregirá, si ella será tu salvacion?

¿No ha de haber un vínculo natural, necesario, entre todas las que te amen y yo?...

Magdalena se detuvo, porque se sintió resbalar.

Decididamente ella era incomprensible para su sobrino.

Él no veia en la apasionada solicitud de Magdalena más que el amor de una madre.

Y esto era para Magdalena un sufrimiento infinito.

¿Qué amante ha habido en el mundo que se satisfaga, puesta en la situacion de Magdalena, con el amor filial del hombre que adora?

Y hay que advertir que este sentimiento apasionado, inmenso de Magdalena, coexistia en ella con una inmaculada pureza.

Avisaron que Anselmo acababa de llegar.

La marquesa mandó le introdujesen.

—Y bien,—dijo al conde,—trae las joyas de tu madre.

El conde salió, y volvió á poco trayendo otro guardajoyas más pequeño, pero tambien riquísimo.

Anselmo se habia presentado ya.

Las joyas que habia traido el conde fueron trasladadas al guardajoyas de la marquesa.

Esta cerró el guardajoyas, dió la llave á Anselmo, lo que significaba la gran confianza que en él se tenia, puesto que se le confiaba un tesoro, y le dijo:

—Llevad de mi parte, y en nombre del señorito, este guardajoyas y la canastilla á la calle de las In-

fantas, casa de la excelentísima señora marquesa de Letour; tu tarjeta, Luis: presentad esas dos tarjetas, y suplicad una audiencia á la excelentísima señora princesa de Otranto, prometida del señorito; haced que los cuatro maestresalas conduzcan el guardajoyas y la canastilla. No creo necesario advertiros lo que debeis decir á esa señora; ya conoceis la situacion.

—Perfectamente, señora,—dijo Anselmo.

—Anunciadla,—añadió la marquesa,—nuestra visita inmediata.

—Muy bien, señora.

Anselmo se retiró con dos criados que fueron llamados, y condujeron el guardajoyas.

—Entretengamos el tiempo,—dijo la marquesa, que estaba muy conmovida,—haciendo una inspeccion en tu casa; quiero ver si todo está tan en órden como aquí.

En esto, y no ocupándose más que de las observaciones que se ocurrian á la marquesa, pasó un cuarto de hora.

Se encontraban en el jardin.

—Esto está un poco descuidado,—dijo Magdalena;—pero no importa, puesto que no habeis de vivir aquí, sino en mi casa, que es más grande, mucho mejor, y que está mejor cuidada.

—Pero ¿insistís en eso, tia?—dijo el conde.

—¡Oh! por supuesto, y de una manera formal, inapelable,—contestó Magdalena;—quiero vivir con vosotros en familia, á no ser que me rechaceis.

—¡Oh, qué idea!—exclamó el conde.

—Bien, sí; tú no quieres que se diga que vives en mi casa con tu mujer, que se interprete esto; pero no habrá interpretacion posible; será una cuestion de eleccion entre lo que te pertenece, porque mi casa es tuya, tan tuya, como que esta misma tarde, despues de mi visita á tu deliciosa novia, voy á renunciar solemnemente en tí mis títulos y mis bienes.

—¡Ah! ¡no! imposible, tia,—exclamó deteniéndose el conde;—me opongo sériamente á eso.

—¡Bah! yo conservo un título y una propiedad más altos: mi título y mis derechos de madre tuya. No hablemos más, Luis. Ya debe haber cumplido su comision Anselmo. Vamos casa del marqués de Letour.

Y asiéndose al brazo del conde, pasaron del jardin al patio, del patio al vestíbulo, y entraron en el carruaje.

Al aproximarse á la casa del marqués de Letour, partia de la puerta de esta la carroza de gala de la marquesa, en que Anselmo habia llevado el guardajoyas y la canastilla.

Margarita estaba en el balcon principal.

Esperaba.

Cuando al detenerse el coche de la marquesa, vió que ésta salia de él con el conde; dejó el balcon, corrió á asir de la mano á Giovaneta, que estaba en el salon, y cuando llegaban las dos al primer descanso de la escalera, seguidas de lo que podia llamarse la

alta servidumbre de la casa que estaba preparada, empezaban á subirlas la marquesa y el conde.

Margarita acortó precipitadamente la distancia, y se arrojó rápidamente en los brazos de la marquesa.

—¡Oh, gracias! ¡gracias con toda mi alma!—dijo Margarita:—he recibido, no sabeis con cuánto placer, mi mantilla que me habeis enviado.

Esto era delicadísimo y conmovedor.

Margarita no hablaba ni de la canastilla ni del guardajoyas.

—¡Oh! ¡yo os amo!—dijo Magdalena.

Y volviéndose á Giovaneta y dándola la mano, la dijo:

—Yo os estimo y os respeto, señora.

Subieron.

Como era natural y preciso, el salon aquel dia lo fué el gabinete donde estaba postrado por su herida Godofredo de Armagnac.

El era el abuelo de Margarita, y recibia donde podia.

La visita fué muy corta.

Completamente una visita de etiqueta, en armonía con las circunstancias.

El conde y la marquesa salieron acompañados de Giovaneta y de Margarita, que llegaron hasta el primer descanso de las escaleras.

La cuestion de forma se habia llenado.

Magdalena se hizo conducir á su casa.

—Vete,—dijo al conde antes de salir del carruaje;—prepárate, pon más cuidado que nunca en tu

traje; yo voy á avisar de esta novedad á nuestros parientes y á disculparte con ellos, y á convidarlos en tu nombre: al oscurecer ven por mí. Adios, hijo mio, y hasta luego.

La marquesa bajó.

Don Luis fué conducido en el coche de aquella á su casa.

Capitulo XVIII.

Cómo fueron las bodas del conde de la Salmedina con Margarita.

El tiempo que trascurrió desde que el conde llegó á su casa hasta el oscurecer, fué para el conde dolorosísimo, terrible, lleno de dudas, de combates, de ansiedades, de temores, de presentimientos sombríos.

Margarita iba á ser suya.

Esto le enardecia, le trasformaba y le aniquilaba á un tiempo.

Su situacion no era desembarazada ni mucho ménos.

Nuestros lectores la conocen ya, y no necesitamos insistir.

El conde habia vestido un magnífico uniforme,

en cuyas anchas bocamangas se veian los tres galones de coronel, bajo los tres entorchados de capitan general.

Tenia el pecho cubierto de condecoraciones, entre las cuales, en el centro como lugar preferente, se mostraba la roja cruz de Calatrava.

Que era comendador de esta órden militar, se veia en que, pendiente de una cinta roja, la llevaba esmaltada en una medalla pendiente del cuello.

Su peinado era severo.

Completamente militar.

Las dos baterías de cuatro rizos encañonados en las sienes, la coleta con ancho lazo negro, el crizon severo, y completamente empolvados los cabellos.

Un sombrero de tres candiles orlado de plumas negras y tres entorchados, completaban este traje.

Llevaba una riquísima espada de córte con la empuñadura cuajada de diamantes, y un grueso baston de concha de mando, grueso, alto, con voluminosa empuñadura de oro, y cordones y borlas de seda roja y oro.

Le esperaban su carroza de gala, y otras tres carrozas de córte tambien.

En la primera iban sus ayudantes, que como capitan general coronel de un regimiento de la guardia walona, le correspondian.

En la segunda los cuatro escuderos, que representaban su categoría de grande de España.

En la tercera el jefe de su servidumbre interior,

que era Baltasar, un mayordomo de segundo órden y dos maestresalas.

En la delantera de cada uno de estos carruajes, cuyos magníficos caballos se mostraban empenachados y con guarniciones de gala, iban dos lacayos de gran librea á cada lado de los cocheros.

En la carroza de gala, á la zaga, el cazador con otros dos lacayos.

En la zaga de las otras tres carrozas, tres lacayos tambien.

Como habia oscurecido y el nuevo alumbrado público era cicatero, ocho criados, colocados de trecho en trecho, y tambien de gran librea, llevaban antorchas.

Los transeuntes que veian pasar todo este aparato, se preguntaban:

—¿Adónde va ese grande de España tan de gala? ¿Qué hay en palacio? ¿Qué sucede?

El conde de la Salmedina llegó casa de su tia, que estaba ya ataviada de una manera elegantísima, pero sencilla.

En vez de joyas, que no podia usar como soltera, llevaba flores.

Y como su traje era completamente blanco, con haberle añadido un velo, hubiera podido pasar por la desposada.

La acompañaban el viejo conde y la vieja condesa de las Lomas.

Los dos parientes más inmediatos, aunque lejanos, de la marquesa y del conde.

Magdalena, como soltera, no tenia representacion en aquellos momentos.

Era simplemente una señorita.

La representacion por ante la etiqueta, por ante la conveniencia, la tenian los condes de las Lomas.

—Esto ha sido un saetazo, sobrino,—dijo el conde de las Lomas á don Luis;—pero no hemos podido ménos de apreciar las buenas razones que Magdalena nos ha hecho conocer. Nada hay que decir acerca de la igualdad y aún de la conveniencia, y el consejo de familia, que no se ha reunido por circunstancias especiales para hacer esta alianza, se reunirá para aprobarla: yo he enviado esquelas á todos nuestros parientes; Magdalena ha ido á verlos uno por uno, y yo no creo tener el disgusto de ponerme sério por alguna ridiculez. Con que vamos, vamos, Luis; en palacio nos esperan. ¡Oh, qué honra, qué alta honra! la ceremonia en la capilla de palacio; padrinos personales sus altezas los serenísimos señores príncipe y princesa de Astúrias, que Dios guarde, y es muy posible, sí, casi seguro, que el rey nuestro señor asista tambien. ¡Oh! tú estás en un gran predicamento, Luis, y me recomiendo á tí, hijo mio; ya hablaremos; tengo un maldito pleito en las Mil y Quinientas, que no se acaba nunca, aunque mi derecho es incontestable.

Llegaron á esto á la carroza de gala, no ya del conde de la Salmedina ni de la marquesa de Vallezarzal, sino á la del conde de las Lomas.

Nuestra alta nobleza ha sido siempre ostentosísima.

Y en otros tiempos altamente ilustrada y altamente patriótica.

Más aún, revolucionaria.

Ella daba á la patria grandes hombres de Estado y grandes generales.

Pero es verdad, aquellos eran otros tiempos.

Al advenimiento de la casa de Borbon, y aun antes, en los tiempos de Felipe IV, nuestra nobleza habia empezado ya á ser inútil á la patria.

Pero conservaba sus hábitos de magnificencia, que la arruinaban.

Los condes de las Lomas se colocaron en el testero, y Luis y Magdalena al cristal.

Se emprendió la marcha.

El tren se habia triplicado.

Eran nueve carrozas en vez de una.

Dos de la marquesa de Vallezarzal, y otras dos de los condes de las Lomas, iban llenas de las señoras de compañía, como si dijéramos, de las damas de honor de ambos grandes.

Los nobles españoles han copiado siempre en miniatura, y se han dado y se dan tufos de pequeños reyes.

Es necesario tratarlos de cerca en el interior de sus casas para comprender esto, que hoy es ya completamente ridículo, y no se encuentra más que en España, donde se conservan cosas que han dejado de ser ó no han existido nunca en el resto del mundo.

Sin embargo, no les falta una nube de parásitos y aduladores, que acuden á sus fiestas y hacen el papel de aquilones.

Un hombre digno, un hombre independiente, puede ser, y lo es con mucha frecuencia, amigo particular de un grande.

Pero no puede asistir á sus fiestas, por no alternar con la gentecilla que forma la mayoría de su masa, porque alguien no les confunda con ellos.

Sin estas comparsas, á las que se protege para que sean las lenguas de la fama del esplendor de estas fiestas, ellas estarian muy poco concurridas.

Serian reuniones de familia.

Pero nunca recepciones.

Todo este tren llegó á palacio.

En la parte superior de las escaleras esperaba el jefe del cuarto del príncipe de Astúrias con dos gentiles hombres y algunos ugieres.

En este órden, es decir, acompañados los parientes del novio, y éste de los indivíduos de la alta servidumbre de palacio que ya se ha dicho, precedidos por cuatro alabarderos, seguidos por los ugieres y por sus comitivas particulares, como por razon del honor que recibian siendo apadrinados por los príncipes de Astúrias, llegaron al cuarto del príncipe, donde ya estaba María Luisa, y fueron anunciados é introducidos en la cámara.

El príncipe se mostró bonachon, amable hasta el infinito.

Aquello le entretenia y le alegraba.

Parecia un niño pobre con zapatos nuevos, segun estaba complaciente y de buen humor.

María Luisa se mostraba admirable.

Como si no la hubiera devorado una rabia mortal y una insufrible sed de venganza, al ver que su don Luis iba á pertenecér á otra.

No habia nada que pedir en cuanto á disimulo, en cuanto á jocosidad, en cuanto á amabilidad, en cuanto á lo inmejorable de las maneras de María Luisa.

Margarita, que entró con Giovaneta un momento despues, no pudo ménos de aterrarse al ver la fuerza de voluntad con que la princesa ocultaba la situacion de espíritu en que debia encontrarse.

Margarita comprendió que María Luisa era más temible que lo que ella habia creido.

Y sin embargo, Margarita estuvo tambien admirable.

Supo encubrir tambien de una manera perfecta la situacion de su alma.

De improviso; sobre tanta honra, cayó ótra honra inesperada.

Cárlos III se vino como furtivamente encima, entrando por una puerta de servicio en el cuarto de su hijo.

—¡Oh! ¡conde! —exclamó, dirigiéndose á don Luis y alzándole, cuando éste se inclinó para besarle la mano;—me alegro mucho, me alegro mucho de que tomes estado; yo creo, salvas excepciones, que un hombre de bien no debe estar soltero más allá de

los veinticho años. Esto, permíteme que te lo diga, trasciende un poco á libertinaje; ya sabes, ya sabes que yo soy muy afecto á la familia. Si todos los hombres fueran buenos padres de familia, no costaria trabajo alguno gobernar una monarquía. Pero ya que los príncipes te hacen el honor de apadrinarte, yo te concedo el honor de dar el brazo á la novia hasta la capilla. Vamos, vamos: concluyamos cuanto antes, que está esperándome el ministro; estas obligaciones de la Gobernacion del Estado...

Y dió el brazo á Margarita, que estaba deslumbradora de hermosura y de elegancia.

Cárlos III, que era un rey muy hinchado, aunque no lo parecia, se humanizaba grandemente.

Esto consistia, como lo del padrinazgo de los príncipes, en las insinuaciones de Esquilache, que queria por todos los méritos posibles atraerse al conde de la Salmedina, que era lo mismo que atraerse á la princesa de Astúrias.

De otro modo, Salmedina y Margarita se hubieran casado con todo el esplendor que hubieran querido.

Pero en su casa.

La tiesa monarquía de derecho divino no bajaba la frente sino obedeciendo á una necesidad ó á una influencia.

Lo que viene á ser lo mismo.

A veces bajaba la frente hasta el lodo y la levantaba manchada.

Entonces gobernaban y eran reyes de hecho el

duque de Lerma, don Rodrigo Calderon, él conde-duque, Valenzuela, Alberoni, Esquilache ú otros semejantes.

Al salir á la antecámara se encontró agrupada en ella toda la alta servidumbre que era necesaria, dada la presencia del rey.

Lo que queria decir, qúe á pesar de haber entrado Cárlos III como por antojo en la cámara de su hijo para asistir á la ceremonia, todo estaba preparado.

No hay que decir que la ceremonia, por su acompañamiento, fué solemne, deslumbrante, magnífica.

La orquesta de la Capilla Real asistia, y la acompañaban los mejores cantantes de ambos sexos del teatro de la Opera.

Concluida la ceremonia, se sirvió en el salon de los Príncipes un exquisito refresco.

Se retiró el rey.

Se retiraron los príncipes, y luego los novios y sus parientes, en la misma forma con que habian sido introducidos.

Para partir, cambió de carroza el conde.

Entró con su mujer, con Magdalena y con Giovaneta, en la carroza de esta última.

Es decir, en una magnífica carroza procedente de la casa de Esquilache.

Todos los carruajes, que eran muchos, porque los primeros se habian aumentado con los del resto de los parientes de Salmedina, se dirigieron á casa

del marqués de Letour en vez de dirigirse á la casa del novio.

Las circunstancias en que se encontraba el marqués de Letour, abuelo para todos de la desposada, no permitian otra cosa.

No se comprendia que la nieta se consagrase al amor estando en trance de muerte su abuelo, puesto que se decia que De Armagnac no saldria de la noche, y que por esta razon se habia prescindido para el casamiento de ciertas formas, por más que en otra situacion se hubieran satisfecho.

No hubo, pues, fiesta de boda.

Los parientes y los convidados fueron despedidos en el salon de honor, y todos salieron expresando su deseo de que Dios hiciese un milagro, salvando al marqués de Letour.

Aquella noche hubo uno más que velase á Godofredo de Armagnac.

Los dos esposos y Giovaneta, acompañados de los médicos, pasaron la noche junto al lecho del enfermo.

Capitulo XIX.

De como la Inquisicion servia para conspirar.

Pestiño y Lolo habian sido conducidos por los hombres que se habian apoderado de ellos, á una casa de la calle de San Anton, que se habia abierto en cuanto uno de los embozados habia tocado á su puerta.

Los dos prisioneros iban transidos de terror.

La conducta que se observaba con ellos era harto diferente de lo que se les habia prometido.

Les hicieron atravesar un buen espacio.

Sintieron que bajaban escaleras, y al fin entraron en una basta habitacion, en una especie de salon, cuya bóveda estaba sostenida por pilares, y al fondo de la cual, detrás de una barra, habia sobre un estrado una larga mesa con tapete de terciopelo y escribanía, y tras ella cinco sillones.

Detrás un dosel bordado; en el dosel, á un lado, la cruz de Santo Domingo; al otro una cruz sencilla entre una palma y una espada.

En medio de estos dos símbolos, que representaban el Tribunal del Santo Oficio de la General Inquisicion, habia un crucifijo de gran tamaño; dos velas de cera amarilla en candeleros de metal blanco puestos sobre la mesa, era lo único que alumbraba á aquel sitio.

Frente á esta mesa, al otro lado de la barra, estaba el potro, espantoso aparato de tormento, cuya sola vista estremecia á los procesados por el Santo Oficio.

Sobre aquel aparato, una vez extendidos, se les apretaba con cordeles los brazos ó las piernas, ó todos á la vez.

Este era un tormento insoportable.

Era raro el procesado que á la tercera vuelta de cordel no confesase.

En los tiempos por donde marcha nuestro relato, la Inquisicion no era ya ni la sombra de lo que fué en los para ella buenos tiempos de Cárlos II el Hechizado.

El progreso, dulcificando las costumbres y haciendo penetrar en todo una idea filosófica, tal vez más que esto el antipapismo de los soberanos de la casa de Borbon y su tendencia sin hipocresía á un dominio absoluto, que no permitia la gran preponderancia de ninguno de los otros cuerpos del Estado, y estaba siempre en abierta lucha con ellos, habia da-

do por resultado el enervamiento de la Inquisicion.

Desde Cárlos II las cenizas del Quemadero no habian sido renovadas.

Parecia como que la Inquisicion dormitaba, por más que no estuviese completamente inactiva.

Pero sus sentencias no llegaban ya ni á la hoguera, ni al garrote, ni al emparedamiento, ni á la cárcel perpétua.

Se reducian ya á correcciones en los conventos por breves espacios, y el sambenito no se usaba.

Sin embargo, aun imponia espanto la terrible sombra de la Inquisicion.

Al entrar en aquel espacio Loló, no tuvo duda de que se hallaba en la cámara del tormento del Santo Oficio.

Ya habia estado en ella una vez por blasfemo, y aunque no habia sufrido el tormento, habia estado muy próximo á sufrirle.

Su sentencia se habia reducido á dos meses de prision correccional en los capuchinos de San Antonio del Prado.

En cuanto á Pestiño, no conocia ni poco ni mucho el lugar en que se encontraba.

Pero era por sí mismo bastante sombrío, bastante amenazador aquel espacio, para imponerle espanto.

Debian haber sido conducidos á él por debajo de tierra.

Luego la Inquisicion tenia comunicaciones secretas.

Los que los llevaban, al abrirse la puerta de la

cámara les desvendaron los ojos, los empujaron dentro y cerraron la puerta, dejándolos solos.

Los dos mezquinos polizontes del marqués de Esquilache se apretaron el uno contra el otro en un movimiento instintivo; pero no se atrevieron al hablar ni una sola palabra.

Temieron ser escuchados y que la más leve palabra los comprometiese.

Pasó algun tiempo.

Al cabo de él se abrió una puertecilla que estaba situada junto al dosel, á la derecha, y entró un fraile dominico alto y majestuoso, con la capucha completamente calada sobre el semblante; de tal manera, que no se veia ni la más pequeña parte de él.

El religioso se sentó en el sillon del centro, que era más alto que los otros, y en la talladura de cuyo respaldo se veia la cruz de Santo Domingo.

—Acercaos,—dijo aquel hombre.

Pestiño, se acercó hasta llegar junto á la barra.

Lolo, que instintivamente le habia seguido, se detuvo á poca distancia de él.

El religioso sacó de debajo de su hábito papel, y lo extendió sobre la mesa.

Tomó una pluma, acercóse una luz para ver mejor, y dijo con el mismo acento que habian oido antes en la porteria de la casa del marqués de Letour aquellos dos bribones:

—¿Cómo os llamais?

—Diego Perez Pestiño,—contestó el polizonte.

—¿Qué edad teneis?



MOTIN DE ESQUILACHE.—Y entró un fraile dominico, alt y majestuoso, con la capucha completamente calada sobre el semblante.

—Cuarenta años.

—¿Dónde habeis nacido?

—En Valdemoro, provincia de Madrid.

—¿Cuál es vuestro oficio?

—Batidor de oro.

—¿Qué otro oficio teneis?

—Sirvo al excelentísimo señor marqués de Esquilache.

—¿En qué concepto?

—Como individuo de la policía secreta.

—¿Sois casado?

—No, señor.

—¿Estais amancebado?

Vaciló Pestiño.

—Hablad.

—¿Se me va á castigar por esto?—dijo.

—La Inquisicion castiga los amancebamientos. ¿Es, pues, casada, ó tiene hecho voto de castidad vuestra manceba?

—Ni lo uno, ni lo otro.

—¿Vivís con ella?

—Sí, señor.

—Dais, pues, escándalo. El Tribunal del Santo Oficio os manda, pues, acabeis ese escándalo, casándoos con esa mujer.

—Ya lo hubiera yo hecho; pero no tengo el dote: esa mujer quiere le haga yo escritura para casarme con ella.

—¿Y sin embargo es vuestra manceba?

—Ahí vereis, respetabilísimo padre. Ella es

prendera y rica, y no quiere casarse sino con quien la lleve dote.

—Concluid como cristiano y como honrado ese negocio. En cuanto al dote, ya se proveerá. ¿Cómo se llama esa mujer?

—Celestina Páramo.

—No debe ser muy cristiana cuando vive en amancebamiento con vos.

—Ella dice que eso cae por encima, y que siempre hay tiempo de acudir á la enmienda.

—¿Tiene algo de bruja, de hechicera ó de ensalmadora esa mujer?

—No, señor: todo se reduce á que echa las cartas y dice la buena ventura; pero eso es común á todas las gitanas.

—¡Ah! ¿Es gitana?

—Sí, señor.

—¿Tiene ella algo de común en la situacion en que os encontrais respecto al marqués de Esquilache?

—Sí, señor, porque ella es la que echa las cartas á la marquesa de Esquilache.

—¿A propósito de qué usa esos malos y perversos medios la marquesa de Esquilache?

—Para asegurarse de si el rey la ama lo bastante para que ella pueda someterle á su voluntad.

—¿Ha sido por medio de ella vuestra entrada en la policía secreta del marqués de Esquilache?

—Sí, señor.

—Me habeis dicho anteriormente que el jefe de esa policía era un tal don Cosme Calcorra.

—Indudablemente, señor.

—¿Dónde vive la mujer con quién estais amancebado?

—En la calle de Cuchilleros, número 15.

—Pero en esa casa vive una beata.

—En efecto, señor: esa beata es mi amiga la Páramo.

—Faltais, pues, á Dios viviendo amancebado con ella.

—Vivo y no vivo, señor, porque entro secretamente en su casa.

—Entonces sabeís que casa de esa mujer hay una cierta mujer casada que ha huido de su marido.

—Cierto es, señor; pero se nos paga bien, y callamos.

—¿A pesar de que el marido de esa señora es vuestro jefe don Cosme Calcorra?

—Y qué queréis, señor; nuestro verdadero jefe es el dinero.

—La Páramo se ocupa de negocios reprobados, inmorales, de la corrupcion de jóvenes; por esta razon la conocia un criado del conde de la Salmedina, y por el conocimiento de este criado, doña Ana del Rey, esposa de don Cosme Calcorra y amante del conde de la Salmedina, al fugarse de casa de su marido, ha ido á ocultarse allí.

—Pero vos lo sabeis todo, reverendo padre.

—Por lo mismo, es muy peligroso pretender engañarme. Yo no os pregunto para saber, puesto que, como veis, todo lo sé; os pregunto para comprobar. Ahora bien: os recomiendo un profundo secreto acerca de la existencia de esa señora casa de vuestra manceba; así conviene por el momento.

—Estad seguro de que guardaremos el secreto por lo que nos conviene, respetabilísimo padre, porque si don Cosme Calcorra llegase á saber que en nuestra casa habia estado su esposa, y que en ella habia visto al señor conde de la Salmedina, no sabemos hasta qué punto llegaria la venganza de Calcorra.

—¿Es decir que ese Calcorra es poderoso?

—Sí, señor, porque dispone del poder del marqués de Esquilache, y el marqués de Esquilache es el rey de España.

—Me habeis hablado de un secreto que se refiere á una pretendida bastardía del rey don Cárlos III nuestro señor, que Dios guarde, del cual os ha dado conocimiento Calcorra, que dice saberlo de los jesuitas, doble y horrenda calumnia que merece un severísimo castigo. Reveladme completamente ese secreto.

—Yo quisiera decirlo solo á vuestra paternidad, sin que nadie nos oyese.

—Ese otro callará, como callareis vos. Decid pues.

—Cuando vino á España la reina doña Isabel Farnesio, poco despues de las bodas un dia que va—

gaba por un lugar solitario del monte de Balsain en compañía de una de sus camaristas, llegó de repente hasta ella, y cayó bañado en sangre á sus piés, un hermoso jóven.

Aquel jóven pertenecia á una familia de cazadores que vivia en los contornos de Balsain.

Los guardas le habian cogido cazando en vedado, habian querido prenderle, el jóven habia resistido, y le habian malherido los guardas.

La reina empezó por tener compasion de él, por hacer que le recogiesen, le llevasen á palacio y le curasen.

Sanó al fin aquel mozo, que se llamaba Cristóbal Medrano, y cuando hubo sanado, la reina tuvo para él del rey el indulto de su delito, y fué admitido como palafrenero en la servidumbre de palacio.

La reina se habia enamorado de él; esto se dice á lo ménos, señor. Mediaron cartas y prendas, y de estas prendas y de estas cartas, que segun dice don Cosme Calcorra, adquirieron á peso de oro los jesuitas del mismo Cristóbal Medrano, resulta, no sólo que la reina fué su amante, sino que á causa de estos amores vino al mundo el infante don Cárlos, antes rey de Nápoles y ahora rey de España.

Se dice, al ménos así me lo ha dicho don Cosme Calcorra, que tiene conmigo una gran confianza, que los jesuitas, para apoderarse del papado, tienen necesidad de destronar al rey, y que para destronarle pretenden valerse de esa tacha de bastardía que segun se asegura pesa sobre el rey.

Ya os lo he dicho esto anteriormente, señor.

—¿Y por qué,—dijo don fray Lorenzo,—no os habeis apresurado á dar parte de estas infamias al Tribunal del Santo Oficio, que os hubiera oido en secreto y hubiera puesto remedio?

—He tenido miedo, señor; en primer lugar, á don Cosme Calcorra; en segundo lugar, á la responsabilidad en que hubiera incurrido, porque yo no puedo probar esta calumnia. Hay secretos, que como lo conoceis bien, respetable padre, queman los oidos que los oyen.

—¿Y por qué á lo ménos no habeis denunciado que la respetable Compañía de Jesús estaba acechada por una baja intriga del marqués de Esquilache?

—No me he atrevido, señor.

—Oid, para castigar los delitos es necesario que estos delitos aparezcan. Propalad esa calumnia.

El polizonte dió un salto sobre sí mismo.

Comprendió se le usaba como instrumento.

El inquisidor que tenia delante conspiraba contra el rey, estaba sin duda de acuerdo con los jesuitas, tal vez lo era.

Se alentó.

Le convenia más servir á la poderosa Compañía de Jesús que al marqués de Esquilache.

—Se propalará hábilmente esa calumnia,—contestó Pestiño,—y de tal manera que llegue á noticias del rey.

—Me habeis comprendido,—dijo el dominico.—Es necesario despertar al que duerme. Es necesario

que su majestad conozca esa vileza y la destruya; en un asunto tan grave, nadie puede tomar la iniciativa. Es necesario dejar en completa libertad de determinar á su majestad, y conspiraciones tales se destruyen sacándolas á luz.

—El rey sabrá muy pronto lo que de él se dice.

—Pero guardaos,—dijo don fray Lorenzo,—de propalar la otra calumnia de que los jesuitas son los autores de esta infamia. Echad toda la culpa de ella sobre los masones, sobre los misteriosos embozados, á quienes se persigue sin poder nunca prender á ninguno.

—Muy bien, señor.

—Observad cuidadosamente á don Cosme Calcorra.

—Muy bien, señor.

—Cuando tuviéreis, lo mismo vos que vuestro compañero que nos escucha, alguna noticia grave que comunicar al Santo Oficio, lo hareis poniendo una delacion escrita y sin firma, y con la letra desfigurada, en el buzon que hay en el portal de la cárcel del Santo Oficio.

—Muy bien, señor.

—En cuanto á la existencia de doña Ana del Rey, casa de vuestra manceba, y á los amores de aquella señora con el conde de la Salmedina, guardad, así vos como vuestro compañero, el más profundo secreto.

—Muy bien, señor,—dijeron á un mismo tiempo Lolo y Pestiño.

—Seguid sirviendo, como hasta ahora, en la policía del marqués de Esquilache; pero comunicad siempre, por medio del buzon del Santo Oficio, las órdenes que os den respecto á los embozados misteriosos.

—Muy bien, señor,—dijeron los dos.

—Oid vos, Lolo.

—Escucho, reverendo padre,—dijo éste.

—Vigilad cuidadosamente á vuestro nuevo amo el marqués de Letour.

—Muy bien, señor.

—Procurad saber quién entra, quién sale, y aun escuchar cuanto en su casa hable el marqués de Letour. ¿Sois vos el solo hombre de policía del marqués de Esquilache que habeis sido puesto al servicio del marqués de Letour?

—No, señor; porque todos los criados de la casa de mi nuevo amo, inclusas las doncellas, pertenecemos á la servidumbre del marqués y de la marquesa de Esquilache, y todos éramos de policía. Yo soy el jefe de esta gente; yo he recibido el encargo de la señora marquesa de Esquilache de vigilar, no sólo al marqués de Letour, sino á toda su familia; los cocheros y lacayos que acompañan fuera de casa á cualquiera de los señores, deben dar parte de todo lo que estos hagan ó digan mientras estén fuera de casa.

—Muy bien; seguid cumplimentando las órdenes de la marquesa de Esquilache; pero advertidnos de todo: puestos al servicio de la Inquisicion, y como sus agentes secretos, teneis un alto sueldo de dos

mil ducados anuales, que recibireis por mensualidades, no importa cómo, cada primer dia de mes. Tomad, ahí teneis la mensualidad corriente.

Y el dominico sacó de debajo de sus hábitos un bolsillo, y le arrojó al otro lado de la vaya.

Le recogieron.

—Los servicios especiales que hagais, se os pagarán por separado y segun su importancia.

—Muchas gracias, señor,—dijeron á un tiempo los dos bribones.

—Pero se os paga bien, porque cumplais bien,—dijo el religioso;—el castigo será tremendo, inevitable, si faltais en lo más leve al secreto que se os encarga. El Santo Oficio lo ve todo, lo oye todo, y su justicia es inexorable.

—Nosotros guardaremos profundamente ese secreto, y tenemos un gran placer, y sentimos un grande honor por servir al Santo Oficio, porque sirviéndole servimos á Dios; ¿no es verdad, Pestiño?

—¿Quién lo duda?—dijo éste.

—Dentro de poco,—dijo don fray Lorenzo,—vendrán y os soltarán; quedareis libres: volveos, el uno á vuestra portería, y el otro á vuestro puesto. Os recomiendo por última vez, en interés vuestro, el más profundo secreto acerca de lo que os ha acontecido esta noche, y una gran lealtad y un gran celo para cumplir lo que se os ha mandado.

Y don fray Lorenzo guardó bajo sus hábitos los papeles en que habia tomado algunas notas; se le-

vantó, fué á la puertecilla situada á la derecha del dosel, y desapareció por ella.

Los dos polizontes quedáronse mirando el uno al otro.

En sus semblantes aparecia una alegría odiosa.

Acababa de presentárseles un rico filon que explotar.

Esta clase de pícaros están siempre dispuestos á servir á quien mejor les paga.

Parece, por el momento, imprudente el padre maestro don fray Lorenzo.

Pero sí se tiene en cuenta el profundo terror que inspiraba, aun habiéndose convertido en una especie de fatasma, de sombra, aun habiendo degenerado en gran manera aquel tremendo Tribunal, teniendo, como todos tenian, la creencia de que nada se ocultaba á la vigilancia del Santo Oficio, se comprende fácilmente que el padre maestro no habia cometido en ningun modo ninguna imprudencia.

El terror de una parte, y el cebo de la ganancia por otra, le aseguraban el buen servicio y el secreto de aquellos dos bribones.

Algunos minutos despues de haber desaparecido el dominico, se abrió la puerta de la cámara del tormento.

Apareció un hombre pequeño vestido de negro, y aunque con traje seglar, de una apariencia completamente clerical.

—Os doy la enhorabuena,—les dijo con una sonrisa melíflua,—de que hayais salido tan bien libra-

dos. Se me manda poneros en libertad, y ninguno de los que han entrado aquí puede contar otro tanto; por lo mismo, debeis pagarme con mucho gusto el carcelaje.

—Pues por supuesto,—dijo Pestiño,—y más que fuera, amigo. Ahí teneis.

Y sacando el bolsillo que le habia arrojado el padre maestro, dió cinco pesos fuertes á aquel hombrecillo, que no era otra cosa que el sota-alcaide de la cárcel del Santo Oficio.

—Muchas gracias,—dijo éste.—Ahora bien: ¿cuál de vosotros se llama el señor Lolo?

Alteróse un poco, aunque para ello no hubiese motivo, y dijo Lolo:

—Soy yo.

—Esto me han entregado para que os lo entregue,—dijo el sota-alcaide.

Y dió una gran llave á Lolo.

Era la del postigo de la puerta de la casa del marqués de Letour.

Despues de esto, por una sucesion de pasadizos, sacó á la calle de la Inquisicion á los dos individuos, y despues de haberles dado cortésmente las buenas noches, ó más bien los buenos dias, cerró silenciosamente la puerta.

—¿Sabes, Pestiño,—dijo en voz baja Lolo cuando estuvieron á una buena distancia, entrando ya en la Plazuela de Santo Domingo,—que me parece que hemos salido del infierno?

—Pues yo diria que hemos salido de la gloria,—

dijo Pestiño;—comemos á dos carrillos, y la tajada que nos da el Santo Oficio es buena y sabrosa.

—Pero se nos puede indigestar, Pestiño,—dijo Lolo.

—Eso seria si no estuviese en buenas manos el pandero.

—¿Y qué te parece de esto?—dijo Lolo:—¿es esto en favor ó en contra de los jesuitas?

—¿Quién lo sabe? Pero á mí me parece que van á suceder grandes cosas, y que al rey le va á suceder algo negro. Esos embozados...

—¿Crees tú que esos embozados sean jesuitas?

—Yo no lo sé; puede ser que sí, puede ser que no. Calcorra cree que son ellos; les tiene miedo, y si ya no se ha preso alguno de esos embozados, la verdad es que consiste en que no se aprieta mucho.

—Ahora comprendo por qué el marqués de Esquilache tiene tanto empeño en que el rey autorice el bando sobre los mantos, las capas y los sombreros; porque esas misteriosas tapadas, esos misteriosos embozados, no aparecen solo de noche; se les ve tambien de dia encubiertos, ellas rebujadas en sus mantos á pretexto de honestidad, ellos metidos con las narices en los embozos hasta los sombreros, á pretexto del frio, porque les da la gana.

—¿Te parece que hagamos una cosa?

—¿Y qué?—preguntó Lolo.

—Que no hablemos más y que nos separemos.

—Me parece bien,—dijo Lolo.—La noche está muy oscura, y no sabemos si somos observados.

—Podria ser peligroso para nosotros el que nos viesen metidos en una larga conversacion; además, yo he estado apartado mucho tiempo de mi puesto de la plaza, y voy á ganarle de nuevo. Mañana iré á verte y darte la parte que te toca de este bolsillo. Con que adios.

Los dos pícaros se dieron las manos, y Lolo se metió por la calle de Silva y Pestiño siguió hácia la Bajada de los Angeles.

Capitulo XX.

En que se declara la situacion en que se encontraban nuestros principales personajes.

Pasaron algunos dias.

Durante ellos Godofredo de Armagnac curó completamente.

La herida, aunque profunda, habia sido de soslayo, y no habia interesado ninguna parte importante.

De Armagnac habia dejado el lecho, y al fin, restablecido ya, habia salido á la calle.

Se habia presentado al ministro omnipotente, al ministro universal, que así podia llamarse Esquilache, y le habia pedido el *regium exequatur* para sí y para su nieta por los títulos que tenian, lo que le fué concedido inmediatamente.

De Armagnac se presentó con Giovaneta en la córte, y obtuvo un excelente éxito.

Ya sabemos que el aspecto de De Armagnac era inmejorable.

Aparecia un hombre distinguido, grave, de esos que á primera vista imponen respeto y obtienen la estimacion de todo el mundo.

En cuanto á Giovaneta, su éxito sobrepujó á todo lo que pudiera decirse.

Durante ocho dias, no se habló de otra cosa que de la admirable morena, de la bellísima marquesa de Letour.

Desde muy jóven Giovaneta habia sabido hacerse dama, y esto unido á su clásica, á su majestuosa, y al mismo tiempo simpática belleza, hacia de ella una criatura de esas que no se ven sin que se sienta una profunda impresion.

Nadie creia en la edad de Giovaneta, aunque esta se presentaba en todas partes con Margarita, y hacia conocer á poco que tuviese ocasion para ello que era su abuela.

En cuanto á Margarita, el efecto que habia causado en la córte habia sido imponderable.

Parecia como que todos los astros que hasta entonces habian lúcido en primer término, se habian eclipsado.

La princesa de Otranto era admirada por todos.

Contribuia á esto, á más de la magia de Margarita, la grande importancia que la daba, lo favorecida que estaba por la familia real.

Súpose con admiracion que su casamiento se habia hecho en la Capilla Real de palacio, bajo el pr

drinazgo personal del príncipe y de la princesa de Astúrias, y la asistencia del rey á la ceremonia.

Esto era una honra inaudita, infinita, de la que no habia ejemplo.

¿Qué significa esto?

Los que habian creido en las murmuraciones que habian costado la vida al marqués de Arosa, lo interpretaban de una extraña manera.

Segun ellos, la princesa era decididamente querida del conde de la Salmedina, por más que esto estuviese muy recatado, por más que no se diese escándalo.

Se veia en aquel casamiento y en la admision de los dos esposos en el cuarto de la princesa de Astúrias, la una como dama de honor y el otro como gentil hombre, un medio para justificar, sin que nadie lo extrañase, la frecuente asistencia del conde al cuarto de la princesa.

Como simple gentil-hombre, como gentil-hombre soltero, Salmedina, despues de lo que se habia murmurado, no podia pertenecer sin escándalo á la servidumbre de la princesa.

Los murmuradores, los desolladores, tenian la seguridad de que sus murmuraciones acerca de María Luisa á propósito del conde, habian encontrado eco en palacio, que de rechazo habia ido á los oidos de María Isabel Luisa.

Se suponia, pues, que para matar estas murmuraciones, María Luisa habia casado á su conde con aquella hermosísima extranjera, y habia obtenido

del príncipe y del rey la alta honra que les habia sido dispensada.

Suponíase que la princesa habia supuesto que los murmuradores no podian comprender que amando ella al conde hubiese podido hacer el sacrificio de casarle con una mujer tan bella, no con una vieja, porque nada hubiera tenido de extraño.

Pero la maledicencia se adelantaba á las suposiciones gratuitas que se atribuian á la princesa.

—Esto es que se disimula bien,—decian,—que se pretende engañarnos extraviándonos. ¡Bah! Las italianas son muy ingeniosas. Pero nosotros tenemos la vista muy larga, y penetramos con ella hasta el fondo de la sombra. La conducta de la princesa en este negocio es una prueba clarísima de su adoracion por el conde de la Salmedina. Sufre los celos de verle casado con un prodigio tal como la princesa de Otranto, á trueque de tenerle cerca de sí.

La calumnia no se da jamás por vencida, no se rinde jamás; encuentra siempre razones en que apoyarse. Y decimos la calumnia, porque cuando esta nació respecto al amor de María Luisa por el conde, ningun fundamento habia más que algunas miradas imprudentes de María Luisa, y despues de esto nadie habia visto nada; porque Cascajares y su mujer habian callado como muertos por lo que les convenia, y el marqués de Dos Puentes, como hemos visto al principio de este relato, habia sorprendido estos amores y no podia dudar de ellos, pero habia callado como caballero.

Por eso llamamos calumnias á lo que la gente nonsancta de la córte murmuraba acerca de María Luisa y del conde de la Salmedina.

Toda aseveracion que no se apoya en una prueba palpable, es una calumnia.

Por de contado, que estas murmuraciones, si llegaban como un eco perdido á María Luisa, á quien importaba muy poco de ello, no llegaban de ningun modo ni al príncipe de Astúrias ni al rey.

El príncipe se pasaba la vida comiendo, cazando y durmiendo, halagado por una felicidad beatífica, y el señor rey don Cárlos III tenia lo bastante con el marqués y la marquesa de Esquilache, y con Grimaldi, y con el plurito reformador del uno y la resistencia sistemática del otro, para estar entretenido.

María Luisa, ya lo sabemos, no hubiera casado nunca á su conde, ni con Margarita, ni con ninguna; más aún, á haberla sido posible, hubiera deshecho este casamiento.

Habia obedecido á aquel poder secreto, al que se habia ligado de una manera irrevocable.

María Luisa no se atrevia á romper con él, no podia, habia soltado prendas.

Se habia comprometido demasiado en una gravísima conspiracion contra el rey, en la que habia tomado parte aquel príncipe tan bonachon, tan linfático, que se pasaba la vida comiendo, cazando, durmiendo, y no lo habíamos dicho antes, pero lo decimos ahora, conspirando contra su padre.

A pesar de lo bonachon de su carácter, á pesar de

la frialdad de su sangre, que por nada se inflamaba, á aquel buen señor le tardaba ser rey.

Y honraba y distinguia mucho á Grimaldi y al conde de Aranda y á todos los enemigos de Esquilache, que se desvivian por el príncipe y conspiraban tambien en su favor.

Aquella córte, al parecer tan tranquila, tan metódica, en la que se observaba una forma y un régimen tan precisos, era un infierno de pasiones en que se libraba una lucha á muerte.

Cárlos III, que si no tenia talento, era astuto y conocedor de las gentes como buen Borbon, sentia que algo se movia bajo sus piés, que algo le amenazaba, por más que no pudiese explicarse lo que este algo fuese.

Esquilache no se atrevia á decirle que se conspiraba contra él.

Cárlos III era muy celoso de su autoridad, muy tenaz, muy enérgico contra todo lo que pudiese amenguar ni aun lo más leve aquella autoridad que tanto amaba, y que hacia de él un tirano hipócrita, oculto bajo la mejor forma del mundo.

Cárlos III hubiera exigido una prueba á Esquilache, y se la hubiera exigido de una manera terrible.

Esquilache, á pesar de sus medios, á pesar de su policía, sabia sí que se conspiraba.

Pero no habia llegado á descubrir cuáles fuesen los conspiradores, ni cuál el objeto determinado de su conspiracion.

Esquilache recelaba del marqués de Grimaldi, del conde de Aranda, de todos sus enemigos, que conspiraban, sí, contra él; pero de una manera vulgar, porque no tenian otro medio, haciendo atmósfera y procurando que las murmuraciones contra Esquilache llegasen á oidos del rey.

Se decia de él que era contrabandista y que vendia los cargos públicos, que era soberbio y que supeditaba al rey y le comprometia, llevando á cabo de una manera violenta, y una tras otra, reformas que inquietaban y malcontentaban á los españoles, porque no estaban en su índole ni en su manera de ser.

Se le acusaba de desórden en la Hacienda, de despilfarro, de ostentar un lujo escandaloso, como no le habia ostentado jamás ningun ministro, y de darse los tufos de rey de hecho; de suprema influencia, á la que el rey de derecho cedia dócilmente.

Esto se hacia llegar de una manera intencionada y hábil á conocimiento del rey.

Cárlos III se incomodaba mucho con esto; sufria mucho, tragaba el acíbar en silencio, y no se enojaba con Esquilache.

Esquilache le tenia cogido, como suele decirse, por los cabezones.

Cárlos III sabia que Esquilache era contrabandista, hasta el punto de que se servia con placer del rapé de contrabando, que le llevaba personalmente Esquilache.

Y tanto no ignoraba el rey que se vendian los

cargos públicos y los vireinatos de América, como que él, que era avaro, tomaba la mayor parte de lo que producian estas ventas.

Esquilache, en esta parte, no era más que un corredor, al que se dejaba un gran beneficio.

Angélica, la bella marquesa de Esquilache, era para el rey un amor imprescindible, una pasion incontrastable.

Angélica era bella, insinuante, provocadora; engañaba al rey haciéndole creer que le adoraba; y por otra parte, con una prudencia infinita, no hacia ostentacion del poder real.

Así pues, el señor don Cárlos III se atrevia á decir, creyendo que nadie podia dudar de ello, que desde que se habia quedado viudo habia prescindido completamente de la mujer.

Todos aparentemente admiraban y ponian en las nubes la casta viudez del gran Cárlos III.

Pero todo el mundo sabia, ó si no lo sabia lo creia, que la marquesa de Esquilache era la querida del rey, que hubiera deseado mucho más, que en vez de llamarle el gran Cárlos III, le hubiesen llamado Cárlos III el Casto.

La marquesa de Esquilache era insaciable.

Y á vueltas de aquel su apasionado amor, en que el buen Cárlos III creia, porque su vanidad no le dejaba creer que una mujer á quien él favorecia no le adorase, le chupaba hasta la médula de los huesos y le metia en cosas que le comprometian, ó que, por lo ménos, le procuraban los graves disgustos que le

daban los rivales de Esquilache al verse combatidos y anulados por la influencia ilegítima ó indigna de Esquilache sobre el rey, y por medidas de gobierno que estaban en inarmonía con el sedentarismo y el apego á sus costumbres de los españoles.

En cuanto á la política exterior, no era más feliz Cárlos III.

Las torpezas de Esquilache, que tenia más de rufian que de hombre de Estado, le habian comprometido en un duelo á muerte con Inglaterra, y los armamentos que este duelo requerian causaban una grave impresion en Cárlos III, que veia que los inmensos caudales que habia dejado acumulados su hermano el rey don Fernando VI iban menguando rápidamente.

La industria, particularmente la de la seda, amenguaba tambien.

La exportacion disminuia.

España, que habia logrado un período de paz y de prosperidad con Fernando VI, empezaba á deslizarse de nuevo por la pendiente de la miseria.

Todo esto estaba solapado, no parecia; pero lo veia el rey, queria remediarlo, y encontraba un obstáculo en la torpe política, en la ambicion personal de Esquilache, contra el cual no se atrevia á nada, sujeto como un esclavo á Angélica.

Irritaba á Cárlos III el ver que de hecho y en su nombre reinaba Esquilache, y no podia dudar de que así lo consideraban sus vasallos, puesto que los pilletes de Madrid, los desarrapados, los hijos del cieno,

le hacian oir con su inaudita audacia y con una insistencia insoportable, la siguiente cantinela, improvisada tal vez por alguno de ellos, ó por algun poetastro de aquel tiempo:

Yo, el gran Leopoldo el primero,
marqués de Esquilache augusto,
rijo la España á mi gusto
y mando á Cárlos III.
Hago en los dos lo que quiero,
nada consulto, ni informo;
al que es bueno lo reformo
y á los pueblos aniquilo,
y el buen Cárlos, mi pupilo,
dice á todo:—Me conformo.

Estos versos no pueden ser peores; pero decian la verdad.

Representaban el falló de la opinion pública, siempre respetable.

Cárlos III pagaba, pues, sus vicios con un sufrimiento intolerable, y aun tenia miedo.

Sentia que todo temblaba bajo sus piés.

El pueblo español no hace revoluciones ruidosas, ya lo hemos dicho; las revoluciones en España no vienen de lo alto de la atmósfera como el rayo; son el temblor de tierra.

España, como ningun otro pueblo, ha matado, destituido y asendereado reyes, y degollado y envenenado favoritos, sacrificados por el terror real.

Cada pueblo tiene su manera de ser.

Pero no porque la manera del pueblo español sea latente, es ménos terrible.

Pero á lo ménos Cárlos III, distraido con tanta y tanta desdicha, con tanta y tanta contrariedad, no habia reparado en una desdicha terrible, insoportable para todo padre; en la conspiracion de su hijo contra él.

El conocimiento de esto hubiera producido algo terrible.

Entonces se hubiera revelado en Cárlos III un déspota tan terrible como Felipe II.

Hubiera exterminado al hijo rebelde, como aquel otro formidable rey exterminó á su hijo don Cárlos.

María Luisa lo sabia esto.

María Luisa era, pues, esclava de su ambicion.

La formidable sociedad secreta á que pertenecia podia contar con su docilidad.

Y la conspiracion era repugnante, horrenda.

María Luisa no creia aquel cuento de la bastardía de Cárlos III.

Lo encontraba absurdo.

Pero de una manera subterránea lo dejaba correr entre cierto mundo, y si le hubiera sido posible, lo hubiera extendido hasta la multitud.

Importaba poco que la creencia de esta leyenda incapacitase moralmente para la corona al príncipe su marido, puesto que el príncipe, hijo de un rey bastardo, arrojado por su bastardía del trono, no podia sucederle en el trono.

Pero María Luisa sabia que el pueblo español, más que cabeza, tiene corazon, y el príncipe de Astúrias se habia hecho querer del pueblo por su lla-

neza, por su amabilidad, y por lo enemigo que se mostraba del marqués de Esquilache, favoreciendo al de Grimaldi y á todos los hombres de su partido, que eran enemigos á muerte, enemigos irreconciliables de Esquilache.

Continuaba Grimaldi al frente de los ministerios de Estado y Gracia y Justicia, porque estaba apoyado en un gran partido, porque era popular y no se atrevia con él Esquilache.

Pretendia, por el contrario, atraérsele, y no perdonaba medios, ni aun las bajezas para conseguirlo.

Pero Grimaldi era altivo y ambicioso, y no podia resignarse de buen grado á ser una segunda persona, un ayudante y un puntal de Esquilache.

La princesa, á pesar de su juventud, lo comprendia todo esto, y en secreto estaba al frente de todas las intrigas.

Esquilache era Cárlos III, y Cárlos III era Esquilache.

Se habia establecido entre ellos una especie de solucion de continuidad.

Si Esquilache no caia, no podia caer Cárlos III; si no caia Cárlos III, no podia caer Esquilache, y no cayendo ninguno de los dos, ni un átomo de mando, de poder, de representacion, quedaba para nadie.

Con la boca de Esquilache lo devoraba todo Cárlos III.

Esquilache engordaba, y Cárlos III enflaquecia.

Y como entre los pueblos y los reyes existe una fatal solucion de continuidad, especialmente en aque-

llos tiempos, enflaqueciendo el rey, enflaquecia el país.

Quien dice rey, dice gobierno.

Cuando manda un gobierno débil, el pueblo que le tolera es débil tambien.

Cuando se mantiene en el poder un gobierno corrompido, es porque el pueblo que le sufre está corrompido tambien.

Todo pueblo tiene el gobierno que merece.

La ley de las mayorías es la única, la suprema ley de las sociedades.

Lo constituido por las mayorías, las representa siempre.

Si no las representara, la ley de la fuerza, la accion de los más, sustituiria aquella representacion con otra.

Esto es lo que se llama una verdad evidente.

Los pueblos, pues, no tienen derecho á quejarse, por desgraciados que sean, porque su desgracia es obra suya.

España entonces no aceptaba su representacion.

Se agitaba, y el temblor de tierra se sentia.

María Luisa estaba con la revolucion.

Se habia comprometido con los instigadores, con los directores de aquella revolucion, y se veia obligada á obedecerlos.

Por esto habia devorado su rabia, sus celos, la agonía de su corazon, y no solamente habia hecho que el príncipe su marido apadrinase con ella aquellas bodas, sino que habia obligado al buen rey

Cárlos III á honrar con su presencia la ceremonia.

Debemos decir que no habia sido sola la princesa de Astúrias la que habia decidido á su buen papá, como ella llamaba al rey, á que se prestase á conceder á los novios aquella honra inusitada.

Habia intervenido tambien el marqués de Esquilache.

Sabia éste que la princesa era uno de sus más terribles enemigos.

Conocia los amores de la princesa por el conde de la Salmedina.

Los habia deducido de aquellos dos duelos verificados con intervalo de pocas horas cerca del palacio del Pardo, estando en él María Luisa y en el sitio de guarnicion Salmedina.

Habia observado mucho, y despues de estas observaciones, los dos duelos, en los cuales tenia la prueba de que habia tomado parte Salmedina, le produjeron la evidencia de las relaciones amorosas de aquel con la princesa.

Ya hemos visto que Esquilache nada habia hecho para que se descubriese al autor de aquellos dos homicidios en duelo, sino que, por el contrario, habia influido para que quedase envuelto en el misterio.

En vano Cárlos III habia llamado á los alcaldes de casa y córte y los habia compelido para que descubriesen y castigasen al osado que de tal manera se habia atrevido á faltar á sus pragmáticas.

Pero Esquilache, cuya influencia era mucho mayor que la del rey, los habia llamado tambien, y

aquellos buenos señores de la quinta sala del Consejo de Castilla (componian esta sala los cuatro alcaldes de casa y córte que asistian junto al rey), se habian hecho los bobos; nada habian descubierto, y habian acabado por sobreseer.

Esquilache, que se habia ingerido por medio de Angélica y de Giovaneta con el conde de la Salmedina, le habia hecho comprender hábilmente cuánto le habia servido y á cuánto podia aspirar uniéndose lealmente á él, y explotando en favor de ambos el gran favor de que gozaba con la princesa de Astúrias.

El conde habia escuchado con una gran reserva, pero ocultándola á Esquilache, y habia consultado al padre maestro don fray Lorenzo.

—Dejad, dejad correr las cosas,—le dijo.—Soportad á Esquilache, conspirad con él, y procurad dulcificar la tirantez en que por consecuencia de vuestro casamiento se encuentran vuestras relaciones con María Luisa. Hacedla creer hasta la saciedad que os habeis casado con Margarita obedeciéndonos; que nuestra mente al mandaros este casamiento, era aproximaros á la princesa, no como un gentil-hombre soltero, que esto hubiera podido causar escándalo, sino casado con una de sus damas de honor, y tan hermosa y tan ilustre, que nadie pudiera creer sino que estábais ciegamente enamorado de ella. Decidla que esto era conveniente, y para que vos la ayudáseis de cerca, para que fuéseis un aliado en la córte, para que pudiese avanzar con rapidez una conspi-

racion cuyos resultados precisos son necesarios. En cuanto á vuestra esposa, nada temais, os pertenece y nos obedece. Esto durará poco, conde.

—Cuando termine,—respondió Salmedina,—el rey habrá sido destronado, le sucederá el príncipe de Astúrias, María Luisa será reina. ¿Cuál será entonces mi papel al lado de la reina?

El conde habia buscado la mejor manera posible para hacer una observacion, cuyo objeto no se ocultó al dominico.

—Destronado como bastardo el rey,—dijo éste,—su descendencia será natural y precisamente excluida. Vuestras relaciones con María Luisa se habrán roto; vos, que sereis libre, os podreis consagrar completamente á vuestra esposa, y habreis llegado á la gran altura en que nosotros os colocaremos utilizándonos.

El conde no se atrevió á hacer una sola observacion.

Repugnaba á su carácter franco y leal aquella conspiracion oscura, tenebrosa, que avanzaba en la sombra, que se valia de todo género de medios, sin que la detuviesen ni aun los repugnantes: estaba cogido por Margarita.

Conocia lo poderosa que era aquella asociacion, ó mejor dicho, lo adivinaba, le causaba un terror frio la sola idea de que una negativa suya al servir aquella sociedad formidable, produjese la venganza de aquella contra él, por medio de Margarita.

Le dolia vender á aquella María Luisa, tan apa-

sionada de él, por más que desde su casamiento, siempre que la habia encontrado á solas, se habia mostrado con él irritada y altiva, y como despreciadora.

A despecho suyo, vendian á la princesa sus ojos.

Su voluntad era que ellos mirasen con ira y con desprecio al conde, y los rebeldes le miraban con un amor delirante y más apasionado que nunca.

Ellos exhalaban todo el dolor, todo el despecho del alma de María Luisa.

El conde se sentia adorado, y esto era para él una parte de felicidad, y otra de remordimiento y de vergüenza.

Se veia obligado á ser traidor á aquella pasion.

Tal era el estado en que se encontraban nuestros principales personajes.

Los que creian que la princesa habia casado á su adorado conde de la Salmedina para tenerle junto á sí sin escándalo, nada veian, ó por mejor decir, nada suponian que no fuese vulgarísimo.

La tenebrosa intriga marchaba, entre tanto, de una manera segura.

Cundia entre el vulgo, y en voz baja, la especie de la bastardía del rey.

Se exageraban las torpezas y las impurezas de Esquilache en el gobierno.

Se decia que aquellos dos extranjeros (al rey, aunque habia nacido en España, se le consideraba como extranjero, porque habia salido de ella muy

niño, y habia sido rey de Nápoles), no querian otra cosa que explotar el país, al que odiaban, y reducirle al aniquilamiento bajo una espantosa tiranía.

Se necesitaba, sin embargo, un motivo, una chispa que hiciese saltar la mina ya suficientemente cargada, y este motivo debia ser la prohibicion de los mantos, de los sombreros gachos ó chambergos, y de la capa larga á la española.

Pero el rey, que sabia lo que contrariaba á los españoles las reformas, que sentia la marejada, que sabia que la sola disposicion de que el ejército y los empleados; de que todos, en fin, los que dependian del gobierno llevasen el sombrero apuntado y redingote ó capa corta habia producido un grave disgusto y más de un lance desagradable, se negaba tenazmente á autorizar la publicacion del bando correspondiente á los mantos, á las capas y á los sombreros.

Esquilache se desesperaba.

Aquellos embozados nocturnos, cuyo número crecia, y que aun de dia se dejaban ver; aquellos hombres, contra los cuales no podia hacer nada, porque no habia una ley que hiciese un delito de su encubrimiento, le aterraban.

Veia en ellos conspiradores, cuyo objeto no alcanzaba, pero presentia un gran peligro.

Su tacto de hombre de mundo, más que su talento, le decia que su situacion era sumamente difícil.

Por lo tanto, habia hecho cuanto habia estado de su parte para captarse la amistad del conde de la

Salmedina, para que éste influyese con la princesa, á fin de que ella, á quien estimaba mucho el rey, le inclinase á permitir la publicacion del bando anhelado.

En tal situacion se encontraban los sucesos, cuando, restablecido completamente, Godofredo de Armagnac pudo salir á la calle.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Y bien,—dijo De Armagnac,—¿qué teneis que decirme?

Capítulo XXI.

Un extraño juicio entre las tinieblas.

Apenas habia estado en situacion de salir solo á la calle, de manejarse por sí mismo De Armagnac, cuando al atravesar el prado de San Jerónimo para encaminarse á las huertas de Atocha, adonde se habia propuesto pasear, se le acercó un mendigo desarrapado.

Aquel mendigo se quitó el sombrero, y le hizo pasar pegado á su pecho, de izquierda á derecha.

Godofredo vió en aquello un signo.

Aquel mendigo era un emisario de la sociedad de los Invisibles.

—Y bien,—dijo De Armagnac,—¿Qué teneis que decirme?

—Dentro de una hora,—contestó el mendigo,—

estad, señor, en el puente del arroyo Abroñigal.

—Iré,—dijo De Armagnac, dando al mismo tiempo una limosna al mendigo.

Si alguno de los transeuntes miró, no pudo observar nada extraño.

Un mendigo habia recibido una limosna de un caballero, y esto era todo.

El mendigo y De Armagnac se cruzaron, se separaron.

El mendigo salió por la puerta de Atocha.

De Armagnac se entró en las huertas, que por aquella parte estaban dentro de los muros.

Consultó su reloj.

Eran las dos.

Pasó un breve espacio.

Se volvió, salió por la puerta de Atocha, y avanzó lentamente, como quien pasea, y gravemente meditabundo, por el camino que conduce al puente del arroyo Abroñigal.

De Armagnac, que estaba inquieto, no sabia para qué le llamaban sus compañeros los Invisibles.

¿Conocian su lance con el conde de la Salmedina?

Sí, puesto que le habia hablado de ello el padre maestro don fray Lorenzo cuando le ordenó diese la mano de Margarita al conde de la Salmedina.

¿Se le exigirian estrechas cuentas; se fulminaria contra él una acusacion por su lance con el conde?

Era de suponer.

El resultado podia ser funesto.

De Armagnac buscaba la manera de disculparse, y esto le sumia en profundas méditaciones.

Se obraba con él desde el momento de un modo severo.

Se le habia comunicado una órden por medio de los agentes secretos de la sociedad.

Si se hubiera querido tratarle con consideracion, el mismo padre maestro don fray Lorenzo hubiera ido á visitarle, y le hubiera dado una cita.

Habia para pensar con todo esto.

De Armagnac ni aun pensó en hacer traicion á la sociedad.

Esto hubiera sido empeorar su situacion sin lograr nada, porque tal era el fuerte organismo de aquella sociedad, que nada hubiera podido probar contra ella De Armagnac, produciendo sólo el descubrimiento de alguno de los lugares en que aquella sociedad se reunia, no entera, sino en pequeños grupos, y la prision de algunas personas, tan caracterizadas y tan importantes, que hubieran podido muy bien hacerle pasar por calumniador.

Tan difícil era probar nada contra ellas.

De Armagnac, aunque habia llegado á un grado superior, no conocia más que un cortísimo número de sus asociados.

Los demás, por efecto de la organizacion de la sociedad, estaban envueltos en el más denso misterio, aunque se sentia su accion.

A consecuencia de la importancia que en la socie-

dad tenia De Armagnac, sabia que el grande asunto que la sociedad tenia entre manos era el destronamiento de Cárlos III.

Pero ni aun pensó en denunciar esto.

No podia probarlo.

No podia determinar nada.

Su delacion debia ser vaga y sin fundamento, y le pondria bajo las consecuencias de una venganza terrible.

Lo repetimos, De Armagnac tenia razones bastantes para meditar profundamente.

Por otra parte, su alma era un infierno.

Su pasion por Margarita le habia exasperado hasta la rabia y el delirio.

Su celoso ódio contra el conde de la Salmedina que la poseia, era espantoso.

Y sin embargo, estaba contenido, atado de piés y manos.

Le sujetaba un precepto, al que no se atrevia á faltar.

El conocia desde que tenia uso de razon aquella sociedad.

Podia decirse que era su hijo; la debia la altura á que habia llegado; él, hijo del amor, no podia revelar el nombre de sus padres, que no lo sabia.

Godofredo de Armagnac habia contraido, pues, el hábito de la obediencia.

Y él, que por nada se aterraba, sentia un terror de muerte al solo pensamiento de atraer sobre sí un castigo de aquella sociedad.

Cuando irritado por sus celos, al descubrir que el raptor de Margarita, porque él le habia creido su raptor, era el conde de la Salmedina, le habia tendido un lazo, habia sido porque habia creido que el crímen que se habia propuesto cometer quedaria cubierto por la soledad del monte del Pardo, que nadie podria hacerle cargo.

La sociedad, desprevenida, no podria ver allí donde no tenia ojos.

La fortuna, la sangre fria y el valor habian ayudado á Salmedina, y él habia quedado al descubierto.

Lo temia, pues, todo.

Como el puente del arroyo Abroñigal está á una breve distancia de la Puerta de Atocha, y De Armagnac avanzaba lentamente, cuando llegó á él encontró allí un carruaje particular, al que estaban enganchadas dos mulas, y que aunque de lujo, no tenia blason ni divisa alguna.

En la delantera habia un cochero de fisonomía vulgar, pero con buena librea, aunque sin divisa.

Un lacayo, vulgar tambien, y con una librea semejante, se paseaba junto al carruaje.

Al ver á De Armagnac se detuvo, se quitó el sombrero, fué á la portezuela, la abrió, y dejó caer la escalerilla.

Esto era tambien una órden para De Armagnac, que entró.

Quien le hubiera visto hubiera creido que era un señor, que habiendo paseado á pié volvia á tomar su carruaje.

De Armagnac entró y cerró inmediatamente la portezuela.

De Armagnac quedó completamente á oscuras.

Además de las cortinillas, que estaban corridas, la portezuela tenia por dentro tableros.

De Armagnac creyó oir como el ruido de una cerradura que se cerraba.

Aquel coche era, pues, una prision.

El estado en que De Armagnac se encontraba no era, como hemos visto, nada á propósito para que lo que acababa de acontecerle no le inquietase más y más.

Se creyó perdido.

La terrible sociedad á que pertenecia le trataba con demasiada severidad, con demasiada rudeza, para que los jueces á que sin duda habian de someterle no fuesen excesivamente severos.

De Armagnac, sin embargo, tenia una gran presencia de espíritu.

Dominó el terror que le causaba su difícil situacion, y procuró apercibirse de todo lo que pudiese.

El carruaje continuó rodando por un camino, á juzgar por el ruido de sus ruedas, durante algun tiempo.

De Armagnac conoció que el camino que seguia era concurrido, puesto que de tiempo en tiempo se oian pasos de viandantes y pasos de recuas y de carros.

Pero como á la media hora de marcha el movimiento del carruaje se hizo más rudo, lo que demos-

traba que el camino que el carruaje habia tomado no era tan bueno.

El silencio se hizo absoluto.

Sin duda avanzaban por un camino vecinal, por un camino de atraviesa.

El coche continuó rodando y aumentando lo brusco de su movimiento durante una hora.

Al fin resonó un momento sobre un suelo empedrado, y se detuvo.

Se abrió la portezuela.

De Armagnac bajó, y se encontró completamente á oscuras.

Una mano le buscó y le asió entre la oscuridad.

Nada le dijeron: tiraron de él.

Pero De Armagnac habia sentido una presion particular, una presion que no era otra cosa que una seña, y en aquellos momentos una órden.

De Armagnac se dejó conducir.

Notó que el pavimento por donde avanzaba era de mármol, y que estaba en una ligera inclinacion.

De Armagnac no recordó ningun local de la sociedad de los que él conocia que tuviese aquellas condiciones.

Al fin le dijeron:

—Tened cuidado, vamos á bajar una escalera.

Aquella escalera era ancha, puesto que ni la capa de Armagnac ni la del que continuaba tirando de él dejaban oir la más leve rozadura sobre una pared.

En cambio se oia el deslizarse del extremo de la túnica del hombre que conducia á De Armagnac sobre

las gradas de la escalera, que por el tacto se comprendia eran de mármol.

De Armagnac estaba atento á todo.

Contó sesenta escalones.

Al fin de ellos, el que le conducia se detuvo.

Se oyó un ligero sonido metálico, como el del golpe de un cuerpo duro que chocase sobre una puerta de hierro.

Aquella puerta se abrió rechinando.

Continuaban las tinieblas.

El que conducia á De Armagnac siguió tirando de él.

Asi recorrieron cien pasos.

Al cabo de ellos se detuvo de nuevo él que conducia á De Armaguac, y se oyó otro ligero ruido.

Era el llamamiento á otra puerta, sin duda de hierro tambien.

Aquella puerta se abrió.

Apenas hubo pasado de Armagnac, volvió á cerrarse.

La mano que le conducia le llevó durante algunos pasos, y al cabo le soltó.

De Armagnac permaneció inmóvil.

—¿Ois?—le preguntó una voz.

—Oigo,—le contestó de Armagnac.

—¿Comprendeis donde estais?

—Lo comprendo. Estoy en uno de los lugares secretos de la sociedad de los Invisibles, á que pertenezco; no tengo duda de ello. El que me ha conducido me ha dejado comprender que es de los nuestros.

—¿Y comprendeis tambien por qué se os ha traido á un lugar que no conoceis, de una manera misteriosa y como si se desconfiara de vos?

—Yo creo,—contestó De Armagnac,—que se da demasiada importancia á las apariencias.

—Nosotros no damos jamás demasiada importancia á las cosas; ya lo sabeis,—contestó aquella voz, que era completamente desconocida para De Armagnac.—Nosotros apreciamos las cosas en su verdadero valor. Las pesamos, las meditamos; nuestras deducciones son exactas. Bien lo sabeis, puesto que teneis un alto grado entre nosotros.

—Es verdad,—dijo De Armagnac.

—Vos habeis abusado de vuestra posicion en la sociedad y de la confianza que en vos se tenia, y habeis abusado para asuntos propios, y más aún, reprobados.

—El corazon humano es débil, y sucumbe fácilmente á las pasiones. No podemos librarnos de una enfermedad, y el amor es la más terrible de las enfermedades que puede sufrir el corazon.

—Sin embargo, sobre la pasion está la razon,—dijo otra voz, mucho más severa que las que habian hablado antes, y que tambien era desconocida para De Armagnac.

—Os repito, y vos lo sabeis, que el amor es una enfermedad.

—Una enfermedad que se cura fácilmente cuando se la acomete en los principios; pero cuando somos débiles y no nos precavemos contra ella, cuando

queremos volver sobre nosotros la enfermedad se hace incurable,—dijo una tercera voz, tambien desconocida para De Armagnac.

—Yo no he podido resistir la magia de esa jóven, hija de la otra jóven que se me ha confiado.

—Por lo mismo, esa jóven, que pasaba por vuestra nieta,—dijo otra cuarta voz, que tampoco conocia De Armagnac,—era para vos sagrada. El mundo la creia hija de vuestra hija, ó debia creerla, cuando os hubiesen obligado á presentarla á las gentes, ella no podia dejar de ser Margarita de Sacy y de Armagnac. Estaba acreditada legalmente respecto á vos, y de una manera indudable, como vuestra nieta. ¿Qué hubiera dicho ese mundo si al huir Margarita hubiérais recurrido á las leyes; si llamado vos os hubiérais visto precisado á reconocer que esa jóven á quien habeis perseguido de una manera vergonzosa, á quien habeis obligado á una fuga necesaria para salvar su honra, era vuestra nieta? Nosotros aborrecemos el escándalo, Godofredo; nosotros no podemos perdonaros sino á condicion de un arrepentimiento sincero.

—Los sucesos han venido de manera,—contestó De Armagnac,—que por loco que yo me sienta, no tengo otro recurso que sufrir en silencio mi martirio.

—Pero la lucha de las pasiones, cuando las pasiones son violentas y exageradas como las vuestras, determinan siempre el vencimiento de la razon y el ultraje al deber. Nosotros no podemos ménos de con-

minaros á que hagais sobre vos un esfuerzo poderoso, á que prescindais de los perversos proyectos que os ha inspirado la que debeis considerar realmente como vuestra nieta. De otra manera, os lo advertimos, Godofredo, nuestra justicia caerá inexorable sobre vos.

—Lo sé,—dijo De Armagnac;—pero no es vuestra justicia la que me hace retroceder, no; cuando la pasion domina, el corazon arrostra por todo. Lo que me hace retroceder es mi mismo amor. Yo no he pretendido hacer nunca infeliz á Margarita. Yo he pretendido hacerme amar de ella...

—Y para ello,—contestó una de las voces que ya habian hablado,—habeis hecho uso imprudente de un secreto que se os habia mandado terminantemente guardaseis; Margarita ha sabido de quién venia, que no es vuestra nieta, que ni ella ni su madre han tenido nunca nada de comun con vos. Esto ha podido producir, y puede producir aún, funestas consecuencias; sobre todo, habeis perturbado el alma de una jóven pura, inocente, digna, cuya felicidad se os habia confiado. Esto es un crímen, Godofredo de Armagnac; esto es anteponer nuestro egoismo á todo, sean cuales fueren las consecuencias; es, pues, olvidarse de la justicia de Dios y de los hombres; esto es convertirse en una bestia dominada por brutales instintos. Pues esto, ya lo sabeis, nosotros no podemos dejarlo pasar sin un correctivo. Nosotros, si usamos alguna vez de medios repugnantes, es porque el objeto es grande, porque no podemos pasar

por otro camino, porque nos vemos obligados á atravesar una laguna de cieno y sangre, ó de las dos cosas á la vez; pero nuestro objeto es grande, humanitario, inmenso, infinito. Es necesario dominar nuestra repugnancia, aceptar el camino que se nos presenta, el único que podemos seguir. Y ¿cuál era vuestro objeto? Un objeto puramente sensual, un objeto puramente particular; un crímen vulgar, en la tentativa del cual nadie os ha detenido; queriais seducirla, engañarla, y tal vez lo hubiérais conseguido sin los sucesos que han tenido lugar, y que no ha estado en vuestra mano evitar. Los delitos que habeis cometido son gravísimos. Habeis escandalizado una jóven, la habeis amenazado; la habeis aterrado, la habeis obligado á huir. Habeis perturbado su conciencia, habeis lastimado su alma, la habeis hecho conocer que ella proviene del crímen y del adulterio. Ella se ha salvado de vos sin saber adónde iba; y sólo por casualidad ha tropezado con un hombre que está muy lejos de ser á propósito para ella, de poder hacerla feliz; ese hombre nos sirve, es cierto, pero ese hombre hará una mártir de una criatura á quien nosotros considéramos como nuestra hija y que amamos, De Armagnac, á la que nos habiamos propuesto proteger, á la que protegeremos con todas nuestras fuerzas, si es que nuestra proteccion alcanza á la herida que vos habeis abierto. Y no bastaba esto. De un crímen habeis pasado á otro. Cuando habeis visto á esa jóven en poder de un hombre, enamorada de él, amada por él, vos habeis sucumbido á unos celos re-

pugnantes, habeis tendido asechanzas á ese hombre; le habeis engañado mandándole en nuestro nombre, abusando del respeto que ese hombre tenia al juramento que nos habia prestado, se batiese en duelo con el marqués de Arosa, indicándole un lugar falso de cita para su duelo, y fuísteis á encontrarle en él con la intencion de asesinarle. ¿Qué es lo que ha impedido que vos hayais asesinado al conde de la Salmedina? Su valor, su sangre fria, sobre todo, la casualidad. Si ese crímen hubiese sido perpetrado, nosotros no hubiéramos sabido nada. Tal vez hubiéramos leido el remordimiento en vuestro semblante. Pero vos sois sereno, muy sereno, De Armagnac; os habeis acostumbrado durante una larga vida de misterios, á una disimulacion perfecta. Tal vez no hubiéramos visto en vuestra frente el estigma del réprobo, nos hubiérais burlado, y hubiéramos tenido entre nosotros un hombre alentado por un primer escarnio, por una primera audacia, ejercitada contra nosotros y triunfante; se os hubiera alentado, se hubiera hecho tal vez de vos para nosotros un ser temiblemente peligroso; porque ¿quién sabe si hubiérais seguido gozando de nuestra confianza como hasta la presente? ¿Si hubiéramos descorrido completamente para vos el velo; si os hubiéramos iluminado y os hubiéramos elevado á los más altos grados de nuestra institucion? pero la Providencia vela por nosotros, Godofredo de Armagnac, porque nosotros somos el brazo de la Providencia sobre la tierra; porque nosotros llevaremos la Humanidad de la mano

allí adónde debe ir, y esa Providencia que protege lo grande, lo justo y lo conveniente, ha hecho que vuestra traicion se descubra á tiempo.

—No se quiere ver claramente en mi corazon,—contestó De Armagnac.—Yo he podido abusar de los medios que la sociedad me daba para desembarazarme de un hombre á quien aborrecia, de un hombre que me habia enlutado el alma, siendo amado por ella. Es cierto; esta es mi falta respecto á la sociedad; las otras son faltas respecto á las leyes.

—¿Y creéis que no habeis cometido una traicion al rebelaros contra vuestro juramento? ¿Qué nos habeis jurado? ¿No habeis convenido que en nuestras manos seríais semejante á un cadáver? ¿Por qué habeis permitido que vuestro cadáver se anime, que vuestro cadáver se entregue á pasiones que no debia sentir, que si le galvanizaban un momento debia dominar?

—Se me juzga por las apariencias,—dijo De Armagnac.—Por último, señores, á quienes vista su severidad no me atrevo á llamar hermanos, en vuestro poder estoy, me someto á él. Reconozco el juramento y las obligaciones que á vosotros me ligan, y espero resignado vuestra sentencia.

—¡Godofredo de Armagnac!—dijo una voz más sonora, más timbrada, más severa, más imponente que las que habian hablado hasta entonces.—Vos no podeis, vos no debeis morir; nos sois necesario: no conviene que desaparezcais en estos momentos de sobre la tierra; por consecuencia, vivid; pero oid, y oid

bien: habeis dejado de pertenecer á nuestra asociacion. Lo habeis dicho bien; vos no sois nuestro hermano; vos sois un sér que debeis temerlo todo de nosotros, si no nos consagrais una obediencia absoluta. ¿Habeis comprendido bien?

—Sí, señor, he comprendido; pero séame lícito hacer una pregunta.

—¿Y cuál?

—Si yo, obedeciendo ciegamente á la sociedad, siendo entre sus manos una máquina, la sirvo tal como ella necesita ser servida, ¿podré esperar mi perdon?

—No, el miembro gangrenado no puede curarse. Para que todo el cuerpo no perezca á causa de aquel miembro, se corta.

—Bien, muy bien; reconozco la justicia de vuestro fallo, señores. Pago demasiado cara una debilidad de que no he podido libertarme. Vos no teneis corazon á lo que veo, vos no conoceis á Margarita, vos no habeis vivido largo tiempo con ella, vos no habeis sentido un dia y otro dia, una hora y otra hora, un momento y otro momento, la influencia de su mágia.

—Si el cumplimiento del deber no fuera áspero y algunas veces insuperable, no habria mérito alguno en las acciones humanas, —contestó la última voz que habia hablado.—No teneis disculpa, Godofredo de Armagnac. Habeis descendido al crímen infame, nos habeis engañado durante cuarenta y cinco años, habeis sido un hipócrita impenetrable, nos habeis mez-

clado en vuestras ambiciones, en vuestras pasiones... Despues de lo que habeis hecho, hémos seguido la marcha de vuestra vida, y hemos encontrado cosas espantosas, Godofredo de Armagnac, cosas que están en vuestra conciencia, cosas que no tenemos necesidad de recordaros. Para convenceros de ellas, basta con que os digamos que las sabemos. Para que vos no dudeis de ello, durante el tiempo que habeis estado sujeto en el lecho á consecuencia de la estocada que os dió el conde de la Salmedina, hemos recorrido vuestra vida. Concluimos, pues; no hay perdon posible. Vos habeis sido siempre un traidor, y si no morís, si no desapareceis como un átomo que desaparece en el espacio, es porque no conviene, porque os necesitamos aún; pero ved lo que haceis, ved que contínuamente habrá unos ojos que os miren, unos oidos que escuchen lo que hableis, hasta vuestras respiraciones las contaremos.

—¿Y qué teneis que mandarme, señores?—preguntó De Armagnac tranquilamente, como un hombre resignado de todo punto á la situacion en que se le colocaba, por más que esta situacion fuese terrible.

—No acecheis en ninguna manera, ni al conde de la Salmedina ni á Margarita.

—Ya estaba yo resuelto á ello. A Margarita la defiende algo más poderoso que vosotros.

—¡Ah! sí, comprendido,—dijo la misma voz que habia hablado últimamente;—la defiende la misma locura de vuestra pasion, la exasperacion de vuestro

amor; habeis llegado á un punto tal de exasperacion, que os lastima todo lo que pueda lastimar á Margarita. Por nada del mundo, á causa del amor insensato que la teneis, la obligaríais á derramar una sola lágrima. Estais encerrado en un círculo vicioso, consecuencia lógica de vuestra conducta. Es para vos un martirio, un infierno, un no sé qué insoportable, inaudito, desconocido, el ver á esa jóven entre los brazos de otro hombre siendo felíz con su amor, ó por lo ménos tan feliz como puede serlo, porque no hay en el mundo un hombre que pueda hacer feliz á la pobre Margarita. Vos veis esto con una rabia de muerte, con una cólera de Satanás, y sin embargo, de tal manera os domina el amor de esa criatura, que habeis debido respetar como una cosa sagrada, que lo que ella goza vos lo gozais, que lo que ella sufre vos lo sufrís; en una palabra, que se ha establecido una especie de identidad extraña entre ella y vos. Sin embargo, mañana sufrirá, mañana tendrá celos, mañana comprenderá que el amor de su corazon era una cosa del infinito que no puede ser realizada sobre la tierra; su corazon se fundirá en lágrimas, callará porque es noble, y digna y pura, su vida será un tormento, vos aspiraréis el tormento que Margarita sufrirá, porque os lo digo, entre ella y vos se ha determinado una identidad extraña; el sufrimiento de Margarita se os hará insoportable, y no sabemos hasta qué punto llevaréis vuestra venganza sobre el hombre que de tal manera la haga sufrir.

—Y si eso sucede,—dijo De Armagnac con voz

ronca,—¿creeis que haya alguna destruccion, algun martirio que me obligue á retroceder? ¿Qué podeis hacer conmigo? ¿exterminarme? Ved, señores, que el poder del hombre sobre otro hombre termina allí donde empieza la eternidad: en el borde de la tumba. ¿Qué se puede hacer más que destruirle? ¿Y qué importa la destruccion de su cuerpo, y aun la perdicion de su alma, al que está desesperado?

—Teneis razon, De Armagnac, teneis razon; pero os advertimos una cosa. Vos no llegareis, no podreis llegar á vuestra venganza. Cuando tendais un lazo al marido de Margarita, nosotros romperemos ese lazo. Cuando levanteis sobre él la mano para herirle, otra mano más fuerte os detendrá. Si pretendeis mezclar á sus alimentos un veneno, esos alimentos no serán consumidos por el conde de la Salmedina. Sois impotente, porque entre Margarita, el conde de la Salmedina y vos, estamos nosotros, y si incurrís en una nueva rebeldía, si parapetado con el engaño nos lanzais á la cara vuestra carcajada sardónica, como aquel que no tiene nada que temer porque ha llegado al último límite posible de su aniquilamiento, os engañais tambien, De Armagnac. Vos no morireis, vos vivireis secuestrado, imposibilitado de destruir, sufriendo vuestra rabia impotente, hasta que esa rabia haga estallar vuestra razon; ¡ah, no! vos sois muy débil para poneros frente á nosotros; lo sabeis demasiado: por consecuencia, esperamos que el terror os haga dócil.

—Verdaderamente, señores,—dijo De Arma-

guac,—un hombre solo no puede luchar contra lo desconocido, contra lo formidable, contra aquellos que están en todas partes, que á todas partes llegan y en todas partes ejercen un formidable poder. Pues bien; la conciencia que yo tengo de esto es la seguridad para vos, y no sé por qué hemos de extendernos más en tal cosa.

—No hemos hecho más que advertiros, Godofredo. Ahora, ya que sabeis que de ninguna manera podeis excusarnos vuestra obediencia, oid lo que queremos, oid lo que necesitamos hagais.

—Oigo y obedeceré.

—Vos teneis un talento superior para la intriga, vos os haceis sentir sin dejaros ver, es más, sin dejaros ni aún suponer intrigador.

—¿De qué manera?

—Envolved en la intriga que veais posible al conde de la Salmedina.

—No os comprendo.

—Proteged á Margarita.

—¿Y quereis que yo envuelva en una intriga, que podria tal vez ser funestísima, al hombre á quien adora?

—¿Qué importa? El conde de la Salmedina está protegido; el conde de la Salmedina no perecerá; el conde de la Salmedina causará amarguras á nuestra buena Margarita, pero esas amarguras terminarán un dia; el conde de la Salmedina comprenderá su pasion, su alma, su vida, su porvenir, su felicidad, su bienaventuranza en ella, y caerá arrepentido y ver-

daderamente enamorado á sus piés; entre tanto, Godofredo, vais á ser el verdugo de Cosme Calcorra, otro traidor sentenciado por nosotros.

—Bien,—contestó De Armagnac.

—Su verdugo sin condiciones.

—Bien, muy bien,—contestó De Armagnac;—en esas condiciones estoy seguro de que no entrará mi infamia, puesto que vos no querreis manchar el nombre de vuestra protegida, no querreis que todo el mundo diga: «hé ahí la bella, la bellísima princesa de Otranto; lástima que sea nieta de un ahorcado, de un aventurero, de un falsario, de un hijo de la nada, que ha sido levantado á las más altas posiciones no se sabe por quién ni cómo.» ¡Ah! no, no; vos no querreis eso, porque no amaríais á Margarita.

—Estad, pues, tranquilo por esa parte.

—Continuad ordenándome.

—El conde de la Salmedina, ni se entiende ni sabe para qué le ha concedido Dios un corazon que siente; el conde de la Salmedina ama á tres mujeres: legítimamente á la suya; de una manera desordenada é ilícita á otras dos, pero con una extraordinaria vehemencia. Cada cual de estas tres mujeres representa para él un sentimiento, una ambicion, una voluptuosidad, á la que nó puede resistir. Una de esas mujeres, vos lo sabeis, es la princesa de Astúrias; la otra mujer, es posible que lo sepais tambien, es Ana del Rey, esposa de Cosme Calcorra. ¿No veis en esta situacion del conde elementos bastantes para que vos podais desarrollar una intriga?

—¿Y qué objeto debe tener esa intriga?—contestó De Armagnac.

—El destronamiento de Cárlos III, que es, como lo sabeis, para nosotros un obstáculo que es necesario remover.

—Basta,—dijo De Armagnac;—sé lo que debo hacer; pero yo, que no he suplicado jamás, suplico...

—Nosotros tenemos la seguridad,—dijo una nueva voz, que tampoco habia oido nunca De Armagnac,—de que en el estado de locura en que os encontrais, nada puede esperarse de vos, sino que consecuente á esa locura sintais por nosotros el terror de la situacion á que podemos conduciros si os negais á obedecernos; por lo demás, el que ha sido una vez traidor, seguirá siéndolo. El alma tiene su virginidad, y la virginidad del alma es como todas las virginidades: cuando se pierde no puede recobrarse... ¡Hola! Sacad de aquí como le habeis traido al marqués de Letour.

Godofredo De Armagnac sintió el sordo rumor de alguna gente que se alejaba.

Luego una mano le buscó, asió la suya, y tiró de él.

Por el mismo camino por donde habia sido conducido allí fué llevado, hasta el interior del coche, cuya portezuela se cerró.

El carruaje se puso en movimiento.

Una hora despues se detenia.

Se abrió la portezuela, y Godofredo de Ar-

magnac se encontró en el puente del Arroyo Abroñigal.

Bajó, y se alejó hácia Madrid.

Eran entonces las cuatro de la tarde, y el sól estaba ya próximo al horizonte.

Capitulo XXII.

De como hay redes que envuelven á los mismos que las usan.

El conde de la Salmedina se entregaba sin reserva á aquellos tres amores que le tenian cogido el corazon; pero no podia decirse que en todos era afortunado.

Margarita se creia de buena fe adorada por su marido, y por parte de ella no podia darse un hombre más feliz que el conde de la Salmedina.

Cuando dejaba de gozar la felicidad candente del purísimo, del apasionado amor de Margarita, iba á abrasarse en la fundente pasion de una de las otras dos.

Pero respecto á la princesa, el conde de la Salmedina estaba cada dia más irritado.

En vano se ponia al paso de María Luisa en algunos de los pasadizos interiores por donde la prin-

cesa acostumbraba á pasar para trasladarse de una habitacion á otra.

En cuanto María Luisa apercibia al conde de la Salmedina, se detenia y tomaba una actitud tal, que el conde comprendia perfectamente que debia sobrevenir un escándalo en el momento en que insistiese.

Se veia obligado á retroceder.

Algunas veces, aprovechando una ocasion en que María Luisa no podia dejar de oirle, murmuraba en sus oídos en una voz breve y rápida:

—Estoy desesperado, señora, y mi desesperacion me matará.

María Luisa miraba de una manera terrible al conde, se alejaba, y sin contestar una sola palabra, y como contraste de esto, siempre que la princesa y el conde se encontraban delante de la córte, ella dispensaba las más altas honras al que todo el mundo creia su favorito; le distinguia, le trataba con una benevolencia extremada; daba ocasion á que aquellas murmuraciones que habian producido la muerte del insensato marqués de Arosa creciesen.

Todos envidiaban á Salmedina, y esto era para él un tormento infinito.

El rigor con que María Luisa le trataba habia llegado á hacer que ella fuese para el conde su primer empeño á muerte.

Tenia ofendido, desgarrado su corazon y su vanidad.

La princesa le despreciaba.

La princesa, pues, ó no le habia amado nunca, ó

se habia curado completamente de su amor al verle unido con otra.

¿Pero cómo se concebia que la princesa hubiese hecho callar, á más de su corazon, su vanidad de mujer?

María Luisa trataba con una amistad tiernísima á Margarita.

No sabia separarse de ella.

Aun delante del resto de la servidumbre, allí donde era necesario guardar las rígidas prescripciones de la etiqueta, María Luisa mostraba un excesivo afecto á Margarita.

¿Era esto el último punto á que podia llevar su desprecio, su indiferencia hácia el conde de la Salmedina?

Mientras una mujer se irrita, mientras hace ostensible su desprecio contra el hombre á quien ha amado, puede decirse que le ama aún, y tal vez con mayor empeño que nunca.

Pero cuando una mujer se muestra respecto á este hombre indiferente, cuando no le niega ninguna de las atenciones que prescribe la educacion y la conveniencia social, cuando ni se inmuta á su vista, ni cambia de expresion, puede decirse que entonces es cuando verdaderamente curada de la pasion que sentia, desprecia de la manera más expresiva que puede despreciar una mujer, esto es, desde el punto de vista de la razon fria.

Pero Margarita no se engañaba; disimulaba de una manera perfecta la agonía que atormentaba su

alma, y comprendia que la princesa disimulaba una agonía semejante.

De la misma manera, la princesa comprendia el sufrimiento de Margarita.

Una mujer que ama, cuando es á la manera que eran Margarita y María Luisa, no se engaña nunca respecto á lo concerniente á su amor.

El amor tiene una percepcion exquisita.

Y aún pudiéramos decir, que una intuicion, una adivinacion.

Margarita comprendia que la princesa se violentaba de una manera terrible; que aquella violencia era para ella extremadamente dolorosa, y que llegaria un dia en que no podria representar el papel que se habia impuesto; un dia en que sobrevendria una explosion; en que la princesa, dominada, anulada por su amor, se sobrepondria á todo, aceptaria todas las condiciones.

La princesa, por su parte, comprendia, á pesar del profundo disimulo de Margarita, que ésta estaba en el secreto de sus relaciones amorosas con el conde de la Salmedina.

Esto irritaba de una manera imponderable la soberbia de María Luisa, porque la colocaba en un lugar inferior á su rival, y veia que ella lo comprendia y debia gozar en su triunfo.

Pero se equivocaba María Luisa.

Margarita se habia puesto en la verdad de la situacion.

Mientras su marido se encontraba á su lado, apa-

recia como hechizado, como encantado por ella, completamente feliz.

Sin embargo, Margarita veia en el conde un no sé qué misterioso, una como impaciencia, como disgusto por algo que representaba un vacío en su alma, que necesitaba llenar para ser feliz.

¿Y qué vacío podia ser este más que el que establecia el desden de la princesa?

¿Cómo podia llenarse este vacío sino concluyendo este desden?

Hé aquí la razon de la agonía de la pobre Margarita.

Ella no se irritaba contra el conde.

Porque la mujer que bien ama, la que ama legítimamente, la que no ve amenguado su amor con un sólo recuerdo enojoso, no se irrita con el sér que ama; se lastima, sí, cuando no posee exclusivamente su amor, cuando ella no es para él un universo, como él lo es para ella.

Además de esto, Margarita sorprendia á veces en su marido distracciones profundas.

Habia reparado en sus ausencias inmotivadas.

No habia podido ménos de parecerla extraño, que el conde, habiendo pasado algunas horas, ya de dia, ya de noche, fuera de su casa, prodigase disculpas y alegase razones que nadie le pedia.

Margarita sabia demasiado que por el momento las relaciones entre su marido y la princesa de Astúrias estaban rotas.

¿Por qué, pues, estas largas estancias del conde

lejos de ella? ¿y por qué este afan de hacerlas parecer naturales é inocentes?

La sociedad secreta no era la que ocupaba á Salmedina.

Esto lo hubiera dicho á su mujer.

Era, pues, otra la causa de aquellas distracciones del conde.

Sin duda una mujer, una nueva mujer.

Pero esto era horrible, y Margarita no queria creer en ello.

Hubiera sido para ella el colmo de la desgracia.

Sin embargo, un instinto inexorable decia á Margarita:

—Tu marido tiene un tercer amor.

Los celos y el dolor avivaron el instinto de Margarita, y al fin no tuvo duda.

Salmedina, entrando ella en el número, amaba á tres mujeres.

Margarita no podia dudar de que era amada.

Los trasportes de su don Luis no eran de esos que pueden fingirse.

Su delirio crecia de dia en dia por ella; que él estaba empeñado por la princesa, que sufria por la indiferencia con que la princesa le trataba, era una cosa de que no tenia duda Margarita.

Como tampoco dudaba de que era igual la intensidad de la pasion que el conde experimentaba por la princesa á la que experimentaba por ella.

¿Pero quién era la otra?

¿Sentia tambien por ella el conde una pasion semejante?

¿Partia por igual su corazon y su alma entre tres mujeres?

Margarita, pues, tenia bastantes razones para ser inmensamente desgraciada.

Sin embargo, ni aun á solas lloraba, de temor que las señales de su llanto apareciesen en su semblante.

Devoraba sus lágrimas.

Disimulaba de una manera perfecta, no por vanidad, sino por amor.

Ella sabia cuánto sufriria el conde viéndola sufrir, y ella no queria que el conde sufriese por causa suya, aunque la verdadera causa de su sufrimiento fuese él mismo.

Así es, que aparecia siempre tranquila, sonriente, feliz ante el conde.

Y si él llegaba hasta el delirio por ella, no era menor el delirio á que ella llegaba por él.

Pero estas batallas internas, estas batallas íntimas del alma, no tienen lugar sin que produzcan sus efectos lógicos, indeclinables.

Margarita empezaba á empalidecer, y habia enflaquecido un tanto, lo que habia espiritualizado su hermosura, aumentándola de una manera imponderable, trasfigurándola, por decirlo así.

Además de esto, su amor, exacerbado por la lucha, aparecia en sus ojos con un brillo extraordinario, insufrible, en una luz intensa y abrasadora.

—¡Oh! cada dia me pareces más hermosa,—la decia el conde;—pero estás pálida, enflaqueces, ¡alma mia!

—Es que me devora tu amor,—decia Margarita.

Y como al decirlo sonria de una manera inefable y envolvia á su marido en una mirada divina, éste se sentia completamente feliz por aquella parte, y estaba completamente tranquilo, puesto que él no podia suponer una tal fuerza de disimulo, de reserva, en Margarita.

Tal era la situacion en que se encontraban el conde de la Salmedina, Margarita y la princesa de Astúrias.

En cuanto á Ana del Rey, aquel tercer amor del conde, que Margarita adivinaba sin poderle sacar de su esfera de misterio, era una especie de demonio tentador para el conde de la Salmedina.

Le embriagaba con la exuberancia de su amor, con lo candente de su alma, con aquella violencia de la pasion, de cuyo influjo no podia libertarse el conde.

—Es necesario concluir,—le decia Ana.—Mientras viva ese hombre, ni tú ni yo podemos vivir tranquilos. Tú no sabes lo que es Calcorra; ni un sólo momento habrá cesado de trabajar para encontrarme, desde el punto en que se encontró sin mí. El debe desconfiar de tí; él oyó nuestra conversacion cuando yo fuí á acompañarte hasta la puerta el dia en que nos vimos por la primera vez.

—Sin embargo,—dijo el conde,—yo veo con mu-

cha frecuencia á Calcorra, especialmente casa del marqués de Esquilache, donde me veo obligado á concurrir, al que contra mi voluntad trato como si fuera un grande amigo mio.

—¿Y qué razones puede haber para que el rico y poderoso conde de la Salmedina se vea obligado á tratar á un tal pícaro como Esquilache?

—Razones de familia. Los abuelos de mi mujer son grandes amigos desde hace mucho tiempo de los marqueses de Esquilache; por esta razon, mi mujer va con mucha frecuencia con su abuela casa de ellos; yo no puedo esquivarme: Esquilache me visita, me distingue, se muestra cònmigo solícito, y si yo no disimulase, si yo no aceptase, francamente al parecer, su amistad, pagándola con unas iguales apariencias, se produciran disgustos de familia, que es necesario evitar.

—¡Oh, y cuánto amas á tu mujer, Luis!—exclamaba Ana, convulsa y conteniendo mal su irritacion.—Yo no quiero que ames á ninguna, á ninguna más que á mí, ¿lo entiendes? Si yo me he doblegado, si yo he dejado que te cases con ella sin hacer algo terrible, ha sido porque me has jurado, me has hecho creer que tu casamiento era simplemente un casamiento hecho por razon de Estado, por conveniencia.

—Y bien, y por razon de estado y por conveniencia,—dijo el conde,—es necesario que yo mantenga la paz de mi familia, que yo acepte buenamente en la apariencia relaciones que me son enojosas. En la córte, Ana, ménos que en ninguna otra parte, se

puede deducir nada por las apariencias; á veces dos enemigos á muerte se estrechan la mano, aparecen los dos mayores amigos del mundo, y se acechan, esperando sorprender un descuido el uno en el otro para darse el golpe mortal. No es esta mi situacion respecto á Esquilache; pero me veo obligado á vencer mi repugnancia y á ocultarla bajo una hipócrita apariencia de afecto.

—¿No crees tú que Calcorra, cuando te ve casa del marqués de Esquilache, oculta tambien, bajo un aspecto hipócrita, el recelo que sin duda le inspiras?

—Tal vez,—dijo Salmedina;—pero ¿qué importa eso? ¿qué importa Calcorra, ese hombrecillo despreciable?

—¡Ah, sí! un lobo flaco y viejo, pero fuerte y feroz, Luis; un lobo mestizo de zorro, un hombre que sin duda te espera, te sigue, es tu sombra, sin que puedas apercibirte de él.

—Una prueba de que eso no es cierto,—dijo Salmedina,—es que nadie ha venido á inquietarte en tu retiro.

—¡Ah, no!—exclamó Ana.—Lo que acabas de decirme es para mí una prueba más de que no conoces á Calcorra. Mientras él no pueda herir sobre seguro, sin que el herirnos pueda traer sobre él funestas consecuencias, no herirá; pero estará en acecho de una ocasion propicia, y cuando esta se le presente la aprovechará de una manera terrible. Es necesario anticiparnos, Luis. Tú tienes medios bastantes para hacer inútiles las asechanzas de ese hombre, tanto más

estando tan interesado en tu amistad el marqués de Esquilache. En la vida de Calcorra hay sucesos oscuros, que puestos en claro, le comprometerian gravemente, le pondrian fuera de combate, le enviarian á presidio, y un presidiario puede perecer fácilmente sólo con que se le recomiende bien.

—Yo no haré nada contra ese hombre,—dijo el conde.—Esto seria confesarme á mí mismo que le temia, y yo no puedo confesarme lo que no es cierto.

—Tú no te amas, ni te interesas por tu mujer, ni me amas á mí,—dijo Ana.—Calcorra es un demonio. Si Calcorra se satisfaciese con una venganza vulgar, tú hubieras sido ya envuelto en un lazo, yo hubiera sido arrebatada de aquí; tú hubieras sido sentenciado á martirios horrendos. Calcorra no te mataria, no; no le faltaria un lugar para secuestrarte, para sepultarte en algun aposento secreto, para mantenerte allí impotente, aherrojado é inutilizado tu valor, y yo me veria obligada á apurar el sufrimiento de verte agonizar desesperado bajo una venganza infame. Pero cuando esto no ha sucedido, es porque Calcorra medita otra venganza más terrible. Tú tienes honra, tú tienes esposa. ¡Quién sabe, quién sabe lo que medita Calcorra! Créeme, Luis; es necesario asegurarle; lo más seguro seria hacerle dar una puñalada.

—¡Ah! no, no,—exclamó con una invencible repugnancia el conde;—¡yo no violentaré mi conciencia! y aunque pudiese violentarla, dadas las circunstancias, ¡exponerme á que cayese sobre mí la deshon-

ra, porque un incidente cualquiera revelase á la justicia que yo habia sido el fautor del asesinato de un hombre!

—¿Y para qué te sirve tu marqués de Esquilache?—dijo Ana.

—¡Cómo!—exclamó el conde.—¿Rebajarme yo hasta pedir al marqués de Esquilache la ejecucion de un crímen, y de un crímen cobarde?

—En la córte, Luis, todo se hace con rodeos, y á veces se mata con una palabra. Calcorra posee todos los secretos de Esquilache, y yo poseo todos los secretos de Calcorra; Calcorra no podia ocultarme nada. Parecia como que una fuerza superior á su voluntad le impulsaba á hablar conmigo de todos sus negocios. Además de esto, yo era la querida de Esquilache; yo ayudaba en sus negocios á mi marido, violentada, es cierto, aterrada. Y bien, revela á Esquilache, como impulsado por tu amistad, que Calcorra murmura de él, que está irritado contra él; que dice por todas partes, y que esto se va haciendo público, que debe su poder, su influencia, cuanto es y cuanto vale, á los amores de su mujer con el rey; que la marquesa de Esquilache enerva al rey, le distrae, para que el rey, que es receloso y astuto, no comprenda los manejos y las conspiraciones de Esquilache.

—Pero Esquilache no conspira contra el rey,—dijo el conde;—por el contrario, anda á caza de conspiraciones que prevé, sin poderlas descubrir.

—No importa que Esquilache no conspire,—dijo

Ana;—lo que importa es que sepa, ó que crea que Calcorra dice que es un conspirador.

—¡Conspirador! ¿Y á propósito de qué?

—Supongamos que Calcorra dice que el marqués de Esquilache es fracmason, jesuita; miembro de sociedades secretas; que está apoderado del rey por cuantos medios le es posible, hasta por su mujer, con una intencion traidora; que hace correr la voz de que la cuestion de los mantos, las capas y los sombreros nace del rey, y que si no ha aparecido ya acerca de esto un bando riguroso, no ha consistido en el rey, sino en él; que el rey teme á esos tenaces embozados, en cada uno de los cuales ve un conspirador, porque recela que ellos puedan presentar la prueba de su bastardía, lo cual causaria su destronamiento.

—¡Ana!—dijo el conde asombrado.—¡La bastardía del rey su destronamiento!

El conde no sabia, no habia podido prever que Ana estuviese tan al corriente de la gravísima intriga que se traia entre manos.

—Sí,—dijo Ana;—cuando los reyes se entregan sin reserva á favoritos tales como el marqués de Esquilache, á infames tan miserables, se exponen á todo. Pues bien; basta con que tú adviertas de esto á Esquilache, para que al dia siguiente se encuentre á Calcorra en la calle muerto de una puñalada, y sin que se sepa quién le ha herido.

El conde se aterró.

Creyó que aquel secreto que él habia supuesto,

seria sólo conocido de la sociedad de los Invisibles, se vulgarizaba y estaba á punto de ser conocido de todo el mundo; de dar por resultado el aborto de aquella conspiracion en que una fatalidad inevitable le habia comprometido.

Esto era grave, gravísimo.

El no sabia que Calcorra hubiese llegado á tal punto de confianza con su mujer.

Ana y él, no habian hablado jamás de esto.

Además, el conde no creia que la importancia de Calcorra llegase hasta el punto de conocer aquellos secretos.

—Y bien,—dijo el conde;—esto es grave, gravísimo; pero no creo se deba dar conocimiento de ello á Esquilache. Esto no produciria el resultado que tú crees; por el contrario, haria que Esquilache favoreciese más á Calcorra, por lo mismo que Calcorra era poseedor de un tan grave secreto, ó mejor dicho, propalador en provecho de otros de una tan grave calumnia, porque esa pretendida bastardía del rey es una calumnia gravísima, que no sé quién puede tener interés en propalar.

El conde se ocultaba cuidadosamente á Ana; es más, habia llegado á recelar, habia temido que siendo Calcorra lo que era, teniendo medios de descubrir dónde estaba su mujer, no la hubiese descubierto, y prescindiendo de todo, sobreponiéndose á todo, violentándose una vez más respecto á él, como se habia violentado respecto al marqués de Esquilache, no se valiese de Ana, entendiéndose secretamente

con ella para servir á Esquilache, de cuya aparente amistad no fiaba absolutamente el conde.

Podia muy bien existir la intencion de descubrir si el conde conspiraba ó no, y con quién.

Si esto era cierto, suponia que el conde inspiraba sospechas.

—No, no,—dijo Ana con una vehemencia extremada.—Si Esquilache sabe eso, matará á Calcorra, yo te lo aseguro..

El conde no sabia á qué atenerse.

Parecia como que Ana hablaba con toda su alma, con toda su sinceridad.

Aquello era para aturdirse, para no saber qué hacerse, porque con mucha frecuencia el resultado de las grandes intrigas es envolver á los mismos que andan en ellas.

—Y bien,—contestó el conde,—yo sabré si estamos amenazados por Calcorra; y si lo estamos, haré lo que se deba hacer.

—Tú no me amas,—exclamó Ana;—si me amaras, temblarias por mí como yo tiemblo por tí. A no ser por tí, á mí me importaria poco de Calcorra. Calcorra no se atreve á atentar á mi vida; Calcorra no puede matarme; yo haria caer á mis piés á Calcorra con una sola mirada. Pero tú no lo sabes esto, tú no tienes la seguridad de esto, y sin embargo me dejas en un peligro en que no crees. El es una fiera; pero para mí es un perro que se tiende á mis piés. El se someteria á mí; pero tú, tú serias sacrificado, pronto ó tarde, no sé cómo; pero sacrificado al

fin, como lo será el marqués de Esquilache, á quien aborrece de muerte. Yo estoy segura de que Calcorra le herirá por la espalda cuando pueda; el peligro, pues, no existe para mí. Y aquí todo el amor está de mi parte. Tú no me amas, tú me desprecias cuando no me prometes destruir á Calcorra, cuya destruccion yo no deseo sino por salvarte á tí.

—Y bien,—exclamó el conde,—si tú no tienes nada que temer, yo no tengo tampoco que temer nada; puedes estar segura de ello.

—¿Quién te protege, pues?—exclamó Ana, mirando profundamente al conde.

—Mi fortuna,—exclamó tranquilamente éste.

Se apagó la extraña mirada que Ana habia fijado en el conde.

Con tal naturalidad habia pronunciado éste sus últimas palabras.

Por consecuencia de la mirada que aquellas palabras habian producido en Ana, el conde se llenó de recelo.

Sin embargo, este recelo no apareció en su semblante.

Cuando el conde se habia visto obligado á conspirar, á encubrirse, habia descubierto que servia para esto.

—Confiar en la fortuna, es una locura de los temerarios, yo te lo repito; si quieres evitarte una desgracia horrible que haria mi desesperacion, por tí, por mi amor, que Calcorra muera; que además de esto, Luis, yo quiero ser viuda. A mí se me obligó á

casarme por la infamia, y por consecuencia es justo que yo me vea libre por el crímen. Y esto no seria un crímen, seria un acto de legítima defensa. Quiero ser libre, ¿lo entiendes?

El conde se aterró más y más .

Ana creia, porque el conde se fascinaba cuando estaba á su lado, hasta el punto de que parecia que no habia amado, ni podia amar, ni amaba á otra mujer; Ana creia, sin duda, segun su juicio sobre el conde, que si un dia entrambos se encontraban libres, no repararia en nada y la haria su esposa.

Ana empezaba por buscar su libertad, sin duda, para tener más medios de accion.

Para procurarse despues la libertad del conde.

Este sintió que su corazon se rehacia, su verdadero amor, su único amor, su amor por Margarita.

Veia á Margarita en peligro.

Su conversacion con Ana no podia haber llegado á ser más interesante ni más grave.

Era, pues, necesario de todo punto encubrirse con más prudencia, con más sagacidad que nunca.

Descubrir terreno, averiguar, proteger á Margarita.

—Y bien, sí,—dijo el conde;—lo revelaré todo al marqués de Esquilache.

—Gracias, Luis de mi alma, gracias;—dijo Ana con una sinceridad y un calor que el conde se embrolló más y más, porque no sabia á qué atenerse, porque no podia explicarse si Ana le adoraba con el delirio de los delirios, ó si le hacia traicion.

—Gracias,—repitió Ana.—¿Pero cuándo vas á hablar de esto á Esquilache?

—Hoy mismo.

—Pues entonces el sol no sale mañana para Calcorra,—dijo Ana.—Véte, véte; no pierdas el tiempo: creo que cada minuto que pasa es un peligro para nosotros, para tí. Véte á ver á Esquilache.

El conde lo prometió así á Ana, y salió.

Capitulo XXIII.

De como se puede premeditar lo infame para grandes fines.

El conde salió de todo punto perturbado casa de la beata.

Lo que le habia dicho Anita era gravísimo.

El conde se encontraba envuelto en un turbillon de ideas que se contradecian las unas á las otras.

Habia asomado en aquella intriga un peligro para Margarita, y á la presencia de este peligro el conde habia comprendido que Margarita era su único, su dominante, su incontestable amor.

La princesa de Astúrias y Ana del Rey estaban muy en segundo lugar.

La una era para él la vanidad, la otra la sensualidad.

Margarita lo era todo para el conde: la amistad, la fraternidad, el amor, la dignidad, la voluptuosi-

dad, el alma, la vida; cuanto puede ser una mujer para un hombre.

Si Margarita hubiera podido adivinar que al desarrollarse las intrigas en que su marido se encontraba empeñado habían de llevarla, por resultado de su experiencia, allí donde exigiese su corazon, hubiera quedado satisfecha.

El conde empezaba á sentir remordimientos en nombre de Margarita, y se sobreponia por ella á su ambicion, á su vanidad, á su sensualidad.

Pero estaba ya comprometido; se veia obligado á obedecer á aquella sociedad cuyo conocimiento debia á su encuentro con Margarita.

Margarita era, pues, la causa de la situacion en que se encontraba empeñado el conde.

Las circunstancias se hacian á cada momento más difíciles, y era necesario hacer cuanto fuese posible por dominar aquellas circunstancias.

El conde se fué en derechura al convento de Santo Tomás, y preguntó por el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

Estaba en su celda.

El conde se presentó en ella.

El padre maestro lo recibió, como siempre, con una gran distincion y con un inmenso placer.

—Y bien; á vos os sucede algo, amigo mio,—le dijo, notando la descomposicion del semblante del conde en cuanto entró éste en la celda.

—Sí,—contestó el conde;—me suceden y nos suceden cosas gravísimas.

Y á seguida contó al religioso toda la conversacion que habia tenido con Ana del Rey.

—Y bien, ¿qué importa?—dijo el padre maestro.—Las cosas no pueden ir mejor; en cuanto á lo demás, nada temais. A Calcorra, que podria ser vuestro peligro, porque verdaderamente su mujer no se engaña cuando asegura que es una fiera astuta y cruel, podeis considerarle fuera de combate. Ni á vos, ni á vuestra esposa, ni á nadie que os importe, puede alcanzar la accion de ese hombre. Ese hombre dejará de ser en el momento en que nos haya servido; pero ese hombre nos es preciso. Dejad, dejad correr, como os he dicho, las cosas, y no os aterreis ni os asombreis por nada. Necesitamos toda vuestra sangre fria y todo vuestro valor. Ahora bien, amigo mio; ¿teneis confianza en vuestro regimiento?

—Mi regimiento hará lo que yo le mande, y si fuese necesario hacer fuego al pueblo, mi regimiento hará fuego al pueblo, y si fuese necesario que ese fuego hecho al pueblo fuese de todo punto inútil, mi regimiento tirará alto.

—¿Y si fuese necesario que cuando vuestro regimiento cargase á los revoltosos no pudiera haber ninguno á las manos?

—Mis soldados harian como que corrian sin correr; pero esto podria comprometerme gravemente en mi honor.

—No, conde, no; nosotros no queremos comprometer vuestro honor; lo que queremos es que los puntos que sean defendidos por el segundo regimien-

to de la guardia walona no ofrezcan una resistencia tenaz, no hagan todo lo que pudieran hacer; que sin volver la cara, sin abandonar sus puestos, no batiesen al pueblo.

—Y bien; esto no es tan fácil como vos creeis, padre maestro. Si se sueltan las turbas, y acometen y no se les rechaza, no habrá otro medio que volver las espaldas.

—O hacer huir á esas masas. Ved lo que mejor podeis hacer: nosotros os entregamos algun hombre para que podais, exterminándole, imponer respeto á la multitud.

—Muy bien, padre maestro; eso me parece infinitamente mejor; cuando entre una multitud de personas se mata alguna, las demás huyen; pero seria necesario tener un indicio para saber cuáles de esas personas deben ser muertas ó heridas.

—Haced fuego, y fuego certero, sobre todos los que lleven un pañuelo blanco debajo del sombrero.

—Muy bien, padre maestro; pero ¿cuándo vamos á vernos en el caso de salir á la calle para rechazar una insurreccion con la fuerza?

—No sabemos: cualquier dia; precisamente de un dia á otro; estad preparado, conde.

—Lo estaré.

—¿Y qué me decís del primer regimiento de la guardia walona, del que manda el marqués de Priego?

—El marqués de Priego es completamente de Esquilache,—contestó Salmedina;—es un hombre os-

curo, nacido de la nada, levantado á la situacion en que se encuentra por infames intrigas: un asesino capaz de todo.

—Y bien, puesto que sois tan amigo del marqués de Esquilache,—dijo el padre maestro,—influid para que el regimiento del marqués de Priego ocupe los puntos ménos importantes.

—¿Y cuáles son los puntos ménos importantes?

—Monteleon, las Vistillas, Maravillas, el barrio del Lavapiés; por allí se hará mucho ruido, pero no se librará un verdadero combate. Yo os creo en posicion de elegir el punto que querais para vuestro regimiento, y más aún, que Esquilache, que os estima en mucho, porque os cree completamente de su parte á causa de las razones de familia que os unen con el marqués de Letour y con su esposa, y son sus grandes amigos hace mucho tiempo, atenderá vuestras observaciones. Afortunadamente, Esquilache es ministro de la Guerra; imponeos vos del plan estratégico para rechazar el motin que tendrá lugar de un momento á otro, hoy, mañana, otro dia, cuando ménos se espere.

—Muy bien; pero yo quisiera tener de vos ese plan estratégico.

El padre maestro se fué á uno de sus estantes, tomó de él un pequeño libro, que era el plano de Madrid con algunas noticias sobre la poblacion; le abrió, desplegó el plano, y dijo al conde:

—No sabemos dónde se dará el motivo para la insurreccion; será donde se encuentre más oportuni-

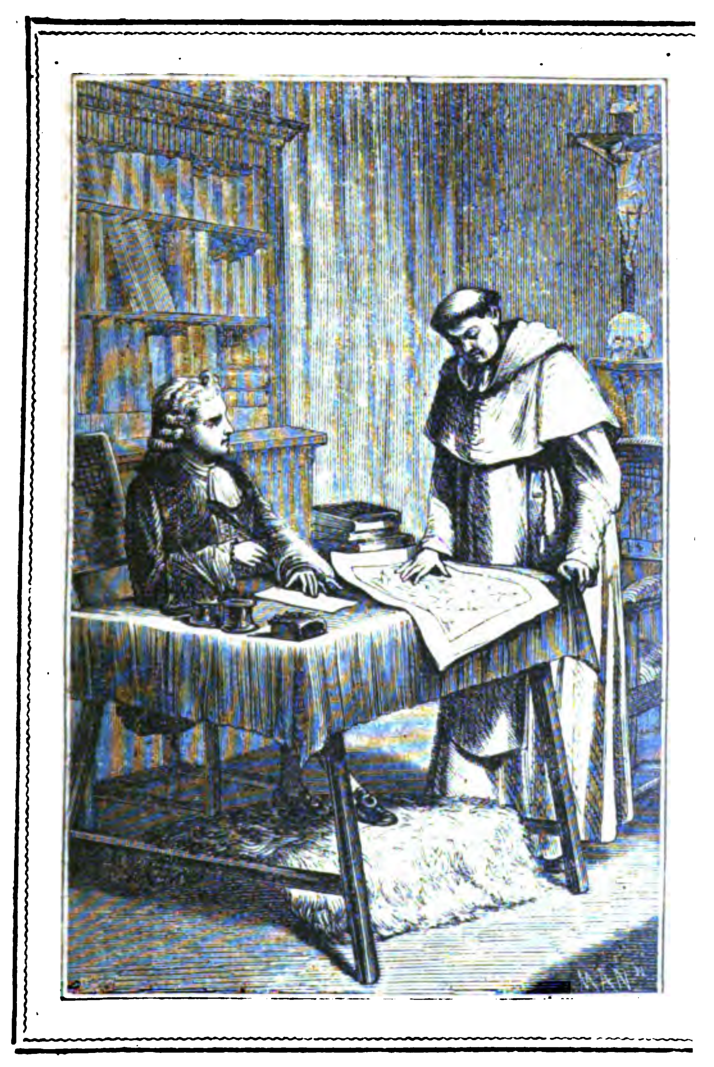
dad y más conveniencia. Oid, y mejor aún, hacedme el favor de escribir lo que yo os diga.

El marqués se sentó, tomó una hoja de papel y esperó á que el dominico le dictase.

—El segundo regimiento de la guardia walona,—dijo el religioso,—se dividirá de esta manera: cuatro compañías, que guarnecerán exclusivamente á Palacio. Porque se hará comprender al rey por medio de Esquilache que no puede tener confianza más que en el segundo regimiento de la guardia walona, á causa de lo favorido que está su coronel, el capitan general conde de la Salmedina, por su majestad y por sus altezas los señores príncipes de Astúrias. Conviene que no haya otra tropa, porque la guarnicion de Madrid está minada por los conspiradores, y podrian poner en peligro la seguridad de su majestad. Estas cuatro compañías de la guardia walona, con su coronel al frente, deben ser las que exclusivamente guarden, sin el concurso de otra ninguna fuerza, ni aun de la artillería, el real palacio. Otras dos compañías en los Caños del Peral; otras dos en la calle Mayor.

—Pues bien, padre maestro; ya tenemos un batallon; nos quedan todavía diez y seis compañías. ¿Qué haremos con ellas?

—Distribúyanse entre la Puerta del Sol, la plazuela de Anton Martin, la plazuela de la Cebada, el Rastro, la calle de Alcalá, el Campo del Moro y la Plaza Mayor en un número igual. Ahí es donde será más recio el tumulto, ahí es donde impor-



MOTIN DE ESQUILACHE.—Hacedme el favor de oir lo que os diga.

ta que la resistencia sea débil. El otro regimiento debe ser distribuido, ya os lo he dicho, en los barrios de la circunferencia. Allí se hará mucho ruido, allí se batirán los hombres más bravos del pueblo, los chisperos. Es necesario que se coloque perdida esa fuerza en los sitios que os he indicado, de tal manera que pueda ser combatida por los cruzamientos de las calles.

—Perfectamente, padre maestro, comprendido,—dijo el conde de la Salmedina, que se veia obligado á asentir á todo lo que se le indicase, por la situacion difícil en que se encontraba.

A más de eso, y aunque Margarita fuese recobrando sobre él un exclusivo imperio, no habia vencido completamente á la influencia que sobre él tenia la princesa de Astúrias.

Ella era ambiciosa, ella le desdeñaba.

Era necesario que ella, que era ambiciosa, supiese que aquella corona que ansiaba tanto la debia á la intervencion del conde de la Salmedina.

Por otra parte, ¿qué le importaba á éste que el rey don Cárlos III fuese sustituido por Cárlos IV? A rey se salia.

Además, Cárlos III se habia hecho impopular, y en ninguna parte se le estimaba ménos que entre la nobleza.

Se le veia dominado por aquel aventurero oscuro, por aquel déspota vulgar, por aquel ladron insaciable que se llamaba el marqués de Esquilache.

Podia decirse que Cárlos III no tenia un sólo

amigo, y que los españoles debian verle caer del trono con indiferencia.

No sabemos cómo ha habido historiadores que hayan calificado de grande y de amado al rey Cárlos III.

Les ha deslumbrado sin duda alguna la multitud de obras públicas que llevan el nombre de aquel rey, las reformas que en su tiempo se hicieron, y la tenaz guerra que sostuvo con los ingleses.

Pero estos historiadores no han profundizado.

Lo hemos dicho ya; Cárlos III no hacia otra cosa que ceder á las influencias de la inquieta ambicion del marqués de Esquilache.

Y en cuanto al gran número de obras públicas erigidas durante su reinado, no se hicieron sino gastando los inmensos tesoros que el rey don Fernando VI, su hermano, habia acumulado durante un reinado, de paz, de economías y de buen gobierno.

Si Cárlos III al subir al trono se hubiese encontrado exausto el tesoro público, las violentas exacciones de que hubieran sido víctimas los españoles bajo su reinado, hubieran producido una revolucion que le hubiera lanzado del trono.

Pero Fernando VI habia dejado capitales inmensos, y estos capitales, gastados de una manera ostentosa en monumentos públicos, en realizar las reformas, la mayor parte insensatas, de Esquilache, han sido tal vez la causa de que historiadores sin criterio hayan juzgado grande, bueno, conveniente, justo; en una palabra, un excelente rey á Cárlos III, que, lo

repetimos, ha sido uno de los peores que han pesado sobre el trono español.

No necesitamos justificar más de lo que lo hemos hecho nuestro aserto.

Basta con saber que en nombre de Cárlos III gobernaba Esquilache, y que al caer éste, si no cayó de hecho Cárlos III, moralmente fué destronado..

Pero no anticipemos los sucesos.

Decíamos que el conde de la Salmedina transigió hasta cierto punto con la violencia que se le imponia, á causa de lo mal quisto que el rey Cárlos III estaba entre la nobleza.

—Y bien,—dijo el conde de la Salmedina,—¿qué consecuencias creeis vos que podria tener una revolucion contra Esquilache?

—Indudablemente la caida de éste,—dijo el dominico,—y por consecuencia la caida del rey.

—¿Y quién subirá al trono?

—Por el momento el príncipe de Astúrias. Si el príncipe de Astúrias es consecuente al compromiso que ha contraido, permanecerá; si no, se hará publicar, se probará que Cárlos III era bastardo, y declarada la bastardía del padre, se habrá demostrado la incapacidad del hijo para sucederle en la corona.

—¿Y á quién tendremos entonces por rey, padre maestro?—contestó el conde de la Salmedina.—Y no extrañeis lo que acabo de preguntaros, ni me objeteis que entre vuestras manos debo ser un cadáver. Yo no comprendo esto, yo no puedo comprenderlo. La actividad humana no puede reducirse nunca á

una obediencia tan pasiva sin convertir á los hombres en instrumentos inconscientes, y por consecuencia en séres despreciables, que no puede conducir á nada que no sea conveniente, ni digno, ni justo. Francamente hablando, padre maestro, aunque yo me expusiese á un terrible castigo, á mi aniquilamiento, al de mi esposa, á todo cuanto de terrible pueda venir sobre un hombre, hay cuestiones que yo no puedo subordinar á nada ni á nadie, cuestiones que yo antepongo á mí mismo, á mi destruccion, hasta á la salvacion de mi alma; y una de estas cuestiones es la patria.

—Tranquilizaos, conde,—dijo sonriendo el padre maestro.—Nosotros no queremos nada que redunde en perjuicio ni en deshonor de la España, no; somos demasiado españoles. Lo que nosotros queremos es libertad, no sólo á España, sino á la Humanidad, de la esclavitud que sufre. Lo que nosotros queremos es que España llegue por medio de la instruccion á la civilizacion, y por medio de la civilizacion á la libertad; hé aquí todo. No paseis pena por el cuidado de quién será rey de España. Una vez excluida de ella la familia de los Borbones, por desgracia sobran hombres de quien hacer reyes, sin que España pueda decirnos haya sido sometida al dominio de extranjeros; y aunque así fuese, ¿seria la primera vez? ¿qué era Cárlos I, por más que proviniese de los señores Reyes Católicos, por su hija doña Juana la Loca? Un extranjero criado en Flandes, criado en las costumbres flamencas, que nada conocia de España, ni

aun su lengua, y que si bien fué grande, produjo á España funestas consecuencias. España empezó á despoblarse, á empobrecerse, á empequeñecerse, á aniquilarse durante su reinado. El fué grande, el fué de esos héroes funestos, cuya gloria aparece teñida de sangre. ¿Y quién, quién más que los españoles fueron el medio de su grandeza? El los mantuvo continuamente en guerras asoladoras, el atajó el desarrollo de su poblacion, él mató la importancia de su industria, él les robaba brazos útiles para llevarlos á morir en los campos de batalla de Europa. En su tiempo empezó la lamentable decadencia á que ha llegado en los nuestros la España, y que amenaza no detenerse aquí. Si se tolera la tiranía, el embrutecimiento en que se mantienen los españoles, un dia España caerá inerte, destrozada bajo la infamia, bajo la tutela de las naciones de Europa. Esto es necesario impedirlo, y para impedirlo, acometer de frente á la tiranía. Veo que sentís como remordimiento y disgusto, y es que no nos habeis comprendido bien, conde. Para llegar al bien, para ilustrar al pueblo, para hacerle grande y digno, es necesario purificarle, es necesario instruirle, y no se puede instruir, ni moralizar, ni edificar bajo el imperio de la tiranía, creedme. Tened confianza en mí, no os asombren los medios de que nos valemos. Esos medios son necesarios. El diamante no se labra sino con el diamante; en el acero no puede hacer mella más que el acero. A los infames es necesario combatirlos por medio de aparentes infamias; porque en todo caso la infamia

que contra ellos se comete, la intriga de que se les hace víctima, son los medios necesarios, los medios irreemplazables; y desde el momento en que son un medio para combatir el mal, la infamia, la traicion y la intriga, son legítimas, puede valerse de ellas la virtud.

—Y bien; me basta con que me asegureis, padre maestro, y yo os creo, porque sé que vos no mentís; que ninguna traicion preconcebida hay en nada de lo que haceis contra mi patria; sálvese mi patria, y aunque mi nombre perezca.

—Vuestro nombre se salvará con la patria, conde,—dijo el dominico.—Nosotros no os pedimos que os rebajeis, que os degradeis. Nosotros no os pedimos otra cosa sino que ejecuteis una farsa muy fácil, y que es de todo punto conveniente.

—Decid, padre maestro, porque segun lo que me habeis dejado entender, la insurreccion saltará de un momento á otro; ¿será necesario defender á todo trance el palacio? No quisiera yo ceder; mañana me acusarian de que por cobardía, por ineptitud ó por traicion, habia dejado que las turbas penetrasen hasta la cámara del rey.

—Yo no os pediria eso, conde,—dijo el dominico;—yo os estimo demasiado para haceros representar un papel innoble, un papel infame; no. Las turbas que se presentarán delante del palacio irán bien dirigidas; no harán más que lo que se les haya mandado hacer. Gritarán, aterrarán al rey, pero no pasarán la línea de vuestros soldados. Haced un

fuego nutrido, un fuego terrible, un fuego por el que aparezca una mortandad de hombres, á juzgar sólo por el estruendo. Haced ese fuego alto. Que no caigan, que no mueran más que los que ya os he dicho: los que lleven debajo del sombrero un pañuelo blanco.

—¿Pero no considerais, padre maestro, que para que los soldados tiren alto será necesario prevenírselo; que estos soldados hablarán despues; que sabrá todo el mundo que el segundo regimiento de la guardia walona, mandado por su coronel el conde de la Salmedina, ha hecho una farsa de combate?

—Decid á vuestros oficiales que el rey no quiere que sus soldados se ensangrienten en el pueblo; que por consecuencia, se mande tirar alto para evitar una lucha de sangre, que podria irritar hasta á los indiferentes, y convertir en una revolucion lo que sólo seria un motin. Probablemente recibireis esta misma órden de palacio: nosotros haremos que la recibais.

—¿Por medio de la princesa?

—Sí ciertamente, por medio de la princesa, que tiene una gran influencia sobre el rey, y que le hará comprender que si se ensangrienta demasiado el pueblo se expone á perder la corona.

—Y bien, si yo recibo esa órden del rey, la cumplimentaré tranquilo y aun contento, porque habré impedido lo que pudiera decirse de mí en otro caso.

—Pero os recomiendo,—dijo el dominico,—que no

perdoneis ni uno sólo de los hombres que vayan señalados con el pañuelo blanco.

—Muy bien, padre maestro.

—Es necesario que el motin se irrite.

—Muy bien, padre maestro.

—Es necesario que aunque huyan de vos, vayan á llevar el tumulto á la parte desguarnecida por la tropa.

—Muy bien, padre maestro.

—Probablemente por consecuencia del combate de palacio, recibireis del rey la órden de cerrar las puertas y de acompañarle en su fuga por el Campo del Moro.

—Muy bien, padre maestro; eso será lo mejor; estad, pues, tranquilo. Lo que se va á representar es una comedia sangrienta para los que van á sucumbir en ella.

—Pero los que sucumban serán cabezas sentenciadas, sangre necesaria para que se cumpla nuestro objeto.

—¿Y si como suele suceder en este género de insurrecciones, el pueblo en vez de aterrarse enviste?

—En ese caso, conde, os retirareis dentro de palacio, cerrareis las puertas, presentareis al rey vuestra espada, y le direis que vos no encontrais medios de defensa; pero os aseguro que no llegará ese caso. El rey huirá aterrado antes de que vos os veais en la necesidad, ó de huir, ó de acometer bravamente á las turbas. Id, id, y dispensadme si concluyo aquí mi entrevista; me llama mi deber urgentemente á otra parte.

—Quedad con Dios, Padre maestro,—dijo el conde.

Y se retiró más pensativo y más embrollado que nunca.

Apenas habia salido el conde de la Salmedina, anunciaron al padre maestro que el marqués de Letour le buscaba.

—Ya era tiempo,—dijo para sí el dominico,—que entre.

Poco despues Godofredo de Armagnac estaba delante del dominico.

Capítulo XXIV.

De como se conspiraba en los conventos contra los palacios.

—¿Qué teneis que decirme De Armagnac?—preguntó severamente á éste el dominico, y como un superior que habla con un inferior.—¿En qué estado se encuentra la opinion pública?

—Abrumada, irritada,—contestó De Armagnac,—los impuestos se cobran de una manera severísima, se someten á ejecuciones los insolventes, se prende á mucha gente que habla mal de Esquilache á pretexto de que son conspiradores, cuando en realidad no son otra cosa que buenos españoles que rechazan de la manera que pueden, murmurando la tiranía, las infamias y las torpezas de Esquilache. Además de esto, se dice que se va á publicar el bando sobre los mantos, las capas y los sombreros, imponiendo gravísimas penas á los contraventores.

—Bien, De Armagnac,—dijo el padre maestro.—¿Y creeis, por lo que vos habeis visto por vos mismo, que un suceso cualquiera pueda ser la chispa que determinase el incendio? Veamos si vuestras observaciones convienen con las de otro.

—Indudablemente,—dijo De Armagnac;—si se promoviese un escándalo á causa de las medidas de Esquilache, podria suceder que si se tenia la insurreccion medianamente preparada, esta estallase.

—¿Y no conoceis vos un hombre bastante valiente, bastante á propósito para motivar ese escándalo que debe producir la insurreccion?

—Indudablemente, don fray Lorenzo.

—¿Y qué persona es esa?

—Yo.

—¿Vos?

—Sí, padre maestro, sí: yo, que estoy ansioso de mi rehabilitacion en la sociedad, quiero demostrarla que si he cometido una falta por dejarme arrastrar por mi corazon, sé expiarla y hacer lo bastante para que esa falta me sea perdonada.

—Bien, muy bien, marqués,—dijo el religioso;—daré parte de vuestra buena disposicion; pero considerad bien que podeis ser muerto ó preso; que vuestra prision, si el resultado del movimiento que se prepara fuese funesto, podiá llevaros al cadalso.

—No importa. Si no me redujese á un gran sacrificio, no tendria derecho á mi rehabilitacion.

—¿Cuándo creeis vos se publicará el bando sobre los mantos, las capas y los sombreros? Vos debeis

estar en posicion de saberlo; vos sois grande amigo de Esquilache, vos gozais de su confianza.

—La princesa de Astúrias hace esfuerzos inauditos por convencer al rey permita á Esquilache la publicacion de ese bando, y ya sabeis que María Luisa ejerce una grande influencia sobre el rey.

—De modo que...

—Sí, padre maestro, sí; ese bando se publicará mañana, á más tardar pasado mañana; estad seguro de ello. Sí, el rey vacila, el rey se estremece á la sola idea de que Esquilache abandone el gobierno y le deje solo con Grimaldi, con Aranda, con los otros señores del bando enemigo de Esquilache, de los cuales sabe el rey que le aborrecen. Esquilache se ha amparado de la princesa de Astúrias, Esquilache tiene miedo, los embozados se multiplican, las rondas no pueden prenderles, últimamente ha habido algunos alguaciles muertos y heridos; para Esquilache, esa conspiracion misteriosa, cuyo objeto no puede comprender, crece, se desarrolla, está á punto de estallar.. Esquilache cree que en el momento en que no se permita el sombrero, el embozo y los mantos cerrados, esos embozados que tanto le espantan recibirán un gravísimo golpe, obligándoles á no presentarse en público ni de dia ni de noche, porque Esquilache hasta ahora no tiene fundamento alguno para oponerse á las capas largas y á los sombreros gachos; todos los que se defienden de las rondas lo hacen en nombre de la defensa propia, porque alegan que no hay una ley que les prohiba ir con los sombreros echados

á los ojos y embozados. Esquilache necesita de una ley para obrar de una manera decisiva, para exterminar á los que cree sus enemigos, esto es, á todos los que se encubren, y se vale de la princesa, no atreviéndose á decir al rey que si esto continúa así, él abandonará el gobierno y se irá á Inglaterra. Por consecuencia, Cárlos III está ya casi vencido.

—Y decidme,—preguntó el padre maestro,—veamos si lo que vos habeis observado conviene con lo que he observado yo mismo, con lo que se me ha dicho por otras partes: ¿está bastante extendida la especie de la bastardía del rey?

—¡Oh! sí,—exclamó De Armagnac,—y los españoles se indignan. El rey, que era ya bastante impopular, se ha hecho para ellos antipático, ofensivo, le desprecian, y no parece, segun la indiferencia con que le miran, si no que no hay tal rey en Madrid, llegando hasta el punto de que muchos, cuando pasa junto á ellos, se vuelven como si no le vieran, por no saludarle. La opinion pública está completamente predispuesta contra él; pero falta una chispa para que brote el incendio, para que sobrevenga la explosion.

—¿Estais vos dispuesto á arrostrarlo todo, De Armagnac?

—Sí ciertamente. Es necesario que yo obtenga de nuevo vuestra estimacion y vuestra confianza. Importa poco lo que se exija de mí. Yo iré allí hasta donde pueda ir un hombre.

—Y bien, marqués, nosotros os demostraremos

lo que estimamos á los que nos sirven bien, á los que nos son leales.

—La única demostracion que podeis hacerme, es recibirme de nuevo en vuestro seno, perdonarme un extravío de la pasion. Por lo demás, esa misma pasion que me obligó á faltaros en un momento de despecho, es un gravísimo castigo. Esa mujer. Pero no hablemos más de ella; estoy á vuestras órdenes y espero impaciente.

—Continuad como hasta aquí, y cuando llegue el momento se os avisará.

En la manera de decir el dominico estas palabras, comprendió De Armagnac que la entrevista habia concluido.

Saludó al dominico y se retiró.

Capítulo XXV.

En que vuelve á aparecer nuestro buen conocido Benito Cascajares.

Don fray Lorenzo escribió una carta, la cerró, y despues de esto se fué á una de las ventanas de su celda, la abrió y miró á lo largo de la calle de Atocha hácia la casa de los Cuatro Gremios mayores, que es la misma en que está hoy el Banco de España.

Un mendigo, que estaba cerca de la puerta echado contra la pared, rascando una mala guitarra, y que parecia ciego, como si le hubiera atraido la mirada del dominico, dejó su inmovilidad y su puesto, y en paso lento se encaminó á Santo Tomás.

Entró y dijo al portero:

—El pobrecito ciego, hermano, quisiera hablar,

para una cosa que le importa mucho, con su paternidad el padre maestro don fray Lorenzo.

—Venga, venga luego más tarde á la sopa,—dijo el portero,—y deje en paz á los religiosos, que no están para perder su tiempo con cualquiera que venga á importunarles.

—Si vos supiérais lo que se interesa por nosotros su paternidad...—dijo el mendigo.—Yo tengo una hija doncella que está sirviendo en las monjas del Sacramento, donde la metió su paternidad, y ahora entre esa mi hija y la señora á quien en el convento sirve, ha habido una cuestion que no es nada, y que su paternidad puede arreglar; de otra manera echarian á la triste á la calle, y ya veis cómo puedo yo guardar ciego y pobre á una hija doncella y hermosa, que todavía no tiene diez y siete años.

Sonáronle de cierto modo al portero estas palabras; temió cometer una imprudencia que le indispusiese con don fray Lorenzo si no asentia á la solicitud del mendigo, y llamó á un lego y le dijo:

Nuestro hermano, lleve á este pobre á la celda de su paternidad el respetable padre maestro don fray Lorenzo de Velasco. Urge que este desgraciado le vea.

—Dios se lo pague, hermano,—dijo el mendigo.

Y siguió al lego.

—Allá, allá ellos,—se quedó murmurando el portero.—Cuando median faldas, y faldas de doncellas de diez y siete años están en un convento, aunque se trate de religiosos tan santos como don fray Lorenzo de Velasco, es necesario andarse con tiento.

El mendigo llegó hasta la celda de don fray Lorenzo.

Este se quedó solo con él.

—Id al momento,—le dijo el dominico,—á palacio. Haced se busque inmediatamente al señor Benito Cascajares, y dadle esta carta.

El mendigo, sin contestar una palabra, tomó la carta y salió.

—Pronto habeis concluido, hermano,—le dijo el portero cuando pasó junto á él.

—A su paternidad basta con decirle media palabra,—contestó el mendigo.—Dios os lo pague otra vez, hermano, y la Santísima Vírgen os acuda en lo que hayais menester.

Y el mendigo se alejó.

—Media palabra, eh, media palabra,—se quedó murmurando el portero.—Cuando media una doncella hermosa de diez y siete años, media palabra basta; ¡hum! ¿quién lo habia de creer? todos los dias se aprende algo.

El mendigo se fué en derechura á una de las callejas del barrio que existia en aquellos tiempos en el espacio que hoy es la Plazuela de Oriente.

Aquella calle se llamaba la calle Sin Puertas, porque la constituian las tapias de algunos jardines, y era tortuosa y estrecha.

A pesar de su nombre Sin Puertas, en el comedio de ella, en el ángulo de un recodo, habia un pequeñísimo postigo.

El mendigo llamó en aquel postigo, dando tres

golpes secos y marcados con una extremidad del palo nudoso en que se apoyaba.

El postigo se abrió inmediatamente, y apareció una mujer como de cuarenta años, fresca, bastante agraciada, y al parecer de muy buen carácter.

—Tomad, señora Antonia,—dijo el mendigo,—y haced que esa carta llegue al momento al señor Benito Cascajares.

—Muy bien, padre Agapito,—contestó la señora Antonia.—¿Pero no quereis entrar y tomar algo?

—Muchas gracias, señora Antonia,—dijo el mendigo;—pero las cosas andan de manera que no puedo entretenerme, y á mi sitio me vuelvo. No os olvideis de que eso es muy urgente.

—Id con Dios, y descuidad, padre Agapito.

El mendigo se retiró y se cerró el postigo.

Poco despues aquel postigo volvió á abrirse, y salió por él la señora Antonia envuelta en un manto; cerró, se encaminó á palacio, entró en él, y por una escalerilla de servicio situada en un ángulo de las galerías del patio, subió hasta los sotabancos, y se fué en derechura á la habitacion que tenia en ellos Benito Cascajares.

Doña Eduvigis se ocupaba en echar una reprimenda á su criada, que por un descuido habia dejado se pegase la olla podrida.

—Dios os guarde, doña Antonia,—la dijo al verla.—Hé aquí que hoy comeremos mal, ó tendremos que traer comida de fuera, á causa de esta bribona.

—Vos me habíais mandado lavase al gato,—con-

testó la muchacha,—y no se puede repicar y andar en la procesion.

—Se puede muy bien lavar al gato y cuidar de la olla,—dijo doña Eduvigis.—Estas palurdas no valen para nada, se atan por todo. Ea, quitaos de mi vista.

La muchacha salió gruñendo.

—Perdonad, amiga mia,—dijo doña Eduvigis;—pero esto es para desesperarse. Los criados son una calamidad, á la cual hay que someterse por desgracia. ¿Y cómo os va, doña Antonia, cómo os va?

—Muy bien, doña Eduvigis, ¿y á vos?

—Perfectamente, doña Antonia, si no fuera por estas incomodidades. Pero traed, traed acá el manto y sentaos.

—Voy á sentarme un momento, porque me ha rendido esa maldita escalera; pero no puedo detenerme.

—Lo siento,—contestó doña Eduvigis,—aunque es verdad que hoy no me atrevo á suplicaros os quedeis á comer con nosotros, á causa de la avería que ha hecho en nuestra comida esa torpe.

—Yo os lo agradezco, doña Eduvigis; pero no me seria tampoco posible tener el placer de acompañaros, otro dia será; yo á lo que vengo vengo. Tomad esta carta que se me ha dado para vuestro marido, y que se me ha dado con gran recomendacion.

—Ay, doña Antonia,—dijo la Eduvigis tomando la carta,—que yo no sé adónde van á ir á parar estos enredos. Si viérais cómo andamos por acá... la

princesa tiene un humor estos dias, que no hay quien resista á su alteza. Cascajares anda en un pié como un grullo, y está tambien de un humor insoportable. Pero voy, voy á llamarle: veremos si el pobre puede venir, no sabeis cómo estamos. La princesa, para entretener su mal humor, está haciendo danzar los muebles de su cuarto, y renovándolos y alterándolos, y el pobre guarda-muebles no tiene un momento suyo; se le ha puesto en la cabeza volver el mueblaje que se puso cuando se hizo el palacio para la señora reina Isabel Luisa de Saboya, primera mujer de don Felipe V. En fin, por allá bajo anda. Rafaela, venid acá.

Se presentó de nuevo la criada.

—Vamos á ver si servís para algo,—dijo doña Eduvigis.—Idos al cuarto de su alteza, y decid á un ugier diga á vuestro amo que yo necesito verle al momento; que es urgente, que vea cómo hace para no tardar.

La muchacha salió.

—¿Y qué se dice de cosas, doña Antonia?—preguntó doña Eduvigis, sentándose al lado de la que parecia su grande amiga.

—Se dice tanto, y tanto, y tanto,—dijo doña Antonia,—que yo no sé por dónde va á salir esto. La verdad es que todos echan pestes contra el marqués de Esquilache.

—Ya, ya,—dijo doña Eduvigis.—Bueno anda esto: el marqués tiene cogido por los cabezones al rey, y la verdad es que aquí no manda nadie más que ese

hombre; todos estamos temblando de que nos echen á la calle. El señor marqués recela de todo el mundo; cree que todo el mundo conspira, particularmente en palacio, y alguno de la servidumbre, de los más viejos, de los más adictos al rey, han sido despedidos, sin que se hayan tomado siquiera el trabajo de decirles por qué; y como Benito tiene la desgracia de ser favorecido grandemente por la señora princesa de Astúrias, que esto es ahora una desgracia, y su alteza es enemiga declarada de Esquilache, yo estoy que no me llega la camisa al cuerpo, porque temo que el dia ménos pensado nos pongan en la calle. Figuraos que se le antoja á ese hombre creer que mi marido conspira; ya veis, señora, conspirar él; él, el hombre más pacífico del mundo. Pero, en fin, en estos tiempos no sirve ser bueno; compromisos, doña Antonia, compromisos. Los que servimos á los reyes estamos siempre con el ¡ay! en los dientes.

Se abrió la puerta y apareció Rafaela, cuya agitacion y cuyo sobrealiento, á causa sin duda de haber subido demasiado rápidamente las escaleras, se hacia sentir de una manera violenta.

—Me he encontrado al amo en el camino,—dijo,—y viene detrás de mí.

—Bueno,—dijo doña Eduvigis;—idos á la cocina.

Poco despues entró Cascajares, que venia tambien fatigado.

—¿Qué sucede?—dijo.—¿Qué hay de nuevo? ¡Ah, mi señora doña Antonia!—añadió reparando en ella.—¿Vos aquí? ¿Tanto bueno por mi casa?

—Sí, señor Benito, sí,—dijo doña Antonia.—Traigo con gran premura una carta para vos: héla aqui.

—¡Diablo, diablo!—dijo Cascajares al ver la letra del sobre y haciendo aquel gesto suyo que parecia el movimiento de un pavo que se traga una nuez.—¿Quién os ha dado esta carta?

—El padre Agapito,—dijo doña Antonia.

—Y luego nos acusarán de que conspiramos,—dijo Cascajares, repitiendo su mohin.—¿Y qué hay que hacer más que conspirar, y bajar la cabeza y obedecer á quien me puede hacer daño. ¡Válgame Dios, señor, y cuándo saldremos de este laberinto! Con vuestra licencia, señora Antonia, voy á leer esta carta.

Cascajares rompió el sobre y en seguida dijo:

—Pues no la leo. Esta carta no es para mi.

Debajo del primer sobre habia encontrado Cascares un segundo.

En aquel segundo sobre se leia:

«Cascajares, entregad esta carta á su alteza la serenísima señora princesa de Astúrias.»

—Me veo obligado á despedirme de vos al momento,—dijo Cascajares.—Yo siento mucho separarme de vos, doña Antonia; pero vos os quedareis á comer con nosotros.

—Sí, á comer una olla pegada,—dijo la Eduvigis.

—¡Pegada, pegada!—exclamó Cascajares.—Esta casa anda manga por hombro; esto no es vivir, todo se resiente, hasta la olla. Pues bien, todo se

reducirá á mandar un recadito al cocinero mayor, á fin de que nos provea.

—Tengo el sentimiento de no poder aceptar por hoy,—dijo doña Antonia levantándose.—No me puedo detener un momento. Quedaos con Dios, mi querida amiga. Señor Cascajares, vos me hareis el favor de darme el brazo por las escaleras; son oscuras y yo estoy gruesa.

—Con mucho gusto, mi señora doña Antonia.

—¿Con que hasta la vista, eh?—dijo ésta, besando afectuosamente á la Eduvigis.

—Hasta la vista, y que sea pronto,—contestó ésta.

Salieron Cascajares y doña Antonia.

Al bajar por las escaleras, Cascajares la dijo:

—Vos sois de confianza y se os puede decir todo. ¿Sabeis para quién era la carta que habeis traido?

—¿Qué sé yo?—dijo doña Antonia.—¿Pero ello es grave á lo que parece?

—¡Ah! gravísimo. Esta carta es para la princesa de Astúrias; y no sé, no sé, pero me parece que va á suceder algo grave, muy grave. En fin, ello dirá; peor que estamos, no podemos estar. Dios ha dejado de su mano al marqués de Esquilache. Aquí no vivimos, hija mia, aquí no vivimos; estamos esperando siempre que se nos ponga en medio del arroyo. ¡Mal rayo parta á Esquilache! Pero callemos y hablemos del tiempo ó de las naranjas de la China, que no se sabe en palacio quién escucha; tenemos un espionaje

en fin. ¿Sabeis que cada dia estais más fresca, doña Antonia, y que parece que los dias no pasan por vos?

—No seais malo, señor Benito,—dijo doña Antonia.—Acordaos de que se ha quedado muy confiada arriba vuestra mujer, y que yo soy muy amiga suya.

—Lo que no quita que yo vaya á visitaros esta noche; tengo que hablaros, mi señora doña Antonia.

—Hablareis con la puerta,—dijo ella,—porque yo no la abriré aunque llameis con la cabeza. ¡Libertino, y sobre todo imprudente! ¿Os habeis olvidado de que mi marido es alguacil de córte, y que el angelito siente crecer la yerba?

—Casa con dos puertas... ¿A qué hora sale para ir de ronda el señor Lesmes?

—A las ánimas.

—¿Y á qué hora vuelve el señor Lesmes de la ronda?

—Al amanecer.

—Muchas gracias, doña Antonia.

—¿Creeis que yo os he dicho esto para que podais ir sin cuidado á las once, para salir sin que nadie os haya molestado á las dos? Que se os quite eso de la cabeza, señor Benito, y no vayais, porque os vais á encontrar con cara de palo; pero sobre todo no lleveis linterna.

—¡Ay, querubin!—exclamó Cascajares.—¿Y lo que vamos á conspirar nosotros en este mundo?

—Vaya, idos á vuestra obligacion,—dijo doña Antonia,—que desde aquí bajo yo bien las escaleras.

—Pues no llevaré linterna, ni haré ruido,—dijo Cascajares;—pero no os durmais vos.

—¡Malo, malo!—contestó doña Antonia, continuando por las escaleras.

En cuanto á Cascajares, salió á la galería principal, se encaminó al cuarto de la princesa, que era el de la reina, vacante por la viudez de Cárlos III, y se entró dentro.

Habia allí tráfago.

Mueblistas y tapiceros andaban de acá para allá, arreglando los muebles y las tapicerías.

Cascajares entró por la galería de servicio, hasta la recámara de la princesa,

Escuchó antes de abrir la puerta.

No se oia nada.

La princesa estaba sin duda sola.

Cascajares entró.

Capítulo XXVI.

Una extraña carta que anuda unos amores adúlteros.

—Y bien, ¿qué sucede?—dijo la princesa en cuanto vió á nuestro hombre.—Tú te has metido aquí como de sorpresa, como de contrabando; tú tienes algo que decirme.

—Indudablemente, serenísima señora,—dijo Cascajares haciendo su gesto y su guiño habituales.—Yo he recibido el sobre de una carta...

—Veamos, veamos,—dijo la princesa.—No te comprendo bien.

—¿Hay enemigos en las fronteras, señora?—dijo Cascajares, mirando de una manera intencionada á una y otra parte.

—No, hombre, no; habla,—dijo María Luisa con impaciencia.—Nadie puede oirte.

—Pues bien: he recibido una carta, mejor dicho: una órden, en el sobre de una carta para vuestra alteza: héla aquí, señora.

Y dió la carta en cuestion á María Luisa.

—Yo no conozco esta letra,—dijo la princesa examinando el sobre.

—Es muy posible que la persona que ha escrito la carta escriba por la primera vez á vuestra alteza; es muy posible tambien que vuestra alteza conozca mucho á la persona que ha escrito esa carta, ó que no la conozca absolutamente.

—Es decir, ¿que tú no sabes si la persona que me escribe es ó no conocida mia?

Hay que advertir que el conde de la Salmedina, en quien pensaba entonces María Luisa, no la habia escrito nunca.

—No puedo decir,—contestó Cascajares,—si vuestra alteza conoce ó no conoce á la persona que la escribe.

—¿Pero tú conoces á esa persona?

—Indudablemente, señora: la conozco mucho, muchísimo.

—¿Y no sabes de cierto si la conozco yo ó no?

—Es posible que vuestra alteza conozca esa persona,—contestó Cascajares;—más aún que posible, probable; pero yo no lo sé. Esa persona, si ha hablado alguna vez á vuestra alteza, no se ha valido de mí para hablarla.

Era ya de todo punto evidente que el conde de la

Salmedina no habia escrito la carta que María Luisa tenia en la mano.

Esto contrarió á la princesa.

Ella estaba dentro de su ánimo, en su corazon, rendida al conde; pero su dignidad, su vanidad de mujer, necesitaba que el conde diese un paso determinante.

Si no era el conde quien la escribia, ¿quién podia ser?

¿Acaso su fantasma, su espectro rojo, ó lo que es lo mismo, el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco?

María Luisa necesitó saber si Cascajares conocia al dominico; si estaba en relaciones con él, como era necesario que fuese, debia ser del dominico la carta que Cascajares acababa de entregarla.

—Y bien, Benito,—dijo la princesa.—¿No puedes tú decirme el nombre de la persona que te ha dado esta carta para mí?

—Indudablemente, señora: no se me ha encargado el secreto. Esa persona es el muy respetable padre maestro don Lorenzo de Velasco, de la órden de Predicadores y de la casa de Santo Tomás.

—¡Ah, él!—exclamó la princesa.—¿Y piden contestacion?

—No, señora.

—¿Por quién has recibido esta carta?

—Por una buena señora, que es un antiguo conocimiento mio.

—¿De qué conoces tú á don Lorenzo de Velas

co?—preguntó la princesa, deseosa de saber si tenia un compañero en Cascajares, porque éste perteneciese á la sociedad de los Invisibles.

—Diré á vuestra alteza: ya sabe vuestra alteza que don fray Lorenzo es predicador de su majestad.

—En efecto,—dijo la princesa.

—Pues bien, señora; de tal manera me persuadió, me enterneció y me hizo llorar su paternidad un dia que predicó en la capilla Real, que yo dije para mí:

»—Este santo y sábio varon es lo más á propósito del mundo para esclarecerme ciertas dudas acerca de la salvacion de mi alma, por ciertos pecados que yo he cometido, muy á despecho mio, pero que he cometido al fin.

Y Cascajares se tragó una nuez enorme é hizo un guiño enorme.

—En fin, señora, escrúpulos, ó más bien cargas de mi conciencia. Así es, que cuando acabó su sermon don fray Lorenzo me escurrí en la sacristía y le dije:

»—Yo soy tambien un pecador asustado, padre, y necesito del consejo de un varon docto como vuestra paternidad.

»—Id esta tarde á Santo Tomás,—me dijo don fray Lorenzo,—y buscadme en el confesonario de la derecha que está más cerca del presbiterio.

Fui y le encontré; escuchó mi confesion impasible y severo, me echó una reprimenda como para

mí sólo, y me hizo llorar, y me absolvió. He seguido despues confesando con él, y yo no sé cómo se las gobierna don fray Lorenzo, que me saca del cuerpo todo lo que yo sé de las cosas de palacio.

—¿Y no te mete alguna vez algo en el bolsillo?—dijo la princesa.

—¡Ah, señora, señora!—exclamó Cascajares, repitiendo su mohin;—yo no puedo buenamente rechazar regalos de personas tan respetables como el padre maestro don fray Lorenzo.

—¿De modo,—exclamó la princesa,—que tú has confiado mis secretos, los secretos de que tienes conocimiento, á don fray Lorenzo?

—Juro á vuestra alteza sobre mi alma, que jamás el padre maestro me ha hecho una sola pregunta acerca de vuestra alteza.

—¿Para qué, pues, te necesita?

—Para que le informe de cómo va la política en palacio.

—¿Y se reduce á todo esto tu conocimiento con don fray Lorenzo?

—A esto solo, señora; repito mi juramento sobre mi alma.

—Bien, bien, vete; puesto que no te han pedido contestacion á esta carta, no me haces falta.

—Beso los reales piés á vuestra alteza,—dijo Cascajares.

Y se fué.

María Luisa no habia querido leer la carta delante de él.

Aquella carta era necesariamente grave.

María Luisa no sabia hasta qué punto podia leerla sin conmoverse, y no habia querido que Cascajares la observase.

Cuando se quedó sola rompió el sobre, y leyó lo siguiente:

«Tú agonizas, María Luisa: la situacion tirante en que los sucesos te han colocado respecto al conde de la Salmedina, te desespera; tú lo has olvidado todo; no vives más que para esa pasion, de la cual quieres en vano libertarte; tú no quieres ni puedes dar un paso hácia ese hombre, necesitás que él lo dé; toda tu actividad, toda tu alma están consagradas á ese hombre, y nos sirves muy mal. Está haciendo falta el bando contra los mantos, las capas y los sombreros. Esto es importantísimo, esto determinará la revolucion que debe ponerte sobre el trono. ¿Será necesario que nos obligues á apurar todos los medios, por ilícitos, por repugnantes que aparezcan? Pues bien, la grandeza del propósito lo disculpa todo. No habrás acabado de leer esta carta cuando habrá entrado de servicio en tu cuarto el conde de la Salmedina. Da un paso hácia él, María Luisa, y él acabará de estrechar la distancia; esto nos lo habrás debido; agradécenoslo, y que esto sea un medio para que nos sirvas, para que demos el último paso, para que concluyamos. Influye con el rey, María Luisa; Cárlos III te ama, te llama su perla, y si algun disgusto le causas, es no ser amiga de Esquilache. Ponte aparentemente de parte de éste, y decide al rey á que le

permita publicar el bando sobre los mantos, las capas y los sombreros. Tú eres inteligente y sabes demasiado lo que tienes que hacer para que el rey no extrañe tu cambio de política al ponerte aparentemente de parte de Esquilache. María Luisa, contamos con tu obediencia; si ella nos falta, contamos con tu corazon: una resistencia tuya á servirnos, poniéndote por ante el rey de parte de Esquilache, te produciria un castigo de nuestra parte. El conde de la Salmedina desapareceria de la córte.»

—¡Ah!—exclamó María Luisa.—¡Esclava! y se equivocan ¡vive Dios! se equivocan. El bando contra los mantos, las capas y los sombreros producirá una sublevacion, yo lo sé bien; pero esta sublevacion será vencida; Esquilache está preparado, Esquilache tiene fuerzas bastantes para dominar todo lo que se haga contra él, y una vez vencedor, no habrá nada que le detenga. Podemos contar con un destierro de la córte mi augusto esposo y yo, y Dios sabe, Dios sabe si parará en esto. Esquilache nos adivina; le estorbamos, y quiere ser todo lo más rey posible. ¡Ah! estos sábios, y son ménos astutos que una mujer. Pero y bien, sí, suceda lo que quiera; tiene razon, estoy desesperada: á trueque de él, todo. ¡Esclava, sí, esclava! pero esclava de mi corazon.

La princesa arrojó la carta de don fray Lorenzo á la chimenea.

Luego miró el reloj que sobre la chimenea estaba.

En aquel mismo momento el reloj marcó las once con la aguja y con la campana.



MOTIN DE ESQUILACHE.—La princesa arrojó la carta de fray Lorenzo á la chimenea.

—Ya debe haber entrado de servicio Salmedina, puesto que hoy le tocaba de servicio, segun me decia la carta,—exclamó la princesa.—Y bien; veamos de qué medio me valgo para dar un paso hácia Salmedina, sin que éste se aperciba de que le doy.

Habia en el cuarto de la princesa, como hemos dicho, un pasadizo de servicio, que le ponia en comunicacion con el cuarto del rey y con el del príncipe. Para llegar al cuarto del rey habia que recorrer este pasadizo, parte del cual se prolongaba junto á un cuarto de las escaleras principales.

Un aposento que recibia la luz por una de las grandes ventanas que dan sobre las escaleras, y que tiene la puerta á la saleta del cuarto de la reina, que era el que ocupaba la princesa, estaba destinado al gentil-hombre grande de servicio.

Para continuar por el pasadizo hasta el cuarto del rey, al que se entraba por la sala de armas, habia que pasar por aquel aposento.

María Luisa abrió la puerta que daba al pasadizo, anduvo un corto espacio y llegó á la puerta del aposento del gentil-hombre grande, y miró á través de su portier.

Habia llegado de puntillas, sobre una gruesa alfombra.

El conde de la Salmedina estaba sentado en un sillon al lado de la puerta, situado al frente de aquella tras cuyo portier observaba la princesa, y apoyada en la cómoda, en que los gentiles-hombres guardaban sus uniformes de servicio.

El conde estaba pálido, sério, triste, y su mirada abstraida, fija, venia á dar en la mirada de la princesa, que observaba detrás del portier.

Habia pena y contrariedad en la expresion del semblante del conde.

Se comprendia que le costaba un gran sacrificio el entrar de servicio en el cuarto de la princesa, habiendo perdido su gracia.

A María Luisa se le innundó de una alegría inmensa el alma.

Su conde la amaba, su conde sufria por ella.

Ella no podia sufrir ya el sufrimiento que por el conde esperimentaba.

Era necesario transigir con la situacion en que el conde, tal vez á despecho suyo, se habia colocado.

María Luisa abrió de improviso el portier, y se presentó como si hubiese avanzado naturalmente por el pasadizo, ignorando que el conde estuviese allí.

El conde al verla, desprevenido, sorprendido, se levantó de una manera nerviosa.

María Luisa se detuvo y lanzó un grito ahogado.

Luego permaneció mirando de una manera suprema al conde, como si cogida de improviso no hubiese podido contener un movimiento de su alma.

El conde lanzó una exclamacion de alegría.

Habia visto de una manera indudable que María Luisa le amaba, acaso con más vehemencia que nunca.

Yá sabemos cuál era la lucha del corazon del con-

de, y de qué manera se encontraba dividido éste entre tres mujeres.

El conde avanzó, asió de una mano á la princesa y la llevó detrás del portier.

—¡Ah! es necesario que esto concluya,—exclamó;—yo no puedo vivir así; yo estoy desesperado, y si esto continúa, moriré.

—¡Quita, quita, traidor!—exclamó la princesa;—sobre todo, silencio; apártate, déjame pasar, voy al cuarto del rey. Yo no esperaba encontrarte aquí.

—¡Pero una palabra, una esperanza á lo ménos!—exclamó desesperado el conde.

—¡Ay! cómo sabes que soy tu esclava,—exclamó María Luisa;—¡cómo sabes hasta qué punto me ha traido mi desventurado amor; pero silencio, repito, prudencia. Entiéndete con Cascajares; suelta.

Y la princesa se desasió de las manos del conde, y escapó atravesando el aposento del gentil-hombre grande, y prosiguiendo por el pasadizo hácia el cuarto del rey.

—¡Ah!—exclamó el conde de la Salmedina volviendo de nuevo á su aposento.—No sé si he hecho bien ó mal. Pero ¡Dios mio! ¿Por qué el amor de Margarita no mata en mí esos otros dos amores?

Y el conde se puso á pasear por aquel pequeño aposento, procuró serenarse, se miró á un grande espejo que estaba sobre la cómoda, y viendo que habia logrado aparecer tranquilo, salió á la saleta, atravesó la antecámara, y penetró en la cámara que era su lugar de servicio.

Capituló XXVII.

De como puede conspirar contra un rey quien debe sucederle en el trono.

Cárlos III se aburria en su cámara: no tenia nada que hacer.

Esquilache tenia sobre sí todo el peso de la monarquía: no habia llegado aún la hora del despacho ni la de audiencia.

Estaba sentado en un sillon, y acariciaba la cabeza de un hermoso lebrel inglés.

Cárlos III no tenia pasion por la caza como su hijo, pero era aficionado á ella.

Se abrió silenciosamente una puerta, y la princesa avanzó de puntillas, se acercó al rey sin que éste la sintiese, le rodeó uno de sus magníficos brazos al cuello, y le besó en la mejilla.

—¡Ah, mi perla!—exclamó Cárlos III.

—Efectivamente, señor, vuestra perla, que está muy enojada contra vuestra majestad.

—¡Enojada, hija mia!—exclamó Cárlos III, que tenia la apariencia más bonachona del mundo.—Siéntate, siéntate aquí sobre mis rodillas; no hay nadie, nos podemos dispensar de la etiqueta.

La princesa dió la vuelta, y se sentó con una hechicera coqueteria en las rodillas del rey, rodeándole otra vez su cuello.

—Pues sí, pues sí,—dijo la princesa;—estoy muy quejosa de vos, mi buen papá.

—Veamos cómo he llegado á caer en tu desgracia, hija mia,—dijo el rey.

—Pues,—contestó la princesa,—se me considera como una niña; se me cree incapaz de todo; no se me deja tomar parte en la política como una amiga vuestra, señor. Qué, ¿creeis que yo no sigo la marcha de los sucesos, y éstos todos los dias más graves?...

—¡Bah! ¡bah!—dijo el rey un tanto incómodo.—Tendremos aquí lo de siempre: siempre con tu animosidad mal encubierta á ese buen Esquilache, al más leal de mis súbditos, á ese grande hombre.

—Pues por el contrario, mi buen papá,—dijo María Luisa;—he meditado mucho, y he acabado por ponerme de parte de Esquilache.

—¡Ah, ah!—exclamó el rey, dejando ver un movimiento de alegría.—Hé aquí un verdadero milagro. Dios te ha tocado el corazon y te ha abierto los ojos: me alegro mucho. La vida es instable, hija mia; es-

tamos siempre tocando la muerte: yo puedo fallecer de un momento á otro, y entonces tú serás reina. Cárlos no es á propósito, no sabe otra cosa que cazar, y para él no hay negocio más importante que la caza; tú tienes sobre él una legítima influencia, y tú... yo lo sé bien, cuando yo muera' serás el rey; y ¡oh, qué desconsuelo para mis últimos momentos! el verte indispuesta con Esquilache y entregada á Grimaldi, que es un hombre de mérito, yo no lo niego, pero presuntuoso, vano, poco celoso del bien público, y muy indolente además; en tanto que Esquilache, sencillo, severo, excesivamente laborioso, hasta el punto de no levantar la cabeza de sobre los negocios. ¡Ah, ah! yo estoy de enhorabuena, hija mia; tú has meditado y has llegado á comprender lo que Esquilache vale.

—Francamente, mi queridísimo papá,—dijo María Luisa,—yo habia considerado á Esquilache como mujer, y le habia encontrado, á pesar de sus esfuerzos para ocultarlo, záfio, rudo, y aun ordinario.

—¡Ah, ah! y ¿qué importa la corteza de un fruto, si ese fruto es exquisito?—dijo el rey.

—Es verdad, es verdad, mi querido papá; juzgamos por las aparieneias, y nos engañamos fácilmente: como he dicho á vuestra majestad, he meditado, he visto que Esquilache es un grande hombre de Estado; que sus reformas son, no sólo buenisimas, sino necesarias para arreglar nuestra Hacienda; que ha puesto órden en todo; que, en fin, si él no soporta verdaderamente el peso del gobierno, porque para

ello basta la sabiduría de vuestra majestad, ayuda á vuestra majestad en gran manera.

—Bien, bien, muy bien,—dijo el rey;—me estás haciendo gozar los momentos más felices de mi vida. Pero sepamos, sepamos qué es lo que ha hecho ese buen Esquilache para conquistarte, para ponerte de su parte.

—El no lo ha hecho, lo he hecho yo; porque yo decia: mi excelente papá es un gran rey, tiene una profundísima experiencia acerca de las cosas de Estado, y una gran sagacidad. Mucho debe valer Esquilache, cuando el gran rey don Cárlos III le mantiene en su favor, á pesar de los esfuerzos de enemigos formidables.

—Bien, bien, muy bien, hija mia,—dijo el rey completamente embelesado.—Me admiras, pero gratísimamente. Continúa, hija mia, continúa.

—Nada, ya he dicho; no me queda más que decir sino que vengo á conspirar en favor de Esquilache.

—¡Conspirar, conspirar!—exclamó el rey, poniéndose un poco sério.

Porque hay que advertir que no hay palabra más antipática para los reyes, que la palabra conspiracion.

—No sea conspirar,—dijo María Luisa;—sustituyamos la expresion con la de luchar.

—¿Y contra quién te propones luchar, María Luisa?

—Contra vos, con vuestra majestad, sí, y en fa

vor de vuestra majestad; confiando siempre en la indulgencia del amor que vuestra majestad tiene á su perla.

—Veamos, veamos, señora,—dijo Cárlos III;—veamos cómo vuestra alteza lucha con mi majestad, y á propósito de qué.

—Por supuesto, señor,—dijo la princesa;—necesito que vuestra majestad me empeñe su real palabra.

—¿Sobre qué, hija mia?

—Sobre que Esquilache no sabrá nunca que yo he luchado en su favor. Esto no seria conveniente: los hombres políticos quedan mucho más satisfechos cuando creen que han llegado por sí mismos á sus fines, por su propia influencia, que cuando saben que se les ha ayudado.

—Te empeño mi palabra real, hija mia, de que Esquilache no sabrá que te has puesto de su parte. Comprendo, comprendo: tienes razon; yo no sabia que eras tan prudente. A los súbditos, por leales que sean, no se les debe dar muchas alas; esto podria torcerlos: esa ha sido siempre mi política. Que mis ministros encuentren en mí una grande energía respecto á ciertos negocios, á fin de que no crean que no vemos más que por sus ojos.

—Sin embargo, señor,—dijo la princesa,—cuando un ministro propone una medida conveniente, necesaria, imprescindible, el rey no debe negarse á adoptarla: ¿qué seria, en otro caso, un ministro? Un simple secretario. ¿Para qué entonces sus conocimientos en política, su práctica, su talento?

—Pero sepamos, en fin, sepamos.

—Yo necesito se autorice á Esquilache para publicar y hacer cumplir rígidamente las medidas que son necesarias para alejar una conspiracion que amenaza de una manera gravísima.

Volvió el rey á presentarse mucho más severo.

La palabra conspiracion, esa palabra que no puede decirse á los reyes, habia causado, no solamente su gravedad, sino una expresion de amenaza, á pesar de que era la princesa de Astúrias, su perla, la que le habia hablado de aquella conspiracion.

Se contuvo, sin embargo.

—Y bien; lo mismo me está diciendo siempre Esquilache,—observó el rey,—á pesar de que no se atreve á hablarme tan claro como tú. ¿Qué conspiracion es esa? ¿Quién es, quién, el que se atreve en mis reinos contra su rey?

—No, no señor,—exclamó la princesa de Astúrias,—no es contra el rey contra quien los españoles conspiran. Ellos son demasiado leales, demasiado amantes de sus reyes para permitirse un tál crímen, porque un crímen seria, y horrible, una conspiracion contra el rey; pero conspiran contra Esquilache, contra el grande hombre.

—¡Ah, ah! ¿Y por qué conspiran?—dijo el rey.

—Porque no dejais á los nobles, y á los frailes, y á los clérigos hacer lo que quieren.

—Los nobles, los frailes y los clérigos,—dijo el rey,—son el mejor sosten de la monarquia.

—El mejor sosten de una monarquía, mi querido

papá,—dijo María Luisa,—son los soldados. Bastante cosa me importaría á mí de todos los nobles del mundo, de todos los frailes y de todos los clérigos, con unos cuantos regimientos de guardia walona como el de Salmedina.

—¿Y por qué el de Salmedina y no el del marqués de Priego?—exclamó Cárlos III, mirando fijamente á la princesa y como buscando un medio para escapar de la conversacion en que la princesa le habia metido, tomando aquello por pretexto.

—Porque el marqués de Priego es una especie de canalla capaz de comprometer á la monarquía mejor cimentada.

—¡Cómo! ¡cómo!—exclamó el rey.

—¿Pues qué, mi querido papá, se os ha olvidado ya lo que hizo el marqués de Priego con su primer regimiento de guardia walona en el Retiro, la noche de los fuegos artificiales en celebridad de mi casamiento con vuestro hijo el muy ilustre y serenísimo señor príncipe de Astúrias, que Dios guarde?

—Sí, hubo un ligero disgusto, allá, cerca del estanque.

—Sí, un ligero disgusto, del que resultaron quince ó veinte personas muertas á bayonetazos, veinte ó treinta heridas, y yo no sé cuántas ahogadas en el estanque, á causa de haber querido huir de las bayonetas de los asesinos del marqués de Priego. Y todo ¿por qué? Porque la multitud estaba compacta, embobada, viendo los fuegos artificiales, y el regimiento del señor marqués de Priego no podia avanzar á

su gusto. ¡Oh! ese hombre ha debido ser fusilado.

Volvió á fruncir el gesto el rey, como aquel á quien le hablan de lo que le incomoda y no quiere oir.

—Pues mira,—dijo,—quien mantiene al frente del primer regimiento de la guardia walona al marqués de Priego, es Esquilache.

—Es porque el marqués de Priego es un bribon, que ha hecho creer á Esquilache que sólo llevándolo todo á sangre y fuego se puede salvar la situacion.

—¿Pero qué situacion es esa, qué situacion es esa?—exclamó el rey.

—La situacion no puede ser peor, querido papá, y á pesar de todo el monarquismo de los españoles, si vuestra majestad no autoriza al marqués de Esquilache á publicar su bando sobre los mantos, las capas y los sombreros, es muy posible que el trono de vuestra majestad se resienta.

—¿Pero crees tú que hay en Madrid ni en España quien se atreva á acometer al trono de San Fernando?

—Las sociedades secretas, mi querido papá.

—¿Y cuáles son esas sociedades secretas?

—Si yo supiera cuáles son, no serian secretas, de seguro, porque se lo hubiera contado á todo el mundo á fin de quitarles su fuerza; pero esas sociedades secretas lo son verdaderamente. Se esconden, pero su mano alcanza á todas partes, y en todas partes se siente. ¿No ha oido hablar vuestra majestad de esos misteriosos embozados que cruzan las calles

de Madrid en las altas horas de la noche, á los cuales vigila la policía y la justicia persigue, y que ni la policía ni la justicia pueden jamás prender, ni aun saber adónde van? Pues bien; esos son otros tantos miembros de esa terrible sociedad secreta, cuya mano se siente sin que se vea su semblante. Y no es sólo ya de noche cuando esos misteriosos, embozados, y esas misteriosas tapadas se dejan ver, sino tambien de dia en los sitios públicos, sin que á los unos se les vea ni aun la punta de la nariz, ni á los otros un solo ojo. Ellos van á las iglesias, ellos se reunen no se sabe dónde, se siente el hervidero, el volcan amenaza, y es necesario prevenirlo.

—¿Y crees tú que con ese bando contra los mantos, las capas y los sombreros se evitará ese mal que tú ves tan inminente?

—Simplemente con el bando no, porque son tenaces; el bando no será obedecido, pero habrá un motivo bastante para emplear la fuerza, á causa de la desobediencia.

El rey se quedó profundamente meditabundo, y en su semblante apareció una expresion más marcada, más densa, de contrariedad y de enojo.

Levantó á la princesa de sobre sus rodillas, la llevó á un sillon, la sentó en él, y luego se puso á pasear lentamente y de una manera vaga por la cámara.

—Sí, sí,—dijo;—¡un bando contra los sombreros gachos, contra las capas largas y contra los mantos, es decir, contra las costumbres de los españoles, que

están tan aferrados á ellas, que porque no se violente una de sus costumbres, la ménos importante, serán capaces de sublevarse! ¡Ah! ¡ah! Se cree que este país no es revolucionario, y se engañan; sufren y callan; pero se agitan en silencio; y cuando se les acomete de frente, cuando se les oprime demasiado, estallan. ¿Tú sabes, María Luisa, á lo que nos exponemos contrariando una costumbre tan arraigada en los españoles, como lo es esa de los sombreros gachos, de las capas largas y de los mantos?

—Todo será una batalla,—dijo María Luisa.

—Los réyes que combaten con el pueblo pierden siempre aunque ganen,—dijo;—María Luisa, no se dispara una sola bala del pueblo contra el trono, que no haga en el trono una mella que no puede repararse. Es necesario hacer que jamás los pueblos falten al respeto á los monarcas, porque una vez llegado el caso de que les falten al respeto, la audacia y el atrevimiento continúan. ¿Qué, tenemos tan lejos la revolucion de Inglaterra? ¿Qué, no hemos visto la cabeza de un rey cortada por la mano de un verdugo? ¿Qué, no se conmueve todo en Europa?

El rey continuaba paseándose con la cabeza inclinada sobre el pecho, y visiblemente agitado.

—No, no, jamás,—dijo el rey.—Esquilache, ese visionario Esquilache, tiene miedo. Esquilache es un grande hombre; pero todos los grandes hombres tienen alguna manía, y las de los grandes hombres son terriblemente funestas. No, no; nada contra los sombreros, las capas y los mantos. Los españoles son

aventureros y gustan del misterio. El dia que no puedan encubrir su semblante para sus rondaduras y sus devaneos, creerán que les falta algo, y se sentirán incómodos. Es necesario que los pueblos no se sientan incómodos bajo la mano de su rey. Tú no tienes experiencia, hija mia; tú eres una niña, y francamente, yo no creia que al ponerte tú de parte de Esquilache lo hicieses por el motivo que lo haces. Yo me habia alegrado, pero ahora lo deploro. La manía de Esquilache te se ha pegado tambien á tí.

—¡Ah, no, no! En mí no es una manía. La lealtad que me anima tan solo, y sobre todo, que la cuestion me interesa gravemente. Si vuestra majestad fuese destronado, ¿á qué trono habia de subir mañana mi augusto esposo? No lo digo esto porque yo sea interesada, porque yo anteponga al interés de vuestra majestad el mio, sino para que vuestra majestad comprenda que tengo hasta pasion y egoismo para sostener á Esquilache en la pretension de que vuestra majestad le permita dar un bando contra esos terribles embozados.

—Pero, ¿y qué pruebas tienes, hija mia?—repuso el rey, deteniéndose de repente delante de la princesa y dejando ver por primera vez su bonachon semblante alterado por una expresion verdaderamente amenazadora.

En efecto, las palabras de la princesa habian hecho mella en el ánimo del rey.

Cárlos III notaba, hacia ya algun tiempo, en la

córte una atmósfera terrible, una atmósfera que tenia mucho de agresiva; sentia algo que amenazaba, pero no sabia explicarse la razon de ello.

Creia una preocupacion de Esquilache lo de los famosos embozados, lo de las misteriosas tapadas, y veia que la princesa de Astúrias, de quien nunca hubiera creido se pusiese de parte del marqués de Esquilache, venia al fin á ayudarle y hablarle con acento amenazador y misterioso del mismo peligro de que le hablaba tenazmente Esquilache.

—Mi querido papá,—dijo la princesa,—yo no sé nada, pero oigo lo que se murmura; yo no conozco esa sociedad secreta, pero la siento; yo no soy más que perspicaz. La manera que tienes de mirarme parece como que encarna una desconfianza hácia mí, y esto no es justo. Yo cuido, hé aquí todo. Yo, cuando mis damas creen que estoy distraida, oigo sus cuchicheos, y muchos de ellos me alarman: hay algo terrible, algo que es necesario conjurar. Y esa cosa ter rible viene de esos embozados. En fin, señor, yo no quiero que vuestra majestad dude ni un momento de mí,—añadió, levantándose y adoptando la posicion de un vasallo ante su rey.—Seria para mí una desgracia suprema la desconfianza de vuestra majestad. ¿Quién ha de servir mejor al rey que su pariente íntimo, aquel que un dia debe heredar su corona, aquel que es una parte del rey mismo?

Cárlos III volvió á pasearse más agitado que anteriormente.

Por algun tiempo guardó silencio.

La princesa de Astúrias habia sembrado hábilmente en él el recelo y el temor.

Al fin se detuvo de nuevo y dijo:

—¿Y crees tú que es necesario, de todo punto necesario, que permitamos á Esquilache la fijacion de su bando?

—De todo punto necesario, señor,—exclamó la princesa.

—Lo dices con una seguridad...

—¿Volvemos á las sospechas, querido papá?

—No; no, hija mia, yo no sospecho, yo no puedo sospechar de tí. A los reyes les rodean por todas partes las conspiraciones. Hasta de sus mismos hijos se ve obligado á recelar un rey; pero en esta situacion no hay recelo posible. Tú lo has dicho muy bien: ¿qué seria del trono que tu esposo debe ocupar un dia, si de él fuese arrojado su padre? No, no seria el rey Cárlos III únicamente el que seria arrojado del trono, no; seria su familia, su dinastía, su raza; la raza de los Borbones. Se conspira contra ella; el austriaco no ha olvidado todavía la guerra de sucesion. Aún se siente el olor de la pólvora de la batalla de Almansa. Aquí hay agentes extranjeros sin duda, no una sociedad secreta. En mi reino no hay sociedades secretas. Si yo conociese una sola sociedad secreta, la exterminaría á sangre y fuego. Aquí no hay sociedades secretas: lo que hay aquí son agentes extranjeros. ¿Y no has podido tú descubrir nada preciso, nada terminante?

—Nada, señor,—contestó María Luisa.

—Por última vez: ¿estás segura de que esos embozados, esas tapadas, son otros tantos conspiradores?

—Segurísima.

—Pero las pruebas...

—No tengo pruebas; observo, deduzco, y no me engaño.

—Bien, bien; ¿y qué adelantaremos con que se les vea el semblante?

—Que muchas ilustres personas que hoy se atreven á conspirar bajo el incógnito, cuando no puedan encubrirse, no conspirarán.

—Tenemos siempre que no hay nadie que se atreva, ni pueda prender á esos embozados nocturnos.

—Es que hasta ahora no hay una ley que les prohiba ir embozados y con los sombreros echados á la cara; pero en el momento en que al encubrirse cometan ese delito, vuestra justicia y vuestros soldados tendrán una autorizacion para obrar de una manera enérgica, y entonces no se dará el ejemplo de que no se pueda prender á esos embozados; no lo niego, será necesario tal vez una batalla, pero se vencerá y se acabará de una vez.

—Confieso que no te comprendo, hija mia. Tú sabes algo que no quieres revelarme, y esto me ofende y me enoja. Sin embargo, yo meditaré, yo meditaré, y si es conveniente permitiré á Esquilache publique su bando. Ahora, déjame sólo; necesito meditar sobre la gravísima conversacion que hemos tenido.

La princesa besó primero la mano del rey, luego le abrazó, le besó en la mejilla, y salió.

—Se resiste,—murmuró al salir;—pero ya tiene el tósigo en el cuerpo, y le producirá sus efectos.

Al pasar por la antecámara para ganar el corredor de servicio, la princesa se tropezó casi con Esquilache, que iba al despacho del rey.

Se hizo un paso atrás, se inclinó y saludó ceremoniosamente á la princesa.

Pero, por mucho que quiso encubrirse, la princesa sorprendió en él una mirada de ódio.

—¡Imbécil!—dijo para sí la princesa, ganando la puerta del corredor de servicio.—¡Estúpido, que crees que yo he ido á conspirar contra tí! ¡No, te engañas! y sin embargo, dentro de algunos minutos no comprenderás que la princesa de Astúrias se ha puesto de tu parte.

Y la princesa avanzó.

Al pasar por el cuarto del gentil-hombre grande de servicio, por el que, como hemos dicho, se continuaba y se continúa el corredor de comunicacion entre los aposentos de las personas reales, se encontró al conde de la Salmedina, sentado aún, meditabundo y cabizbajo.

María Luisa le tocó en el hombro.

—Preparaos, conde,—le dijo;—pueden sobrevenir acontecimientos que yo no puedo evitar, en que tomeis una gran parte. ¡Ah! yo no sé lo que me sucede, pero no podemos hablar mucho; entendeos con Cascajares. Es necesario que nos veamos esta noche,

Y la princesa pasó de largo y rápidamente, sin dar tiempo al conde de que la contestase.

El conde de la Salmedina se levantó y dijo:

—Y bien, es inútil luchar contra el destino; el amor de Margarita no me libra de la influencia de mis otros dos amores.

Capitulo XXVIII.

El primer ministro de un rey.

Esquilache encontró al rey de muy mal humor, lo cual no era comun en Cárlos III, porque, como todos los italianos, tenia la costumbre de la falsedad y del disimulo.

Aunque Cárlos III habia nacido en España, habia ido muy jóven á Nápoles, y podia decirse que era completamente un napolitano.

Por eso los españoles consideraban á Cárlos III como á un extranjero, y le miraban con ojeriza.

En nuestros tiempos se cree que los españoles de entonces adoraban á Cárlos III, y esto no es exacto.

No hay más que consultar los escritos que sobre aquel reinado han quedado, para convencerse de que los españoles sufrian bajo Cárlos tanto ó más que lo

que han sufrido bajo el dominio de otros reyes, á los cuales ha combatido de una manera ruda, y aun ha arrojado del trono, la opinion pública.

Cárlos III era, ya lo hemos dicho, un déspota suave; pero que no por esto dejaba de ser déspota.

Particularmente bajo el gobierno del marqués de Esquilache, España no podia estar peor regida, ni de una manera más inmoral tratada.

Esquilache, pues, era aborrecido, no tanto por sus reformas como por sus inmoralidades, por sus injusticias, por sus rapiñas.

Y el ódio que se profesaba á Esquilache alcanzaba naturalmente á Cárlos III, que se obstinaba en mantenerle en el poder.

Don Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, no era lo que podia llamarse un hombre de genio; pero sí lo que bastaba para que hubiese sido un excelente hombre de gobierno, á ser ménos rapaz y ménos tiránico.

Pretendia dominarlo todo, y que el rey tuviese la conciencia de que sin él estaba en peligro.

Cárlos III tenia, como una de las cualidades determinantes de su carácter, una extraordinaria fuerza de voluntad.

Y Esquilache no fiaba mucho en el favor que constantemente le dispensaba el rey su señor.

Así es que cuando entró y vió á Cárlos III agitado como nunca le habia visto, sério, osco, mohino y con la mirada recelosa, Esquilache se aterró.

Habia visto salir de la cámara del rey á la prin-

cesa de Astúrias, y sabia bien Esquilache que él no era santo de la devocion de aquella señora.

Esquilache, por medio de su policía secreta, estaba al corriente de lo que María Luisa creia un secreto para todos.

Cierto es que, por las apariencias, todo el mundo habia creido, antes de que fuese, lo que despues fué; esto es, que María Luisa se habia hecho la amante del hermoso, rico é ilustre conde de la Salmedina.

Pero las murmuraciones de la córte no podian hincar el diente en un hecho determinado, ni podian llegar hasta los detalles.

Esquilache sabia algo más que lo que pretendia saber todo el mundo.

Su policía penetraba hasta en los rincones de palacio.

El marqués de Esquilache sentia el ódio de María Luisa.

A pesar del conde de la Salmedina, el dia anterior al casamiento de éste con la bella princesa de Otranto, habia investigado algo más, habia profundizado y habia llegado á traslucir la entrevista de Salmedina con la princesa de Astúrias en el Pardo.

Para Esquilache era indudable que la princesa de Astúrias habia casado á su favorito con la princesa de Otranto, á la cual habia hecho su dama de honor, al mismo tiempo que su marido habia sido nombrado su gentil-hombre.

El objeto de ésta era clarísimo.

Para Esquilache, este objeto no era otra cosa

que la aproximacion de Salmedina á la princesa sin que pudiese producir escándalo, puesto que nadie podia sospechar nada de un hombre casado, y con una tal mujer y tan hermosa como Margarita.

Debia repugnar á todo el mundo la creencia de que una dama tal como la princesa de Otranto consintiese género alguno de amistad entre su marido y una mujer cualquiera, aunque esta fuese una princesa.

Y creer que si existia algo entre el conde de la Salmedina y la princesa de Astúrias, podia pasar desapercibido á los ojos de Margarita, era un absurdo.

Porque nadie hay que vea más ni que tenga más olfato que los celos de una mujer.

Además de esto, el apasionado amor de Margarita por el conde de la Salmedina, y el de éste por Margarita, era patente, lo conocia todo el mundo.

Los esposos no podian estar mucho tiempo el uno á la vista del otro, sin que una mirada involuntaria, ardiente, inmensa, fuese á cruzarse entre ellos.

Esto era disimulable: estaban en la luna de miel, y por más que querian cubrirse por las conveniencias, su corazon podia más que ellas.

¿Cómo, pues, suponer que existiesen relaciones criminales entre la princesa de Astúrias y el conde de la Salmedina, cuando éste estaba enamorado hasta las entrañas de su mujer, y su mujer de él, y ambos pertenecian á la servidumbre?

Pero Esquilache era más conocedor del mundo.

Esquilache veia cabalmente en aquello un medio para encubrir los amores de la princesa y del conde

á costa de Margarita, á quien sin duda se engañaba: tal vez se engañaba tambien á la princesa, y el conde era un hombre completamente afortunado en amor, puesto que poseia una mujer tal y tan admirable como Margarita de Sacy, y por otra parte gozaba los amores de una mujer tan encantadòra como la princesa de Astúrias.

Esquilache estaba en guardia.

Salmedina no habia dado señal alguna de ambicion política. No pertenecia á ningun partido, era simplemente un rico grande de España, infatuado con sus blasones y apartado completamente de la política.

Si mandaba un regimiento de la guardia walona, esto era porque le daba más importancia en la córte, y sobre todo por tener algo en que entretenerse.

Además de esto, el conde de la Salmedina tenia un verdadero espíritu militar.

Habia llegado á capitan general, no desde los últimos grados de la milicia, porque en aquellos tiempos se podia ser capitan ó coronel simplemente con equipar una compañía ó un regimiento. Y tanto más cuanto el que la ocupaba era un grande de España.

El conde de la Salmedina habia empezado por equipar un regimiento de caballería.

Rápidamente, y á causa del favor de que habia gozado en la córte por la admirable condicion de su carácter, se le habia hecho brigadier, mariscal de campo, teniente general, capitan general.

Era tal vez el capitan general más jóven del

ejército; pero á nadie se le habia ocurrido pensar que el conde de la Salmedina no llevaba dignamente sus tres entorchados sobre sus tres galones de coronel con mando.

Tuvo el capricho de mandar uno de los dos regimientos de la guardia walona, y apenas vacó, bastó con que se insinuase á Esquilache, de la manera con que era necesario insinuarlo respecto á aquel hombre de estado, para que éste se apresurase como ministro de la Guerra á conferirle el mando del segundo regimiento de la guardia walona.

La insinuacion habia costado al conde de la Salmedina medio millon de reales, convertidos en diamantes para la interesante Angélica, dignísima esposa de Esquilache.

Estas relaciones de la princesa con el conde, esta aproximacion del conde á la princesa, las visitas que alguna vez un personaje misterioso hacia á María Luisa, el estado de los negocios públicos, todo esto hacia que el marqués de Esquilache viese un peligro en aquellos amores de la princesa con un hombre riquísimo, bravo, y que á más de esto tenia bajo sus órdenes uno de aquellos enormes regimientos de infantería que constaban de tres mil seiscientas plazas, como si dijéramos una brigada.

Y á más de esto, una brigada de gente escogida, buscada generalmente entre soldados veteranos.

Un regimiento de la guardia walona podia ser de grande importancia en la córte en un momento dado.

El conde de la Salmedina estaba, pues, estrechamente vigilado por el marqués de Esquilache, y éste sabia con rábia que Salmedina estaba frente á él en cuanto podia, empezando por gastar sombrero gacho y capa larga casi constantemente.

Sabia que con esto irritaba al valido, y no perdonaba ocasion de irritarle.

Calcorra, como sabemos, era el último espion que Esquilache habia puesto al lado del conde de la Salmedina.

Por esta razon, cuando Esquilache vió que de la cámara real salia la princesa de Astúrias con el rostro radiante como el de quien ha conseguido el objeto que se proponia, lo temió todo, y lo temió mucho más cuando al entrar á despachar con Cárlos III le encontró alterado, sério, severo y en muy mala disposicion de ánimo.

¿A qué podia haber ido allí la ilustre querida del conde de la Salmedina, que no disimulaba su enemistad á Esquilache, más que á conspirar contra él?

¿De qué manera podia haber sido aquella conspiracion?

¿Estaba en peligro su valimiento?

Todo esto hizo que Esquilache se previniese como para dar una batalla.

El rey le alzó vivamente cuando Esquilache hincó una rodilla para besarle la mano, y le dijo:

—Marqués, tú eres implacable: tú te vales de todos los medios contra mí, y aun de los malos medios; estoy enojado contra tí, hombre.

Esquilache acabó de aterrarse, pero su terror no salió á su semblante.

—Tengo la desgracia, señor,—exclamó,—de que por impremeditacion algunas personas muy allegadas á vuestra majestad conspiran contra mí.

Esto era audaz, hasta donde podia llegar la audacia.

Don Leopoldo de Gregorio era hombre que no se detenia en nada.

Se sospechaba en peligro, y acometia de frente, sin vacilar, con una audacia infinita.

Aquello era lo mismo que haber dicho al rey:

—Vuestra hija, la princesa de Astúrias, me ódia y conspira contra mí.

Esto no puede decirse á ningun rey, y mucho ménos á un rey tan tieso como el señor rey don Cárlos III.

—Ved aquí, ved aquí hasta dónde puede llegar el disimulo,—exclamó de muy mal humor el rey.—¿Con que es decir que tú conspiras con la princesa de Astúrias, que tú la envias para que me acometa, para que me dé un mal rato, para que se ponga decididamente de tu parte, y luego te atreves á decirme aquí que la princesa de Astúrias conspira contra tí.

Quedóse hecho una estátua Esquilache.

En las palabras del rey habia una gran sinceridad.

¿Cómo podia ser que la princesa de Astúrias se pusiese de su parte?

Esto era tal vez un peligro mayor.

Esquilache sabia positivamente que la princesa de Astúrias le aborrecia.

Así pues, los buenos oficios de la princesa de Astúrias en favor de él eran sospechosos, representaban un peligro para un hombre tan sagaz y tan experimentado como Esquilache.

En una palabra, no sabia dónde estaba ni á qué atenerse.

La situacion se le embrollaba, y se le hacia más nebulosa de momento en momento.

—¿Decia vuestra majestad,—exclamó con el acento dulce; sumiso,—que su alteza serenísima la señora princesa de Astúrias conspira en favor mio?

—Decididamente. ¡Y no sabes tú con cuánta voluntad, Esquilache! Ya se ve, sabe cuánto la amo, y se ha prevalido de mi cariño hácia ella para hacerme oir cosas que yo no hubiera oido á nadie. ¿Sabes tú lo que ha venido á pretender de mí mi queridísima hija, mi amada perla? Pues no es nada ménos sino que te permita publicar ese tu bando sobre los mantos, las capas y los sombreros.

—¡Cómo, cómo, señor! ¿La señora princesa de Astúrias comprende por fin la necesidad de que se desenmascare á esos traidores que pululan en la sombra, á esos reptiles infames que socaban el trono de vuestra majestad?

—Indudablemente, Esquilache. La princesa ve, como tú, un gran peligro para mí en esos embozados, en esas tapadas.

—Y bien, señor, esto prueba que yo no me en-

gaño, cuando la señora princesa de Astúrias, que es desembozadamente mi enemiga...

—¡Tu enemiga!—exclamó severamente el rey.

—Dispénseme vuestra majestad,—dijo Esquilache,—si uso por necesidad un lenguaje poco conveniente. Yo sé bien que no debo llamar mi enemiga á la princesa de Astúrias, porque esto parece establecer un cierto antagonismo que no puede existir entre el señor y el vasallo; pero hay momentos en que debe decirse, señor, la verdad entera. La princesa de Astúrias se deja llevar desgraciadamente de las apariencias, y el marqués de Grimaldi explota el gusto de su alteza. Su alteza juzga á los hombres por la forma. El marqués de Grimaldi le parece inmejorable, en tanto que yo soy para ella un hombre rudo, ordinario, un hombre á quien de buena gana arrojaria de la córte, y que sólo permanezco en ella, y en el puesto de honor y de peligro y de afan que ocupo, gracias á la alta sabiduría de vuestra majestad, que sabe bien cuánto en este difícil puesto le sirven mi inteligencia y mi lealtad.

Convenian de tal manera estas palabras de Esquilache con las que acerca de él habia dicho la princesa, que Cárlos III empezó tambien á aturdirse.

Indudablemente, María Luisa no se habia puesto de acuerdo con Esquilache.

Habia llegado á él de una manera independiente.

Luego, tanto los amigos como los enemigos de Esquilache veian un gran peligro para el trono en

aquellos embozados malditos que nadie podia prender, y por consecuencia que nadie podia desenmascarar.

—La identidad de parecer, señor,—dijo Esquilache,—entre la señora princesa de Astúrias, que no me quiere bien, con el parecer mio acerca de las capas, los mantos y los sombreros, convencerán á vuestra majestad de la necesidad de que acerca de esto se tomen, no sólo medidas enérgicas, sino tambien rigorosas. Yo se lo aseguro á vuestra majestad: estamos en los momentos de un gravísimo peligro, tal vez de una insurreccion general. Acaso su alteza la señora princesa de Astúrias se ha apercibido tambien de esto, y por la misma razon, prescindiendo de su ódio hácia mí, ha venido á apoyarme respecto á la adopcion de las medidas extraordinarias que es necesario tomar. Yo espero que vuestra majestad encontrará una prueba del acierto y de la lealtad con que yo he propuesto á vuestra majestad la publicacion de un bando rigurosísimo contra los mantos, las capas y los sombreros.

El rey habia llegado á tener miedo.

Basta con que á un rey se le diga que su trono está en peligro, para que se apresure á poner en ejecucion todos los medios, por terribles que sean, para conjurar el peligro.

El despotismo es receloso.

Cárlos III llegó á tener miedo.

—Yo me habia opuesto á ese bando, porque sé cuán grave es acometer las costumbres de un pue-

blo; yo he temido pasar por un tirano, y por un tirano ridículo, oponiéndome al uso de los antiguos sombreros y de las antiguas capas españolas, y de esos mantos que defienden la honestidad de las mujeres. Los españoles son muy apegados á sus costumbres, y ya sabes que aun las más beneficiosas de tus reformas han sido murmuradas; á pesar de que mis súbditos encontraban en ellas un mejoramiento, las han rechazado todas. Aquí se rechaza todo lo nuevo de una manera tenaz, por bueno, por beneficioso que sea. Los españoles son sedentarios: les basta con hacer aquello que hicieron su padre y su abuelo, y creen que no hay un más allá. Todo lo que altera sus costumbres y su sedentarismo les es altamente antipático. Son enérgicos, y se puede temer todo de ellos cuando se les contraria de una manera grave: Hé aquí por qué yo me he mantenido firme en mi negativa á la publicacion de ese bando; pero ya que todos veis en la antigua capa y en el antiguo sombrero español un peligro, sea en buen hora; tráeme ese bando á fin de examinarle y ver hasta qué punto es conveniente ó inconveniente. Veremos, veremos lo que determino acerca de su publicacion.

—Yo, señor, le traia aquí, resuelto á suplicar de nuevo á vuestra majestad su vénia para publicarle.

—Veamos, veamos, Esquilache.

Esquilache abrió su cartera, y sacó de ella un papel que leyó al rey.

Aquel papel contenia el bando en cuestion.

Por él se prohibia expresamente á todas las cla-

ses del Estado el uso de la capa larga y el sombrero gacho á la española, así como los mantos, los mantos grandes, aquellos mantos que llegaban hasta los piés de las mujeres.

Se establecia una multitud de penas, desde multa y prision hasta presidio.

Las prescripciones de aquel bando debian cumplirse inmediatamente.

Las capas debian ser recortadas hasta que les faltase una cuarta para llegar al suelo.

Los sombreros debian ser apuntados hasta constituirlos en sombreros de tres candiles.

En cuanto á los mantos, debian ser sustituidos por la moderna mantilla.

Este bando, que contrariaba enormemente á Cárlos III, porque como todos los Borbones, tenia un instinto extraordinariamente sutil y temia que el negocio de las capas y de los sombreros trajese funestas consecuencias, este bando, repetimos, en el fondo y en la forma pareció extraordinariamente duro y minucioso al rey.

—¿A qué este alarde de severidad,—dijo,—si van á ser tantos los infractores que se hará imposible aplicar rígidamente las penas? ¿y por qué establecer tales penas para no infligirlas, dada, como es probable, una tenaz rebeldía? La autoridad no debe imponerse sino para los actos que la son posibles; porque una autoridad que ceja ante lo imposible que ha ordenado, se desprestigia y se anula; y sobre todo, ¿por qué dar á este bando, por su forma, la forma de un

decreto? si decreto, ¿por qué bando? si bando, ¿por qué decreto? Este es un asunto exclusivo de mi gobierno, de mis secretarios: yo no quiero dar á esto fuerza de ley; yo no quiero ponerme frente á frente, y de una manera personal, delante de las costumbres de mis súbditos.

—Pero, señor, un ministro no determina nada sino investido de la autoridad que en él delega el rey,—exclamó Esquilache.

—Entonces, si lo hemos de tomar tan al pié de la letra, un rey deberia cargar con todo el peso del gobierno, ocuparse hasta de lo más mínimo, asumir la responsabilidad de todo. No; un ministro es la persona intermedia entre los súbditos y el rey.

—Vuestra majestad, en su alta sabiduría,—dijo Esquilache inclinándose,—comprenderá que esta es una cuestion de apreciacion: un ministro, honrado por la confianza del rey, elevado hasta la inmensa altura de consejero del rey, no puede ni debe hacer nada que tenga carácter de innovacion, ni salir de lo ya instituido, sin representar al rey ó sin faltar á la confianza que en él se ha depositado. En el primer caso, lo determinado por el ministro debe ser mantenido con toda la fuerza de la autoridad real; en el segundo, el ministro debe ser depuesto y juzgado. Yo no me he atrevido á tomar una providencia por mí mismo sobre un asunto tan trascendental como el de las capas y de los sombreros, sin someter su determinacion al alto juicio de vuestra majestad; y mi parecer es que, una de dos: ó se deja correr el peli-

gro permitiendo que se encubran bajo el amparo de las costumbres conspiradores tenebrosos, ó de lo contrario, mantener la severidad de las disposiciones del bando que he tenido el honor de someter á la aprobacion de vuestra majestad.

—¿Es decir, que tú no quieres quitar ni una sola de las palabras de tu bando, y á esto sólo se reducen tantas palabras?

El rey aparecia verdaderamente incómodo y disgustado.

Esquilache se sentia mal.

Probaba esa amargura en que han agonizado tantos ministros.

Esto es, la crísis.

Estaba en la cuerda tirante, y era necesaria una grande habilidad para manejar el palanquin.

Una sola torpeza podia precipitarle al abismo que tenia bajo los piés.

Tomó, pues, ese partido neutro, por decirlo así, que han tomado en circunstancias semejantes tantos ministros.

El de un silencio respetuoso.

Pero el silencio en tales circunstancias es una réplica vivísima.

Es encastillarse en la más inerte de las tenacidades.

—¡Bah, bah!—dijo Cárlos III, comprendiendo á Esquilache:—llévate ese bando, modifícale, y vuelve á consultárnoslo.

—Es que, señor, me atrevo á decirlo á vuestra

majestad, una resolucion enérgica es necesaria inmediatamente; no se puede perder un solo instante, la conspiracion avanza, la conspiracion nos toca ya.

—¿Pero cuál es el objeto de esa conspiracion?—exclamó el rey.

—¡Oh! ¡si yo supiera cuál es su objeto, señor!... ni aun le adivino vagamente. Por lo tanto, hay más peligro, hay que apresurarse á defender altos y sagrados intereses.

—¿Es decir que tú crees que el tiro viene á mí?—exclamó con una expresion ambigua Cárlos III.

—Si sólo se tratase de mí, señor, de derrocarme del puesto á que me ha elevado el favor de vuestra majestad, la conspiracion de que se trata no tendria un tal aparato de misterio; se me embestiria francamente por un millon de lados á beneficio de la calumnia; se intrigaria al rededor del rey, y hasta ahora por lo ménos al rededor del rey no se ha conspirado.

—¿Es decir, que tú crees que ahora se conspira?

—Permítame vuestra majestad dudar del afecto de su alteza la serenísima princesa de Astúrias por mí.

—Te contradices, Esquilache; no hace mucho me decias que la prueba de que existe una conspiracion terrible, es que la princesa, no siendo tú muy suyo, piensa de la misma manera que tú acerca de este particular; luego aunque el rey nada sepa, hay á su lado, y muy cerca de él, quien sabe; lo que significa que la intriga ha penetrado en palacio. ¿Cómo puede, pues, decirse que esa conspiracion, si existe, no se agita en torno del rey?

—Señor, mi situacion es la más difícil en que puede encontrarse un ministro; yo pienso que alterar en lo más mínimo el bando que he tenido el honor de someter á la real aprobacion, es hacerlo ineficaz, anularle; y como la tormenta está ya á punto de estallar, si vuestra majestad no me autoriza para que yo la conjure con todos los medios que puede darme la autoridad real, yo me veo dolorosamente obligado para apartar de mí la grave responsabilidad en que puedo verme envuelto, á hacer en manos de vuestra majestad la renuncia de mi cargo y á retirarme inmediatamente con mi esposa á Nápoles.

—¡Cómo! ¡cómo!—exclamó el rey, atacado por aquel su otro flaco:—¡retirarte con tu esposa! ¡irte, dejarme abandonado á Grimaldi! Pero esto es una traicion, Esquilache.

—No, no señor; permítame vuestra majestad, esta es una necesidad dolorosa, pero imprescindible; yo no puedo dejar correr los sucesos en tanto que sea ministro de vuestra majestad; yo me debo á la historia, yo pretendo evitar que la historia me culpe de torpe ó mal intencionado. Si los sucesos avanzan, mi esposa y yo estamos en peligro á causa de los numerosos y fuertes enemigos que nos ha producido nuestra lealtad; el peligro propio me importa poco, pero no me acontece lo mismo con el peligro de mí esposa; yo podré quedarme aquí para sufrir el martirio que sobre mí traiga mi lealtad al rey mi señor; pero Angélica partirá, á no ser que vuestra majestad la mandase permanecer, lo que no creo haga vues-

tra majestad, sabiendo que si permanece aquí, y una vez desencadenada la tempestad, su vida corre peligro.

Pasó algo extraño por los ojos del rey.

Se comprendia que era capaz de resistirlo todo, ménos la ausencia de Angélica.

—Eres implacable,—dijo el rey,—y yo deberia arrancarme del corazon el afecto que te tengo, Esquilache; te has aferrado en una cosa que á mí me parece manía, y no perdonarás medio para salirte con la tuya. Me harás creer que si no se publica tu bando, tu buena esposa y tú estais en peligro de que os hagan pedazos.

—Tengo la certidumbre de ello, señor.

—¿Y no es posible, repito, modificar en alguna parte la dureza de esas disposiciones?

—Tenga en cuenta vuestra majestad que á mí me parecen todavía blandas.

—No, no,—dijo el rey;—pues yo no obligo á tu mujer á que se vaya, ni aun acepto tu renuncia. ¿Qué haria yo sin tí, Leopoldo? Me espanta la sola idea de verme reducido á ese almibarado Grimaldi, á ese egoista sin corazon. Anda, anda, publica tu bando, Esquilache, y que Dios nos saque en paz.

—Vuestra majestad acaba de salvar el órden público, y tal vez su propio trono,—dijo Esquilache.

—Pero esto es incomprensible,—exclamó el rey;—¿cómo es que tú aseguras el peligro mio por una conspiracion cuyo objeto no conoces?

—Veo que el tiro amaga á más altura que aquella en que yo estoy: ¿por qué? no lo sé; pero tengo la

certidumbre,—dijo Esquilache.—Vuestra majestad es un obstáculo, no para el austriaco ciertamente, señor, sino para una sociedad á la que vuestra majestad contraría.

—¿Y qué sociedad es esa?

—La Compañía de Jesús.

—¡Imposible! La Compañía de Jesús no puede volverse contra mí.

—Vuestra majestad no hace todo lo que pudiera respecto á Roma por la Compañía. Se trata de una secta que prosigue un objeto oscuro, misterioso; de una secta que pretende dominarlo todo; de una secta que tiende de una manera tenaz á apoderarse de Roma, constituyendo con una mayoría de sus miembros el cónclave. Vuestra majestad nada hace para que las vacantes de cardenales se provean en jesuitas. Las transacciones de vuestra majestad con Roma son contrarias á esto, y la poderosa Compañía de Jesús es enemiga á muerte de vuestra majestad.

—Suposiciones aventuradísimas, y aun pudiera decirse que calumnias, Esquilache, contra los hijos de San Ignacio. ¿Por qué habrán ellos de pretender apoderarse del papado? Qué, ¿no son sacerdotes católicos, y como tales hijos obedientes y amantísimos del papa?

—¿Quién sabe lo que son los jesuitas, señor?—exclamó Esquilache.—¿Quién sabe lo que se oculta tras su apariencia católica? ¿Quién conoce el objeto hácia el cual marchan de una manera tan tenaz?

—Tú te has empeñado en perderte, Esquilache,—

dijo el rey,—y preveo que todo mi poder no es bastante para salvarte; tú te haces eco de rumores absurdos, tú te pones frente á frente de una sociedad poderosa, que puede envolverte en una desgracia si se apercibe de tu enemistad.

—Eso es ya despues; los jesuitas y yo sabemos á qué atenernos los unos respecto al otro, y si yo hablase...

—Pues mira, te mando hablar, Esquilache,—exclamó el rey.

—Yo no; no en mis dias,—exclamó Esquilache;—basta con que yo me lance al combate por vuestra majestad; pero no diré ni una sola palabra más, aunque vuestra majestad me mande hacer pedazos.

—Bien, bien,—dijo el rey;—perfectamente: hé aquí uno que se llama nuestro amigo, nuestro súbdito más leal, y que, sin embargo, calla al rey un secreto indudablemente gravísimo.

—Por lealtad y por afecto, señor; basta con que yo deshaga la tempestad; pero yo no amargaré nunca el alma del rey mi señor.

—¿Sabes tú que yo he sido jesuita?—exclamó el rey, saliendo de improviso de su reserva y asiendo violentamente una mano á Esquilache, en completa oposicion á su carácter de siempre.

—Lo ignoraba, señor,—dijo espantado Esquilache.

—¡Ah! ¿lo ignorabas? ¿luego se trata de otro secreto?—exclamó el rey.

—Ni hecho pedazos, lo repito, señor, revelaré á vuestra majestad ese secreto, ni ahora, ni luego, ni nunca; pero combatiré con todas mis fuerzas las asechanzas contra vuestra majestad.

Cárlos III era extraordinariamente terco.

Tal vez era este el punto más culminante de su carácter.

Se irritó.

Se descompuso como nunca le habia visto descompuesto Esquilache, que volvió á tener miedo, y un miedo más terrible que el que habia sufrido antes.

Y sin embargo, se mantuvo firme.

El rey no pudo arrancarle aquel secreto.

Nuestros lectores le conocen.

Mentira ó verdad, calumnia ó revelacion, aquel secreto era la bastardía del rey.

¿Y cómo revelar esto á Cárlos III sin exponerse á ser víctima de la explosion?

Esquilache aterró al rey.

Pero le dejó en la ignorancia.

Al cabo de una hora de combate, salió de la cámara real triunfante por el momento.

Se le dejaba en libertad de obrar de una manera enérgica contra los embozados y las tapadas.

Esquilache tenia la seguridad de conjurar la tempestad.

Capitulo XXIX.

De qué manera pudo una cuerda de ahorcar ir á las manos de la princesa de Astúrias.

Salmedina, aprovechando una salida de la princesa para ir á rezar á Atocha, salida que sin duda tenia la intencion de dejarle en libertad, se apresuró á presentarse por sí mismo en la habitacion que Cascajares tenia en los sotabancos de palacio.

—Yo no sé,—dijo Cascajares, haciendo su guiño habitual,—por qué tenia yo la seguridad de la alta honra de que vuecencia viniese á visitarme: me zumbaba tenazmente el oido izquierdo, y me picaba de una manera rabiosa la punta de la nariz: siempre que me ha sucedido esto, me ha sobrevenido una gran visita, una visita importante.

—Sois el pícaro más original que he conocido, señor Cascajares,—dijo el conde.

—Muchas gracias, excelentísimo señor; vuecencia me honra, y yo no puedo ménos de conmoverme de agradecimiento. La señora princesa...

El conde y Cascajares estaban solos.

Bien es verdad que aunque en el pequeño aposento en que se habian encerrado hubiera estado presente Eduvigis, hubiera importado muy poco, porque ella y su marido eran una sola y conjunta persona.

Se habian identificado de tal manera, que cuando el uno se sentia malo el otro se afectaba de la misma dolencia.

Se completaban y se ayudaban.

—Y bien, ¿qué teneis que decirme de su alteza?—exclamó vivamente el conde, interrumpiendo á Cascajares.

—Su alteza, señor conde,—dijo Cascajares,—me ha ordenado que á todo trance, por importar mucho á gravísimos intereses, procure una entrevista secreta y segura á su alteza y á vuecencia; de modo que yo no he podido ménos de pensar en el medio, y no he encontrado más que uno algo extraño, es cierto, pero cuando las circunstancias son graves... Pensar en que su alteza salga del palacio, como ya aconteció recientemente, seria una locura, seria aventurarse en un peligro probable; y la prudencia, cuando se trata de personas tales como su alteza, nunca es sobrada. Pues pensar que vuecencia puede entrar en las altas horas, cuando ya está retirada la servidumbre, en el cuarto de su alteza, seria el mayor desacuerdo del mundo; las personas reales

viven siempre en público, señor conde; nadie lo sabe mejor que vuecencia; cuando se retira la servidumbre, que es de suyo entrometida, oledora y chismosa, quedan los centinelas de alabarderos: un público más reducido, pero siempre un público, y más grosero aún que los otros. Si viesen á vuecencia avanzando en direccion al cuarto de su alteza, en cuanto los relevasen se apresurarian á contarlo en el cuerpo de guardia, y el cuento pasaria de los alabarderos á sus comadres y de sus comadres á todo Madrid. Ya se ve, en este maldito palacio no hay un solo pasadizo secreto, y eso que sus muros son gruesos que mete miedo. ¡Lo que podia haber en estos muros si se hubiera pensado en ello! Pero no se ha pensado desgraciadamente, y nos encontramos con la falta.

—Bueno, bien,—dijo el conde;—todo eso es cierto, ciertísimo; pero vos, que sois extraordinariamente ingenioso, habreis encontrado un medio.

—Pues ya lo creo: permítame vuecencia.

Y se levantó.

Fué á una papelera, la abrió, sacó de ella un objeto envuelto en un papel, y lo entregó al conde, diciéndole:

—Hé aquí el medio, excelencia.

El conde desenvolvió con extrañeza el objeto contenido en el papel, y se encontró con una garrucha de hierro.

—Y bien,—dijo el conde,—comprendo; pero ¿de qué manera?

—Me he provisto además,—añadió Cascajares,—de unas treinta varas de cuerda de ahorcado.

Sintió un repeluzno, una especie de escalofrío, y cómo si se le despegara la carne de los huesos, todo á un tiempo, el conde.

—La cuerda de ahorcar,—dijo Cascajares impasible,—es de cáñamo, pero tambien de tripa: delgada y todo, puede sostener enormes pesos á causa de su fuerza. Pues bien, señor conde: el hierro de esta ventana es fuerte: asegurada la garrucha á ese hierro, no hay temor de que falte: sentado vuecencia en un lazo en la cuerda, pasada la cuerda por la garrucha, que está perfectamente ensebada y no suena, vuecencia mismo puede descolgarse facilísimamente hasta el balcon que está debajo perpendicularmente de esa ventana. Ahora bien: vuecencia se retirará con el resto de la alta servidumbre á las diez: á esa hora empiezan á agonizar los faroles: á las doce la noche estará lóbrega, y los centinelas del recinto no podrán apercibirse de un bulto que se deslizará sin ruido pegado al muro entre las pilastras: los salientes de la arquitectura ayudarán á vuecencia para bajar con mucha más comodidad, y como su alteza estará prevenida y con el balcon abierto, hé aquí que no puede ser más secreta la entrevista entre su alteza y vuecencia.

—El medio es tan bueno como cualquier otro, aunque un poco cicatero,—contestó el conde;—pero hay que convenir, señor Cascajares, en que vosnc os atajais por nada.

—¡Ah, señor conde! para ocupar el delicadísimo puesto mio, es necesario abrir bien los sentidos: á estos señores, cuando mándan, no se les puede salir con disculpas; lo creen todo fácil y hacedero, y sois perdido si les oponeis la más leve dificultad.

—Y bien, señor Cascajares,—dijo el conde;—creo que estamos convenidos.

—¡Oh sí, excelentísimo señor!—dijo Cascajares;—cuando vuecencia se retire del cuarto de su alteza, y por más que entonces sea aun temprano, yo creo oportuno que vuecencia suba inmediatamente á mi cuarto; así se evitará el que vean que vuecencia vuelve á palacio á una hora intempestiva: es necesario tener cuidado, porque se repara, y más que lo que vuecencia puede creer: ya se ve, como esta gente está acostumbrada á atisbar, y si no atisba y huele, no tiene otra cosa que hacer...

Y Cascajares se permitió un guiño harto significativo.

—De modo, señor Cascajares,—dijo el conde,—que si no es oportuno que me vean entrar entre once y doce de la noche, indudablemente será mucho ménos oportuno el que me vean salir entre tres y cuatro de la mañana.

—¡Ah! todo se reduce á que yo haga una nueva compra de cuerda.

—¡Cómo, señor Cascajares!

—Si con quince varas no se llega al suelo, á la calle, indudablemente se llegará con treinta; y ha-

biendo de ser la cuerda doble, fuerza es comprar sesenta.

—Esa cuerda debe costar cara, señor Cascajares, porque la cuerda de ahorcado no está sin duda al alcance de todas las fortunas.

—Así, así, excelentísimo señor,—respondió Cascajares.

—Así pues, y sin que por esto os ofendais vos, me permitireis que yo pague la cuerda y la garrucha.

Y el conde sacó su bolsillo, que estaba bien repleto, y le dió á Cascajares.

—Pues, excelentísimo señor,—dijo éste,—aquí hay para comprar cuerda para todos los ahorcados del mundo.

—Guardadlo, señor Cascajares, y pedid á Dios que estas entrevistas para las cuales se aprovecha la cuerda para ahorcar, no tengan un resultado funesto.

—¡Ah, señor conde, señor conde!—exclamó Cascajares;—la vida está llena de inconvenientes y de peligros; los únicos que pueden vivir en paz son los tontos y los pobres.

—Me vuelvo á mi guardia, señor Cascajares; adios y hasta la noche.

—Hasta la noche, excelentísimo señor.

El conde se volvió al cuarto de los gentiles-hombres, harto preocupado y pensativo.

Era la primera vez desde que se habia casado que faltaba de noche á su casa.

Margarita debia sufrir extraordinariamente á causa de esta falta.

Debia comprender el motivo de ella.

Habian sobrevenido ya los inconvenientes de la difícil situacion del conde.

Mientras habia durado el enojo de María Luisa, todo habia ido bien, aunque el conde hubiese sufrido el amargor de verse desdeñado por ella.

Pero en cambio Margarita habia vivido satisfecha.

Ignoraba completamente los amores de su marido con Ana del Rey.

El conde no habia faltado nunca á las horas de costumbre á su casa.

Esto es, á casa de la marquesa de Vallezarzal, donde continuaban, porque Magdalena se habia empeñado en ello.

Decia, y tenia razon, que su casa era más bella y más alegre que la de su sobrino.

A más de eso, los hombres paran poco en la casa, y Margarita debia fastidiarse grandemente cuando se quedase sola, ó de no, el conde debia privarse absolutamente de su libertad.

A todo se atendia siendo la casa de la marquesa la casa de los esposos.

A más de esto, todo el mundo sabia que el conde de la Salmedina era el heredero de la marquesa de Vallezarzal.

Así pues, los esposos estaban en su propia casa, lo que no queria decir que el conde no mantenia abierta y con servidumbre la suya de Puerta Cerrada, en la que habia vivido mientras habia permanecido soltero.

La circunstancia de vivir con ellos Magdalena contrariaba extraordinariamente al conde en la nueva situacion de intimidad en que se encontraba con María Luisa.

Margarita podia ser prudente conociendo la fuerza de las circunstancias.

Pero respecto á su tia, Salmedina estaba seguro de que no transigiria con estas faltas nocturnas.

La situacion del conde era todo lo difícil que podia ser.

No podia usar libremente de su tiempo sin lastimar el corazon de Margarita, ni sin echarse encima una tormenta de parte de su tia.

¿Y cómo renunciar á María Luisa?

Margarita habia de ser para él una dificultad y un empeño, y María Luisa era una gran dificultad y un peligro.

Margarita era únicamente suya, y la princesa pertenecia á otro hombre.

Todo concurria á empeñar al conde por la princesa y á hacerle no reparar en las imprudencias.

Además de esto, se le ordenaba por los Invisibles continuase en aquellos amores.

El debia á los Invisibles la posesion de Margarita, y aun pudiera decirse que tambien la de la princesa, porque sin la aventura del encuentro de Margarita él no hubiera ido al palacio del Pardo aquella noche, y no hubiera podido encontrarse con la princesa.

A no ser por los Invisibles, Margarita no hu-

biera sido llevada tan cerca del palacio del Pardo.

Habia, pues, una cadena, entre cuyos eslabones habia encontrado el conde aquellos sus amores, que le embriagaban, que constituian para él un solo amor completo, dividido entre tres mujeres.

Pero la contravencion á las costumbres no se comete impunemente, y el conde de la Salmedina pagaba á un muy alto precio la satisfaccion de su amor.

María Luisa volvió á palacio á la hora de la comida.

Los gentiles hombres de servicio, así el grande como el pequeño, y las damas y las camaristas, comian con la princesa segun lo establecido por la etiqueta.

María Luisa estuvo admirable.

A pesar de que Cascajares habia tenido tiempo para decirla que aquella noche esperase al conde entre once y doce en el balcon de su cámara; á pesar de que la violencia de sus pasiones y la violencia con que amaba al conde, la hacian sentir una impaciencia insoportable por la llegada del momento en que su hermoso y enamorado conde de la Salmedina debia entrar por el balcon de su cuarto, estuvo tranquila, indiferente, graciosa, de la misma manera que si en vez del conde de la Salmedina hubiera estado de servicio cualquiera de los otros grandes.

En los palacios se aprende á mentir y á disimular, y los que han nacido en ellos tienen la mentira y el disimulo por naturaleza.

Pero sin embargo, la princesa encontró un medio

delicado para que si el conde, como ella se decia juzgando por sí misma, se impacientaba, no se impacientase de una manera enojosa.

Hizo durar la comida de una manera ilimitada hasta más allá de las diez de la noche.

Jamás la comida, ó más bien la cena, se habia prolongado hasta tan tarde.

Cuando concluida la cena y vuelta á su cuarto la princesa dió la órden de que se retirase la servidumbre, ya era hora de que el conde de la Salmedina fuese al cuarto de Benito Cascajares.

La princesa se habia recogido.

Cuando se retiraron las doncellas, María Luisa se levantó, se puso una preciosa bata de seda, color violeta, ricamente bordada; afianzó por dentro las mamparas de las dos habitaciones anteriores por el uno y por el otro lado á su dormitorio; llevó á uno de ellos la rica lámpara de noche que ardia sobre uno de esos admirables veladores de mosáico que enriquecen todavía el palacio real, formando parte de las hechuras artísticas que hacen de él un museo; dejó completamente á oscuras el dormitorio, y sola, delirante, se fué al balcon que le habia indicado Cascajares, y le abrió agitada, con los nervios excitados, latiéndola el corazon de una manera insoportable, faltándole aire para respirar.

A esto se unia, para aumentar su padecimiento, un miedo horrible.

No temia ciertamente ser sorprendida por el príncipe ni por nadie.

En los cuartos de las reinas y de las princesas de España, segun la antigua etiqueta, no entraba nadie, hasta donde ellas estaban, ni el rey, ni el príncipe, si no se anunciaban antes.

En cuanto á la servidumbre, no avanzaba jamás del lugar que la estaba destinado, ni pasaba, ni por casualidad, de una cierta línea, sino cuando se la llamaba.

La princesa, pues, no podia ser sorprendida.

No era este su miedo.

Pero temia que la cuerda por medio de la cual debia descolgarse hasta el balcon el conde, se rompiese, y cayese y se matase sobre la acera que rodeaba á palacio.

Podria suceder que un centinela que tuviese ojos de mochuelo se apercibiese del conde durante su descenso, á pesar de la oscuridad, é hiciese fuego sobre él.

Este temor, sin embargo, llegaba á la exageracion; porque la noche era de tal manera lóbrega, que no podia verse, ni aun por el hombre de mejor vista, un bulto ni á tres pasos de distancia.

Todos estos temores asaltaban y dominaban, y se hacian sentir terribles de la princesa, en tanto que abria el balcon.

Pero al abrirse ahogó un grito de alegría.

Habia sentido al conde que adelantaba y que la estrechaba palpitante el corazon entre sus brazos.

Un momento despues se cerraba el balcon.

—Trae la luz,—dijo la princesa,—no quiero estar

á oscuras; quiero verte, conde mio, quiero hartarme de mirarte sin miedo de que nadie nos observe: mira, la lámpara está ahí, en mi retrete, en un ángulo. ¡Oh, Dios mio! pero déjame, conde, ve pronto, ¿no oyes que quiero verte?

El conde buscó la lámpara de noche y volvió con ella.

—Mira, conde,—dijo la princesa;—enciende las bujías de todos los candelabros; quiero verte con la mayor luz posible.

—Pero mañana repararán en que esas bujías han sido encendidas.

—¿Y qué me importa? ¿acaso no puedo yo haber tenido el capricho de iluminar *á giorno* para dormir mi gabinete? ¿y luego, qué me importa todo? ¿crees tú que no me voy yo á cansar muy pronto de todas estas precauciones?

—¡Ah, María de mi alma! ¡si supieras!

—¿Y qué he de saber? no me asustes, Luis; ¿qué tienes tú que decirme?

—En primer lugar, que yo soy un tanto supersticioso.

—Bien, bien; no parece sino que te propones atormentarme más y más: yo tambien soy muy supersticiosa.

—Pues bien, mi adorada María: para descolgarme hasta tu balcon, desde una ventana del cuarto de Cascajares, me he valido de una cuerda de ahorcado.

—¡De una cuerda de ahorcado!—exclamó, poniéndose mortalmente pálida, la princesa.

—De ahorcado precisamente, no,—dijo el conde;—pero sí de la misma cuerda que sirve para ahorcar. Cascajares ha temido que otro género de cuerda no fuese bastante fuerte, dado lo delgada que era necesario fuese para pasar por una garrucha pequeña de hierro.

María Luisa miraba de una manera espantosa al conde.

Temblaba toda.

—¡Ah! ¡has llegado hasta mí,—exclamó,—valiéndote de una cuerda de ahorcar! ¿y cuándo? cuando yo he consumado mi traicion contra mi buen papá Cárlos.

—¡Cómo!

—Sí, le he decidido á que permita á ese bandido de Esquilache la publicacion de su bando contra los mantos, las capas y los sombreros.

—¡Oh! esto producirá un motin.

—Sí, un motin que terminará por una revolucion.

—¡Ah! es muy posible.

—Sí, es muy posible que el buen papá tenga que huir; y como los leones no huyen, cuando un rey huye deja de parecer leon para parecer gato; por lo mismo yo tendré mucha cuenta para que mi augusto esposo no huya: no ciertamente: yo haré que nosotros seamos los que pacifiquemos el motin; los españoles no se pueden pasar sin rey, y ya comprendes...

—¡Oh! sí, es muy posible,—dijo el conde;—y esto, bien considerado, es un gran sacrificio por mi parte: es el sacrificio de mi honor, porque será necesario

que yo me deje batir; de otro modo, yo sujetaría con sólo mi regimiento á todo Madrid que se amotinase.

—Pues mira, conde,—dijo la princesa, que estaba abandonada en los brazos de Salmedina;—déjate batir, por supuesto cuidando de no comprometer tu vida: nada te importe que tu honor militar perezca por el momento: cuando yo sea reina, soy capaz de influir en mi augusto esposo para que declare la guerra á Portugal, esto es más cómodo que declararla á Francia, y te envie con cuatro compañías, á que pongas en órden á los portugueses: deshónrate ahora por tu María Luisa, mi adorado Luis, que despues cuando sea reina tu María Luisa, se deshonrará por tí.

—¡Ah! tu deshonra no, adorada mia,—exclamó el conde:—siempre el misterio.

—¡Oh! ¡sí! has necesitado valerte para llegar hasta mí de la cuerda de un ahorcado y de una noche oscura como boca de lobo; no, no, amor mio: las cosas van á cambiar: las torpezas de Esquilache van á producir su fruto: ese bando levantará el motin, y como habrá quien sople el motin y quien pague toda la gente que sea necesaria, el motin se convertirá en una revolucion. Huirá Esquilache, huirá el rey: yo asiré á mi marido de la mano, y le presentaré al pueblo alborotado: el pueblo le aclamará, porque habrá entre el pueblo alborotadores prevenidos: mi marido dirá que él no puede aceptar la corona mientras no abdique voluntariamente papá, y papá abdicará, porque comprenderá que le tiene más cuenta

abdicar que tenerse firme alegando su derecho, cuando no tenga fuerza para sostenerle: esto va por sus pasos contados: nuestros amigos ó nuestros superiores, ó nuestros amos, como mejor quieras, no se meterian en esto si no estuviesen seguros del triunfo.

—¡Ah! los Invisibles.

—¡Diablo de Invisibles! Por supuesto, no hablemos mal de ellos, no sea que nos oigan y se enojen; ellos están en todas partes: hasta en el aire que al respirar se nos entra por las narices; además de esto, yo estoy muy contenta de ellos y resuelta á ser siempre su amiga.

—¡Ah! yo los sirvo con toda mi voluntad.

—Pues bien; sírvelos cuanto mejor puedas, porque sirviéndolos te sirves á tí mismo y me sirves á mí. ¡Oh! ¡cuando yo sea reina, entonces tú serás príncipe!... ¡qué sé yo! ¡el rey de hecho! ¡Oh! ¡cuánto te adoro! ¡Sin embargo, tú eres un miserable, conde!...

—¡Oh! ¡un miserable!—exclamó con acento de dulce reconvencion el conde;—yo me he visto obligado á obedecer.

—¡Ah! ¡no, no! yo no te llamo miserable porque te hayas casado con Margarita: con alguna habias de casarte, de alguna manera habia de hacerse para acercarte á mí, hoy que soy esclava, hoy que no mando, hoy que estoy bajo el dominio del rey, acechada por hombres siempre dispuestos á comprometerme, y que no pisarian los pavimentos de palacio si yo fuera reina. ¡Oh! cuando yo sea reina, todos los que

entren aquí, todos los que estén al rededor del trono serán mios, y no tendrá el poder más que el que sea verdaderamente mio: tú; los demás serán nuestros satélites, nuestros dóciles instrumentos, que irán por donde nosotros les mandemos ir: nosotros lo seremos todo; al rey, al buen rey mi augusto esposo, le dejaremos cazar, comer y dormir á su gusto; tú serás su grande amigo, su inseparable, sin el consejo del cual no se atreverá ni á estornudar; no, Luisito, como te llamará el bonachon; ¡oh! ¡qué desgracia, Luis, qué desgracia la de nosotras, hijas de casas reales! se nos casa como más conviene á la política, y ¡cuántas veces somos víctimas sacrificadas á la paz del mundo! nosotras no podemos tener corazon... pero esto es ya muy viejo, y no me gusta decir vulgaridades... No, yo no te llamo infame porque te hayas casado con Margarita; esto ha sido necesario por más de una razon; yo no tengo celos tampoco: tú no puedes amar á otra que á mí; ¿qué ha sacrificado por tí ella? ¿Seria ella tu querida si tú te hubieses casado con otra? Yo no tengo tampoco celos de su hermosura: la hermosura hastía muy pronto, la hermosura nos causa por una posesion continuada; pero no hastia la ambicion, Luis: no hastía la pasion de una reina cuya adoracion por un hombre la constituye en esclava; no, la ambicion es la cumbre de aquella montaña á la que el diablo llevó á Jesus; se ven desde ella horizontes maravillosos, y es necesaria la santidad de Jesus para no hacerse esclavo, y esclavo voluntario de la ambicion, esclavo irredimible; no, yo no tengo celos de

nada ni por nada, Luis; y además, que aunque yo no fuese reina me amarias con toda tu alma, porque yo tengo espíritu para hacerme adorar, no sólo de tí, sino de otro cualquiera.

—¡Oh, gloria mia!—exclamó el conde;—tu hermosura, tu encanto, tu espíritu, sí, ellos son mi amor; pero tu poder, el poder que puedes tener en adelante, la ambicion no.

—Mejor, Luis, mejor, así te quiero más,—dijo la princesa mirando con una pasion infinita al conde;—convengamos ahora en que yo no tengo celos; y francamente, aunque los tuviera, los ocultaria, los devoraria, no te los daria nunca, y acabaria por curarme de ellos por altivez.

—Es que tu amor se ha sobrepuesto á tus celos,—exclamó el conde con una impertinencia de que en ciertas situaciones no se libra el hombre más discreto, por aquello de *aliquando dormitat*,—tú has obedecido, tú has callado, pero te has irritado y me has dejado sentir tu enojo: y hé aquí mi más hermoso triunfo: mi amor te ha vencido.

—Hé ahí tu infamia,—exclamó María Luisa;—hé ahí tu iniquidad, por la que has merecido que yo me desencante y te desprecie; sí, eso es: tú te decias:—«Sufre, irrítate, pobre esclava; ¿por qué he de buscarte yo, por qué he de suplicarte? tú vendrás á mis brazos vencida por tu amor, y te considerarás dichosa, la más dichosa de las mujeres, si yo no te rechazo.»—¡Oh! el hombre es el eterno tirano, el

miserable que ruega, que se humilla, que llora, que se desespera cuando desea, y que se levanta soberbio cuando obtiene.

—Yo te he buscado María, yo me he puesto á tu paso.

—Sí, pero cuando yo, para probarte, te he dejado ver un desden que no consistia más que en la apariencia y débilmente, tú has empalidecido de furor, te has retirado ceñudo, en vez de insistir, de suplicar.

—Eso prueba que no me une á tí la ambicion, sino el corazon: el corazon es muy altivo, María, y se lastima de todo.

—Y bien,—exclamó la princesa,—todo esto es molesto: y soy tuya, porque soy tuya, y soy tuya de veras, tu esclava; cuando una mujer enferma de amor como yo he enfermado por tí, su curacion es imposible: es más, no quiere curarse; adora su enfermedad, tanto más cuanto es más dolorosa; yo soy tuya, tuya, tuya: yo seré tanto más feliz, cuanto más tú me agradeces mi locura por tí, cuanto tú más sacrifiques por mí, puesto que por tí lo sacrifico yo todo y estoy resuelta á todo. Pero dejemos esto, porque seria no acabar nunca; tú sabes cuánto yo te amo, tú sabes que tú eres mi primer amor; yo sé que tú serás mi último amor, ó el amor de toda mi vida.

—¡Oh! ¡quién sabe! ¡en la córte!...

—¡Ah! ¡celos! pues me alegro; bueno será que sepas lo que son celos: ¡ah! son muy amargos; pero

ellos subliman el amor, ellos le fijan; ¡oh, sí, sí! ten celos, Luis; así me amarás más. ¡Oh! si yo supiera cómo podia encelarte, aunque los celos te volvieran furioso... pero no, no: tú no puedes tener celos de mí, tú sabes que yo no puedo amar á otro que á tí... ¡Pero, Dios mio, yo me olvido de que tengo que decir algo muy importante, de que por eso principalmente te he llamado esta noche, de que no puedes estar aquí mucho tiempo: yo me olvido de todo mirándome en tus ojos; oye, Luis: es necesario que vayas inmediatamente á buscar al padre maestro, que tú le digas que yo he triunfado, que el rey ha autorizado al fin á Esquilache para que publique su bando sobre las capas y los sombreros; esto es muy importante, y tan importante, como que indudablemente mañana se pregonará y se fijará en todos los lugares públicos; el bando es muy severo, é indudablemente Esquilache tomará precauciones: tú no has ido á tu casa; de seguro tienes desde hace algunas horas en ella una órden que te verás obligado á obedecer como coronel del segundo regimiento de walones; por consecuencia, no puedes permanecer aquí: tal vez estás faltando, y una falta tuya en estas circunstancias podria ser funesta; si Esquilache, que está muy prevenido contra tí y contra mí, sospechase, te quitaria el mando de tu regimiento y lo daria á otro coronel tan de su confianza como ese brutal marqués de Priego; así pues, conde mio, sólo te concedo un cuarto de hora á mi lado.

En efecto, el conde de la Salmedina permaneció

muy poco tiempo despues al lado de la princesa; ésta abrió á su vez, apartando la luz del dormitorio, el balcon.

La noche continuaba siendo tenebrosa.

La cuerda pendia sobre el balcon.

El conde tiró de ella, pero de arriba no respondió otro tiron.

Cascajares habia asegurado al conde que él no se quitaria de la ventana ni dejaria de tener asida la cuerda para contestar al conde cuando la atirantase con otro tiron.

Esto debia hacerse para que Cascajares, despues de haberse descolgado el conde á la calle, recogiese la cuerda.

Cascajares supuso que el conde permaneceria por lo ménos tres horas al lado de la princesa, y no creyó necesario permanecer en la ventana cuerda en mano esperando el tiron de aviso.

Pero el conde apenas si permaneció una hora al lado de la princesa, y aconteció que cuando llegó el tiron encontró al insigne Cascajares desertado de su puesto de honor.

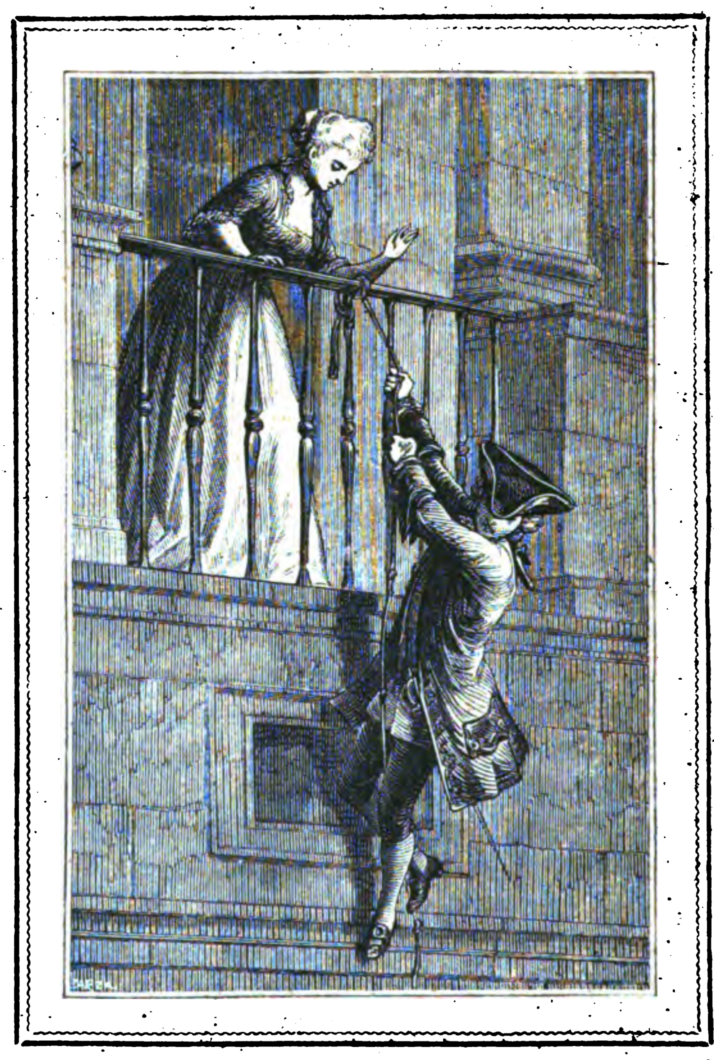
El conde tiró por dos, tres, cuatro veces.

No contestó el tiron de Cascajares.

Informó á la princesa.

—Y bien, no importa,—dijo ésta;—yo tiraré de la cuerda y la recogeré, con tal de que no esté anudada en su otro extremo y no pueda acabar de pasar por la garrucha.

Se reconoció el extremo de la cuerda.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Y empezó á descolgarse con gran emocion de la princesa.

No tenia nudo alguno.

Entonces el conde, metido ya en el lazo, salvó silenciosamente el balaustre del balcon, y empezó á descolgarse, con gran emocion de la princesa, que temia ya que la cuerda se rompiese, ya que un centinela se apercibiese.

Pero nada de esto aconteció.

María Luisa, que tenia la mano tocando á la cuerda y la sentia deslizar, notó al fin muy pronto que dejaba de correr y que perdia su tirantez.

La asió, y tiró de ella.

Contestó otro tiron á plomo.

El conde estaba ya en la calle.

La princesa sintió el paso del conde que se alejaba, y luego el ¡quién vive! de un centinela.

—Gentil-hombre de su majestad,—contestó el conde.

Los pasos de éste se perdieron al fin á lo lejos.

María Luisa tiró de la cuerda, y la retiró al fin completamente.

Cerró el balcon, y metió la luz en su dormitorio.

Examinó la cuerda, no sin una repugnancia terrible.

Era de poco grueso, como el que podrian procurar tres cuerdas de violon juntas, pero de una fuerza excesiva.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó la princesa.—¡Y esto sirve para ahorcar! Dios quiera que el haberse valido él de esta cuerda para llegar hasta mí, no sea de mal augurio para los dos.

Capítulo XXX.

De como en ciertas situaciones no se puede contar más que hasta cierto punto con un hombre de honor.

El dia siguiente era el 10 de Marzo de 1766.

A las diez de la mañana se puso á recorrer las calles de Madrid un bando, no así como se quiera, sino solemnemente.

Iba delante del piquete la música y la banda de tambores, pífanos y trompetas del segundo regimiento de la guardia walona.

Dos compañías de granaderos, formadas por mitades, llevando la primera mitad de la primera la bandera del batallon, formaban la escolta.

Al frente de estas compañías iban el coronel del regimiento conde de la Salmedina, á caballo, y á caballo tambien el teniente coronel, marqués de Dos Puentes.

Entre la primera y la segunda mitad de la primera compañía, iban un escribano de cámara á caballo, y junto á él, á pié, el pregonero de la Villa.

Detrás iban cuatro alguaciles de cámara, á caballo tambien.

A seguida dos hombres, uno de los cuales llevaba un gran rollo de papeles impresos, que no eran otra cosa que el bando, y otro con un gran puchero y una brocha, para fijar aquel bando en los lugares más públicos.

No se veia un solo soldado por la calle.

Lo que queria decir que, por una prevencion y para contener, si era necesario, desórdenes, las tropas estaban en los cuarteles.

En efecto, el conde de la Salmedina, despues de haber avisado en el convento de Santo Tomás al padre maestro don fray Lorenzo, segun se lo habia encargado la princesa de Astúrias, de que el rey habia autorizado á Esquilache para publicar el bando contra los mantos, las capas y los sombreros, se habia ido á su casa.

Margarita le esperaba sin desnudarse.

Le recibió tranquila y sonriente y enamorada como siempre, y le dió un pliego que en las primeras horas de la noche habia llevado un ordenanza de la capitanía general.

Aquel pliego contenia un oficio del capitan general, por el cual se mandaba al conde de la Salmedina, que luego luego que recibiese aquella órden, se personase en el cuartel de su regimiento, le pusiese

sobre las armas, y permaneciese á su frente esperando órdenes.

El conde aprovechó aquel pretexto para disculparse de su tardanza aquella noche.

Eran las dos de la mañana.

Alegó con una gran serenidad á Margarita, que en el momento de salir de su servicio en palacio habia recibido una órden de los Invisibles, que le habian retenido hasta entonces, dándole instrucciones para el caso de una insurreccion que se creia inminente.

Margarita creyó todo lo que el conde la dijo, porque no queria dudar de él.

Pero se mostró gravemente cuidadosa por el peligro en que los servicios que los Invisibles exigian de él podian ponerle.

Salmedina cambió su uniforme de gentil-hombre por su otro uniforme de capitan general coronel de guardias walonas, abrazó á Margarita y se fué al cuartel con Baltasar.

A las ocho de la mañana recibió otra órden, en que se le mandaba que á las once del dia estuviese en la plaza de los Consejos con la música y la banda, y la bandera del primer batallon de su regimiento, acompañado del teniente coronel y con dos compañías de granaderos.

Hé aquí por qué el conde de la Salmedina iba al frente de aquel bando, al que se daba una gran importancia, una gran solemnidad con aquel aparato inusitado.

A las doce partió el bando con gran estruendo de música, tambores y trompetas, de la casa de los Consejos.

Avanzó por la calle Real de la Almudena, y se pregonó por primera vez en la plazuela de la Villa.

Mientras se pregonaba el bando fué fijado doble en la puerta de la casa de ayuntamiento.

El bando siguió por la calle Mayor á Platerías, y entró en la Plaza Mayor por la calle de la Amargura, por la que hoy se llama del 7 de Julio.

Allí el bando fué solemnemente pregonado en medio de una multitud inmensa, compuesta de los vendedores del mercado que entonces había en la Plaza Mayor.

Las murmuraciones no se hicieron esperar mucho tiempo.

Allí, en torno de los soldados y oyéndolos el gobierno, se permitieron amenazas, y estas amenazas no tardaron en tener ejecucion.

Aquella noche, todos los bandos que habian sido fijados en las esquinas fueron arrancados, y al siguiente dia apareció un cartel alarmante y sedicioso, que decia:

¡Abajo Esquilache! ¡Abajo las reformas del extranjero! ¡Viva España!

Esto irritó á Esquilache de una manera extraordinaria.

En vez de hacerle comprender que era un disparate y una temeridad pretender que los españoles cambiasen de costumbres, se irritó.

Al dia siguiente los alcaldes de casa y córte con sus alguaciles recorrian las calles, reconviniendo por su desobediencia á los que encontraban con capas, sacando multas y metiendo en la cárcel á los que resistian enérgicamente á las medidas irritantes, y haciéndoles entrar en los portales para recortarles las capas y apuntarles los sombreros.

Esto era altamente ridículo.

Los alcaldes de casa y córte, para llevar á efecto esta operacion, llevaban consigo sastres, dando lugar á lances ridículos ó desagradables en que se apelaba á las espadas, como sucedió, entre otros casos, con un lacayo del marqués de Cogolludo.

Este indivíduo, en vez de dejarse conducir pacientemente á un portal y recortar allí la capa y apuntar el sombrero, tiró de la espada, de que por aquel tiempo andaban provistos todos los españoles de todas clases y condiciones, y la emprendió con el alcalde de casa y córte, al que dió una cuchillada, apaleó á los alguaciles, se fué á tomar sagrado á casa de su amo, y su amo, tomándolo tambien por todo lo alto, se fué á palacio, y alegando privilegios y esenciones, y no sé cuántas cosas que queria comprendiesen, tambien á sus criados, dió al rey un disgusto de tal manera mayúsculo, que el rey no pudo por ménos de desterrar al marqués de Cogollado, que en vez de irse al destierro se puso á conspirar y á revolver contra Esquilache á todas aquellas personas que dependian de sus amigos, que hicieron causa comun con él.

Observóse tambien que los hombres del pueblo dieron en no salir sino en grupos de cuatro ó seis armados, y en pasar por delante de los cuarteles embozados y con los sombreros echados á la cara.

Provocacion significativa que debia haber sido para Esquilache un advertimiento, del cual, sin embargo, no hizo caso.

Se obstinó.

Se encomendó al mariscal de campo don Francisco Ravayo, comandante de Inválidos, el encargo de hacer cumplir el bando auxiliado por sus tropas, y sucedieron nuevas colisiones, nuevos escarnios del pueblo.

Ya sabemos que este bando se habia arrancado casi violentamente á Cárlos III.

Ya con anterioridad los fiscales del Consejo de Castilla, en dos informes diferentes, representaron de una manera franca y enérgica lo peligroso é inconveniente de esta reforma.

Especialmente cuando se pretendia hacerla extensiva á todas las clases del pueblo, la encontraban una razon de tumultos, contraria al fomento y á la prosperidad de las fábricas nacionales, de las cuales se hacia un gran surtido de paños para capas y de fieltros para sombreros.

Encontraban asimismo injustos los medios de la ejecucion, y en otros muchos conceptos como imprudentes, y habia concluido proponiendo una manera más conveniente para que llegase á corregirse el abuso de los embozados.

Pero todas estas prudentes observaciones de aquellos magistrados, fueron desatendidas.

En uno de estos informes se decia terminantemente lo que sigue:

«Las capas largas son de nueva introduccion... y se miraron en la consulta del Consejo de 31 de Agosto de 1745 como un verdadero disfraz con que lo estimado en la real órden en esta parte es muy arreglado. Verdad es, que desde aquel año ha cundido la capa larga en todo el reino, y la reforma es muy difícil, y pide tiempo y medios; al contrario, las capas cortas fueron el traje general de esta nacion, con ropilla y espada, etc.»

Más adelante, proponen los fiscales:

«Que las capas que se hicieren despues del bando sean cortas, de modo que les falte una cuarta ó poco ménos para llegar al suelo. Que la pena sea solo de un peso por el sombrero redondo que se aprenda... Que las capas y sombreros que en adelante se hagan sean de paño y fábricas del reino, y lo mismo los redingotes... Que los embozos cubriendo el rostro se prohiban... Que no se hable de peluquin ni de gorro en el bando... etc.»

Esta desdichada medida de Esquilache recaia sobre profundos disgustos que la tenacidad de este hombre de gobierno por modificar la nacion habia producido en ella.

Necesario es que pongamos nuestros lectores al corriente de la grave conmocion que ocasionó el célebre y gravísimo movimiento consignado en la historia con el nombre de *Motin de Esquilache*.

Ya hemos apuntado algo acerca de esto anteriormente; pero no lo hemos hecho con la extension necesaria.

Los dos ministros que más influencia ejercian en el ánimo de Cárlos III, eran: don Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, y don Jerónimo de Grimaldi, marqués de Grimaldi.

Entrambos eran extranjeros.

Ambos italianos.

El primero habia venido de Nápoles con el rey, cuando Cárlos III fué elevado al trono de España por la muerte de Fernando VI, y desde aquel momento Esquilache fué encargado de la secretaría universal de Hacienda y de la Guerra.

Al marqués de Grimaldi se le envió por el momento á París, y despues se le llamó á España para encargarle del ministerio de Estado, por la renuncia que de él habia hecho don Ricardo Vall.

Tambien los españoles veian con un disgusto terrible que los consejeros del rey eran casi todos extranjeros.

La nota de extranjerismo es la peor que puede tenerse en España, y no sólo en España, sino en todas las naciones.

Entre Grimaldi y Esquilache habia un gran antagonismo respecto al carácter y al entendimiento,

como habia una gran diferencia en cuanto á su cuna.

La de Grimaldi era ilustre, al paso que la de Esquilache era demasiadamente humilde.

Grimaldi era un hombre distinguido, apasionado de la cultura, de la elegancia, de la esplendidez, de todo cuanto constituye las costumbres de un hombre de alta clase y bien educado.

Al contrario el marqués de Esquilache.

Nacido en una clase ínfima, era económico hasta la mezquindad.

No sabia desprenderse del dinero; le buscaba por cuantos medios eran imaginables, aun por los medios indecorosos, y se valia de su mujer para aumentar su fortuna.

Era grosero, y no comprendia los sentimientos elevados.

En cuanto al punto de vista político, se diferenciaban tambien infinito Grimaldi y Esquilache.

Grimaldi era completamente adicto á la política y á los intereses de la Francia, como lo habia sido el marqués de la Ensenada.

Esquilache se oponia á esta política, pero no se atrevia á manifestarlo.

Grimaldi, sin faltar á los deberes de su posicion, porque Cárlos III no consentia á su lado ministros que no entendieran en su secretaría, que no trabajaran, encontraba siempre tiempo para las distracciones y recreos de la buena sociedad á que estaba acostumbrado.

Esquilache, sin ser de más inteligencia, era más

trabajador, y no concedia nada á las diversiones.

Como ministro de la Guerra despues, y de Gracia y Justicia interinamente durante algun tiempo, todas las reformas administrativas de los primeros años de Cárlos se habian hecho por la intervencion ó por el consejo de Esquilache.

El afan por reformar era una manía en este hombre.

Habia creado los Monte-Pios destinados á los socorros de las viudas y huérfanos de militares.

Habia creado el colegio de Artillería; habia hecho las ordenanzas para los reemplazos; habia prescrito reglas y condiciones para la admision en España de bulas prévias y despachos pontificios, y lo mismo para la prohibicion de libros y defensa que habia de permitirse á sus autores; y habia publicado ordenanzas para la comunidad ó gremio de los mercaderes ó encuadernadores de libros; se habia legislado sobre los propios y los arbitrios de los pueblos y sus abastos, á imitacion de lo que ya existia en Roma y en otras partes del extranjero; se habia creado la renta de la lotería ó beneficiata, cuyos productos debian aplicarse al sostenimiento de los hospitales, hospicios y otros establecimientos de piedad y beneficencia.

Una pragmática habia abolido la contribucion de los granos y semillas, y habia dejado libre, desembarazado el comercio de estos artículos, con facultad de extraccion mientras no llegasen á ciertos precios en los mercados.

Se había expedido una real prohibicion para la manera de hacer acopios ó surtidos en los pueblos en que fuese necesaria la compra é introduccion de trigos de Sicilia, estableciendo en ciertas poblaciones almacenes, á causa de haber subido el precio del pan por consecuencia de dos años de mala cosecha.

Todas estas medidas habian causado una gran sensacion en el país, ya por la novedad, ya por la manera de ejecutarlas.

La última especialmente, la relativa á la compra é introduccion de trigos extranjeros en el reino, habia causado un profundo disgusto por la manera violenta con que se habia realizado.

Las reformas no se detenian sólo en la política y en la administracion.

Pasaban al ornato público y á las costumbres populares.

En la capital se edificaban la Casa de correos, la Aduana y San Francisco el Grande; se hermoseaban las afueras de la poblacion con paseos públicos; se habia hecho el de las Delicias, y se proyectaba el de San Fermin.

Se levantaban las puertas de Toledo, de San Vicente y de Alcalá.

En cuanto á la policía, se dictaban rigurosas providencias para la limpieza de las calles, y se obligaba á los vecinos sin excepcion á barrer y regar todos los dias la puerta de la calle delante de sus casas, y se daban disposiciones para el desembarazo de plazas y mercados, de escombros y materias inmundas.

Bien es verdad que este empeño decidido por limpiar y hacer tolerable la poblacion, era disculpable, porque Madrid lo habia bien menester.

Se tomaron tambien providencias para reprimir los excesos que se cometian en las romerías y en las festividades religiosas populares.

Se prohibió asimismo, bajo la pena de cuatro años de presidio y cien ducados, con aplicacion á los pobres de la cárcel, la costumbre bárbara de dar lo que se llamaban cencerradas á los viudos y viudas que pasaban á segundas nupcias.

Este abuso retraia á muchos de contraer matrimonio, y era un motivo constante de escándolos, alborotos y desgracias.

Todo esto se hacia en nombre del rey; pero el pueblo veia el autor en el marqués de Esquilache, y en realidad lo era.

Se le acusaba de poco adepto al clero y á la curia romana; le miraban con mal ojo los que favorecian la preponderancia eclesiástica, y le acusaban de renovador y regalista.

Decia que como extranjero no podia ver los usos y costumbres de España, y que no tenia otro empeño que desnaturalizarnos y convertirnos en una nacion completamente distinta.

Además de esto, su falta de delicadeza y su rapacidad le hacian odioso al pueblo.

Habia acumulado pingües empleos en su familia, y habia llegado hasta la exageracion de nombrar administrador de la aduana de Cádiz, gran destino

entónces, á un hijo suyo menor de edad; cuyo empleo se desempeñaba por medio de sustituto.

Se afincaba todo lo que podia, hasta el punto de haber adquirido una magnífica propiedad que la familia del duque de Alba tenia en Sicilia.

Enviaba á Italia millones de millones, que sacaba del Erario público y de las flotas que venian de América.

Los empleos se vendian, y era fama pública que él mismo en su casa se entregaba al tráfico del contrabando del tabaco, en el cual le ayudaba la marquesa su esposa, como en tiempo de Cárlos II habia sido tambien cómplice de un tráfico semejante la condesa de Oropesa.

Además de esto, se conocian las relaciones, aunque se procuraba ocultarlas profundamente, entre el rey y la marquesa de Esquilache.

Por último, los cargos que se le hacian de ser el culpable de la carestía de los artículos de primera necesidad, acababa de hacer de todo punto inmoral y enemigo del país, al marqués de Esquilache.

Particularmente en Madrid, se le aborrecia de muerte.

Como hemos dicho, el bando publicado, entre murmuraciones, amenazas y movimientos alarmantes, el dia 10 de Marzo, habia producido una sucesion de desórdenes y amenazaba una tormenta.

Esta tempestad se formaba ya en la atmósfera á la vista del gobierno, y se condensaba más de momento en momento.

Todos los dias habia nuevos disgustos, nuevos lances, y todos los dias se estremaba el empeño de Esquilache en hacer cumplir aquel malhadado bando, que Cárlos III habia tenido al fin la debilidad de consentir.

El rey veia que sus presentimientos respecto á los resultados que produciria aquel bando, no habian sido vanos; pero Cárlos III era muy firme de carácter, y una vez publicado el bando en su nombre, no habia medio de hacerle volver atrás ni de obedecer á los consejos de la prudencia.

El Domingo de Ramos, 23 de Marzo de 1766, trece dias despues de la publicacion del bando, y cuando no podia llegar á más la exasperacion pública; el Domingo de Ramos, decimos, á las cinco de la tarde, cuando todo el mundo andaba por las calles de Madrid á causa de la festividad del dia; cuando todas las tiendas estaban cerradas, empezaron á observarse grupos que paseaban por la plazuela de Anton Martin.

Delante del cuartel de Inválidos, que entonces estaba allí, dos hombres (el uno de ellos con sombrero blanco), insolentes y haciendo alarde de contravenir al bando, se paseaban rozándose con la guardia del cuartel.

El del sombrero blanco era el más insolente, el más provocativo.

Llegósele un soldado y le dijo:

—Paisano, ¿por qué no observais lo mandado y no apuntais ese sombrero?

—*Porque no me da la gana,*—contestó redondamente el embozado del sombrero blanco.

—¿Cómo que no os da la gana?—exclamó el soldado echando mano á su sable.—Pues ahora vereis si ha de ser lo que á vos os dé la gana, ó lo que me da la gana á mí.

Entonces el del sombrero se hizo atrás y se terció la capa.

Tiró de la espada, acudió la guardia, silbaron los embozados, y en aquel momento se vieron asomar por las calles contíguas otros muchos embozados, que acudieron al lugar de la contienda.

Se dispararon algunos pistoletazos.

El oficial de guardia retiró la tropa, y la encerró en el cuartel.

Los embozados, espada en mano, marcharon por la calle de Atocha gritando: ¡Viva el rey, viva España, muera Esquilache!

Al mismo tiempo, á todos los transeuntes que encontraban á su paso y que llevaban el sombrero apuntado, les hacian desapuntarlo.

Era aquello una avalancha formidable que se dirigia, casi á la carrera, por la calle de Atocha, hácia la plaza Mayor, en direccion á palacio.

Avalancha que se aumentaba progresivamente con la gente que encontraban al paso.

La tempestad habia estallado, y se desencadenaba.

En la Plaza Mayor se les reunió una multitud, que de la misma manera, y habiendo causado contra-

la tropa iguales alborotos, venia de la calle de Toledo y de la plazuela de la Cebada.

Poco antes del oscurecer se habian reunido en la plaza más de cuatro mil hombres, los que se distribuyeron en pelotones, mandados cada uno por dos ó más cabos.

Creyóse en los primeros momentos por el gobierno y por el rey que el motin era casual; pero muy pronto se comprendió que aquel motin habia sido preparado de antemano y lanzado á la ejecucion en el momento oportuno.

Aquella misma tarde se tuvieron pruebas de ello.

A muchos de los insurrectos se les habia visto en las tabernas y en las botillerías convidando á otros y pagando generosamente el gasto.

Hacia dias, desde el 12 de Marzo, se habia impreso clandestinamente un papel, que se intitulaba:

Constituciones y ordenanzas que se establecen para un nuevo cuerpo que en defensa de la patria ha erigido el amor español.

Estas ordenanzas constaban de quince artículos, y concluian de esta manera:

«Lo que hemos de pedir se establezca, que sea la cabeza del marqués de Esquilache, y si hubiere cooperado, la del de Grimaldi. Y así lo juramos ejecutar. Fecha en Madrid á 12 de Marzo de 1766.»

Un hombre que iba en un carruaje dejó un gran número de ejemplares de estas ordenanzas á los amotinados que estaban en la plazuela del Angel.

Al regresar de palacio el duque de Medinaceli,

como habia dejado dicho el rey que habia estado á caza en el Pardo, la muchedumbre detuvo su carruaje, y aunque estaba bien quisto en el pueblo por su esplendidez, le sacaron del coche, y llevándole en hombros, le hicieron volver á palacio para que recomendara al rey sus peticiones.

El duque de Medinaceli era entonces caballerizo mayor.

A poco de haber entrado el duque de Medinaceli en palacio, y estando llena la plaza de éste de gente que lo habia atropellado todo, salió el duque de Arcos, capitan de guardias de corps, á decir á la multitud en nombre del rey que se aquietasen y se retirasen, que todo se les concederia.

Se retiró la gente; pero se fué á recorrer las calles en cuadrillas, rompiendo al paso los faroles del alumbrado público, otra de las reformas de Esquilache.

Y como muestra del ódio que el pueblo tenia á este ministro, más de diez mil sublevados se encaminaron á la casa de Esquilache, que vivia, como sabemos, al extremo de la calle de las Infantas, en la casa que se llama aun hoy de las Siete Chimeneas, y en la calleja del mismo nombre.

La puerta fué forzada.

Mataron un mozo de mulas que con otro criado intentó resistir.

La chusma se esparció por las habitaciones, no estando ya allí, por fortuna suya, ni el marqués ni la marquesa.

El marqués, que habia pasado el dia con algunos

amigos en el sitio de San Fernando, supo al regresar á Madrid que habia estallado el motin, y torciendo por la ronda, se metió en palacio.

La marquesa de Esquilache, que paseaba en las Delicias cuando empezó el motin, se fué apresuradamente á su casa; recogió sus alhajas y se refugió en el colegio de las niñas de Leganés, donde educaba á dos de sus hijas.

Los amotinados, pues, no pudieron hacer otra cosa que quemar los muebles de Esquilache.

De allí se fueron á casa de Grimaldi, que vivia en la próxima calle de San Miguel; pero allí se contentaron con romper las vidrieras.

Una gran parte de la noche duró el desórden, concluyendo por quemar en la Plaza Mayor el retrato del marqués de Esquilache.

Las guardias de corps, las españolas y las walonas, única tropa que habia en Madrid, no hicieron nada.

Pero lo que hasta ahora hemos relatado, no era más que la sinfonía, por decirlo así, los preparativos del verdadero motin.

El dia siguiente, 24 de Marzo, desde por la mañana el motin empezó á presentar un carácter más terrible. Ya fuese que les alentase la impunidad, ya movidos por rumores de que se proyectaba castigarles de un modo severo, los amotinados se dirigieron desde muy temprano al palacio real.

Al querer penetrar por el arco de la Armería, la guardia de palacio, que pertenecia aquel dia al pri-

mer regimiento de la guardia walona, mandado por el marqués de Priego, les hizo fuego.

Aunque apuntaron alto, con la sola intencion de intimidar á la turba multa, cayeron algunas personas, y entre ellas una mujer muerta y herida otra.

Los amotinados conocieron á los soldados que habian matado á la una y herido á la otra, y como tenian un ódio á muerte contra el primer regimiento de la guardia walona, se lanzaron frenéticos sobre la guardia, mataron á pedradas á los soldados que habian hecho fuego sobre las dos mujeres, asieron uno de ellos, le echaron una cuerda al cuello y le arrastraron hasta la Puerta del Sol, donde le pusieron delante de la guardia walona, que tenia la órden de no hacer fuego, y se mantuvo quieta á la voz de su jefe.

Bien es verdad que este jefe era el conde de la Salmedina.

El piquete de la Plaza Mayor no tuvo la misma prudencia.

Tambien es cierto que aquel piquete se componia de walones del primer regimiento; esto es, de walones del marqués de Priego.

Al entrar allí los amotinados con el cadáver, le arrojaron delante de los fusiles de los soldados, exclamando:

«Ahí teneis á vuestro compañero.»

El oficial mandó hacer fuego.

Cayeron algunos amotinados; pero en vez de aterrarse por esto, se armaron de piedras, de que enton-

ces habia acopio en la Plaza Mayor, porque se estaba empedrando, y acometieron furiosos á los guardias.

Los dispersaron, se apoderaron de algunos soldados y arrastraron sus cadáveres de una manera horrible por delante de algunos puestos militares, y llevaron á uno de ellos hasta fuera de la puerta de Toledo con el propósito de encender una hoguera para quemarlo.

Todo esto era bastante, y aun sobrado, para sepultar á Madrid en una situacion de pavor.

El rey celebraba en palacio un gran consejo para acordar las medidas que debian tomarse en tan críticas circunstancias.

El duque de Arcos, que mandaba una de las compañías de guardias de corps; el conde de Gazzola, italiano, comandante de artillería; el conde de Priego, teniente general y coronel de guardias walonas, opinaron porque se hiciera uso de la artillería contra los sublevados y se les cargase, acuchillándolos si era necesario, y ametrallándolos en último caso, á fin de restablecer cuanto antes el órden.

Por el contrario opinaban el conde de Salmedina, el marqués de Sarriá, el conde de Oñate, mayordomo mayor del rey, y el de Revillajigedo, capitan general y presidente del Consejo de guerra.

Los tres últimos fueron de opinion que la clemencia era preferible al rigor.

Aconsejaron al rey satisfaciese al pueblo, porque eran fundadas sus quejas y justas sus reclamaciones

contra los excesos del marqués de Esquilache, que se habia acabado de hacer odioso al pueblo por su bando contra las capas y los sombreros.

En cuanto al conde de Oñate, demostró tal energía, que arrodillándose á los piés del rey y con los ojos llenos de lágrimas, le dijo:—Que antes se despojaria del baston y de todos sus honores y los dejaria á sus plantas, que consentir por su parte y con su voto las medidas de rigor que se proponian.

Se decidió el rey por la prudencia, y dijo se dejase entrar en la plaza de Palacio á cuantos quisiesen.

Los duques de Arcos y Medinaceli, con una escolta de guardias de corps, se presentaron al pueblo, cuya irritacion crecia, manifestándole en nombre del rey que éste accedia á sus reclamaciones.

Pero habiendo indicado que se necesitaba un plazo, la voz de la multitud ahogó la de los comisionados.

—No, no,—gritaban acá y allá.—Lo que pedimos se ha de cumplir al momento, ó esta noche va á arder todo.

Los duques de Arcos y de Medinaceli amenazados, poco ménos que acometidos, se veian obligados á meterse en palacio, donde cundia el terror.

El rey, olvidado de la majestad real, vagaba como un insensato de una á otra parte de su cámara, en medio de sus consejeros aterrados, llevándose las manos á la cabeza y exclamando sin cesar:

—La han tomado con Esquilache, y se engañan.

Esquilache es un pobre hombre. Aquí hay una conspiracion odiosa. Esta gente me va á matar.

La princesa de Astúrias y el príncipe su marido oian con placer, encerrados en su cuarto, el estruendo del pueblo que gritaba á más y mejor, y se enfurecia de momento en momento excitado por las ventajas que alcanzaba.

Conocia el miedo que reinaba en palacio.

Las puertas estaban cerradas y metido dentro un batallon de guardias, que era cabalmente del segundo regimiento de walones; esto es, del que mandaba el conde de la Salmedina, que como hemos visto, formaba parte del Consejo que rodeaba al rey.

Numerosos agentes, embozados hasta los ojos en las capas y calados hasta los embozos los sombreros, discurrian entre la multitud y atizaban el fuego del motin.

Se hacia correr la voz de que no habia que tener cuidado alguno por el batallon que defendia palacio.

Este batallon no haria más que un simulacro de defensa cuando se echasen las puertas abajo, disparando al aire para cubrir las apariencias, y dejándose fácilmente desarmar.

Se engañaban sin embargo.

El conde de la Salmedina estaba comprometido, es cierto.

Veia, sin embargo, que se usaba de él sin piedad, y se pretendia manchar su honor.

El motin rugia ya como una fiera hambrienta.

Era de temer acometiese á palacio, echase abajo sus puertas y le invadiese.

¡Desdichado destino de los reyes, que no tienen ni padres, ni hijos, ni hermanos, ni más defensa que el leal honor de sus súbditos!

Los príncipes de Astúrias, como hemos dicho, se regocijaban.

Esperaban con ansiedad el ruido de las hachas sobre las puertas de palacio.

Aquello seria el destronamiento de Cárlos III y la exaltacion de Cárlos IV, con cuya aquiescencia contaban los Invisibles, jesuitas ó fracmasones; ¿qué importa?

Esquilache temblaba; pero en medio de su terror, conservaba su razon serena.

De repente se asió al conde de la Salmedina, le llevó á un ángulo de la cámara, y le dijo:

—Yo sé que no sois mi amigo, señor conde; yo sé cuán interesado estais por su alteza la señora princesa de Astúrias; yo no creo que se cuente con vos para una traicion infame. Considerad, señor conde, la situacion en que se encuentra ese pobre señor, que no tiene otra esperanza que las bayonetas de vuestros soldados. Olvidad que sois mi enemigo, señor conde...

—¡Vive Dios! ¿Quién os ha prestado osadía para suponer que, entregado á mí su majestad, yo no defenderé á su majestad hasta perder la vida? Callaos, y no tomeis en vuestro miedo pretexto para insultarme.

El conde de la Salmedina atravesó violentamente la cámara, tropezando casi con el rey, aterrando á éste y á los cortesanos, que en la salida enérgica del conde comprendieron que el asalto del palacio por el pueblo era inminente, puesto que el conde iba demudado y echando mano á su espada, como quien desde la puerta misma de la cámara real iba á poner en órden de combate á su tropa.

En efecto, al llegar á la antecámara el conde tiró de su espada.

La antecámara y la saleta estaban llenas de guardias de corps armados de carabinas, con su teniente coronel al frente.

—Caballeros,—dijo el conde,—yo creo poder impedir que esos furiosos lleguen hasta aquí. Si llegan yo habré muerto. Cumplid vosotros con vuestro deber.

Y sin esperar respuesta, salió á la sala de armas.

Allí, y á la subida de las escaleras, se agrupaban los alabarderos.

—Firmes, señores,—exclamó el conde, atravesando por en medio de ellos espada en mano.—Que no pasen de aquí sino sobre vuestros cadáveres. ¡Viva el rey!

Y se precipitó por las escaleras.

El descanso de estas y el primer tramo estaban ocupados por una compañía del primer batallon del regimiento de Salmedina.

—Soldados,—dijo éste al pasar,—el momento se acerca. Que un huracan de plomo detenga los rebeldes.

Y bajó rápido, magnífico, trasfigurado, las escaleras, dejando á sus soldados la influencia de su valor.

Tres compañías del mismo batallon, mandadas por el ayudante mayor del regimiento, y con la bandera, se escalonaban en el ancho vestíbulo y á la subida de las escaleras.

Golpes de hacha empezaban á oirse en la puerta del centro de la fachada principal.

—Señor marqués de Someruelos,—dijo Salmedina dirigiéndose al ayudante mayor,—que nuestros soldados sean una muralla contra la cual se estrelle la sedicion.

Y sin detenerse, se lanzó en el patio.

Allí habia dos compañías formadas en batalla.

El conde las arengo enérgicamente y de una manera breve al pasar, y se lanzó al vestíbulo de la puerta del Príncipe, donde el teniente coronel marqués de Dos Puentes estaba con el resto del batallon.

—Amigo mio,—le dijo Salmedina estrechándole la mano,—estad prevenido para salir en el momento y coger entre dos fuegos á los amotinados. Esto es demasiado ya; hemos podido mostrarnos blandos con el motin mientras solo se trataba de Esquilache; pero ahora se trata de su majestad, y sobre todo de nuestro honor.

—¡Vive Dios!—exclamó el marqués de Dos Puentes,—que ya hubiera yo salido y los hubiera deshecho á bayonetazos. Esa gente está alentada por la impunidad, puede decirse que no se la ha combatido.

Por la parte de afuera, sobre el pretil, tenemos dos baterías que han impedido que cargue por aquí el tumulto. Dejemos, si os parece, confiando la guardia de Palacio á los alabarderos y á los guardias de corps por la parte principal, y salgamos con todo el batallon y una batería, y cojamos de flanco á los amotinados; esto durará tres minutos. Al diablo la canalla.

—Es que no todo es canalla,—exclamó Salmedina;—es que delante de palacio ruje el pueblo entero de Madrid, irritado con razon contra Esquilache. Esperemos, esperemos un momento; apuremos la prudencia, evitemos un lance que podria ser formidable y dar al traste con todo. Esperad, pero estad prevenido.

Y se separó del marqués.

Nadie habia oido esta conversacion.

El marqués escribió rápidamente en su libro de memoria estas palabras:

«Haced que cesen las hostilidades del pueblo; concededme una tregua, y venid á hablar conmigo.»

El conde rasgó la hoja en que habia escrito estas palabras, y la dobló.

Luego asomó la cabeza á la portería, y dijo:

—Baltasar, aquí.

Nuestro insigne Baltasar se acercó á su amo.

Estaba allí, sin duda, esperando órdenes.

—Vas á salir,—le dijo el conde.—En el ángulo de palacio, sobre la calle de Requena, encontrarás un embozado con sombrero de castor blanco; ese embozado, Baltasar, es mi padre político, el marqués

de Letour; dale ese papel, y díle de mi parte que le haga llegar á quien sabe, y vuélvete.

El conde hizo abrir el postigo de la puerta, y Baltasar salió.

El conde se quedó paseando detrás de la puerta.

Diez minutos despues llamaron á ésta.

El conde habia notado que progresivamente el ruido del tumulto se hácia ménos terrible.

Sin duda su papel habia llegado á manos de aquel á quien iba dirigido, y se le concedia la tregua que pedia.

Se abrió la puerta, y Baltasar entró con un embozado.

La puerta volvió á cerrarse.

Capítulo XXXI.

De como en aquellos tiempos se echaba siempre mano de los frailes para situaciones extremas.

No solamente estaba embozado hasta los ojos el encubierto que habia venido con Baltasar, sino que entre el ala del sombrero y su embozo se veia un antifaz cubriendo su semblante.

El conde se comprometia demasiado dejándose ver por sus soldados y sus oficiales, en una situacion tal, en inteligencia con los de fuera.

Pero hay situaciones en que un hombre enérgico no puede detenerse ante nada.

El conde tomó por una puerta, á la derecha del vestíbulo de la puerta del Príncipe, seguido del misterioso embozado, y subió por unas escaleras.

Abrió la mampara, y entró en una ante-oficina en que habia algunos empleados.

—Salid,—dijo el conde.

Aquel dia era jefe de parada, y además era conocido y muy respetado en palacio.

Los empleados salieron.

El conde abrió una mampara, asomó la cabeza y dijo á unos empleados que estaban atortolados en una especie de despacho:

—Salid, señores, yo os lo ruego.

Los empleados salieron temblando.

El conde tenia aún la espada en la mano, y estaba demudado y pálido.

Una vez solos el encubierto y el conde, éste cerró la mampara del ante-despacho, hizo entrar al encubierto en el despacho, cuya mampara cerró tambien.

Estaban solos, y no podia oirlos ni verlos nadie.

El encubierto se desembozó de una manera violenta, y se arrancó el antifaz.

Era el padre maestro don fray Lorenzo.

Aparecia irritado, sombrío, amenazador.

El conde habia envainado su espada, y se habia quitado el sombrero.

El padre maestro se lo quitó tambien, y dejó ver una gran peluca empolvada.

—¿Qué significa esto?—preguntó con voz concentrada y terrible.—Este papel que he recibido es muy extraño: ¡desobedeceis!

—Yo no soy,—contestó con firmeza el conde,—entre vuestras manos bastante cadáver para ser indiferente á la muerte de mi honor.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Era el padre maestro don fray Lorenzo.

—¿Y qué es el honor de un hombre cuando se trata de los destinos de la humanidad?—replicó con severidad el dominico.

—Padre maestro,—contestó el conde,—siento mucho deciros que se me pide demasiado, y que yo creo inútil una exageracion semejante. Teneis sobrados medios contra Cárlos III para que os sea necesario llevar las cosas á un extremo tal.

—Cuando se puede acabar, se acaba; las vacilaciones en política son siempre funestas; no se debe dejar rehacerse á los tiranos cuando se les tiene de través. Sobre todo, yo no comprendo esto; vos discutís, y toda discusion respecto á una órden nuestra, es una rebeldía.

—Vos comprendereis, padre maestro,—dijo con sangre fria el conde,—que no hay peligro que aterre á un hombre de corazon. La muerte, ¿y qué es la muerte? Vos lo comprendeis bien, padre maestro; siento decíroslo, pero esa es una amenaza ridícula cuando se trata del conde de la Salmedina.

—¡Siempre los fanatismos,—exclamó el dominico,—oponiéndose á la marcha de la humanidad! Montañas de arena, á las cuales no se las puede hacer volar como á las montañas de granito. ¡El honor! ¿Y qué es el honor? ¡Un fanatismo! Pero ese fanatismo hace mártires, y esos mártires tienen plomo y bayonetas. ¿Sabeis que vos, con vuestro fanatismo de honor, oponeis un obstáculo invencible por el momento á un triunfo decisivo? sin vuestra loca resistencia... yo sé bien lo que son las masas popula-

res, yo sé bien que esta fortaleza que se llama palacio, preparada hábilmente para la defensa, es inviolable, inexpugnable defendida por vos y por soldados como los vuestros.

—¡Padre!—exclamó el conde.—Yo he hecho ayer cuanto me ha sido posible, y he contenido á mi tropa bajo el pretexto de que no tenia órdenes, cuando arrastraban delante de ella cadáveres de soldados despedazados. Y yo no necesitaba órdenes: hay situaciones que por sí mismas son una órden terminante y perentoria. A mí me repugnaba aquel horror; me irritaba la osadía de la canalla envalentonada, que se atrevia á arrojarnos á la cara aquellos miserables despojos, y permanecia inmóvil. Y esto que la cólera me ardia en el corazon y se me subia á la cabeza. He hecho cuanto podia hacer; estaba con vosotros, y os he servido. Con sólo mi primer batallon, que yo tenia en la plazuela de Santo Domingo, he podido vencer en media hora el tumulto; sin embargo, el tumulto ha crecido, el tumulto ha llegado hasta palacio; un hombre confiado á mi guardia y á mi honor tiembla. Seré fanático, todo lo que querais; pero á costa de todo, padre maestro, yo defenderé al rey.

—Capitulemos pues,—dijo el padre maestro con una frialdad espantosa.—El hombre os estima, señor conde; pero el sectario os odia, porque os levantais delante de él como un obstáculo invencible, esterilizando una situacion decisiva. El hombre, tratándose de vos, puede más que el sectario; pero no abuseis,

señor conde, no impongais condiciones demasiado duras. Yo cubriré vuestra desobediencia faltando á mi deber; pero con ciertas condiciones. Es necesario que el rey ceda, es necesario que deponga á Esquilache y que llame á sus consejos al conde de Aranda; es necesario que el rey otorgue las peticiones del pueblo, y que salga al balcon á satisfacer al pueblo. Ya que hoy no le destronamos, hagámosle sufrir una humillacion. Un rey humillado, ya no es rey; esperaremos. Yo no sé cómo disculparos entre nosotros; pero sea como quiera, si vos determinais la caida de Esquilache y su castigo, la satisfaccion á la opinion pública y la elevacion del conde de Aranda, nosotros seguiremos considerándoos como nuestro hermano. Pero no hay momento que perder: ni una palabra más. Lo que hemos convenido es necesario que se realice en el momento. Vámonos; yo voy á buscar un fanático que tiene una gran popularidad, para empezar por calmar la multitud irritada. Nosotros, con todo nuestro poder, apenas si hemos podido contenerla. Salgamos, pues. Haced vos por dentro todo lo que podais; y si no llegamos á un buen acomodo, obrad como os parezca, y no os quejeis luego de las consecuencias, conde.

Salieron.

El dominico se lanzó fuera de palacio.

El conde se volvió á la cámara real.

El dominico, en vez de tirar hácia la plaza de palacio, donde seguian los gritos, ó más bien los aullidos del motin, aunque más calmados, se dirigió al

inmediato camino del convento de San Gil, donde habia un frailote que se habia hecho muy popular por sus sermones predicados en las plazas, y que se llamaba el padre Cuenca.

Don fray Lorenzo, conservando su incógnito, le dijo que el motin habia tomado un carácter muy grave, que no solamente amenazaba al marqués de Esquilache, sino que el rey estaba en peligro; que él y sus amigos, aunque enemigos de Esquilache, no eran enemigos de su majestad; que no tenian influencia bastante para contener al pueblo, y que era necesario que él, que tanta influencia sobre el pueblo tenia, fuese á calmarle.

El padre Cuenca se preparó para el asunto.

Se puso una corona de espinas.

Se echó una soga al cuello, tomó un crucifijo, y con esta facha y acompañado de algunos padres de San Gil y como en procesion, se presentó en la plaza de palacio, donde algunos fanáticos adeptos suyos le levantaron en hombros para que la multitud le viese bien, y en esta posicion empezó á exhortarla, diciéndola, que en él tenia la viva imágen de Jesucristo, que le habia mandado fuese á apaciguarla en caridad con las buenas razones de que para este efecto le habia provisto el Espíritu-Santo.

Metióse luego en largas consideraciones, cuya conclusion vino á ser que los pueblos que se rebelan contra el rey su señor, imágen de Dios sobre la tierra, y contra los que el rey, inspirado por la celeste sabiduría, levanta para que gobiernen, no tienen per-

den de Dios, ni pueden ser por Dios ayudados, ni libertarse de los tremendos castigos de su rebelde inobediencia.

El que estaba verdaderamente dejado de la mano de Dios, era el bendito padre Cuenca.

Porque apenas salió con su extraña conclusion, cuando un desapacible concierto de silbidos, de aullidos y de imprecaciones le cortó la palabra.

El pueblo es un soberano como otro cualquiera cuando puede serlo.

Como todos los soberanos, propende á la tiranía y no puede sufrir que se le contràdiga.

Y como esperaba que el padre Cuenca, su ídolo de plazuela, le diese la razon, y se encontró con que se la quitaba, desde aquel punto y hora la destronó de su popularidad.

Un carnicero de la plazuela de Herradores, que blandia una formidable estaca, le dijo con una voz que tenia en su timbre algo del bramido del toro, con ribetes de aguardentosa:

—Déjese de predicarnos, padre, que cristianos somos por la gracia de Dios, y lo que pedimos es cosa justa.

Y como al mismo tiempo zumbasen algunas peladillas, ó sopas de arroyo, ó lágrimas de San Pedro, ó piedras, como mejor queramos, en torno de su paternidad, éste, comprendiendo que habia tomado mal camino y asiendo por la cola su popularidad que se le escapaba, exclamó:

—Eso digo yo, hijos, que teneis razon, muchísima razon; sino que no me habeis dejado concluir;

que si bien he dicho yo que á los rebeldes y á los traidores contra el rey su señor no puede Dios ayudarles, ni dejar de castigarlos, voy á decir en seguida lo que no he podido decir porque me habeis interrumpido; esto es, que vosotros estais muy lejos del caso de rebeldía y traicion, y que si bien Dios castiga á los que sin razon se vuelven contra su rey, no puede ménos de ayudar, combatiendo con ellos, á los que se levantan como vosotros contra la tiranía y la injusticia; y que, por otra parte, quien desoye la voz del pueblo es hereje, porque la Escritura ha dicho que la voz del pueblo es la voz de Dios; y quien no oye y acata la voz de Dios, es un protervo condenado, cuya alma arderá en los infiernos por todos los siglos de los siglos, amen.

Cambióse el viento popular, y lo que antes fué silbidos y pedradas se convirtió en ovacion y aplauso.

El padre Cuenca recobraba su gran popularidad, por un momento perdida.

—Pero como la prudencia, hijos mios, nunca es dañosa,—continuó el padre Cuenca, cuando hubo pasado aquel segundo tumulto,—y pensando sólo en economizar vuestra preciosa sangre, que están dispuestos á verter los verdugos del mal aconsejado rey nuestro señor, yo mismo, exponiendo mi vida, que nada importa, iré á hablar á su majestad en nombre vuestro, y espero que todo se arreglará como conviene al servicio de Dios. Pero decidme qué es lo que pedís, que yo no lo sé bien, á fin de que yo le suplique á su majestad. . . . .

Entonces uno, al parecer clérigo, que estaba entre la multitud, se proveyó como pudo de un papel y de un lápiz, y despues de una ligera conferencia con algunas de las principales cabezas del motin, entre los cuales se encontraba el padre maestro don fray Lorenzo, aunque muy encubierto y muy desfigurado, escribió las peticiones siguientes:

Primera. Que se desterrase de los dominios de España al marqués de Esquilache y á su familia.

Segunda. Que no hubiese sino ministros españoles en el gobierno.

Tercera. Que se extinguiese la Guardia walona.

Cuarta. Que se bajasen los comestibles.

Quinta. Que se suprimiese la junta de abastos.

Sexta. Que se retirasen las tropas á sus respectivos cuarteles.

Sétima. Que se conservase el uso de la capa larga.

Octava. Que su majestad se dignase salir á la vista de todos para oir de su boca la palabra de satisfacer y cumplir las peticiones.

El padre Cuenca las leyó con voz estentórea y en medio de un entusiasmo infinito.

El pueblo las aprobó con sus vítores.

El padre Cuenca fué llevado á palacio en hombros por la puerta del Príncipe, la cual no se abrió sino despues de muchos parlamentos y requisitos.

Entre tanto, el conde de la Salmedina hacia lo que podia en la cámara real.

Habia dado un paso aventuradísimo, y antes de

que volviese á la cámara se sabia ya en ella que habia franqueado la entrada en palacio á uno que parecia cabeza de los rebeldes, y se habia encerrado á conferenciar con él.

El mismo rey, cuando el conde hubo entrado en la cámara, le hizo severamente cargo de esto.

—Yo, señor,—contestó con firmeza el conde,—no he hecho otra cosa que cumplir con el deber que mi lealtad me impone, buscando un sesgo á estas difíciles circunstancias, y procurando impedir que la situacion llegue á tal extremo que no pueda tener remedio; que aunque yo tengo confianza en mis soldados y en mí, y seria necesario pasasen sobre nuestros cadáveres para llegar hasta vuestra majestad los rebeldes, tal podria acontecer que nuestro sacrificio fuese inútil; y como es cosa vista y manifiesta que los amotinados no cederian sino con la deposicion del señor marqués de Esquilache, que con sus reformas, especialmente la última, ha causado la indignacion de los españoles, yo suplico al marqués de Esquilache que él sea, que no yo, el que aconseje á vuestra majestad el partido que debe tomarse.

—Yo estoy dispuesto á sacrificar mi alma y mi vida por vuestra majestad,—dijo el marqués de Esquilache, que temblaba todo.

—Ya, ya sabia yo por qué me oponia á este desdichado empeño contra los mantos, las capas y los sombreros,—dijo el rey, que estaba irritado, porque tenia tambien miedo, y el miedo le obligaba á doblegar la hasta entonces indómita fiereza de su carác-

ter.—Esto es grave, muy grave: ¿qué dices tú, Esquilache?

—Digo, señor, que estoy dispuesto á sufrir todas las consecuencias que sobre mí traiga mi lealtad á vuestra majestad.

Consultados por el rey los que entonces constituian su consejo, declararon que era de todo punto necesaria una transaccion con el deseo popular; pero de tal manera que la majestad real no quedase hollada.

Recibióse entonces el mensaje de que el padre Cuenca, enviado por el pueblo, deseaba hablar con el rey.

Mediaron algunas formalidades, como ya hemos dicho, y al fin el padre Cuenca entró en la cámara con su corona de espinas en la cabeza, la soga al cuello y el crucifijo en la mano.

Capítulo XXXII.

—

Continúa la primera parte del motin contra Esquilache.

Arrodillóse el frailote á una respetuosa distancia del rey, que se apresuró á levantarle, diciéndole que él no podia permitir que una tal representacion de Jesucristo se arrodillase ante él.

Al alzarle le besó respetuosamente la mano.

Y eso que Cárlos III era terriblemente antipapista y no muy favorecedor del clero.

—Sacra católica real majestad,—dijo el padre Cuenca,—yo el último y el más indigno de los siervos de Dios, á vuestra majestad vengo enviado por su leal pueblo de Madrid, que no contra vuestra majestad, sino contra los excesos de los ministros de vuestra majestad se vuelve.

Tragó el rey saliva, y Cascajares, que enviado por la princesa se habia pegado á la puerta de la cámara y escuchaba, se tragó la más enorme de sus nueces, produjo el más monstruoso de sus guiños, y dijo para sí medio atragantado:

—Bien ha hecho el padre Cuenca en venirse ya con la soga al cuello, porque me parece á mí que de esta hecha el rey le ahorca sin que le valga lo de gilito, que tambien á los gilitos se les aprieta el pasapan. Buena la tenemos: ya veremos por dónde salimos. Antójaseme que va á haber palo á muerte hasta para las ratas.

El padre Cuenca habia continuado:

—Los reyes, sacra y católica y real majestad, no son los elegidos y los ungidos del Señor para permitir que ministros voraces despedacen y estrujen y chupen á los reinos que Dios ha puesto bajo sus manos, sino para que los gobiernen con justicia; y tenga en cuenta vuestra sacra católica y real majestad, que quien le habla no es un humilde sacerdote, sino este divino Señor de cuyo sacratísimo costado brota la sangre redentora que ha vencido al infierno salvando al hombre; y delante del divino Cristo crucificado no hay majestades ni potencias, ni más que humo, cenizas, polvo, nada.

—Creo en Dios,—dijo Cárlos III, no acertando á decir otra cosa; pero terriblemente irritado y terriblemente pesaroso por no poder ahorcar á aquel insolente fraile, que de tal manera le daba con el Cristo en las narices.

Cascajares habia hecho un gesto de epiléptico, y habia exclamado:

—Dios te ayude, hermano.

Al conde de la Salmedina no le llegaba la camisa al cuerpo.

Conocia bien á Cárlos III, y sabia hasta qué punto era estúpido é imprudente el padre Cuenca.

Cárlos III, aunque no lo parecia, era un déspota sombrío, y Salmedina le veia luchar para contenerse.

El padre Cuenca conoció tambien que habia errado el camino, y doblando la hoja ante el rey, como antes la habia doblado ante el pueblo:

—Cuando yo he hablado, señor,—dijo,—de reyes ciegos y de ministros nocivos, ha sido para venir á la gran diferencia que existe entre los reyes, que Dios permite alguna vez para castigo de la humanidad, y el sábio, justo y benéfico señor que por fortuna de España y por favor de Dios rige los destinos de esta católica y heróica nacion; y al hablar de ministros soberbios y rapaces, no lo he hecho sino para que resalten más los méritos de los actuales consejeros de vuestra majestad, que con su sabiduría y su experiencia á vuestra majestad ayudan en la onerosa y difícil tarea del gobierno de estos dilatadísimos reinos. Pero acontece á veces, señor, porque Dios lo permite, que el enemigo de toda paz y concordia y de toda virtud, el malo que nunca reposa, Satanás, el condenado, se mete entre los pueblos y los agita, y hace necesaria toda la prudencia y toda la sabiduría de los benéficos

reyes, cuyo amor la popular ceguedad desconoce por un momento; y visto que la clemencia es uno de los mayores atributos de un monarca, yo, humildísimo súbdito de vuestra sacra católica y real majestad, con el corazon abierto y brotando sangre que sale en raudales de lágrimas por mis ojos... (y el frailote gimoteaba), á vuestra majestad católica y sagrada suplico que, para evitar los gravísimos males que en estos momentos amenazan, oiga las peticiones que conmigo traigo escritas en este pápel.

—Mejor hubiera sido empezar por eso,—dijo desde su acechadero Cascajares.

—Leed, en fin, padre,—dijo el rey.

Se entraba en materia.

Las peticiones fueron leidas.

Se discutió acerca de ellas, y al fin el padre Cuenca volvió entre el pueblo con la noticia de que su majestad otorgaba las peticiones, ménos la de presentarse él al pueblo para empeñarle su palabra, porque la presentacion no se creia prudente, á causa del estado de agitacion en que se encontraban los ánimos.

Pero que el rey aseguraba, bajo su palabra real, la ejecucion de aquellas peticiones, y que tres alcaldes de casa y córte saldrian á publicar ciertas providencias que se decretaban por el momento.

Salieron á poco tres alcaldes de casa y córte con escribanos, alguaciles, trompetas y timbales, y leyeron un cartel, haciendo fijar ejemplares de él, en cuyo cartel se rebajaban dos cuartos al pan, al tocino, al aceite y al jabon, que estaban muy caros.

Pero el pueblo tenia la cuesta arriba, y no cedió.

Arremetieron á los alcaldes, que se pusieron en fuga y se vieron negros para salvarse, arrancando en presencia de ellos los carteles.

El tumulto, teniendo en medio de sí levantado por algunos hombres al padre Cuenca, volvió á hacerse espantoso.

Se acometió de nuevo con hachas la puerta de palacio.

Penetró de nuevo en él el terror.

Llamóse otra vez al padre Cuenca.

El rey, ya completamente domesticado, se asomó al balcon principal rodeado de su córte, teniendo junto á sí al padre Cuenca con su corona de espinas, su soga al cuello, el Cristo en la una mano y el papel de las peticiones en la otra.

La monarquía estaba una vez más en ridículo, y en un ridículo negro, dominada y escarnecida por el pueblo.

Y esto cuando las ideas democráticas no andaban aún por nuestro moderno mundo.

La Plaza de Palacio estaba henchida de una multitud terrible, que vociferaba de una manera espantosa, que aullaba, que rugia, que silbaba.

Pero á una señal que con el Cristo hizo el padre Cuenca, aquella agitada multitud calló de tal manera, que hubiera podido oirse el suspiro de un niño.

En seguida el padre Cuenca, con voz clara y potente, empezó á leer las peticiones.

A cada una que leia, Cárlos III contestaba con la voz clara y sonora:

—Concedido y asegurado con mi palabra real.

Y cada vez que esto decia el rey, una aclamacion inmensa, una aclamacion de júbilo, salia de las bocas de la muchedumbre.

Cárlos III probaba lo que nunca habia probado, la calorosa ovacion de la multitud.

Sin embargo, el rey se veia obligado á hacer poderosos esfuerzos para que no le subiese al semblante la cólera, y á cada aclamacion murmuraba:

—Hoy es esto, pero mañana será otra cosa.

Pueblos imbéciles, que creen en la buena fe de las concesiones de los soberbios humillados.

La situacion para el rey era en verdad terrible.

Respecto á la situacion en que entonces se encontró el rey, el conde de Fernan-Nuñez, autor del *Compendio de la vida de Cárlos III*, dice entre otras cosas lo siguiente:

«Yo, que no me aparté de allí en todo el dia, salí con su majestad, y sólo habia entre él y yo el confesor; mientras estuvo oyendo las proposiciones que un caleseruelo, con chupetin encarnado y sombrero blanco (que no se borrará de mi imaginacion en toda mi vida) le estuvo haciendo desde abajo, como orador encargado por el pueblo para la exposicion de todas sus proposiciones.»

Si Cárlos III hubiera podido sobreponer su razon á su soberbia humillada, hubiera visto que en aquellos momentos en que el pueblo le vencia, en que le

hacia pasar bajo las horcas caudinas y le obligaba á conceder lo que nunca sino por la fuerza y por el terror hubiera concedido, era cuando el pueblo le amaba.

El pueblo es el eterno tonto, permítasenos la frase, á quien nadie engaña, porque no hay necesidad de engañar á quien se engaña á sí mismo.

El pueblo de Madrid no vió en la salida del rey al balcon, en la concesion del rey á todas las peticiones, una muestra de miedo, una cobarde humillacion, en una palabra: una accion vergonzosa, más aún, asquerosa, porque es asqueroso que aquel á cuyo poder no se contesta abuse de su poder, y cuando á sus excesos se opone una sublevacion amenazadora sucumba, se humille, se degrade, y consienta de miedo en lo que irrita su soberbia y le hace sentir una rabiosa venganza.

No, el pueblo de Madrid no vió nada de esto el 24 de Marzo de 1766.

Lo que vió, lo que creyó, fué que el trono formaba una alianza con el pueblo;

Que el rey, engañado por sus ministros, conocia al fin el engaño y hacia justicia al pueblo;

Que el pueblo y el trono desde entonces podian buena y lealmente entenderse.

Muy pronto debia desvanecerse este error; muy pronto una intemperancia de Cárlos III, una impolítica barbotada de soberbia debia probar al pueblo que se habia engañado.

La multitud, poco antes tan amenazadora, se re-

tiró llena de júbilo de la Plaza de Palacio, y se extendió por las calles de Madrid vitoreando al rey.

Aquella noche los vencedores manifestaron su contento á la española, y con arreglo al espíritu y al fanatismo de aquellos tiempos.

Recogieron todas las palmas benditas que pudieron de la pasada festividad del inmediato Domingo de Ramos, y con ellas se fueron al convento de Santo Tomás (adviértase esto bien), donde les esperaban los religiosos en comunidad, apareciendo entre los primeros el padre maestro don fray Lorenzo; se formó una larga procesion de todos los amotinados y de los que no lo habian sido, llevando cada uno de ellos una palma y un cirio encendido; seguian todas las comunidades de Madrid y las parroquias con estandartes y faroles; yendo, por último, y como en el lugar de la presidencia, los dominicos de Santo Tomás, llevando en andas una imágen de la Vírgen que se habia sacado de una capilla de la misma iglesia.

Era una procesion larguísima, infinita.

Todas aquellas miles de bocas cantaban en coro el Rosario, como dando las gracias á la Vírgen María por haber sacado á los españoles de un estado de cosas imposible, intolerable.

Aquello era la expresion del sentimiento del pueblo.

Aquello era conmovedor.

Los españoles expresaban su sentimiento en el lenguaje que sabian, y despues de haber combatido por su libertad, se volvian á Dios.

Ellos creian acabadas todas sus miserias.

¡Pobre pueblo!

¡Pobre estúpido, que nunca encuentra para apóstoles más que Judas!

¡Pobre insensato, que engañado una vez y otra vez, una vez y otra vez ensangrentado y destrozado, ni aprende, ni escarmienta!

¡Pobre filon, explotado siempre á nombre de esta ó de la otra idea, por medio de esta ó de la otra mentira!

¡Pobre pueblo, antes y ahora, y luego y siempre, víctima de la infamia y de la traicion!

El inmenso Rosario pasó por la Plaza de Palacio.

El rey y la familia real estaban en el balcon.

Los vítores entusiastas interrumpian los *Pater noster* y las *Ave-Marías.*

Gorras y sombreros volaban al aire.

El rey era adorado.

Y por las calles, á medida que se acercaba el Rosario, se abrian balcones y ventanas, y se colgaban, y se iluminaban en señal de alegría, y se llenaban de una multitud conmovida.

¡Oh! ¡y qué entusiasmo manifestado por medio de una práctica religiosa!

¡Oh, qué buena fe tan sensible!

¡Con cuánta ingratitud habia de rechazarse muy pronto, algunas horas despues, y habia de escarnecerse aquel candoroso entusiasmo!

¿Cómo al ver aquello se hubiera creido que el motin renaciese con más fuerza al dia siguiente?

Capítulo XXXIII.

Lo que fué el motin de Esquilache, y sus consecuencias.

Habíase el *Cuerpo de alborotados de Madrid* (que así se llamaba) retirado contentísimo á sus casas, creyéndolo todo terminado.

Pero al dia siguiente por la mañana corrió el rumor de que durante las altas horas de la noche el rey, con toda la familia real, inclusa la reina madre, habian abandonado el palacio de Madrid y se habia traslado al de Aranjuez.

La córte se habia fugado por una puerta falsa, tan estrecha, que habia sido necesario aserrar los brazos de la silla de manos de la reina madre Isabel Farnesio para que pudiese pasar por los estrechos corredores.

Habian acompañado á la familia real, á más del

inseparable Esquilache y de su bella esposa, con sus hijos, que no se atrevieron, y con razon, á dejar expuestos á la ira popular, los duques de Medinaceli, Arcos y Losada, y los mayordomos mayores Montealegre y Béjar.

Fuera los esperaban tres coches y una escolta de guardias de corps.

Habíanse expedido correos que tuviesen preparadas las paradas y las sucesivas escoltas de guardias, y se hizo con tal rapidez el trayecto, merced á las vigorosas mulas de las caballerizas reales, que en dos horas los fugitivos se encastillaron en el palacio de Aranjuez, desde el cual se expedian órdenes á todas partes pidiendo tropas.

Estas noticias causaron una irritacion terrible.

Los promovedores del motin aprovecharon la ocasion é hicieron correr entre el pueblo la idea de que el rey pretendía vengarse de la humillacion que se le habia hecho sentir el dia anterior, y no dudaba en encender la guerra civil.

Con esta noticia, la alegría del triunfo anterior se desvaneció como por encanto, y se trocó en una irritacion terrible.

El pueblo se insurreccionó de nuevo, y pretendia ir á Aranjuez á acometer al rey, á traerle á la capital, ó hacerle que diese satisfacciones del insulto que hacia al pueblo.

Algunos más ardientes que los otros se pusieron ya en camino; pero los jefes del tumulto comprendieron que era esta empresa demasiado imprudente, y de-

terminaron que lo mejor seria aislar la corte con Aranjuez é impedir toda comunicacion con aquel sitio.

Se estableció un cordon, que obligó á retroceder á los secretarios del despacho, que se encaminaban á unirse al rey, y á otros varios de la servidumbre, y ni aun pudieron pasar las camas que se llevaban para la familia real, y al pasar, los insurrectos se apoderaron de un almacen de pólvora en Carabanchel.

Don Diego de Rojas, gobernador del consejo real, fué buscado en su casa, frente á las monjas de Santo Domingo, por algunos sediciosos, que le suplicaron, ó más bien le intimaron, que fuera á ver al rey y á decirle que era necesario volviese inmediatamente á Madrid, si no queria se repitiese el motin con más fuerza que el dia anterior.

Don Diego de Rojas se prestó á ello, no sabemos si de grado ó por fuerza, aunque muchos creen que estaba muy de parte de los amotinados.

Entró en su coche, y salió rodeado de una inmensa muchedumbre por la puerta de Toledo.

Pero aun no habia llegado al puente, cuando á muchos de los que le acompañaban se les ocurrió que el obispo podia quedarse muy bien allá, y burlarlos si no volviera.

Por consecuencia, le dijeron que se volviese á su casa, y que allí firmara un memorial á nombre del pueblo, en que se expusieran al rey todas las quejas y agravios que Madrid tenia, y volviese con la respuesta.

Para más seguridad, le acompañarian algunos que diesen testimonio como habia ejecutado su comision.

Hé aquí el extracto de la peticion que se encargó de llevar á Cárlos III don Diego de Rojas:

«NO IGNORA, SEÑOR, EL CUERPO DE alborotadores matritenses, que han influido malévolamente en el corazon piadoso de vuestra majestad. El mayor escollo de los reyes es que no pueden saber por los ojos, sino por los oidos. Los príncipes, decia un político, no saben más que lo que quieren sus lados. Entregó vuestra majestad las riendas del gobierno con tanto despotismo al marqués de Esquilache, que en seis años que lo manejó, dejó á vuestra majestad sin dinero, sin tropas y sin armada, pues no cuenta vuestra majestad en su real erario seiscientos mil reales; en toda su tropa veinticinco mil hombres, y en toda su armada catorce navíos. Ha puesto á vuestra majestad en el infeliz estado de obedecer, no de mandar. Los honores se hallan vendidos en tan pública almoneda, que sólo les falta la voz del pregonero. Los espíritus están apegados á la vil tolerancia de la violencia. Las compañías sin soldados, ni medios para tenerlos; y en fin, señor, ha puesto sin reputacion nuestras armas, sin crédito á los españoles, y á todos con desconfianza. El pueblo está aniquilado, y de tal suerte, que no puede convalecer sino á largo tiempo. Sólo mira este ministro, señor, su conveniencia, enriqueciéndose con insaciable hidropesía.

enriqueciendo con esto á toda su generacion por los muchos millones que ha sacado de la España. Supone, señor, de cierto el cuerpo de los Alborotados, que los defectos del marqués los ignora vuestra majestad; pues no hubiera amor capaz en el justificado proceder de vuestra majestad, á que contuviese su real enojo y despojase á un infiel ministro empeñado en perder á vuestra majestad y á todo el reino. No irritó ménos, señor, la ira de los Alborotados, ver con cuánto deshonor de vuestra majestad y de la nacion, corria la siguiente décima:

Yo el rey Leopoldo primero,
marqués de Esquilache augusto,
rijo la España á mi gusto
y mando en Cárlos tercero;
hago en los dos lo que quiero,
nada consulto ni informo,
al que es bueno lo reformo,
y á los pueblos aniquilo;
y el buen Cárlos, mi pupilo,
dice á todo:—«Me conformo.»

Seria esta, señor, justa causa de irritarse los ánimos españoles, y vuestra majestad lo podrá juzgar. En este concepto, señor, humildes vasallos de vuestra majestad, hacemos á vuestra majestad esta reverente representacion para que no ignore el motivo que les asistiera, suplicándole rendidamente se digne regresar á su obligada córte y mantenerles su real palabra de que salga el marqués de estos reinos, y que los suplicantes quedamos perdidos, pues todo ha sido efec-

to de fidelidad, amor y respeto. Oiga piadoso los ayes de su pueblo, sin escuchar á quien aconseje otra cosa.»

No fué esta la única exposicion que se hizo al rey la mañana siguiente á la noche de su fuga; pero el rey sólo vió la que habia firmado el arzobispo don Diego de Rojas.

Esta exposicion la llevó á Aranjuez un hombre de lo más humilde del pueblo, llamado Diego de Avendaño, natural del Toboso, pero enérgico y hombre de un cierto talento.

Aceptaron los sublevados con gusto su humilde representante, y Avendaño partió para Aranjuez con la exposicion firmada por el arzobispo don Diego de Rojas.

Toda aquella tarde y toda aquella noche la pasaron los amotinados á su gusto y á su manera en tabernas y figones.

No se veia por todas partes más que gentes de las más humildes del pueblo.

Hombres y mujeres desharrapados, niños y viejos que entraban en las tabernas y en los figones, se sentaban á las mesas, comian, bebian, y se iban sin pagar.

Pero de tiempo en tiempo, gentes que parecian estar observando entraban en estas tabernas y en estos figones, preguntaban cuánto se debia por lo que habian comido y bebido las gentes del pueblo, y lo pagaban en el acto en buenas monedas de oro sin regatear.

Esto indicaba que el motin no era una cosa aislada, nacida de la exasperacion pública por el bando de los mantos, las capas y los sombreros.

Muchos de los que habian observado el motin, y que observaban despues que ciertos agentes que en el motin habian estado mezclados acudian á pagar el gasto que hacia el pueblo, atribuian esto, unos á los jesuitas, otros al marqués de la Ensenada, que habiendo vuelto de su destierro y habiendo conservado su toison de oro y sus preeminencias, tenia la ambicion de obtener otra vez una secretaría de Estado.

Pero fuesen Ensenada ó los jesuitas, ó todos juntos á la vez, la verdad es que el populacho de Madrid, que ya habia ensangrentado las calles de la capital, al dia siguiente andaba de fiestas y comilonas, de taberna en taberna y de figon en figon, gritando alegremente: *¡Viva España y muera Esquilache!* ó recogiendo armas y municiones en los cuarteles, en los cuales la tropa se mantenia inerte, llevando hasta un extremo imponderable las órdenes que se le habian dado de no hacer armas contra el pueblo.

Aquel dia entraron unos carros de fusiles para la guarnicion, y los amotinados los detuvieron en la calle de la Montera; se apoderaron de ellos, y llegaron á estar armados con fusiles más de cinco mil hombres.

Habia un número mayor armados con palos, ó

picas, ó bayonetas: con toda clase, en fin, de armas que habian habido á las manos.

Sin embargo, fué notable que estando los amotinados apoderados de Madrid, y siendo la gente más perdida y miserable, no se robó ni se mató á nadie.

Además, se habia notado que los que andaban entre la multitud con traje humilde, solia vérseles á un descuido una camisa demasiado fina al desembozarse.

Y muchos que iban vestidos de carboneros dejaban ver bajó el botin del zapato medias de seda, lo que demostraba que el movimiento tenia directores de alto coturno.

Al dia siguiente, miércoles 23 de Marzo, volvió Avendaño de Aranjuez, y la multitud, que le esperaba ansiosa, le metió en Madrid en triunfo.

Avendaño nada dijo, por más que se le preguntó, y siguió su camino gravemente por en medio de las turbas hácia la casa del obispo Rojas, al cual entregó un pliego que de Aranjuez traia.

El obispo convocó el consejo, deliberó con él, y acompañado de los del consejo y de Avendaño, como mensajero del pueblo, se encaminó á la Plaza Mayor y se asomó á los balcones de la real casa Panadería.

Allí, ante un escribano de cámara, Avendaño entregó el pliego, todavía cerrado, al presidente del consejo.

Le abrió éste y le leyó en alta voz.

La plaza estaba completamente llena por la multitud, y por todas partes no se veian más que fusiles y picas. . . . .

El pliego decia así:

«Ilustrísimo señor: El rey ha oido la representacion de usía ilustrísima con su acostumbrada clemencia, y asegura, bajo su real palabra, que cumplirá y hará ejecutar todo cuanto ofreció ayer por su piedad y amor al pueblo de Madrid; y lo mismo hubiera acordado desde este sitio y cualquiera otra parte donde le hubieran llegado sus clamores. Pero en correspondencia á la fidelidad y gratitud que á su soberana dignidad debe el mismo pueblo por los beneficios y gracias con que le ha distinguido y el grande que acaba de dispensarle, espera su majestad la debida tranquilidad, quietud y sosiego, sin que por título ó pretexto alguno dé lugar á quejas ni reclamaciones, y mientras no den pruebas permanentes de dicha tranquilidad, no cabe el recurso que hacen ahora de que su majestad se presente.»

La multitud prorumpió en vivas; se puso un bando análogo al contesto de la respuesta del rey en todos los sitios públicos de Madrid; se retiraron los amotinados, conviniendo en desistir de la empresa, y volvieron las armas á los cuarteles y á los armeros de quienes las habian tomado.

Así es que el siguiente Jueves santo los habitantes de Madrid pudieron andar las estaciones con la misma tranquilidad que en los años precedentes, sin que se notase por nada que tan próximamente habia

pasado por Madrid un motin que habia sido una tempestad.

Sin embargo, durante muchos dias corrió por Madrid el rumor de que se iba á alterar de nuevo la tranquilidad.

El rey parecia haber cedido á los deseos del pueblo y habia extrañado de España al marqués de Esquilache con toda su familia, enviándole á Cartagena con escolta y haciéndole partir de allí para Nápoles.

El ministerio de Hacienda se habia dado á don Miguel de Musquiz, y el de la Guerra al teniente general don Gregorio Muniain.

El pueblo encontró acertados estos nombramientos y los recibió bien, porque don Miguel de Musquiz era un empleado antiguo que contaba veintiseis años de experiencia y de buen crédito en Hacienda.

En cuanto á Muniain, era muy bien reputado como general, y tenia fama de ser tan buen soldado en campaña como político en el gabinete, y de manejar con tanto valor la espada como con discrecion la pluma.

Además de esto, se habia relevado de la Presidencia del Consejo de Castilla al obispo de Cartagena, don Diego de Rojas y Contreras, que no estaba sino medianamente quisto con el pueblo; porque á este señor le llamaban por sobrenombre por calles y plazas *Roñas y Contreras*.

Se le mandó fuese á regir personalmente su iglesia de Cartagena y Murcia, y para la Presidencia

del Consejo se nombró al conde de Aranda, grande de España, capitan general de los Reales Ejércitos, condecorado con el Toison de oro, dándole además la capitanía general de Castilla la Nueva.

Estos nombramientos eran otras tantas concesiones del rey al pueblo, que fueron muy bien recibidas.

Sin embargo, aun se temió por muchos dias que el motin bretase de nuevo.

«Madrid no está tranquilo,—se decia por todas partes,—y se advierten secretas influencias que pretenden renovar los alborotos, no habiendo quedado sin duda satisfechos del resultado del motin.»

Esto indicaba que las tendencias del motin habian tirado más alto que á Esquilache, y que con la caida de éste no se satisfacian.

Duraba la agitacion.

Los pasquines y los carteles aparecian por todas partes de tal manera, que fué necesario prohibirlos bajo severas penas.

El bando en que esto se prohibia produjo el cartel siguiente:

«A todos los habitantes de Madrid: Nos, sus tribunos por la gracia de su plebe, en vista de lo respondido por nuestro fiscal, en tribunal pleno, juntas las cámaras del Avapiés, Vistillas, Maravillas y Rastro, mandamos la inobservancia del bando publicado el dia de ayer, sobre prohibicion de papeles relativos á los motivos y resultas de nuestro pasado movimiento, por ser intempestivo, contrario á las leyes, indecoroso á nuestras personas y á lo sa-

grado de nuestra soberanía, como su respuesta manifiesta el fiscal y verá el público. Madrid, etc. Está rubricado.»

Este cartel, que por su estilo se veia claramente no venia del pueblo, mantenia la situacion; pero no era bastante para volver á resucitar en su pasáda fuerza el motin.

Decíase en voz muy baja, pero que se oia por todas partes, que se pensaba en matar al rey.

Un don Juan Antonio Salazar, que imprudentemente dejó oir amenazas semejantes, sufrió la venganza real, puesto que fué preso, se le sentenció á horca, y antes de ahorcarle se le cortó la lengua en la Plaza Mayor.

El abate Gándara, de quien se sabia que era muy querido del rey, á quien acompañaba mucho y á quien trataba con mucha familiaridad, decian que influido por los padres de la Compañía de Jesús, mantenia con ellos una correspondencia sospechosa en el mismo sentido.

Por consecuencia de esto se le prendió y se le encerró en el castillo de Pamplona.

Otros muchos fueron secretamente castigados en las cárceles, y se deduce esto, porque de un dia para otro se echaba de ménos á los que ménos habian figurado en el motin, sin que despues se volviese á saber lo que de ellos habia sido.

La venganza real empezaba de una manera sombría.

La tiranía se habia humillado ante el pueblo en

el momento del peligro; pero una vez el pueblo engañado por las promesas del rey, éste, restablecido el órden, rehechos sus elementos de poder, los puso en juego para aterrar al pueblo y evitar de este modo nuevas insurrecciones, en la creencia de que el motin no habia sido aislado y que habia provenido de la Compañía de Jesús y de la influencia de Ensenada.

Se vigiló sériamente á la Compañía de Jesús, y en cuanto al marqués de la Ensenada, se le desterró á la villa de Medina del Campo, donde más adelante murió, segun algunos dicen, envenenado.

Con estos castigos públicos, con el temor de los castigos secretos, con el destierro del marqués de la Ensenada, con la vigilancia visible con los jesuitas, los trastornos estaban ya dominados, y estos casi imposibles, más que por la concesion por el terror.

En cuanto al rey, enojado con Madrid, se negaba redondamente á volver á él.

No habia sido aislado el motin de Madrid.

Con una rapidez verdaderamente espantable cundió en diferentes ciudades, produciendo una especie de pronunciamiento.

El primer motin tuvo lugar en Zaragoza, en donde aparecieron pasquines el primero de Abril del año 1776, en los cuales se amenazaba al corregidor intendente marqués de Avilés con quemarle su casa y quemar todas las de los usureros, si no rebajaban el precio del pan en la plaza.

A los ocho dias, en cuanto tuvieron conocimien-

to de ello el capitan general y el presidente de la audiencia, marqués de Castelar, juntó en su casa las autoridades y personas más notables de Zaragoza; y despues de una larga conferencia, se indicó al intendente que convendria mucho satisfacer los deseos del pueblo; á lo que el corregidor contestó que lo expondria así al ministro de Hacienda, porque él por sí mismo no podia resolver nada.

Como no se satisfacian las peticiones del pueblo, continuaron apareciendo carteles, cada uno de ellos más amenazadores, sin que se supiése de dónde salian.

Entre ellos, uno merece que le copiemos por su originalidad:

«Nos, la Caridad y Celo público de está ciudad, mandamos á cualesquiera personas aficionadas á sostener los derechos, prerogativas ó preeminencias que por el derecho civil y de gentes público y privado nos competen contra los crueles enemigos que atesoran los bienes del pobre representados en Cristo: que por cuanto, sin embargo de haber fijado tres carteles amonestando fraternalmente al intendente y á sus personas, y no habiendo experimentado alivio alguno, antes bien prosiguen en sus depravados ánimos; por tanto, otra vez mandamos á todas las dichas personas que si desde la fecha del primer cartel hasta el dia 8 del presente mes no se experimenta patentemente el bien público que tanto deseamos, estén prevenidos con lo necesario y á la seña que se tiene comunicada, concurran al puesto destinado para ejecu-

tar las estorsiones y hostilidades; en todos casos lo son permitidas. Y para que conste y no se alegue ignorancia, lo mandamos fijar en los puestos acostumbrados, firmada de nuestra mano y refrendada por nuestro infrascrito secretario, en Zaragoza á 4 de Abril de 1766.—*Nos la Caridad y Celo públicos.*—El Juicio Cristiano y Político, secretario...»

En vista de esto, el capitan general se preparó.

Mandó que el regimiento de caballería de España se aproximase á Zaragoza, y congregó otra vez en su casa al Real Acuerdo.

El informe de éste y el del intendente y ayuntamiento fueron que se publicara un bando, en el cual se determinase que se permitiese que cada uno amasara y vendiera el pan libremente, sin perjuicio de los abastos que por contrata estaban á cargo de los horneros, reservando á estos de los daños que de esta medida pudieran seguírseles, con obligacion bajo multa de dos ducados á todos los que tuvieren almacenes de trigo ó de aceite, y más cantidad de estos artículos que la necesaria para su particular consumo, de participarlo inmediatamente al secretario de la audiencia, para la providencia y fines á que hubiere lugar.

Publicóse este bando con grande estruendo de timbales y clarines y con cuanta solemnidad se acostumbra en casos semejantes.

Al dia siguiente, que era domingo, una multitud inmensa acompañaba al bando, que veia y no lo creia, que salió la autoridad para acudir al remedio y necesidades del pueblo.

Pero al llegar á la plaza de la Magdalena, fuese por inspiracion de los alborotadores, ó fuese un movimiento espontáneo de gente maligna, una parte de ella arremetió á pedradas á los que acompañaban el bando, y los dispersó á los gritos de ¡viva el rey! ¡muera Castelar! ¡muera el intendente! ¡mueran los usureros!

Cayó mal herido el alguacil mayor y el ginete fué echado abajo del caballo.

Uno de los amotinados se apoderó del caballo y del ginete, y tocando de una manera infernal, guió aquella masa furiosa á casa del capitan general, que salió al balcon á pesar de hallarse enfermo.

Un estudiante le dirigió la palabra audazmente, y le pidió á nombre del pueblo la rebaja de algunos otros artículos de primera necesidad, y su venta en los sitios y á los precios á que pudieran comprarlos la gente pobre.

Oyó el capitan general al estudiante, y dirigiéndose á la muchedumbre, les dijo:

«Que él remediaria sus males con tal de que se retiraran y no turbaran el sosiego público.»

Voces entusiastas de ¡viva el rey! ¡viva Castelar! contestaron al capitan general.

No era de esperar por lo mismo que pasaran de allí los sublevados.

Sin embargo, se fueron á casa del intendente á cumplir la amenaza que contra él habian puesto en los carteles.

Cuando el capitan general recibió aviso de lo que

sucedia y acudió á casa del corregidor, ya los del motin habian atropellado la guardia, se habian metido por las habitaciones, habian roto puertas y cristales, y en la calle habian quemado los carruajes, los papeles y otros efectos que habian sacado, ó que habian arrojado por las ventanas.

El corregidor intendente y su familia no se salvaron sino huyendo por el tejado, y un hijo suyo fué únicamente el que tuvo valor para presentarse á la multitud, gritando:

—Matadme, pero no cometais otros delitos.

—No, no queremos tu vida,—dijeron,—que es de Dios; lo que queremos es lo nuestro.

Y tenian por suyo todo lo que habia en la casa.

Sin embargo, la presencia del marqués de Castelar, que se metió brevemente entre los amotinados, los dominó de tal manera, que no sólo terminó allí el incendio y el saqueo, sino que muchos de los rebeldes rendian las armas á Castelar vitoreándole, y por delante de él y de la tropa, que ya habia acudido, se retiraron en actitud pacífica, sin que la tropa tuviese necesidad de hacer uso de las armas.

Pero se engañó de nuevo el capitan general creyendo que todo estaba ya terminado.

Las masas se fueron de allí á saquear é incendiar las casas de dos hombres ricos, Goscochea y Salmin, llamándoles usureros.

En vista de esto, el arzobispo, el dean y otro eclesiástico, pretendiendo contener á las furiosas turbas, salieron con Jesús Sacramentado de las parro-

quias de San Felipe y San Gil, y llevándolo en procesion, se metieron entre el tumulto exclamando:

—¡Hijos! aquí viene á buscaros el Hijo de Dios vivo.

Pero sucedió una cosa extraña.

Los amotinados eran católicos, y al ver el Sacramento se descubrian y se arrodillaban; pero apenas habia pasado la procesion, volvian frenéticos á sus tareas de destruccion, y se entregaban á los más terribles excesos.

Aquella tarde saquearon las casas de muchos mercaderes, y dieron rienda á su furor, entregando á las llamas todo cuanto habian á las manos, ménos lo que les convenia quedarse con ello.

En vano al dia siguiente el capitan general puso tasa á los precios del trigo y rebajó el de los comestibles por medio de un bando, que sólo se atrevió á publicar con una escolta de granaderos, un capitan de Lombardía llamado don Juan Ortiz, hombre apreciado en el pueblo y nacido en él.

Por otra parte, salieron las comunidades religiosas rezando el rosario y cantando el *miserere*.

Se aclamó al capitan general y al capitan Ortiz, pero no cortaron el desórden.

Al llegar á la casa de José Tubo y Vicente Junquera, se detuvieron ante un cartel que decia:

«¡Viva el padre Garcés, provincial de dominicos! Estas casas donde viven José Tuvo y Vicente Junquera, pide por ellas y sus dueños libertad el padre Garcés, y se les ha concedido por el vulgo, respecto

de no ser estos de los indiciados en granos y sirvan de empeño para sacar los pobres de misericordia.»

El padre Garcés, provincial de la órden de Santo Domingo, era un sujeto muy estimado en Zaragoza, y algunos amotinados le habian llevado á palacio, atribuyéndole en su consecuencia el bando que se publicó rebajando los comestibles y poniendo el trigo al precio de tasa.

Pasaron de allí los amotinados respetando el cartel con que el padre Garcés, provincial de dominicos, habia protegido la casa de José Tuvo y Vicente Junquera, y fueron á dar furiosos con el café del Cármen, y se entraron en él para aprovecharse de lo que pudieran y romper lo que no pudieran aprovechar, como si aquel establecimiento hubiera sido una casa de usura, ó tuviera culpa alguna de la carestía.

No se sabe hasta dónde hubiera podido llegar lo horrible del desórden, á causa de la irresolucion de las autoridades, á no haberse presentado á estos furiosos cuatro hombres resueltos y honrados, cuatro labradores, pidiendo que se les permitiera salir á ahuyentar las turbas.

Se les permitió esta beneficiosa empresa.

Al efecto, aquellos reunieron hasta otros treinta convecinos; y armados todos con armas antiguas, arremetieron á los sublevados entretenidos en el saqueo, y sorprendiéndolos, los ahuyentaron y diseminaron, hiriendo á muchos y matando algunos, y los hicieron retirar despavoridos, de manera que aque-

llos pocos hombres tuvieron la satisfaccion de poder decir antes de la noche á las autoridades reunidas que ya la poblacion se hallaba en calma.

Alentado con esto el capitan general, cubrió militarmente la poblacion, ayudó á los labriegos á mantener el sosiego de la ciudad, ó por lo ménos á disolver los grupos que se formaban aún.

Con esto, y con un bando prohibiendo la reunion de más de cuatro personas, se logró dominar el motin.

Inmediatamente empezaron los castigos con un rigor extraño.

Despues de tanta debilidad y de tanta cobardía, en ménos de ocho dias las cabezas del motin, los que más se habian comprometido, aparecieron colgados de la horca entre batas negras y entre velas amarillas.

Y no se sabe hasta dónde hubiera llegado la venganza real, si no se hubiera interpuesto el arzobispo y algunas otras personas que habian padecido y sido robadas durante el motin, como don Francisco Antonio Domezain, rico propietario y administrador de las bulas y papel sellado, y otros no ménos importantes en Zaragoza.

Escribieron al ministro de Gracia y Justicia, que lo era entonces don Manuel de Rodas, interesándose por los mismos que antes los habian robado y maltratado, y ofreciendo indemnizar á la Hacienda de sus propios bienes, de los saqueos que habian sufrido los caudales de los ramos puestos á su cargo.

Ni el rey ni el ministro pudieron ménos de con-

moverse del grande ejemplo, del noble desinterés de aquellos aragoneses, que pedian la vida de los mismos que habian atentado á las suyas, y desde aquel momento los castigos de muerte cesaron en Zaragoza.

Iguales motines tuvieron lugar en aquel mismo mes en el centro de Castilla.

En Palencia se sublevaron los del barrio de la Puebla, llamado de la Mantería, compuesto de trabajadores de esta industria.

Empezaron estos por llevarse por su propia autoridad á los vecinos más acaudalados.

Estimulados por este ejemplo los mozos del campo, y viendo la impunidad en que quedaban los que habian cometido aquellos excesos en la poblacion, se reunieron en cuadrillas y pidieron, como se pidió en todas partes, una rebaja en el precio de los comestibles.

Duró un dia este motin, y por la noche los mozos amotinados pusieron en libertad á los que presos por la mañana fueron.

Esto se debió á que el corregidor, más frágil y más blando aun que el de Cuenca, donde habia habido otro ligero motin, les dió gusto en lo que pedian acerca de la rebaja de los comestibles, y ofreció representar al rey todas sus peticiones y las necesidades y vejámenes que sufrian.

Las mismas muestras de descontento que en la córte se dieron en Andalucía, en Navarra y en casi todo el reino, en fin.

Aun en San Ildefonso y en Navalcarnero, pobla-

ciones insignificantes por su pequeñez, hubo tambien sus correspondientes motines.

Barcelona amenazaba de una manera séria, de tal manera, que el marqués de Mina, capitan general, veterano, práctico y decidido, creyó necesario apelar á las armas para impedir el tumulto, del cual empezaban á verse indicios.

Así es que una mañana aparecieron todos los cañones de las fortalezas presentando sus bocas á la poblacion, con los artilleros al pié de ellos con la mecha encendida y con todas las apariencias de romper el fuego.

Además hizo que se aproximasen todas las tropas que habia en los contornos, y las distribuyó oportunamente, esperando el motin.

Pero no fueron estos los solos medios que empleó el general Mina.

Llamó á las personas principales de la nobleza barcelonesa y á los jefes ó prohombres de los gremios; y asegurando á unos y á otros que no era su ánimo ofender ni molestar á los buenos ciudadanos, sino castigar á la canalla, les instó á que contribuyesen á descubrir los agitadores y á mantener el órden público con toda la influencia que tenian los de los gremios.

Publicaron un bando prometiendo un premio de mil duros á los que descubrieran los autores de los pasquines y de los planes de trastornos, y á más indulto personal y reserva del nombre si era sospechoso de ellos.

Fuese ó no resultado de esta medida, ello es que la tarde del dia 20, designado en los pasquines para la sublevacion, se presentaron al capitan general los diputados de los gremios á asegurarle que podia responder de la tranquilidad.

No se alteró aquel dia ni al siguiente.

Hasta en las Provincias Vascongadas cundió el motin.

Allí tomó una nueva forma, puesto que no alborotaron las poblaciones, sino que los amotinados salieron al campo y pasearon sus banderas de pueblo en pueblo.

Los de la villa de Escoda, en número de dos mil, despues de haber obligado al corregidor á bajar el trigo y demás comestibles, tomaron un estandarte, y le hicieron llevar, extendiéndose en partidas, aumentadas siempre con las que otros pueblos se les reunian, pidiendo como en todas partes rebaja en los comestibles, adelantando por el Eloivar y Eivar, amenazando á Vizcaya y corriéndose á Vergara, enseñando por todas partes el bando del corregidor de Azcoitia, é incitando á que pidieran la misma rebaja en los artículos de consumo aquellas poblaciones.

La insurreccion habia cundido por todas las provincias, como se ha visto, hasta por las pacíficas provincias vascas, y allí, como en todas partes, el tumulto habia tomado proporciones formidables.

Podia decirse que aquella era una revolucion.

Como todas las revoluciones habidas y por ha-

ber, su causa principal era una cuestion de subsistencias.

El encarecimiento de los artículos de primera necesidad habia afectado á la gran masa pobre.

Ahora bien; no hay mejor jefe de revolucion que el hambre.

Cuando los pueblos sufren y se desesperan, se necesitan muy pocas sujestiones para lanzarlos á la insurreccion.

Lógica y necesariamente, los pueblos ven el orígen de sus miserias en los gobiernos, y aunque estos no sean algunas veces los responsables de la miseria pública ni puedan remediarla, los pueblos se vuelven irritados contra ellos dispuestos á todo, y ejercitando la crueldad en la lucha y en la victoria.

El motin contra Esquilache, tanto en Madrid como en las provincias, habia sido excitado por numerososos agentes, á quienes se sentia, pero á los cuales no se habia visto ni se sabia dónde tenian su orígen.

Se habia aprovechado el pretexto de las capas y de los sombreros.

Pero si el pueblo acerca de esto habia triunfado; si más aún, habia obtenido una rebaja en el precio de los artículos de primera necesidad; si Esquilache habia sido depuesto y extrañado con su familia del reino; si cediendo á influencias del motin habia sido elegido presidente del Consejo de Castilla el conde de Aranda para inspirar confianza al pueblo, que estimaba mucho, por su honor y por sus buenas

cualidades, á este personaje; si los ministerios de Hacienda y de la Guerra se habian provisto á gusto de los amotinados, ¿por qué el motin seguia en las provincias y amenazaba con renovarse en Madrid?

¿A quién iban entonces dirigidos los tiros?

Ya lo hemos visto por el rumor público y por aquellos que habian sido ajusticiados y encarcelados por haber propalado la idea de asesinar á Cárlos III.

Era indudable que si se habia promovido un motin contra Esquilache, la caida de éste no habia sido el objeto del motin, sino el pretexto: se decia que el rey era el blanco á que el motin se dirigia; si hubieran tomado palacio, habrian matado á Cárlos III.

No hubiera faltado un agente armado de un puñal, que deslizándose entre la turba, hubiera herido al rey.

Pero los españoles eran entonces, y lo son ahora en una gran mayoría, exageradamente monárquicos.

Les bastó con que el rey les concediese lo que pedian, con que saliese al balcon y hablase y contestase á un caleserillo de chupetin encarnado y sombrero blanco, y á otros de este jaez.

El pueblo estaba satisfecho: el rey le hacia justicia; habia depuesto y desterrado al marqués de Esquilache, y nada, absolutamente nada tenian ya que decir al rey sino que volviese á Madrid entre su leal pueblo.

Y aunque el rey no volvia, comprendian los amotinados y los que no lo eran, que Cárlos III, despues

del susto que le habian dado y de la humillacion que le habian hecho tragar, hacia muy bien en no volver hasta que todo estuviese tranquilo.

Y todavía habia ménos tranquilidad: á pesar de los rigorosos bandos que publicaba el capitan general, presidente del Consejo de Castilla, conde de Aranda, no podian impedirse los grupos que se formaban en los sitios principales, entre los que andaban embozados misteriosos, á los cuales, extremando la prudencia, no se prendia por evitar que el motin se reverdeciese; pero se prendia en sus casas á muchas personas principales, como ya hemos dicho, y otros muchos de los instigadores del motin habian desaparecido, sin que nadie supiese qué habia sido de ellos.

Esto podia preguntarse á los calabozos de la Inquisicion, que permanecian mudos, y que eran bastante profundos para que no se oyesen los ayes de los prisioneros.

El conde de Aranda ejercitaba un excesivo rigor; pero se detenia ante la Iglesia.

Ninguna persona eclesiástica habia sido presa ni aun molestada; y sin embargo, los cuatro alcaldes de casa y córte que constituian la quinta sala del Consejo de Castilla trabajaban en secreto y sin descanso, reuniéndose con sigilo y tomando infinitas precauciones, ya en un lugar, ya en otro, sin repetir sus juntas en un mismo sitio, bajo la presidencia del conde de Aranda.

Allí se reunian en secreto hombres de todas cla-

ses, policía nueva que se habia creado de una manera ingeniosa, y que se pagaba á peso de oro.

Hé aquí cómo se habia creado aquella policía:

Un calesero de la plazuela de la Cebada, llamado Pascual Andilla el Corzo, habia sido preso por unos guardias walones que le reconocieron como el corifeo de unos cuantos furiosos que en la Plaza Mayor habian arrebatado de entre las filas un walon, y le habian arrastrado.

Los walones metieron al calesero dentro de su propio coche de alquiler, echaron la cortinilla, y uno de ellos se puso en el pescante y fué á dar con el antiquísimo coche, que se remontaba allá á los tiempos de Cárlos II, en el cuartel de Guardias, donde estaba el primer regimiento de walones, mandado por su coronel el teniente general marqués de Priego.

El segundo regimiento, con algunas otras tropas de todas armas, que componian un cuerpo de seis á siete mil hombres, bajo el mando todos del capitan general coronel del dicho segundo regimiento de la guardia walona conde de la Salmedina, estaba en Aranjuez defendiendo al rey.

Como se ve, Cárlos III no habia cumplido exactamente su promesa de ejecutar las peticiones hechas por el pueblo el dia del tumulto, puesto que una de las peticiones habia sido la de la extincion de la guardia walona, y la guardia walona no habia sido extinguida.

Por el contrario, el primer regimiento, que era el más terrible, á causa de la ferocidad del marqués

de Priego que le mandaba, guarnecia á Madrid con algunos otros regimientos de infantería y seis baterías; y el segundo regimiento, como hemos dicho, formaba parte del cuerpo que en Aranjuez defendia al rey.

Hé aquí la principal razon de que no se hubiese renovado el alboroto en Madrid.

No estando allí el rey, el motin no tenia objeto, ni era prudente ir á atacar al rey á Aranjuez, en donde estaba en son de guerra con tropas y artillería bastante para batir en campo abierto á los *Alborotados*.

El marqués de Priego, en cuanto tuvo delante de sí al Corzo, y le dijeron que él habia sido el cabeza de los que habian arrastrado á Juan Pico, cabo primero de la primera compañía del primer batallon de su regimiento, mandó que por via de introito y para demostrar al Corzo el placer con que se le recibia en el cuartel de Guardias, se le diesen sobre una caja doscientos palos, despues de lo cual se proveeria lo que habia que hacer con él, porque el vapuleo sólo era un ordubre para abrirle el apetito para el festin que le preparaba el amable marqués de Priego.

Al oir esto, Andilla el Corzo estiró el pescuezo, y con las manos metidas en los bolsillos de los calzones, y mirando al marqués de Priego con todo el raimiento y con toda la insolencia de que podia ser capaz el manolo más manolo de la plazuela de la Cebada, y á más de esto calesero, exclamó:

—¡Quiá! ¡si todavia no han plantado la encina

que tiene que echar las varas con que me han de pegar á mí! ¡Que se le quite á vuecencia eso de la cabeza, porque en cuanto yo le diga á vuecencia dos palabritas aparte, en vez de mandar vuecencia que me hinchen á palos, va vuecencia á tomarme la cara y á darme un beso! porque, excelentísimo señor, antes de que vuecencia me derrengue á mi ó me reviente, voy yo á tirar de la manta, y se van á quedar al aire y para que vuecencia las vea, cosas muy ricas. ¡Vaya! ¡si me parece á mí que en cuanto vuecencia me oiga se va á encontrar vuecencia con que le ha salido en la manga el entorchao de capitan general, y se le ha enredao entre las plumas del sombrero otra grandeza de España! ¿Pegarme á mí? ¡Cuando yo digo que todavía no han plantado la encina!...

La verdad fué que el marqués de Priego, despues de haber estado encerrado dos horas con el Corzo, escribió un larguísimo pliego al conde de Aranda, que en contestacion á aquel pliego envió al marqués de Priego estas dos solas líneas:

«Envíeme vuecencia bien asegurado y en secreto á ese hombre.»

Resultó de esto, que en vez de hincharle á palos, como él decia, y de ahorcarle por fin de fiesta, Perico Andilla el Corzo fué muy bien pagado por las revelaciones que hizo.

Se le encargó de la organizacion de una policía *sui generis*, y se le puso en libertad.

Ahora bien; todos los hombres que iban á deponer ante el tribunal, compuesto por los cuatro alcal

des de casa y córte, bajo la presidencia del conde de Aranda, eran buscados por Perico Andilla el Corzo.

Y los que él no conocia, los conocian los otros.

Y de esta manera llegó á crearse una cadena de denuncias, que vino á ser un hilo de Arianna para que la venganza real pudiese llegar á través de un laberinto, hasta los verdaderos factores y las verdaderas causas, y el objeto verdadero del formidable motin de Marzo.

Motin general y que acusaba un plan preconcebido y hábilmente llevado á ejecucion, á juzgar por su extension á todas las provincias de España.

A los pocos dias de haberse establecido esta policía secreta, formada por los mismos amotinados, se dió con Pestiño y con Lolo, aquellos dos polizontes que ya conocemos; estos, llevados una noche á la iglesia de Monserrate, donde se habia reunido la quinta sala, declararon de una manera luminosa. Empezó á verse entre la sombra; salió el nombre del padre maestro don fray Lorenzo, y se supo que uno de los primeros y más terribles instigadores del motin, y uno de los que más sabian acerca de sus causas y tendencias, lo habia sido don Cosme Calcorra, oficial mayor de la Contaduría del gremio de la seda.

Todas estas investigaciones las hacian el conde de Aranda y los cuatro alcaldes de una manera habilísima y prudente.

El erario andaba exausto.

No se podia pedir dinero á tesorería sin un moti-

vo muy fundado, y debia mantenerse muy secreta la existencia de aquel cuerpo de policía creado por los mismos criminales.

Pero el conde era muy rico, y de su bolsillo salian secretamente los gastos.

Todos aquellos espiones que iban haciendo los unos de los otros eran largamente recompensados, y se empezaba por darles su indulto á nombre del rey.

El motin habia abortado tanto en Madrid como en las provincias.

El poder real se habia rehecho, apoyado por el monarquismo de los españoles, y en todas partes se habian ejecutado terribles castigos.

El pavor habia empezado á cundir, y en vano los Invisibles pretendian rehacer sus deshechas huestes.

Los jefes de accion del pasado tumulto habian sido ahorcados los unos, estaban presos los otros, y el resto pertenecian ya á la policía del conde de Aranda, en el que tenian mucha más confianza que en los Invisibles.

Habian sido estos moralmente vencidos.

No habian rematado del primer golpe á su enemigo, y su enemigo se rehacia; habia tomado distancia, se habia puesto en batalla y heria en detalles.

Los Invisibles se sentian amenazados; pero nada podian hacer.

Observaban desde la sombra y luchaban por rehacerse. La batalla era á muerte; pero las ventajas, gracias á sus buenos y fanáticos servidores, estaban de parte del rey.

brian las apariencias, que se hacia una farsa para ganar tiempo y descubrir, sin dar la alarma, aquellos á quienes se buscaba el bulto.

Así es, que de muy buena fe, incitados por el conde de Aranda, se presentaron al rey pidiéndole anulase las concesiones hechas al motin, el cuerpo colegiado de la nobleza, los cinco gremios mayores y los gremios menores, y aun el ayuntamiento mismo.

En todas estas exposiciones se acriminaba ágriamente los excesos cometidos por la plebe, y se suplicaba encarecida y servilmente al rey se restituyese á Madrid *para consuelo y alegría de un pueblo que ansiaba la presencia del más benéfico de los soberanos.*

Ocupóse de esta representacion el Consejo de Castilla, y en conformidad con los dictámenes de los fiscales, declaró en su informe, tumultuaria, nula, ilícita, insólita, defectuosa, oscura, violenta, de pernicioso ejemplo, obstinada, ilegal é inconveniente la reunion popular de Madrid, en los tres dias de Marzo: se detenia largamente en explicar y demostrar cada una de estas calificaciones, y concluia por opinar que las corporaciones representantes estaban en su derecho pidiendo la revocacion de las gracias concedidas por el rey á los Alborotados.

Pero no era del mismo acuerdo, en cuanto á la peticion contenida en estas representaciones, de la derogacion del indulto, porque esto era ofensivo á la clemencia real.

El rey se conformó con el dictámen del Consejo.

Era de temer que la anulacion de las peticiones concedidas á los Alborotados, y que en realidad eran justísimas, irritase á aquellos y fuese motivo para nuevos trastornos.

Pero se habia perdido ya terreno, se estaba cuesta abajo por decirlo así, y nadie se atrevia á alborotarse de nuevo; pero continuaron apareciendo carteles y anónimos subversivos, y se notó una fermentacion que obligó á Aranda á tomar medidas enérgicas, para evitar nuevos y tal vez más graves trastornos.

Se privó de fuero á todos los eclesiásticos y militares que tomaran parte en el tumulto, y se prohibieron las imprentas que habia en lugares que gozaban de inmunidad, tales como conventos de religiosos.

No se turbó, sin embargo, el órden.

Los guardias walones, anatematizados por el ódio popular, y que habian permanecido rígidamente encerrados y como presos en sus cuarteles, sin que se atreviesen á salir sino disfrazados, y tal lo estaban los que prendieron á Perico Andilla el Corzo.

Salieron al fin de su cuartel con uniforme y armas, y anduvieron libremente por la poblacion sin que nadie se atreviese á ellos ni de obra ni de palabra: de tal manera, que parecia que jamás los habia aborrecido el pueblo.

Por más que Aranda habia querido evitar el tomar medidas rígidas respecto á los eclesiásticos, no

pudo ménos de prender al arcediano Gándara, al padre Isidro Lopéz, procurador de los jesuitas de las provincias de Castilla, y al abate don Lorenzo Reinoso.

Estas prisiones aisladas de algunos de sus individuos, así eclesiásticos como seculares, en vez de alarmar á los Invisibles, los tranquilizó.

Porque dado el caso que no se tomaba una medida general, cuando ya no habia temor alguno que impidiese el rigor, era una prueba de que á pesar del tiempo trascurrido y de las informaciones hechas, no se sabia nada acerca del verdadero orígen del tumulto.

Los Invisibles, pues, continuaban excitando al pueblo descontento de la obstinada ausencia del rey, que tenia todos los visos de castigo á la córte.

Y este descontento creció cuando se supo que de repente, y pasando por las afueras de Madrid, el rey habia pasado del sitio de Aranjuez al de San Ildefonso.

Ni vastó para que se calmase el enojo popular por aquel tan manifiesto desprecio, se alegase como pretexto el fallecimiento de la reina madre Isabel Farnesio.

El conde de Aranda, entre tanto, bajo estas apariencias, habia encubierto sus hábiles trabajos y habia llegado á conocer perfectamente el foco del motin.

Esto se debia á Cosme Calcorra.

Antes de llegar al desenlace histórico de nuestro libro, debemos poner en conocimiento de nuestros

lectores los sucesos privados que influyeron para que el rey Cárlos III produjese el hecho más culminante, más controvertido y de causas más oscuras de su reinado.

El motin de Esquilache habia terminado ya, habia sido un fiasco; habia abortado, en una palabra, y una gran sociedad, una sociedad poderosa, estaba amenazada.

Los demás criados nos han puesto de patitas en la calle, y lo que es más, como el mayordomo no tenia fondos, sin pagarnos el mes corriente. Yo me he mantenido firme por no incomodaros; y ya veis que un portero no tiene gajes ni emolumentos de ninguna especie más que un mezquino salario.

—Decídselo á otro, hermano ladron,—exclamó Calcorra, que trataba á la gente como debia tratársela, en su terreno;—que un portero es una especie de vigilante que ve todas las picardías de los otros de la servidumbre, una especie de aduanero, al que es necesario dar su parte para que calle.

—¡Ay, don Cosme!—exclamó Pestiño,—que usted no sabe hasta qué punto llegaba la vigilancia y la economía de la señora y cuánto andaba encima de todo, hasta el punto de que hace pesar la leña, el carbon, el aceite, medir la cebada delante de ella, intervenirlo todo, y que no habia medio. Se roba á los grandes señores que han sido grandes desde que nacieron como lo fué su padre; pero no se roba á los pícaros que han salido del cieno y que han llegado á ser grandes por el robo, porque estos son cicateros y ruines, y no tienen vergüenza y descienden hasta lo más minucioso, y no permiten que nadie les robe, porque son avaros de la una parte y prácticos en el robo de la otra. No hay peor cuña que la de la misma madera. Bella situacion promete ser la vuestra á la caida del poder de vuestro amo. ¡Bah, bah! á los pícaros se les respeta mientras que pagan para ser respetados.

—¿Y venís ahora á decirme eso?—dijo Calcorra.

Esto acontecia en los primeros dias de Abril.

Quince dias despues de los alborotos, cuando ya el conde de Aranda era presidente del Consejo de Castilla, y habia empezado á averiguar en secreto las causas del alboroto, auxiliado por la quinta sala del Consejo.

Pestiño y Lolo habian sido ya llamados y convertidos en policía secreta del conde de Aranda, y Pestiño no era otra cosa que un agente suyo enviado á Calcorra.

Aranda sabia, por las declaraciones de Lolo y de Pestiño, que Calcorra estaba al corriente de todo.

En una palabra, que habia jugado un papel doble, sirviendo de una parte al marqués de Esquilache y de otra parte á los Invisibles.

Traicion que no conocian ni el uno ni los otros.

—El señor marqués de Letour,—dijo Pestiño,—con su esposa, se han ido detrás de sus hijos el señor conde de la Salmedina y doña Margarita, que están en Aranjuez con el rey, tras el cual se ha ido, como no podia ménos de hacerlo, el marqués de Esquilache con su esposa. De la servidumbre de ambas familias no se han ido con ellas más que algunos ayudas de cámara y algunas doncellas, los más allegados. En ambas casas se han quedado los mayordomos con dos ó tres criados más para cuidar de ellas; bien que de la casa del marqués de Esquilache no hay que cuidar, porque la ha saqueado el pueblo.

Cuando á Calcorra le cegaba la cólera no reparaba en nada.

Lo único que le contuvo fué el pensamiento de averiguar cómo Pestiño sabia que Ana del Rey le habia abandonado robándole.

Pestiño, como perteneciente á la policía secreta de Esquilache, habia estado á las inmediatas órdenes de Calcorra, jefe de aquella policía.

Pero era el caso que Calcorra no habia dicho ni aun á sus polizontes que su mujer le habia abandonado.

Sabia que si la encontraba no tendria valor para castigarla, y no queria pasar por un marido que apuraba por debilidad la vergüenza.

Se habia reducido á sus propios trabajos de observacion, y no habia logrado descubrir nada, porque Ana del Rey estaba bien oculta.

Así es que al revelarle Pestiño el conocimiento de aquel hecho, que él creia secreto, si bien el primer movimiento de su cólera fué extrangular al que conocia su deshonra, le contuvo la idea de que Pestiño podia darle noticias de aquella adorada Ana, á la que ansiaba encontrar, y á la que estaba resuelto á perdonar en el momento que la encontrase.

Pero no estaba resuelto del mismo modo á perdonar al raptor de Ana.

Calcorra no tenia la seguridad de quién fuese aquel raptor.

Habia sospechado del conde de la Salmedina.

Le habian seguido, y le habian visto entrar ca-

sa de la Candamo, casa de la beata amante de Lolo.

Pero esto nada significaba, porque una de las industrias más productivas de la beata era la correduría de amores.

Calcorra habia reparado en que siempre que el conde y su ayuda de cámara salian de casa de la Candamo, á poco acompañada de ella ó de alguna otra vieja, salia alguna buena moza cuidadosamente envuelta en un manto.

Esto no era ni más ni ménos que una falsa muestra ideada por la Candamo para desorientar á Calcorra, cuyas investigaciones temia.

Y lo habia logrado.

Calcorra creyó que á pesar de las relaciones del conde con la princesa de Astúrias y de su casamiento con Margarita, por sus malas costumbres de soltero, se entretenia en galanteos de gran señor, y dejó de vigilarle echándose á buscar por otra parte.

Como si dijéramos, por el vacío.

Y ni áun siquiera se dejó ver casa de la Candamo.

La situacion de Calcorra era delicada, y no queria darla á conocer por un golpe en vago.

El sabia perfectamente que la beata era la querida de Lolo, y habia sondeado sagazmente y en términos generales á éste.

Pero estaba en guardia.

El conde de la Salmedina producia infinitamente más que lo que hubiera podido producir Calcorra, y no cayó en el lazo.

Y tan hábil anduvo en este juego el polizonte, que Calcorra acabó de perder su recelo de que casa de la Candamo estuviese oculta su mujer.

Calcorra creia desconocida de todo el mundo, ménos del marqués de Esquilache, la fuga de Ana, y de improviso Pestiño se la revelaba.

No era de presumir que Esquilache hubiese tenido una confianza de tal género con un agente subalterno, y á más de esto criado suyo.

Así pues, la noticia de la fuga de Ana del Rey, robándole, habia llegado por otro conducto á Pestiño.

En efecto, Pestiño lo sabia por Lolo.

Este era un asidero bastante para poner completamente al servicio del conde de Aranda á uno de los principales agentes de los Invisibles, á uno tal vez de los más iniciados delante del Consejo de Castilla.

—El conde de Aranda necesita saber quiénes han sido los autores del motin, y cuál su objeto,— dijo Pestiño.

—¡Ah! ¡el conde de Aranda, el traidor! ¡Cómo si él no lo supiera! ¡Ah! ¡ah! él quiere hacer aparecer que lo sabe por la traicion de otros, no porque él haya pertenecido á los mismos promovedores ocultos del alboroto. ¡Ah! ¡ah! la infamia se toca por todas partes: los hombres, hasta los más nobles, se olvidan de su honra, se ponen al sol que más calienta, se atreven á todo: ¿y quiere ese señor comprometerme á mí por no comprometerse con el rey? Pues bien; decid al señor conde de Aranda que él mejor que yo sabe dónde se ha fraguado y de dónde ha salido el

motin; que él mejor que yo sabe cuál era el objeto del motin. Que diga el señor conde de Aranda dónde estaban él y el señor marqués de la Ensenada cuando se acometió á la guardia de los Inválidos el domingo de Ramos en la Plazuela de Anton Martin: que diga él quién era el embozado del sombrero blanco, que cuando un pobre soldado le preguntó que por qué no obedecia el bando presentándose embozado con capa larga y sombrero á la española, respondió:—Porque no me da la gana;—y mató de un pistoletazo á aquel pobre hombre, empezando de esta manera el motin. ¡Ah! ¡los nobles señores, los grandes señores! ¡miserables que siempre caen de pié, y van creciendo de vergüenza en vergüenza, de traicion en traicion, con la desfachatez y la audacia de los pícaros!

Un hombre honrado no podia haber hablado con más energía ni con más indignacion.

Y es que á veces la conciencia, que siempre es recta, habla por la boca de los infames.

—¡Bah!—dijo Pestiño:—yo os creia más avisado, don Cosme, y veo que dais oidos á cuentos increibles, que vienen á ser una calumnia, como ese del conde de Aranda.

—Jesuita de los piés á la cabeza,—exclamó con ira Calcorra;—jesuita como el rey, jesuita como Esquilache. Ahora,—añadió Calcorra, calmándose un tanto,—no sé si ellos estaban en la conspiracion; desde que el rey vino de Nápoles para sentarse en el trono de España, está sentenciado por la Compañía;

yo no sé si esa sentencia alcanzaria al conde de Aranda, al marqués de la Ensenada y á otros; el rey se ha hecho desde que vino á España más antipapista que nunca; se ha puesto contra Roma, se ha hecho una rueda inútil, y ha perjudicado á la Compañía. Roma es astuta, y es necesario adherirse á ella, engañarla para darla el golpe. ¡Ah! Roma es estúpida: Roma los cree sus hijos más afectos; se contaba con la confianza de Roma, y como con un primer elemento, con la sagacidad del rey; Roma le considera hoy su enemigo por demasiado regalista, y Cárlos III se ha hecho inútil; Cárlos III ha sidó sentenciado... ¡Ah! él pertenecia á aquella sociedad misteriosa y acaso era de los más iniciados...

Hé aquí por qué Pestiño se habia metido con botas y espuelas en el peligrosísimo terreno del amor y de la honra de Cosme Calcorra.

Contúvose éste, bajó la silla de Pestiño, y Calcorra, pasándose la mano por la frente y procurando dominarse, dijo:

—Hablad, ¡vive Dios! decidme todo lo que sabeis.

—Ya sabia yo,—dijo Pestiño,—que habíamos de entendernos, don Cosme, y que nos habíamos de entender bien. En efecto, yo sé que vuestra mujer os ha abandonado y se ha ido con un amante, llevándose de paso todo lo que teníais.

—¿Dónde está? ¿quién es él?—exclamó de una manera espantosa Calcorra.

—¡Pobre Ana del Rey!—dijo Pestiño,—¡tan jóven, tan hermosa y morir de mala muerte!

—¡Cómo! ¡pues qué!—exclamó Calcorra poniéndose pálido como un muerto:—mi mujer, mi Aná...

—La tenemos en rehenes, don Cosme,—dijo tranquilamente Pestiño:—si os obstinais, la Inquisicion hará lo que debe hacer.

—Pero esta es la infamia de las infamias, esto es valerse del santo tribunal de Dios para cosas horribles. ¿Qué culpa tiene de esto mi Ana, mi pobre Ana?

Y los ojos de Calcorra se llenaron de lágrimas.

Indudablemente, Ana del Rey era el gran flaco de aquel malvado.

—Yo creo, don Cosme,—dijo Pestiño,—que estamos perfectamente de acuerdo: vos debeis sobreponeros á todo, y pensar en vos mismo, en vuestra familia. La Compañía de Jesús podrá ser ó haber sido terrible; pero una vez conocida, una vez acometida en silencio y á muerte de una manera rápida y decisiva, la Compañía de Jesús será impotente como lo son los cadáveres. ¿Qué os importa, pues, de ella? Vos teneis bastantes hilos de la trama, para que se llegue á una prueba que pueda manifestarse al rey y decidirle á obrar contra la Compañía de Jesús de una manera enérgica. Vos habreis hecho una gran fortuna, y sobre todo habreis encontrado á vuestra esposa, y Lolo y yo habremos salido de pobres.

Meditó durante algunos minutos, y paseándose agitado, Calcorra.

—Y bien,—dijo,—idos.

—¿Qué he de decir á su excelencia?

—Nada: yo voy á verle ahora mismo.

Pestiño salió.

Calcorra se vistió esmeradamente con redingote y sombrero apuntado, porque ya tales habian sido los castigos que no era peligroso andar por Madrid de esta manera, y se fué á la casa de los Consejos á buscar al conde de Aranda.

Capitulo XXXV.

De como empezó á tejerse la trama que debia acabar en España con la Compañía de Jesús.

En cuanto anunciaron al conde de Aranda que le buscaba el oficial mayor de la contaduría del gremio de la seda don Cosme Caleorra, se apresuró á recibirle.

Se conocian de antiguo el conde de Aranda y Cosme Caleorra como individuos, seglares ambos, de la Compañía de Jesús.

Más claro: como individuos de aquella sociedad terrible, aunque no conocida, que entre sí se llamaba de los Invisibles.

El conde de Aranda era un hombre excesivamente diplomático; pero que encubria su manera diplomática en una gran sencillez, en una gran llaneza.

Se le veia ir por la calle en carroza, sí, pero, con

las cortinas descorridas, lo cual era mucho, porque todos los otros presidentes del Consejo de Castilla, desde tiempo inmemorial se habian dado ínfulas y tufos de rey, y no se dejaban ver fácilmente de la multitud.

A más de esto, las cortinas echadas tenian por objeto el que no se les pudiesen dar memoriales, porque como el presidente del Consejo de Castilla era una autoridad casi tan grande como la del rey, al llevar las cortinas descorridas hubieran llovido los memoriales y las solicitudes de gracias, y no hubiera tenido el presidente un momento de reposo durante su trayecto por la calle.

El conde de Aranda tomaba cuantos memoriales se le daban, ya de pobres, ya de agraviados, ya de pretendientes.

Los hacia examinar, sin exceptuar uno solo, por un empleado probo y capaz de la presidencia del Consejo, y no habia memorial que no se despachase en justicia, ni pobre que no fuese socorrido en alguna manera por la caridad del conde.

Como capitan general de la villa y córte de Madrid, era tambien otra autoridad enorme.

Anteriormente los capitanes generales de Castilla la Nueva no sabian presentarse en la calle sino en carroza cerrada, precedidos por batidores, con ayudantes al estribo y gran escolta de caballería.

El conde de Aranda no llevaba ni batidores, ni ayudantes, ni escolta.

Iba simplemente como un grande de España con

cochero y lacayo en el pescante, cazador y lacayo detrás, y esto era todo.

Y aun así se le veia con mucha frecuencia en un coche sencillo tirado por dos mulas, con cochero y lacayo.

Como todo el mundo le saludaba, porque todo el mundo le quería (á los españoles se les coge por el corazon, y una vez cogidos se hace de ellos lo que se quiere), el conde de Aranda, para excusarse de un movimiento contínuo para contestar á los saludos de todo el mundo, llevaba la cabeza descubierta, y su saludo era una inclinacion de cabeza y una expresiva sonrisa.

Cuando algun pobre anciano se esforzaba por llegar á él mostrándole un memorial, ó cuando quien traia el memorial eran una mujer débil y enferma, un niño ó una niña, él conde, que estaba atento á todo, tiraba del cordon y el carruaje se detenia.

El conde tomaba los memoriales, y decia con una amabilidad infinita:

—Se proveerá, se proveerá.

Cuando la necesidad del que presentaba el memorial era palpable, entonces el conde, sin dejar de tomar el memorial, la socorria inmediatamente.

A veces daba una onza, á veces media ó una ochentina, pero nunca ménos de un doblon de á dos.

No perdia corrida de toros, presidiéndolas muchas veces, y en ellas se mostraba tán torero y tan inteligente, que el pueblo no podia ménos de aplaudirle.

Vamos, el conde de Aranda era adorado, y no

habia servido de poco su popularidad para impedir el reverdecimiento del motin, y para que se llevasen á efecto los castigos que con la consulta del Consejo de Castilla se habian ejecutado.

El conde de Aranda, bajo su fácil manera, bajo su sencillez, bajo su caridad, bajo su solicitud por todo el mundo, ocultaba una gran fuerza de voluntad y una energía sin límites.

Si conquistaba su popularidad de una manera admirable, era para robustecer su fuerza.

Por eso hemos dicho que el conde de Aranda era un gran diplomático.

Y por eso hemos dicho tambien que á los españoles se les coge por el corazon; y que cuando se les ha cogido se hace de ellos lo que se quiera, aunque sea desollarlos vivos.

¿Qué importa, si los desuella su ídolo?

Cuando el conde de Aranda vió á Cosme Calcorra con el aspecto que éste se le presentaba, no fué para él aquel manso y sencillo señor que sonreia á todo el mundo, que á todo el mundo halagaba: por el contrario, su mirada severa y dura abarcó imponente á Calcorra.

Este se estremeció de cólera.

—¡Con que es decir,—dijo hablando antes que el conde, pero en voz baja y concentrada,—que quien debe comparecer cita, que quien debe responder interroga, que quien debe temblar amenaza!

—Deteneos y no prosigais por ese camino,—dijo el conde de Aranda.—Eso es, en primer lugar, im-

pertinente, y en segundo lugar inútil. Yo no pertenezco, desde hace mucho tiempo, á la Compañía; yo la he pedido me relevase de mis juramentos y de mis obligaciones, porque no convenia á mi decoro pertenecer á una asociacion que no me dispensaba la confianza de que yo era merecedor; yo no juré otra cosa al separarme de la Compañía de Jesús, que guardar un profundo secreto acerca de sus asuntos interiores, y ese secreto está guardado. Por consecuencia, señor Cosme Calcorra, por más que vos seais uno de los miembros seglares más importantes de la Compañía de Jesús, no teneis derecho á acusarme de traicion. Y es muy extraño para mí que no sepais que, tanto su majestad, como el marqués de la Ensenada, como yo, hemos dejado de pertenecer á la sociedad de los Invisibles, adjunta, como sabeis, á la Compañía, desde que el rey nuestro señor fué exaltado al trono de España.

—Yo lo habia supuesto, señor conde,—dijo Calcorra;—pero en fin, siempre la situacion es grave. Vos acometeis de frente á una sociedad poderosa; vos, permitidme que os lo diga, cometeis una imprudencia, mejor dicho, sois temerario.

Como se ve, Calcorra, tan servicial, tan humilde y tan diplomático respecto á otros, delante del conde de Aranda habia cambiado completamente de manera, de aspecto; se habia acrecido, y olvidándose del tratamiento, hablaba simplemente de vos al conde de Aranda, ni más ni ménos que á un igual.

—Yo,—contestó Aranda severo, pero tranquilo,-

antes que todo soy español, y caballero, y honrado, y leal, y embisto á todo trance contra los que conspiran en daño del rey nuestro señor. Yo encuentro á la Compañía de Jesús conspirando á muerte, preparando y promoviendo un motin horrible, y allá me voy espada en mano y á muerte.

—Y decidme, señor conde,—preguntó más frio y más incisivo Calcorra á cada momento:—¿quién era el embozado de sombrero blanco chambergo, que en la plazuela de Anton Martin, preguntado por un soldado de la guardia del cuartel de Inválidos por qué no obedecia el bando, le respondió: «porque *no me da la gana,*» y habiendo puesto mano en sus armas el soldado, le mató de un pistoletazo?

—¿Estábais vos allí?—preguntó el conde, mirando de una manera profunda á Calcorra.

—Sí, ¡vive Dios!—exclamó Calcorra;—como que importaba que yo estuviese.

—¿Y teniais ojos en la cara?—añadió creciendo en fijeza y en severidad el conde.—¿Juraríais sobre la vida y sobre el alma de vuestra mujer, que es lo único que teneis y que amais, que fuí yo quien hizo aquello?

Se estremeció de los piés á la cabeza Calcorra.

—No, no,—se apresuró á decir;—yo no juraria por la vida de Ana que vos fuísteis el que hirió al soldado, no tengo la seguridad; pero si no fuísteis vos, ó fué el marqués de la Ensenada ó el marqués de Letour.

—Ese, ¡vive Dios!—exclamó el conde de Aranda;—ese que no ha sido castigado porque es abuelo político del conde de la Salmedina, y porque el conde de la Salmedina tiene grandes amistades en la córte.

—Sí,—contestó andazmente Cosme Calcorra;—es amante de la princesa de Astúrias.

—Os prohibo, Calcorra, que me vengais á mí con murmuraciones ó calumnias ó cuentos de ese género. Yo no sé nada acerca de eso, ni quiero saber nada; me repugna creerlo, y no lo creo, me irrita. Se me obliga á escuchar tales cosas, y os advierto que es muy peligroso irritarme.

—Dios sabe la verdad,—contestó Calcorra,—y si vos no habeis andado en lo del motin personalmente, que yo no lo juraria, ha andado vuestro dinero, como ha andado el del señor marqués de la Ensenada.

—Mentís vos en cuanto á lo de mi dinero; en cuanto á lo del marqués de la Ensenada, lo ignoraba, pero lo creo posible. El marqués de la Ensenada no ha matado su ambicion, y pretende rehabilitarse, volver á ocupar la secretaría de Estado y del despacho de Marina.

—Vos os defendeis, señor conde, con las mismas palabras con que podria hacérseos cargo. Si el marqués de la Ensenada es capaz de todo por estar con Cárlos III á la altura en que estuvo con su hermano Fernando VI, vos deseais, habeis deseado, habeis conseguido alzaros á la altura en que os encontrais; ser otro rey de España á causa del motin. Los del mo-

tin os han proclamado, y habiéndoos proclamado os volveis contra el motin.

—Verdaderamente, que yo no sabia que érais tan audaz, Calcorra,—exclamó el conde de Aranda;—y de tal manera lo sois, que yo me desdeño de responder á los cargos gratuitos que me haceis, como si fuérais mi juez. Delante de mí no sois otra cosa que un hombre comprometido, un vencido, un criminal, porque vos, por lo ménos, sois cómplice de los delitos de lesa majestad, de asesinato comun y de robo y violencia, cometidos por los del motin. Vos habeis sido uno de los principales fautores, y ¡vive Dios! que si no nos auxiliais con las noticias y pruebas que sin duda teneis, os cuelgo. Y como vuestra mujer anda perdida desde hace algun tiempo, y segun mis noticias ha cometido crímenes contra la fe, valiéndose de malas artes, y brujerías, y hechicerías para hacerse amar de otro, lo que constituye además el delito de adulterio, y por todo esto está bajo la jurisdiccion del Santo Oficio de la General Inquisicion, y yo sé dónde vuestra mujer se encuentra, á la Inquisicion la entrego.

Una verdadera convulsion se apoderó entonces de Cosme Calcorra.

Sus ojos se inyectaron de sangre.

Arrojó su boca una especie de espuma amarillenta.

Se contrajo todo.

Un leon furioso no hubiera tomado un aspecto tan formidable.

Por algunos segundos no pudo hablar.

Al fin dijo con la voz trémula, horrible, cavernosa:

—Dadme mi mujer, dádmela, y os lo revelo todo. Dádmela, y habreis matado á la Compañía de Jesús, que os espanta. Pero tened en cuenta que vais á cometer un crímen; tened en cuenta que la Compañía de Jesús no es solidaria en la culpa del motin de Esquilache; que si alguno de sus indivíduos ha tomado parte en él, la Compañía de Jesús lo ignora.

—Mentís vos,—exclamó el conde de Aranda;—eso es que la Compañía de Jesús os espanta, y aunque inútilmente y para vos mismo, pretendeis disculparos de una traicion contra ella.

—Contra la Compañía de Jesús,—exclamó Calcorra,—no hay una sola prueba, atendiendo á la cual pueda hacérsela responsable ni directa ni indirectamente del motin. Vos habeis sido un adepto de la Compañía, la temeis y quereis destruirla; pero para destruirla es necesario cometer un horrendo crímen; un crímen de falsificacion que encarne una calumnia; un doble crímen, porque para destruir la Compañía de Jesús habreis tenido necesidad de destrozar el corazon del rey.

El conde de Aranda miró perplejo á Cosme Calcorra.

Empezaban á cambiarse las situaciones.

—¿Qué es lo que decís?—exclamó el conde.

—Cárlos III es antipapista, regalista, extraordinariamente regalista, y sostiene rígidamente la inde-

pendencia de la Iglesia española en materias de disciplina. Pero Cárlos III ès eminentemente católico y meticuloso en cuanto á las cuestiones de conciencia; Cárlos III resistirá toda sujestion que tienda á la extincion de la Compañía de Jesús en sus dominios, si no se le presenta una prueba palpable, y bastante, de que la Compañía de Jesús ha incurrido en crímen de alta traicion y lesa majestad divina y humana. Tendreis esa prueba, prueba bastante, incontestable; pero esa prueba será una falsificacion, una calumnia; en una palabra, el puñal del asesino que habrá dado el golpe de gracia á la Compañía de Jesús.

—La Compañía de Jesús es culpable,—exclamó el conde de Aranda;—pero la Compañía de Jesús se encubre sagazmente; Roma la cree una de sus más firmes columnas, y sin embargo ella es la enemiga más terrible de Roma.

—Otra calumnia,—exclamó Calcorra.—Pero yo no discuto ni quiero discutir; yo, el humilde Cosme Calcorra, el despreciado Cosme Calcorra, el desventurado Cosme Calcorra, soy el único que puedo matar á la Compañía de Jesús. La mataré, pero dádme mi mujer, dádmela.

—Yo guardo á vuestra mujer en rehenes,—dijo el conde de Aranda;—procuradme una prueba bastante, y el dia en que, por resultado de esa prueba, la Compañía de Jesús sea extinguida en España y sus miembros expulsados de ella, tendreis á vuestra mujer. Guardadme vos en cambio rigorosamente el secreto; de otro modo, la venganza de la Compañía de-

Jesús será para mí más terrible que lo que vos haríais conmigo por no haberos servido. No me servís á mí, servís á la justicia y al rey.

—En buen hora: convengamos en que sirvo á la justicia y al rey, ¿qué importa? ¡Mi Ana! ¡Mi Ana ante todo!

Y Calcorra parecia á cada momento más descompuesto, más terrible.

—Por lo demás,—dijo el conde de Aranda,—yo os empeño mi palabra de honor de guardar religiosamente el secreto.

—Bien, bien,—contestó Calcorra;—pero que esto no tarde. Yo estoy en una ansiedad horrible; yo sufro un tormento del infierno separado de ella; yo os daré esa prueba, señor conde. Pero prometedme que, si cuando yo os presente esa prueba la encontrais bastante para vuestro objeto, me devolvereis mi mujer.

—Convenido,—contestó el conde.—Pero sepamos: ¿qué prueba es esa?

—El rey es bastardo.

—¡Bastardo!—exclamó el conde.—¡Otra vez ese rumor calumnioso, ese rumor en que no ha creido nadie!

—El rey sabrá, sin que pueda dudarlo, que la Compañía de Jesús ha propalado ese rumor calumnioso con la infame intencion de destronarle. Esto es una calumnia, una infame traicion contra la Compañía, tanto más fácil de ejecutar, como que la Compañía no teme ser atacada por este medio.

—Procuradme, procuradme esa prueba, Calcor-

ra,—dijo el conde,—y contad con que vuestra mujer os será devuelta.

—Pues bien; cuanto antes, señor conde,—dijo Calcorra.—Y por lo mismo, para empezar cuanto antes mis trabajos, os pido licencia para retirarme.

—Id, id con Dios, señor Calcorra.

Aquel miserable salió.

El conde de Aranda se quedó murmurando:

—Es necesario, de todo punto necesario arrojarlos de aquí. Han adquirido demasiada influencia. Mientras ellos estén aquí, no hay seguridad ni para el rey ni para el reino.

Capítulo XXXVI.

En que se da cuenta de la situacion en que se encontraban algunos de nuestros principales personajes.

Pasaron así dias y dias.

El rey, á pretexto del luto por la reina madre, continuaba en la Granja.

Pero en realidad con su ausencia de Madrid le castigaba por el motin.

El soberbio Cárlos III no podia ni queria perdonar la humillacion que se le habia hecho sufrir.

El conde de la Salmedina acompañaba á la córte.

Su regimiento estaba de guarnicion en ella.

Se tenia en él una gran confianza.

Además de esto, era gentil-hombre de la princesa de Astúrias.

El rey no podia olvidarse del gran servicio que el conde de la Salmedina le habia hecho el dia del

motin, defendiendo el palacio y obligando á los promovedores del motin á capitular.

Cárlos III tenia ese admirable instinto de los Borbones descendientes de Enrique IV, que habian heredado de él, y sabia bien que el motin habia fracasado;

Que el motin habia tirado más alto que á Esquilache;

Que no habia llegado á su verdadero objeto.

Esto se debia á Salmedina.

El habia sabido imponerse.

Una tropa mandada por otro jefe, no se hubiera sabido imponer.

No hubiera podido imponerse.

Verdad es que se habia capitulado.

Que se habia cedido.

Que se habia transigido con los *Alborotados*.

Pero si se hubiere librado un combate, este combate hubiese sido de un éxito dudoso, á pesar de toda la bravura del conde de la Salmedina, de su teniente coronel marqués de Dos Puentes, y de sus walones.

Se hubiera jugado el todo por el todo.

El rey no podia ménos de estar reconocido á la prudencia y á la hidalguía del conde de la Salmedina.

Verdad es que en la conducta del conde aquel dia, habia encontrado el rey algo oscuro.

Hoy se diria *un punto negro*, en lenguaje Ruiz Zorrilla.

Esto es, en un lenguaje aparte.

En un lenguaje convencional.

Aquel punto negro se podia reducir á una frase, formulada del modo siguiente:

¿Cómo era que el conde de la Salmedina habia podido entenderse con los rebeldes, ejerciendo una poderosa influencia sobre ellos?

El rey como todos los poderes era receloso, y más aun como Borbon.

Pero era al mismo tiempo extraordinariamente tieso, aunque no lo parecia.

Muchas veces habia estado á punto de pedir al conde una explicacion acerca de esto.

Pero le habia parecido indigno de su grandeza, extraño, inoportuno, y sobre todo impolítico, hacer por sí mismo, y como confidencialmente, una informacion acerca de esto, y se habia abstenido.

Pero crecian su recelo y su curiosidad, y se dió á buscar una forma que le permitiese, sin rebajar su dignidad, llegar al esclarecimiento de aquel punto que le molestaba en el conde, y que sobre todo le tenia en dudas, porque el rey no estaba tranquilo si no sabia, ó no creia saber hasta qué punto podia contar con la lealtad ciega de las gentes que tenia junto á sí.

No hay nada tan asustadizo como un déspota.

Al fin Cárlos III creyó encontrar un medio.

Llamó al conde y le dijo:

—Me parece, Salmedina, que yo estoy en deuda con alguien, y á mí no me gusta deber.

Salmedina nada dijo.

Permaneció en una actitud respetuosa delante del rey.

—En efecto,—dijo éste,—alguien nos ha prestado un buen servicio que no hemos recompensado aún; ¿qué te parece?

—Vuestra majestad dirá, señor,—contestó Salmedina.

—Pero tú crees que los buenos servicios deben ser premiados.

—Indudablemente, señor, y vuestra majestad los premia siempre y con una generosa largueza.

—Segun lo que tú mismo nos manifestaste, el dia de ese execrable motin hubo alguno que no vaciló en exponer su vida en servicio mio; ¿cómo no sabemos el nombre de ese servidor?

—Me desconsuela, señor, el no comprender á vuestra majestad.

—Tú debiste servirte de alguien para ponerte en comunicacion con los rebeldes y tratar con ellos.

El conde vió venir el golpe.

Comprendió que el rey no queria hacerle una pregunta explícita, y que se valia de un rodeo.

—En efecto, señor,—dijo el conde,—yo tengo un criado admirable, con cuya lealtad y con cuya vida puedo contar. En aquellas circunstancias perentorias y verdaderamente difíciles, cuando ya las hachas de los rebeldes acometian las puertas de palacio, yo me tomé la libertad de creer que seria de todo punto prudente y político buscar un medio de evitar un combate decisivo, en cuyo éxito no tenia, no podia tener

confianza. Yo hubiera caido, señor, hubieran caido mis soldados; pero la multitud era inmensa, estaba furiosa, y una resistencia temeraria no hubiera hecho otra cosa que irritar á los traidores y poner en peligro la preciosa vida de vuestra majestad. Yo ruego á vuestra majestad me perdone por hablarle con esta desnuda franqueza.

—Convenido, convenido,—dijo el rey;—habia una horda innumerable de bandidos, de gente infame, sin ley y sin conciencia, que tal vez no hubieran podido contrarestar mis leales; horda impulsada por una mano misteriosa que aun no se ha descubierto. Pero continúa, Salmedina, continúa. Vengamos á los méritos que ha contraido ese servidor, oculto aún.

—Yo le he premiado ya bastantemente, señor,—contestó el conde.

—Bien, bien,—dijo el rey:—tú has pagado ya tu deuda, Salmedina, pero yo no he pagado aún la mia. Continúa, continúa.

—Lo inminente de las circunstancias, señor, no me permitió consultar al entonces ministro de la Guerra, marqués de Esquilache, jefe superior, despues de vuestra majestad, de la defensa de palacio. Era necesario no perder un momento. Hice salir á Baltasar con el encargo de decir al primero que encontrase y que le pareciese uno de los jefes de la sedicion; que yo, comandante de la fuerza que defendia á palacio, necesitaba hablar con él, y que en tanto que durase este parlamento se suspendiese todo género de hostilidad contra palacio. De esto y de lo

que se trató entre el incógnito que vino acompañando á mi criado Baltasar, tuvo noticia vuestra majestad al momento. Vuestra majestad sabe que yo me impuse á los rebeldes, amenazándoles con tratarlos con todo el rigor de la guerra, sin concederles cuartel. Esto produjo los resultados que vuestra majestad vió.

—Bien, bien; pero resulta,—dijo el rey,—que habiendo salido á la ventura, sin conocimiento alguno, puesto que tú con ninguno de los rebeldes tenias conocimiento, ese criado tuyo nos prestó un gran servicio, puesto que pudo pagar su valor con la vida.

—En efecto, yo no conocia á ninguno de los rebeldes, y Baltasar salió completamente á la ventura. Yo no quise que aquel paso que daba aconsejado por mi lealtad, tuviese el más leve viso de parlamento. Me valí de un medio completamente particular, y Baltasar cumplió hábil, leal y bravamente con su encargo. Pero ya he dicho á vuestra majestad, señor, que le he recompensado bastantemente, puesto que le he hecho una fortuna.

—Bien, bien,—dijo el rey;—yo por mi parte doblo la fortuna que tú has hecho á ese tu criado, y á más le otorgo carta de nobleza.

—Gracias en nombre de Baltasar, señor,—dijo el conde.

Y como el rey le diese á besar la mano, señal de que la audiencia estaba terminada, el conde salió.

El *punto negro* que el rey veia en la conducta del conde de la Salmedina el dia del motin, se habia des-

vanecido como si se hubiera encargado de quitarle un quitamanchas.

El conde se habia mantenido en una admirable sangre fria, y habia engañado al rey.

La explicacion del conde habia sido de todo punto verosímil.

Por consecuencia de esto ganó Baltasar, que en resúmen no habia hecho aquel dia más que llevar á un punto y á una persona determinados un mensaje de su amo.

El conde nada le habia dado por esto, porque le habia ya dado bastante.

Pero era necesario sostener el embuste del donativo en armonía con el rango y con la dignidad de Salmedina.

Así es que en la nota que le pidió el rey algun tiempo adelante respecto á Baltasar, expresó haberle dado diez mil ducados.

El rey, considerando que no podia ponerse al nivel de un vasallo, por ilustre que éste fuese, mandó se entregasen á Baltasar de su bolsillo secreto veinte mil ducados, y al mismo tiempo se expidió en su favor una real carta de nobleza, por la cual Baltasar llegó á ser don Baltasar.

Bien es verdad que él alegaba que ya de antemano era él noble, y que el don no le habia venido con la nobleza, sino con el dinero.

Pero de todos modos, si él era noble por su familia, podia tener la satisfaccion de ser noble por sí mismo.

Todo iba bien.

El conde se mantenia al lado del rey, y por consecuencia al lado de María Luisa.

Tenia además junto á sí sus otros dos amores.

Margarita, que le habia acompañado, y Ana del rey, á la que Baltasar habia sacado secretamente una noche de casa de la Candamo para trasladarla á una casa de campo situada en la Boca del Asno, á poca distancia de la Granja, donde el conde la veia todos los dias que no estaba de servicio.

Baltasar no habia dicho á la Candamo adónde llevaba á Ana del Rey.

Pero Pestiño, que desempeñaba bien su oficio de polizonte, y que no descuidaba la vigilancia, supo adónde habia sido trasladada Ana del Rey, y por Pestiño lo supo el conde de Aranda.

Rosa la negrita, que estaba loca de amor por su Baltasar, y que le decia sonriendo que ella no le habia querido verdaderamente hasta despues de haberse casado con él, vivia en la casa de campo de la Boca del Asno, que el conde de la Salmedina habia comprado, con Ana del Rey y dos criadas segovianas, que componian la servidumbre, como cocinera la una y como doncella la otra; no conocian absolutamente á nadie en Madrid, y consideraban á Ana del Rey como hermana del señor don Baltasar, que sin dejar la servidumbre del conde, le servia guardando á Anita y pasando por dueño de la casa de campo.

El conde, ya fuese de dia, ya fuese de noche, en-

traba siempre secretamente en el aposento de Ana.

Este aposento tenia una ventana que daba á espaldas de la casa á un pequeño prado, en el que empezaba una espesa alameda.

Las criadas no podian sorprender nunca la llegada del conde.

Este esperaba oculto entre los árboles á que la ventana del aposento se abriese, y Anita no la abria nunca sino cuando sabia que, ocupadas las criadas en otra parte de la casa, no podian sorprender la llegada del conde.

Salmedina, pues, gozaba una verdadera bienaventuranza.

Contaba con la confianza absoluta del rey, y poseia sin contrariedad sus tres amores.

No era solo la casa de campo donde estaba Anita la que el conde habia comprado, siempre por medio de un testaferro; habia comprado otra cerca del lugar inmediato á la Granja, que se llama el Pan de azúcar.

El testaferro de que se habia valido el conde para comprar esta casa, habia sido Cascajares.

¿Y por qué Cascajares, guarda-muebles del palacio de la Granja, como lo era del de Madrid y del de Aranjuez, y conserje del del Pardo, no habia de comprar una linda casa de recreo en las inmediaciones de la Granja?

Aquella casa se habia amueblado con un lujo extraordinario y con unas grandes comodidades.

Como la otra de la Boca del Asno, tenia en su

parte posterior una ventana accesible, que correspondia á un lugar espeso.

La princesa paseaba sola con mucha frecuencia, sin más compañía que la señora de la Nestosa, un caballerizo y algunos lacayos, hácia aquella parte, que estaba á alguna distancia del camino practicable para los carruajes, entre la espesura.

Bajaba de la carroza María Luisa al llegar á dicho punto, y como no mandaba al caballerizo que la siguiese, allí se quedaban caballerizo y los lacayos, esperando á veces por espacio de cuatro ó cinco horas.

Hubo al fin quien observó y quien contó, y vino á hacerse público para todos, ménos para el rey, para el príncipe de Astúrias y para Margarita, que el conde de la Salmedina era amante de María Luisa, y que sus entrevistas tenian lugar casi todos los dias en una preciosa casita de campo situada en las espesuras del Pan de azúcar.

Sabíalo esto la marquesa de Vallezarzal.

Pero la buena Magdalena, transigiendo con su conciencia por amor á su sobrino, decia para sí:

—Por estos amores ningun peligro corre mi Luis: el rey no lo sabrá nunca, y el príncipe de Astúrias es un papanatas que cada dia quiere más á mi sobrino y le llama su Luisito. Dios bendiga á estos buenos señores estúpidos, que honran á quien los desprecia, y con razon. No, y el frenesí de la princesa por mi sobrino es disculpable. ¡Miren con quién la han casado! con un hombre que va á ser rey de España: pero la grandeza no llena el corazon, y mi Luis es ir-

resistible: yo no sé, yo no sé hasta qué punto me hubiera hecho olvidarme ó me haria olvidarme de mí misma; y cuando nos sentimos débiles, no nos es permitido mostrarnos severos con quien incurre en la misma debilidad en que nosotros caeriamos. Y en fin y sobre todo, que cuando el príncipe de Astúrias sea rey, el verdadero rey lo será el amante de su mujer.

Magdalena pensando esto último no se engañaba.

Pero vino á acontecer que cuando llegó á ser rey Cárlos IV, el amante de la reina que fué rey de hecho, no fué el conde de la Salmedina, sino Manuel Godoy, subido desde simple guardia de corps á ministro universal, generalísimo y príncipe de la Paz, por virtud y gracia de María Luisa de Borbon, sin que por esto dejase de ser Cárlos IV, hasta que su hijo el príncipe don Fernando pudo conspirar contra él, el más feliz de los maridos, de los padres y de los monarcas, con gran detrimento de los venados de Balsain, de Riofrio y de la Granja.

Porque el rey, el buen rey don Cárlos IV, no se hubiera sentido completamente feliz, ni hubiera creido comer bien, si todos los dias no se le hubiera servido un pedazo de carne de una res muerta por su mano.

Y la carne de paleto al vinagrillo, con su húmo montaraz, era uno de los platos que más gustaba á Cárlos IV y de los cuales se atracaba más.

Magdalena, aunque era honrada y virtuosa, se mostraba indulgente con los extravíos reales de su sobrino; primero, porque aquellos extravíos no repre-

sentaban para él peligro alguno, sino una gran importancia en la córte; segundo, porque veia en lo porvenir por resultado de aquellos amores una altísima y deslumbrante posicion para su sobrino, y tercero, en fin, porque ella creia que el conde, si era amante de la princesa, lo era por vanidad y por amcion, no por amor.

Porque ¿cómo creer que Luis amase á ninguna mujer, cuando ella estaba siendo testigo de la pasion, del frenesí, con que el conde adoraba á Margarita?

Decididamente, la buena Magdalena no conocia á su sobrino, ó mejor dicho, no conocia á los hombres.

El conde continuaba teniendo buen apetito para los tres platos del festin de su amor, y esto engañaba, no sólo á Magdalena, sino tambien á aquellas tres mujeres que amaban al conde y á las que el conde amaba.

Ya hemos explicado bastantemente que aquellas tres mujeres para el conde de la Salmedina no eran más que un amor que se completaba por las cualidades de cada una de ellas.

En Margarita encontraba la hermosura, el espíritu, la esposa, la amante, la hermana y la amiga á un tiempo; la pureza, la dignidad, lo legítimo, el sol de su casa, una ilustracion más para su familia, una divinidad humana que le envidiaban todos, y un amor siempre apasionado y siempre indulgente.

En la princesa encontraba la majestad sometida

á él por la pasion, una esclava voluntaria y feliz con su esclavitud, y una voluptuosidad imponderable.

Su vanidad y su sensualidad estaban satisfechas.

En cuanto á Ana, era la suya una pasion del infierno, un amor que al mismo tiempo que embriagaba al conde le torturaba; una pasion desbordada; la locura, en fin, de una mujer enérgica y excesivamente bella por un hombre.

Ana tampoco conocia las relaciones entre el conde de la Salmedina y la princesa de Astúrias.

Vivia aislada, y el único que pudiera haberla puesto en antecedentes era Baltasar, y éste se guardaba muy bien de ello temiendo á las consecuencias; y por un exceso de prevision, ni aun habia tenido acerca de esto una sola confianza con su mujer.

Así pues, el conde de la Salmedina, Margarita, la princesa de Astúrias y Ana del Rey eran completamente felices.

Ellas por él, y él por ellas.

En la Granja se encontraban mejor que en ninguna parte.

La estancia en la Granja, segun estaba de enojado el rey con los de Madrid, prometia llegar hasta los primeros frios.

Llegados estos, probablemente la córte pasaria al Pardo, que es muy abrigado á causa de hallarse en una hoya entre cerros, y completamente protegido del helado viento de Guadarrama.

El marqués de Letour, creado gentil-hombre del

rey, como Giovaneta habia sido creada dama de la princesa de Astúrias, habian seguido á la córte.

Si Godofredo De Armagnac no estaba tranquilo, lo parecia al ménos.

Si aborrecia al conde de la Salmedina, nadie lo hubiera dicho.

En cuanto á los Invisibles, nada tenia que temer.

Por el contrario, se habia reivindicado en su confianza por los buenos servicios que habia prestado en la preparacion y en la explosion del motin, y habia adquirido de nuevo su antigua influencia en la sociedad.

El habia sido el embozado de sombrero blanco que habia dado la señal de la insurreccion matando á un soldado en la plazuela de Anton Martin.

Esta era la situacion de algunos de los principales personajes de nuestra historia.

Capítulo XXXVII.

En que se ve desarrollarse la intriga á muerte urdida por el conde de Aranda contra la Compañía de Jesús.

Pasaba el tiempo.

Llegó el mes de Mayo.

Cosme Calcorra tenia frecuentes entrevistas, pero muy reservadas, con el conde de Aranda, y este iba y venia con extraordinaria frecuencia de la Granja á Madrid y de Madrid á la Granja.

Esto era público, porque no podian buenamente ocultarse, si convenia ocultarlas, las idas y venidas del capitan general de Madrid, presidente del Consejo de Castilla, conde de Aranda.

Los jesuitas no recelaban nada.

Se hacian castigos, se ahorcaba, se enviaba á presidio y se desterraba á gentes de las que habian tomado parte en el motin.

Pero ninguno de estos sentenciados tenia ni remotamente parte en la Compañía de Jesús.

Cierto es que se perseguia á algunos clérigos y á algunos frailes; pero estos eran tambien extraños á la Compañía.

Si la Compañía de Jesús habia tomado parte en el tumulto, ó mejor dicho, si era la causa de él, no daba muestra alguna de recelar un castigo.

El mismo padre maestro don fray Lorenzo y los otros dominicos de Santo Tomás, que una parte tan principal y tan activa habian tomado en la preparacion del motin, no habian sido molestados ni aun de la manera más leve.

Nada se habia dicho á Ensenada, al que se continuaba mirando bien en la córte, y sin embargo, se trabajaba incesantemente entre el más profundo sigilo contra la Compañía de Jesús, cuya pérdida estaba ya decretada.

Pero se preparaba cautelosamente el golpe, para que ni uno sólo de los jesuitas pudiese escapar.

Calcorra, pues, habia procurado aquella terrible prueba al conde de Aranda, y el conde de Aranda no habia tenido sujestion alguna que hacer al rey contra los jesuitas.

Solamente habia dicho un dia á Cárlos III:

—He recibido un aviso secreto por medio de un anónimo, que parece calumnioso. Sin embargo, he creido que debia dar cuenta de ello á vuestra majestad.

—Y bien, ¿de qué se trata?—preguntó el rey.

—En este anónimo, de que tengo el honor de dar cuenta á vuestra majestad, se acusa de traicion, sin determinar la manera, á los jesuitas, y se avisa que la prueba de esa traicion se encontrará en la correspondencia que recibirá de Roma pasado mañana, por un correo particular, el superior de la casa del Noviciado de Madrid.

—Realmente,—dijo el rey,—eso no pasa de ser una grosera calumnia; los jesuitas tienen muchos enemigos, especialmente entre el clero secular, y yo creo debe desatenderse ese anónimo, cuyas acusaciones, si fueran fundadas, no se encubririan de una manera cobarde.

—Lo mismo creo yo, señor,—dijo el conde de Aranda,—y por lo tanto, mi dictámen es que debe desestimarse esta denuncia.

El conde de Aranda se volvió á Madrid, seguro de que habia dejado clavado el dardo en el corazon del rey.

Al dia siguiente se le presentó uno de los alcaldes de casa y córte, á los que el conde de Aranda tenia prevenido que si el rey se valia de ellos particularmente le avisasen al momento.

En efecto: el alcalde de casa y córte presentó al conde de Aranda un pliego sellado con las armas reales, que contenia un decreto escrito del propio puño del rey, en que se le mandaba que al dia siguiente se trasladara á la casa de la Compañía de Jesús en Madrid, llamada casa del Noviciado, se apoderase de la correspondencia que aquel mismo dia hubiese

venido de Roma; la sellase, dejando inventario de los pliegos al superior, y sin examinar ninguno de estos pliegos sellados en un paquete, los llevase por sí mismo á la Granja y los entregara al rey.

—Y bien,—dijo el conde de Aranda;—importa, señor alcalde, que vos me traigais ese paquete: los jesuitas tienen enemigos, y mucho será que no pretenda envolvérseles en una traicion, y tan hábilmente que se dé lugar á que su majestad cometa un error grave, y tal vez una injusticia que manche la historia de su reinado; y deber es de todos los que somos buenos y leales vasallos velar por la dignidad y por la seguridad del rey, aun desobedeciendo sus órdenes cuando fuere necesario. Hé aquí lo que yo os pido en nombre de vuestra lealtad, aconsejado por la mia: que desobedezcais la órden del rey en lo referente á que nadie vea la correspondencia que mañana os entregará el superior del Noviciado. ¿A qué hora pensais ir?

—Cuanto antes, por la mañana.

—No, señor alcalde, no; echaos encima de repente despues de las doce: á las doce, segun sus constituciones, están en el refectorio los padres de la Compañía, y segun su regla no pueden levantarse de la mesa para ningun asunto, por grave que sea. Podeis entre tanto ocupar la celda del superior, y prevenir todo aviso, todo recurso. Inmediatamente que vos me hayais traido esa correspondencia, la examinaré, se repondrán los sellos que vos conservareis, y partireis al punto para la Granja: en algunos minutos

habremos prestado un importantísimo servicio á su majestad.

El rey se engañaba cuando creia que su poder era mayor y más temible que el de la Compañía de Jesús.

Se murmuraba, y el alcalde de casa y córte comisionado por el rey lo sabia, que el conde de Aranda era jesuita.

Y dióle al alcalde tal pavor al suponer que por medio del conde de Aranda se las habia con la poderosa Compañía de Jesús, que ni aun por asomo pensó en faltar al encargo que habia recibido del conde de Aranda.

Al dia siguiente á las doce y minutos, el alcalde de casa y corte, acompañado de un escribano de cámara y de doce alguaciles, se presentó en la casa del Noviciado de la Compañía de Jesús é hizo saber al portero que necesitaba hablar en el momento con el superior.

El portero le manifestó respetuosamente que el superior no podia recibirle á aquella hora, porque estaba en el refectorio y no podia abandonarle.

El alcalde insistió, y avisado el superior, mandó se dejase llevar hasta el refectorio al alcalde de casa y córte enviado por su majestad.

Una vez en presencia del superior el alcalde de casa y córte, y habiendo dejado sus alguaciles á la puerta del refectorio, intimó al superior la órden de entregarle la correspondencia que aquel dia habia recibido de Roma.

El superior escuchó tranquilo al alcalde.

Habia recibido la correspondencia poco antes, y aun no la habia abierto.

Pero tenia la seguridad de que en aquella correspondencia del general de la órden en Roma no podia venir nada cuyo conocimiento importase.

Para dar más confianza al alcalde, le respondió:

—Con arreglo á nuestras Constituciones, yo no puedo, señor alcalde, separarme del refectorio; pero importa poco, nuestras celdas están siempre abiertas: usía puede penetrar en la mia, y sobre la mesa encontrará, sin abrir aún, el paquete que contiene la correspondencia que poco antes de venir al refectorio he recibido de Roma.

—Yo ocuparé vuestra celda con harto sentimiento mio, porque así me lo manda terminantemente su majestad,—dijo el alcalde;—pero no tocaré á un solo papel sino en presencia vuestra.

El alcalde pasó en seguida á la celda del superior, y los jesuitas continuaron comiendo tranquilamente sin apresurar, por lo que habia acontecido, la comida.

El lector continuaba leyendo con voz tranquila y grave.

Concluida la comida, el superior se fué á su celda.

Allí, abierto el paquete, se encontraron quince pliegos mayores y menores, de los cuales se dió inventario en forma y recibo al superior.

Aquellos pliegos estaban media hora despues en poder del conde de Aranda.

Este se encerró con ellos, haciendo esperar al alcalde.

Quitó uno y en su lugar puso otro, que sacó de un secreto de su papelera.

El sello de aquel pliego sustituido, de aquel pliego metido fraudulentamente entre aquella correspondencia, así como su sobrescrito, eran exactamente el sello de lacre del general de la Compañía de Jesús en Roma y la letra del mismo.

Hasta el papel era semejante.

El conde de Aranda guardó el pliego que habia sustraido en el secreto de la papelera de donde habia sacado el falso, que habia puesto entre la correspondencia, y entonces fué á la puerta de la cámara, la abrió é hizo entrar al alcalde de casa y córte.

—No he necesitado,—le dijo,—más que mirar por fuera estos pliegos para convencerme de que no tienen más que papeles referentes al despacho ordinario de los asuntos de la Compañía. Ya os lo decia yo: los jesuitas tenian muchos y muy miserables enemigos; no podia ser de otro modo. ¿Traeis con vos el sello con que anteriormente se selló ante el superior del Noviciado el paquete?

—Sí, señor,—contestó el alcalde;—así me lo habia prevenido vuecencia.

—Tomad papel, sellad de nuevo el paquete y partid al momento á la Granja.

Al dia siguiente el alcalde entregaba al rey aquel paquete, que habia hecho terrible un manejo del conde de Aranda.

El rey, que había recibido solo al alcalde y como de tapadilla, se metió en una recámara, se encerró y abrió impaciente el paquete.

Daba verdaderamente lástima ver á un poderoso señor abriendo con la mano trémula unos documentos en que debia encontrar una prueba de traicion, y más que esto, un grave peligro para su persona.

Como hemos dicho ya, Cárlos III habia pertenecido como seglar á la Compañía de Jesús, era uno de sus adeptos.

Desde que habiá resistido á la influencia que sobre él habia pretendido ejercer la Compañía, ésta le habia rechazado de su seno, en silencio, es cierto, pero de una manera significativa.

Cárlos III sentia la enemistad de la Compañía de Jesús, y la temia.

Nada encontró en el primero, segundo, tercero y cuarto pliegos más que asuntos generales de la órden.

Pero al abrir el quinto, al leer las primeras líneas, palideció, tembló, pasó por sus ojos una expresion infinita de agonía, de dolor, de desesperacion; se quedó pálido como un cadáver, y permaneció inmóvil y como alelado: como hubiera podido permanecer un hombre despues de un terrible golpe.

Los ojos del rey estaban túrbios.

Procuró leer de nuevo, y no pudo.

No veia las letras.

Tal habia sido la terrible emocion que habia experimentado.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Los ojos del rey estaban turbios. Procuró leer de nuevo, y no pudo.

Al fin, haciendo un poderoso esfuerzo, continuó la lectura, y aun sin acabar de leer aquel pliego, se cubrió el rostro con las manos y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Luego se irguió y exclamó:

—¡Ah! No, no, ¡imposible! ¡imposible! Esto no puede ser verdad, esto es una infame calumnia. Y mi madre ha muerto, ¡ha muerto! y no puedo aclarar esta horrible duda. ¡Oh! Sí, sí; yo conoceria en su semblante si lo que aquí se dice es verdad.

El rey volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho.

—¡Oh! ¿Y si fuera verdad?—exclamó.—¡Ah! no, no; yo no permaneceria sobre el trono, yo huiria, yo iria á esconderme en el último rincon de la tierra. ¡Oh! no, no; esto no puede ser verdad: esto es una traicion infame; una traicion que pide una severa justicia, una justicia terrible. ¡Ah, infames!

Y el rey volvió á quedar como aniquilado.

Veamos lo que el rey habia leido:

«Hijo nuestro querido en Cristo: El motin promovido contra Esquilache, y por tan largo tiempo y con tal prudencia preparado, no ha producido los efectos que eran de esperar. Todo se ha reducido á la caida de Esquilache, á la caida de un hombre.

»Cárlos III permanece en el trono; pero aún queda un medio del que no se ha usado bien. Es necesario que los españoles sepan que Cárlos III es un hijo espúreo del adulterio de su madre, Isabel de Farnesio, con una baja persona; con un palafrenero

de palacio. Las pruebas de esto son difíciles; las personas que intervinieron en estos vergonzosos amores han muerto; las cártas que existian y que hubieran podido producir una prueba plena, han sido rescatadas á peso de oro por la reina Isabel Farnesio, y han sido quemadas. Pero el hecho es cierto, ciertísimo; y podemos hacerlo público sin que nuestra conciencia se resienta por ello.

»Los españoles son de suyo altivos y honrados, y cuando se les haya hecho creer que el rey, en quien respetan á la imágen de Dios sobre la tierra, el señor inviolable y absoluto, es un bastardo, un intruso, un hijo del más infame de los crímenes, de la deslealtad de una esposa á su esposo, del perjurio y del sacrilegio de una miserable, no tolerarán sobre el trono á ese hombre.

»Tomad cuantas medidas sean necesarias, nuestro hijo, para que esta noticia circule, cunda y se infiltre en el pueblo español.»

El rey no habia leido más que esto.

Bien es verdad que lo que restaba era la fecha y la firma.

No podia darse una revelacion más terrible, no podia haberse inventado un golpe más certero.

Nuestros lectores saben de dónde el golpe provenia.

Calcorra habia falsificado admirablemente la letra y la firma del general de la Compañía de Jesús en Roma.

Lo que Calcorra habia hecho aparecer en aquella formidable carta, ¿era verdad? ¿era una calumnia?

La conducta de Isabel Farnesio da lugar á gravísimas dudas.

En cuanto á Cárlos III, el golpe le habia alcanzado en medio del corazon.

Estaba, como hemos dicho, aniquilado.

Pero una de las cualidades de Cárlos III era una indomable fuerza de carácter.

Le acontecia lo que podia haberle acontecido á un caballero antiguo.

Habia recibido un golpe terrible, pero este golpe, si bien le habia aturdido, no le habia hecho perder los estribos.

Su indomable carácter se sobrepuso al fin á todo; se dominó, llamó en su auxilio á toda su razon y toda su energía, y se consagró al exámen de los caractéres de aquella carta, comparándolos con los de las otras, que eran indudables.

No podia suponerse que todas las cartas que el alcalde de casa y córte habia ocupado en la celda del superior de la casa del Noviciado en Madrid, fuesen falsas.

Esta idea de falsedad se habia ocurrido al rey en cuanto habia pasado la primera violencia del dolor causado por el golpe; pero del exámen del rey no resultó más que la tristísima certeza de que aquella carta formidable estaba escrita por la misma mano, y tal vez por la misma pluma que habia escrito las otras cartas.

No habia lugar á la duda.

La carta que contenia la terrible revelacion era de todo punto semejante á las otras, que sólo se ocupaban de asuntos generales de la Compañía; tan perfecta era la falsificacion.

Despues de un largo exámen minucioso y prolijo, detalle por detalle, trazo por trazo, el rey, convencido de que aquella carta provenia del general de la Compañía de Jesús, la guardó en una papelera, y volvió á cerrar las otras, pero sin tomar la precaucion de sellarlas con su sello real.

Para esto hubiera sido necesario llamar al canciller.

Esta circunstancia hubiera tal vez embarazado al conde de Aranda: no teniendo por el momento facilidad de obtener el sello real para hacer que la carta que él habia sustraido y que debia reponer sustrayendo á su vez la falsa para que el paquete fuese entregado al superior del Noviciado, sin que éste pudiese sospechar nada, el fraude le hubiera sido muy difícil, casi imposible.

Pero el rey se olvidó de esto.

Todos los pliegos estaban abiertos, rotos los sobres y los sellos.

El rey volvió á cerrar el paquete y llamó al alcalde.

—¿Traeis con vos el sello de vuestra sala de justicia?—le preguntó el rey.

—Sí, señor,—contestó el alcalde.

—Pues bien, sellad delante de mí estas cubiertas.

El alcalde selló en cuatro lugares diferentes los papeles con que el rey habia cubierto los pliegos.

—Volved á Madrid,—le dijo el rey,—volved al momento, entregad ese paquete al superior del Noviciado, á quien ocupásteis esos pliegos; decidle que el rey se ha quedado con uno de ellos. Si os pidiere explicaciones, decidle que yo no os he dado ninguna. Ahora bien, alcalde: estos pliegos no habian sido abiertos cuando vos los ocupásteis, ¿no es esto?

—No, señor,—contestó el alcalde.—Estaban sobre la mesa del superior, bajo un sobre y con el sello del general de la Compañía de Jesús en Roma.

—¿De manera que,—dijo el rey,—el superior no sabia lo que estos pliegos contenian?

—No, señor; repito á vuestra majestad que los pliegos estaban sin abrir, como asimismo el paquete que determinaban.

—Bien, bien, ¿habreis dado inventario al superior?

—Sí, señor, inventario de quince pliegos.

—Bien, alcalde; llevais catorce. Os repito lo que os he dicho: el rey se ha quedado con uno de los pliegos y no ha dado explicacion alguna.

—Muy bien, señor.

—Ahora, devolved cuanto antes esos pliegos al superior de la casa del Noviciado.

Al dia siguiente el alcalde se presentaba al conde de Aranda, y le relataba, palabra por palabra, lo que habia dicho el rey.

El conde de Aranda hizo esperar al alcalde, y se

encerró de nuevo; sacó del secreto de su papelera el pliego que dos dias antes habia sustraido de entre los otros; le abrió de la misma manera que los otros pliegos estaban abiertos; le examinó, y se encontró con que aquel pliego era completamente inofensivo, puesto que no se ocupaba más que de un asunto comun de la Compañía de Jesús.

Entonces el conde de Aranda llamó al alcalde.

—Volved á cerrar y sellar este paquete,—le dijo.—Hemos hecho un inmenso servicio á su majestad, servicio que os será espléndidamente recompensado. ¿Os agradaria ir de fiscal á la Real Chancillería de Méjico?

—¡Oh! señor conde, eso llenaria, colmaria mis deseos,—contestó el alcalde.

—Pues bien; tened por vuestra esa fiscalía. Ahora bien, alcalde, oid: vos no direis al superior de la Compañía de Jesús en Madrid ni una sola de las palabras que habeis oido á su majestad; os reducireis simplemente á entregar al superior ese paquete tal como está. Hacédselo abrir para que se informe de que todos los pliegos que le fueron ocupados le son devueltos, aunque abiertos por su majestad. Despues de esto canjeareis el inventario y exigireis un recibo. Id, alcalde, id y volved al momento. Si os interroga el superior de los jesuitas, que probablemente no lo hará, sed sereno, decidle únicamente que el rey recibió el paquete, se encerró, y á poco os llamó, os le mandó sellar y que le devolviéseis al superior. Por lo demás, tened una gran prudencia, olvidad lo que

ha sucedido; os repito que hemos prestado un eminente servicio á su majestad, pero este servicio debe permanecer completamente secreto.

—Muy bien, señor conde.

—Para cuando volvais estará extendido vuestro nombramiento de fiscal de la Real Chancillería de Méjico, y yo mismo iré á llevarlo á la firma de su majestad.

—Muchas gracias, excelentísimo señor; vuecencia puede disponer hasta de mi vida,—contestó el alcalde.

Y salió, creyendo de buena fe, el estupido, que habia prestado un inmenso servicio al rey su señor.

Inmediatamente se trasladó á la casa del Noviciado, y se anunció al superior, pero sin aparato de escribano ni alguaciles.

El superior le recibió al momento.

—Hé aquí, señor,—le dijo el alcalde,—el paquete que yo os ocupé, y que el rey me ha mandado devolveros. Creo que debemos abrirle, examinar si existen dentro los mismos pliegos que os fueron ocupados, y en ese caso debeis devolverme el inventario y darme un recibo de los pliegos.

—Perfectamente,—contestó el superior.

Abierto que fué el paquete, se encontraron en él los quince pliegos.

Abiertos, el superior los examinó uno por uno.

—En efecto,—dijo,—los quince pliegos que os habia llevado están aquí, y os devuelvo vuestro inventario y voy á extenderos el recibo.

Extendido el recibo, firmado y entregado al alcalde, el superior permaneció en silencio.

El acto habia terminado.

El alcalde no se permitió ni una sola palabra que pudiese haber sido ociosa.

Saludó respetuosamente al superior, y salió.

En cuanto éste se quedó solo examinó los pliegos.

—¿Por qué ha sucedido esto?—exclamó despues de haberlos leido uno por uno.—¿Qué enemigo oculto en la sombra nos acecha? ¿Qué se ha dicho al rey para que el rey se haya permitido este acto arbitrario? Y bien, mejor. Así se habrá convencido el rey de que la Compañía no conspira contra él ni toma parte en miserias tales como ese malhadado motin, cuyos promovedores están dejados de la mano de Dios. Ellos han procurado que la mancha caiga sobre nosotros; pero la justicia de Dios resplandece y hace inútiles las iniquidades de sus protervos enemigos. Sin embargo, esto es grave, esto debe ser consultado.

El superior llamó á las otras dignidades de la órden, y se reunió con ellas en consejo secreto. Les dió cuenta de lo que habia sucedido, y nadie sospechó lo horrible de la intriga en que los jesuitas habian sido envueltos.

¿Quiénes eran, pues, los promovedores de la sedicion de Marzo?

Recuérdese que siempre que se habia indicado al padre maestro don fray Lorenzo que aquella conspiracion pertenecia á los jesuitas, éste habia contesta-

do con una especie de indignacion franca y leal:

—Eso es una calumnia infame; la Compañía de Jesús no interviene en esto.

¿Qué era, pues, la Invisible?

Indudablemente una sociedad aparte.

Esa sociedad secreta cuyos actos se sienten sin que se sepa de dónde salen, y cuya accion es constante en la historia de las revoluciones de la humanidad.

Nosotros, que hemos revuelto muchos papeles, muchos documentos, que hemos hecho un trabajo concienzudo en la parte histórica de este libro, no hemos encontrado contra la Compañía de Jesús más que suposiciones más ó ménos fundadas, deducciones, sospechas.

Por lo demás, ni una sola prueba existe contra ella, ni de que hubiese promovido directa ó indirectamente el motin de Esquilache, ni de que hubiese incurrido en delito alguno por el cual el rey hubiese podido justificar la expulsion de los jesuitas de sus estados.

Cuando las pruebas no se tienen, ningun hombre honrado puede formular una acusacion.

Eso seria hacerse eco de la voz vulgar, producida tal vez por una intencion criminal.

Nosotros, pues, dejamos en el misterio el motin de Esquilache, como en el misterio lo conserva la historia.

¿Fueron los jesuitas sus fautores?

Esto no está probado.

¿Dejaron de serlo?

Tampoco está probado.

Ni á ellos se les probó su conspiracion, ni ellos tampoco probaron su inocencia.

El misterio, pues, queda en pié.

Los superiores de la órden pensaron como aquel que los habia congregado, que el rey habia cedido impremeditadamente á sujestiones de enemigos de la Compañía, y opinaron que debia tenerse á fortuna que el rey hubiese dado aquel paso aventurado, puesto que por él habia podido convencerse de la inocencia de la Compañía de una acusacion oscura que la Compañía no podia adivinar.

Se determinó dar cuenta de lo acontecido al general de la Compañía en Roma, y pedirle consejo.

Se le envió un correo particular, y á su tiempo el general contestó que no debia hacerse aprecio alguno de lo que habia acontecido, puesto que la investigacion de aquellos papeles por el rey no habia podido producir más que un resultado contrario á la intencion de los que le habian obligado á dar aquel paso; pero que importaba mucho una grande vigilancia y el uso de todos los medios posibles para averiguar de dónde venia el golpe y de qué género era éste.

Pero la trama habia estado admirablemente urdida.

Por más que los jesuitas, usando de sus inmensos recursos, pretendieron esclarecer aquel misterio, nada averiguaron.

Unicamente se reparó con extrañeza en que el al-

calde que habia ido á ocupar aquellos pliegos á la celda del superior de la casa de la Compañía en Madrid, habia sido nombrado fiscal de la Real Chancillería de Méjico, lo cual era un ascenso y como un premio al servicio que habia prestado.

Pero esto no determinaba más que una cosa, á saber:

Que se conspiraba contra la Compañía de Jesús, y que uno de los principales conspiradores era el conde de Aranda.

Pero en cuanto á la manera de la conspiracion, nada se podia averiguar.

Se influyó indirectamente con el rey para que el conde de Aranda fuese depuesto de los altos cargos de capitan general de Castilla la Nueva y de presidente del Consejo de Castilla, para ponerlo de esta manera fuera de combate.

Pero todas las influencias que se hicieron llegar al rey de una manera hábil, fueron inútiles.

El rey se mantuvo firme en sostener en su puesto al conde de Aranda, y esto solo sirvió para que el conde de Aranda se encubriese más y más y cesase en sus frecuentes excursiones de Madrid á la Granja.

Pasó el tiempo, y al fin los jesuitas, viendo que nada se hacia contra ellos, que ni uno solo de sus individuos era molestado, que el rey continuaba tratándoles con confianza y aun con afecto, se tranquilizaron y creyeron que aquel habia sido un hecho aislado, una calumnia que no habia producido efecto alguno.

La Compañía de Jesús se habia encontrado impotente una vez para descubrir la verdad.

Tan hábil era en su conducta contra ella el conde de Aranda, tan reservado y tan firme el rey.

Pasaba el tiempo.

El órden material se habia restablecido, gracias á los terribles castigos impuestos por el conde de Aranda, aquel mismo en quien habia confiado de tal manera el pueblo de Madrid que, por decirlo así, le habia impuesto al rey.

Todas las cabezas visibles del motin, tanto en Madrid como en las provincias, y muchos de los que habian conspirado en secreto, habian sido ajusticiados ó sentenciados á prision y á presidio.

Mucha gente comun de la que habia tomado parte en los excesos, y aun muchos de los imbéciles que no habian hecho otra cosa que gritar y aumentar con sus bultos la importancia del motin, y aun muchos que no habian tomado parte en él, pero que al dia siguiente del triunfo se habian dado á conocer como héroes, se habian perdido y no se sabia qué era de ellos.

Nadie se atrevia á hablar, porque en todas partes se temia la presencia de una policía invisible, cuya accion se sentia por los resultados.

Todos los que imprudentemente hablaban en los sitios públicos y aun en lugares reservados en el sentido del motin, se perdian tambien.

El conde de Aranda continuaba suavemente su obra y sin perder su popularidad.

Porque continuaba tratando llanamente al pueblo, manifestándose en la apariencia protector suyo, y logrando con una gran habilidad que la responsabilidad de los actos de rigor que se ejecutaban recayese sobre el rey.

El habia pretendido, y lo lograba, se le tuviese por un buen intermediario, por un atenuador en cuanto le era posible de los resultados del enojo real.

Pero no bastaba haber sofocado el motin engañándole primero, sofocándole despues, haciéndole en lo sucesivo imposible; era necesario para sostener la autoridad real, ó mejor dicho, para restaurarla, que lo que habia motivado el motin se cumpliese.

Esto es, la variacion del traje español.

Aranda mansamente, dejándose tocar del pueblo, sonriéndole siempre, engañándole y agasajándole para engañarle, llegó á su objeto.

Reunió á los altos funcionarios, á los grandes, á todas cuantas personas notables habia en Madrid, y extremó su elocuencia para convencerlos de que lo que más importaba era robustecer la autoridad real, menoscabada y aun humillada por la desobediencia tumultuaria, armada y tiránica, al bando sobre las capas y los sombreros.

Los notables de la córte tuvieron por buenas las observaciones del conde de Aranda, y adoptaron el nuevo traje.

Es decir, el sombrero apuntado de tres candiles, y la capa corta.

Pero no bastaba esto.

Era necesario popularizar el nuevo traje, y para ello citó á su casa á los representantes de los cincuenta y tres gremios menores, y teniéndolos allí reunidos el 16 de Octubre de 1766, los manifestó, dejada á un lado la autoridad y como amigo, lo conveniente de la reforma del traje, y el placer con que su majestad veria que sirviéndole lealmente ellos, influian en sus respectivos gremios para que los artesanos usasen el traje prescrito en el bando pendiente.

Así desaparecerian los enojosos recuerdos de los alborotos pasados, y se transigirian las diferencias entre el rey y el pueblo de Madrid, haciendo que su majestad volviese á él.

Esta última era la razon más poderosa.

Porque como adonde va el rey va la córte, andaban fuera de Madrid gran número de familias ricas, cuya falta se sentia gravemente en la decadencia de las ventas, con gran perjuicio de las industrias, y los trabajadores empezaban á sentir la miseria.

Es decir, que se reducia al pueblo por hambre á aceptar lo que habia rechazado con las armas en la mano.

El conde de Aranda llegó á su objeto.

Todos, los unos por persuacion y los otros por necesidad, adoptaron el nuevo traje, y los recalcitrantes, encontrándose en minoría, le adoptaron tambien, porque el uso de la capa larga y el sombrero gacho á la española, era peligroso.

Además, para hacer repugnante al pueblo el traje

antiguo, se habia hecho le vistiesen el verdugo y sus ayudantes.

Al año del Motin de Esquilache, el verdugo y sus ayudantes solamente llevaban, no solo en Madrid, sino en toda España, la capa larga y el sombrero chambergo.

Cambiaron, pues, completamente de aspecto Madrid y las provincias.

En estas últimas se publicó el auto acordado por el cual se declaraban nulas y de ningun valor, como obtenidas por la fuerza, las concesiones á las peticiones de los Alborotados, y se revocaban los indultos que á estos se habian concedido, y tampoco encontró resistencia.

Como prueba de la habilidad que habia desplegado para llevar á cabo esta completa reaccion, citaremos la representacion en que felicitaron al conde de Aranda los labradores de Zaragoza, ciudad donde el motin habia tomado proporciones más imponentes.

El rey, pues, viendo que yá nada tenia que temer, puesto que estaban castigados todos los que le habian ofendido, escarmentados los espíritus rebeldes y adoptado el traje que habia causado el alboroto; restablecida, en fin, completamente la autoridad real, terminadas las dos jornadas de la Granja y del Escorial, volvió á Madrid el 1.° de Diciembre, y tuvo el placer y el desagravio de ver que los sombreros que el pueblo que le aclamaba en masa arrojaba al aire, eran de tres picos.

Pero no bastaba esto.

Es un principio político la conveniencia de mantener distracciones para el pueblo.

Esto se habia tenido presente.

Las corridas de toros sólo habian estado suspendidas un mes á causa del luto por la muerte de la reina madre.

Cuando el rey volvió á Madrid se abrieron los teatros, en los cuales funcionaban hacia ya tiempo, alternando en las escenas españolas, cantantes italianos, y bailarines y bailarinas franceses.

Se llegó hasta el punto de permitir, y aun de mandar se diera en el carnaval de 1767 bailes de máscaras en los teatros del Príncipe y de la Cruz, á los que acudió una inmensa concurrencia, á pesar del santo oficio y del resto del clero, que siempre habia anatematizado estos bailes como licenciosos.

Por esta vez ni el santo oficio se presentó, ni hubo clérigo ni fraile que dijese una sola palabra contra esta abominacion en el púlpito.

Dicen algunos historiadores que esto es una prueba de que el santo oficio iba decayendo.

Pero se equivocan.

El santo oficio y el clero conocian lo difícil de las circunstancias, y encontraban conveniente el distraer al pueblo, y aun si era necesario corromperle para que entregado á los placeres, su actividad no buscase parte en las conspiraciones.

Los pueblos cuando se divierten son felices.

Y cuando un pueblo es feliz no tiene para qué conspirar.

Dióse suelta y carta blanca á las mujeres de vida alegre, se aflojó de todo punto en la severidad con que antes se fiscalizaban las costumbres, se dejó á cada cual que en materia de licencia y libertinaje hiciera lo que quisiera, y todo el mundo se encontró contento.

El rey con sus vasallos, que no conspiraban contra él, y los vasallos con un bondadoso rey que los dejaba vivir á sus anchas.

A pesar de todo, no faltaron algunos espíritus tenaces que al cumplirse el año del motin contra Esquilache procuraron que de en medio de las cenizas brotase de nuevo el fuego del alboroto.

No pudiendo agarrarse ya al pretexto de los mantos, de las capas y de los hombres, se agarraron á las patillas de los sombreros y al pelo de las mujeres, malos asideros, porque lastimaban la piel á caras y cabezas.

Se dijo que se habia preso á muchas personas por el solo delito de llevar patillas, y que de un dia á otro iba á publicarse un bando en que se ordenaba se cortase el pelo á las mujeres que lo llevaban en forma de rodete y prohibiendo las agujas de la cabeza y las hebillas del calzado.

Y como el vulgo cree todo lo que se le dice por absurdo é inverosimil que sea, empezó un tole tole tal entre los vendedores de plazuelas y mercados, entre las vendedoras y las manolas, que fué necesario que de prisa y corriendo saliesen alcaldes de casa y córte á deshacer este nublado con sérias y so-

lemnes declaraciones de que el rey ni nadie se habia metido ni pensaba meterse en esta peliaguda cuestion de pelos, y que todo el mundo podia usar patillas y barbas, aunque fuese hasta los piés, y que las mujeres podian peinarse como quisieran y ponerse en la cabeza, no ya alfileres, sino cornicopias, sin que nadie las fuere en ello á la mano; en cuanto á las hebillas, que podian usarlas á sus anchas hasta en las orejas, si tal era su buena voluntad.

Con esto y con que algunas patrullas de caballería disolviesen á palos en gran parte algunos grupos de ternejales que empezaban ya á recorrer las calles tumultuados, y prendiesen á otros, se sofocó en su principio aquel conato de sedicion.

Faltaba el grave y principalísimo motivo del motin pasado, esto es, un ministro ladron, despótico é impopular como Esquilache.

De lo que resulta que los mantos, las capas y los sombreros no habian sido más que un pretexto para aquel motin, que en su verdadero objeto habia abortado.

Porque no hay que dudarlo, el arma habia apuntado á más altura que aquella á que se encontraba Esquilache.

Al rey.

Su autoridad habia sido herida, pero no destruida, y la herida se habia cerrado al fin.

Pero no habia curado ni podia curarse la profunda, la terrible herida que habia alcanzado al rey en el corazon, por aquella terrible carta, obra de

Calcorra utilizada por Aranda, que acusaba la bastardía del rey.

Cárlos III creia que nadie más que el autor de aquella carta sabia la existencia de la calumnia ó de la verdad que aquella carta encarnaba.

Y la duda de que aquella acusacion fuese calumniosa ó verdadera, hacia en secreto al rey el más infeliz de los hombres.

Téngase en cuenta que Cárlos III no podia dudar, desgraciadamente para él, de las liviandades de su madre.

Podia decirse que sus amores con Alberoni antes de su casamiento con Felipe V y despues de su casamiento, eran de fama pública.

Los reyes, no solamente los reyes, las personas colocadas á una gran altura, tienen sobre sí las miradas de todos, miradas envidiosas generalmente, y la envidia ve mucho y está propensa á abultar las cosas y á envenenarlas.

Isabel Farnesio habia sido observada.

Isabel Farnesio habia sido descubierta, y la murmuracion pública habia llegado á tal grado de intensidad, que los fuertes muros de palacio no habian podido contenerla.

El rey conocia la historia de su madre.

¿Y cómo no, si la murmuracion se agita en los palacios al lado mismo de los reyes, á quienes no separa muchas veces de los murmuradores cortesanos más que una cortina ó una mampara?

Y cuando una mujer, y tanto más cuando esa

mujer es una dama real, se olvida de sus deberes hasta el punto de faltar soltera á su dignidad y á su honra, casada á la fe que debe á su marido, ¿cómo confiar en ella? ¿cómo creer que no ha faltado á su deber más que por un solo hombre, arrastrada tal vez primero por una seduccion, despues por una pasion incontrastable?

Las transacciones de la conciencia con la falta, acaban por pervertir la conciencia de tal manera, que la repugnancia por la falta desaparece, y de falta en falta se llega hasta situaciones infames.

Cárlos III no era lo que puede llamarse un hombre de talento y de imaginacion; pero nadie le ha negado el buen sentido.

Y este buen sentido, esta lógica, aunque vulgar, de Cárlos III, ayudadas por su experiencia, le hacian encontrar muy probable que la madre, extraviada por Alberoni, hubiese llegado hasta tal punto de perversion de la conciencia, que se hubiese hecho la amante de un palafrenero de palacio.

Dada la soberbia de Cárlos III, esta duda era horrible, y dado caso que hubiera podido obtener una prueba, la investigacion para llegar á esta prueba era de todo punto imposible.

Ni aun á su confesor se habia atrevido á hablar de esto.

El golpe habia sido certero y terrible, golpe á muerte, que el rey no podia perdonar á aquellos que se lo habian dado.

Temia además el rey, que advertidos los jesuitas

por la ocupacion de aquellos pliegos, entre los cuales se incluia el que él habia secuestrado, extremasen sus medios para dar con él en tierra, temerosos de su venganza.

Por lo mismo el rey, resuelto á proscribir á la Compañía de Jesús, á ponerla fuera de combate, desplegaba una actividad extraordinaria.

De una manera frecuente, el conde de Aranda y el rey se veian en secreto en el Buen Retiro, preparaban á solas, en un espacio rodeado por centinelas que no dejaban pasar á nadie, los medios materiales de la expulsion.

Una prueba de que los jesuitas, gracias á la habilidad del conde de Aranda, habian acabado por no temer nada, era que esta conspiracion contra ellos pasó completamente ignorada de ellos, ó tal vez los jesuitas no tenian el poder que se les atribuia entonces y que se les sigue atribuyendo.

La verdad es que fueron sorprendidos de improviso por la ejecucion de la pragmática sancion que los expulsaba de España.

Hé aquí la real órden que los alcaldes de casa y córte recibieron bajo dos sobres, en los cuales se leia la nota *muy reservada*, el 31 de Marzo de 1767:

«Habiendo resuelto el rey, como usted entenderá por el real decreto adjunto, que salgan extrañados de los dominios de la corona los regulares de la Compañía, he destinado á usted para el colegio de... En cuya consecuencia, y arreglándose á la instruccion

impresa que acompaño, como á las advertencias particulares que se hacen respecto á la casa de Madrid, pasará usted esta noche á las doce á dar cumplimiento á la determinacion de su majestad.

»La tropa que ha de auxiliar á usted en su comision estará á las once y media en... (*aquí el punto respectivo*), adonde se dirigirá usted para hacer de ella el uso que convenga y entenderse con el oficial que la mande. Prevengo á usted asista con toga, pues la seriedad del suceso así lo requiere, dándome cuenta sin dilacion ofreciéndose alguna circunstáncia especial.—Dios guarde á usía muchos años.—Madrid 31 de Marzo de 1767.—El Conde de Aranda.—Al alcalde D. N.»

Estas advertencias particulares en la práctica de Madrid, que debian tener presente los alcaldes de córte para su gobierno, contenian las instrucciones de ejecucion del decreto, entre las cuales se encontraban las siguientes:

Los jesuitas debian ser sorprendidos, sacados de sus conventos y metidos en carruajes, en los cuales se les conduciria sin detencion.

Si alguno caia enfermo en el camino, se le dejaria compañero; pero si la enfermedad parecia larga no.

Siendo de uno ó dos dias sí.

Y fuere como fuere, el alcalde debia imponer de órden del conde de Aranda á la justicia donde quedase jesuita ó jesuitas, que los asistiesen con la mayor exactitud y conveniencia, enviándolos despues

con persona de su satisfaccion que los acompañase al alcance de los otros, llevando testimonio de aquella justicia que especificase el motivo del atraso.

A cada oficial, sargento, cabo y soldado de la escolta se le daria doble paga diaria de la que gozaban.

Al fin de estas instrucciones se leia la siguiente nota:

«La órden dada para el uso de las dos escoltas, reducida cada una á un oficial subalterno, un sargento y diez soldados montados, ha sido de proteger á los religiosos conducidos de cualquier insulto, atender á la puntualidad de los carruajes y obediencia de sus mozos; adelantar el cabo y cuatro hombres con los coadjutores de alojamiento y pasaporte para el exacto cumplimiento de la justicia, y auxiliar al director comisionado en lo que tuviese por conveniente.

»Posteriormente se ha mandado por su excelencia, que de los colegios del propio órden se trasporten colchones, sábanas y mantas, con la ropa de mesa, á los diferentes embarcaderos, á fin de que todos los religiosos tengan en la navegacion las posibles comodidades.»

A los jueces ordinarios de los pueblos en que existian casas de jesuitas, se envió la órden siguiente:

»Incluyo á usted el pliego adjunto, que no abrirá hasta el dia dos de Abril, y enterado entonces de su

contenido, dará cumplimiento á las órdenes que comprende.

»Debo advertir á usted, que á nadie ha de comunicar el recibo de ésta, ni de los pliegos reservados para el dia que llevo dicho; en la inteligencia que si ahora de pronto, y despues de haberlo abierto á su debido tiempo, resultare haberse traslucido antes del dia señalado, por descuido ó facilidad de usted que existiese en su poder semejante pliego con limitacion de término para su uso, será usted tratado como quien falta á la reserva de su oficio y es poco atento á los encargos del rey, mediando su real servicio; pues previniéndose á usted con esta precision el secreto, prudencia y disimulo que corresponde, y faltando á tan debida obligacion, no será tolerable su infraccion.

»A vuelta de correo me responderá usted contestando el recibo del pliego, citando la fecha de esta mi carta y prometiéndome la observancia del expresado, por convenir así al real servicio.

»Dios guarde á usted muchos años.—Madrid 20 de Marzo de 1767.—El Conde de Aranda.

Las instrucciones que acompañaban al pliego reservado eran las siguientes:

I. «Abierta esta instruccion cerrada y secreta en la víspera del dia asignado para su cumplimiento, el ejecutor se enterará bien de ella, con reflexion de sus capítulos, y disimuladamente echará mano de las tropas presentes ó inmediatas, ó en su defecto se refor-

zará de otros auxilios á su satisfaccion; procediendo con presencia de ánimo, frescura y precaucion; tomando desde antes del dia las avenidas del colegio ó colegios, para lo cual él mismo por el dia antecedente procurará enterarse en persona de su situacion interior y exterior; porque este conocimiento práctico le facilitará el modo de impedir que nadie entre y salga sin su conocimiento y noticia.

II. »No revelará sus fines á persona alguna hasta que por la mañana temprano, antes de abrirse las puertas del colegio á la hora regular, se anticipe con algun pretexto; distribuyendo las órdenes para que su tropa ó auxilio tome por el lado de adentro las avenidas; porque no dará lugar á que se abran las puertas del templo, pues este debe quedar cerrado todos los dias y los siguientes mientras los jesuitas se mantengan dentro del colegio.

III. »La primera diligencia será que se junte la comunidad sin exceptuar ni al hermano cocinero, que requiriendo para ello antes al superior en nombre de su majestad, haciéndose al toque de la campana interior privada de que se valen para los actos de comunidad. Y en esta forma, presenciando el escribano actuante con testigos seculares abonados, leerá el real decreto, extrañamiento y ocupacion de temporalidades, expresando en la diligencia los nombres y clases de todos los jesuitas concurrentes.

IV. »Les impondrá que se mantengan en su sala capitular y se actuará de cuáles sean los moradores de la casa ó transeuntes que hubiere, y colegios á

que pertenezcan; tomando noticia de los nombres y destinos de los seculares de servidumbre que habiten dentro de ella ó concurran solamente entre dia para no salir los unos ni entrar los otros, sin gravísima causa.

V. »Si hubiera algun jesuita fuera del colegio en otro pueblo ó paraje no distante, requerirá al superior que lo envie á llamar para que se restituya instantáneamente sin otra expresion, dando la carta abierta al ejecutor, quien la dirigirá por persona segura que nada revele de las diligencias sin pérdida de tiempo.

VI. »Hecha la intimacion, procederá sucésivamente en compañía de los padres superior y procurador de la casa á la judicial ocupacion de archivos, papeles de toda especie, biblioteca comun, libros y escritorios de aposentos, distinguiendo los que pertenecen á cada jesuita, juntándolos en uno ó más lugares, y entregándose de las llaves el juez de la comision.

VII. »Consecutivamente continuarán el secuestro con particular vigilancia; y habiendo pedido de antemano las llaves con precaucion, ocupará todos los caudales y demás efectos de importancia que allí haya, por cualquier título de renta ó depósito.

VIII. »Las alhajas de sacristía ó de iglesia, las hará separar para que se inventarien á su tiempo, con asistencia del procurador de la casa, que no ha de ser incluido en la remesa general, é intervencion del provisor, vicario eclesiástico ó cura del pueblo; á falta de juez eclesiástico, tratándose con el respeto y de-

cencia que se requiere, especialmente los vasos sagrados, de modo que no haya violacion ni el menor acto irreligioso, formando la diligencia el eclesiástico y procurador junto con el comisionado.

IX. »Ha de tenerse particular atencion para que no obstante la priesa y multitud de tantas instantáneas y eficaces diligencias judiciales, no falte en manera alguna la más cómoda y puntual asistencia á los religiosos, aun mayor que la ordinaria si fuere posible, como de que se recojan á descansar en sus regulares horas, reuniendo las camas en parajes convenientes para que no estén muy dispersos.

X. »En los Noviciados (ó casa en que hubiere algun novicio por casualidad) se han de separar inmediatamente los que no hubiesen hecho todavía sus votos religiosos, para que desde el instante no comuniquen con los demás, trasladándolos á casa particular, donde con completa libertad y conocimiento de la perpétua expatriacion que se impone á los individuos de la órden, puedan tomar el partido que su inclinacion les indique. A estos novicios se les debe asistir de cuenta de la Real Hacienda mientras se resolviesen, segun la explicacion de cada uno, que ha de resultar por diligencia firmada de su nombre y puño, para incorporarlo si quiere seguir, ó ponerle á su tiempo en libertad con sus vestidos de seglar al que tome este último partido, sin permitirse el comisionado sujestiones para que abrace el uno ó el otro extremo, por quedar del todo al único y libre arbitrio del interesado; bien entendido que no se les asignará

pension vitalicia por hallarse en tiempo de restituirse al siglo ó trasladarse á otra órden religiosa con conocimiento de quedar expatriado para siempre.

XI. »Dentro de veinticuatro horas, contadas desde la informacion del extrañamiento ó cuanto más antes, se han de encaminar en derechura desde cada colegio los jesuitas á los depósitos interinos ó casas que irán señaladas, buscándose el carruaje necesario en el pueblo ó sus inmediaciones.

XII. »Con esta atencion se destinan las casas generales ó parajes de reunion siguientes:

De Mallorca, en Palma.

De Cataluña, en Tarragona.

De Aragon, en Teruel.

De Valencia, en Segorbe.

De Navarra y Guipúzcoa, en San Sebastian.

De Rioja y Vizcaya, en Bilbao.

De Castilla la Vieja, en Búrgos.

De Astúrias, en Gijon.

De Galicia, en la Coruña.

De Extremadura, en Fregenal, á la raya de Andalucía.

De los reinos de Córdoba, Jaen y Sevilla, en Jerez de la Frontera.

De Granada, en Málaga.

De Castilla la Nueva, en Cartagena.

De Canarias, en Santa Cruz de Tenerife ó donde estime el comandante general.

XIII. »Su conduccion se pondrá á cargo de personas prudentes y escolta de tropa ó paisanos que los

acompañe desde su salida hasta el arribo á su respectiva casa, pidiendo á la justicia de todos los tránsitos los auxilios que necesitaren, y dándolos estas sin demora, para lo que se hará uso de un pasaporte.

XIV. »Evitarán con sumo cuidado los encargados de la conduccion el menor insulto á los religiosos, y requerirán á las justicias para el castigo de los que en esto se excediesen, pues aunque extrañados, se han de considerar bajo la proteccion de su majestad, obedeciendo ellos exactamente dentro de sus reales dominios ó bajeles.

XV. »Se les entregará para el uso de sus personas toda su ropa y mudas usuales que acostumbran, sin disminucion; sus capas, pañuelos, tabaco, chocolate y utensilios de esta naturaleza; los breviarios, diurnos y libros portátiles de oraciones para sus actos devotos.

XVI. »Desde dichos depósitos, que no sean marítimos, se sigue la remision á su embarque, los cuales se fijan de esta manera:

XVII. »De Segorbe y Teruel se dirigirán á Tarragona, y de esta ciudad podrán trasferirse los jesuitas de aquel depósito al puerto de Salou, luego que en él se hallen aprestados los bastimientos de su conduccion por estar muy cercano.

XVIII. »De Búrgos se deberán trasladar los reunidos allí al puerto de Santander, en cuya ciudad hay colegio, y sus individuos se incluyen con los demás de Castilla.

XIX. »De Fregenal se dirigirán los de Extremadu-

ra á Jerez de la Frontera, y serán conducidos con los demás que de Andalucía se congregasen en el propio paraje al Puerto de Santa María, y luego que se halle pronto el embarque.

XX. »Cada una de las casas anteriores ha de quedar bajo un especial comisionado que particularmente deputaré, para atender á los religiosos hasta su salida del reino, para mantenerlos entre tanto sin comunicacion externa, por escrito ó de palabra; la cual se entregará privada desde el momento en que empiecen las primeras diligencias; y así se les intimará desde luego por el ejecutor respectivo de cada colegio, pues la menor trasgresion en esta parte, que no es creible, se escarmentará ejemplarísimamente.

XXI. »A los puertos respectivos destinados al embarcadero irán las embarcaciones suficientes con las órdenes ulteriores; y recogerá el funcionario particular recibos individuales de los patrones con listas expresivas de los jesuitas embarcados, sus nombres, patria y clases, de primera, segunda profesion ó cuarto voto, como de los legos que les acompañen igualmente.

XXII. »Prevíénese que el procurador de cada colegio debe quedar por el término de dos meses en el respectivo pueblo, alojado en casa de otra religion; y en su defecto un secular de la confianza del ejecutor, para responder y aclarar exactamente bajo de deposiciones formales, cuanto se le preguntare tocante á sus haciendas, papeles, ajuste de cuentas, caudales y régimen interior, lo cual evacuado se le avi-

sará al embarcadero, que se le resida, para que sólo ó con otros sea conducido al destino de sus hermanos.

XXIII. »Igual detencion se debe hacer á los *procuradores generales* de las provincias de *España ó Indias*, por el mismo término y con el propio objeto y calidad de seguir á los demás.

XXIV. »Puede haber viejos de edad muy crecida ó enfermos que no sea posible remover en el momento: respecto á ellos, sin admitir fraude ni solucion, se esperará hasta tiempo más benigno, ó á que su enfermedad se decida.

XXV. Tambien puede haber uno ú otro que por órden particular mia se mande detener para evacuar alguna diligencia ó declaracion judicial, y si la hubiere se arreglará á ella el ejecutor; pero en virtud de ninguna otra, sea la que fuere, se suspenderá la salida de algun jesuita, por tenerme su majestad privativamente encargado de la ejecucion é instruido de su real voluntad.

XXVI. Previénese por regla general que los procuradores ancianos, enfermos ó detenidos en la conformidad grave expresada en los artículos antecedentes, deberán trasladarse al convento de órden que no siga la escuela de la Compañía, que sean los más cercanos, permaneciendo en comunicacion externa á disposicion del gobierno para los fines expresados, cuidando de ellos el juez ejecutor muy particularmente y recomendándolo al superior del respectivo convento para que de su parte contribuya al mismo

cion de mis vasallos respecto de mi corona, he venido en mandar extrañar de todos mis dominios de España é Indias, é islas Filipinas y demás adyacentes, á los regulares de la Compañía, así sacerdotes como coadjutores y legos que hayan hecho la primera profesion, y á los novicios que quisieren seguirles, y que se ocupen todas las temporalidades de la Compañía en mis dominios, y para su ejecucion uniforme en todos ellos, he dado plena y primitiva comision y autoridad por otro mi real decreto de 27 de Febrero, al conde de Aranda, presidente de mi Consejo, con facultad de proceder desde luego á tomar la providencia correspondiente.»

Capítulo XXXVIII.

En que concluye el asunto referente á la Compañía de Jesús.

El 31 de Marzo, á la media noche, algunos alcaldes de casa y córte con sus secretarios, con rondas y escoltas de caballería y de infantería, se dirigieron, mientras Madrid estaba envuelto en un profundo silencio y en una soledad absoluta, á las seis casas que la Compañía de Jesús tenia en Madrid, y que eran el Colegio imperial, el Noviciado, la Casa profesa, el Seminario de Nobles, el de Escoceses y el de San Jorge.

Rodearon estas casas tomando grandes precauciones, y cuando tuvieron la seguridad de que no podia escapar nadie, llamaron á la puerta é intimaron al portero pusiese en conocimiento del rector que tenian que comunicarle una órden del rey.

En el momento, antes de que el portero fuese á

cumplir lo que se le ordenaba, se le hizo abrir la puerta.

Un alguacil acompañó entonces al portero para que no hiciese otra cosa que avisar al rector.

Mientras éste era avisado y obedecia la órden de despertar á la comunidad y de reunirla en la sala capitular, se establecieron dobles centinelas en la puerta exterior y en la de las escaleras del campanario, con la consigna rigorosa de no dejar entrar ni salir á nadie en la casa, ni permitir subiese persona alguna al campanario, y asimismo de arrestar al que lo intentase, fuese religioso ó seglar.

En cada una de estas casas, el rector se apresuró á reunir en la sala capitular á toda la comunidad y recibir al alcalde.

Este les notificó la pragmática sancion, en la que mandaba el extrañamiento de España y de sus posesiones de Ultramar de todos los individuos de la Compañía de Jesús.

Oyeron de una manera impasible los jesuitas esta sentencia terrible, y acataron la órden del rey sin hacer una sola pregunta ni interponer una protesta.

Se les mandó tomasen cada uno su libro de rezo, la ropa de su uso, el chocolate, el tabaco y el dinero que fuesen de su pertenencia, con expresion y declaracion de la cantidad ante el juez encargado de la ejecucion de la pragmática, y sin permitirles llevar ninguno de los demás libros ni papeles, que debian quedar inventariados y embargados.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Oyeron de una manera impasible los jesuitas esta sentencia terrible.

Cuando cada jesuita hubo sacado de su celda lo que se le permitia sacar, el ministro de justicia que acompañaba para este efecto á los jesuitas, cuando salian de su celda, cerraba la puerta y ponia en la llave un número de órden y el nombre del jesuita que habia ocupado la celda.

Hecho esto, es decir, cuando cada uno tomó el equipaje que se le permitia sacar, se le hizo bajar á la calle, donde les esperaban los carruajes que debian conducirlos.

En cada coche fueron colocados cuatro y dos en cada calesa, y en seguida, guardados por una escolta de caballería, partieron para Jetafe, donde se les tenia prevenido alojamiento.

En cuanto á los novicios, se les dejó en las respectivas casas con guardias de vista.

Para doscientas personas era el alojamiento que en Jetafe se habia preparado.

Esperaba en Jetafe á los jesuitas un comisario encargado de conducirlos á Cartagena, donde debian ser embarcados con destino á los Estados Pontificios.

Este comisario era don Juan Acedo Rico, que con arreglo á sus instrucciones no les permitió más que un dia de descanso en Jetafe.

Al dia siguiente, 3 de Abril, los jesuitas, divididos en dos tandas, salieron para Cartagena, donde esperaba otro comisario con el encargo de llevarlos por mar á su destino.

Al mismo tiempo que esto acontecia en Madrid

acontecia en las provincias, en que las autoridades, sin que una sola hubiese hecho traicion á la confianza que en ellas se habia depositado, cumplimentaron rígidamente la pragmática sancion.

Las ciento diez y ocho casas de la Compañía de Jesús que habia en la Península fueron desalojadas casi á una misma hora y con poca diferencia de tiempo.

Es verdaderamente reparable la circunstancia de que los jesuitas no tuviesen noticia alguna del golpe que se les preparaba.

Hoy, nos atrevemos á suponerlo, no se podria llevar á efecto con un tal secreto una medida semejante.

Y cuéntese que esto se habia hecho legalmente, con consulta al Consejo de Castilla, donde debia haber alguien á quien ligase con los jesuitas por lo ménos un sentimiento de amistad.

El Consejo extraordinario en que se trató de este árduo negocio, se reunió casa de su presidente conde de Aranda.

Ya se habia encomendado por el rey al conde de Aranda y don Miguel María de Navascónejeros, y al fiscal del mismo Consejo, don Pedro Rodriguez Campomanes, una averiguacion secreta acerca del origen que habian podido tener, tanto los tumultos de Marzo como los escritos satíricos y los carteles que siguieron apareciendo.

Por propuesta de este tribunal de 8 de Junio de 1766, se le agregaron otros dos consejeros de Cas-

tilla, don Pedro Roy y Egea y don Luis del Valle Salazar, y con otros cinco consejeros se constituyó una sala especial en consejo extraordinario que en secreto se reunia casa del conde de Aranda.

El fiscal don Pedro Rodriguez Campomanes, que habia calificado antes en un informe á la Compañía de Jesús como cuerpo peligroso, que intentaba en todas partes sojuzgar al trono, y que todo lo creia justo para alcanzar sus fines, comunicó su espíritu al Consejo extraordinario, y de esto provinieron las reales cédulas que prohibian á los eclesiásticos mezclarse en cosas políticas ni ménos predicar de manera que se perturbasen los ánimos, sujetándolos, como de contravencion al fuero comun, en sus disposiciones relativas á delitos contra el órden público.

De esto provinieron tambien las prisiones de personas importantes, á las que se conocia públicamente como adictas á la Compañía de Jesús.

Se veia á dónde iba el tiro, y sin embargo, por lo que se vió despues, la Compañía de Jesús no tomó precaucion alguna.

O estaba muy segura de su inocencia, ó de la imposibilidad de que contra ella se adujesen pruebas.

Habiendo consultado el Consejo extraordinario al rey para que declarase hasta dónde se extendian sus facultades, el rey respondió con el decreto de 19 de Octubre de 1766: «que los que tenia para la sustanciacion, conocimiento y determinacion de las pesquisas secretas, pudiesen proceder á cuanto estimasen necesario al fin que su majestad se habia propuesto.»

Para que el Consejo extraordinario pudiese trabajar con más actividad, se le aumentó con tres consejeros más de Castilla, don Andrés de Masanez y Vera, don Bernardo Caballero y el conde de Villanueva, á quien á causa de su avanzada edad se sustituyó muy luego con don Pablo Colon de Lariategui.

Otro real decreto de 22 de Octubre determinó que todos los ministros del Consejo extraordinario juraran en manos del presidente guardar el más profundo secreto respecto á la causa de la pesquisa reservada.

No debian por ningun motivo ni pretexto permitirse nada que pudiera revelar el secreto de las actuaciones.

La más leve falta en este punto seria considerada como un delito de Estado, puesto que se habia faltado á la confianza especial de su majestad.

Solo de esta manera puede comprenderse la gran reserva con que se llevó á cabo esta que podia llamarse conspiracion real contra la Compañía de Jesús.

Porque los reyes, que se horripilan á la sola palabra conspiracion, conspiran tambien, y no son los que ménos y peor lo hacen.

Al fin este consejo extraordinario elevó al rey su célebre consulta de 29 de Enero de 1767, por la que se proponia la extincion de la Compañía de Jesús en España y su extrañamiento de todos los dominios del rey, y la ocupacion de las temporalidades de todos los jesuitas, así de la Península como de las

Islas adyacentes y de las posesiones de Ultramar.

Sin embargo, en esta consulta, aunque se dice haberla precedido un maduro exámen, conocimiento y consulta del consejo extraordinario y de otros sujetos del más elevado carácter, ni una sola prueba se aduce contra la Compañía de Jesús.

La junta de consejeros de Estado que Cárlos III reunió para que diese dictámen sobre la consulta del consejo extraordinario, junta que se componia del duque de Alba, de don Jáime Masanés de Lima, de fray Joaquin Eleta, confesor del rey, y de los ministros Grimaldi, Minguez, Mariani y Roda, aprobó completamente la consulta del consejo extraordinario en 20 de Febrero.

Aconsejó al rey aprobara su sentencia, *pues no podia dudarse de la solemnidad, justificacion y arreglo en el procedimiento y sustanciacion de la causa.*

No contento el rey con todos estos requisitos, consultó al arzobispo de Manila y al agustino fray Manuel Pinillo, los que se plegaron tambien dócilmente á los anteriores dictámenes, porque se veia claro que el rey no hacia con todo esto más que llenar una fórmula, y que su decidida voluntad era extrañar á los jesuitas.

Creyéndose fuerte Cárlos III con este raro enjuiciamiento que se habia sustanciado sin conocimiento absolutamente de aquellos sobre los que recaia la sentencia, y sin que se les acusase de otra cosa que de gratuitas generalidades, expidió su pragmática-san-

cion, que ya conocemos, de 27 de Febrero de 1767.

Su ejecucion fué confiada, como sabemos tambien, al conde de Aranda.

El mismo dia (31 de Marzo) escribió Cárlos III al papa Clemente XIII la carta que copiamos á continuacion:

«Santísimo padre: No ignora vuestra santidad que la principal obligacion de un soberano es vivir velando sobre la tranquilidad y conservacion de su Estado, decoro y paz interior de sus vasallos. Para cumplir yo, pues, con ella, me he visto en la urgente necesidad de resolver la pronta expulsion en todos mis reinos y dominios de todos los jesuitas que se hallaban en ellos establecidos, y enviarlos al estado de la Iglesia, bajo la inmediata, sábia y santa direccion de vuestra santidad, dignísimo padre y maestro de todos los fieles: caeria en la inconsideracion de gravar la cámara apostólica, obligándola á convenirse para el mantenimiento de los padres jesuitas que tuvieron la suerte de nacer vasallos mios, si no hubiera dado, conforme lo he hecho, prévia disposicion para que se dé á cada uno durante su vida la consignacion suficiente. En este supuesto, ruego á vuestra santidad que mire esta mi resolucion sencillamente como una indispensable providencia económica, tomada con prévio y maduro exámen y profundísima meditacion, que haciéndome vuestra santidad justicia, echará sin duda (como se lo suplico) sobre ella, y sobre todas las acciones dirigidas del mismo modo al

mayor honor y gloria de Dios, su santa y apostólica bendicion.»

Acaso ni Cárlos ni los ministros esperaban que el pontífice contestara á esta carta tan severamente como lo hizo en la respuesta, que con título de Breve le dirigió con fecha 16 del inmediato Abril, y dice así:

«Entre todos los dolorosos infortunios que se han derramado sobre nosotros en estos nuevos infelicísimos años de pontificado, el más terrible para nuestro paternal corazon es ciertamente el que nos anuncia la última carta de vuestra majestad, en la cual nos hace saber la resolucion tomada de desterrar de sus dilatados reinos y estados á los religiosos de la Compañía. ¿*Tambien vos, hijo mio*? ¿El rey católico Cárlos III, que nos es tan amado, viene ahora á colmar el cáliz de nuestra afliccion, á sumergir nuestra vejez en un mar de lágrimas y derribarla al sepulcro? El religiosísimo, el piadosísimo rey de las Españas ¿es por fin aquel que debiendo emplear su brazo, aquel brazo poderoso que le ha dado Dios para proteger y ensalzar su culto, el honor de la santa Iglesia y la salvacion de las almas, le presta por el contrario á los enemigos de Dios y la Iglesia para arrancar de raiz un instituto tan útil y tan adicto á la misma Iglesia? ¿Querrá por ventura privar para siempre á sus reinos y pueblos de tantos auxilios espirituales que felizmente han sacado de los instruidos religiosos de dos siglos á esta parte, ya en el culto, ya en

cuanto contribuye á la perfeccion de tales auxilios, con sermones, catecismos, ejercicios, instrucciones de piedad y letras á la juventud? ¡Señor! ¡hé aquí que nos hallamos á vista de un tan gran desastre, exhausto de fuerza; pero lo que penetra todavía más profundamente es el considerar que el sábio, el clementísimo Cárlos III, cuya conciencia es tan delicada y tan puras las intenciones que tenia, comprometa su salvacion eterna permitiendo el menor daño al más ínfimo de sus vasallos: ahora, sin examinar su causa, sin guardar la forma de las leyes para la seguridad de lo perteneciente á todo ciudadano, sin tomarle declaracion, sin oirles, sin darles tiempo para defenderse, el mismo monarca haya creido poder exterminar absolutamente un cuerpo de eclesiásticos dedicados por su voto al servicio de Dios y del pueblo; privándoles de su reputacion, de la patria y de los bienes que tenian, cuya posesion no es ménos legítima que la adquisicion. Este, señor, es un procedimiento muy prematuro; Si no puede hallarse justificado para con Dios, juez supremo de todas las criaturas, ¿de qué servirán las aprobaciones de los que fueron consultados, de cuantos han concurrido á la ejecucion, el silencio de todos los otros vasallos, la resignacion de los mismos que han recibido golpe tan terrible? Por lo que á nos toca, aunque experimentamos un dolor inexplicable por este suceso, confesamos que tememos y temblamos por la salvación del alma de vuestra majestad, que tanto amamos. . . . .

»Dice vuestra majestad que se ha visto obligado á

tomar esta resolucion por la necesidad de mantener la paz interior de sus Estados. Vuestra majestad acaso pretende hacernos creer que algunas turbulencias acaecidas en el gobierno de sus pueblos han sido movidas ó fomentadas por algunos individuos de la Compañía. Cuando esto así fuere, señor, ¿por qué no castigar á los culpados sin hacer caer tambien la pena sobre los inocentes? Nos lo protestamos ante Dios y los hombres. El cuerpo, el instituto, el espíritu de la Compañía de Jesús, es del todo inocente; no sólo inocente, sino tambien pio, útil y santo en su objeto, en sus leyes, en sus máximas. Por más esfuerzos que hayan hecho sus enemigos para probar ló contrario, no lo han conseguido para con las personas despreocupadas y no apasionadas en despreciar y detestar las mentiras y contradicciones con que han procurado apoyar una pretension tan falsa; mas la cosa está ya hecha, dirán los políticos, tomada la resolucion y publicada la real órden. ¿Qué diria el mundo si viese revocar ó suspender la ejecucion? ¿Y por qué no se ha de exclamar más bien: «¿qué dirá el cielo? Pero en suma, ¿qué dirá este mundo?» Dirá lo que dice sin cesar desde tantos siglos del monarca más poderoso del Oriente. Movido Asuero de los ruegos y lágrimas de Esther, revocó el decreto subrecticio de quitar la vida á todos los hebreos de sus dominios, y se granjeó la estimacion de príncipe justo y victorioso de sí mismo. ¡Ah, señor, qué ocasion es esta para cubrirse de la misma gloria! Nos le presentamos, no los ruegos de la reina su esposa, la cual desde los cielos le re-

cuerda quizás la memoria de su afecto á la Compañía, sino la de la sagrada época de Cristo, los de la santa Iglesia, la cual no puede ver sin lágrimas la total ruina que amenaza á un instituto del que ha sacado tan señalados servicios. Nos, señor, juntamos á aquellos nuestros ruegos especiales los de la Iglesia romana. Por tanto, rogamos á vuestra majestad en el dulce nombre de Jesús y por la bienaventurada Vírgen María, le rogamos por nuestra vejez, quiera ceder y dignarse revocar, ó por lo ménos suspender, la ejecucion de tan suprema disposicion. Háganse discutir en tela de juicio los motivos y causas, dése lugar á la justicia y verdad para disipar la sombra de preocupaciones y sospechas, óiganse los consejos y amonestaciones de los príncipes de Israel, obispos, religiosos, en un negocio en que interesa al Estado, al honor de la Iglesia, la salud de las almas y la conciencia de vuestra majestad. Estamos seguros de que vuestra majestad vendrá fácilmente á conocer que la ruina de todo el pueblo no es justa ni proporcionada á la culpa (si es que la hay) de un corto número de particulares.»

A un rey tal, tan regalista como Cárlos III, no podia convencer una carta semejante.

A toda transaccion se oponia además la indomable firmeza de su carácter.

Sus ministros no eran tampoco muy á propósito para sentir la influencia de la carta del papa.

El de Gracia y Justicia, don Manuel de Rodas

pasó el Breve pontificio al consejo extraordinario en consulta.

A las veinticuatro horas respondió el Consejo que la carta del papa carecia de aquella cortesanía de espíritu y moderacion que se debia á un rey como el de España é Indias, ornamento de su patria y de su siglo.

Recusaba la autoridad del papa para inmiscuirse en aquel negocio, porque siendo temporal la causa de que se trataba, no habia potestad en la tierra que pudiera pedir cuentas al rey de sus decisiones, cuando el rey, por un acto de respeto, habia notificado á su santidad la providencia que habia tomado como rey, en términos concisos, exactos y decentes.

Continuaba una refutacion de los fundamentos que se alegaban en la carta pontificia, se hacian muchos cargos graves á la Compañía, y se añadia que el admitir un órden regular, mantenerle en el reino ó expulsarle de él, era un acto providencial y meramente de gobierno.

Porque ningun órden regular era indispensablemente necesario en la Iglesia al modo que lo es el clero secular de los obispos y párrocos; pues si lo fuesen, lo hubiese establecido Jesucristo, como cabeza y fundador de la universal Iglesia. Antes, como materia invariable de disciplina, las órdenes regulares se suprimen, como la de los templarios y claustrales en España, ó se reforman como la de los calzados, ó varian en las constituciones, que nada tieen de comun con el dogma ni con la moral, y se

reducen á unos establecimientos pios con objeto de esta naturaleza, y útiles mientras se emplean y perjudiciales cuando degeneran.

Despues continuaban:

«Si uno ú otro jesuita estuviese únicamente culpado en la encabezada série de bullicios y conspiraciones pasadas, no seria justo ni legal el extrañamiento si no hubiera habido una general conformidad de vista para la expulsion y ocupacion de temporalidades y prohibiciones de su restablecimiento. Bastaria castigar á los culpados, como se está haciendo con los cómplices, y se ha ido continuando por las autoridades ordinarias del Consejo. El particular de la Compañía nada puede: todo es del gobierno, y esta es la masa corrompida de la cual dependen todas las acciones de los indivíduos, máquinas ineludibles de la voluntad de los superiores.

»El punto de audiencia ya lo toca el consejo ordinario en su consulta de 29 de Enero, afirmando que en tales casos no tiene lugar, porque se procede, no con jurisdiccion contenciosa, sino por la tuitiva y económica, con la cual se hacen tales extrañamientos y ocupacion de temporalidades sin ofender en un ápice á la humanidad, con el concepto más escrupuloso conforme á nuestra leyes.»

El párrafo más notable de esta consulta es aquel con el que termina.

Dice así:

«No ha sido su complicidad en el motin de Madrid esta causa de extrañamiento, como el Breve lo da á entender: es el espíritu de fanatismo y de sedicion, la falsa doctrina y el intolerable orgullo que se ha apoderado de este cuerpo. Este orgullo, especialmente nocivo al reino y á su prosperidad, contribuye al engrandecimiento del ministerio de Roma, y así se ve en la parcialidad que tiene toda su correspondencia secreta y reservada el cardenal Torrigiani para sostener á la Compañía contra el poder de los reyes. El soberano que se opusiese seria la víctima de esta, á pesar de las mayores pretensiones de la curia romana. Por todo lo que, señor, es el unánime parecer del Consejo con los fiscales que vuestra majestad se digne mandar concebir la respuesta al Breve de su santidad en términos muy sucintos, sin entrar en modo alguno en lo principal de la causa, ni en contestaciones, ni admitir negociacion, ni dar oidos á nuevas instancias, pues se obraria en caso semejante contra la ley del silencio decretada en la pragmática-sancion del 2 de este mes, una vez que se adoptasen discusiones sofísticas fundadas en ponderaciones y generalidades cuales contiene el Breve, pues sólo se hacen recomendables por venir puestas en nombre de su santidad.»

Acompañaba la minuta de la contestacion que debia darse al Breve.

La aprobó Cárlos III, y hé aquí lo que se contestó al papa:

«Beatísimo padre: Mi corazon se ha llenado de amargura y de dolor al leer la carta de vuestra santidad en respuesta á mi aviso de la expulsion de mis dominios mandada ejecutar en los regulares de la Compañía. ¿Qué hijo no se enternece al ver sumergido en las lágrimas de la afliccion al padre que ama y que respeta? Yo amo la persona de vuestra santidad por sus virtudes ejemplares; yo venero en ella al vicario de Jesucristo. Considere, pues, vuestra santidad hasta dónde me habrá penetrado su afliccion, tanto más descubriendo que esta nace de la poca confianza de que yo no haya tenido para lo que he determinado pruebas suficientes é indestructibles. Las he tenido sobradamente, beatísimo padre, para expeler para siempre de los dominios de las Españas el cuerpo de dichos regulares, y no contener mi procedimiento algunos solos individuos. Ha permitido la divina voluntad que nunca haya perdido de vista en este asunto la rigurosa cuenta que debo darle algun dia del gobierno de mis pueblos, de los cuales estoy obligado á defender, no sólo los bienes espirituales, sino tambien los temporales. Así es, he atendido con exacto esmero á que ningun socorro espiritual les falte, aun en los países más remotos. Quede, pues, tranquilo vuestra santidad sobre este objeto, ya que parece ser el que más le afecta, y dígnese animarme de contínuo con su paternal afecto y apostólica bendicion. El Señor conserve la persona de vuestra santidad para el bueno y próspero gobierno de la Iglesia universal. Aranjuez 2 de Mayo de 1767.»

Continuemos ocupándonos de los jesuitas expulsados.

Se les reunió, segun estaba mandado, en varios distritos, de donde partieron á los puertos de mar designados en la instruccion, y fueron llevados á los Estados romanos.

Pero el papa Clemente se negó á recibirlos en ellos; ó porque estaba ofendido por el indomable teson de Cárlos III, ó porque les temia.

Hasta tal punto habia llegado esta resistencia, que el nuncio pontificio dijo al ministro Grimaldi, que se habia dado órden al gobernador de Civitta-Vecchia de hacer fuego sobre los buques españoles, si se obstinaban en desembarcar á los expulsos.

Hé aquí el amor con que el papa Clemente XIII acogia á sus queridísimos hijos de la Compañía de Jesús.

Hay quien dice que esto se hizo por instigacion del padre Lorenzo Ricci, general de la Compañía de Jesús, con objeto de poner á Cárlos III en un conflicto.

Pero esto no es probable.

El padre Ricci conocia demasiado y bien de cerca la tenacidad de Cárlos III.

Nó queriendo éste romper lanzas con Roma y decidido á que los jesuitas no volvieran á entrar en sus tierras, trató con los genoveses para que los admitiesen en Córcega.

Vinieron en ello los de aquella República, y al fin los jesuitas pudieron desembarcar donde se les permitia.

Al fin, el papa, viendo que ya aquello era cosa resuelta, les permitió se establecieran en sus legaciones de Ferrara y de Bolonia.

Cárlos III habia mandado severísimamente, como sabemos, que nadie, por ningun pretexto ni motivo, defendiese nunca jamás á los hijos de San Ignacio de Loyola, por escrito ó de palabra.

Obedecióse por algun tiempo este tiránico precepto.

Al fin, los amigos más apasionados de los jesuitas no pudieron contenerse; especialmente se señalaron los directores de algunos conventos de religiosos, los cuales se fanatizaron de tal manera, que arrojaron sobre el púlpito una nube de profecías y revelaciones sobre el pronto restablecimiento en España de la Compañía de Jesús.

Sobresaltóse con aquel aluvion el consejo extraordinario y expidió una circular amenazando con arrancar de su clausura y echar fuera de España á los rebeldes y fanáticos religiosos que se atrevian á la publicacion de tan perniciosa mentira.

Castigóse algunos con el pretexto de purificar á los otros de aquel contagio, y por esta parte se conjuró como se pudo la tempestad.

«Esta profanacion, decia entre otras cosas la circular, no sólo perturba la tranquilidad de los mismos religiosos, dividiéndolos en partidos y mezclándolos en negocios de gobierno, del todo impropios de la debilidad de su sexo y del retiro de la profesion monástica; sino que es un medio astuto para divulgar en el público ideas contrarias á la tranquilidad.»

Apagado el incendio por este lado, no sabemos á costa de cuánto rigor, apareció por otro.

Se averiguó que algunos jesuitas se habian introducido en Cataluña por la parte de Gerona y Barcelona.

A consecuencia de esto, el Consejo extraordinario inspiró al rey la real cédula de 18 de Octubre de 1767, en que se leen las durísimas frases siguientes:

«Quiero y ordeno que cualquier regular de la Compañía de Jesús, que en contravencion de la real pragmática-sancion del 2 de Abril de este año, volviese á estos mis reinos con el pretextó de estar dimitido y libre de los votos de su profesion, como proscrito, incurra en pena de muerte siendo lego, y siendo ordenado *in sacris* se destine á perpétua reclusion, á arbitrio de los ordinarios y las demás penas que correspondan; y los auxiliantes y cooperantes sufrirán las penas establecidas en dicha real pragmática, estimándose por tales cooperantes todas aquellas personas, de cualquiera clase y dignidad que sean, que sabiendo el arribo de alguno ó de algunos de los expresados regulares de la Compañía, no les delatase á la justicia inmediata, á fin de que con su aviso pueda proceder al arresto ó detencion, ocupacion de papeles, toma de declaracion y demás justificaciones evidentes.»

Pero la medida más enérgica, más grave y más radical, fué la que se tomó respecto á la subrogacion,

aplicacion y destino que debia hacerse y darse á los bienes y fincas, así rústicas como urbanas, que habian sido propiedad de la Compañía y que constituian una riqueza inmensa.

Determinóse que todos los edificios de jesuitas que fuesen á propósito, se destinaran á creacion de seminarios y universidades, aplicando para su sostenimiento ciertas rentas.

En esto ganaba la enseñanza pública.

Destináronse otros edificios de la Compañía á casa de correccion para clérigos criminales ó díscolos.

Otras se destinaron para seminarios de misioneros de Indias.

Aplicáronse muchos de estos edificios á hospicios, á hospitales é inclusas.

Al fin más adelante se vendieron los bienes que quedaban de la Compañía de Jesús.

Y como la doctrina de la Compañía, doctrina regicida, principal causa para Cárlos III de la expulsion de los jesuitas, continuaba usándose en varios institutos, se la prohibió severamente.

Prohibiéronse asimismo los libros de los jesuitas que servian para la enseñanza.

Hé aquí terminado el relato-sumario de las causas de la expulsion de la Compañía de Jesús, ó más bien del proceso extraño de aquella expulsion.

Porque en cuanto á las causas, las principales las habia guardado en su real ánimo el buen rey don Cárlos III.

Nosotros hemos empleado en ello algunos capítulos, porque hemos creido que debiamos vulgarizar un proceso oscuro guardado por la historia, no bien estudiado aún, y que el pueblo sepa cómo se hizo la expulsion, de que todo el mundo habla, de aquella poderosa Compañía que llegó á inspirar celos y temores al rey.

Nuestros lectores nos dispensarán si llenos de buena voluntad hemos consagrado á la historia algunas páginas de nuestra nóvela.

Capitulo XXXIX.

De cómo el conde de la Salmedina se veia amparado por una nueva y terrible intriga

Volvamos á nuestros personajes, cuyos acontecimientos continuaron teniendo lugar y acabaron antes de que terminase completamente con la venta de sus propiedades el asunto de la Compañía de Jesús.

La princesa de Astúrias veia con un disgusto profundo que todo lo que habia hecho, todo lo que habia conspirado, todo lo que habia sufrido, todo lo que se habia comprometido, habia sido inútil para llevarla á su objeto, esto es, para ponerla en el trono.

Habia que esperar á que se muriese de viejo el buen papá, porque á María Luisa, hagámosla justicia, no se la ocurria el medio expedito de darle un jicarazo.

Los mismos medios de que se habia valido en su conspiracion contra el rey, habian servido para sostener al rey en el trono.

Porque si el conde de la Salmedina no hubiera encontrado en su honor invencibles contrariedades, no hubiera defendido el palacio como se esperaba, sino que, por el contrario, hubiera coadyuvado á que el rey hubiese sido preso y obligado por el motin, convertido en una revolucion, á abdicar en su hijo el príncipe don Cárlos, sin esto, el motin contra Esquilache habria sido inútil, é inútil todo cuanto se habia trabajado para producirle.

A pesar de esto y de que María Luisa sabia bien que el culpable de que el motin no hubiera llegado á sus naturales consecuencias, lo era el conde de la Salmedina, de tal manera estaba dominada por su influencia que no habia podido dejar de amarle.

Por el contrario, su pasion crecia y se desbordaba hasta el punto de que ya no dudaba nadie de las relaciones que existian entre el conde de la Salmedina y la princesa, ni áun la misma Margarita.

Sólo habia dos personas que lo ignoraban.

El rey y el príncipe.

Y esto porque nadie se atrevia á decírselo.

Hay muchas cosas en este mundo que los interesados no saben, á no ser que las averigüen por sí mismos.

Estas relaciones, ó mejor dicho, esta adoracion de la princesa por el conde de la Salmedina, le pro-

tegia librándole por el momento de la venganza, ó más bien del castigo de los formidables Invisibles.

Estos habian quedado casi fuera de combate.

Se habia exterminado muchos de sus indivíduos, y se habia organizado de tal manera la vigilancia y la resistencia, que por el momento hubiera sido temeraria toda tentativa.

No se queria destruir á María Luisa, porque en un momento dado podia ser útil.

Y no destruyendo á María Luisa, no se podia destruir al conde.

La sola desaparicion de éste hubiera enloquecido de tal manera á la princesa, que arrostrando por todo hubiera hecho traicion á los Invisibles.

Y tenia elementos bastantes para que se la considerase como muy peligrosa.

Los Invisibles se habian creido de todo punto seguros del éxito, y habian confiado demasiado en la princesa.

Así es que á causa de esta, el conde de la Salmedina era inviolable y continuaba siendo el hombre más feliz de la tierra con sus tres amores, que nadie le disputaba, y con la alta posicion que le habia dado en la córte el amor de la princesa.

En vano Cosme Calcorra, que ya sabemos hasta qué punto habia servido al conde de Aranda, le importunaba y le amenazaba exigiéndole le cumpliese su palabra de revelarle dónde se ocultaba Ana del Rey.

El conde de Aranda, que tenia motivos para estar receloso de la enemistad de Cosme Calcorra, que

podia desesperado hacer la gravísima revelacion de la alevosía ejecutada por él para lograr el extrañamiento de la Compañía de Jesús, se esforzaba por hacer creer á Calcorra, que no sólo no sabia dónde estaba Ana del Rey, sino que ni áun tenia medios para saberlo.

Porque una mañana, en dos distintos puntos de Madrid, habian aparecido muertos á puñaladas Lolo y Pestiño.

El primero al pié de la Cuesta de los Ciegos, el otro en el Barranco de Embajadores.

¿Quién los habia muerto?

La justicia, que habia encontrado por la mañana los cadáveres, habia revuelto cuanto habia podido.

Porque entonces la justicia se ejercia con un gran celo, y la policía estaba muy bien montada.

Sin policía no hay justicia posible.

Y aunque á algunos parezca inmoral, sin policía secreta no se puede administrar bien justicia.

El agente público espanta con su uniforme á los criminales, les avisa.

Porque los criminales tienen en ellos mismos, en su asociacion anónima, porque ellos constituyen la familia del crímen, una policía que oponen á la policía de la ley, y que la inutilizan cuando esta policía está uniformada.

El crímen hiere en la sombra, y en la sombra hay que cogerle.

Pues á pesar de que Esquilache habia, como hemos visto, creado una poderosa policía secreta; á pe-

sar de que esta policía continuaba, no se pudo dar con los asesinos de Lolo y de Pestiño.

Ni se entrevia quiénes podian ser los autores de la muerte de aquellos dos miserables.

Nuestros lectores, que están en antecedentes, adivinan que los Invisibles habian sellado con la muerte las bocas de dos agentes traidores.

Ya sabemos que el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco habia tomado á aquellos dos bribones al servicio de la policía.

Sabemos tambien que Pestiño habia hecho traicion á los Invisibles, poniendo en relaciones al conde de Aranda con Cosme Calcorra, y que Lolo era su cómplice.

Los Invisibles no habian tenido que respetar á aquellos dos agentes subalternos, como se veian obligados á respetar por el momento al conde de la Salmedina.

La Candamo habia quedado viuda y libre para consagrar su hermosura, porque era hermosa, á un nuevo amante secreto.

La Candamo no podia tener públicamente amante, ni ejercer públicamente sus industrias.

Era una bribona, que cubria admirablemente sus malas artes y sus vicios tras el velo hipócrita de una devocion refinada.

Ella no se quitaba nunca las tocas, ni en su casa entraban jamás personas cuya apariencia no fuese de todo punto conveniente, piadosa y áun respetable.

Graves religiosos y otras no ménos graves personas eclesiásticas la visitaban.

Iban á verla altas damas, de las cuales nada era posible decir.

En la vecindad se la tenia por una santa.

Unicamente hubo una época en que se murmuró algo de ella.

Y esta época fué aquella en que, á causa de Ana del Rey, frecuentaba su casa el conde de la Salmedina.

Sin embargo, estas murmuraciones no tomaron consistencia, y la buena reputacion de la Candamo se sostuvo.

En cuanto al hombre del corazon de aquella bribona, es decir, en cuanto á Pestiño, éste no iba á verla sino en altas horas: cuando Madrid estaba á oscuras, cuando todo el mundo en la vecindad dormia.

La Candamo sentia en el fondo de su alma la muerte de Pestiño, y por su parte, ella, que conocia en secreto á muchos bribones, gran parte de los cuales pertenecian á la policía secreta, los habia puesto en movimiento sin obtener resultado alguno.

No sabiendo de dónde habia venido el golpe que habia inmolado á los polizontes, la Candamo se echó á buscar por el campo de las suposiciones, y su imaginacion se detuvo en el conde de la Salmedina.

El podia haber tenido un interés en la muerte de Lolo y de Pestiño á causa de Ana del Rey.

En la apariencia, la Candamo tenia razon para suponer esto.

Habian terminado las jornadas de la Granja y del Pardo.

La córte habia vuelto á Madrid, y con ella el conde de la Salmedina.

Ana del Rey, como era de esperar si el conde de la Salmedina no hubiera desconfiado de la Candamo, debia haber vuelto á su casa.

Sin embargo, ni á ella ni al conde habia vuelto á verlos la Candamo.

Las relaciones, pues, estaban rotas.

No era que el conde no necesitaba de ella, porque el conde tenia siempre necesidad de mantener oculta á Ana del Rey; era que el conde desconfiaba.

Desconfiando, pues, de ella, debia desconfiar de Pestiño y de Lolo.

Por consecuencia, á quien la Candamo atribuia aquel doble asesinato era al conde de la Salmedina.

La Candamo era brava, y herida en el corazon, porque adoraba á Pestiño, se habia convértido en una pantera furiosa, y estaba á punto de romper por todo y á dar un escándalo acusando al conde de la Salmedina.

Pero á pesar de su dolor y de su furor, la Candamo, que era astuta, no habia perdido la reflexion, y no pudo ménos de pensar que poniéndose frente á frente del conde en un negocio tan grave, sin tener una prueba en que apoyarse, se exponia á ser castigada como calumniadora y encerrada en la galera.

La Candamo, pues, se propuso ser prudente, y lo fué.

Avanzó en sus deducciones.

Si el asesinato de los pícaros se habia hecho por encargo del conde, éste no podia haberse metido directamente en un negocio de tal naturaleza.

Debia haberse valido de una persona de confianza.

¿Quién podia ser esta persona?...

Baltasar sin duda.

Habia otra persona, muy á propósito tambien para un empeño de esta clase, que andaba al rededor del conde de la Salmedina, que le adulaba, que le servia.

Esta persona era Cosme Calcorra.

Suponiendo al conde hombre de una intencion profunda, de nadie mejor hubiera podido valerse que de Calcorra para desembarazarse de dos hombres temibles para el conde, á causa del mismo Calcorra, que podia haber sabido por ellos que el conde tenia en su poder á Ana del Rey.

Este hubiera sido un golpe atrevido, pero los golpes atrevidos son los que salen mejor.

Calcorra que, como sabemos, habia sospechado que el conde de la Salmedina habia sido quien le habia arrebatado su mujer, habia acabado por perder todo recelo, porque espiando al conde, como ya hemos dicho, habia visto que el conde no frecuentaba otra casa sospechosa que la de la Candamo.

Y la Cándamo habia sabido hacer lo bastante, como ya hemos dicho tambien, para que, si Calcorra espiaba al conde, creyese que éste no iba á su casa sino á ver algunas de las hermosas beatas que cons-

tituian un artículo de comercio de la Candamo.

Esta, pues, podia empezar sus investigaciones por dos lados distintos: por Baltasar y por Cosme Calcorra.

Empezó por este último, y un dia, á la hora en que Calcorra comia, se presentó en su casa.

Calcorra habia tomado una vieja para que le sirviese de ama de gobierno.

Esta vieja se la habia procurado la Candamo.

Era la tal ama de gobierno una bribona con forro de beata.

Cuando Calcorra se cansó de comer en casa de la señora Eustaquia la tendera, y sobre todo de atender por sí mismo á la limpieza y al órden de su casa, que andaba manga por hombro como suele decirse, se fué á ver á la Candamo para que ésta le proporcionase una ama de gobierno.

Hay que tener en cuenta que cuando Calcorra fué á ver con tal objeto á la Candamo, estaban en casa de ésta Ana del Rey y Rita.

Sin embargo, aunque fuese extremadamente astuto Calcorra y tuviese olfato, no venteó ni á Ana del Rey ni á Rita.

Se fué con su deseo á la Candamo.

—Ya sabeis,—la dijo,—que mi mujer ha ido á Alcorcon, donde yo tengo una anciana tia enferma. Es rica, y lo que tiene, cuando ella muera, me corresponde, y es bueno no dejarla abandonada en manos de parientes codiciosos, que son capaces de matarla para apoderarse del dinero que tiene en su casa, que

es mucho; por consecuencia, para cuidar de la pobre anciana y que nadie se atreva á acabar con ella, y para que no se nos robe dado caso que ella muera, Ana y Rita están allá; la enfermedad se prolonga, mi esposa no puede volver, yo estoy solo, y lo que es peor tengo mi casa como una zahurda; necesito, pues, señora Candamo, que vos me busqueis una persona á propósito para que me cuide y arregle mi casa mientras puede volver mi mujer.

Quedó en servirle la Candamo.

Habiendo consultado ésta con Pestiño, entrambos creyeron que podia aprovecharse la ocasion para hacer conocer á Calcorra una mujer tal, que le hiciese olvidarse de Ana del Rey, ó por lo ménos consolarse de su pérdida.

Para la Candamo y para Pestiño era indudable que la pasion que Calcorra sentia por Ana del Rey era por su hermosura, y poniéndole otra hermosura mayor delante y al alcance de su mano, aun podria suceder que Calcorra se alegrase de la desaparicion de su mujer, que le dejaba libre.

La Candamo conocia muchas beatas que tenian hijas y sobrinas hermosas, pero particularmente una que se llamaba la Huerto tenia una nieta huérfana, sin más parientes que ella, y que era un prodigio.

Una niña de diez y siete años, alta, esbelta, admirablemente modelada, blanquísima, de tez seductora y con los cabellos y los ojos negros hasta donde puede llegar la intensidad del negro, y los labios

frescos y rojos cuanto pueden ser frescos y rojos los labios de una boca admirable.

Además de esto, Casildica era la inocencia y el candor personificados, y además muy activa y muy á propósito para manejar una casa, porque su abuela la habia educado bien.

Ella la llamaba su tesoro; y decia con un cinismo repugnante á la Candamo cuando no podia oirla Casildica:

—Esa rapaza va á ser el báculo de mi vejez. Por ella voy yo á andar en coche como una señora; pero todavía no está madura. Cada dia que pasa se pone más hermosa. Cuando ya no pueda ponerse más, entonces... Y que la muchacha es de buena madera, es inocente, pero no tonta; y candorosa, pero tiene el alma en su almario. Si no, repara tú en sus ojos cuando está ensimismada: son fuego. Ella la pobrecilla no sabe lo que es el amor; pero ya le escarabajea en el cuerpo y la tiene inquieta. Con cuatro lecciones que la demos tú y yo... ya verás, hija, ya verás una perla.

De estas infames mujeres, de estas brujas horribles que especulan con el alma, con la honra, con el corazon de sus hijas y de sus nietas, las hay, las ha habido y las habrá por desgracia.

En Casildica pensó la Candamo para apoderarse de Calcorra, ya que se presentaba la ocasion.

A Calcorra se le tenia por riquísimo y por apasionado á las mujeres, y la Huerto mordió en el cebo.

Importaba poco que Calcorra fuese feo, repugnante, horrible.

La cuestion era apoderarse de él; pervertir á Casilda, amaestrarla, robar á Calcorra.

Aquel era un proyecto digno de los miserables que le habian concebido, y la Huerto llevó á casa de Calcorra, desarrollada ya y hermosa cuanto podia llegar á serlo, á Casildica, que era entonces inocente como un niño, y estaba pura como un rayo del sol.

Pero ni la Candamo ni la Huerto habian podido figurarse que el corazon de Calcorra estuviese dominado por una pasion horrible, que para él no hubiese otra mujer en el mundo más que Ana del Rey.

Miró, pues, con una profunda indiferencia, á pesar de su grande hermosura, de su candidez y de su pureza, á Casildica.

Y como Calcorra era perfectamente hipócrita, aunque conoció el lazo que se le tendia, dijo de la manera más natural y más dulce del mundo:

—¡Ay, señora mia! que lo que yo quiero es mujer para que cuide mi casa, y no niña, y niña hermosa y honrada, á la que yo me vea obligado á guardar sobre mi conciencia, porque yo no estoy para eso.

No se dió por vencida la Huerto, sino que contestó sobre la palabra de Calcorra.

—Eso no le hace, que para guardar á mi nieta estoy yo aquí, y no teneis que tener inconveniente, don Cosme, de tomar dos mujeres para que os cuiden en vez de una. Y no mireis el gasto, porque

yo por mi parte no quiero salario, y me alimento con lo que cabe en medio cañamon. Con mi nieta y conmigo vais á estar mejor cuidado que un rey. Y no hay que hablar más de esto, que aquí nos quedamos. Quítate la mantilla, niña.

—Perdonad, señora mia,—contestó Calcorra vivamente, pero siempre con dulzura y con una simplicidad admirable.—Yo busco ama para que me arregle mi casa, y vosotras, con la mejor intencion del mundo, me la desarreglariais.

—Callad, don Cosme, que no sabeis lo que os decís,—exclamó la Huerto,—y yo deberia ofenderme, porque...

—No hay por qué ofenderse, señora mia,—dijo Calcorra cortando la palabra á la vieja.—Voy á deciros una razon que va á convenceros. Mi mujer puede volver de un momento á otro, cuando yo ménos la espere, aunque la estoy esperando siempre, porque la amo como yo puedo amar, que es mucho. Y si cuando viniese encontrase aquí á una niña tan hermosa como es vuestra nieta, sabe Dios lo que podia figurársela; porque, en fin, las mujeres cuando aman son celosas y de todo recelan. Mi mujer está loca por mí y no tengo necesidad de perder la paz de mi familia. Lo mejor de los dados es no jugarlos. Vamos, voy á daros un pequeño regalo para que compreis un vestido á vuestra nieta, é id con Dios.

La Huerto vió que no habia emboque, tomó cuatro duros que la dió Calcorra por milagro, porque

ya sabemos que Calcorra era avaro, y se fué irritada con su nieta, echando pestes contra aquel grosero que no habia sabido estimar el tesoro que se le habia ofrecido.

La Candamo, que no queria dejar pasar la buena ocasion de tener bajo su mano en alguna manera á Calcorra, á quien creia riquísimo, le procuró una vieja, una especie de arpía, de la que Calcorra nada tuvo que decir y á la que admitió en el momento.

Nunca habia estado más vendido Calcorra.

En otras circunstancias Calcorra se hubiera andado más despacio para admitir una persona en su casa.

Pero Calcorra tenia la confianza y el descuido de quien no puede recelar que le roben, porque es pobre.

Ana del Rey al abandonarle habia causado su ruina.

Calcorra no tenia nada más que su sueldo de los gremios.

El fruto entero de sus rapiñas y de sus manejos habia desaparecido.

Calcorra creia que quien le habia robado habia sido su mujer.

Si Calcorra hubiera frecuentado el gran mundo, si hubiera entrado en los salones de la córte, hubiera visto que muchas de las alhajas que él habia robado á Giovaneta, las llevaba sobre sí Margarita.

Entonces hubiera comprendido que Ana del Rey nada le habia robado.

Pero esto hubiera aumentado su rabia.

Porque le hubiera demostrado que sólo el amor por otro hombre habia determinado la fuga de Ana del Rey, no la avaricia.

Esto le hubiera acabado de destrozar el corazon.

La Candamo fué á verse con la señora Ruperta, que así se llamaba la vieja ama de Calcorra.

La encontró sola.

A Calcorra le pinchaba su casa.

Se le representaba siempre Ana del Rey.

Le hacia sentir una inmensa soledad.

Así es que no paraba en ella más que para comer y dormir.

Se iba á paseo despues de que concluia en su oficina á las cuatro de la tarde, y al oscurecer se metia en su casa.

Cenaba y se acostaba.

Por la mañana se levantaba al amanecer.

Se iba á dar vueltas por Madrid.

Se hacia servir el almuerzo en la oficina.

De modo que podia decirse que huia de su casa.

Si no se habia mudado de ella, era, primero, porque ella le retenia, á pesar de lo triste que para él era, y despues porque por su decoro propio queria mantener la mentira de que su mujer estaba en un pueblo con una parienta suya enferma.

Su mudanza hubiera terminado en murmuraciones y dudas.

Todos los conocimientos de Calcorra habian crei-

do de buena fe lo que éste habia dicho acerca de su mujer.

—¡Ay, señora Inés!—dijo la señora Ruperta á la Candamo;—no sabe usted lo difícil que es pillar en su casa al señor Calcorra: no para en ella.

—Pues mejor,—dijo la Candamo;—así teneis tiempo.

—¿Y para qué, señora Inés, para qué?—contestó la señora Ruperta;—aquí no hay más que miseria.

—Vaya, vos estais loca, hija,—exclamó la Candamo;—¿miseria casa de don Cosme?

—Si lo sabré yo,—contestó la Ruperta;—pues qué, ¿no está ya todo hecho? Pues ni polvo: ropa blanca, buena y mucha; eso sí, dos docenas de cucharas de plata; bueno; pero dinero ni alhajas, que si quieres. Mirad, señora Inés, que para mí no hay cerraduras, que con que yo le ponga las manos encima á un mueble, se abre y se vuelve á cerrar sin que se conozca qué se ha andado en él. Si don Cosme tiene eso que vos creeis que tenia, lo tiene en otra parte ó enterrado en la casa, sabe Dios dónde; yo me he encontrado allá bajo una mina, y me he metido por ella creyendo que iba á dar con un tesoro; pero me he tenido que volver sin acabar para no dar lugar á que se me echara de ménos y se me pillara en el garlito, porque la mina es sin fin como la esperanza de un pobre. Callad, señora Inés, que buen negocio hemos hecho.

—¿Qué me contais, señora Ruperta?

—Lo que oís, señora Inés: esto no merece la pena, ni aun se puede contar con la sisa; con ocho reales que don Cosme me da todas las noches, quiere que le trate como á un rey y que quede para la lavandera y para los peluquines, y que si no se le sirve á su gusto, se echa encima, y no hay quien le sufra. Y si no fuera porque yo soy una pobre viuda sin abrigo...

—¡Vaya, vaya! pues no sabia yo eso,—dijo la Candamo;—está visto que yo estaba engañada, que don Cosme es un pícaro. Eso me confirma en ciertas ideas que yo tengo, y necesito verle, sí señora, necesito verle.

—Pues mirad, señora Inés, venid á las doce en punto, y le cogereis comiendo; ¿y por quién estais de luto, señora Inés? ¿qué pariente se os ha muerto?

—Pues qué, ¿estoy yo de luto?—exclamó la Candamo;—¿acaso no visto yo siempre de negro?

—Sí; pero llevábais las tocas blancas, y ahora no teneis más blanco que el de los ojos y el de vuestra cara, que es siempre leche y sangre, aunque ahora estais quebrada de color y ojerosa, lo que quiere decir que habeis sentido mucho al difunto.

—Eso no os importa á vos,—dijo la Candamo;—y en cuanto al difunto, Dios le dé lo que yo pueda sentir, que sin pariente me quedé siendo muy moza, y luego no he conocido persona á quien sentir; con Dios me basta, y ángeles para mi alma, que así me va muy bien. De negro visto por promesa, y á don

Cosme busco para ciertos asuntos que me importan.

—Vamos, pues; perdonad, señora Inés, que yo me habia equivocado; y os lo repito, para ver á don Cosme venid al mediodía, y le encontrareis á la fuerza, porque él no falta nunca á la hora de comer; y aunque parece muy disgustado, come con muy buen apetito.

—Pues quedad con Dios, señora Ruperta, y hasta luego.

Esto era á las diez de la mañana.

La Candamo volvió á las doce, á punto que Calcorra se sentaba á su mesa viuda, por decirlo así.

Recibió muy bien á la Candamo, y la invitó á que le acompañara á comer.

—Acepto,—dijo ella,—porque con la necesidad de veros me he olvidado de mi comida, y no debemos hacer que se nos debilite el estómago.

—Y luego,—dijo Calcorra,—que seria lástima que una mujer tan hermosa como vos se desmejorase.

Abrió tanto ojo la Candamo.

Calcorra, que la conocia hacia mucho tiempo, era la primera vez que se permitia una galantería en favor suyo.

—¿Pensará éste en mí?—dijo la Candamo.—¿Se habrá convencido de que su mujer se ha perdido para él, y se le hará ya la viudez intolerable? El es rico, él debe tener el gato en alguna parte.

En efecto; Calcorra habia pensado y pensaba en la Candamo.

Pero de una manera muy distinta de lo que ella creia.

Calcorra, que no habia dejado de observar, de espiar, de andar á caza como buen jefe de policía que era, habia observado que cuando la córte habia vuelto á Madrid el conde de la Salmedina no habia frecuentado como antes la casa de la Candamo, ni aun habia parecido por ella.

¿En qué podia consistir esto?

¿En que la hermosura y el encanto de Margarita hubiesen convertido al libertino?

Sin embargo, el conde continuaba siendo el amante, cada dia más empeñado y cada dia más imprudente, de la princesa de Astúrias.

Calcorra, que era un hombre de mundo, no creia en las conversiones si no eran completas.

El conde, pues, no se habia convertido.

¿Por qué, pues, no iba á casa de la Candamo á visitar las nietas, las hermanas, las hijas y las sobrinas de las beatas amigas de la Candamo, cuando antes del motin iba todos los dias dos ó tres veces casa de ella el conde.

¿Era que entonces habia casa de la Candamo lo que no habia despues?

¿Era que él se habia engañado juzgando por las apariencias, y Ana del Rey habia estado oculta casa de la Candamo?

Le importaba mucho á Cosme Calcorra averiguar esto.

El sabia que en el momento en que hiciese la cor-

te á la Candamo, ésta le acogeria admirablemente con la esperanza de sacar provecho de él.

Con el pretexto de sus amores, él podia observar más de cerca y de una manera más íntima á la Cándamo, y estar siempre á punto de coger una palabra que se la escapase y que pudiese ser un indicio.

Esta era la causa de la galantería de Cosme Calcorra.

Estaban frente á frente dos contendientes dignos el uno del otro.

Así es que la Candamo, al oir las palabras de Calcorra, supo ponerse colorada, y exclamó:

—¡Válgame Dios! os vais echando á perder, don Cosme; no reparais para decirme esas cosas, ni en que vos sois un hombre casado, ni en que yo, aunque no soy monja, he hecho como ellas voto de castidad.

Pero la mirada ardiente y acariciadora de la Candamo contradecia sus palabras.

Esto se hacia exprofeso.

Como queriendo representar que á pesar de sus buenas ideas y de sus votos, ella no podia contener su alma, que se la salia por los ojos.

Entrambos se engañaban.

Ella se creia amada por Calcorra.

El codiciado por ella, porque aunque era feo como un mico, y ágrio y áspero como un jabalí, tenia un amor propio infinito, y se creia tan apetecible como cualquier otro para la mujer.

La comida fué muy agradable.

La conversacion se mantuvo en términos generales delante de la Ruperta, que servia la mesa.

Cuando hubo traido el café, aprovechando una salida suya, la Candamo dijo á Calcorra:

—Tengo que explicarme con vos, don Cosme, y de una manera tal, que es necesario evitar que nadie oiga lo que hablemos. Echad á la calle con cualquier pretexto á la Ruperta, y que el pretexto sea de tal manera que no pueda volver en dos ó tres horas.

—¿Y para qué necesito yo de pretextos?—dijo Calcorra;—pues qué, ¿no estoy yo en mi casa?

Y llamó á la Ruperta.

—Mirad,—la dijo,—el jubileo está en San Andrés.

—¿Y qué?—preguntó la Ruperta, mirando descaradamente á Calcorra.

—Que allí podeis hacer algo por vuestra alma, que bien lo habeis menester, y aquí estorbais, porque la señora Inés y yo tenemos que tratar cosas muy graves, y vos sois muy curiosa y muy irreverente, y podeis poneros á escuchar lo que no os importa y no debeis saber.

—Pues muchas gracias por la franqueza,—dijo la Ruperta;—ya me habia yo figurado que doña Inés no venia aquí á humo de pajas. Vaya, pues que sea enhorabuena.

—Id con Dios, y dejaos de retrónicas, señora Ruperta,—exclamó Calcorra,—que vos no sabeis con quién hablais, y podríais tener un disgusto.

—Pues no, por mí no hay que incomodarse,—dijo la Ruperta,—que yo con tomar la mantilla y el rosario estoy lista; y por lo demás, me alegro, porque doña Inés y yo nos conocemos desde mucho tiempo, y nos estimamos, y yo me alegro del bien de todo el mundo, y más del de las personas que estimo.

—Ea, pues basta; id con Dios,—dijo don Cosme:—y oid bien: como os coge al paso, meteos en mi oficina, y decid que no voy esta tarde, porque despues de comer me he sentido indispuesto y me he acostado.

—Vaya, pues que os alivieis, don Cosme.

—Esperad, señora Ruperta, esperad,—dijo Calcorra:—cuando os hayais puesto la mantilla y hayais tomado el rosario, me avisareis, á fin de que yo baje á cerrar la puerta y á echar el cerrojo, porque si no, sois vos muy capaz de cerrar la puerta con ruido para que se crea que os habeis ido, y quedaros dentro atisbando.

—¡Válgame Dios, señor, y qué cosas teneis! Cualquiera diria que vos habeis hecho alguna vez lo que temeis que haga yo...

La Ruperta salió.

La Candamo no habia hecho la más leve observacion, porque tanto Calcorra como la Ruperta conocian su vida íntima y no habia para qué escandalizarse de nada.

Se quedaron al fin solos Calcorra y la Candamo.

Calcorra parecia vivamente interesado por ella.

La miraba con ojos codiciosos.

Y sin embargo tenia el alma llena del amor de Ana del Rey, y todas las demás mujeres le irritaban y le eran aborrecibles.

—Vamos,—dijo la Candamo, que para comer se habia quitado la mantilla y habia tomado una actitud como si ella hubiera sido el ama de la casa,—si vos pensábais eso, ¿por qué no me lo habeis dicho? ¿Creríais acaso que el otro era una dificultad? ¿A qué matarle?

El ataque de la Candamo habia sido rápido y duro.

Pero Calcorra no se desconcertó.

Permaneció perfectamente tranquilo, como si se le hubiera hablado de la cosa más natural y más sencilla del mundo.

—No he sido yo,—dijo.

—¿Con que vos sabeis quién ha sido?—contestó la Candamo.

—¡Vaya si lo sé! Como que obedeciendo una órden superior, yo he sido el que ha mandado á inferiores mios maten á los dos.

La respuesta no podia ser más categórica.

Pero la Candamo no se desconcertó.

Estaba á la altura de Calcorra.

—Yo he acabado por alegrarme de lo que ha sucedido,—dijo,—y si algo siento es que vos os hayais metido en un compromiso, porque tarde ó temprano estas cosas salen á la cara.

—Me importa muy poco,—dijo Calcorra:—yo estoy resguardado por una órden superior. A esos se

les ha matado porque eran unos estúpidos que servian al gobierno y á los Alborotados á un mismo tiempo, y esto no puede hacerse sin que se corran grandes peligros. Por mi parte, puede saberse mañana que yo he sido quien ha mandado á alguno de los hombres puestos á mis órdenes despachen á Lolo y á Pestiño. Pero esto no se dirá nunca, porque aunque el gobierno tiene policía secreta, porque no puede pasarse sin ella, no quiere que esto se sepa; y cuando el gobierno no quiere que se sepa una cosa, no se sabe. Los jueces no pueden hacer nada sin pruebas, y contra mí no puede producirse prueba alguna. No paseis, pues, pena por mí ni me deis las gracias por haberos librado de Pestiño, que era en efecto un perdido, y de los más malos; ni me deis las gracias porque yo no lo he hecho: todo se ha reducido á una órden que he dado yo, como la ha podido dar cualquier otro; la sentencia ha venido de arriba, de la superioridad. Pero ¿cómo es posible que vos hayais podido entenderos con un miserable tal, con un tal canalla como ese hombre?

—Era que le tenia miedo, era que me seguia asustándome por todas partes, era que me habia amenazado con pegarle fuego á mi casa cuando yo estuviese durmiendo dentro. En fin le han matado y me han hecho un favor, y aunque vos decís que no habeis tenido parte en ello, yo os lo agradezco, don Cosme. ¡Ay! aquel malvado me quitaba la vida. Me parece que me han aliviado del peso de una losa de plomo. ¡Y qué engañada que estaba yo! Hubiera ju-

rado que quien habia matado á Pestiño lo habia hecho por órden de un cierto señor muy rico, muy buen mozo y que tiene mucha suerte con las mujeres.

Aunque Calcorra se avispó en el fondo de su alma, no dió la más leve muestra de ello.

No sabia á qué atenerse aún, y guardaba una profunda reserva.

La Candamo salió de casa de Calcorra convencida de que Calcorra era el asesino de Pestiño.

Pero sin poder explicarse la causa de que Calcorra hubiese cometido aquel asesinato, aunque hubiese sido por medio de agentes y obedeciendo órdenes superiores.

Para la Candamo era indudable que el conde de la Salmedina habia sido el que habia sujerido el asesinato á Calcorra.

Esto era hábil, porque era valerse del marido de Ana del Rey para evitar que el asesinado dijese á aquel marido que el conde de la Salmedina era el amante de Ana del Rey.

Los que son capaces de infamias y de artimañas, creen que todo el mundo es igual á ellos.

De resultas de la visita de la Candamo á Cosme Calcorra, resultaron las cuestiones siguientes:

Primero, que Cosme Calcorra comprendió prácticamente que se puede estar locamente enamorado como él lo estaba de su mujer, y encontrar, sin embargo, gratos los favores de otra mujer hermosa; y que el conde de la Salmedina tuvo dos enemigos: uno la Candamo, que creia que él era el asesino de Pes-

tino, y Calcorra el otro, que por algunas indicaciones de la vengativa Candamo habia llegado á tener casi la evidencia de que el conde de la Salmedina era el amante de su mujer.

Pero no sabia, porque la Candamo habia sido hábil, que su mujer habia estado oculta en su casa.

El conde de Aranda habia prometido á Cosme Calcorra que en el momento en que le procurase para con el rey una prueba de la traicion de los jesuitas, le revelaria el lugar donde estaba su mujer.

El conde lo habia prometido de buena fe.

Pero cuando habia llegado el caso de cumplir su palabra, el cumplimiento le habia sido imposible.

Capítulo XL.

De como se preparaban nuevos y grandes sucesos.

Calcorra habia sido terriblemente astuto.

Habia engañado á la Candamo.

Ni él habia tenido parte alguna en los asesinatos de Pestiño y Lolo, ni el conde de la Salmedina habia pensado siquiera en ello.

El golpe habia venido de otra parte.

Ya sabemos que los Invisibles estaban interesados por el momento en la seguridad del conde de la Salmedina, puesto que contando con él podian contar con la princesa de Astúrias.

Pestiño y Lolo, además de que habian hecho traicion á los Invisibles, con los cuales se habian comprometido por medio del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, poseian un secreto del conde de la

Salmedina, secreto importante, cuyo mal uso podia traer al conde una gran desgracia, causada por la ira vengativa de Calcorra.

Podria decirse que los Invisibles no debian haber perdonado á Cosme Calcorra, puesto que de esta manera estaba completamente á salvo el conde la Salmedina.

Pero Cosme Calcorra les era todavía muy útil.

Ellos ignoraban la causa verdadera de la expulsion de los jesuitas, como los jesuitas mismos la ignoraban.

La intriga de la carta falsificada habia sido un secreto que se habia quedado entre Calcorra y el conde de Aranda.

De otra manera, á haberse conocido aquella intriga, nada hubiera podido salvar al conde de Aranda ni á Calcorra.

Este lo sabia demasiado, y por lo mismo habia extremado su habilidad para aquella infame intriga, y seguia jugando con dos barajas.

Pero la partida se iba haciendo lúgubre.

Calcorra no creia, no podia creer que el conde de Aranda, que le habia prometido con una gran sinceridad, con una sinceridad de esas de que no puede dudarse, le devolveria su mujer en cuanto le sirviese, no creia, repetimos, que el conde de Aranda ignorase dónde estaba Ana del Rey.

Para Calcorra era evidente que el conde de Aranda queria tenerle sujeto, y esto le irritaba de una manera extraordinaria.

Se preparaban nuevas catástrofes.

El conde de Aranda, en verdad, no sabia lo que habia sido de Ana del Rey.

Los Invisibles, matando á Pestiño y Lolo, á aquellos dos hábiles polizontes, habian privado de un medio eficacísimo al conde de Aranda.

Calcorra era en verdad el polizonte de los polizontes.

Pero ni tenia tiempo para consagrarse por sí mismo á investigaciones á causa de su destino, ni á causa de la terrible contrariedad que sentia tenia ya muy sana la cabeza.

Lo repetimos: todo preparaba fatalmente una nueva catástrofe.

El conde de la Salmedina habia sido cauto.

Cuando sacó de su casa á Ana del Rey era soltero, y no habia podido llevarla á su casa.

Esto hubiera sido dar una ocasion de murmuracion á sus criados, y Salmedina no queria que sus criados tuviesen motivo alguno para murmurar de él.

Pero cuando la córte volvió á Madrid concluida la jornada del Pardo, la situacion era ya completamente distinta.

La casa del conde era, como sabemos, la de su tia la buena marquesa de Vallezarzal.

La otra casa en la que el conde habia vivido mientras habia sido soltero, la de la plazuela de Puerta Cerrada, habia quedado como si dijéramos olvidada, sin que se hubiera sacado de ella ni un solo mueble ni un solo cuadro, ni más que las armas del conde y

los objetos de su uso diario á que estaba acostumbrado.

En la casa no habian quedado más que el viejo portero, cuatro mozos de limpieza y Baltasar, que, como conservador de ella, habia quedado allí de una manera independiente.

Don Baltasar, elevado á la calidad de noble por el rey, en recompensa de servicios que no habia hecho, porque para ser recompensado, en todo tiempo ha sido necesario no hacer aquello en que se funda la recompensa, habia dejado de ser primer ayuda de cámara del conde de la Salmedina.

Si le servia era guardando á Ana del Rey, que para el viejo portero y los cuatro mozos de limpieza que habian quedado en la casa, pasaba por hermana de don Baltasar.

Se habia dicho por don Baltasar á estos criados, que su hermana era una jóven muy virtuosa, muy recoleta, que si no se habia metido monja era porque creia que para servir á Dios como tal religiosa no habia necesidad de sujetarse á las violencias de una regla ni á los caprichos de una abadesa.

Los criados habian olido algo, porque los criados lo huelen todo.

Habian notado más de una vez sin que á ellos se les notase, que el amo habia entrado en la casa por el postigo de la calle de Segovia, adonde daban las habitaciones ocupadas por don Baltasar y por doña Rita su mujer.

¿Qué importaba esto?

Su excelencia estaba enamorado de una señora muy hermosa, á la que se hacia pasar por hermana de don Baltasar.

Baltasar tenia grandes motivos de agradecimiento para servir de aquella manera á su amo, que era muy bueno, y que hubieran servido de la misma manera y aun con la vida los otros criados.

Se habian cubierto las apariencias y estaba bien.

Ana era servida con una gran consideracion, con un gran respeto, como si se hubiera tratado del mismo conde de la Salmedina.

Ana, pues, estaba como si dijéramos oculta en una caja impenetrable, á través de la cual no podia olerse nada.

Verdad era que conociendo al hombre á quien ama una mujer que se ha perdido, siguiendo al hombre se da con la mujer.

Pero como el conde de la Salmedina iba á su casa, no parecia verosímil tuviera en ella una querida, expuesta á ser encontrada por su mujer, á quien se ocurriese ir un dia á aquella casa, aunque no fuese más que para ver si estaba bien conservada.

Calcorra, sin embargo, era hombre con quien no eran valederas ciertas cosas.

Pero la verdad es que á Calcorra no se le ocurrió espiar al conde al rededor de su antigua casa de la plazuela de Puerta Cerrada.

Y seguirle cuando salia de la suya no era posible, porque el conde cuando iba á ver á Ana salia en coche, daba un inmenso rodeo, y cabalmente por-

que presumia que podia ser seguido, hacia que el coche fuese conducido al trote largo de los vigorosos caballos.

El conde hacia parar su carruaje en la plazuela de Santiago, y desde allí se iba á pié á la de San Justo, por la que bajaba á la calle de Segovia y entraba por el postigo.

Hé aquí de qué modo habian sido infructuosas las pesquisas de Cosme Calcorra, que viendo que un dia y otro no cogia al conde entrando en ningun lugar donde pudiese suponerse estuviese escondida Ana del Rey, habia acabado por dudar de si el conde de la Salmedina era responsable de la pérdida de su mujer.

El conde por su parte se encontraba en una situacion terrible.

Ana del Rey no transigia.

Tenia miedo.

Exigia de una manera constante, y cada vez más vehemente, se la libertase de la angustia en que la tenia el temor á su marido.

Porque no habia nada que hiciese creer á Ana del Rey que estaba en seguridad.

Ella sabia bien de cuánto era capaz por ella Cosme Calcorra.

Un leve ruido que oyese de noche, el zumbido del viento, lo más leve la hacia estremecerse sobresaltada, creyendo tener ya sobre sí al vengativo Calcorra.

Hé aquí la situacion en que se hallaban algunos de nuestros más importantes personajes.

Capitulo XLI.

De como sobre una aventura vino otra á María Luisa y al padre maestro.

Era por el mes de Octubre de 1567.

Habia empezado ya el frio.

El clima de Madrid es muy desigual, muy caprichoso.

La noche era cruda como si se hubiera estado en lo más duro del invierno.

Sin embargo, habia aún mucha electricidad en la atmósfera.

Una tormenta terrible habia caido sobre Madrid.

Los truenos eran formidables.

Los relámpagos se sucedian sin interrupcion.

Una especie de huracan arrojaba de través la lluvia, que caia á torrentes.

La noche era clara.

La tormenta la llevaba consigo una formidable nube, que determinaba en el espacio una gigantesca sombra negra, que pasaba rápidamente, más ó ménos densa, impulsada por el huracan en la direccion de Norte á Sur.

Por los flancos de aquella inmensa nube, la luna, trasparentando un celaje infinitamente ménos denso, y pasando á veces su luz por los rompimientos de este celaje, hacia que se percibiesen, aunque de una manera fantástica y vaga, los objetos.

Acababan de dar las doce.

A aquella hora, un bulto embozado, que llevaba capa larga y sombrero chambergo á la española, á pesar de la pragmática-sancion de Marzo del año anterior; un bulto que habia recorrido, provIniendo del postigo de una casa de la Concepcion Jerónima, la calle de Toledo, la plazuela de la Cebada, la de Puerta de Moros y la calle de Don Pedro, avanzó por las Vistillas de San Francisco, y se puso á observar desde allí el Palacio Real.

El viento agitaba de una manera violenta la capa de este hombre, por las alas de cuyo sombrero caia el agua á chorros.

Durante algun tiempo, el Palacio Real permaneció completamente oscuro.

Todos los balcones, todas las ventanas de su fachada principal estaban cerradas.

El viento trajo las doce y media, que dieron en el reloj de Palacio.

El de San Francisco el Grande las repitio poco despues.

Entonces, sobre el ángulo que da al Campo del Moro, considerado Palacio por su fachada principal, sobre la balaustrada, apareció una luz, que avanzó lentamente y recorrió toda la línea hasta llegar al ángulo del pabellon, que corresponde sobre el espacio en que hoy está la Plaza de Oriente.

Entonces la luz desapareció.

El hombre que observaba en las Vistillas, bajó de ellas por la Cuesta de los Ciegos, atravesó el barranco de Segovia, subió por la Cuesta de Ramon, se metió en el sucio y desigual terreno del portillo de la Vega, en el cual en un ángulo del viejo muro de Madrid se veia la estátua bizantina de piedra de la Vírgen de la Almudena, alumbrada por dos faroles, que combatia el viento; y una vez allí, el hombre se dirigió á la tapia del portillo, la escaló, saltó al Campo del Moro, siguió adelante, y llegó á un postigo del Palacio, inmediato al lugar donde, dentro de una grande arcada, se ha hecho un invernadero.

Por allí no habia centinela.

Estaba más arriba, en lo alto de la rambla.

Indudablemente, allí se creian inútiles los centinelas.

El hombre llegó al postigo y le empujó con fuerza.

Resistió por el momento, porque la madera estaba premiosa; pero al fin, tanto empujó el hombre, que el postigo, que no estaba afianzado por dentro, se abrió.

—¿Sois vos?—dijo una voz de dama entre la oscuridad del interior.

—Sí, yo soy, señora,—contestó el hombre que habia entrado, y que inmediatamente habia vuelto á cerrar el postigo;—pero no contábamos ciertamente con la tormenta que se nos ha echado encima. Yo creo imposible que vuestra alteza pueda salir; el agua corre á torrentes sobre la tierra.

—A través del infierno iria yo,—contestó la dama á quien el encubierto acababa de llamar alteza, y que por ello no podia dudarse era la princesa.

—Como vuestra alteza quiera, señora,—contestó el encubierto, que á juzgar por su voz no era otro que el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.—Si yo hubiera podido prever esto, hubiera tomado mis medidas para que nos hubiera estado esperando una silla de manos.

—¡Oh! sí,—dijo la princesa;—una silla de manos, que requeria por lo ménos dos mozos. Nada, nada de testigos; salgamos: yo estoy muy bien envuelta en un manto de terciopelo muy fuerte y muy bien calzada. Como que antes de que yo empezase á vestirme empezó la tempestad, y yo me preparé.

La princesa habia dicho estas palabras de una manera que se conocia su resolucion y su imperiosa voluntad de salir.

—Sea como vos querais, señora,—dijo el padre maestro.

—Abrid, pues, el postigo,—dijo la princesa,—y dadme vuestro brazo.

Fray Lorenzo se volvió, abrió el postigo, se asió al brazo del dominico María Luisa, y salieron.

En cuanto salieron, el postigo se cerró como por sí mismo.

—¡Ah! vos no estábais sola, señora,—dijo el padre-maestro, reparando en aquella circunstancia.—Os acompañaba por lo ménos la persona que ha cerrado el postigo.

—Como si no fuera nadie,—dijo la princesa,—porque ese hombre es Cascajares, y ya sabeis que en él se puede fiar.

—No sé en quién se puede fiar ya,—dijo con un desaliento en cuyo fondo habia mucho de cólera, el dominico.—La traicion nos rodea por todas partes, y los proyectos mejor meditados abortan.

—Sí, teneis razon,—exclamó la princesa con un despecho infinitamente mayor que aquel de que acababa de dar muestras el dominico.—La infame traicion nos rodea. ¡Quién habia de creer!...

Y la voz de la princesa entonces sonaba á lágrimas.

—¡Oh, Salmedina, Salmedina!—exclamó el padre maestro.

—¡Salmedina es un miserable, un infame, un monstruo! ¡un sér despreciable, á quien yo no sé cómo he podido amar; cómo, á pesar de todo, le amo aún!—exclamó con cólera la princesa.

—Salmedina,—dijo el padre maestro,—no es más que un sér vacilante, que no sabe dominar sus pasiones, y del que os habeis enamorado por desgracia.

Vos nos érais preciosa; sin vos, nuestros proyectos eran inútiles, porque necesitábamos de una persona tan aproximada como vos al rey, que tuviese sobre el rey una influencia tal como la que vos teníais y teneis aún, y era para nosotros imprescindible, de todo punto imprescindible, apoderarnos de vos.

—Sí,—dijo la princesa creciendo en cólera,—y habeis hecho de mí un instrumento para vuestros fines.

—Fines que, conseguidos, os hubieran puesto sobre el trono,—dijo el padre maestro;—fines en cuya realizacion estábais más interesada que nosotros. Pero vos, señora, no hubiérais hecho nada, si nosotros, aprovechando los impulsos de vuestro corazon, no os hubiéramos impulsado. ¿Por qué, en vez de enamoraros del conde de la Salmedina, no os enamorasteis de un hombre de carácter?

—En último resultado, padre maestro, el conde ha cumplido con su deber.

—Sí, matando todos nuestros propósitos. ¡Ah! si el conde no hubiera vacilado el dia del alboroto, las turbas hubieran entrado en Palacio, el rey hubiera pretendido escapar por este postigo ó por la mina de la Moncloa; pero estos dos puntos estaban guardados, y el rey hubiera sido hecho prisionero. Se le hubiera obligado á abdicar, y España hubiera aclamado á Cárlos IV: Cárlos III hubiera tenido que satisfacerse con irse á devorar su rabia á la Granja ó al Pardo. Pero ¿qué quereis? nos encontramos con el honor militar del conde, resuelto á defender el palacio

ó á morir en medio de sus soldados. La cuestion se habia hecho ya imposible; el conde de la Salmedina es valiente, y tenia á sus órdenes soldados bastantes, artillería bastante para haber vencido y dispersado á los Alborotados. Fué necesario entrar en transacciones, y ya veis lo que ha sucedido. Algunas cabezas ilustres han caido en manos del verdugo; otros han sido encarcelados, y de la gente que se buscó entónces, la mayor parte, ó han desaparecido ó están en galeras. La Compañía de Jesús ha sido extinguida, asesinada, no sé por qué ni con qué pruebas. Si á la Compañía de Jesús se la hubiera juzgado, hubiera resultado inocente. Nosotros los Invisibles, nos sentimos tambien heridos de muerte: casi todos los individuos que componian la asociacion de los Invisibles, han sido ejecutados ó presos; y si yo no lo he sido, lo debo á vuestra influencia y á la sagacidad del conde de Aranda, que no quiere ponerse mal con vos, porque no tiene una gran seguridad en la duracion de la vida del rey.

—Espero,—dijo la princesa,—que no se atentará á la vida de su majestad: eso seria horrible, y sobre todo inútil. El mal está ya hecho de una manera tan grave, que por el momento, ni aun por mucho tiempo, tiene remedio: se nos ha desorganizado de una manera tal, que nuestra reorganizacion exige mucho tiempo. Pero es necesario pensar en la venganza: sobre todo, importa que Aranda, el único hombre de verdadera valía que hay al lado del rey, caiga, y Aranda caerá si vos nos ayudais.

A todo esto, bajo la lluvia, azotados por el viento, el padre maestro y la princesa de Astúrias habian llegado á la extremidad del puente de Segovia; pero habia arreciado de tal manera la tempestad, que era casi imposible seguir adelante.

En aquellos tiempos habia ya junto al puente de Segovia los mismos paradores ó posadas que hay hoy.

Pero estaban infinitamente más concurridos.

Ellos eran los únicos albergues de entonces.

Los viajes y el tráfico se hacian lentamente por recuas y por convoyes, porque los caminos no estaban muy seguros de salteadores.

Las posadas de las afueras de Madrid eran más baratas que las del interior, y por consecuencia estaban mucho más frecuentadas.

Sin embargo, no habia medio de seguir, porque, como hemos dicho, la tempestad se habia hecho furiosa y amenazaba con prolongarse durante mucho tiempo.

Aquella gran nube negra se habia extendido hasta tocar los horizontes; habia anulado completamente la luz de la luna, y no se tenia otra que la fugitiva de los relámpagos.

Aun la vuelta á palacio era imposible.

Aquella terrible nube se fundia en agua.

—Y bien, señora,—dijo el padre maestro;—es necesario que vuestra alteza se decida, que entremos en cualquiera de estos paradores: yo soy fuerte, puedo resistirlo todo, pero vuestra alteza es delicada.

A todo esto, y para reservarse en lo posible del

furioso turbion, se habian acercado al parador que estaba, y está aún, á la derecha del puente.

Se habian refugiado en el hueco del porton, bajo la saliente, además, de un gran balcon colocado sobre la puerta.

Al llegar á ella, un bulto que estaba pegado á la madera, y en quien no habian podido reparar, se escurrió, se deslizó rápidamente y dobló el ángulo de la posada.

—¡Ah! ¿qué es eso?—exclamó la princesa.

—Indudablemente, algun espía de matuteros ó contrabandistas,—dijo el padre maestro:—la casilla del resguardo está próxima.

—Y bien,—dijo la princesa;—no necesitamos llamar, porque no tenemos necesidad de entrar: aquí no llueve; el viento viene de la parte contraria y lanza de través la lluvia; ya lo veis, no cae sobre nosotros una sola gota, ni aun se siente el viento; aquí estamos perfectamente al abrigo.

—Sin embargo,—dijo el padre maestro,—á causa del temporal y del viento Norte, la noche está muy cruda; vuestra alteza tiembla de frio.

La princesa seguia asida del brazo del padre maestro.

—En verdad,—dijo,—quiero hacerme más fuerte de lo que lo soy; me siento mal, pero me da miedo de meterme en una posada, y mucho más de las afueras, en que se alberga gente perdida y que son visitadas con frecuencia por las rondas: he oido hablar algo de esto.

—Puede estar completamente tranquila vuestra alteza, señora, que yo traigo conmigo un talisman.

—¡Ah! ¡sois hechicero!—dijo con su ligereza habitual, que nunca la abandonaba, ni aun en las circunstancias difíciles, la princesa.

—Soy inquisidor,—contestó el padre maestro,—y traigo conmigo la rosca y la medalla del Santo Oficio, que son un talisman mejor que otro alguno: con ellos estamos á salvo de todo.

Y el dominico, sin esperar la contestacion de la princesa, porque le era urgente encontrarse libre por haber puesto en lugar seguro á María Luisa, llamó con fuerza á la puerta.

Contestaron desde adentro con muy mal humor.

—Abrid á la santa Inquisicion,—dijo con voz enérgica é imperativa don fray Lorenzo.

Como por encanto se abrió inmediatamente la puerta..

Es decir, un postigo del gran porton.

El padre maestro entró, llevando del brazo á la princesa, que estaba completamente encubierta con el manto.

El dominico habia sacado de debajo de la capa su mano derecha, y en ella mostraba lo que se llamaba la rosca del Santo Oficio, que no era otra cosa que una varita negra de justicia, enrollada á manera de rosca, con dos conteras de plata.

Verdaderamente esta rosca era un talisman, porque cuando el mozo que habia abierto la vió, se quedó mudo é inmóvil mirando con ansiedad al padr

maestro, que tenia cubierto el rostro con el embozo de la capa y el ala del sombrero.

—Cerrad la puerta,—dijo con voz breve y vibrante el padre maestro.

Obedeció inmediatamente el mozo, y volvió á ponerse delante del padre maestro.

—Un aposento al instante,—dijo éste,—y mucho sigilo.

—No tenemos más que un solo aposento, y es en el desvan,—dijo el mozo:—la posada está llena.

—Sea donde quiera; pero guiad.

El mozo, por no detenerse, descolgó el farol que alumbraba la entrada del meson, y echó á andar, guiando al padre maestro y á la princesa.

Todo reposaba en el parador.

No encontraron una sola persona en los cuatro tramos de escalera que subieron para llegar á lo que el mozo llamaba desvan, y que era una especie de torrecilla baja, situada sobre el centro de la fachada.

Abrió, y entraron en una habitacion, en cuyas paredes, de poca altura, empezaba el techo á teja vana.

Pero estaba limpia.

Una cama en un ángulo, una mesa, dos sillas, una jofaina en un pié de madera pintado de verde y un pequeño espejo en marco negro colgado sobre la jofaina, constituian todo el mueblaje.

—Os suplico espereis un momento,—dijo el mozo,—para traeros luz, señores mios.

Y salió.

—Hé aquí una singular aventura,—dijo la princesa.

—No se sabe, señora,—dijo el padre maestro,—adónde pueden llevar á las personas, por altas que sean, las circunstancias. Pero, en fin, esto es distinto: aquí no hace frio, aquí podrá aguardar vuestra alteza á que la tormenta pase.

—¡Ah, conde, conde!—exclamó la princesa.

Y sin descubrirse se sentó en una de las sillas.

El padre maestro continuó rigurosamente encubierto.

Se sentian los precipitados pasos del mozo en la escalera.

Entró á poco con un gran belon, que tenia sus cuatro mecheros encendidos.

Al mozo le habia parecido poco un solo mechero para personas tan principales.

—¿Habeis guardado sigilo como os lo he encargado?—dijo severamente el padre maestro.

—¡Oh! sí, señor,—dijo el mozo, que por su tipo y por su acento parecia manchego;—nadie sabe que vuestras mercedes están aquí, ni aun él amo: todos duermen.

—Pues bien, que no se sepa,—contestó el padre maestro;—porque si se sabe podrá aconteceros algo muy grave.

—Descuide, descuide vuestra merced,—contestó el mozo.

—Idos,—dijo el padre maestro.

El mozo salió.

El padre maestro, en cuanto se hubo perdido en las escaleras el ruido de los pasos del mozo, dijo:

—Probemos ahora: es necesario ver si desde afuera puede verse el interior.

Y salió y cerró la puerta.

Esta ajustaba bien.

No tenia rendijas, y nada absolutamente podia verse desde afuera en el interior, más que por el ojo de la llave, y aun esto en una línea muy reducida.

El padre maestro volvió á abrir y entró.

—Voy á dejar sola á vuestra alteza por un momento,—dijo.

—¡Sola!—exclamó con acento de cuidado la princesa.

—Sí, pero yo no tardaré en volver: me importa atrapar aquel bulto que se escurrió cuando llegamos; puede ser que fuera un escucha de matuteros ó contrabandistas; pero puede ser muy bien se tràte de un contrabando especial: me ha olido á no sé qué aquel bulto, y es necesario salir de dudas.

—¡Ah! ¿y no temeis comprometeros, padre maestro?—dijo la princesa.

—Nada temais, yo no me comprometo: ese hombre está solo, y me parece haberle reconocido; su estatura, su manera de andar... Sí, sí; ¡yo no sé cómo desde el momento en que se esquivó no he dado en ello! Ese hombre es Cosme Calcorra.

—¡Cosme Calcorra!—exclamó la princesa con el acento de extrañeza con que se oye el nombre de una

persona á quien se conoce y que creemos metida por algo en nuestros negocios.

—Sí, Cosme Calcorra: un pícaro que ha servido á Esquilache; el marido de Ana del Rey.

—¡Ah! ¡ella!—exclamó la princesa:—¡ella, por quien el conde se atreve á insultarme, colocándola en su amor ó en su capricho al nivel mio!

—Sí, sí señora,—dijo el dominico;—y la presencia de Cosme Calcorra en este lugar y á estas horas, puede tener un objeto muy grave.

—¡Ah! él es uno de los mejores jefes de policía, y no extraño que se haya puesto sobre la pista de su mujer, sino que hayá tardado tanto tiempo en encontrarla. Es necesario, pues, cortarle esa pista.

—Pero no debo perder el tiempo. Permaneced ahí donde estais sentada, señora. Aunque miren por el hueco de la cerradura, que no lo espero, no estais en la línea visual, y por consecuencia no pueden veros: yo tardaré muy poco. Hasta dentro de un momento, señora, y permaneced tranquila.

—¡Ah, sí, sí!—dijo María Luisa:—volved cuanto antes, porque hasta que volvais voy á estar agonizando.

El dominico salió, cerró la puerta, echó la llave, la guardó y descendió.

El mozo se paseaba en el portal del meson, y aparecia inquieto.

—Guardaos bien de subir y de observar,—le dijo el padre maestro.

—Descuide, descuide vuestra merced,—dijo el

mozo,—que yo soy muy buen cristiano y sé bien la obediencia que se debe á la Inquisicion.

Aunque el bulto que el dominico habia creido fue se Cosme Calcorra hubiera vuelto á pegarse, como era de presumir, al porton del parador, no podia oir nada.

El dominico, para hablar al mozo, se lo habia llevado al patio.

A más de eso, tal era el ruido de la lluvia y el fragor de los truenos, que seguian repitiéndose, que era muy difícil se oyese desde afuera lo que se hablase dentro de la posada.

—Decidme,—preguntó el dominico:—¿tiene la posada algun postigo por el cual se pueda salir secretamente?

—Sí, señor,—contestó el mozo:—por la puerta de los carros, que está en el corral.

—Conducidme,—dijo el religioso.

El mozo atravesó el patio, luego un pasadizo, y despues entró en un gran corral, atravesado por un inmenso cobertizo, bajo el cual se veian carros y galeras cargados.

En un extremo de aquel cobertizo habia un gran porton.

El mozo abrió uno de los postigos.

—Oid,—le dijo el padre maestro,—volveos al portal, y estad atento cuando oigais tres golpes pausados en la puerta; abrid sin preguntar.

—Muy bien, señor,—contestó el mozo.

Y cerró el postigo.

El padre maestro habia salido.

Ganó la vuelta de la parte principal de la posada, se deslizó recatadamente, pegado á la pared; pero por mucho que se recató fué sentido por un hombre que estaba en el hueco de la puerta pegado á la madera.

Aquel hombre se despegó de su apostadero, y se dió á correr hácia el inmediato puente de Segovia.

—Deteneos,—exclamó con voz poderosa el padre maestro.

El que huia se detuvo en el momento.

Se volvió y avanzó hácia el padre maestro, que avanzaba al mismo tiempo hácia él.

—¿Se podrá saber, señor Cosme Calcorra,—le dijo el dominico cuando se encontaron,—qué es lo que *haciais* aquí?

—Yo estoy,—contestó humildemente Calcorra,—sobre la pista de mi honra, que se me ha perdido há ya cerca de dos años.

—Vos estais sobre el camino de la traicion,—dijo severamente el dominico.—¿No sabeis que vos no *teneis libertad*, que en nuestras manos sois como un cadáver?

—Este es un asunto particular mio,—contestó, *reciendo* en humildad, Calcorra;—y yo creí que me estaba permitido cuidar de mis negocios, y mucho más cuando son negocios de familia y me van en ello el *corazon* y la honra.

—El que nos pertenece no tiene familia, no tiene

nada más que lo que nosotros queramos que tenga.
—Lo sé, padre, lo sé,—contestó Calcorra.
A todo esto la lluvia les caia encima á plano.
—Pongámonos á cubierto, señor Calcorra; tengo que hablar mucho con vos, y no es humanamente posible continuar bajo este turbion. Seguidme.
Y el dominico se dirigió al parador.
Llegó á su puerta y dió en esta tres golpes pausados.
El postigo se abrió inmediatamente.
Entraron.
Cosme Calcorra llevaba tricornio y capa corta.
Cumplia, pues, rígidamente con las leyes.
—Cerrad y continuad guardando sigilo,—dijo el padre maestro al mozo.
Despues de esto, tomó hácia las escaleras.
—¿No quereis que os alumbre, señor?—exclamó el mozo todo servicial y todo humilde.
—No, no es necesario,—dijo el padre maestro:—yo he tomado ya el tiento.
Y emprendió la subida de las escaleras.
Cosme Calcorra le siguió.
Cuando estuvieron en lo alto, el padre maestro se detuvo á la entrada en el corredor, por el que se llegaba hasta la puerta del aposento donde estaba María Luisa.
—Vos estábais junto á la puerta hace poco tiempo cuando yo llegué con una dama,—dijo el religioso con voz muy baja á Cosme Calcorra.
—Si, señor,—contestó éste.

—¿Y no me habeis reconocido? Responded en obediencia.

—Sí, señor: me bastaron la estatura y la manera de andar.

—¿Y habeis reconocido á la dama?

—Sí, señor.

—Sin embargo, ¿cómo habeis podido reconocer, yendo á pié, á una señora á la que sólo habeis visto en la calle, y que cuando va por la calle va siempre en carroza?

—¿Pues qué,—dijo Calcorra,—la princesa de Astúrias no es la amante del conde de la Salmedina?

—¡Ah!—exclamó el dominico.—Comprendido, Calcorra.

—Sí,—dijo éste,—al mismo acechadero adonde me han traido mi rabia y mi honra, han traido su rabia y sus celos á la señora princesa de Astúrias.

—¿Cómo habeis sabido vos que el conde de la Salmedina es decididamente el amante de vuestra mujer?

—¡Ah! he vacilado mucho tiempo,—dijo Calcorra;—pero al fin me he convencido y me he puesto sobre la pista.

Hablaban muy bajo, y por otra parte no habia en los desvanes del parador más habitacion que aquella en la que María Luisa estaba.

—Ya me contareis más adelante,—dijo el dominico,—cómo habeis hecho vuestro descubrimiento. Decidme ahora: ¿esperábais al conde de la Salmedina?

—Sí, señor.

—¿Teníais seguridad de que el conde de la Salmedina pasaria por aquí?

—Casi, casi.

—¿Y cuál era vuestro propósito?

—Seguirle.

—¿Aunque hubiese ido, como probablemente irá, á caballo y á gran paso?

—Aunque fuese sobre el Bucentauro,—dijo Calcorra:—mi desesperacion me daria fuerzas para seguir á su caballo.

—¿Es decir que vuestro primer propósito es descubrir el paradero de vuestra mujer?

—Indudablemente.

—Decidme vuestro segundo propósito.

—Esperar si fuera necesario toda la noche y aun todo un dia, toda la semana, toda una eternidad, y cuando el conde de la Salmedina saliese, seguir tras él, acometerle en el camino y matarle, aunque llevase escolta.

—Pues bien; yo os ordeno que cumplais, si os es posible, vuestro primer propósito, esto es, si pasa el conde, seguirle y averiguar dónde para. Cuando lo hayais averiguado, os volvereis y silbareis por tres veces delante de éste parador. En cuanto á la vida del conde, no la toqueis, Calcorra, porque el castigo que sufriríais si cometiéseis esa accion, seria terrible. Bajemos.

Volvieron al portal.

—Abrid,—dijo el dominico al mozo.

Este abrió.

Al salir Calcorra, el padre maestro le dijo:

—No os olvideis ni un sólo punto de lo que os he mandado.

Se cerró el postigo, y el padre maestro se volvió al lugar donde llena de ansiedad le esperaba María Luisa.

Capitulo XLII.

Por qué Calcorra se habia puesto en un acechadero junto á la entrada del camino de Extremadura.

El anterior capítulo nécesita una explicacion.

La Candamo andaba ansiosa de venganza por la muerte de Pestiño, y para llegar á esta venganza habia estrechado de tal manera sus relaciones con Cosme Calcorra, y habia sabido usar de tales y tan trapaceras zalamerías, que, como era muy bella y además de esto muy experimentada, Calcorra comprendió que un hombre casado, por más que estuviese muy apasionado de su mujer, muy celoso, muy contrariado, muy irritado, y aun abandonado por ella, cosas todas que exacerban el amor, podia encontrar muy grata á una querida, si esta querida era la Candamo.

Ella habia creido de buena fe que el conde de Aranda era el que habia mandado matar á Pestiño.

Porque Pestiño le habia hecho medias confidencias acerca del favor que gozaba con el conde de Aranda, y por ciertas circunstancias las medias confidencias suelen llegar á producir resultados más trascendentales que las confidencias completas.

Armarle una intriga al conde de Aranda, que le comprometiese, que le pusiese tal vez bajo el puñal de Calcorra, era el gran deseo, la única ambicion de la Candamo.

Esta no sabia por qué camino echar ni de qué manera hacer para empezar á urdir esta intriga, y se le ocurrió valerse como medio de los amores del conde de la Salmedina con Ana del Rey.

Pero ¿cómo hacer que estos amores fuesen el medio de envolver en una intriga al conde de Aranda, que pudiese dar por resultado la venganza terrible contra éste de Cosme Calcorra?

Ella no podia decir á éste que sabia que su mujer le habia abandonado por el conde de la Salmedina.

Es más: tenia la seguridad de que la muerte de Pestiño y de Lolo no habia tenido otro objeto que el de sellar sus bocas para que no pudiesen revelar á Calcorra los amores del conde con su mujer.

Y si á ella no se la habia sacrificado, era, segun ella creia, porque se la consideraba bastante interesada en guardar el secreto por su conveniencia propia, dado que habia tenido escondida en su casa para

el conde á Ana del Rey, y esto no podia perdonárselo el desgraciado é iracundo Calcorra.

Se habia engañado en todas sus deducciones la Candamo, pues como hemos dicho ya, la muerte de aquellos dos pícaros habia sido un castigo de los Invisibles, á quien habian hecho traicion.

Pero Calcorra habia extraviado á la Candamo.

Se habian tratado con una traidora diplomacia el uno y el otro, y de aquí habia nacido el principio de la intriga que debe desenlazar los sucesos de nuestro libro.

La Candamo necesitaba ante todo descubrir el paradero de Ana del Rey.

Ella, por su parte, disponia, entre viejas y sacristanes, de una policía mucho más numerosa, más hábil y más activa que los pícaros de que disponia Calcorra y que los adeptos sobre los cuales tenian una tan poderosa influencia los Invisibles.

La Candamo fué á verse con la Huerto, con la madre de aquella hermosa Casildica á la cual no habia querido tener en su casa Calcorra.

Por esta razon la Huerto habia cogido una más que mediana ojeriza á Cosme Calcorra, con el cual al llevar á su casa á su preciosa hija habia contado para salir de pobre.

Recargaba además el ódio que la Huerto tenia á Calcorra, lo mal que posteriormente le habian salido sus cálculos respecto á la Casildica.

Porque esta niña tan inocente, tan pura y tan candorosa, pero que ya sentia el hambre del amor,

habia conocido en el jubileo un estudiante sopista capigorron, se habia prendado de él, habia tenido la habilidad de prometerle, sin saber lo que le prometia, todo con los ojos, á hurtadillas de su madre, y el capigorron, que habia conocido el valor de la prenda, se habia dicho:

—Si yo me encamelo con esta criatura, puedo acomodarla despues con uno de esos señores ricos que tienen buen paladar, y con las lecciones que yo la daré, arrancarle hasta la sustancia de la mollera y hacer trasiego de su hacienda de sus manos á las mias.

Y tal arte se dió el capigorron, que era un bachillerote corrido y aun recorrido, que no bien pasado un mes desde que el estudiante y la niña se vieron en la iglesia, una noche sintió la Huerto que un hombre tosia en su casa, y no un pipiolo, sino un gallote bien granado, á juzgar por lo cascarreño de la tos, y cuando acudió se encontró á su tesoro en los brazos del capigorron, que la dijo con insolencia:

—Nada, señora, no hay que poner el grito en el cielo como si hubiera sucedido una desgracia, porque esto se arregla con unas bendiciones.

¿Quién tal oyó?

¿Qué falta la hacia á la Huerto la reparacion de su nieta?

Lo que ella necesitaba era que Casildica no pasase al dominio de otra persona.

Así es que se dió á gritar para que acudiesen los vecinos y la justicia, no como si hubiese encontrado

en su casa á un seductor de su nieta, sino á un ladron.

Nadie creyó que el bachiller se hubiese metido allí por robar á la Huerto, como no fuese á robar la miseria, y por otra parte, la declaracion de los dos amantes fué explícita.

De modo que no hubo remedio.

El casamiento se hizo, y gratis por ser pobres, con arreglo á lo determinado por el vicario y para dejar bien puestas las buenas costumbres.

El capigorron se llevó á su mujer, advirtiendo á la Huerto que si se atrevia á poner los piés en su casa la echaria á la calle.

De todo esto tenia la culpa Calcorra, porque si hubiese admitido á su servicio á la Casildica no se la hubiera llevado el capigorron.

La Huerto pedia limosna.

No hay que dudar, pues, que su ódio era terrible contra Calcorra.

La Huerto conocia medio mundo, especialmente á gente mala.

Desde que habia embestido de frente con la mendicidad, habia aumentado sus malos conocimientos.

Para la policía, nada mejor que esa canalla que se compone de chupones, vagos y mendigos: de beatos y de beatas.

Ellos se introducen por todas partes, lo ven todo, lo observan todo.

—Hija mia,—dijo la Candamo á la Huerto,—se presenta la ocasion de que hagas una buena ganan-

cia, y tal vez, tal vez de que se enderecen tus negocios.

—¡Ah! ¡buena falta me hace, hija!—exclamó lloriqueando la Huerto;—porque entre la vejez, el hambre y las enfermedades, estoy acabando lentamente. ¿Qué es lo que hay que hacer? que yo lo haré de cabeza.

—Se trata del señor Cosme Calcorra.

—¡Ah! ¡maldito!—exclamó la Huerto.—El tiene la culpa. Si nos hubiera admitido en su casa á esa infame y á mí, ella no me hubiera abandonado. No se estaria poniendo gordo de ahito ese ladron de bachiller. ¡Qué lujo, hija mia, qué lujo! Figúrate tú, hija mia: el otro dia se paró una carroza en la puerta de San Luis, y no creas que una carroza así como quiera, sino magnífica, con criados de gran librea y con dos caballos que encantaban. Todos los mendigos que estábamos en la puerta nos abalanzamos, y cuando bajó una dama que en la carroza venia, yo me quedé muerta y me dió un mal. ¡Hija de mi alma! la gargantilla de perlas solamente valia un tesoro. Y era ella, Casildica, ¿qué te parece? De tal manera me puse mala, que me llevaron al hospital. Quince dias estuve en él, y cuando salí me eché á averiguar... ¡Quién habia de creerlo, hija mia! á Casildica la visita el embajador inglés en una casa, ¡qué digo en una casa! en un palacio que ese señor, que es tan rico que no sabe lo que tiene, ha levantado para ella. Yo dije: pues algo he de sacar, ó nos han de oir los sordos; y me fuí en derechura á casa de

Casilda; pero al llegar á la puerta salia un caballero muy de tiros largos; ¿y quién crees tú que era, hija? ni más ni ménos que el bachiller Pitarras, el capigorron, su marido. Yo, en cuanto le ví, como si hubiera visto al demonio, eché á correr; y como ya no puedo valerme de las piernas, me caí, me descalabré, y por consuelo de mis penas el capigorron me dió un puntapié que me descompuso toda, y bajándose hasta mí me dijo: —«Como tú vuelvas á arrimarte á cincuenta leguas de donde está Casildica, y te atrevas á decir que es tu nieta, busco quien te coja y te ahorque, que cuando hay dinero se puede hacer todo.» —Aquel verdugo se fué, acudieron algunas personas caritativas, buscaron dos alguaciles y me volvieron al hospital: he estado un mes muy malita, y cuando he salido no me he atrevido ni aun á pensar en que Casilda es mi nieta, no sea que lo adivine el capigorron y cumpla su amenaza, ¡porque es muy malo!

—Calla, calla,—dijo la Candamo,—que todo se andará si la vara no se rompe; y puede ser que tú te vengues del capigorron y de Casildica mejor que quieras.

—¿Y cómo va á ser eso?

—Por lo pronto, toma cuatro duros para que salgas por el momento de tu hambre, y luego infórmate de dónde vive el conde de la Salmedina, y conócele bien.

—Dios te lo pague, mujer, Dios te lo pague, que mira que me estoy pasando con la sopa de San Fran-



MOTIN DE ESQUILACHE.—...el capigorron me dió un puntapié que me descompuso toda.

cisco, que es muy mala, y tengo que pasar la noche en un cotarro, donde se está muy mal, hija mia; y en fin, ¿para qué tengo yo que conocer á ese señor conde de la Salmedina?

—¿Para qué ha de ser, mujer, sino para que tú hagas que los mendigos y los perdidos á quienes tú conoces le observen y averigüen adónde va á ver á cierta buena moza que ha robado á su marido, y que tiene escondida sin que yo haya podido averiguar dónde para. Por eso te busco á tí, para que lo averigües.

—Pues, hija, por averiguado, porque no se perderá una pisada que dé; pero como tú conoces, se necesita algun dinero, porque la gente no trabaja de balde.

La Candamo dió otros diez duros más á la Huerto, y ésta se puso en campaña.

A los pocos dias la Huerto buscó á la Candamo.

—¿Me traes alguna noticia?—dijo ésta.

—Sí y no, porque se sabe que de tres en tres dias el conde de la Salmedina sale de Madrid despues de la media noche, pero no sale por las puertas.

—¡Hombre, hombre!—dijo la Candamo.—¿Pues por dónde sale?

—Sale por una mina que va á dar á una casilla de la Tela; una mina de un agente de contrabandistas y matuteros.

—¡Ya, ya! El señor conde debe tener mucho interés en ocultar á esa señora.

—Ya se ve, aunque le sigan dentro de Madrid, le ven meterse en la calle de la Arganzuela; en casa de

una andaluza que es muy buena moza y querida de un contrabandista; y no pueden creer sino que por los buenos ojos negros de la Dolores va el conde á su casa, y que se está allí hasta el amanecer que vuelve á salir. Pero en el sótano de la casa de la Dolores hay una mina, y esta mina va á salir á uno de los ventorrillos que hay en la Tela entre la puerta y el puente de Segovia. En ese ventorrillo el conde toma un caballo, y en otro caballo le acompaña, para guardarle las espaldas y ver si alguien le sigue, el Tremendon, que así se llama el querido de la Dolores. Luego toman por el puente de Segovia y se alejan al galope por el camino de Extremadura, muy delante el conde y detrás el Tremendon. Yo queria esperar por ver si descubria decididamente adónde iba el señor conde, y le habia encargado que le siguiese á un mendigo que es un galgo, aunque parece tullido cuando pide en la puerta de San Sebastian; pero el Tremendon le olió, le cogió antes de que llegase á las Ventas de Alcorcon y le dió una paliza... que le dejó medio muerto, de tal manera, que él no ha querido volver á seguir al conde; y como ha contado lo que ha sucedido á todos los otros, ninguno quiere ir por temor de que le suceda lo mismo. Y ahí tienes, hija, que yo no puedo hacer más, porque yo no he querido ir á hablar con la querida del Tremendon, porque ya ves tú, el conde, que es muy rico, le pagará muy bien, y mejor ha de servirle á él que á otro; y luego que eso seria dar el alerta á ese caballero y hacer que escondiese mejor á esa señora.

—Has hecho bien, muy bien. Toma esos cuatro duros, y anda y vete á buscar al señor Cosme Calcorra.

—¿Y para qué tengo yo que ir á buscar á ese hombre?—dijo la Huerto, que aborrecia á Cosme Calcorra á muerte.

—La señora que tiene escondida el conde de la Salmedina es, ni más ni ménos, la mujer de Cosme Calcorra.

—¡Ah! ¡Pues me alegro!—exclamó la Huerto;—y si echara las entrañas por un lado, me alegraria más, porque ese hombre tiene la culpa de las desgracias que me suceden: si él nos hubiera admitido en su casa á Casildica y á mí, otra cosa seria.

—Pues mira, no pidas venganza, porque bien vengada estás. El señor Cosme Calcorra adora á su mujer, y daria el alma al diablo por encontrarla. Anda, ve y díle lo que sabes; pero guárdate de decirle que yo he sido quien te he mandado seguir al conde. El querrá saber cómo tú has llegado á conocer que su mujer se le ha escapado con el conde de la Salmedina: cuéntale una historia, engáñale; pero te lo repito, que no sepa que yo ando en esto, porque si lo sabe, yo, que tengo muy buenas relaciones y que sé todas tus picardías, hago que te enciérren donde no veas la luz por el poco tiempo que te queda de vida.

—Descuida, mujer, que yo soy muy amiga de mis amigas,—dijo la Huerto,—y yo no te comprometeré, porque en buenas manos está el pandero, y Dios

te lo pague, porque al señor Cosme Calcorra le voy yo á sacar por este secreto un ojo de la cara.

Y la Huerto, que estaba impaciente por explotar aquel negocio que se le habia presentado, se fué á casa de Calcorra, desatendiendo la sopa de San Francisco, porque era entonces cerca del mediodía, hora en que la sopa se daba en los conventos.

Llegó á casa de Cosme Calcorra en el punto en que éste iba á comer.

Eran las doce.

—Señor don Cosme...—le dijo la Huerto, acercándose á él.

—Yo no puedo, yo no doy limosna á los mendigos; yo hago mis obras de caridad de otra manera,—exclamó Calcorra rechazando á la Huerto, á quien no habia conocido.

—Vaya... no seais tan adusto,—dijo la Huerto,—que yo no vengo á pediros nada, sino á daros.

—¿Cómo, cómo?—exclamó Calcorra.

—Sí, señor; yo vengo á daros una noticia, que os va á satisfacer mucho.

—¿Y qué noticia es esa, mujer?

—Yo puedo deciros de qué manera podeis averiguar el lugar en donde se encuentra vuestra señora esposa.

Calcorra, que tenia la llave en la mano é iba á abrir la puerta, se estremeció de piés á cabeza; se apresuró á abrir, y dijo á la Huerto:

—Entrad.

La Huerto entró no muy tranquila.

A Calcorra se le habia descompuesto de una manera terrible el semblante, al saber que se le iban á dar noticias de Ana del Rey.

Condujo á una habitacion del piso bajo á la Huerto, y se encerró con ella.

—Acabais de decirme,—dijo todo hosco, todo trémulo, mirando de una manera terrible á la Huerto,—que vos podeis darme noticias de mi mujer. Y bien, ¿quién os ha dicho que mi mujer se ha perdido?

—Eso no os importa, señor don Cosme,—dijo la Huerto;—es un secreto que se me ha comunicado por una persona á la cual yo no me atrevo á faltar, porque me costaria muy caro; y si vos os empeñais en que os diga quién es esa persona, lo que adelantareis será que yo no hable una palabra, aunque me pongais el tormento como si esta casa fuera la Inquisicion.

—Yo os daré todo cuanto me pidais,—dijo Calcorra,—si me revelais el nombre de esa persona.

—Ni aunque me diérais el cielo, señor don Cosme,—contestó la Huerto,—porque en ello me va la vida.

—¿Tan importante es esa persona?

—Eso no os importa nada; lo que os importa es que yo os diga de qué manera podeis encontrar á vuestra mujer; pero francamente, señor don Cosme, yo no os lo diré tampoco si no socorreis mi miseria, porque si yo he trabajado tanto para averiguar lo que á vos os conviene, no ha sido sino porque la miseria me come, que de otra manera yo no me meto

en negocios de otros, y mucho ménos cuando son tan comprometidos como este.

—Y bien, señora,—contestó Calcorra;—decidme de qué modo puedo yo encontrar á mi mujer, y no lo perdereis.

—Obras son amores y no buenas razones,—dijo la Huerto.—Soy yo ya vieja para fiarme de promesas; necesito yo ver algo antes de hablar.

Calcorra salió del cuarto, dejando encerrada en él á la vieja.

Bajó y le puso delante un doblon de á cuatro.

—Eso es una miseria, como comprendeis, señor don Cosme,—dijo la Huerto,—y por esa miseria yo no comprometo mi persona á recibir una paliza á muerte.

Subió Cosme, regateó la Huerto, y al fin y al cabo le arrancó dos onzas de oro.

Con aquellas dos onzas tenia la Huerto para vivir un siglo; además, esperaba lo que la daria la Candamo.

—Pues bien, señor Calcorra; el señor conde de la Salmedina va cada tres noches á la calle de la Arganzuela, núm. 15, donde vive una buena moza andaluza.

—Y bien, ¿qué me importa á mí que el señor conde de la Salmedina vaya á buscar una buena moza al núm. 15 de la calle de la Arganzuela? ¿Acaso esa buena moza es mi mujer?

Y Calcorra pronunció con sumo trabajo estas últimas palabras.

—No, no señor,—dijo la Huerto,—esa buena moza es una andaluza que se llama Dolores, querida de un contrabandista que se llama el Tremendo.

—Por lo mismo,—dijo Calcorra,—á mí me importa poco que el señor conde de la Salmedina vaya á cortejar á la querida de ese contrabandista.

—Es que el señor conde de la Salmedina no va á la calle de la Arganzuela á cortejar á la señora Dolores, sino á meterse por una mina que en el sótano del núm. 15 de la calle de la Arganzuela hay.

Y la Huerto siguió relatando á Calcorra lo que habia relatado ya á la Candamo.

Calcerra se quedó profundamente pensativo.

—Lo que me decís,—respondió al fin,—puede ser una mentira para sacarme dinero. Yo me informaré. Si esto es cierto, yo os daré mucho más dinero, con la condicion de que averigüeis ó hagais por averiguar adónde va decididamente el conde, es decir, dónde oculta á mi mujer; porque probablemente el conde no sale de Madrid cada tres noches en altas horas sino para ir á ver á mi mujer.

—Descuidad, señor Calcorra, que vos os convencereis de que no os he engañado. Y á propósito, esta noche le toca ir al conde á la calle de la Arganzuela.

La Huerto se retiró, quedando convenida con Calcorra en que iria á verle al dia siguiente á la misma hora.

Calcorra pasó unas horas crueles hasta que llegaron las once de aquella noche.

A aquella hora fué á colocarse en la calle de la

Arganzuela, á poca distancia de la puerta de la casa número 15, y se escondió bajo uno de aquellos sombríos soportales que en aquel tiempo abundaban en las estrechas y torcidas calles de Madrid.

A poco que estuvo esperando, espera que, aunque corta, tuvo para Calcorra la duracion de un siglo, pasó por delante de los soportales donde se ocultaba, y rápidamente, un bulto, en el cual, porque la noche estaba entre clara, Calcorra reconoció al conde de la Salmedina.

El conde se dirigió á la puerta de la casa número 15, y llamó recatadamente.

A poco la puerta se abrió, y entró el conde.

La puerta volvió á cerrarse.

Durante el tiempo que habia trascurrido desde la conferencia con la Huerto hasta la caida de la tarde, Calcorra se habia informado de que en efecto, en la calle de la Arganzuela, número 15, vivia una admirable andaluza, que era querida de uno llamado Tremendon, al que se tenia por contrabandista de tabaco.

La Huerto, pues, no habia mentido.

Al dia siguiente Calcorra la dió otras dos onzas, y la dijo:

—Esto es para vos; tomad estas cuatro onzas, y con ellas haced de modo que encontreis alguno que sea arrojado y á propósito para seguir pasado mañana, en que el conde volverá á salir de Madrid, á este señor, y averigüe dónde definitivamente para.

La Huerto tomó el dinero, quedando convenidos.

en que de allí á cuatro dias por la mañana iria á dar cuenta á Calcorra de lo que hubiese acontecido.

Fué en efecto, pero le dijo:

—Señor don Cosme, el Tremendon tiene ojos en todas las partes de su cuerpo, y oye como las culebras, y siente á media legua al que se pone en seguimiento del señor conde. El Tremendon es feroz; yo me habia valido de una persona muy á propósito, de uno capaz de todo, y el Tremendon le ha dado una paliza no lejos del puente de Segovia, que le ha dejado como muerto; es inútil, nadie quiere seguir al señor conde, porque esto se sabe; todos los perdidos se conocen, y aunque se les ofrezca el oro y el moro á pique de ser muertos por el Tremendon, no quieren encargarse de ello.

—Pues bien,—dijo de muy mal humor Calcorra,—id con Dios, que yo sé lo que tengo que hacer.

La Huerto se fué.

Hay que tener en cuenta que la Huerto no habia buscado á nadie, y aunque le hubiese buscado no le hubiera encontrado.

La Huerto se habia guardado el dinero que le habia dado Calcorra, y además de esto la Candamo la habia dado otro tanto.

Con aquel dinero la Huerto pensaba meterse á prestamista de pobres, y ganarse cumplidamente la vida.

Calcorra meditó ir á entenderse con el Tremendon ó con su querida.

Era inútil.

Pensó lo mismo que habian pensado la Candamo y la Huerto:

Que el conde era mucha persona para que no estuviese más de su parte que de otra alguna el contrabandista y su querida.

Era, pues, necesario, de todo punto necesario, si Calcorra queria averiguar la verdad, que él mismo la averiguase.

Por esta razon Calcorra, muy bien armado, dispuesto á todo, estaba esperando fuera del puente de Segovia, pegado á la puerta del parador adonde habian llegado el padre maestro y la princesa aquella noche.

Capítulo XLIII.

De como el padre maestro se apoderó de Calcorra y se puso en situacion de poder tener en sus manos á Ana del Rey.

Dejamos á Calcorra otra vez acechando junto al portalon de la posada.

A poco pasó un ginete al galope.

Aquel era sin duda el conde de la Salmedina.

Calcorra se estremeció.

Era una empresa superior á las fuerzas humanas seguir un caballo que marchaba al galope durante mucho tiempo.

Sin embargo, tal era la pasion de que estaba dominado Cosme Calcorra, que no vaciló en lanzarse á la carrera y en seguir al conde.

Iba como alma que lleva el diablo, resuelto á reventar antes que perder de vista á Salmedina, que le dejaban ver de tiempo en tiempo los relámpagos.

A más de esto, le guiaba el ruido de la carrera del caballo.

Calcorra sostenia siempre la misma distancia, y por el momento alentaba la esperanza de que podria sostener aquella violenta carrera si no se prolongaba demasiado.

Calcorra habia cortado la prevision del conde, lanzándose inmediatamente detrás de él.

Todas las noches el conde se adelantaba á Tremendon.

Tremendon iba detrás para impedir que nadie que pareciese sospechoso pudiese seguir al conde.

¿Cómo podia figurarse Salmedina que hubiese nadie que yendo al galope de su caballo pudiese seguirle y no pudiese ser alcanzado por Tremendon, que á pocos minutos de distancia venia tambien tras él al galope.

Pero no habia podido prever el conde la intriga de la Candamo, ni que por ella Calcorra fuese avisado, ni que Calcorra fuese de tal temple que se lanzase á seguir un caballo al galope y sostuviese la distancia.

El Tremendon, pues, no pudo apercibirse de que el conde podia ser seguido.

Cinco minutos despues, y con la misma rapidez del conde llegaba; pero Calcorra se sostenia entre los dos más cerca del conde que de Tremendon.

La carrera se prolongaba.

Calcorra sentia sobrealiento, y sin embargo, sostenia su marcha.

—Caeré reventado, pero ya que se me presenta la ocasion de saber dónde está mi Ana, no la perderé por cobardía; quiero morir mejor; la vida ya me cansa; esto es insoportable; de todas maneras, si esta situacion se prolongase más, yo moriria.

Y continuaba sosteniendo su violenta carrera.

Afortunadamente para él, como á un cuarto de legua de Madrid, el conde, creyendo que era ya inútil sostener el galope, puesto que si alguno le habia seguido debia haber sido alcanzado por el Tremendon, puso su caballo al paso.

—¡Ah!—exclamó Calcorra,—ya era tiempo, ya no podia más.

Pero suponiendo, y con razon, que el contrabandista alcanzaria al conde, y al alcanzarle podia reparar en él, se echó fuera del camino por las tierras de labor, tomando una distancia que no hiciera posisible se reparase en él.

El, entre tanto, continuaba viendo de tiempo en tiempo, á la luz de los relámpagos, que seguian, al conde.

A pesar de los zumbidos del viento, continuaba oyendo las pisadas del caballo del conde.

Si alguna vez perdia este sonido por el fragor de un trueno, cuando el trueno pasaba volvia á percibir el ruido de las pisadas del caballo.

Muy pronto este ruido se duplicó.

Señal clara de que el Tremendon habia alcanzado al conde.

Dejémosles ir, y entre tanto veamos cómo el con-

 ...ra salir de Ma-

caballo.

A más de esto, le guia... calle de la Argan-
...lo de los muchos que

Calcorra sost... puente de Segovia.
por el momen... Baltasar.
sostener aq... caballero estuviese muy enamo-
demasiad... mitad y muy contento porque le

Calc... de un hermoso mulatillo, pasados
zándos... es de su amor volvió á sus malas

T... ser el galanteador incansable de to-
me... mujeres le parecian hermosas.

Era la víspera de San Antonio.

Nuestro don Baltasar habia ido á esparcirse solo á la caida de la tarde á la Florida muy bien puesto, con su capa de grana y su sombrero de tres candiles galoneado.

Sobrevino el crepúsculo, y al revolver por un sendero perdido entre la espesura, don Baltasar se encontró con cuatro ó cinco jóvenes que venian cantando y repicando sus castañuelas.

Una de ellas, la que venia delante, tocaba una pandereta.

Era una mujer preciosa, como de veinte á veintidos años, morena, con los cabellos y los ojos negros.

De golpe se prendó de ella don Baltasar, y la abordó de una manera tan resuelta, tan práctica y á la vez tan cortés, que la muchacha se dió á partido.

Don Baltasar era un buen mozo, y á más de esto un pillastre de primer órden.

Salieron de allí unas relaciones, pero secretas, porque la ninfa tenia amo, y un amo de muy mal genio.

Porque, en una palabra, la moza era Dolores la andaluza, la querida de Tremendon el contrabandista.

Nuestros lectores adivinan.

El Tremendon, necesariamente por razon de su oficio, salia de Madrid todas las tardes al oscurecer por la puerta de Segovia, y no volvia á su casa hasta la una ó las dos de la noche por la mina, conduciendo contrabando.

Nunca se habia dado caso de que el Tremendon volviese antes de esa hora.

Pero una noche en que don Baltasar estaba más amartelado que nunca hablando con la Dolores en una habitacion baja, porque la casa era á la malicia y no tenia habitacion alta, se oyó el crujir de una llave, cuyo crujimiento parecia venir de debajo de tierra.

La Dolores se puso pálida como una muerta, y apenas tuvo tiempo para encerrar á Baltasar en un cuartucho, del cual no se hacia uso.

Don Baltasar, que era precavido y no acudia sino armado á sus citas con la Dolores, estaba, pistola en mano, detrás de la puerta, por cuyas rendijas escuchaba.

En la habitacion á que aquella puerta correspondia, al frente, repuesta de su sorpresa, veia á la Dolores que tenia un velon en la mano.

A los piés de Dolores se abrió una compuerta, y apareció con una linterna en la mano un jaque de gran estatura y rostro avieso, al que no faltaba su correspondiente chirlo.

Aquel jaque era el Tremendon el contrabandista.

Venia dado á los diablos.

Los del resguardo le habian sorprendido en el campo con sus compañeros, y sólo á uña de caballo habia podido escapar.

Una vez en seguridad, y como era temprano, el Tremendon salió para ir á dar parte á los contrabandistas superiores del percance que habia sucedido.

Aprovechóse la salida del Tremendon, y don Baltasar se puso en salvo.

A la noche siguiente, la Lola, apretada por él, le confesó la existencia de la mina, y Baltasar participó aquel descubrimiento á su amo, por si le podia ser útil.

La permanencia de Ana del Rey en la antigua casa del conde de la Salmedina empezaba á hacerse peligrosa.

Se sentia la murmuracion de los criados, y esta murmuracion podia llegar á tomar tales proporciones que la entendiesen Margarita ó Magdalena, ó tal vez, lo que no era ménos grave, Calcorra.

Alegróse el conde del hallazgo de aquella mina.

Así, aunque se le siguiese, se creeria que si él iba á la pequeña casa á la malicia número 15 de la ca-

lle de la Arganzuela, era exclusivamente por unos amoríos con la Dolores, cuya belleza enérgica podia y debia justificar la frecuentacion del conde á aquella casa.

Luego, por la mina, y sin temor de ser seguido, el conde saldria al campo é iria á buscar á Ana del Rey á una casita aislada y fuera de camino, que se buscaria ó se construiria si era necesario.

Habia que ponerse de acuerdo con Tremendon

De esto se encargó el conde.

Una tarde llamó á la puerta de la casa del contrabandista.

Este la abrió.

El conde le manifestó que necesitaba hablarle, y le dijo que habia sabido, no importaba cómo, que en aquella casa habia una mina que iba á dar en un ventorrillo de la Tela, y que esta mina le era extraordinariamente necesaria.

El conde dió un bolsillo lleno de oro á Tremendon, y todo estuvo arreglado.

Manifestóle el conde que haria su fortuna si le servia, y le puso en antecedentes.

Pero sin decirle que la persona de que se trataba era esposa de Calcorra.

Abrió tanto ojo el Tremendon con el buen negocio que se le venia á las manos, y se encargó de buscar una casita en un lugar solitario donde aquella señora pudiese estar con seguridad y bien servida.

La encontró á la izquierda de la carretera, algo más allá de las Ventas de Alcorcon:

Habia necesidad de reparar aquella casa y amueblarla.

Esto se hizo muy pronto.

Al mismo tiempo se cercó un terreno, que al rededor de la casa habia comprado para jardin el conde.

La estacion ayudaba.

Se hicieron trasplantaciones.

Muy pronto la casa quedó oculta por un círculo de tapiada espesura.

Allí iba, pues, escoltado por el Tremendon, cada tres noches el conde de la Salmedina.

Ana del Rey estaba enojadísima.

A pesar de que satisfacia su apasionado amor por el conde, la enojaba el aislamiento y la reclusion á que por aquellos amores se veia condenada, é insistia cada vez con más fuerza en que era necesario quitar de en medio á Cosme Calcorra.

El conde, como era natural, se negaba tenazmente á esto.

Como que se trataba de una accion de que él se creia incapaz, de un asesinato.

Importaba poco que Ana le dijese que la existencia de Cosme Calcorra era un peligro, y que él, si llegaba á descubrir los amores del conde con ella, no se detendria ciertamente en buscar una venganza terrible por una cuestion de conciencia.

Habia, pues, algo que mantenia en una situacion tirante á Ana del Rey y al conde de la Salmedina.

Ella habia llegado á creer que si el conde se resistia tanto á libertarla de aquel odioso marido, no

era por una cuestion de conciencia, sino porque le convenia tenerla á ella recluida, temerosa y fuera de combate.

Ana del Rey se consideraba, pues, como una esclava.

A no haber amado con toda su alma, con una pasion insensata al conde, se hubiera emancipado.

La pasion del conde no era ya ni con mucho tan intensa como antes por Ana del Rey.

Margarita le habia dado un hijo, y la naturaleza no habia querido conceder este favor á Ana del Rey.

El conde se volvia hácia Margarita con todo su amor, y empezaban á hastiarle y á hacérsele dificiles tanto la princesa de Astúrias como Ana del Rey.

Volvamos á Calcorra.

Continuaba éste á buen paso fuera de camino, observando siempre á los dos ginetes que iban por la carretera.

Habian pasado ya de las Ventas de Alcorcon.

Como á dos tiros de fusil de las Ventas, el conde y Tremendon tomaron, dejando la carretera, por una senda á la izquierda, y continuaron durante un cuarto de legua.

No habian pasado junto á ninguna habitacion.

El campo por aquella parte estaba completamente despoblado.

Al fin los dos ginetes llegaron al porton de una cerca, sobre la cual descollaban grandes árboles.

Llamaron y á poco entraron.

La puerta volvió á cerrarse.

Calcorra dió la vuelta á aquella cerca, que era grande, y vió que un ancho foso rodeaba aquella cerca, y que el puente que servia para entrar por la única puerta era levadizo.

Se tomaban, pues, cuantas precauciones eran posibles.

Calcorra se convenció de que sus investigaciones por el interior eran inútiles.

Nada dejaban ver, ni la alta tapia, ni aquella verde barrera de tupidos árboles.

Calcorra sentia una alegría cruel.

Sabia dónde estaba su mujer, dónde iba á verla el conde, y pensaba ya en recobrar á Ana y en saciar á la vez su venganza.

Todo se reducia á esperar otra noche al conde y acometerle en el camino.

Para esto bastaria con que Calcorra llevase algunos hombres de confianza.

El conde debia morir, debia morir tambien el Tremendon.

Calcorra se haria abrir, valiéndose de cualquíer astucia, la puerta de la casa; sorprenderia á su mujer y se la llevaria consigo.

A sus conocimientos les diria, que habiéndose restablecido su tia, la permanencia de Ana junto á ella era inútil, y por consecuencia, volvia á sus lares.

Inquietaba, sin èmbargo, á Calcorra el compromiso en que estaba, habiendo sido cogido por el padre maestro don fray Lorenzo.

No podia engañarle.

Don fray Lorenzo era demasiado terrible para que se atreviese á tanto, aunque estaba de todo punto desesperado.

Dió una nueva vuelta al rededor de la quinta, se convenció de que el ancho foso lleno de agua no permitia más entrada que por el puente levadizo, y con la seguridad de que el conde no saldria hasta el amanecer, tornó á gran paso hácia el parador del puente de Segovia.

No habia más que unos tres cuartos de legua de distancia.

A pesar de la violenta carrera que habia hecho, y de estar literalmente calado hasta los huesos y pasmado, Calçorra, que era muy fuerte, hizo el trayecto en media hora.

Al llegar silbó tres veces.

Poco despues se abrió la puerta del parador y apareció el padre maestro.

—Y bien,—le dijo éste,—cuando volveis, habeis averiguado...

—Indudablemente, reverendo padre,—contestó Calcorra:—sé dónde está mi mujer, y puedo recobrarla.

—Os felicito, señor Calcorra; pero hay tambien á quién importa mucho tener una prueba de que el conde de la Salmedina es capaz de una accion tal como la que ha hecho en perjuicio de vuestro corazon y de vuestra honra.

—Sí, su alteza,—dijo audazmente Calcorra.

—Voy á avisarla; esperadme.

El padre maestro volvió á entrar en el parador; subió, y dijo á la princesa:

—Tenemos, pues, la prueba de la traicion que os hace ese hombre, y podemos apoderarnos de la mujer de Calcorra, que será para nosotros preciosa. Estoy seguro de que Calcorra posee un terrible secreto que nos recata: el secreto de la expulsion de los jesuitas.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó la princesa, que no oia más que su amor.—¡Y que se haya atrevido ese hombre á injuriarme por una cualquiera!... ¡Ah! yo me he engañado: Salmedina es un miserable, y necesito confundirle.

—Vuestra alteza logrará su deseo, y para ello yo voy á informarme del lugar donde se oculta esa mujer. Estad tranquila; todo será cosa de hora y media. Nada temais; aquí estais perfectamente asegurada.

El dominico bajó.

El mozo de paja y cebada continuaba velando en el portal del parador.

Todo en él estaba tranquilo.

Nadie se habia apercibido más que el mozo de la estancia en el parador del padre maestro y de la princesa de Astúrias.

El padre maestro volvió á encargar al mozo el sigilo.

Salió, y acompañado de Calcorra hizo en otra media hora el trayecto á la casa de campo.

Calcorra era incansable, de hierro.

Verdad es que le sostenian las pasiones más ter-

ribles que pueden combatir al corazon humano.

El amor, el ódio, la soberbia y la venganza.

El padre maestro reconoció perfectamente la gruta.

Se volvieron.

—Esperadme aún,—dijo el padre maestro.

Y llamó á la puerta del parador.

Entró, salió y dijo á la princesa:

—Por esta noche no es posible que vuestra alteza llegue hasta donde está esa mujer, pero eso será muy pronto; vuestra alteza debe volverse á palacio.

La princesa se arregló el manto y descendió con el dominico.

—Ya sabeis,—dijo éste al mozo de paja y cebada;—nada habeis visto, nadie ha entrado aquí. Tomad y guardad un profundo secreto, porque de lo contrario os pudiera pesar.

Dió un doblòn de á cuatro al mozo, y salió con la princesa.

Se hizo seguir por Calcorra.

Cuando la princesa hubo entrado en palacio, el padre maestro se dirigió con Calcorra á la puerta de Segovia y llamó á ella, contestando cuando preguntaron:

—Abrid en nombre de Dios y del rey á la santa Inquisicion.

La puerta se abrió inmediatamente.

Porque para la Inquisicion no habia puerta alguna cerrada, ni aun la del palacio real.

El religioso se llevó á Calcorra al convento de Santo Tomás,

No tenemos necesidad de decir que Calcorra iba vivamente inquieto, y que si no se habia rebelado, era porque los Invisibles le causaban un terror infinito.

Ahora bien; el convento de Santo Tomás, como todos los otros que pertenecian á la órden de Santo Domingo, era una sucursal, por decirlo así, de la Inquisicion.

No sólo en estos conventos habia calabozos secretos, sino tambien medios para atormentar.

Una vez dentro del convento, el padre maestro hizo llamar al carcelero que la Inquisicion tenia en el convento de Santo Tomás, y le entregó á Calcorra con la órden de que le encerrase y le incomunicase.

Calcorra no se atrevió á pronunciar ni una sola palabra.

Con el alma helada de terror, porque adivinaba adónde podria llegar la situacion, siguió al carcelero.

Para él era indudable que se recelaba de él, que se sabia que nada de él se recabaria por ningun otro medio que no fuese su mujer, y que se le habia envuelto en una hábil intriga.

Capítulo XLIV.

De qué extraña manera se reunieron al fin Calcorra y su mujer.

Agentes de los Invisibles observaron al dia siguiente, sin hacerse notar, la quinta que servia de retiro, ó más bien de escòndite, á Ana del Rey.

En todo el dia nadie salió de la quinta.

Se comprendia que habia en ella repuesto de provisiones para salir lo ménos posible.

En las casas de campo inmediatas no conocian á las personas que en la quinta vivian.

Sólo sabian que algunos meses antes nada habia en el lugar donde la quinta estaba: que un dia fueron muchos trabajadores, que continuaron trabajando por espacio de dos meses, y al cabo de ellos, y en gracia á las trasplantaciones que se habian hecho, la quinta apareció rodeada de un foso, de una cerca de espinos rosa, sobre la cual descollaba una cerca de

ladrillo, y á su vez, sobre ésta, una cérca de verdura; que se creia habitaba en esta casa un señor muy presuntuoso que salia algunas veces á caballo y otras á pié, llevando del brazo una señora negra, y delante una ama de cria con un niño mulato en los brazos. En fin, un viejo criado salia de tiempo en tiempo por provisiones; pero no iba por ellas á Madrid, sino al inmediato pueblo de Alcorcon.

Indudablemente, segun las señas, el caballero presumido de que se trataba era don Baltasar, y la señora negra, con la cual se le veia algun vez del brazo, Rita.

El padre maestro recibió todo aquel dia, de tiempo en tiempo, avisos.

No habia duda: en aquella quinta estaba oculta Ana del Rey.

El padre maestro tenia la seguridad de que sólo de tres en tres dias, por la noche, iba el conde de la la Salmedina á la quinta.

Habia, pues, tiempo para llevar á cabo los proyectos del padre maestro.

Al principio de la noche salieron de Madrid por diferentes puertas más de cien hombres.

Todos aquellos hombres pertenecian á los Invisibles.

Eran gente dura: mendigos la mayor parte de ellos, estudiantes de la tuna, perdidos, gente del bronce.

Los Invisibles estaban seguros de ser bien servidos por aquella canalla.

El padre maestro y algunos seglarés que pertenecian tambien á los Invisibles, entre ellos el marqués de Letour, habian tambien salido de Madrid.

A las diez de la noche, cuando todo reposaba en la quinta, aquellos cien hombres se acercaban á ella.

Llevaban algunos largas tablas, que se habian conducido aquella tarde en un carro á un lugar arbolado y espeso, situado cerca de la quinta.

Con aquellas tablas se estableció, con un gran silencio, un puente sobre el foso.

La noche era lóbrega.

Algunos hombres, apostados á la redonda, estaban destinados á detener á los guardas campestres, si sobrevenian.

Aquel era un asalto en forma.

En el campo, donde no hay distraccion alguna, donde impera la soledad, las gentes se acuestan temprano.

Y más aún en aquellos tiempos en que, segun las costumbres, en las grandes ciudades y aun en la misma córte, todo el mundo se acostaba á las diez.

Sin embargo, Ana del Rey ni dormia, ni aún se habia acostado; pero estaba sola.

Baltasar, Rita, dos doncellas y un antiguo criado del conde de la Salmedina que la servían, se habian acostado á las nueve.

Ella se habia quedado al lado de la chimenea, aunque aquella noche sabia que no debia ir el conde.

Habia despedido á sus doncellas, diciéndolas que ella se desnudaria por sí misma cuando tuviese sueño.

Los cuidados desvelaban á Ana del Rey.

Tenia miedo.

El conde se negaba á asegurarla de su marido.

El terror de Ana la habia hecho transigir en su conciencia con el crímen; porque sabia bien lo cruel que seria para con ella Calcorra si la encontraba.

Tenia seguridad de que no reposaria hasta que la encontrase, y conocia la gran sagacidad, la grande actividad y los grandes medios de Calcorra.

Lo que se le hacia muy extraño, desde hacia mucho tiempo á Ana del Rey, era que Calcorra no hubiese dado con ella.

Pero esto debia suceder cuando ménos se esperase.

Así á lo ménos lo temia Ana; y por lo mismo excitaba al conde á que, fuera del modo que fuese, la librase del terror que Calcorra la causaba.

Pero el conde se negaba redondamente á toda tentativa contra Calcorra.

A más de esto, el conde no era ya el mismo hombre de antes, apasionado de ella hasta la locura.

Fuese una especie de hastío, causado por una larga posesion, fuese porque el conde estuviese empeñado por otra, fuese que el amor de su mujer lo hubiese dominado todo en el conde, Ana no se sentia amada como al principio.

Se encontraba en la misma situacion que la princesa de Astúrias.

Ambas estaban irritadas y celosas.

Ninguna de las dos podia explicarse la especie de

frialdad del conde respecto á ellas, sino por el empeño de un nuevo amor.

Ninguna de las dos creia que aquel amor fuese Margarita.

¿Cómo suponer esto?

Si el conde se sentia hastiado por el amor de una querida, con mucha más razon debia haberse hastiado del amor de su esposa, puesto que en ella tenia una posesion absoluta, y por nadie ni por nada combatida.

La amante de un hombre casado, que sabe que lo es, no tiene nunca celos de la esposa de aquel; se siente más amada, pero es infinitamente más celosa que la esposa tratándose de otra mujer.

La princesa no tenia celos de Margarita, y tampoco tenia celos de ella Ana.

Y sin embargo, quien hacia que el conde sintiese algo semejante al hastío y á la contrariedad por la princesa y por Ana, era Margarita.

La dulce influencia de ésta habia ido acabando de apoderarse poco á poco, y de una manera exclusiva del conde.

Ella lo habia sufrido todo con una verdadera grandeza de alma.

El conde la habia encontrado siempre igual, siempre tranquila, siempre sonriente, siempre dulce, siempre enamorada.

Parecia la mujer más feliz de la tierra.

Su amor habia aumentado su belleza.

De dia en dia aquella belleza era más fresca, más jóven, más resplandeciente, más voluptuosa; adqui-

ria un no sé qué de divino: una especie de trasfiguracion.

Y cuando fué madre, su belleza tomó otro aspecto y se hizo irresistible.

Es que el amor y la maternidad acaban de hacer á la mujer por un desarrollo misterioso que pertenece más al espíritu que á la materia.

El conde no habia visto nada de esto, ni en Ana del Rey, ni en la princesa.

Verdad es que esta última se habia desarrollado y aun habia crecido; pero este habia sido un desarrollo natural de la edad.

La jóven, casi adolescente, que se hacia mujer, cuyas formas ganaban en redondez y en turgencia, pero nada más.

El conde no encontraba nada de espiritual, ni en la princesa ni en Ana; nada más que un amor violento, volcánico, puramente sensual.

De aquí que se hubiese hastiado de sus dos queridas, que hubiese entrado, en fin, en la lógica del amor, que su alma y su deseo perteneciesen por completo á una sola mujer verdaderamente amada, y que las otras se hubiesen convertido para él en un inconveniente.

Ana, pues, apasionada con todo su ser del conde, contrariada por una parte en su amor, por otra temerosa de Calcorra, tenia motivos bastantes para estar desvelada y pensativa.

Sufria de una manera indecible, se desesperaba.

Aquellos dos dias que pasaban desde que el conde

se separaba de ella hasta que volvia á verla, por un espacio de tres ó cuatro horas, eran una eternidad insoportable para Ana.

Algunas veces su deseo la hacia equivocarse, y creia que habian pasado los dos dias cuando no habia pasado más que uno.

Llegaba la hora de que el conde apareciese, esto es, la una ó la una y media de la noche, y el conde no aparecia.

Ana esperaba, ó mejor dicho, se desesperaba.

Temia haber sido abandonada, hasta que al fin se acordaba de que no habia pasado más que un dia desde la última visita del conde.

Entonces, desalentada y triste, se acostaba.

El otro dia, hasta la hora en que veia al conde, el tiempo era un tormento para Ana.

Pero cuando el conde se la presentaba sonriente, se sentia feliz y lo olvidaba todo.

Tal era la dolorosa existencia de Ana.

Cada dia más apasionada, y cada dia más infeliz y más aterrada cada dia, porque no olvidaba ni un solo momento á Calcorra y temia incesantemente verle aparecer de improviso lívido y trémulo de venganza.

El sueño habia huido de los ojos de Ana, y sólo muy tarde se dormia rendida por la fatiga.

El lecho, en su desvelo, se le hacia insoportable.

Por eso estaba levantada, sentada junto á la chimenea, y triste y abatida cuando todos se habian acostado ya en la quinta.

De improviso sintió algunos estampidos muy cerca y un aullido doloroso.

Los perros que guardaban la quinta eran feroces dogos ingleses.

El conde tenia en su perrera algunos de estos admirables animales que se llaman *bull-dog*, que entonces eran muy raros y que ahora abundan, especie de perros de presa pequeños, pero de gran cabeza y de gran fuerza.

Estos perros no tienen vientos; pero sí un oido muy delicado y una vista muy perspicaz.

Sienten á una larga distancia la persona que se acerca al lugar que guardan, pero no ladran, esperan, y cuando perciben un bulto junto á sí se arrojan terribles sobre él y le despedazan.

Esto era lo que habia acontecido.

Los dogos habian sentido la gente que se habia acercado á la quinta.

Habian percibido, aunque habian procurado no causar ruido alguno, el producido por las tablas al establecer el puente y los pasos de los hombres al pasar sobre él.

Cuando echaron las escalas, el primer hombre que bajó se encontró acometido, pero estaba preparado.

Disparó.

Algunos hombres que bajaban detrás de él dispararon tambien.

Los tres perros fueron muertos.

Al mismo tiempo algunos hombres se dirigieron

á la carrera á la puerta de la quinta y la forzaron de otra descarga.

Era una acometida ruda.

Lo que importaba era acabar pronto.

Al ruido de los disparos, Ana del Rey se habia levantado sobresaltada.

Habia comprendido que aquel era un golpe de mano violento, y no podia atribuirlo á otro que á Calcorra.

Ana pretendió huir, y escapó por una puerta de servicio.

Don Baltasar, despertado por las primeras detonaciones, al oir que se repetian á la puerta de la casa, se levantó tal como se encontraba, cogió una espada y salió bravamente, porque Baltasar era hombre de corazon y de brios.

Pero se quedó helado al penetrar en la habitacion de Ana.

Allí habia dos hombres embozados hasta los ojos, calados los sombreros hasta el embozo.

El uno de ellos tenia un sombrero blanco.

A más de aquellos hombres, habia algunos harapientos armados de fusiles que apuntaron á Baltasar.

La resistencia era inútil.

No se hubiera logrado otra cosa que hacerse asesinar.

Además de esto, Rita, que adoraba á Baltasar, se habia lanzado tras él y le abrazaba en el momento en que todos aquellos fusiles le apuntaban.

—Rendíos,—dijo una voz vibrante y poderosa, la

del embozado del sombrero negro;—no hagais una resistencia que seria inútil: venimos dispuestos á todo: entregadnos la señora doña Ana del Rey.

Baltasar dejó caer la espada al suelo.

—Me rindo,—dijo,—porque toda resistencia es inútil; pero os atreveis á mucho, señores mios; hoy me sorprendeis, pero yo no estoy solo en el mundo.

—Sea como quiera,—dijo el embozado,—entregadnos á doña Ana del Rey.

—Yo no sé dónde está,—dijo don Baltasar;—debia estar aquí, y ha huido sin duda al sentir los tiros.

—Apoderaos de ese hombre y de esa mujer,—dijo el embozado del sombrero negro.

—No toqueis á mi mujer,—exclamó irritado Baltasar,—porque entonces tendreis que matarme.

—Y bien, no hay necesidad de esto,—dijo el mismo hombre del sombrero negro;—tomad bien la puerta, y que no puedan salir de aquí.

El gabinete tenia tres puertas: una por la que habian entrado los invasores; otra que era la de servicio, por donde habian llegado Baltasar y Rita; otra, en fin, que daba sobre el jardin.

Aquella puerta estaba abierta: un hombre armado quedó á cada una de las puertas del gabinete.

Baltasar y Rita estaban presos.

Los demás salieron con los embozados, el del sombrero negro y el del sombrero blanco.

Entre tanto otros hombres aseguraban al criado y á las doncellas.

El jardin fué registrado, y al fin, detrás de una fuente escondida entre una espesura, se encontró á Ana temblando y de rodillas.

—Nada temais, señora,—la dijo el embozado del sombrero negro, que no era otro que el padre maestro don fray Lorenzo;—no es posible que permanezcais aquí por más tiempo, cometiendo el pecado mortal de distraer á un hombre casado de sus deberes.

—¡Y qué os importa de eso!—exclamó Ana del Rey levantándose de una manera enérgica;—aquí hay una intriga oscura que yo no entiendo ni puedo entender. No, no es Calcorra quien os envia; Calcorra no hubiera venido tan acompañado, Calcorra no hubiera causado ruido. ¿Quién sois?

—Nada os importa eso, señora,—contestó el padre maestro.—Toda resistencia es inútil. Hemos venido por vos y sin vos no hemos de partir; seguidme de grado, pues, porque de otro modo sereis conducida á la fuerza.

—¿Me vais á entregar á mi marido?—dijo Ana del Rey, que estaba pálida y convulsa.

—No ciertamente,—contestó el padre maestro;—nosotros no queremos que seais la más desgraciada de las mujeres. La falta que habeis cometido es grave; pero no tanto que merezca el terrible castigo que caeria sobre vos: si os entregásemos á vuestro marido seria entregar una criatura á ser despedazada en cuerpo y en alma de una manera horrible. No, nuestro propósito no es ese. Seguidnos en la confianza de que no volvereis al poder de Calcorra.

—¡Ah! pues entonces,—exclamó Ana del Rey,—¿quién os envia? ¿es la princesa de Astúrias?

—Tampoco,—repuso el padre maestro,—vos no nos seguís sino para ser el instrumento del castigo de los grandes crímenes de Calcorra.

—¡Ah!—exclamó Ana del Rey.

—Probablemente, señora,—contestó el padre maestro,—dentro de poco sereis viuda.

—¡Ah! pues si me llevais para que sea viuda,—exclamó con un cinismo repugnante Ana del Rey, olvidándose en su pasion de todas las conveniencias,—os sigo de buen grado. Haced de mí lo que querais con tal de que ese hombre muera. Es un infame. Si yo le he abandonado, si yo me he sentido predispuesta al amor de otro hombre, ha sido á causa de las infamias que ese miserable ha cometido contra mí. ¡Ah! ¿conque yo puedo servir para que él muera? Pues bien, señores; yo os sigo, no es necesario que cometais ninguna violencia. Dejadme, sin embargo, que me cobije.

—Es inútil, señora, cerca de la quinta espera un carruaje.

—Pues bien, vamos,—dijo Ana del Rey.

El padre maestro, por ser severo y religioso, no dejaba de ser galante con las damas, y como Ana del Rey lo era, la dió el brazo y la condujo.

Fué echado el puente levadizo sobre el foso por algunos hombres que estaban allí.

Le pasaron y llegaron á un carruaje, que como ha-

bia dicho el padre maestro, estaba á poca distancia de la quinta.

Ana del Rey entró en él, y como para guardarla entró con ella el hombre del sombrero blanco.

La portezuela se cerró, pero el carruaje no se movió.

El padre maestro don fray Lorenzo volvió á entrar en la quinta, y encomendó á diez hombres que dejó allí, que mantuviesen incomunicados y presos á don Baltasar, á Rita, á la cocinera, á las doncellas y al criado, hasta nueva órden.

Despues de esto salieron.

El puente levadizo volvió á levantarse.

Las tablas con que se habia improvisado el otro puente fueron quitadas.

Todos aquellos hampones, todos aquellos perdidos, todos aquellos miserables con los cuales se habia cometido el rapto, desaparecieron.

El padre maestro entró en el carruaje, donde esperaban Ana del Rey y el hombre del sombrero blanco.

Este dejó el sitio de preferencia y fué á colocarse junto á los cristales.

En el lugar de preferencia fué á colocarse el padre maestro.

Digamos de paso que el hombre del sombrero blanco, aunque ya le habrán conocido nuestros lectores, era el marqués de Letour.

El carruaje se puso en marcha.

Media hora despues llegó á la puerta de Atocha.

El padre maestro llamó, é hizo abrir en nombre de la Inquisicion.

Pasó el carruaje, atravesó rápidamente á Madrid, y fué á parar á la calle de la Inquisicion, delante de la cárcel de este tribunal.

Las puertas de la Inquisicion se abrieron de par en par.

El carruaje entró en el patio.

El padre maestro hizo bajar á Ana del Rey, y por unos oscuros y lóbregos pasadizos, precedidos de un llavero que alumbraba, llegaron hasta un calabozo, en el cual entraron.

—¡Pero Dios mio! ¿qué es esto?—exclamó Ana del Rey.—¿En dónde estoy?

—En la cárcel de la Inquisicion,—contestó severamente el padre maestro.

—¡En la cárcel de la Inquisicion!... ¿Y por qué? Pues qué, ¿no me habeis prometido que ningun daño me sobrevendria?

—Pedid á Dios que vuestro marido os ame como nosotros queremos,—dijo el padre maestro.

Y tras estas palabras salió, dejando encerrada á Ana del Rey, aterrada, en una situacion imposible de describir.

¿Quién podia ser quien la llevaba allí? ¿La princesa de Astúrias? no; la Inquisicion no se hubiera puesto al servicio de la princesa.

Era sin duda la sociedad á que ella habia adivinado pertenecia Cosme Calcorra; la terrible sociedad de los Invisibles.

¿Pero cómo los Invisibles podian valerse del Tribunal del Santo Oficio?

Ana, por otra parte, no estaba en situacion de ocuparse de estas cosas.

La dominaba un pánico frio, una especie de cesacion de su sér; no veia más que una horrenda y misteriosa desgracia sobre sí.

El padre maestro volvió á entrar en el carruaje, y se dirigió al convento de Santo Tomás.

Una vez allí, bajó al calabozo donde estaba Cosme Calcorra.

—Y bien,—le dijo.—¿Confesareis?

—Yo no tengo qué confesar,—contestó Calcorra.

—Sin embargo, yo creo que tú conoces el secreto de la expulsion de los jesuitas.

—El secreto de la expulsion de los jesuitas está en su imprudencia, se han comprometido demasiado. Creian que nadie los conocia, y se les observaba de cerca. El conde de Aranda pertenecia á ellos.

—Sin embargo, el rey no se hubiera atrevido á dar un paso tan trascendental, que ha contrariado las creencias de sus súbditos, que le ha puesto frente á frente de Roma, que ha hecho caer sobre él la nota de injusto y de déspota, porque no basta tomar una medida tal como la que él ha tomado con una Compañía tan respetable como la de Jesús; no basta decir: yo tengo el gobierno económico de mis reinos; yo, en cuanto á disciplina, puedo determinar; en cuanto á los regulares y los demás; esto no es bastante para satisfacer la justicia. Decir que la principal

razon de la expulsion la guardaba en su real ánimo, es representar un misterio. Aquí ha habido una intriga infame, misteriosa, y tú debes haber sido el resorte principal de esa intriga.

—No, no y no,—repitió Calcorra;—yo os aseguro, respetable padre maestro, que ninguna parte he tomado en el motin, más que aquella que se me mandó tomar.

—¡Ah! ¿Con que tú crees que el motin ha sido la causa de la expulsion de los jesuitas?

—Lo supongo.

—¿Y sabes tú, tienes tú alguna prueba de que los jesuitas estuviesen interesados en el motin de Esquilache?

—No tengo pruebas; pero he visto entre las turbas agentes de los jesuitas.

—¿Es decir, que tú conoces agentes de la Compañía de Jesús?

—La Compañía de Jesús no tiene agentes.

—¿Y de quién eran agentes que no nos pertenecian? Tú has soñado.

—Yo no sé nada acerca de la expulsion de los jesuitas.

—Te obstinas en negar.

—No niego, digo la verdad.

—Pues bien; ahora veremos si delante de la persona á la cual vamos á presentarte, te atreves á negar la verdad.

—No hay una sola persona en el mundo que pueda probarme á mí que yo he tenido directa ni indi-

rectamente parte alguna en la expulsion de los regulares de la Compañía de Jesús.

—Bien, no hablemos más. Eso vamos á verlo dentro de muy poco, sígueme.

Calcorra tomó su capa y su sombrero, que le habia dejado en el calabozo, y siguió al padre maestro hasta entrar en el carruaje que le esperaba en la puerta del convento, y le trasladó á la cárcel de la Inquisicion.

Una vez allí, Calcorra, que se habia aterrado al comprender que estaba en la cárcel del Santo Oficio, fué entregado á los carceleros, que le condujeron á la cámara del tormento.

Allí se le heló el alma á Calcorra; tenia frente á sí la terrible máquina de atormentar que se llamaba el potro.

—Pues bien,—dijo,—moriré y no confesaré, ¿y para qué? La confesion seria la muerte. No, no, de ningun modo, hay cosas que no pueden confesarse. ¿Qué importa? la única salvacion que tengo es mi firmeza. ¡Pero quién puede ser la persona delante de la cual va á ponérseme para arrancárseme la verdad. El conde de Aranda... No, no; nadie se atreve con el conde de Aranda. El conde de Aranda está en la fuerza de su poder. ¿Quién puede ser esa persona? Nadie; Pestiño y Lolo han muerto: además Pestiño y Lolo no sabian de lo que se trataba. ¡Ah, no, no! Esto se hace por intimidarme, y no se mata á un hombre fácilmente: hay que responder de él. Calma, Calcorra, calma. Te quieren sorprender por medio

del terror... ¡Ah! se engañan; no se me aterra á mí tan fácilmente.

No sabia Calcorra lo que decia.

Se abrió una de las puertecillas que estaban situadas al lado del dosel que habia en el fondo de la cámara, sobre el estrado, más allá de la barra (anteriormente, como recordarán nuestros lectores, hemos descrito la sala de tormento de la Inquisicion de Madrid), y entró por ella con sus hábitos de dominico y la capucha echada á la espalda, el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

Calcorra estaba al otro lado de la barra, á poca distancia del potro.

El padre maestro se sentó en el sillon presidencial y agitó la campanilla.

Se presentó el alcaide de la cárcel.

—Que entren dos,—le dijo el padre maestro,—y aten á ese hombre por los brazos y por los hombros á uno de los pilares de manera que no pueda moverse.

El alcaide salió.

—¿Es decir, que conmigo se pretende hacer una infamia?—exclamó Calcorra todo descompuesto, dando rienda suelta á la ferocidad de su carácter.

Estaba horrible, más que horrible espantoso.

Su lividez era cadavérica.

Sus ojos arrojaban llamas.

Espumaba su boca, temblaba de los piés á la cabeza y tenia los puños crispados.

El padre maestro no contestó.

Arreglaba delante de sí papel blanco y sellado, y se aproximaba al tintero.

Sobrevinieron el alcaide y dos de los rudos, sombríos y feroces calaboceros de la Inquisicion.

Uno de ellos traia una cuerda.

A una señal del alcaide, aquellos dos hombres se apoderaron de Calcorra, y aunque éste quiso luchar, aunque se debatió con la rabia y la energía de la desesperacion, le sujetaron, le ataron los brazos á la espalda, le llevaron á un poste inmediato á la barra, y le sujetaron á unas argollas, que aquel poste tenia, por los brazos, por la cintura y por las piernas.

Literalmente, Cosme Calcorra no podia moverse.

Una vez sujeto Calcorra, el alcaide y los calaboceros salieron.

Entonces el padre maestro sacó de debajo de sus hábitos una cartera y de ella un papel.

—Oid, Calcorra,—le dijo:—este es un escrito anónimo que se contiene una gravísima acusacion contra vos.

—¿Y cuándo,—exclamó Calcorra,—un juez recto, un juez digno, ha tomado como prueba un anónimo?

—Cuando los anónimos denuncian hechos probables, no podrán servir de prueba; pero sirven, sí, de medio para esclarecer la verdad. Oid: «Se avisa al respetable padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, examinador sinodal, etc., de que poco despues del alboroto de Madrid contra Esquilache, el llamado don Cosme Calcorra, oficial mayor de la conta-

duría del Gremio de la seda, tuvo frecuentes entrevistas secretas con el excelentísimo señor capitan general de Castilla la Nueva, presidente del Consejo de Castilla, conde de Aranda. Este excelentísimo señor tuvo estas entrevistas con don Cosme Calcorra por la mediacion de un tal Pestiño, indivíduo de la policía que fué recientemente asesinado en la calle, sin que haya podido averiguarse quién fuera el asesino; pero puede suponerse que tanto el llamado Pestiño como otro su compañero, perteneciente tambien á la policía secreta, llamado Lolo, fueron asesinados por mandato del excelentísimo señor conde de Aranda para impedir revelasen un secreto de Estado, de que es probable fuesen conocedores. Hay que reparar en que estas entrevistas del conde de Aranda con don Cosme Calcorra fueron muy secretas, y por consecuencia podian referirse á un gravísimo asunto de Estado. Ahora bien: ¿cuál sino la expulsion de España de la Compañía de Jesús ha sido el asunto de Estado más importante sobrevenido despues del alboroto de Madrid? Obsérvese: el conde de Aranda fué y vino muchas veces desde la Granja á Madrid, y desde Madrid á la Granja, mientras estuvo su majestad en aquel real sitio, y cuando su majestad, pasados ya todos los motivos que le tenian retraido de la capital, volvió á ella, el conde de Aranda y el rey se veian á solas con mucha frecuencia en el Buen-Retiro; y el lugar donde el rey y el conde se encontraban estaba rodeado, á una larga distancia, por centinelas que no dejaban acercarse á nadie.

Ahora bien; su majestad encargó expresamente al excelentísimo señor conde de Aranda de la ejecucion en todas sus partes de la pragmática sancion por la cual se expulsaba á los jesuitas y se ocupaban sus temporalidades. Todas las órdenes que se comunicaron, tanto á las autoridades de la capital como á las de todas las provincias de los dominios del rey nuestro señor, eran comunicadas por el conde de Aranda y estaban escritas de su puño. Es, pues, probable que la grave causa que impulsó al rey nuestro señor á la expulsion de los jesuitas de sus dominios, y que es todavía un misterio, fué inspirada al conde de Aranda por don Cosme Calcorra, si se tienen en cuenta las entrevistas secretas que por aquel tiempo hubo entre los dos. Indudablemente, don Cosme Calcorra sabe cuáles son esas razones que el rey dice en su pragmática sancion guardaba en su real ánimo; y es más que probable, casi seguro, que la Compañía de Jesús ha sido víctima de una infamia cometida de mancomun por el conde de Aranda y don Cosme Calcorra. Pero ¿qué género de infamia ha sido esa? Hé aquí lo que se ignora. Se ha procurado que nada, ni el más leve indicio, pueda revelar esa infamia, y se ha sellado con la muerte la boca de dos agentes inferiores; esto es, los indivíduos de policía Lolo y Pestiño. Pero ha habido quien en todo esto repare, y quien, amante de la justicia y leal al rey nuestro señor, ha pensado en comunicar sus deducciones á un tribunal bastante para poder averiguar en secreto, conforme á la gravedad del asunto cor

responde, lo que en él haya; y no le ha parecido ningun tribunal más á propósito que el de la Santa Inquisicion, ni ningun ministro de él mejor para remitirle este papel que vos. El que este papel ha escrito, reverendo padre maestro, os besa la mano, os saluda y os pide vuestra bendicion.»

Se adivina de dónde partia este papel.

Al leerle se comprende lo profundamente hábil de la intriga de la Candamo, cuyo objeto no era otro que vengarse del conde de Aranda, á quien creia ordenador de la muerte de Pestiño.

Cosme Calcorra oyó la lectura de este papel en silencio.

Pero con una profunda atencion veia cuán acertado era el anónimo, y se esforzaba en vano por deducir quién podia ser su autor.

Ocurriósele, porque tenia casi el don de la adivinacion, la Candamo.

Pero no la creia tan letrada como era necesario suponer al autor del anónimo, ni tan imprudente que hubiese comunicado aquel negocio al que el anónimo habia escrito.

Todo era confusion y terror en Calcorra, porque veia claro adónde aquel negocio podia ir.

—Y bien,—dijo;—se pretende comprometerme en ese anónimo, pero afortunadamente vos, respetable padre maestro, sois bastante sábio y bastante experimentado para no comprender que esa es la obra de un enemigo mio.

—Cabalmente, Calcorra,—dijo el padre maes-

tro,—vos sois hombre que no teneis enemigos. Habeis vivido sagazmente, y á más, de una manera oscura y apartada.

—¿Y os parece, padre maestro,—dijo Calcorra,—que no tengo yo bastante enemigo en el conde de la Salmedina?

—Este escrito,—dijo el religioso,—no proviene del conde de la Salmedina, no puede provenir de él; esto es de todo punto imposible: no veo la conveniencia que pueda tener en esto el conde de la Salmedina.

—Sí ciertamente, deshacerse de mí.

—El conde no os teme.

—Sin embargo, ha ocultado siempre hábilmente, á costa de sacrificios, á mi mujer.

—Lo que por los amores de vuestra mujer teme el conde, son las leyes. Se trata de una mujer casada: este es un asunto de adulterio. Por lo demás, aunque el conde, sacando del dominio de su marido á una mujer casada, haya faltado á la moralidad, el conde es de carácter noble, incapaz de concebir un asesinato cobarde por medio de la justicia. No; este anónimo viene de otra parte: tal vez de un cómplice vuestro. La verdad tiene un carácter que no puede desconocerse, y ese carácter de verdad se encuentra en este escrito. Sí, vos, ó habeis engañado al conde de Aranda suponiéndole jesuita, responsable de un crímen de traicion contra el rey, ó cómplice del conde de Aranda, habeis sido su instrumento. Vos sabeis cuáles son esas graves razones que su majestad reserva en su real ánimo: tengo la seguridad de ello. Hablad, con-

fesad, á fin de que haya una prueba que presentar á su majestad para que pueda obrar en justicia y reparar en lo que sea dable el gran daño que se ha hecho á una sociedad tal y tan meritoria como la Compañía de Jesús.

—Nada sé,—dijo Calcorra, que estaba cubierto de sudor frio,—y si se pretende arrancarme una falsa confesion por el tormento, declaro que esto será inútil, porque me dejaré hacer pedazos antes que hacerme reo por cobarde de un crímen que no he cometido.

—Se conoce la indomable firmeza; más aún, la inaudita fiereza de vuestro carácter, Calcorra,—dijo el padre maestro,—y se ha buscado un medio que os hará hablar, yo os lo aseguro.

El dominico agitó de nuevo la campanilla.

Calcorra le miraba con una ansiedad y con una ferocidad infinitas.

Se presentó el alcaide.

—¿Está en la cámara inmediata la persona que os mandé tuviéseis prevenida en ella?

—Sí, señor,—contestó el alcaide.

—Hacedla, pues, entrar al momento, y cuando entrare cerrad la puerta. ¡Ah! esperad: que estén prevenidos los verdugos del tormento.

Se estremeció hasta el fondo de sus entrañas Calcorra.

Entreveia de una manera oscura algo espantoso.

Desapareció el alcaide.

Poco despues entró Ana del Rey.

La puerta se cerró tras ella.

El salon estaba lleno de una especie de penumbra que hacia que al entrar en él no se distinguiesen perfectamente los objetos, sino un conjunto sombrío y terriblemente aterrador.

No habia más luz que la de las dos velas de cera que ardian sobre la mesa del tribunal.

Aquella débil luz dejaba ver de una manera tétrica el gran crucifijo colocado sobre el dosel, y producia en él proyecciones siniestras.

Las macizas arcadas se indeterminaban en la penumbra.

Lo más iluminado era la sombría cabeza del padre maestro, que imponia miedo.

Al entrar Ana del Rey se oyó un rugido espantoso.

Un rugido de tigre hambriento é irritado.

Parecia imposible que aquel poderoso rugido hubiese salido del pequeño, del mezquino Calcorra; y parecia imposible tambien que él, atirantando sus ligaduras, hiciese rechinar de una manera tal las argollas de hierro á que estaba sujeto, que no parecia sino que iban á romperse.

—¡Ah! ¡no! ¡no!—exclamó Ana del Rey, á quien aquel rugido, aquel rechinamiento habian llamado la atencion hácia Calcorra y le habia visto;—¡yo no quiero estar aquí!

Y se volvió enloquecida, fuera de sí, hácia la puerta, y como la encontrase cerrada se abalanzó hácia la barra por el lado opuesto donde estaba Calcorra, y exclamó con una angustia infinita:

—¡Salvadme, salvadme; me va á matar!

—¡Quién sabe!—murmuró el implacable don fray Lorenzo.

—¡Ah! ¡no, no! ¡por piedad!—exclamó Ana del Rey.

Y cayó de rodillas.

—Ya lo ois, Calcorra,—dijo de una manera terrible, pero fria, el padre maestro:—vuestra mujer no quiere morir. No la mateis.

—¡Ah! ¡infame, infame!—gritó Calcorra.

—Confesad,—dijo el dominico.

Ana del Rey estaba anonadada.

No oia, no veia.

Su situacion era poco ménos que un desmayo.

—No tengo nada que confesar,—dijo Calcorra con un acento tal, que revelaba todo el dolor, toda la rábia, toda la desesperacion que se revolvian en su alma.

—¿Olvidais,—dijo el padre maestro,—que cerca de vos está el potro?

—Concluyamos de una vez,—exclamó Calcorra:—despedazadme, pero yo no hablaré; no tengo nada que decir.

—Es que no se trata de vos,—dijo siempre impasible el dominico:—se trata de vuestra mujer.

—¡Cómo! ¿Pues qué? ¿vais á atormentar á mi mujer?—exclamó Calcorra.—¿Pues qué tiene que ver mi mujer con mis cosas?

—Es que vos resistireis el tormento de vuestro cuerpo,—dijo el padre maestro;—pero no resistireis

el tormento de vuestra alma, y vuestra alma es vuestra mujer.

Se agitó el miserable en una convulsion suprema.

Hizo un esfuerzo sobrehumano, y se oyeron rechinar con mucha más fuerza las argollas.

No era necesario que le diesen tormento.

Se lo estaba dando él ya.

Los cordeles se habian clavado en sus carnes.

Tal habia sido lo violento de su esfuerzo, que le sobrevino una tos violenta, una tos horrible.

Ana del Rey fijaba en él una mirada que no podemos describir.

Tal era su angustia y su terror.

El dominico dejó pasar la violenta tos que desgarraba el pecho de Calcorra.

Cuando esta hubo pasado, el dominico dijo:

—¿Hablareis al fin?

—No, no tengo nada que hablar,—dijo Calcorra con la voz apenas perceptible, fatigado, rendido, doblegado.

—No espereis piedad ni debilidad,—dijo el religioso;—el asunto es tan grave que nos vemos obligados á usar de todos los medios. Hablad, yo os lo intimo en nombre de Dios. Habeis cometido un crímen horrible, confesadlé.

—No tengo nada que decir,—exclamó Calcorra, cuya agonía y cuyo furor iban en aumento.

Ana del Rey, arrodillada aún á un extremo de la barra, replegada contra la pilastra en que la barra se apoyaba por aquella parte, miraba de una mane

ra conmovedora, por su espanto y por su ansiedad, ya á Calcorra, ya al dominico.

Alguna vez lanzaba una mirada furtiva al aparato de tormento que estaba en medio de la cámara cerca de la barra.

Su palidez llegaba á lo lívido, y de tiempo en tiempo la agitaba una fuerte convulsion.

Aquel era el resultado de un doble, ó más bien, de un triple terror.

Lo que en primer lugar la aterraba, era Calcorra.

Ella temia que el miserable encontrase fuerzas en su desesperacion, rompiese sus ligaduras y se arrojase sobre ella.

En segundo lugar la aterraba don fray Lorenzo.

El semblante del dominico aparecia impasible y sombrío.

Se adivinaba en él una resolucion decidida de no detenerse ante nada.

Por último, la causaba un espanto indecible el formidable potro.

—Es decir,—exclamó el dominico,—que vos os obstinais en decir que nada sabeis acerca de lo que se os ha preguntado.

—Repito,—exclamó á cada momento más descompuesto y más irreverente Calcorra,—que lo que se ejecuta conmigo es un odioso abuso de fuerza; un abuso inútil que nace de una equivocacion ó de una falsa denuncia; porque yo nada sé acerca de las causas de la expulsion de los jesuitas.

—Por última vez, meditadlo bien, Calcorra,—di-

jo, siempre frio, siempre impasible, el padre maestro.

—Nada tengo que decir, nada, nada, nada,—contestó completamente descompuesto Calcorra.

El dominico agitó la campanilla; se abrió la puerta y apareció el alcaide de la cárcel.

—Que entren los verdugos,—dijo á éste el padre maestro.

El alcaide desapareció.

Calcorra hizo un nuevo esfuerzo, impotente, para romper sus ligaduras.

Ana del Rey se levantó violentamente como impulsada por el terror, y extendiendo los brazos hácia el padre maestro, exclamó:

—¿Y qué culpa tengo yo para que se me haga la víctima de esto?

Ana del Rey adivinaba que ella era el *ánima vilis*, el cuerpo miserable en que, de una manera extraña, debia atormentarse á Calcorra.

Tal era la pasion de éste por su mujer.

El dominico no contestó.

Escribia.

Se abrió la puerta, y entraron dos de los sayones del Santo Oficio: dos hombres sombríos, siniestros, brutales, vestidos de negro como el ejecutor de altas obras de la villa de Madrid, sin polvos en los cabellos y recogidos estos atrás en una redecilla negra.

Aquellos sicarios eran fornidos, atléticos, bravíos.

Parecian criaturas de un mundo aparte; semejantes en la forma á un sér humano; pero con una se-

mejanza alterada por un decidido carácter de brutalidad y de absoluta falta de conciencia.

—Apoderaos de esa mujer,—dijo el padre maestro;—desnudadla y ponedla en el potro.

La desesperacion dió fuerza á Ana del Rey, que á pesar de sus faldas, á pesar de su delicadeza, salvó de un violento salto la barra, aunque era alta; se lanzó hácia el dominico y se abrazó á él.

—No, no,—exclamó,—yo no he cometido más delito que el de ser la querida de un hombre amado. Sí, sí, yo soy adúltera; pero no se atormenta más que á los que niegan sus delitos, y yo no le niego.

Los verdugos, faltándoles una órden terminante para ello, no se habian atrevido á pasar la barra.

Cosme Calcorra gritaba entretanto, debatiéndose siempre, pugnando por romper los cordeles que le sujetaban y gritando:

—¡Yo hablaré, yo hablaré! ¡yo lo diré todo! ¡pero que no atormenten á mi mujer, á mi alma! No, no, ¡infames! ¡asesinos! ¡mónstruos!

En cuanto al padre maestro, era como si Ana del Rey se hubiese abrazado á una estátua. Pero aquello duró solo algunos segundos.

Al manifestar Calcorra que hablaria, el padre maestro dijo á Ana:

—Soltadme, mujer; nada temais, puesto que vuestro marido va á hablar.

Ana se desasió del religioso, permaneciendo inmóvil y anhelante á una pequeña distancia, con la mirada extraviada, y convulsa de terror.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Soltadme, mujer; nada temais, puesto que vuestro marido va á hablar.

El padre maestro la asió de una mano.

—Venid, venid,—la dijo;—vos no podeis oir lo que vuestro marido va á declarar.

Y la llevó á la puertecilla que estaba á la derecha del dosel.

La abrió y salió con ella.

La hizo atravesar un pequeño aposento, iluminado por una lámpara; abrió otra puerta, entró con Ana en otra habitacion que no tenia salida alguna, alumbrada por otra lámpara, y la dijo:

—Aquí permanecereis; yo vendré á buscaros cuando sea tiempo.

Salió y cerró la puerta.

Volvió luego á la cámara del tormento, y se sentó en el sillon.

Los verdugos estaban á alguna distancia de la barra.

Calcorra, doblegado ya, habia dejado de esforzarse por romper sus ligaduras, y estaba desplomado como pendiente de ellas, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Se oia su respiracion agitada, rugiente.

—Salid,—dijo el dominico á los verdugos.

Estos salieron.

—Hablad, pues, Calcorra,—exclamó el dominico.

—Sé que voy á morir,—dijo Calcorra;—pero os habeis valido de un terrible medio; no, yo no puedo sufrir que las carnes de mi mujer sean despedazadas por el tormento: no, no, nadie, pudiendo yo evitar-

lo, la tocará... ¡Ah! ¡sois demonios! ¡conoceis el arte de atormentar, de despedazar!...

—No perdamos el tiempo,—dijo el padre maestro;—¿conoceis vos las causas que han influido en el rey para fulminar contra la Compañía de Jesús la pragmática sancion por la cual se ha extinguido y extrañado de España á la Compañía de Jesús?

—Yo lo he hecho por mi mujer, siempre por mi mujer,—exclamó Calcorra;—en mal hora la conocí. El conde de Aranda se valió de ella para obligarme á hacer lo que hice, como vos os valeis de ella para obligarme á declarar lo que declaro; por el conde de Aranda fué extinguida la Compañía de Jesús; por vos yo seré ejecutado en secreto en alguno de los secretos calabozos del Santo Oficio ó de la cárcel secreta de los Invisibles.

—Vos habeis hecho traicion á todo, Calcorra,—dijo el dominico.

—¡La pasion loca, incomprensible que siento por mi mujer, me ha perdido!

—Vos sois un miserable; á pesar de vuestra insensata pasion por esa desdichada, habeis practicado un contrato de lodo: habeis consentido las relaciones infames de vuestra mujer con el marqués de Esquilache, en tanto que vuestra mujer y vos érais los facilitadores de las relaciones vergonzosas que existian entre el rey y la marquesa de Esquilache.

—Yo era viejo, yo era pobre; la idea de la muerte me estremecia por ella: yo queria dejarla una fortuna.

—Sin embargo, un crímen odioso, el secuestro de la marquesa de Letour, os habia hecho rico.

—Todo me parecia poco para mi Ana.

—¡Ah! ¡las pasiones brutales!—exclamó el dominico.—Nosotros debíamos haberos castigado: primero por vuestra immoralidad, despues por vuestro crímen; pero nos érais extraordinariamente útil, y ya lo sabeis, nosotros lo posponemos todo á una grande idea. Nuestros instrumentos no pueden ser siempre puros: el mal se combate con el mal, los vicios sociales con los vicios individuales. Vos podeis continuar siéndonos útil: en vos consiste, pues, el determinar la decision más ó ménos terrible acerca de vuestro porvenir. Obedeced, pues, como habeis debido obedecer sin necesidad de obligarnos á más medios repugnantes; decidnos, pues, la causa de esa extraña y escandalosa expulsion; las razones que el rey alega en su decreto no son bastantes para una medida tan iracunda, tan trascendental y tan injusta; veamos cuáles son esas otras razones que el rey, en ese mismo decreto, dice reserva en su real ánimo.

—Pues bien; yo no he hecho más que usar de una calumnia de que ya se ha usado, haciendo responsable de ella á los jesuitas. Esta es otra calumnia que me ha sido inspirada por el conde de Aranda.

—¡Ah! ¿Se trata de la bastardía del rey?

—Sí, señor.

—¿Pero cómo habeis podido hacer responsables de ese dicho á los jesuitas?

Cosme Calcorra contó entonces al padre maestro

la historia de la carta falsificada puesta entre la correspondencia de los jesuitas, que se habia presentado al rey.

—¡Ah!—exclamó el padre maestro.—¡Como del conde de Aranda!... ¡horrible! Ese hombre habia hecho traicion á la Compañía de Jesús; estaba aterrado, necesitaba deshacerse de ella, quitarla todos los medios de accion, y ha encontrado en vos un instrumento á propósito.

—Me ha obligado, padre maestro; siempre ella, ella, que es mi lócura y mi perdicion.

—Yo ignoraba lo grave, lo gravísimo del horrendo delito que habeis cometido.

—Sin embargo, no os lo oculto..

—Nos sois extraordinariamente útil, y procuraremos salvaros. Se os va á desatàr, Calcorra, se os va á entregar vuestra mujer; pero oid. Si nosotros los Invisibles no podemos herir en la sombra ni en el aire, cuando tenemos un cuerpo sobre el cual caer, ese cuerpo no se nos escapa, bien lo sabeis: os ha protegido el misterio, pero ese misterio no existe ya: estais delante de nosotros; vuestro cuerpo es sensible; la carne que podemos desgarrar aterrándoos, aniquilándoos, es vuestra mujer, por esa extraña fascinacion que por ella se ha apoderado de vos; no pretendais burlarnos, porque habreis sacrificado á la mujer que os enloquece, y que caerá bajo nuestros golpes, aunque la escondais en el centro de la tierra ó encima de las estrellas.

—¡Dadme mi mujer!—exclamó Cosme Calcorra,—

y contad conmigo hasta para lo más terrible. Yo seré vuestro espía y vuestro verdugo, y yo os amaré, porque me habreis vuelto mi Ana.

—De aquí saldreis con ella.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, respetable padre maestro!—exclamó Cosme Calcorra, cambiando completamente de expresion y de acento, como si hubiese despertado de una pesadilla horrible; pero fatigado, palpitante aún.—Olvidaos, yo os lo ruego, de las injurias que os he prodigado. Yo estaba loco: ella es mi vida y mi alma; por ella me enfurezco, por ella soy capaz de todo.

El dominico llamó.

Entraron los verdugos.

—No, no, vosotros no,—dijo el padre maestro;—que entre el alcaide.

Los verdugos se retiraron y el alcaide entró.

—Desatad á ese hombre,—dijo el dominico.

Calcorra fué desatado.

Pero se vió en la necesidad de asirse á la barra para no caer.

De tal manera se habia esforzado por desasirse; tales y tan violentos esfuerzos habia hecho, que verdaderamente se habia dado tormento.

—¡Ah! yo no puedo tenerme de pié,—exclamó Cosme Calcorra;—estoy destrozado, y además tengo toda la sangre en la cabeza. ¡La fiebre me devora! ¡Oh! He sufrido mucho, mucho, de una manera imponderable.

Estaban solos.

El alcalde se habia retirado en el momento en que habia desatado á Calcorra.

—Vais á ser conducido á vuestra casa en un carruaje. Allí se os cuidará. Apenas hayais llegado con vuestra mujer, se os presentarán dos criados; despedid á la mujer que os sirve, y aceptad esos nuevos servidores.

—¡Oh! sí,—exclamó Calcorra.

—Tened en cuenta que esos servidores nos pertenecen; que son unos ojos y unos oidos que verán todos vuestros movimientos y oirán todas vuestras palabras. No os entregamos á vuestra mujer para que la martiriceis. Si ella ha faltado á sus deberes, vos la habeis dado ocasion para ello; vuestro enlace con ella fué inmoral, de todo punto inmoral, infame. Vos lo aceptasteis todo, vos os vendísteis. Un marido honrado puede y debe matar á su mujer adúltera; pero un hombre que, como vos, vende su honra, aceptando como esposa á la querida de otro, no puede exigir ninguna especie de consideracion, ni de respeto á esa mujer.

—Yo, respecto á ella,—dijo Calcorra,—no soy un hombre, padre maestro, yo soy un loco. Ninguna recomendacion, ninguna advertencia, ninguna amenaza teneis que hacerme para que yo respete á mi mujer, para que sea su esclavo. Esto lo ha hecho ya Satanás, porque Dios no puede inspirar estas infames locuras.

—Y bien,—dijo el padre maestro,—es muy posible que vos no os atrevais á nada tratándose de vues-

tra mujer; pero os atrevereis á todo respecto al conde de la Salmedina. Oid, Calcorra: porque así conviene y porque así lo queremos nosotros, el conde de la Salmedina es sagrado para vos.

—Hé aquí,—exclamó Calcorra,—el mayor sacrificio que se me pide, y sin embargo, yo soy vuestro, completamente vuestro esclavo.

—Nosotros no queremos esclavos; pero sí hombres que respeten sus juramentos. Libre érais cuando entrásteis en nuestra asociacion, libremente os comprometisteis; confiando en vos se os inició, se os elevó á nuestros más altos grados, á vos, un hombre humilde y oscuro.

—Yo he servido con toda mi alma y con toda mi inteligencia á la sociedad, y sólo una pasion satánica ha podido hacer que yo me olvide de todo.

—Y bien,—dijo el padre maestro,—nuestra sociedad vuelve á admitiros en su seno.

—Oid,—dijo Calcorra; - antes de entregarme mi mujer, tranquilizadla, decidla que ningun mal tiene que esperar de mí; de otro modo, si vos no la persuadís, Ana morirá de terror al verse en mi poder. Id, id, padre maestro, espero impaciente.

El dominico fué á buscar á Ana del Rey.

Esta se abalanzó á él.

—Y bien, señor,—le dijo;—decidme, ¿qué tengo que temer? ¿qué puedo esperar? ¡yo me estoy muriendo!

—Vuestro marido os espera, señora,—dijo el padre maestro á Ana del Rey.

—¡Ah, no!—exclamó ésta.—Mi marido jamás, ¡muerta antes!

—Vuestro marido os respetará, porque vela por vos una proteccion poderosa. Vuestro marido no tocará ni á uno solo de vuestros cabellos; estad tranquila, señora; vos le aceptásteis, y vos debeis continuar á su lado; ese es vuestro deber. Olvidad la funesta pasion que os domina, y ya que no podais ser feliz, porque habeis matado vuestra felicidad, procurad al ménos no aumentar los males que habeis causado.

—¡Ah! no, no, yo he sido la víctima, yo he sido sacrificada: yo pertenecí al marqués de Esquilache por salvar á mi pobre madre enferma. ¡Y luego ese hombre!...

—Olvidad, olvidad, señora. El cumplimiento del deber es con mucha frecuencia duro, y á veces terrible; creedme, nada teneis que temer, ni por vuestra libertad, ni por vuestra vida. Un poder incontrastable os protege: ese hombre no se atreverá á nada contra vos.

—¡Oh! ese hombre me matará, ese hombre es una fiera: yo no quiero vivir al lado de ese hombre: tenedme presa en la Inquisicion, emparedadme; lo prefiero todo á vivir con él.

Ana del Rey hablaba con toda su alma.

Se comprendia que su marido la causaba horror.

El padre maestro se veia obligado una vez más á llevar la cuestion á un terreno poco decoroso.

Pero convenian los servicios de Calcorra.

Habia que sacrificarlo todo á una idea, la idea humanitaria que en otra ocasion habia enunciado al conde de la Salmedina el padre maestro.

—Vos,—dijo éste,—no estareis nunca sola con vuestro marido: junto á vos habrá siempre á lo ménos una de dos personas, que ejercerán una intervencion aceptada y respetada por Calcorra. Esas dos personas serán dos criados, un hombre y una mujer, que encontrareis en vuestra casa: dos criados: estad tranquila, señora. Os lo repito, un poder que vos no conoceis, pero que es formidable, os protege. A más de eso, vos dominais á vuestro marido, os adora, podeis hacerle vuestro esclavo.

—¿Decís que habrá junto á mí dos de vosotros?

—¿Y quiénes somos nosotros?

—Los Invisibles,—contestó Ana del Rey mirando fijamente al dominico.

—¡Ah!—exclamó éste;—¿con que es decir que vuestro marido no tenia secretos para vos?

—Ninguno.

—Hay que contar con los inconvenientes de las flaquezas y de las pasiones humanas,—exclamó el padre maestro.—Esto retarda la marcha de la humanidad. Por lo mismo, hay que redoblar los esfuerzos y marchar con fe hácia adelante.

Estas palabras las dijo el padre maestro como hablando consigo mismo.

—Y bien,—añadió dirigiéndose á Ana;—esto quiere decir que nos perteneceis. ¿Quereis pertenecernos?

—Sí, si esto me hace inviolable.

—Decididamente, señora.

—Pues bien; os pertenezco... ¿Y decís que en mi casa como interventores de la conducta de mi marido respecto á mí habrá dos de los Invisibles?—preguntó Ana del Rey.

—Decididamente dos miembros leales y enérgicos, cuya autoridad se verá obligado á respetar Calcorra; pero os aconsejo que contemporiceis con él.

—Yo no puedo hacer vida comun con mi marido,—dijo Ana del Rey;—basta ya de indignidades. Si yo sucumbí al marqués de Esquilache, fué por nuestra miseria, por mi madre enferma. Si despues me casé con Calcorra, fué por cubrir mi honra. Calcorra me era siempre repugnante, y yo no le amaba: yo podia sacrificarme; pero ahora no puedo, no quiero morir; amo mi vida, mi alma, mi eternidad, soy de un hombre. Yo puedo sentenciándome renunciar á ese hombre; pero no puedo de ninguna manera, me es de todo punto insuperable, partir mi existencia con otros sér: yo viviré bajo un mismo techo con mi marido, cuidaré de él, seré su sierva; pero su esposa, su mujer, nunca. Todo está terminado entre nosotros: somos dos extraños; yo, sacrificada siempre al amor de otro hombre, no he hecho más que someterme al invencible imperio de mi corazon.

—Bien, señora; es necesario entregaros á vuestro marido: vuestro marido os reclama, y no puede desatenderse la reclamacion, ni es conveniente. Creedme; os lo repito: nada aventurais; poneos sobre vos;

tenais el alma fuerte; dad una prueba de ello volviendo junto á vuestro marido sin palidecer y sin temblar: él, por su parte, os adora y no puede ménos de perdonaros. Esta es la mejor garantía que teneis contra él: su mismo amor. Pero concluyamos, señora, concluyamos: ese hombre espera, y además, yo no dispongo de bastante tiempo.

—Y bien,—dijo Ana,—que mi marido vuelva á su casa; luego iré yo: yo sé que él á nadie ha dicho que me he fugado de su casa, que le he abandonado; sino que yo estaba cuidando de una parienta mia enferma en Alcorcon. Yo entraré en mi casa como si volviera de improviso; así no habrá escándalo, y todos creerán que yo he vuelto naturalmente á mi casa.

—Convenido,—dijo el padre maestro.—Calcorra volverá dentro de un cuarto de hora. Despues que haya vuelto, vos llegareis como si volviérais de un viaje.

El padre maestro dejó encerrada á Ana, volvió adonde estaba Calcorra impaciente y ansioso, y le reveló lo que se habia convenido entre Ana del Rey y él.

Calcorra volvió á su casa.

Empezaba á apuntar el dia.

La vieja que le servia se asombró de su ausencia y se permitió algunas observaciones irreverentes, como las de todas las viejas que sirven como amas de gobierno á hombres solos.

Calcorra tomó pretexto de aquello.

Contestó ágria é inconvenientemente á su doméstica, y ésta se sulfuró.

Calcorra se sulfuró aún más, la ajustó la cuenta y la plantó en la calle.

A la salida del sol llamaron á la puerta.

Calcorra fué á abrir.

Se le presentaron un hombre y una mujer.

El, como de cuarenta años.

Ella, como de treinta y cinco.

Tenian muy buen aspecto, aunque grave.

Calcorra vió en ellos los dos interventores que ponian á su lado los Invisibles.

—No hay que hablar nada,—dijo Calcorra;—estais en vuestra casa.

—Sí, sí,—contestó el hombre:—ya sé que os estamos recomendados por el respetable padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

—Sí, es verdad,—dijo Calcorra:—estoy preso y vigilado, y vosotros sois mis vigilantes y mis carceleros.

—Vigilantes, sí; carceleros, no,—dijo tranquila pero severamente aquel hombre:—vos podeis entrar y salir; nosotros no tenemos aquí otra mision que la de proteger á vuestra esposa.

—En buen hora,—dijo Calcorra;—pero mi esposa no necesita ser protegida por nadie: basta con que la proteja yo.

—Convengamos, pues,—dijo ella, que no era ménos séria ni ménos grave que él,—en el sistema que ha de observarse en la casa. Vuestra mujer, señor

don Cosme, vivirá bajo vuestro mismo techo, pero con una absoluta separacion de vos; vos no la vereis más que á las horas del almuerzo, de la comida y de la cena. Por lo demás, vuestra esposa vivirá en su cuarto, en el cual la acompañaré yo; vos en el vuestro, en el cual os acompañará mi marido. La señora no saldrá ni aun á misa sino conmigo, y yo no he de permitir que yendo conmigo se acerque á ella persona alguna. Yo desempeñaré todos los quehaceres de la casa, y mi marido los quehaceres de afuera. El será vuestro mayordomo y vuestro ayuda de cámara: yo seré la acompañante de la señora cuando de casa salga; dentro de la casa su doncella y su cocinera. La más leve infraccion de esta conducta, será cuestion de que nosotros la manifestemos á nuestros superiores. Estamos, pues, convenidos.

—Yo no puedo hacer otra cosa que convenirme.

—Pues bien,—dijo aquella mujer extraña;—habiamos contado con vuestra aquiescencia, y hemos dejado un coche en la calle Mayor: mi marido se quedará en la casa: vos vendreis conmigo hácia las Ventas de Alcorcon para recibir á vuestra mujer, que os saldrá al encuentro. No perdamos, pues, el tiempo: cuando salgamos, alguien que observa irá á avisar para que todo esté dispuesto, á fin de que encontreis sobre el camino á vuestra mujer antes de llegar á las Ventas de Alcorcon. . . . . . .

Cosme Calcorra arregló el desórden de su traje, y á pesar de que estaba dolorido, enfermo, á causa de

los esfuerzos que habia hecho y de las fuertes excitaciones que habia sufrido, salió con su nueva ama de gobierno, y entró en un carruaje que habia esperando en la calle Mayor, porque en la calle de San Cristóbal, muy estrecha entonces, no podia entrar un carruaje.

Antes de que el carruaje llegase al pié de la colina donde hoy está el cementerio general de la puerta de Toledo, se encontraron con otro carruaje tirado por cuatro poderosas mulas.

Los dos carruajes se detuvieron.

Calcorra, á pesar del mal estado de su salud, se arrojó ávidamente fuera del carruaje y fué á abrir la portezuela del otro.

Lo que sucedió fué repugnante y á la par admirable.

Tanto Calcorra como Ana del Rey, cuya fuerza de voluntad conocemos ya, estaban sobre sí.

—¡Oh! ¡hija mia!—exclamó Calcorra;—al fin...

—Sí, al fin,—dijo Ana del Rey, bajando del carruaje y dejándose abrazar por su marido y aun abrazándole.—Todo va bien.

Luego, desasiéndose de Calcorra, dijo al mayoral y al zagal de su coche:

—Pasad mi cofre á la zaga del coche de mi marido; yo no os necesito ya, podeis retiraros.

Y siguiendo á Calcorra, se metió en el carruaje de éste.

Calcorra estaba verdaderamente alegre, como enloquecido por tener al fin á su lado, despues de una larga ausencia, á su mujer.

No parecia otra cosa sino el marido más feliz de la tierra que no hubiese tenido absolutamente nada que reprochar á su mujer.

En cuanto á Ana, no solamente estaba completamente sobre sí, sino que representaba un papel de comedia, ó mejor dicho de drama, de una manera admirable.

No parecia otra cosa que una mujer casada, que despues de mucho tiempo se reunia á su marido, á quien amaba.

Entrambos sabian, sin embargo, que la mujer que les acompañaba estaba en el secreto de todo.

No obstante, se cubrian las apariencias.

La línea de conducta que debia seguirse estaba ya empezada.

Una hora despues, Calcorra y Ana del Rey almorzaban en su casa, como el matrimonio mejor avenido del mundo.

Capítulo XLV.

Una carta misteriosa y terrible.

La noche de aquel mismo dia, al ir á acostarse el señor rey don Cárlos III, se encontró sobre la almohada una carta.

Causóle esto no poco sobresalto, porque á los reyes los sobresalta todo lo que aparece para ellos misterioso.

Porque ¿qué puede ser un misterio, tratándose de un rey, más que una conspiracion?

¿Y qué hay que sobresalte más á los reyes que las conspiraciones?

Tentaciones tuvo el rey de llamar á sus servidores, como si aquella carta hubiese podido lanzarse sobre él y coserle á puñaladas.

Pero era muy perspicaz como buen Borbon, y

tal podia ser de importante aquella carta, que no permitiese dar conocimiento de ella á nadie.

Sin embargo, aquella carta podia contener en su sello un fulminante.

Ya por aquel tiempo se habian dado varios ejemplos del uso de este medio traidor.

Cárlos III tomó con la extremidad de los dedos la carta, y la examinó.

No tenia sello, ni aun siquiera oblea.

Estaba abierta.

Esto queria decir que se habia supuesto el temor del rey, y que se habia procurado que no cayese en este temor.

Lo que significaba que la carta era muy importante y muy secreta, cuando se habia evitado que nadie pudiese ni aun apercibirse de ella.

¿Y quién habia puesto aquella carta allí?

Esta fué la pregunta que se hizo el rey.

Pero no encontró ninguna solucion á aquel problema.

Como él habia sido jesuita, sabia hasta dónde alcanzaban los medios de los hijos de San Ignacio de Loyola.

Aquella carta podia haber entrado por las rendijas, ó tal vez por arte de mágia, porque el rey era más que medianamente supersticioso, y ni aun sospechó, pensando en los medios naturales, que aquella carta la hubiese llevado allí, cómo era la verdad, su queridísimo hijo el señor príncipe de Astúrias.

Se entiende que la tal carta habia pasado primero por las manos de María Luisa, quien la habia recibido, con otra carta y otro sobre cerrado, del perínclito Cascajares, al cual la habia dado no ménos que en el confesonario el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

La carta que bajo un sobre con otra carta abierta para el rey habia recibido la princesa de Astúrias, decia lo siguiente:

«Señora:

»Importa sobremanera que esta noche cuando su majestad se recoja, encuentre sobre la almohada la carta que tengo el honor de remitir á vuestra alteza. Por el contenido de esa carta, que va abierta, comprenderá vuestra alteza su importancia. No pedimos á vuestra alteza obediencia, sino ayuda. Dios guarde la preciosa vida de vuestra alteza muchos años. Señora: A. L. R. P. de V. A.—Quien su alteza adivina.»

La carta que acompañaba decia lo siguiente:

«Señor:

»Hace algunos meses vuestra majestad encontró en una correspondencia ocupada á los jesuitas una carta, al parecer escrita por el general de la Compañía en Roma, cuyo contenido era el siguiente:»

Aquí se copiaba la carta que ya conocen nuestros lectores.

Despues continuaba así:

«Esta no era más que una falsificacion hecha por un miserable. Vuestra majestad ha conservado sin duda esa carta, en que se ha falsificado de una mane-

ra maestra, de una manera admirable, la escritura del padre Casti, general de la Compañía de Jesús.

»Si vuestra majestad compara la escritura de esa carta con la de la presente, verá que son exactamente iguales: de tal manera, que ambas parecen escritas por una misma mano.

»Podrá creer vuestra majestad que esta carta ha sido escrita por el general de la Compñía de Jesús; pero nosotros podemos probar suficientemente á vuestra majestad, que tanto aquella carta como esta son sorprendentes falsificaciones.

»Vuestra majestad verá escribir en su presencia al que en las dos cartas ha falsificado la escritura del padre Casti, y esto demostrará á vuestra majestad con cuánta ligereza, influido por un error, ha fulminado contra una sociedad respetable por sus virtudes y por los beneficios que producia, la pragmática sancion de 18 de Marzo del año pasado, con arreglo á la que los jesuitas han sido extinguidos y extrañados de España. Una prueba de su inocencia es el descuido en que se encontraban y la seguridad con que se ha dado ese terrible golpe contra ellos.

»Si los jesuitas hubieran sido culpables, hubieran conocido la falta del pliego con el cual se quedó vuestra majestad; hubieran estado sobre aviso, y como tenian relaciones en todas partes, hubieran parado el golpe, ó por lo ménos hubieran procurado pararle.

»La Compañía de Jesús no es lo que se dice, señor; su objeto no es otro que el que se contiene en sus estatutos, que son públicos, y que nada entrañan de

misterioso; pero á los jesuitas los ha perseguido siempre la envidia de los otros indivíduos del clero secular y regular; y se les han atribuido propósitos y ambiciones que carecen de todo fundamento, y para probar los cuales no hay ni puede haber medio alguno. Cierto es que hace algun tiempo algunos de ellos, infringiendo el mandato de vuestra majestad, se han atrevido á presentarse en Barcelona y en algunos otros puntos. Pero hay que tener en cuenta, señor, hasta dónde llega el apasionado amor de la patria, cuán intolerable se hace, y cuán desesperado es vivir lejos de ella, recordándola siempre y sin esperanzas de volver.

»La patria, para los buenos, es la vida, señor, porque nuestra vida seria incompleta y absurda si sólo se alimentase de lo presente. A cierta edad nuestra vida está representada por recuerdos tristes que representan los afectos más tiernos y más sagrados de nuestro corazon. Y á medida que la edad avanza, á medida que la esperanza de lo porvenir amengua, la vida de los recuerdos se hace más poderosa. Allí, en la tierra querida, cuyos horizontes encierran nuestra patria, horizontes que hemos visto desde niños, está el hogar donde hemos nacido, donde nuestros padres, nuestros hermanos y nuestros amores han muerto; la iglesia, á cuya sagrada sombra está en su sepultura. Allí resuena la voz de la campana que hemos oido desde nuestra infancia, que nos ha llamado á la oracion y al consuelo.

»Meditad, señor, que la patria es un pedazo de no-

sotros mismos: que fuera de ella se siente esa horrible enfermedad que se llama la nostalgia, y que una atraccion poderosa é irresistible ha traido á esos pocos desgraciados á morir sobre el suelo de la patria, á buscar su tumba junto á la de sus padres.

»Mirad, señor, que allí donde todo es eterno, que allí donde no prevalece ni puede prevalecer la mentira, allí donde resplandece la eterna justicia, se os pedirá un dia, tal vez próximo, una severísima cuenta de las desgracias que habeis causado á un gran número de inocentes.

»No querais que Dios, rey de reyes, contra el cual no hay poder, os pida cuentas de la manera como habeis administrado la justicia que ha puesto en vuestras manos.

»No veias, señor, en lo que acabais de leer una amenaza humana, sino una amonestacion piadosa de nosotros, que como sacerdotes de Dios por una parte y ministros de la humanidad por otra, os hacemos llenos de caridad.

»No creais tampoco que esta carta proviene de los jesuitas: ellos ignoran la existencia de ésta, como ignorarán la existencia de la otra. Nosotros no pertenecemos á su órden: nuestra órden es infinitamente extensa, está en todas las partes del mundo; es tan poderosa como no lo ha sido jamás asociacion alguna, y tan antigua que se pierde en la noche de los tiempos.

»Nosotros somos los hijos de la luz, como la luz impalpables; pero que, como la luz, penetramos en to-

das partes; no importa que nuestra tarea se cumpla lentamente á través de los tiempos: nosotros somos el progreso humano, que marcha llevando delante de sí la antorcha de la ciencia; nuestros hermanos han sido, y son en todos los tiempos y en todas partes, sin saberlo ni aun sospecharlo, los hombres cuya inteligencia superior ha presidido, preside y presidirá las revoluciones del mundo.

»Nosotros lo podemos todo, pero no queremos llegar á nuestro propósito de una manera violenta y airada; los grandes cataclismos, que á veces no podemos evitar, detienen la marha de la humanidad, determinando un retroceso funesto; nosotros difundimos la luz, pero en nuestra luz no hay reflejos de sangre: nuestra luz es siempre pura.

»Las grandes catástrofes sociales no las determinamos nosotros; no queremos, no podemos determinarlas.

»Ellas son los resultados de los crímenes de los tiranos; ellas son fiebres determinadas por tratamientos inicuos, por corrupciones deletéreas que descienden de una altura emponzoñada.

»Meditadlo bien, señor. Nosotros no os amenazamos, sino que os amonestamos, os compelemos á volver al camino de la justicia.

»Vuestra majestad no ha debido abandonarle; pero si fuese necesario, nosotros que, como todas las criaturas humanas, hemos recibido de Dios la delegacion de la justicia y el deber de su ejercicio, la ejercitaremos, si necesario fuese, haciendo caer un casti-

go justo sobre el contumaz, que irritado por sus pasiones, impulsado por su soberbia ó por sus ódios, se obstina en mantener la injusticia.

»Vuestra majestad nos conoce, señor. Vuestra majestad nos ha pertenecido; vuestra majestad sabe que la corona que ciñe nos la debe. Vuestra majestad sabe con cuánta razon ha sido separado de nosotros.

»Pero vuestra majestad sabe tambien con cuánta longanimidad hemos perdonado la que podia llamarse una traicion, en que vuestra majestad, ébrio por la soberbia, ha incurrido contra nosotros.

»Vuestra majestad ha faltado á todas las condiciones á que se sometió, á trueque de poseer la corona de España.

»Nosotros nos hemos satisfecho con arrancar de nuestro seno al que se ha atrevido á ponerse frente á frente de nosotros, provocándonos con una temeridad lamentable.

»Nosotros esperábamos que vuestra majestad reconociese un dia su error, y viniese á nosotros un dia arrepentido como el Hijo pródigo.

»Pero esta indulgencia nuestra no ha servido sino para que vuestra majestad se embravezca, se crea superior á todo, y yendo de tiranía en tiranía, haya acabado al fin por un crímen enorme.

»Nosotros no podemos consentir ni tolerar se prolonguen por más tiempo sus consecuencias.

»Hay un asomo de razon en la determinacion airada que vuestra majestad ha tomado contra los jesuitas; pero ese asomo de razon empalidece más y

más cuanto más se piensa en la forma inaudita y tiránica con que la expulsion ha sido llevada á cabo, sin forma de proceso, sin respeto alguno á las inmutables y santas prescripciones de la justicia.

»Nosotros amonestamos á vuestra majestad, y le compelemos una, dos y tres veces para que vuelva á nuestra obediencia, de la cual, aunque nosotros le hayamos segregado de nuestro seno, no le hemos dispensado.

»Nosotros queremos que el proceso que vuestra majestad, por las razones que vuestra majestad sabe, no ha querido se instruya públicamente como correspondia de derecho, prescindiendo de toda soberbia y de toda vanidad humana, porque no hay nada que prevalezca ni pueda prevalecer sobre la justicia, se instruya secretamente entre nosotros y en presencia de vuestra majestad.

»En el curso de ese proceso aparecerá la verdad, indudable, clara como la luz del sol al mediodía.

»Por lo tanto, nosotros citamos á vuestra majestad para dentro de tres dias á la media noche, casa de Cosme Calcorra, donde vuestra majestad ha ido tantas veces en busca de miserias que nosotros no hemos podido ménos de ver con alto desagrado.

»Vuestra majestad no corre peligro alguno entre nosotros.

»Vuestra majestad sabe que el dia en que nosotros le sentenciemos porque encontremos méritos bastantes para ello, la sentencia será ejecutada sobre vuestra majestad en medio de su córte; entre los mu-

ros de su palacio, cuando rodeen á vuestra majestad sus guardias.

»Vuestra majestad lo sabe: nuestra mano alcanza á todas partes, hiere en la sombra y su herida es mortal.

»Como ha llegado á vuestra majestad esta carta sin que nadie se aperciba de ello, llegará, si nosotros sentenciamos á vuestra majestad, nuestro verdugo.

»Acudid, pues, á nuestra cita, tranquilo y seguro de que ningun peligro corre la vida de vuestra majestad.

»Pero si vuestra obediencia puede predisponernos en favor de vuestra majestad, de la misma manera la rebeldía de vuestra majestad provocará las consecuencias de nuestra justicia.

»Dios guarde é ilumine á vuestra majestad.

LOS INVISIBLES.»

Esta carta produjo en el rey un efecto contradictorio é inexplicable.

De una parte sublevó su soberbia, y de otra produjo su espanto.

¿Quiénes eran aquellos Invisibles á los cuales habia pertenecido?

Pero en el último rango, sin que se le hubiese hecho más que una iniciacion general, él habia asistido en Nápoles á muchas reuniones; pero no habia conocido á ninguno de aquellos rojos encubiertos.

La muerte de Fernando VI le llamaba, es cierto, al trono de España.

Pero se habian revivido las aspiraciones austriacas, muertas por el resultado de la guerra de sucesion, ó más bien, por el decidido apoyo que los españoles habian prestado á Felipe V.

En la muerte de Fernando VI habia habido algo de extraño y misterioso, y todos los esfuerzos del Austria se habian estrellado contra una influencia poderosa, invisible, que habia puesto sin contraccion sensible, en el trono de España á Cárlos III.

Pero esto no habia sido sin que él hubiese contraido graves compromisos con los Invisibles; compromisos á que habia faltado desde el momento.

Los mismos que habian tenido fuerza para ponerle sobre el trono de España, la tenian sin duda para derrocarle de él.

Cárlos III lo comprendia esto claramente.

Y despues de haber leido aquella amenazadora carta, creia que, en efecto, habia obrado con demasiada ligereza expulsando á los jesuitas á causa del Motin de Esquilache.

Nada se habia probado contra ellos.

El rey no habia tenido más motivo que aquella carta formidable, en que se aconsejaba se propalase su bastardía á fin de que los españoles se avergonzasen de estar dominados por un rey de tal manera ilegítimo.

Pero en la carta que acababa de leer se le aseguraba que aquella otra carta habia sido una falsificacion, y se le prometia la prueba de ello.

Esto era altamente importante por todos conceptos para el rey.

Sin embargo, su soberbia se oponia.

Despues de lo hecho, despues de haber resistido á las amonestaciones del papa, se le hacia durísimo anular lo mandado y declarar paladinamente que habia cometido una gravísima injusticia.

Y á vueltas de esto, un terror horrible helaba el alma del rey.

El sabia demasiado cuánto podian aquellos Invisibles, que, como decian muy bien en su carta, eran impalpables como la luz, y como la luz penetraban en todas partes.

¿Quién habia llevado allí aquella carta?

Esto era terrible.

Y el rey no se atrevia á averiguar quién pudiera haber sido quien había podido llevar hasta su mismo dormitorio y colocar sobre su almohada aquella carta.

Temia provocar con esto las iras de los Invisibles.

Por otra parte, el rey ni aun siquiera sospechaba que su propio hijo, el príncipe de Astúrias, hubiese sido quien hubiese puesto al alcance de su mano aquella carta.

Aranda gozaba de toda la confianza del rey; pero ni aun á su misma sombra hubiera confiado Cárlos III que habia recibido aquella carta.

Era, pues, aquel á quien se llama el buen rey un mar de confusiones, como vulgarmente se dice.

Pero como no hay nada, por malo que sea, que no contenga algo bueno, lo que habia de bueno para el rey en aquella carta era la esperanza de que una

prueba completa desvaneciese para él la horrible duda de si era ó no verdad la bastardía de su orígen.

Como lo hemos manifestado ya, Cárlos III era firme de carácter y rápido en sus resoluciones.

—Iré,—dijo:—verdaderamente, mi vida no corre peligro: ellos no necesitan tenderme un lazo. Iré, iré á encontrarlos casa de Calcorra dentro de tres dias. Pero ¿de quién valerme para salir de palacio? ¡Ah! sí; como siempre, de Cascajares.

Esta es una nueva revelacion para nosotros acerca del insigne Benito.

Podia decirse que él tenia todos los secretos íntimos de la casa real.

El rey guardó la carta de los Invisibles donde tenia oculta la carta atribuida al general de los jesuitas.

Despues se acostó y ¡oh admirable constitucion de los Borbones! nada les quitaba el apetito ni les ahuyentaba el sueño.

Luis XVI comia mientras la Convencion se ocupaba de la terrible votacion nominal que debia entregar su cabeza al ciudadano Sanson.

Cárlos III, amenazado, casi temeroso de una sentencia, se durmió tranquilamente.

Capitulo XLVI.

Una fiera domesticada.

Nuestros lectores adivinan quién habia sido quien habia escrito la carta de los Invisibles, puesto que tenia exactamente la misma escritura que aquella que se habia hecho pasar como auténtica del general de la Compañía de Jesús.

Habia sido, en efecto, Cosme Calcorra.

Apenas éste habia vuelto á su casa con su perdida mujer, cuando llamaron á la puerta.

El nuevo sirviente de Calcorra abrió y anunció al padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, que fué recibido inmediatamente.

El y Calcorra se encontraron en aquel mismo salon donde Cárlos III habia tenido sus citas amorosas con Angélica.

Allí se confeccionó la carta.

Cascajares fué llamado, como ya hemos dicho, y de él pasó la carta á la princesa de Astúrias, de ésta al príncipe, y del príncipe á la almohada del rey.

Ya hemos visto hasta qué punto el rey, á causa de las circunstancias en que se encontraba, se habia sometido á las intimaciones, que así podia llamárseles, de aquella carta.

Los Invisibles eran verdaderamente poderosos y formidables.

El vulgo de entonces no los veia ni aun los sentia, como no los ve ni los siente ahora.

Hay secretos que se guardan siempre por unos pocos en las altas regiones sociales.

El vulgo está siendo siempre el instrumento inconsciente de una revolucion, cuyos orígenes no conoce.

Se dispone de las masas como el viento dispone de las olas.

Las masas, como las olas, son inertes.

Van, sin conciencia de su fuerza, allá donde las impulsa un elemento que está fuera de ellas, pero que influye sobre ellas.

Hay un principio sábio, un elemento que sabe de dónde viene y adónde va, que nunca es vencido, que cuando más es paralizado, y que determina el progreso humano.

Este elemento estaba y está representado por los Invisibles de antes, por los Invisibles de ahora.

Esos Invisibles representan siempre una idea, la

idea culminante, la idea que entraña, con arreglo á las necesidades, la razon de ser de la sociedad.

El efluvio constante de esta idea es lo que determina esa fuerza latente, esa fuerza irresistible que se llama opinion pública y que determina siempre consecuencias decisivas, inapelables.

La armonía del universo es infinita.

La misma lógica, la misma inmutabilidad que se encuentra en el órden físico, se encuentra en el órden moral.

El universo está sometido en todas sus esferas á leyes inalterables.

La lógica, la necesidad, lo dominan todo.

Cárlos III, á pesar de su ilegislado poder de déspota, de sus derechos incuestionados de imperante de derecho divino, sentia la influencia de la necesidad, de la verdad.

Se veia obligado á someterse á ella.

Sobre él habia un poder superior, intangible, incombatible, por lo mismo omnipotente dentro de la esfera fatal de lo necesario.

Pero entramos en consideraciones que nos llevarian paso á paso fuera de los dominios de la novela histórica, para llevarnos al inmenso espacio de las deducciones y de las demostraciones filosóficas.

Non est locum, es decir, no es este el lugar de esto, aunque por la importancia histórica del período de que nos ocupamos nos veamos colocados con mucha frecuencia en la pendiente del abismo filosófico.

Bástenos con decir, que Cárlos III se sentia do-

minado por un poder superior, para combatir con el cual le faltaban absolutamente los medios.

El era el déspota que pugna en vano por ejercitar sin obstáculo su tiránica voluntad.

El, como todos los déspotas, veia pendiente sobre su cabeza, retenida sólo por un cabello, la espada de Damocles.

Y si este terror á lo desconocido, á lo incontrastable, á la instabilidad de su poder no le desvelaba, era porque á los Borbones no ha habido nada, como ya hemos dicho, que les quite el apetito ni que les turbe el sueño.

Raza afortunada y linfática, en la cual la grasa predomina al espíritu.

En cuanto á Cosme Calcorra, era otra cosa.

Bribon, infame, pero de espíritu levantado, nérvio puro, el espíritu lo dominaba en él todo.

¿Qué era para él Ana del Rey?

El no se lo explicaba, pero sentia los efectos.

Ana del Rey era para él, de una manera absoluta, una influencia incontrastable é incontrastada.

Algo misterioso, algo inmenso, algo con lo que se habia identificado Cosme Calcorra.

Algo que le habia absorbido, algo que era su locura.

Capaz de todo por ella, era incapaz de todo punto de nada contra ella.

Ana del Rey, apasionada por Calcorra como Calcorra lo estaba por ella, hubiera sido la felicidad maravillosa de un hombre, una felicidad extraordinaria.

inverosímil, sólo comparable á esa eterna felicidad que hemos convenido en llamar la gloria, lo infinito, lo absoluto, que no puede tener lugar cuando se trata de séres finitos y relativos.

Cosme Calcorra habia encontrado á su mujer.

La tenia en su poder, mejor dicho, la tenia junto á sí, y esto era para él una felicidad relativa, pero inmensa.

Podia verla á cada momento, y estuviese séria é irritada ó no, podia anegar sus miradas hambrientas en aquella hermosura que era para él la musa de todas las armonías.

Podia aspirar aquel no sé qué misterioso que fluia para él de Ana.

En Ana todo le era simpático, hasta su desprecio.

Y la lucha por adquirir lo que le faltaba de felicidad, inflamaba más y más á cada momento la pasion de Calcorra.

A cada momento le empeñaba más y más, á cada momento llegaba más al delirio y á la locura su pasion por ella.

Ella habia determinado todas las infamias á que era ocasionada el alma siniestra y exhuberante de Calcorra.

Ella habia sido la causa de aquella carta funesta, sin la cual tal vez no hubiera tenido efecto la extincion de los jesuitas y su extrañamiento de España.

Ella, esta locura, servia de medio á los Invisibles para deshacer la miserable intriga del conde de Aranda.

Pero Calcorra se sentia feliz.

Ana del Rey se asombró de la manera como era tratada, y reparó por primera vez en los arrebatos de aquella pasion excéntrica.

Y esto que Calcorra nada habia hecho, nada habia dicho.

Y esto que Calcorra la trataba como si verdaderamente ella hubiese estado en Alcorcon á la vista de una rica parienta moribunda.

Pero por más que Calcorra no hubiese hecho ningun reproche á Ana del Rey, la conciencia de su conducta, que determinaba en Calcorra un deber y una cólera infinita, hacia saliese á su semblante la expresion de una desesperacion horrible, mezclada á la fruicion de una felicidad infinita.

La lucha del alma, la expresion de una contradiccion terrible entre los sentimientos que determinaban la manera del sér moral y material de Calcorra.

Ana se sintió impresionada.

Comprendió que por lo ménos no podia despreciar á aquel hombre, que aquel hombre era un sér excepcional, un abismo.

El primer paso que hay que dar respecto á un sér humano para interesarle, es el ocupar respecto á él una posicion en que no pueda despreciarnos.

El respeto que inspiramos á nuestros semejantes es una de las mejores posiciones que podemos ocupar respecto á ellos.

Es el principio y el camino de todas las influencias.

Al poco tiempo de haberse reunido Ana con Calcorra, no le despreció.

Desde el momento que no le despreció, Calcorra no le pareció tan viejo, ni tan feo, ni tan mezquino.

Y es que el alma no tiene ni edad, ni figura, ni olor, ni sabor, y que el alma predomina siempre á la materia.

Ana, por el momento, adquiria algunas ventajas.

Nada tenia que temer.

Estaba protegida.

No dependia de nadie.

Nadie podia ser ya para ella la única razon de su existencia.

Dominaba de una manera indudable á un hombre cuyas fuerzas eran excesivas, á un hombre que sin condiciones era su esclavo, y que por lo mismo no vivia ni tenia una sòla aspiracion, más que por ella y para ella.

Cierto es que en los tiempos anteriores Calcorra habia pretendido imponer su tiranía á Anà, que no habia perdonado medio para aterrarla, para hacerla su esclava.

Pero habia llegado el momento de la gran prueba.

Calcorra la habia perdido.

Durante dos años no habia sabido lo que habia sido de ella.

Y cuando la habia encontrado no habia podido dudar de su traicion.

Sin embargo, Calcorra no se habia permitido el más ligero reproche.

Trataba á su mujer con un extraordinario respeto, como si no hubiera cometido falta alguna.

Era, en fin, para con ella tímido como un niño.

Una antorcha clarísima habia iluminado la perturbada imaginacion de Ana del Rey.

Su alma enferma, una vez en el terreno de las comparaciones, habia comprendido la diferencia que existia entre el afecto que inspiraba al conde de la Salmedina y la pasion satánica que por ella sentia su marido.

La diferencia era enorme.

Salmedina hacia mucho tiempo se habia hastiado de ella.

Cierto es que no la habia abandonado.

Pero en esto Ana del Rey no veia otra cosa que á un caballero, á un grande de España espléndido que cumplia con su deber, que no podia desentenderse sin infamia de compromisos voluntariamente contraidos.

Pero hacia mucho tiempo que estando á su lado el conde caia en profundas distracciones y encontraba siempre demasiado pronto el momento de separarse de ella.

El alma de la mujer es excesivamente impresionable y apasionada.

Ellas hacen un grave capítulo de culpas, de pequeñeces en que nosotros los hombres no reparamos, y que muchas veces, á causa de la excesiva actividad de la mujer, nos colocan respecto á ellas en situaciones difíciles.

Todo consistia, no en que el conde no estuviese impresionado por Ana, sino en que tenia su absoluta posesion.

El alma humana está siempre combatida por el error, y de su error nace la manera de su actividad.

Al comparar Ana la conduťa, que ya podia llamarse fria, del conde con la de su marido, se engañó.

Se creyó mirada con indiferencia por Salmedina, al par que su marido la consideraba como su universo.

Esto influyó en Ana, y Calcorra vió en ella lo que nunca habia visto: al muy poco tiempo de estar Ana en su poder veia un interés que él nunca habia esperado inspirarla.

Ana no habia podido engañar nunca á Calcorra.

Calcorra habia visto siempre en ella una mujer que se doblegaba á las circunstancias, que mentia, que era desgraciada.

Entonces veia que Ana se volvia hácia él como hácia una cosa nueva, como á alguien que no habia comprendido.

Es más, Ana le miraba con asombro.

Habia encontrado en él algo que le halagaba: el amor del alma, la sumision, la resignacion completa á su voluntad.

Aquella fiera se habia domesticado completamente.

Una de las pasiones más fuertes de la mujer y

por la cual se llega halagándola á la posesion de su alma, es la vanidad.

Calcorra empezó á ser para Ana del Rey algo que ninguno habia sido para ella, y Calcorra lo comprendió.

Calcorra empezó á alentar una ardiente esperanza, y se alegró de una manera extraña.

Tenia una inteligencia poderosa, y comprendia que tal cual él era habian sido necesarios todos los acontecimientos que habian tenido lugar desde su union con Ana, para haber llegado á aquella situacion en que parecia como que Ana se asombraba del descubrimiento en Calcorra de cualidades que ella no habia creido existiesen en él.

Y esto era verdad.

No hay nada más misterioso, más incomprensible que el alma humana.

Nosotros mismos no nos conocemos: la experiencia nos lo está diciendo á cada paso.

Nos trasformamos con arreglo á las circunstancias, y de una manera tal, que nunca lo hubiéramos creido.

Entre aquellos dos séres, en fin, empezaba una nueva situacion.

Capitulo XLVII.

De como un rey puede ser juzgado.

Pasaron los tres dias del plazo fijado por los Invisibles al rey.

Cárlos III habia meditado profundamente, y habia acabado por decidirse á asistir á la cita.

Calcorra habia recibido una visita de Cascajares que le habia sorprendido y le habia alarmado.

—Su majestad,—le dijo misteriosamente Cascajares,—vendrá esta noche á la media noche al lugar adonde ha venido siempre.

Calcorra no preguntó una sola palabra.

Se limitó á decir:

— Su majestad puede venir á mi casa cuando guste, puesto que mi casa, como yo y como todo lo que me pertenece, es suyo.

—Pues bien, señor don Cosme,—dijo Cascajares.—Estad atento á la media noche, á fin de que su majestad no tenga necesidad de llamar.

—Convenido, señor Cascajares, convenido como otras veces,—dijo Calcorra.

Cascajares se fué.

Esto inquietó grandemente á Calcorra.

El rey conocia á Ana, y la habia mirado alguna vez con codicia.

Era posible que el rey, verdaderamente viudo entonces por el alejamiento de la marquesa de Esquilache, hubiese pensado en dejar de ser absolutamente viudo. Tal vez le llevaba allí la costumbre. Tal vez, alejada la marquesa de Esquilache, habia nácido lentamente en el rey una pasion por Ana.

Esto inquietaba terriblemente á Calcorra.

Esto le desesperaba.

Pero su irritacion, su desesperacion, duraron muy poco tiempo.

El padre maestro se presentó en su casa y se encerró con él, cabalmente en aquel mismo salon adonde debia acudir á la media noche el rey.

—Haced porque á las once de la noche,—dijo el padre maestro,—todos estén recogidos en vuestra casa. Encerradlos, que nadie pueda ver lo que vaya á suceder aquí.

—Muy bien, respetable padre maestro,—dijo Calcorra, á quien se le alegraron las entrañas, puesto que veia ya claro que la cita del rey para aquella noche no tenia por objeto á Ana.

Los Invisibles mediaban en la cuestion.

Calcorra se asombraba de sí mismo por haberse olvidado de aquella carta que habia escrito con destino al rey, en la cual se citaba al rey para su casa tres dias despues á la media noche.

—Vamos,—dijo Calcorra;—yo estoy loco, yo estoy perdido, yo lo olvido todo por ella. He pasado tres horribles horas de martirio y de desesperacion. ¡Ah! ¡imbécil! ¿A qué habia de venir aquí el rey y haberme dado yo un tan mal rato por no acordarme de aquella carta? Al fin esto es distinto, pero tambien es gravemente comprometido; no sabemos por dónde saldremos de este negocio, y sobre todo cuáles serán los pensamientos que los Invisibles tendrán acerca de su majestad. Su majestad puede saber, su majestad debe recelar algo, y mi casa debe estar observada mientras su majestad esté en ella. Y si su majestad no sabe, si esos hombres llegan hasta un punto terrible, vaya, ¿qué hemos de hacerle? somos esclavos; sea lo que Dios ó el diablo quieran.

A Calcorra se le habia quitado una inquietud para caer en otra.

Cabalmente entonces estimaba más la vida que la habia estimado nunca, porque tenia una esperanza, porque creia que andando el tiempo Ana llegaria á amarle con toda su alma, como él necesitaba ser amado por ella.

A las diez de la noche todos estaban recogidos en casa de Calcorra.

Este cerró con llave la puerta del cuarto de su

mujer, y de la misma manera la de los dos criados.

Despues se puso en espera.

A las once de la noche llamaron al postigo.

Calcorra, que se paseaba en el jardin, abrió.

Inmediatamente entraron cinco hombres envueltos en capas y calados los sombreros gachos hasta los ojos.

Se veia que á pesar del bando de Esquilache, de aquel bando que habia traido unas tan terribles consecuencias, los españoles eran recalcitrantes, y por la noche, por lo ménos, se permitian las capas largas y los sombreros á la española, tan rígidamente prohibidos.

Habia un gran rigor acerca de esto, y la infraccion del bando por aquellos cinco hombres, demostraba que no venian solos, que tenian alguien que les guardase las espaldas, que en caso de ser acometidos por una ronda pudiesen dispersarse.

Aquellos cinco hombres entraron en silencio y penetraron en el salon.

Se impidió la entrada á Calcorra.

—Esperad,—le dijo uno de aquellos hombres.—Vos entrareis cuando se os haya llamado.

Pasaron algunos minutos.

Al cabo llamaron á Calcorra.

Cuando entró se encontró con cinco fantasmas rojos.

Los Invisibles habian tomado su traje natural.

Sobre uno de los sillones habia otra túnica roja.

—Poneos esa,—le dijo uno de aquellos Invisibles, al que Calcorra no reconoció por la voz.

Calcorra se puso el ropon rojo y la capucha negra.

Luego uno de aquellos indivíduos le dió una banda, una cinta, que corriendo por detrás de la espalda, venia á caer en punta sobre el pecho, de cuya punta pendia una medalla de oro, en que estaba esmaltado en rojo sobre negro el sello de Salomon.

Aquella cinta era ancha y de tres colores: rojo, amarillo y negro.

—Preparad recado de escribir,—dijo otro de aquellos hombres, cuya voz tampoco conoció Calcorra.—Traed aquí ese velador, colocad á su alrededor seis sillones y poned otro al frente; constituiremos aquí nuestro tribunal como nos sea posible; tanto da, la forma importa poco.

Calcorra puso delante de la puerta de la alcoba, cuyos ámplios cortinajes estaban corridos, seis sillones en semicírculo.

Delante de aquellos sillones puso el velador, y en el velador recado de escribir.

Enfrente del velador, y á alguna distancia, otro sillon.

Aquel sillon parecia destinado á algun acusado.

—Encended todas las bujías, Calcorra,—dijo otro de los encubiertos, cuya voz tampoco conoció Calcorra.

El salon era, como lo hemos dicho ya, espléndido.

Tenia de trecho en trecho pilastras de medio relieve, estriadas con basamentos y capiteles dorados.

En medio de cada dos pilastras habia un candelabro de siete brazos con cubillos para bujías.

Por una casualidad no se habia tocado al orna

mento de aquel salon, y todos los candelabros estaban servidos.

Eran cuatro á cada lado, y dos á cada extremo.

Sobre la chimenea habia tambien candelabros.

Todas estas bujías fueron encendidas, y el salon quedó iluminado por una luz muy fuerte, de modo que para escribir sobre el velador no se necesitaba luz alguna.

—Idos al jardin,—dijo otro de los encubiertos, cuya voz no conoció tampoco Calcorra,—y esperad; es necesario que su majestad entre en el momento que llegue.

Cuando Calcorra salió, el reloj de la Audiencia daba las once y media.

—Pues no,—dijo Calcorra, poniéndose á pasear por delante del postigo;—el padre maestro don fray Lorenzo no viene con estos: el único de los cinco que no ha hablado todavía es mucho más pequeño que el padre maestro; yo no conozco á ninguno de los que han venido: esto no importa, tanto significan ellos como el padre maestro y el padre maestro como ellos; la sociedad de los Invisibles está representada en tribunal, y yo tambien soy tribunal, á lo que parece: ellos son cinco, y se me ha mandado poner en semicírculo seis sillones, sin que haya diferencia alguna en la colocacion de ellos; y bien, ¿qué es lo que va á salir de aquí? Veremos.

Y Calcorra continuó paseándose, impaciente y con una impaciencia dolorosa, como todos los séres que son excesivamente nerviosos.

Aquella media hora le pareció un siglo; estaba vivamente interesado.

El compromiso en que se encontraba metido era terrible.

Al fin el reloj cercano de la Audiencia dió lentamente las doce de la noche, y Calcorra se pegó al postigo.

En aquel mismo punto sintió que alguien llegaba por la parte de afuera.

El postigo se abrió.

Entró un hombre pequeño.

Aquel hombre no era el rey.

Habia una gran diferencia entre la talla del rey y la de aquel hombre.

Era el insigne Cascajares.

—¿Puede entrar su majestad sin inconveniente alguno?—dijo aquel alto sirviente de persona real.

—Sí, sí, señor Cascajares: su majestad puede entrar sin temor; pero os advierto que vos no podeis permanecer aquí, que en cuanto su majestad haya entrado tendreis necesidad de salir á la calle.

—Pues por supuesto, señor Calcorra, por supuesto; yo tampoco quiero permanecer aquí; además, su majestad me ha ordenado que vuelva á palacio y espere junto al postigo de la puerta de los reyes para abrir en cuanto su majestad llegue.

—Pues id, id, señor Cascajares, y que su majestad no espere más,—dijo Calcorra.

Cascajares salió.

Inmediatamente entró Cárlos III; y cosa extraña,

él tambien traia capa larga á la española y sombrero gacho; como que habia tenido que encubrirse.

Cascajares salió y Calcorra cerró el postigo.

—¿Qué es esto?—dijo el rey.—¿Los Invisibles han ocupado completamente esta casa? ¿Qué es de su dueño?

—El dueño de esta casa, señor, que es como la casa de vuestra majestad, está presente.

—¡Cómo, señor Cosme Calcorra! ¿vos perteneceis tambien á la sociedad de los Invisibles?

—Tambien, señor; yo no sé hasta qué punto me expongo revelándolo á vuestra majestad; pero yo no puedo engañar al rey mi señor. Además de esto, no se me ha encargado el secreto; no será necesario, porque si lo fuere se me hubiere advertido.

—¿Cuántos son los que han venido?

—Cinco, señor.

—¿Dónde están?

—En el salon.

El rey, sin decir más palabra, se encaminó á aquel salon que tanto conocia, y bien disgustado en verdad, porque en otras ocasiones habia llegado allí, no ciertamente para un negocio tan desagradable como aquel en que se encontraba, sino para caer en los brazos de la hermosa Angélica, de la cual no se habia olvidado, ni se olvidaba el rey.

Cárlos III esperaba una ocasion en que, calmada la ira que los españoles habian contraido contra el marqués de Esquilache, pudiese encontrar un medio para perdonarle y para traerlo de nuevo á Madrid.

Lo que el rey deseaba principalmente era que volviese Angélica, aunque tambien por otra parte estimaba mucho á Esquilache, en quien creia habia perdido uno de sus más leales servidores.

El rey entró, y tras él Calcorra.

Se encontró con que cinco de los sillones estaban ocupados.

El que quedaba desocupado de los seis, era el de la extrema derecha.

—Cerrad la puerta,—dijo con voz vibrante, pero contenida, el fantasma rojo que estaba, por decirlo así, en el centro del semicírculo que constituia el tribunal.

Calcorra cerró la puerta.

—Ocupad vuestro asiento,—le dijo el mismo hombre.

Calcorra se sentó en su sillon.

—Rey don Cárlos III,—dijo el mismo hombre,—despojaos de vuestro sombrero, de vuestra capa y de vuestra espada, y venid á sentaros en ese sillon colocado delante de nosotros.

—¿Es, pues, que se me considera como un acusado?—dijo con energía y con altivez Cárlos III.

—Para nosotros no hay reyes ni vasallos,—contestó el mismo hombre, que al parecer desempeñaba la presidencia;—para nosotros no hay más que hombres: vos podeis hacer lo que querais; si no os someteis á nuestras órdenes, salid, nada tendremos que ver con vos: en vista de vuestra conducta determinaremos por nosotros mismos.

El rey sintió una especie de pavor.

La voz que le hablaba era fria, acentuada, inmóvil, por decirlo así: parecia como que provenia de la eternidad.

El rey sabia demasiado hasta dónde llegaba el poder de los Invisibles.

—No, no,—dijo,—no es que yo oponga mi grandeza á vuestra grandeza; todo es relativo: yo sé demasiado cuál es vuestro poder; yo sé demasiado cuál es vuestro objeto; yo sé que sois omnipotentes, si es que se puede llamar omnipotentes á las criaturas: es que se irrita mi condicion al verme maltratado, y maltratado con injusticia. Yo he debido hacer más que lo que he hecho: á mí se me ha atacado villanamente, á mí se me ha herido hasta en el corazon: á mi alma se ha traido una duda horrible; yo no sé lo que soy; yo no sé si usurpo de una manera infame el alto puesto en el que siempre he creido me habia colocado la voluntad de Dios. Hasta de mi madre se me ha hecho dudar, y esto, esto es terrible; esto, si es falso, es el mayor de los crímenes que pueden cometerse.

—En efecto,—dijo el que ocupaba la extrema izquierda,—ha sido un crímen infame, y ese crímen será castigado, pero ese crímen no ha nacido de los jesuitas. Sentaos, rey, sentaos; estais delante de la representacion de la eterna justicia.

—Sí, de una justicia que se encubre en el misterio,—contestó el rey.

—La justicia humana necesita del misterio para

ser, tal como debe serlo, rígida y terrible: es necesario que se sienta el golpe sin que se vea la mano que lo da: así se liberta á la justicia de funestas influencias. Sentaos, repito; delante de nosotros sois un acusado.

El rey se sentó; pero contrariado, hosco, demostrando que sólo una fuerza superior le reducia á aquella posicion, le sometia á aquel tribunal.

Cárlos III, ya lo hemos dicho, tenia una gran fuerza de carácter y no se aterraba fácilmente.

Lo que le habia traido allí era el deseo de esclarecer tan terrible duda, que como él decia muy bien, se había llevado á su alma, desgarrándola, hiriéndola, reduciéndola á una situacion miserable.

Porque, en efecto, ¿cómo estar tranquilo el rey cuando se le habia dicho que era un bastardo, hijo de un adulterio vergonzoso de la reina Isabel Farnesio? ¿Ni cómo rechazar como una calumnia aquella noticia, cuando la deplorable conducta de la reina la hacia por desgracia verosímil?

El rey se sentó, pues.

—Reveladnos todo lo que ha tenido lugar entre vos y las personas que se han ocupado del deplorable y criminal asunto de la expulsion de la Compañía de Jesús de España.

El rey relató clara y sencillamente los hechos, y por altivez no se disculpó de sus actos.

—Y bien, señor don Cárlos III,—dijo el presidente cuando el rey hubo acabado su relación, en la cual invirtió no ménos que una hora,—no es necesario te-

ner más que la más leve nocion de la justicia para comprender que no puede ni debe sentenciarse á nadie sin oirsele, porque vos habeis determinado *ab irato* una medida tan terrible como la expulsion y el extrañamiento de los jesuitas de España. ¡Qué! ¿creeis que esos hombres no estaban en la posesion de sus derechos? ¡Qué! ¿creeis que las tiranías pueden ejercitarse sin que sobre ellas venga un castigo cualquiera?

—No era preciso un proceso,—dijo el rey.—La verdadera causa de la expulsion de los jesuitas ha sido esa carta que os he presentado.

—Los que se atrevian á herir de tal manera al rey su señor, no eran otra cosa que traidores.

—Yo no puedo dudar de la autenticidad de esa carta; comparada con las indudables del padre Casti, general de los jesuitas, era exactamente igual á ellas la letra de ese señor y su firma entera.

—¿Y no sabeis que la falsificacion llega hasta lo sorprendente, hasta lo maravilloso? ¿Por qué no llamásteis al general de la órden? ¿Por qué no le dísteis á leer esa carta, á fin de observar su semblante mientras la leia? No hay un solo Borbon que no haya sido perspicaz, eminentemente perspicaz. A un descendiente de Enrique IV no hay disimulacion alguna que le engañe. Vuestra majestad hubiera comprendido por el movimiento del semblante del padre Casti si esa carta provenia realmente de él, ó si era una falsificacion. ¡Ah! si nosotros hubiéramos tenido conocimiento de esa carta, si la hubiéramos tenido en-

tre las manos, y diciendo nosotros decimos los jesuitas, aunque entre los jesuitas y nosotros no haya ningun vínculo ni relacion alguna; lo que ahora hacemos se hubiera hecho antes, á tiempo, en justicia, como ha debido hacerse; se hubiera perseguido la procedencia de esa infame carta, y se hubiera dado entonces con esa procedencia, como se ha dado ahora. Esto lo han hecho los Invisibles durante largo tiempo, porque no tenian dato alguno que pudiera guiarlos por el laberinto de otra intriga tenebrosa; pero al fin los Invisibles han llegado al conocimiento de ese crímen, y os van á probar ámpliamente, señor rey, que ese crímen no ha nacido de la Compañía de Jesús; que la Compañía de Jesús no ha tenido parte alguna en el alboroto de Marzo del año de 1766; que ese alboroto ha sido causado únicamente por la intemperancia, por la tenacidad, por el recelo, por la tiranía del marqués de Esquilache, y aquel alboroto nació de la indignacion popular; alboroto que se ha castigado con un rigor inusitado, con esa ira que fermenta en el corazon de los déspotas, y de la cual tienen que dar cuenta á Dios. Habia á más en todo esto dos traidores que han quedado impunes; el uno de esos traidores era el marqués de la Ensenada, que prodigó su oro para añadir á la justa indignacion pública los esfuerzos interesados de la canalla comprada. A este señor, nada se ha dicho contra él; nada se ha hecho, á pesar de que él ha sido, por decirlo así, el alma del motin; vuestra majestad se ha creido satisfecho con desterrarle á algu-

nas leguas de la córte, y este destierro se ha conmutado tambien. El marqués de la Ensenada tiene para vuestra majestad la recomendacion de haber servido bien al hermano de vuestra majestad el rey don Fernando VI, por más que fué necesario castigarlo por concusiones, por cohechos, por feos negocios en el gobierno. Pero los reyes estiman más que nada la adulacion y los servicios, siquiera sean bajos, que por ellos se hacen, y son ciegos para los que pertenecen á la conveniencia pública. El otro traidor, no solamente no ha sido castigado, sino que ha sido honrado y enaltecido, como si se hubiese ignorado la parte que en el alboroto de Marzo tomó en union con el marqués de la Ensenada. Este traidor, este hombre que con una astucia infernal ha envuelto á vuestra majestad y ha causado la ruina de la Compañía de Jesús, es el conde de Aranda.

—Yo nada sé contra el conde de Aranda, nada se me ha dicho contra él hasta ahora,—exclamó Cárlos III.

—Sin embargo, el conde de Aranda estaba ansioso por ocupar un alto puesto en la gobernacion del Estado; el conde de Aranda no ha tomado ostensiblemente parte en el alboroto de Esquilache; pero ha influido de una manera poderosa, de una manera tan enérgica, como el marqués de la Ensenada, por medio de agentes civiles; vuestra majestad recuerde que los mismos alborotadores reclamaban, como una condicion para su transaccion con el trono, el enaltecimiento del conde de Aranda á un alto puesto en la

gobernacion del Estado; vuestra majestad creyó satisfacer la opinion pública, esa opinion pública que tan fácilmente se falsifica, elevando al conde de Aranda al puesto de capitan general de Castilla la Nueva y al de presidente del Consejo de Castilla. Armado con este enorme poder el conde de Aranda, que ha sabido insinuarse en el ánimo de vuestra majestad, ha podido á mansalva, oculto en el misterio, preparar el golpe traidor y seguro, que no solamente ha herido de una manera gravísima y concluyente á la Compañía de Jesús, sino que ha perturbado, ha ensangrentado el corazon de vuestra majestad. Una traicion semejante no cabe en ningun hidalgo pecho, no puede abrigarse ni desarrollarse sino por una imaginacion malvada. Pero todo esto es inútil: nosotros vamos á probar á vuestra majestad la falsedad, que ha sido el único motivo de la expulsion y del extrañamiento de los jesuitas. Escribid vos, Cosme Calcorra, escribid contrahaciendo la letra del padre Casti, general de los jesuitas.

Cosme Calcorra tembló.

Llegaba el momento supremo.

Estaba entre la justicia visible y la justicia invisible.

Entre dos poderes formidables.

Entre los Invisibles y el rey.

Habia llegado el momento de declararse de una manera palpable, ineludible, reo del crímen de calumnia y de traicion: de calumnia por lo que tocaba á los jesuitas, de traicion por lo que correspondia al rey.

Y á más de esto, de falsificacion.

A llevar el negocio por sus naturales consecuencias, la cuerda del verdugo era lo que debia esperar Cosme Calcorra.

Sin embargo, no habia medio de retroceder.

La situacion estaba lanzada.

Cosme Calcorra se dominó.

Contuvo el temblor que le agitaba, tomó papel y pluma, y escribió de una manera corrida, como si hubiese usado de su escritura propia, algunas líneas, que decian lo siguiente:

«Yo, Cosme Calcorra, declaro: que obligado de una manera terrible por el conde de Aranda, combatido en lo que más amaba mi corazon, en lo que era para mí mi existencia entera, en lo que bastaba para que yo lo arrostrase todo, todo, hasta la perdicion de mi alma, escribí, bajo el dictado del conde de Aranda, una carta con la cual este señor se quedó; aquella carta aparecia firmada por el padre Casti, general de la Compañía de Jesús. Aquella carta se referia á una supuesta bastardía del rey nuestro señor. Yo comprendí el delito que cometia; pero, lo repito, tal era mi situacion, tales las circunstancias extraordinarias en que me encontraba colocado, que no vacilé ni un punto en arrostrar todo lo que podia venir sobre mí; y cometí el delito de falsificacion.—COSME CALCORRA.»

El rey habia llevado consigo las dos cartas: la

que habia causado la expulsion de los jesuitas y aquella otra en que se le mandaba asistiese, para comparecer delante del tribunal de los Invisibles, á casa de Calcorra de allí á tres dias á la media noche.

Aquellas cartas estaban sobre la mesa.

Comparadas estas cartas con la que acababa de escribir Cosme Calcorra, resultó la escritura exactamente semejante á la del general de la Compañía de Jesús.

El rey vió con espanto aquella terrible prueba, comparó los tres papeles y los encontró escritos de la misma mano.

El rey recordaba que cuando habia comparado la carta atribuida al padre Casti con las otras que acompañaban al paquete ocupado á los jesuitas, habia encontrado una entera semejanza de escritura entre las unas y la otra.

El rey no habia tenido duda de que aquella carta formidable habia sido escrita por el padre Casti, general de la Compañía.

Por consecuencia de esta carta, el rey habia resuelto la perdicion de la Compañía de Jesús.

La prueba no podia ser más palpable.

A más de esto, el presidente del tribunal se levantó, tomó la carta atribuida al general de la Compañía de Jesús, se llevó consigo al rey junto á un candelabro, y desplegando aquella carta, hizó mirar al rey al trasluz la marca de la fábrica del papel.

Aquella marca era un círculo, en el centro del

cual habia un picador picando un toro, y al rededor esta leyenda: RIDAURA—ALCOY.

—Ya ve vuestra majestad,—dijo el presidente,—que es muy extraño que el padre Casti, general de los jesuitas, use ên Roma un papel fabricado en España. Espere vuestra majestad: es muy posible tengamos una comprobacion.

Y el presidente volvió á la mesa.

Tomó el papel que acaba de escribir Calcorra, lo puso al trasluz, y apareció la misma marca.

En aquellos tiempos la antigua fábrica de Ridaura surtia de papel para cartas á todo el que queria que sus cartas fuesen á la moda y en buen papel.

Las pruebas se extendian y al compararlas se hacian casi indudables.

—Y bien,—dijo el presidente, sacando un escrito de debajo de su túnica;—esta es una carta indudable del padre Casti; se refiere, como vuestra majestad lo ve, á asuntos generales de la órden; por ella se destina á un jesuita á las misiones del Canadá.

El rey examinó aquella carta.

Su escritura era enteramente igual á la otra falsificada.

Desplegado el papel, se encontró sobre él una marca romana.

—Hé aquí el papel de que usa el padre Casti para su correspondencia,—dijo el presidente;—esta es una carta auténtica, indudable, que podrá ser comparada con otra indudable del padre Casti. Vuestra majestad ha incurrido en un error por ligereza y por

pasion, á lo cual están expuestos los jueces que no ejercitan una gran calma para la administracion de la justicia. Si vuestra majestad hubiese llamado, como ya he dicho, al padre Casti; si le hubiera interrogado; si hubiera hecho, en fin, una prueba necesaria y bastante clara, nada de lo que ha sucedido hubiera tenido lugar; pero el conde de Aranda contaba con el carácter de vuestra majestad, con la importancia de la calumnia, con la perturbacion que esta calumnia debia causar en el ánimo de vuestra majestad: el golpe ha sido certero y ha dado de lleno en el blanco. Pero es necesario reparar la injusticia,—añadió el presidente, volviendo á ocupar su lugar;—es necesario que el rey dé una muestra de que es digno de la alta mision que la Providencia le ha confiado, y anule completamente la pragmática-sancion de 18 de Marzo de 1767.

—¡Jamás!—dijo el rey.—Yo podré resarcir, en la parte que me sea posible, á los jesuitas del daño que se les ha causado; pero yo no puedo dar un golpe tan terrible á mi autoridad real; yo no puedo decir á mis pueblos en un asunto tan trascendental como el derecho de los ciudadanos, más aún, como el derecho de una respetable corporacion: «Yo he obrado de ligero, yo he cometido una injusticia, yo he arrojado de mi patria á hombres que ningun delito habian cometido.» Haced lo que querais, señores: teneis medios para todo, podeis llegar hasta el corazon del rey; llegad, tocadle, exterminadle; pero no pidais al rey el sacrificio, la abdicacion de su dignidad.

Basta con que yo pueda probaros, como os lo pruebo, que he sido engañado; que otro cualquiera en mi lugar hubiera sido engañado tambien; que el asunto era harto trascendental, harto terrible para que yo pudiese, ni quisiese dar conocimiento de él á nadie; que se ha preparado hábilmente una terrible prueba, y que yo tengo mi conciencia tranquila por ante Dios y por ante los hombres. No, yo no puedo arrastrar por el suelo esa alta dignidad que Dios me ha concedido. Yo no puedo herir de tal manera el prestigio de la monárquía. Os lo repito: haced de mí lo que querais; pero yo no puedo, no quiero, no debo incurrir en la bajeza de anular lo que he decretado creyéndome con autoridad y justicia bastante para ello. Os he dicho todo cuanto tenia que deciros.

—Y bien,—dijo el presidente sin alterarse, ni más ni ménos que si el rey no hubiese opuesto aquella resistencia rebelde;—nosotros contábamos con esto; pero contamos tambien con que vuestra majestad meditará profundamente sobre esto, y tomará por si mismo las determinaciones que le parezcan justas y convenientes. Nuestro objeto era probar á vuestra majestad que por ligereza, por precipitacion, por más que esa precipitacion y esa ligereza sean disculpables, vuestra majestad ha incurrido en un acto de todo punto injusto.

—Y bien, señores: yo os agradezco la lealtad con que me tratais,—dijo el rey;—por lo demás, espero tranquilo todo lo que pueda sobrevenir.

Y el rey, saludando á los Invisibles como hubiera

podido saludar otro cualquier preso á sus jueces, se retiró seguido de Calcorra, que le franqueó el postigo.

El rey desapareció, y el postigo volvió á cerrarse.

Diez minutos despues Calcorra estaba solo en su casa.

Los Invisibles habian desaparecido.

Ni una sola palabra se le habia dicho, de la misma manera que ni una sola palabra se le habia dicho al rey.

Pero aquel silencio habia sido más amenazador que hubiese podido serlo cualquiera otra manifestacion.

Capítulo XLVIII.

Del encuentro que tuvo el conde de la Salmedina yendo á rondar la casa de Cosme Calcorra.

El conde de la Salmedina no tuvo conocimiento alguno del rapto de Ana del Rey hasta tres noches despues, en que, segun su costumbre, fué á ver á Ana.

Tremendon el contrabandista, no habia dicho una sola palabra.

Es más, nada habia sabido.

El no iba á la quinta sino cuando acompañaba al conde.

Este, seguido de Tremendon, llegó á la quinta y llamó por medio de una oampana que estaba pendiente de un poste.

Inmediatamente cayó el puente lavadizo.

Pero en vez de presentarse Baltasar, se presentó un desconocido, criado á juzgar por su traje, y que

tenia una fuerte apariencia y un excesivo olor á sacristan.

—¿Vos sois, señor, sin duda,—le dijo,—el conde de la Salmedina?

—En efecto,—contestó éste,—yo soy; pero ¿qué significa esto? ¿cómo es que vos, á quien no conozco, estais aquí?

—Tengo que dar á vuecencia una carta que para vuecencia se me ha dado.

Dióle un vuelco el corazon al conde de la Salmedina.

Habia notado algo extraño, algo de disgusto en Ana del Rey desde hacia algun tiempo.

¿Seria que Ana del Rey habia abandonado la quinta?

El conde no podia explicarse esto.

Dominado por una vivísima inquietud, comprendiendo que se interesaba por Ana más que lo que él mismo creia, siguió á aquel desconocido.

El Tremendon, llevando los dos caballos del diestro, entró como de costumbre siguiendo al conde, en la quinta.

Al llegar á la puerta de la casa, el conde notó con una creciente extrañeza que allí habia otros dos hombres, desconocidos tambien y de aspecto rudo y feroz.

A pesar de esto, aquellos dos hombres saludaron respetuosamente al conde.

Este penetró en la casa rápidamente y ya de todo punto conturbado.

—Ruego á vuecencia...—dijo el hombre que le habia recibido;—lo que vuecencia busca ya no está aquí.

—¡Cómo! ¡qué!—exclamó el conde.

—Tenga vuecencia la bondad de seguirme,—dijo aquel hombre,—y por la carta que voy á entregarle se informará de todo.

El conde entró en una habitacion del piso bajo, donde aquel hombre se habia metido, y recibió de él una carta, en cuyo lacre rojo vió el sello de los Invisibles, esto es, el sello de Salomon.

Abrió de una manera impaciente y nerviosa la carta.

Su contenido era el siguiente:

«Convenia que Ana del Rey fuese entregada á su marido. Por consecuencia, Ana ha sido arrebatada de aquí, y en estos momentos está con su marido en su casa. Resignaos á lo que se ha determinado, porque así convenia. Se os deja libre, sin embargo, respecto á vuestra conducta acerca de Calcorra y su mujer. Las gentes que desde hace tres noches han guardado vuestra quinta y han impedido á vuestros criados os avisen, la abandonarán en el momento en que vos leais esta carta. No les opongais obstáculo alguno, ni les hagais una sola pregunta. Obedeced.»

Esta carta no tenia ni fecha ni firma.

Era seca é imperativa, y en su fondo tenia mucho de amenaza.

—¿Se ha enterado vuecencia?—preguntó al conde el que le habia dado la carta.

—Sí,—contestó seca y brevemente el conde.

—En ese caso,—dijo el otro,—pido á vuecencia permiso para retirarme con mi gente.

—Podeis iros cuando gusteis.

Aquel hombre salió despues de saludar profundamente al conde.

Este quedó perplejo, abrumado por no sabemos qué sensaciones, aturdido, sin poder coordinar sus ideas.

Esta situacion duró algunos segundos.

Al fin el conde se rehizo.

Salió, pero al salir se encontró con Baltasar, que aparecia pálido y consternado.

—¡Pero ha visto vuecencia, señor!—exclamó.

—Yo no he visto nada,—contestó el conde:—lo que he visto, por una carta que se me ha entregado, es que doña Ana ha desaparecido de aquí. ¿Cómo ha sido esto?

Baltasar refirió á su amo lo que habia sucedido tres noches antes, y que algunos hombres se habian quedado allí para impedir se avisase al conde de lo que habia acontecido.

—Bien,—dijo el conde;—yo me creia hastiado de doña Ana, ligado á ella únicamente por una cuestion de honor, y ahora que me la han arrebatado me irrito y sufro. Adelante.

Y sin decir ni una palabra más, y dejando confuso á Baltasar, sin darle órden alguna, salió, llamó á

Tremendon, montó á caballo y escapó hácia Madrid seguido del contrabandista.

A las doce de la noche el conde salia de Madrid de la casa del contrabandista en la calle de la Arganzuela, y se encaminaba con paso rápido á la calle de San Cristóbal.

Una vez en ella, se ocultó en el hueco de la puerta de la tienda de la señora Eustaquia.

Era aquella la noche en que Cárlos III habia acudido á la casa de Calcorra.

Al esconderse el conde en el hueco de la puerta de la señora Eustaquia, delante de la cual habia una especie de soportal, no habia reparado en un pequeño bulto que allí estaba de antemano escondido.

Este pequeño hombre, al ocultarse allí el conde, sintió sin duda miedo, porque pretendió escurrirse, y con una precipitacion tal á causa de su miedo, que el conde reparó él.

—¡Alto ahí!—le dijo.

—¡Ah! esto es distinto, de todo punto distinto,—exclamó aquel hombre;—perdone vuecencia, pero yo habia tomado á vuecencia por un ladron.

—¡Ah! ¿y sois vos, señor Cascajares?—exclamó el conde de la Salmedina.—¿Y qué diablos haceis aquí?

—Estoy de aventuras y de espera, señor conde; pero yo no esperaba ciertamente que vuecencia tuviese tambien aventuras por aquí.

—¿Qué aventuras son esas, señor Cascajares?—dijo el conde.

—Á vuecencia,—exclamó Cascajares,—se le puede decir todo, aunque hay cosas que no debian decirse á nadie: por ejemplo, las cosas que se rozan con su majestad.

—¿Y qué tiene que ver su majestad con vuestra aventura?

—¡Ah, señor conde! su majestad, en otro tiempo, hace más de dos años, ha tenido mucho que ver en la casa de don Cosme Calcorra; pero desde que salió de España la señora marquesa de Esquilache, yo creia que su majestad no tenia nada que ver en esa casa.

—¿Y está en esa casa su majestad?

—Pues por supuesto; y yo, como en otras ocasiones, he venido á acompañarle.

—¿Y sabeis á qué ha venido á casa de Calcorra su majestad?

—No lo sé, señor conde,—contestó Cascajares;—pero yo sospecho...

—¿Y qué es lo que vos sospechais, señor Cascajares?

—Diré á vuecencia: al señor no se le cae nunca de la boca el nombre del marqués de Esquilache: era mucho lo que su majestad queria al marqués; pero yo creo, Dios me perdone, y además á vuecencia se le puede decir todo, que mucho más que al marqués de Esquilache estimaba el rey á la marquesa. El señor anda triste y metido en sí, y con un génio que no se le puede resistir desde el alboroto de Madrid; y á mí me parece tambien, Dios me perdone, que por lo

que más ha irritado á su majestad el alboroto de las capas y de los sombreros, ha sido porque de resultas de él ha tenido que desterrar al marqués, con el cual se ha ido la marquesa. El mal humor del rey no ha cesado desde aquel punto, sino que, por el contrario, ha ido en aumento; ahora bien: ¿no es posible que su majestad haya hecho venir secretamente á la marquesa y haya elegido para tenerla oculta la casa del señor Calcorra?

Esto era muy verosímil.

Pero, sin embargo, el conde no le dió la menor importancia.

Más bien, impulsado por los celos, creyó que el rey habia reemplazado al fin á la marquesa de Esquilache con Ana.

Pero ¿cómo creer que los Invisibles se hubiesen mezclado en este feo asunto?

Sin embargo, habia que tener en cuenta que los Invisibles echaban mano de todos los medios, con tal de que los condujesen á los fines que se proponian.

Sin duda se queria tener sujeto al rey, cogiéndole por uno de sus flacos.

Y para esto se valian de la belleza de Ana del Rey.

El conde no creia que la marquesa de Esquilache hubiera vuelto á la córte.

En tal caso, Angélica no hubiera ido á parar á casa de Calcorra.

Este hubiera procurado á la marquesa de Es-

quilache un más ancho, un más espléndido escondite.

Cárlos III habia conocido, á causa de sus relaciones con la marquesa de Esquilache, á Ana del Rey.

Y esta era infinitamente más hermosa que la marquesa é infinitamente más jóven.

Nada habia, pues, que extrañar en que el rey, sintiendo demasiado pesada su viudez, hubiese pensado en aliviarla haciendo, en medio del más profundo misterio, su favorita á Ana.

Pero ¿cómo los Invisibles habian llegado al conocimiento de este feo negocio?

El conde de la Salmedina no podia tener duda de que los Invisibles habian arrancado á Ana del Rey de su retiro campestre.

Se le habia notificado, como quien dice, oficialmente.

Ahora bien; el conde, que en plena posesion de Ana del Rey se sentia como hastiado de ella, en el momento en que se la habian quitado, devolviéndola á su marido; en el momento en que se la habian hecho difícil, habia sentido por ella un recrudecimiento de pasion, y un recrudecimiento insoportable.

Los celos y la ira le enfurecian, le amargaban el alma.

Era necesario que Ana del Rey volviese á su poder.

El conde no reconocia nada que pudiese arrebatársela.

Ni aun los incontestables derechos de un marido.

El conde de la Salmedina no consideraba á Calcorra como marido de Ana del Rey, sino como un miserable que habia hecho su posicion á costa dè una mujer.

El conde comprendió entonces cuánto amaba á Ana del Rey, cuánto ésta le era preciosa.

Ana del Rey era una parte del ser extraño, compuesto de tres mujeres, que el conde de la Salmedina adoraba.

Margarita, la princesa de Astúrias y Ana del Rey completaban sus aspiraciones.

Lo que no encontraba en la una, lo hallaba en la otra.

Fidias hizo su magnífica estátua de la eleccion y de la armonía, en un solo objeto, de todas las bellezas de la forma de la mujer.

El conde habia hecho su amor con la hermosura y con el alma de tres mujeres.

Cualquiera de ellas que le faltase, debia determinar en el conde una explosion de la pasion.

Ya lo hemos dicho bastantemente, ya hemos demostrado la razon del extraño amor del conde por tres mujeres.

Así es, que avisado del lugar donde se encontraba Ana, en el momento en que lo habia sabido, habia ido frenético á buscarla.

Buscándola, se habia encontrado con el insigne Cascajares, y este le habia dado una explicacion de su presencia allí en el soportal de la tienda de la señora Eustaquia, que no habia satisfecho en manera

alguna al conde, sino que, por el contrario, le habia empeñado más y más.

El conde no podia figurarse que el rey hubiese ido allí á un emplazamiento de los Invisibles.

Para él, lo repetimos, era indudable que el rey habia elegido para querida suya á Ana del Rey, y que Calcorra se habia prestado á esta nueva infamia, tal vez por sujestion de los Invisibles.

Pero ¿cómo pensar en que Ana del Rey se prestase á este manejo infame?

Ana del Rey se habia regenerado por el amor del conde de la Salmedina.

Por más que este amor fuese un pecado ante Dios, un crimen ante las leyes y una grave falta por ante la moralidad, aquel amor era el único que habia sentido Ana del Rey.

Por lo tanto, era, ante la naturaleza, legítimo.

Ya sabemos que Ana del Rey, niña y pura, habia pertenecido violentamente, por salvar de la miseria y de la muerte á su madre, al marqués de Esquilache, y que si se habia casado con Calcorra habia sido para cubrir su honra.

Habia perdido la paz de su alma, habia sufrido, no sabemos con cuánta intensidad, su situacion de esclava; pero habia conservado el alma libre y pura.

No habia amado, en fin, hasta que habia conocido al conde de la Salmedina.

Aquella alma solitaria y triste, atormentada por la desgracia, se habia adherido ansiosa, sedienta, á aquella nueva vida; á aquella vida de felicidad, por

más que fuese amarga, que la procuraba el amor del conde de la Salmedina.

Aquel amor habia tomado muy pronto las proporciones de una pasion desbordada, inmensa, y habia creado en Ana otras pasiones que hasta entonces no habia sentido: el ódio y la venganza hácia el marqués de Esquilache y hácia Calcorra, á los que habia tolerado mientras no habia amado, con esa especie de estóicismo de la resignacion; mientras no habia habido en su alma nada que la hiciese de todo punto insoportable su situacion de esclava.

Ana, que habia visto palidecer ante ella al conde de pasion; que le habia sentido gemir de pasion entre sus brazos; que en un tiempo le habia dominado de tal manera que ella habia creido poder disponer de él á su antojo, habia llegado á adquirir la certidumbre de que si el conde la hubiera encontrado en aquel tiempo que ella vivia pobre, pero tranquila y pura, al lado de su madre, el conde la hubiera hecho su esposa, y no le hubiera quedado alma para otro amor.

Ana no se engañaba, y la conciencia de que, por un capricho de su siniestra fortuna, no habia llegado á una felicidad inmensa, la habia irritado y la habia hecho contraer, como hemos dicho, un ódio á muerte y una horrible sed de venganza contra aquellos dos hombres, que desde el momento en que habia amado habian venido á ser sus verdugos.

El ódio y la venganza habian creado en Ana del Rey la idea del crimen.

Deshacerse de aquellos dos miserables, remover todos los obstáculos que impedian el colmo de su felicidad, habian sido ideas que su conciencia no habia rechazado; pensando en las cuales, su alma se habia ennegrecido.

La pasion, como acontece siempre, habia sido para Ana la idea del crímen y la transaccion de su conciencia con él.

El alboroto de Madrid, la política, la habian libertado completamente del marqués de Esquilache, á quien habia inspirado una pasion grosera, pero terrible.

Quedaba Calcorra, que no debia perdonar medio para encontrarla, y ya sabemos con cuánto empeño Ana del Rey habia pretendido que el conde de la Salmedina la libertase de Calcorra.

Pero el conde tenia el alma más fuerte que Ana del Rey, pero tal vez ménos vehemente, y habia resistido aquellas sujestiones.

Sin embargo, tal ahinco habia puesto en ello Ana del Rey, que para el conde era de todo punto indudable que Ana del Rey no podia estar sino violentamente al lado de Calcorra, y dispuesta á todo por libertarse de él.

El conde, irritado por una contrariedad que le cogia mal preparado, empezó á sentir algo que podia llamarse la tentacion del crímen.

No podia acomodarse á la idea de la pérdida de Ana del Rey, ni encontraba medio para recobrarla, sin contar con un crímen.

El conde rechazó en el primer momento esta idea.

Pero la tentacion es terrible.

Una vez rechazada, vuelve á la carga, insiste, trabaja la conciencia, la combate, hasta que al fin la destruye, haciéndola someterse á lo que, no existiendo la pasion, hubiera creido imposible.

Este cambio en la moral del conde de la Salmedina se habia hecho de una manera violenta.

En el momento en que, al encontrarse con que le habian arrebatado á Ana, habia comprendido que Ana era una parte de su alma, sin la cual no podia vivir.

Habia ido terriblemente predispuesto á rondar la casa de Calcorra.

Si entonces se hubiera tenido la idea del magnetismo, del espiritismo, hubiera podido creerse que el conde habia ido á rondar á Ana en aquella alta hora con la esperanza de que su presencia en la calle, por un fenómeno magnético, hubiese atraido á Ana á la ventana.

Pero la nocion del magnetismo ha existido siempre, aunque de una manera inconsciente, en el corazon humano.

Es muy antigua la creencia de que los séres puestos en una gran relacion de espíritu el uno respecto al otro, sienten su aproximacion aun antes de verse.

Nosotros no tenemos nada que decir acerca del magnetismo; le concebimos, pero no podemos explicárnoslo.

Es para nosotros un misterio, y creemos que las oscuras nociònes que acerca del magnetismo tenemos, serian mucho más claras si no se hubiese apoderado de esas nociones el charlatanismo.

Los charlatanes se han opuesto siempre al desarrollo de la ciencia; han impedido su marcha, y tanto más cuando la ciencia se ha referido más al espíritu que á la materia.

El conde habia alentado la esperanza de ser presentido por Ana, de atraerla, de explicarse con ella.

Al llegar á su acechadero se habia encontrado con el insigne Cascajares, que le habia dado una noticia terrible, esto es, que el rey estaba casa de Calcorra.

Esto habia ennegrecido más y más el alma del conde.

—Y decidme,—preguntó á Cascajares;—¿cómo es que su majestad ha venido á esta casa? ¿quién le ha inspirado la idea de venir?

—Lo ignoro, señor conde,—exclamó Cascajares:—no puedo decir á vuecencia otra cosa, sino que su majestad me mandó esta tarde estuviese preparado para acompañarle esta noche, y me previno que, como otras veces, debíamos salir de palacio por el postigo que da al Campo del Moro. Yo he obedecido. A la media noche su majestad y yo hemos salido por el postigo, hemos entrado encubiertos y valiéndonos de una seña, por la puerta de Atocha, y nos hemos trasladado aquí.

—¿Y no os habeis entendido primeramente con el señor Cosme Calcorra?

—Absolutamente, señor conde. Si su majestad se ha entendido con Calcorra, yo no he tenido intervencion en ello.

—¿Quién más que vos ha acompañado al rey?

—Nadie más, señor conde. Su majestad es muy discreto, y envuelve en un gran misterio sus escapatorias; á nadie las ha confiado nunca más que á mí. Y yo repito, señor conde, que es casi indudable la vuelta de la señora marquesa de Esquilache. De otro modo, ¿cómo comprender que su majestad hubiera venido aquí? ¿Qué tenia que hacer aquí su majestad si no hubiese vuelto á Madrid la señora marquesa de Esquilache?

—Decís bien,—exclamó el conde de la Salmedina, que no queria descubrirse ante Calcorra.—Indudablemente, la marquesa de Esquilache ha vuelto. Esto,—añadió el conde, procurando desorientar á Cascajares acerca de su presencia en aquel sitio,—me ha traido aquí. Yo tenia algunos antecedentes, y los que nos preciamos de leales debemos servir al rey, aun cuando él mismo no pueda ni aun suponer que le servimos. El rey comete una imprudencia viniendo aquí, ó mejor dicho, saliendo solo de noche de palacio sin más escolta que vos.

—Si llegara el caso, señor conde,—dijo Cascajares,—podria suceder muy bien que este pequeño hombre demostrase que es muy á propósito para servir bastantemente en un apuro á su majestad.

—Indudablemente, señor Cascajares,—dijo el conde;—pero en todo caso seremos dos.

—¡Ah!—exclamó Cascajares.—Vuecencia, señor conde, vale por un ejército; y con la escolta de vuecencia ya podia ir tranquilo su majestad á cualquiera parte. Pero se me antoja una cosa, señor conde.

—¿Y cuál?—exclamó cuidadoso Salmedina.—Soltadla, señor Cascajares, porque es necesario convenir en que á vos se os ocurren muy buenas cosas.

—Pues se me ha ocurrido, señor conde, y perdone vuecencia mi atrevimiento, que vuecencia viene aquí, como si dijéramos, por atun y á ver al duque.

—¡Eh! ¡qué diablo!—dijo el conde de la Salmedina;—sois muy malicioso, señor Cascajares.

—Ya sabe vuecencia, señor conde, que mis malicias no pueden perjudicarle; vuecencia puede estar seguro de que yo no iré á decir á la señora princesa de Astúrias que he encontrado á vuecencia á tal hora y en tal sitio.

—¡Ah! la princesa no extrañaria que yo viniese aquí á guardar las espaldas al rey.

—Que sé yo, que sé yo, lo que podria creer su alteza, señor conde. La señora Ana del Rey ha estado perdida mucho tiempo, lo ménos dos años, y durante esos dos años el señor Cosme Calcorra no ha sabido dónde ha tenido las narices. Esto me consta perfectamente, señor conde. Ahora resulta que el señor Cosme Calcorra ha encontrado á su mujer. El dice que su mujer ha estado en Alcorcon cuidando de una anciana parienta suya; pero yo no veo esto

muy claro; yo tengo por seguro que Ana del Rey ha estado perdida para el señor Cosme Calcorra, y que hasta hace tres dias justos no la ha encontrado. Ahora bien; cuando ese pobre demonio encuentra á su mujer, yo encuentro á vuecencia, señor conde, rondando la casa de Calcorra. Yo no digo que vuecencia no se interese grandemente por su majestad, como lealísimo vasallo que vuecencia es del rey nuestro señor... En fin, señor conde, yo no digo nada, sino únicamente, y por una sola vez, que si vuecencia me necesita puede disponer de mí.

—Podrá suceder, señor Cascajares,—dijo el conde, cogiendo la ocasion por los cabellos, sabiendo como sabia lo útil que para cualquier género de empeño era Benito Cascajares.

—Pues vuecencia hable,—dijo éste,—que por mucho que vuecencia exija de mí no ha de quedar deservido.

—Esperad, esperad, señor Cascajares,—dijo el conde;—me parece que han abierto una ventana baja en la casa de Calcorra.

—A mí me lo parece tambien, señor conde,—dijo Cascajares.

—Os dejo, pues, por un momento,—exclamó el conde.

Y se dirigió rápidamente á la casa de Calcorra, donde, en efecto, en una reja del piso bajo se habian abierto recatadamente las maderas.

—¡Ah!—exclamó Cascajares;—mi reinado no pasa: yo seré siempre extraordinariamente necesario.

Capítulo XLIX.

De como la idea del crímen se iba desarrollando en Cosme Calcorra.

El conde se acercó á la reja.

—¡Ah! te esperaba,—exclamó inmediatamente una voz conmovida por una pasion infinita, la voz de Ana del Rey;—yo no sé á cuánto me expongo bajando aquí, ó no sé si no me expongo á nada: en la casa hay un hombre y una mujer á quienes no comprendo bien: no sé si están en mi favor ó en mi contra. Gracias, Dios mio, gracias: el verte aquí es para mí un consuelo inmenso: es mi esperanza que renace.

El conde no habia interrumpido á Ana del Rey, porqué estaba cohibido por la emocion.

—¡Oh!—exclamó al fin:—me parece que he estado muerto y que he resucitado, Ana de mi alma: yo no

sabia cuánto te amaba. ¡Oh! ese miserable, ese infame...

—¡Oh! sí tú le hubieras muerto cuando yo te lo rogaba: ¡es horrible la situacion en que me encuentro! Si tú supieras... ¡ah! tú no me has comprendido, Luis: no nos hemos comprendido ninguno de los dos. Ese hombre está loco por mí, siente por mí una pasion frenética, y yo soy toda su alma... ¡Ay si tú no hubieras venido! ¡ay si yo me hubiera asegurado en la creencia de que tú te habias cansado de mí, de que tú me despreciabas! Las mujeres no tenemos más que corazon, Luis; nuestro corazon lo es el que más satisface nuestra vanidad, nuestros caprichos, nuestros deseos; ese es el que más amamos. Importa poco la edad, importa poco la hermosura. ¡Ah! los hombres no conocen á la mujer. Pero tú has venido, tú me has buscado, tú no me has olvidado, tú no me desprecias, tú me amas como yo te amo á tí. Mátale, Luis mio, mátale; es necesario que ese hombre no sea un obstáculo para nuestra felicidad. Pero por el momento, adios; yo no me atrevo á permanecer por más tiempo aquí: ese hombre es una fiera, está entretenido con el rey, y puede concluir de un momento á otro. Adios, Luis mio, adios: ya tendremos tiempo de entendernos.

A tiempo concluyó su rápida entrevista Ana del Rey con el conde.

En el momento en que ella cerraba la reja, el rey salia y buscaba bajo el soportal á Cascajares.

El conde se habia retirado, y estaba oculto en la sombra.



MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Mátale, Luis mio, mátale! Es necesario que ese hombre no sea un obstáculo para nuestra felicidad.

El rey no habia podido apercibirse de él, y se habia alejado seguido de Cascajares.

El conde esperó algun tiempo.

Nadie salió de la casa.

¿A qué habia ido, pues, el rey casa de Cosme Calcorra?

A ver á Ana no podia haber ido, puesto que ella habia hablado con el conde.

¿Cuál era, pues, el objeto que habia llevado al rey allí?

El conde esperó por ver si oia ruido dentro de la casa.

Como el rey habia salido inmediatamente al momento en que Ana se habia ido de la reja, podia suceder muy bien que Calcorra hubiese sorprendido á Ana fuera de su aposento, ó tal vez dentro de él vestida.

Pero Ana era más sagaz que todo esto.

Habia subido rápidamente á su aposento, mientras Calcorra estaba todavía muy entretenido con el rey.

Se habia encerrado, habia arrojado sus vestidos y se habia acostado.

Por otra parte, Calcorra estaba tan preocupado, tan aterrado por lo que acababa de sucederle, que lo terrible de su situacion se habia sobrepuesto en él á los celos.

Estaba al descubierto delante del rey.

El rey sabia que él era quien habia falsificado aquella carta que de tal manera habia perturbado

su alma, y le habia obligado á la expulsion de los jesuitas.

El rey nada le habia dicho.

Sin embargo, Calcorra lo temia todo.

Se estremecia, y no por sí, porque no era cobarde, sino por aquella terrible pasion que Ana le habia inspirado.

Calcorra empezaba á sentir unos horribles celos: unos celos extraños, unos celos de *ultratumba*.

Le irritaba de una manera horrible la sola idea de que despues de muerto, el conde de la Salmedina gozaria libre y tranquilamente el amor de Ana del Rey.

Esto le enfurecia hasta un punto infinito.

Horribles ideas empezaban á revolverse en su pensamiento.

Sobre todo, su ódio se volvia contra el conde de Aranda, que valiéndose de Ana le habia llevado al terrible compromiso en que se encontraba.

El padre maestro don fray Lorenzo participaba del ódio horrible de Calcorra.

Él, valiéndose tambien de Ana, le habia obligado á descubrirse ante el rey.

Era necesario meditar un plan que salvase aquella situacion.

Calcorra queria vivir, Calcorra tenia una esperanza.

Habia visto algo de extraño en Ana.

Habia comprendido que en Ana se habia operado un cambio respecto á él, que ella se asombraba de

aquel inmenso amor, siempre mártir y siempre rendido, que en él veia.

Calcorra era muy conocedor del mundo.

En el asombro de su mujer por él, veia algo favorable para él.

—Ella se enamorará de mi amor,—decia;—ella comprenderá que nadie la ha amado ni puede amarla como la amo yo. Ella acabará por adorarme, y esta será para mí una felicidad inmensa; pero es necesario que yo viva, y para que yo viva es necesario que mate.

La manera de matar á quien podia matarle era lo que preocupaba, lo que aterraba á Calcorra, porque comprendia lo enormemente difícil del proyecto que alentaba: el rey, el conde de Aranda, el de la Salmedina, debian caer.

¿Pero cómo?

Los Invisibles sabian muy bien lo que hacian dejando impune á Calcorra.

El era un demonio; y este demonio era demasiado precioso, por lo que él mismo haria impulsado, por el terror y por los celos, para que se le destruyese.

Calcorra no fué á ver si su mujer dormia.

Le devoraba la fiebre, y se acostó revolviendo sus terribles pensamientos, que tomaban una forma espantosa en medio de su delirio.

El conde de la Salmedina esperó algun tiempo aún.

No vió salir á nadie despues de la salida del rey.

Esto aumentó sus confusiones y volvió á excitar sus celos.

No habia podido ver entrar ni salir á los Invisibles, porque estos habian entrado en la casa y salido de ella por la mina que en otro tiempo habia servido para el contrabando.

Capitulo L.

De la difícil situacion en que se encontraba el señor rey don Cárlos III.

No era sólo Calcorra el que se sentia aterrado.

Lo estaba mucho más que él Cárlos III, y no podia suponerse un hombre más desgraciado que aquel pobre monarca.

No le habia convencido en manera alguna la prueba que los Invisibles le habian dado acerca de la falsificacion de la carta atribuida al padre Casti.

Aquello podia ser muy bien un manejo.

Que Cosme Calcorra fuese capaz de falsificar con una perfeccion espantable, no queria decir que la carta del general de los jesuitas fuese falsa.

Y aunque lo fuese, ¿de dónde se habia sacado aquella historia de los amores adúlteros de su madre la reina Isabel Farnesio con un palafrenero?

Cuando la duda se apodera de un alma, es muy difícil, aun imposible, arrancarla de ella.

Por otra parte, la mala conducta de Isabel Farnesio no era un misterio para el rey.

El mismo, aun siendo ya vieja su madre, habia descubierto en ella la tendencia á lo candente, á lo sensual.

El rey no ignoraba además, que su madre, por los tiempos en que él nació, era amante del cardenal Alberoni.

Esto lo habia reparado todo el mundo y habia llegado hasta el rey.

Lo hemos dicho ya: en los palacios se murmura más que en ninguna otra parte; y muchas veces el rey, acercándose por casualidad ó de intento á los murmuradores, sorprende sus murmuraciones.

Además, y esto desesperaba sobre todo al rey, aquella calumnia ó aquella verdad de su bastardía debia haber sido explotada para procurar su destronamiento.

Estas calumnias corren como el fuego impulsado por el huracan sobre una inmensa selva.

Tal vez todo el mundo sabia y creia que él era un bastardo, y tal vez, si ceñia aún la corona, lo debía, no al respeto, no al afecto de sus súbditos, sino á una cuestion meramente de fuerza.

Cárlos III sufria un infierno, infierno cuyos tormentos habian aumentado despues de su comparecencia, que así podia llamarse, ante el Tribunal de los Invisibles.

Estos aterraban al rey.

Conocia á muchos de ellos.

Especialmente al padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

Pero no habia conocido á ninguno de los del tribunal que se habia reunido en casa de Calcorra.

El rey conocia perfectamente la relacion que existia entre los Invisibles y los jesuitas.

El rey conocia el poder de aquella sociedad formidable, se sentia impotente contra ella, y se aterraba.

El podia, es cierto, despedazar al padre maestro don fray Lorenzo y á los otros invisibles á quienes conocia; pero no tenia ni aun el medio de arrancar por medio del tormento á los invisibles que fuesen presos los nombres de todos sus otros compañeros que permanecian en la sombra.

Sabia el rey que la constitucion de aquella sociedad era fuertísima, porque aquella sociedad estaba envuelta en el misterio.

No habia ningun invisible que conociese á todos sus compañeros.

Los círculos de invisibles que se conocian eran aislados, estrechos; signos generales y misteriosos, ponian en relacion á los unos con los otros.

A la primera sorpresa, el círculo sorprendido quedaba completamente aislado y sin poder denunciar los otros círculos que no conocian los Invisibles.

No radicaban sólo en España.

Se extendian por el mundo entero y en todas partes tenian una gran influencia.

Los hacia inviolables el terror.

Por esta razon, aunque el rey sabia bien que el padre maestro don fray Lorenzo habia sido uno de los más poderosos agentes del alboroto de Madrid, no habia permitido se le prendiese.

El, que se habia atrevido con los jesuitas, no se habia atrevido con los Invisibles, por más que creyese que entre los jesuitas y los Invisibles habia una gran relacion.

Las cabezas de los jesuitas podian contarse, en tanto que no se sabia el número de las de los Invisibles.

Contra los jesuitas habia pretexto.

Sus doctrinas eran revolucionarias y antimonárquicas.

Ellos habian predicado el tiranicidio.

Ellos habian educado generaciones turbulentas, que empezaban ya á hacerse temibles á los monarcas.

La enciclopedia predicaba por todas partes, aunque envueltas en una forma filosófica, las doctrinas de los jesuitas.

Luis XV estaba acometido ya por las tendencias que produjeron la revolucion de 1789.

Cárlos III creyó que la formidable Compañía de Jesús no podia estar sostenida de tal manera por los Invisibles, que no se la pudiese tocar sin provocar las iras de aquellos.

Su desengaño fué terrible cuando se encontró delante de un tribunal de la terrible sociedad secreta.

Cárlos III se consideró perdido.

Se habia engañado.

Comprendió que le hubiera sido mucho más conveniente transigir con los jesuitas y favorecer sus fines.

Pero ya no era tiempo de retroceder.

Nunca fué más grande la firmeza de carácter de Cárlos III.

Esta gran cualidad, tal vez la única cualidad buena que poseia, no puede negársele; y á ella sola se debe la falsa reputacion que le han concedido los que no han sentido bien el espíritu de la historia, de rey bueno y justiciero.

Cárlos III fué una recaida de España en la pasada postracion de los tiempos de Felipe IV y Cárlos II; postracion de que no se levantó sino durante el pacífico reinado de Fernando VI; postracion de la que aún no hemos salido, mas que durante un momento, por el heróico esfuerzo de la guerra de la Independencia, y que despues ha aumentado de dia en dia y que determina el doloroso malestar que sufrimos envueltos en un caos, sin tener á la vista ni una sola solucion cuya esperanza pueda consolarnos de nuestras desgracias.

Cárlos III malgastó y dilapidó, empleándolos en su provecho y en el de sus favoritos, los inmensos tesoros que habian acumulado las economías de Fernando VI.

Cárlos III, como lo hemos visto por el motin de Esquilache, era un déspota soberbio, intransigente é impuro, que aborrecia á los españoles, que á su vez

le llamaban extranjero, por más que hubiese nacido en España, porque se veian tratados con el desamor y el desprecio con que trata al reino que gobierna un príncipe extranjero, que no tiene ningun género de relacion, ni ninguna razon de afecto con el débil pueblo que ha conferido su suprema magistratura á un extraño, con el cual no le une ningun género de vínculos.

Esta especie de príncipes explotan, desangran y maltratan á los pueblos que han cometido el gravísimo error de tolerarlos á su frente.

Cárlos III era esto para los españoles.

Los llamaba brutos, los obligaba á reformas que, aunque algunas fueran buenas, las rechazaban porque se les imponian, y los entregaba á favoritos rapaces y traidores, sin dignidad y sin pudor, que devoraban las sobras del leon, esto es, los miserables despojos de una nacion robada, enervada y escarnecida.

Pero Cárlos III habia encontrado un terrible castigo, esto es, la perturbacion de su conciencia; la desconfianza de todo, su impotencia para todo y el temor por su vida.

Y sin embargo, y cosa terrible, aquel rey amenazado, aquel rey que temblaba, aquel rey gloton que no podia satisfacer su estómago sino con una enorme cantidad de alimentos crasos, deglutia temblando cada bocado de su comida, temiendo fuese envuelto en él un veneno.

No transigia, no cedia; su soberbia no se lo permitia.

Tenia el medio de abrir una informacion respecto á la culpabilidad ó no culpabilidad de los jesuitas.

Podia amañar una absolucion.

Y sin embargo, dijo:

—Lo hecho está hecho. El rey no debe retroceder jamás. El dia que retrocede se anula, se hace despreciable y muere, porque sus enemigos se sienten bastante fuertes para acometerle. Si se ha de morir, muramos con dignidad.

Esto era soberbia pura; y como todos los actos de la soberbia, un error.

Cárlos III no queria decir á todo el mundo, no queria decir á la historia: *Me he engañado ó he temido.*

La soberbia era la pasion culminante de Cárlos III, y esta soberbia sostenida, producia actos que ante el vulgo pasaban por grandezas.

Hipócrita además, y solapado como todos los Borbones, sabia aparecer bonachon, y ocultar bajo una apariencia dulce sus instintos de lobo.

Y esta soberbia era externa.

En lo interior de su alma, cuando no habia soltado prenda alguna, aquella soberbia se humillaba cobardemente.

El padre maestro se habia atrevido á él.

Un miserable como Calcorra se le habia atrevido tambien.

Un hombre favorecido por él, el conde de Aranda, le habia envuelto, sin duda por miras particula-

res suyas, en el desastroso negocio de los jesuitas.

Sin embargo, nada pensó, ni contra el padre maestro ni contra Calcorra, Cárlos III.

A ambos los protegia la túnica roja; la medalla simbólica y la banda tricolor de los Invisibles.

Como hubieran protegido los Invisibles á la Compañía de Jesús si hubieran podido apercibirse del golpe que se la preparaba.

Indudablemente el conde de Aranda conocia bien la intriga, cuando habia sabido llegar á una tal situacion irresoluble.

Cárlos III se propuso, como han hecho siempre todos los Borbones, ganar tiempo, dar largas al negocio, oponer una dificultad tras otra, procurar engañar, al fin, á los Invisibles, ó defenderse por lo ménos todo el tiempo que le fuera posible.

En cuanto al conde de Aranda, el rey no tenia la seguridad de que el conde le hubiese hecho traicion; por lo mismo que no tenia tampoco la seguridad de que la carta que habia causado la expulsion de los jesuitas, fuese verdaderamente del padre Casti, ó una falsificacion.

A más de esto, Aranda habia servido bien al rey; habia extremado el rigor para someter á los alborotados españoles, y sus terribles medidas eran extraordinariamente simpáticas á Cárlos III.

Además, los dos habian conspirado juntos contra los jesuitas, y el rey temia que si deponia al conde de Aranda, despechado éste, hiciese público el misterio de aquella conspiracion.

Verdad es que el rey hubiera podido deshacerse del conde de Aranda como se habia deshecho del marqués de la Ensenada, esto es, envenenándole.

Pero Aranda le era necesario.

Dejemos, pues, al rey en sus vacilaciones, y volvamos á ocuparnos de los otros personajes de nuestra historia.

Capítulo LI.

Una aventura de María Luisa.

Cascajares estaba desesperado.

La princesa no le dejaba reposar.

María Luisa estaba celosa é irritada.

Habia descubierto una traicion en su adorado conde de la Salmedina.

Esto la tenia en un estado de furor indescribible.

El disimulo del estado de su espíritu, á que la obligaba su situacion, hacia que su sufrimiento fuese insoportable.

Ella no se explicaba que un hombre que tenia sus favores pudiese apreciar en nada los favores de otra mujer.

El amor propio, una de las pasiones más terri-

bles del corazon humano, combatia de una manera incontrastable á María Luisa.

Los amores de Salmedina con una cualquiera, con la mujer de Cosme Calcorra, con una muchachuela tal vez despreciable, porque ninguna mujer es justa con su rival ni la reconoce dote alguna para competir con ella, habian sido una revelacion para María Luisa acerca del carácter de Salmedina: si de tal modo estaba empeñado por una cualquiera, era de presumir que Margarita, su mujer, la admirable hermosura de moda en la córte, á la que se llamaba la diosa, debia tenerle loco.

¿Y cómo se explicaba que un hombre enloquecido por una mujer tal como Margarita, pudiese mostrarse enamorado de otra?

La princesa acabó por deducir que el conde no la amaba, que no la habia amado nunca; que el único móvil del conde respecto á ella era la ambicion. .

Esto aumentaba el furor de María Luisa.

Servia, pues, de instrumento á un miserable.

Y sin embargo, no podía arrojar de su corazon el amor que Salmedina la inspiraba.

María Luisa sufria un infierno.

Y el ínclito Benito Cascajares participaba de aquel infierno, en las comisiones comprometidas en que le empleaba á cada paso la princesa.

Era necesario saber lo que hacia el conde, á dónde iba, de dónde venia, qué decia; espiar, en fin, hasta sus menores movimientos.

Cascajares se habia visto obligado á introducirse en la servidumbre del conde de la Salmedina por medio del soborno, y no habia sacado en claro otra cosa sino que el conde adoraba á su mujer, se llevaba muy bien con ella y parecia el hombre más feliz de la tierra.

Cascajares era demasiado cortesano para llevar estas noticias á la princesa.

Las alteraba siempre y procuraba hacer de modo de no comprometerse, trayendo una situacion en que el conde se creyese perjudicado por él.

Así es que decia á María Luisa:

—Vuestra alteza se apesadumbra por suposiciones que afortunadamente no son exactas; el señor conde de la Salmedina sostiene en la apariencia una admirable conformidad con su mujer. Cualquiera al verlos diria que eran los dos esposos más amantes del mundo y más felices; pero si se ha de creer á la doncella, cuyo ojo escrutador está siempre encima de sus amos, en el interior de aquel matrimonio no hay ese amor que todo el mundo cree y por el que todo el mundo envidia al señor conde de la Salmedina. Porque la verdad es que á cualquiera parte que vayais, no ois hablar de otra cosa que de la hermosísima princesa de Otranto, condesa de la Salmedina; siempre despues de vuestra alteza, señora, porque nadie hay tan ciego que no comprenda que el sol de la córte, la dama sin par, la hermosura de las hermosuras, es la serenísima señora princesa de Astúrias doña María Luisa de Borbon.

—Tú me adulas para engañarme,—decia de mal humor María Luisa.—Bien sé yo que la condesa de la Salmedina es para todos un prodigio, y que no hay mujer ante el juicio público que con ella pueda compararse.

—¡Ah, señora, señora! Si no se habla tanto de la hermosura de vuestra alteza, es por respeto á la majestad real, porque ¿qué se diria si se hablase de vuestra alteza con el encarecimiento que se habla de una particular? Porque al fin una grande de España, señora, comparada con vuestra alteza, no es más que una particular, y una particular ínfima, una criada de vuestra alteza. En fin, y viniendo á lo que importa, el señor conde de la Salmedina parece, segun su conducta respecto á su mujer, que no se casó con ella sino obligado por un compromiso, y tal vez para encubrir el afecto que vuestra alteza le dispensa, y que él, como no puede ménos, tiene á vuestra alteza en el interior de la casa. Segun he llegado á saber por medio de las doncellas, el conde y la condesa se tratan como unos buenos amigos, y nada más. En doña Margarita hay una especie de indiferencia: de indiferencia disimulada. Se conoce que si ella se casó con el conde, fué por dar gusto á sus padres: nada de arrebatos, señora, nada de expansion, nada de eso que constituye la felicidad de dos esposos en el hogar. El conde parece siempre disgustado cuando nadie le ve más que doña Margarita, y doña Margarita parece reservada y fria, como lastimada por la indiferencia de su esposo. Estas son las noticias que

he podido averiguar, y yá sabe vuestra alteza que todo lo que yo averiguo es exacto.

De esta manera se manejaba Cascajares para no quedar mal con el conde ni con la princesa.

Porque Cascajares era demasiado experimentado, y sabia que lo que no se sabia un dia se sabia otro, y temia que un dia se supiesen tales cosas que le comprometiesen gravísimamente.

En cuanto á sus investigaciones respecto á Ana del Rey y á Calcorra en relacion con el conde, Cascajares se veia obligado á mentir de una manera más grave aún.

Cascajares se pasaba las noches rondando y dando vueltas al rededor de la casa de Cosme Calcorra, y veia, sin que de esto le pudiese quedar duda, que todas las noches á media noche llegaba el conde al postigo de la casa de Calcorra, que el postigo se abria, que el conde entraba, que volvia á cerrarse el postigo y que no volvia á abrirse para dar salida al conde sino allá á las tres ó las cuatro de la mañana; el conde se alejaba con las muestras del hombre más contento y más satisfecho de su fortuna, y desaparecia.

Cascajares veia esta satisfaccion del conde, en lo desembarazado y ligero de su paso y en ese no sé qué que revela en las criaturas, hasta en sus más leves movimientos, el estado de su espíritu.

Pero no decia nada de esto á la princesa; por el contrario, cada mañana que la princesa le llamaba y se encerraba con él, le decia:

—Señora, podrá ser muy bien que el señor con-

de de la Salmedina entre y salga, y vaya y venga, en la casa de Cosme Calcorra; pero por más que yo he vigilado la tal casa por el dia, por la noche, á todas horas, por fuera, y áun pudiera decirse que por dentro, ni el menor indicio he visto de que el señor conde de la Salmedina aparezca por allá.

—Tú eres un miserable, Cascajares,—decia la princesa;—tú no quieres comprometerte: me engañas.

Así es que el pobre Cascajares sudaba y trasudaba y no sabia qué hacerse, y veia venir una situacion en que se veria definitiva y gravemente comprometido.

A estas situaciones están siempre expuestos los bajos servidores de los reyes.

Es imposible estar bien con ellos y con sus favoritos.

La conducta de estos personajillos que se enriquecen sirviendo á los unos y á los otros, y procurando complacerlos á todos á pesar de los más opuestos intereses, es una conducta de balancin, por decirlo así, y que requiere un tacto exquisito.

Pero hay situaciones de suyo tan tirantes y tan difíciles, que todo el tacto del mundo no aprovecha.

Tal era la del insigne Cascajares, que aunque nunca fué gordo, se iba quedando flaco de miedo.

La princesa se hacia á cada momento más peligrosa.

Perdia la cabeza y exigia demasiado.

No se fiaba de Cascajares, porque le conocia, y

nunca decia más que lo que le convenia, y preferia saber por sí misma lo que habia de verdad en los para ella villanos amores de Salmedina con la mujer de un cualquiera.

No la bastaba el descubrimiento que habia hecho la noche en que habia ido con el padre maestro al parador del puente de Segovia.

Queria ver por sí misma.

Una mañana dijo á Cascajares:

—Estad prevenido para esta noche.

—Muy bien, señora,—exclamó Cascajares, tragándose una nuez tremenda, estremeciéndose y cubriéndose de sudor frio.

—Tenemos necesidad de salir de palacio.

—¡Señora! ¡señora!—exclamó Cascajares más atragantado aún, atreviéndose á hacer una objecion.

—Paréceme, Cascajares,—dijo interrumpiéndole vivamente la princesa,—que os atreveis á contradecirme.

—Líbreme Dios, señora, de tal y de tan traidor desacato,—exclamó Cascajares, encorvándose de una manera inconcebible;—yo no puedo atreverme á nada, ni áun á pensar á atreverme contra la voluntad de vuestra alteza.

—Peor para vos en todo caso, porque saldríais de palacio por la puerta de los perros.

La princesa estaba airada y ceñuda.

Cascajares temblaba á más y mejor, y comprendia que aquel solo momento valia por todo el dinero

que habia ganado en toda su vida á costa de sus extraños y múltiples servicios.

—Oid lo que se ha de hacer,—dijo la princesa;—alquilareis un carruaje, que hareis esté á las once de la noche cerca de la puerta de Segovia por la parte de adentro. Lo tendreis todo dispuesto para que los guardas de la puerta de Segovia la abran en cuanto llamemos. A las once estareis vos armado en la portería de damas; por la escalerilla descenderemos á los sótanos, y saldremos por el postigo que da al Campo del Moro.

—Muy bien, señora,—dijo Cascajares, que estaba más muerto que vivo.

—No olvideis nada de lo que os he dicho,—añadió la princesa, cuyo mal talante crecia;—idos: pronto veremos si me servís bien ó mal.

Cascajares se inclinó y salió.

—Malhayan amen todas las mujeres,—decia,—desde Eva á la princesa de Transilvania, que con sus amores y sus caprichos son capaces de acabar, no con un hombre, sino con el mundo entero. Vamos á ver ahora qué hago yo para que la princesa no me coja en una mentira. En fin, bueno, adelante; veremos cómo se sale de este apuro. Mejor quisiera una aventura como aquella del muerto que echamos en la cloaca del Pardo.

Y Cascajares se subió á su cuarto, se encerró en su aposento y se puso á meditar.

Pero por mucho que meditó no se le ocurrió nada de provecho.

Se vió al fin obligado á salir para hacer las prevenciones que le habia mandado la princesa.

A las once y media, ceñida la espada, enganchadas dos pistolas en el cinturon, provisto de una linterna, con una capa á la nueva moda y con un sombrero tricornio, porque ya nadie, ni áun de noche, se atrevia á parecerse al verdugo y al pregonero llevando la antigua capa á la española y el antiguo sombrero chambergo, estaba en la portería de damas.

Poco despues se abrió una mampara, y completamente envuelta en un manto apareció una señora.

Era sin duda, á juzgar por su estatura y por su gallardía, la princesa de Astúrias.

Cascajares tenia el peor cuerpo del mundo.

Estaba agonizando.

Se encontraba ya en el terreno.

Entraba en fuego.

La princesa le indicó con un ademan seco é imperativo tirase para adelante.

Se habia retirado ya la servidumbre, y palacio por aquella parte estaba de todo punto solitario.

Allá á lo lejos, al fin de una galería, se oia el lento paso de un centinela alabarderó.

Pero la escalera por donde necesitaban tomar Cascajares y la princesa estaba al comienzo de la oscura galería, y nada podia ver el centinela.

A más de esto, su consigna no le daba incumbencia alguna con lo que pasase por la parte de adentro.

Se referia solamente á lo que pasase por la parte de afuera.

Cuando se hubieron aventurado por la estrecha escalera de Damas, Cascajares, seguro de que ya no podia verse en la parte de arriba el reflejo, abrió la linterna sorda de que iba provisto.

Descendieron al piso bajo, más solitario que el superior, y atravesando dependencias abandonadas, llegaron al fin á la escalera de los sótanos, y por último al postigo de palacio que daba al Campo del Moro.

Algunos minutos despues llamaban á la puerta de Segovia; se abria ésta, y á poco llegaban á un carruaje, que estaba parado á poca distancia de la puerta.

—Subid al pescante, Benito,—dijo la princesa,—y conducidme adonde debemos ir.

—Muy bien, señora,—dijo Cascajares, cuyas angustias crecian.

Y despues de cerrar la portezuela, subió al pescante y dijo al cochero:

—A la calle Mayor, cerca de la de San Cristóbal: y en fin, Benito,—añadió para sí,—que Dios te ampare.

El carruaje se puso en marcha, y se detuvo en la calle Mayor frente á la de San Cristóbal.

Cascajares saltó del pescante y abrió la portezuela.

—Hemos llegado á lo que parece,—dijo la princesa.

—Aun nos quedan algunos pasos que andar, señora, —dijo Cascajares con la voz trémula y apenas perceptible.

—Pues andémoslos cuanto antes,—dijo la princesa.—Guiad.

Cascajares hizo un esfuerzo, como el mal nadador que cierra los ojos para tirarse al agua, y embistió por el estrecho callejon que tenia delante.

La princesa le siguió.

Al volver la esquina estaba en la calle de San Cristóbal, y en aquella esquina, en el soportal de la tienda de la señora Eustaquia, esto es, en el acechadero de la casa de Calcorra..

Cascajares se chapuzó, por decirlo así, en el soportal, adonde le siguió la princesa.

Por entre el rompimiento de los tejados de la tortuosa calle entraba un rayo de la luna, que iba á iluminar por completo la blanca casita de Calcorra.

—¿Cuál es la casa que tenemos que observar?—dijo en voz baja la princesa.

—Aquella que la luna ilumina, señora,—contestó Cascajares con la voz cascada y quejumbrosa, y tan débil, tan trémula y tan mezquina, que la princesa no pudo ménos de decir:

—Antójaseme que teneis miedo, Cascajares.

—¿Y cómo no tenerle, señora, encontrándome el guardian de un tesoro, yo, pobre y débil, sin escolta en estas callejuelas frecuentadas por bandidos? Corazon me sobra, pero me faltan fuerzas.

—¿Y á quién han de salir á robar los bandidos en-

horas en que nadie anda por las calles, Benito? Vos teneis miedo, porque sois un traidor que me ha engañado, porque teneis la seguridad de que voy á descubrir algo.

—De manera, señora, que pudiera suceder,—exclamó Cascajares;—yo no estoy muy seguro de si el señor conde de la Salmedina ha tenido que ver ó no con la mujer de ese Calcorra, si seguirá entendiéndose con ella y se le pondrá venir esta noche; lo que sí puedo asegurar á vuestra alteza, es que en ninguna de mis rondaduras por estos sitios, ni de dia ni de noche he visto nada que se parezca á la sombra del señor conde.

—Callaos, ¡vive Dios! que siento pasos, y pasos precipitados como de quien viene con deseos de llegar pronto.

Callóse Cascajares.

Bien que aunque hubiera querido hablar, el pavor que le habia acometido de improviso no le hubiera dejado pronunciar ni una sola palabra.

El ruido de los pasos se acercaba, crecia y era rápido, patente, sostenido.

Al fin apareció un embozado de gentil talante, que avanzó y llegó al postigo del jardin de la casa de Calcorra, y allí se detuvo.

La princesa ahogó un grito.

Habia reconocido al conde de la Salmedina, aunque no le habia visto el semblante.

El conde tocó al postigo, y el postigo se abrió como por encanto.

En cuanto hubo pasado el conde se cerró en silencio.

—Basta,—exclamó la princesa;—retirémonos, señor Benito Cascajares; tengo que deciros.

Cascajares se sintió más enfermo que nunca, y le faltó poco para caer redondo al suelo.

Hizo, sin embargo, de tripas corazon, salió del soportal, y guió á la princesa hasta el carruaje.

Abrió la portezuela y la princesa entró.

Cascajares fué á cerrar.

—No, no,—dijo la princesa, cuya voz era trémula y sombría, y dejaba conocer una cólera mortal;—decid al cochero nos lleve cerca de la puerta de Segovia, y entrad.

—¡Cómo, señora! ¡yo en el mismo carruaje que vuestra alteza, sentado junto á vuestra alteza!

—Haced lo que os digo ¡vive Dios!—exclamó María Luisa, cuya voz era á cada momento más irritada.

Cascajares dió la órden al cochero y entró.

—Mañana,—dijo la princesa,—necesito estar yo casa de ese hombre antes de que llegue Salmedina.

—¡Señora, señora!—exclamó de todo punto desconcertado el mísero Cascajares.

—Yo necesito estar, ved la manera.

—Pero, señora, ¿y el marido?

—¡Brava dificultad! que le prendan mañana.

—Pero, señora, yo no tengo género alguno de autoridad.

—¿Y quién cuenta con vuestra autoridad? Vos

llevareis mañana una carta mia al conde de Aranda.

—Eso es distinto, señora,—contestó respirando Cascajares.

—Pero esto no basta,—dijo la princesa;—es necesario que á las once de la noche esté yo con vos y con cuatro hombres de toda confianza casa de ese hombre.

—¿Y quién nos abrirá la puerta, señora?

—¿Llaman acaso los ladrones á las puertas de las casas para entrar en ellas?

—Muy bien, señora,—contestó Cascajares;—las órdenes de vuestra alteza son sagradas para mí.

La princesa guardó silencio.

Cascajares no se atrevió á decir ni una sola palabra.

Llegaron junto á la puerta de Segovia.

Bajaron del carruaje.

Se abrió la puerta como anteriormente, y algunos minutos despues la princesa estaba en su cámara, loca de despecho y sedienta de venganza.

Capítulo LII.

De como Ana del Rey, creyéndose libre de Calcorra, se encontró a su vez presa.

Al dia siguiente, el conde de Aranda recibió de manos de Cascajares esta extraña carta:

«Señor conde: sé de buen orígen que un miserable que se llama Cosme Calcorra, y que vive en la calle de San Cristóbal, se permite propalar difamaciones contra mí: ruegoos encarecidamente le hagais prender, y os encargueis vos mismo de esa averiguacion, á fin de que se haga justicia. Sabeis en cuánto aprecio os tiene,

María Luisa.»

El conde de Aranda se quedó perplejo.

Para él no eran un misterio, ni mucho ménos, los amores de la princesa con el conde de la Salmedina; ni tampoco los de éste con Ana del Rey, como que él se habia valido de aquellos amores para arrancar á Calcorra la funesta falsificacion que habia producido el extrañamiento de los jesuitas.

—Bien,—dijo el conde de Aranda:—la princesa abusa de mí; estas son consecuencias ineludibles de la política en que me he visto empeñado, y hay que dar á esto un sesgo. Afortunadamente hay motivos bastantes para prender á Cosme Calcorra y para que yo dé un pretexto á la prision algo ménos violento, extraño é indigno de mi carácter, que su causa. Pero es necesario que esta prision sea en lo posible secreta, que nadie pueda apercibirse de ella más que los indispensables agentes.

Era una hora en que por necesidad Cosme Calcorra debia estar en su oficina de los gremios.

El conde le envió con uno de sus criados la carta siguiente:

«Señor don Cosme Calcorra:

»Importa mucho que en el momento os presenteis á mí, é importa mucho más que nadie sepa que yo os llamo: traeos con vos esta carta.

EL CONDE DE ARANDA.»

Mientras Calcorra venia, el conde hizo preparar en el patio de su casa un coche cerrado, y que esperasen dos alguaciles de cámara en una sala baja.

Calcorra vió algo siniestro en la carta del conde.

Pero no pudo dar en el peligro que le amenazaba.

Lo que primero se le ocurrió fué que aquel peligro se referia á su falsificacion, y le importaba de tal manera salir de esta duda, que sin dar un pretexto para su salida extemporánea de la oficina, se trasladó cuan rápidamente pudo á la casa del conde de Aranda.

Apenas entró en ella, le echaron mano dos alguaciles de cámara que el conde habia mandado estuviesen esperando en la sala baja.

Calcorra no resistió la órden de prision que se le impuso, pero su cólera se sublevó.

Pidió que le dejasen avisar á su casa, y se le dijo que se tenia órden de meterlo inmediatamente en el coche que estaba esperando, y conducirlo al lugar de su prision.

Pidió que se le dejase á lo ménos avisar á su oficina de los gremios, y obtuvo la misma contestacion.

A más del peligro que Calcorra preveía, porque entonces se afirmó en que el motivo de su prision era la carta atribuida al padre Casti, lo que más importaba á Calcorra era el dejar sola á su mujer en su casa.

No sabia cuánto tiempo podria durar aquella prision, ni en qué podria terminar.

El coche partió de casa de Aranda con las cortinillas echadas.

Dentro del coche iban los dos alguaciles de cámara, que no dejaban á Calcorra levantar las corti-

millas ni informarse del lugar adonde se le conducia.

El coche entró en la cárcel de la Inquisicion y se detuvo en su patio.

Cuando sacaron á Calcorra, éste no tuvo duda del género de prision á que se le habia conducido.

Uno de los alguaciles de cámara llevaba la órden siguiente:

«Deténgase preventivamente, mientras sobreviene la órden de la autoridad eclesiástica, á Cosme Calcorra, reo de alta consideracion, al que deberá incomunicarse rígidamente.—El conde de Aranda.»

El alcaide de la cárcel del Santo Oficio no tuvo inconveniente en encargarse del preso, por más que fuese irregular aquella órden, puesto que él no podia obedecer otra que nó viniese del inquisidor mayor del obispado; pero como se decia que preventivamente, y aquella órden la firmaba el conde de Aranda, el alcaide no se atrevió á desobedecerla.

Calcorra fué empozado con su desesperacion en un profundo calabozo.

La princesa de Astúrias estaba, pues, complacida.

Calcorra habia sido puesto fuera de combate.

Ana del Rey esperó en vano á la hora de la comida á que Calcorra se presentase.

¿Qué podia ser aquello?

Calcorra jamás faltaba á su casa á las doce en punto, dormia despues la siesta hasta las tres, y se iba á su oficina de los gremios hasta bien entrada la noche, que volvia y cenaba.

Ana del Rey se habia entendido con la vieja cria-

da que habia servido durante su soledad á Calcorra.

Esta vieja, no solamente se habia prestado á servir á Ana del Rey, sino que ella misma habia procurado un admirable narcótico que Calcorra tomaba todas las noches en la cena, que no se dejaba notar por sus efectos; pero los producia bastantes para que el sueño de Calcorra fuese profundo y no pudiese despertar de él hasta el amanecer.

La cabeza de Calcorra se habia resentido un tanto á causa de la excitacion que le causaba el narcótico; pero Calcorra atribuia aquella indisposicion á su contento por haber encontrado á Ana del Rey, contento que á la par iba mezclado con el sufrimiento punzante de saber que Ana del Rey le habia abandonado por el amor del conde de la Salmedina.

Por más que Ana del Rey hubiese hasta cierto punto contenido una afeccion extraña en los primeros momentos de su vuelta, como ya hemos dicho anteriormente, aquella buena disposicion del alma de Ana del Rey hácia Calcorra habia pasado muy pronto, siendo más intenso que antes el desesperado amor que sentia por el conde de la Salmedina; por más que Ana del Rey, con esa hipocresía que tan bien saben usar las mujeres, pretendiese engañar á Calcorra y hacerle creer que le amaba con toda su alma, el instinto de Calcorra encontraba algo que le inquietaba gravemente en Ana, y que no podia explicarse.

Ana del Rey, como sabemos, habia hablado con el conde por la reja al poco tiempo de la vuelta á su

casa, y aquel su amor violento habia vuelto con más violencia que antes.

Entonces fué cuando, arrostrando por todo, confió á la vieja doméstica la situacion en que se encontraba, y que era de todo punto necesario que ella pudiese ver al conde sin que el conde tuviese necesidad de arrebatarla de nuevo.

La vieja, como ya hemos dicho, encontró medios para procurar un excelente narcótico á Cosme Calcorra.

Una hora despues de la cena, que se hacia á las ocho, se adormecia, se dirigia con paso vacilante á la cama, se acostaba, y á poco dormia profundamente.

A las diez de la noche Ana del Rey estaba completamente libre, y antes de las doce el conde entraba á verla libremente en su casa, en aquel mismo salon donde en otro tiempo el señor rey don Cárlos III habia tenido sus entrevistas amorosas con la marquesa de Esquilache.

En vano el conde habia pretendido que Ana del Rey abandonase de nuevo á Calcorra y se pusiese exclusivamente en su poder.

Ana del Rey alegaba que la locura de Calcorra era cada dia más grave, y que si seguia al conde, si se perdia de nuevo, podia suceder que el conde se expusiese á una terrible venganza de Calcorra.

Los celos de éste existian, y Ana los excitaba, porque de esta manera el amor del conde, que se habia ido entibiando con la posesion tranquila, habia

vuelto á renacer de una manera impetuosa con las sospechas de que Ana del Rey pudiese haber contraido alguna afeccion por Calcorra.

Cascajares, encargado por la princesa de vigilar al conde, le habia sorprendido más de una vez entrando, cerca de la media noche, en casa de Calcorra.

Pero, como vemos, no se habia atrevido á revelar esto á la princesa por temor de que llegase á noticia del conde, á causa de la loca aventura que este conocimiento pudiese esperar á la princesa.

Pero ya hemos visto que María Luisa habia sabido adquirir por sí misma aquella noticia indudable acerca de la infidelidad de su favorito.

Ana del Rey esperó en vano toda la tarde; y al principio de la noche, cuando llegó la hora de la cena, se convenció de que si Calcorra no habia ido á su casa, era porque no habia podido ir.

Envió á la vieja á la oficina de los grémios á preguntar por Calcorra, y le dijeron que aquella mañana antes de las once habia salido apresuradamente y sin decir á nadie adónde habia ido, y que despues no habia vuelto.

Ana del Rey temió que el conde hubiese tomado determinaciones desesperadas para apartarle de su morada, ó mejor dicho, no temió sino que, creyendo esto posible, se alegró en el alma.

El conde de la Salmedina hacia al fin lo que ella le habia rogado hiciese tantas veces.

Para Ana no podia ser otro el que hubiese hecho desaparecer á Calcorra.

Ana no estaba en el secreto de la falsificacion del padre Casti por Calcorra, ni podia figurarse que la princesa de Asturias fuese la autora de aquel suceso.

Para ella era indudable que el conde, trasportado de celos, habia obrado al fin de una manera definitiva.

El alma de Ana del Rey se habia pervertido.

Habia contraido la locura del amor, y esta locura le habia hecho transigir con un crímen; esto es, con el asesinato de Calcorra.

Estaba segura de que si el conde se habia arrojado á esto por celos, aquel asesinato seria ejecutado de una manera tan secreta, que ningun resultado tendria por ante la justicia; ó más bien, que en vez de asesinar á Calcorra, lo qual era siempre grandemente comprometido, se satisfaria con secuestrarle en alguna habitacion de su antigua casa, y hacerlo vigilar por criados fieles.

Sea como quiera, con la desaparicion de Calcorra Ana se consideraba libre y feliz.

Cuando se acercaba la hora de su cita con el conde, se atavió más cuidadosamente que otras veces y empleó un gran esmero en su peinado y en todo lo que pudiera realzar su hermosura.

En su tocador se encontraba Ana del Rey cuando sintió en el corredor inmediato un ruido extraño.

A póco, en la parte inferior de la casa, un grito agudo.

Inmediatamente Ana creyó reconocer en aquel grito la voz de su vieja criada.

Sin duda se habia ejercido una violencia contra ella, cuando habia gritado de tal manera.

Ana se levantó sobresaltada, puesto aún el peinador, y salió fuera.

Pero en aquel momento se apoderaron de ella algunos hombres, la taparon la boca y la arrastraron consigo.

Eran entonces poco más de las once de la noche.

Veamos quiénes eran las personas que habian entrado en la casa de Calcorra; habian sujetado á Ana y á su criada, y se las habian llevado, no por la puerta ni por el postigo del jardin, sino por aquella larga mina que tenia su salida por un apeadero de caza en la dehesa de Amaniel.



MOTIN DE ESQUILACHE — ..se apoderaron de ella, la taparon la boca y la arrebataron consigo.

Capítulo LIII.

Hasta dónde puede llegar la locura del amor.

Cascajares, asustado por la empresa en que le metia María Luisa, se echó á buscar cuatro pícaros, bastantes para poder entrar en casa de Calcorra sin necesidad de que nadie les abriese la puerta.

Cascajares conocia muchos pícaros de alto y mediano coturno; pero de estos pícaros de baja ralea no conocia á ninguno.

No estaban en su esfera.

Para nada le hacian falta los servicios de esta especie de canalla.

Pero quien tiene lengua á Roma va.

Cascajares preguntó á algunos de sus más bajos conocimientos, y estos le indicaron el medio de lle-

gar hasta el fondo de donde debia sacar los cuatro tunos dispuestos á todo lo que hiciese falta.

Estos se los procuró un palafrenero que se llamaba Gaitin.

Gaitin era una especie de pícaro que no se asombraba de nada; y cuando Cascajares le dijo que necesitaba para una grande aventura cuatro hombres capaces de todo, Gaitin le dijo:

—¿Y para decirme eso os poneis tan colorado, señor Cascajares? ¿Pues no sabemos aquí en los aprietos en que se puede encontrar un hombre que se encuentra en vuestra posicion? ¿Pícaros quereis graduados en las *Almadrabas*, y en las galeras, y en Ceuta? Pues bien, yo os los procuraré tales, que no podreis tener queja de ellos.

—Se necesita, para un asunto que importa en gran manera, que esos hombres sean valientes.

—Cada uno de los que yo os presentaré son capaces de embestir con un ejército;—dijo Gaitin.

—Se necesita además, que puedan introducirse en una casa sin llamar á la puerta.

—Los tales,—dijo Gaitin,—son capaces de entrarse por una rendija en el infierno.

—Quedamos convenidos,—dijo Cascajares.—En cuanto al precio, vuestra boca ó la suya será medida.

—No se hable de eso, señor Cascajares,—dijo Gaitin,—que despues se os pondrá la cuenta, seguro de que la encontrareis tan equitativa, que no vacilareis en pagarla.

Gaitin presentó aquella misma tarde á Cascaja-

res cuatro perdidos, de los cuales podia juzgarse más por el semblante que por el traje, porque todos estaban decentamente vestidos, y le dijo:

—Aquí teneis cuatro postes; os los entrego: decidles lo que es necesario, y ellos sabrán satisfaceros.

Cascajares se quedó solo con aquellos cuatro individuos en una habitacion de la taberna donde Gaitin le habia citado para hacerle la entrega de sus auxiliares.

—Y bien,—dijo Cascajares;—se os va á confiar un secreto, y espero que le guardareis.

—Ya le guardarémos, señor,—contestó el de más edad de todos, que seria como de cuarenta años, y al cual por su fisonomía no podia pedirse más.—Nosotros somos cada uno un pozo, y si así no fuera, ya hubiéramos tenido que ver con la justicia, y gracias á Dios aun estamos vírgenes de cárcel y creemos que lo estaremos durante mucho tiempo.

—Pues ¿no me ha dicho á mí Gaitin que todos vosotros proveníais, el uno de las Almadrabas, el otro de galeras y el otro de Ceuta?

—Gaitin ha podido decir eso haciéndonos mucho favor; pero sin haber estado en las Almadrabas, ni en Ceuta, ni en el Peñon de la Gomera, nosotros podemos presentarnos á exámen donde quiera que haya pícaros.

—Perfectamente,—dijo Cascajares,—eso hemos de verlo dentro de poco.

—¿Y de qué se trata, señor?—dijo el que habia hablado el primero.

—De poca cosa; de introducirse en una casa sin ser sentidos, y de robar en ella dos mujeres.

—Pues dad la cosa por hecha como si ya las tuviérais en la mano; pero sería conveniente nos dijéseis dónde está esa casa, para observarla y ver por dónde tiene su mejor entrada.

—Pues esa casa está en la calle de San Cristóbal.

—¿En la calle de San Cristóbal?—dijo un tercero.—¿Es acaso esa casa la del señor Cosme Calcorra?

—Cabalmente,—dijo Cascajares;—¿le conoceis vos, amigo?

—¡Vaya si le conozco!—dijo el preguntado;—como que por esa casa he hecho yo mucho tiempo el contrabando en beneficio de don Cosme Calcorra, ó más bien en beneficio del señor marqués de Esquilache.

—¿Contrabandista sois vos?

—Lo fuí, lo soy y lo seré,—contestó el pícaro.

—¿Y cómo es que por medio de esa casa haciais vos el contrabando?—preguntó Cascajares.

—Porque en esa casa, señor mio, hay una mina que va á salir á la dehesa de Amaniel.

—Pues mirad,—dijo Cascajares;—esa mina nos viene á las mil maravillas; pero es necesario saber qué personas viven en el apeadero adonde esa mina va á salir en la dehesa de Amaniel.

—Señor mio,—dijo el que había dado noticia de la mina,—ese apeadero está abandonado y arruinado

desde hace mucho tiempo, y por consecuencia por allí se pueden sacar las personas que haya necesidad de trasportar adonde vos querais.

—Pues bien, amigos mios; estád dispuestos para esta noche á las once en la calle de Segovia, y esperad junto á un carruaje que allí estará parado,—les dijo Calcorra.

En efecto, los cuatro pícaros fueron antes de las once de la noche á situarse fuera de la puerta de Segobia, donde encontraron parado el mismo carruaje que la noche anterior habia llevado á la princesa y á Cascajares.

A las once la puerta de Segovia se abrió, y una dama, esto es, la princesa de Astúrias, y que los pícaros que esperaban no podian saber fuese ella, llegó al carruaje, se metió en él, y entónces Cascajares fué á entenderse con los cuatro indivíduos que estaban á poca distancia.

—Vosotros seguireis el cárruaje,—les dijo,— y os detendreis cuando el carruaje se detenga.

Cascajares montó en el pescante, y el carruaje se puso en marcha y fué á detenerse, como la noche anterior, en el callejon de la calle Mayor, por donde se llegaba á la calle de San Cristóbal.

Una vez allí, Cascajares abrió la portezuela y dijo á la princesa:

—Pronto volveré á dar noticias á vuestra alteza de lo que hubiere acontecido.

—Id, id y concluid pronto,—dijo María Luisa,—porque espero impaciente.

Cascajares se metió con los cuatro bandidos por el callejon.

Llegó á la calle de San Cristóbal y al postigo del jardin de la casa de Calcorra.

Uno de aquellos hombres, como si no hubiera nacido para otra cosa, abrió sin hacer ruido, por medio de una ganzúa, el postigo.

Una vez en el jardin, se lanzaron dentro de la casa, y dos de ellos se quedaron abajo, en donde tenia su aposento la vieja criada, y los otros dos subieron en busca de Ana del Rey y la encontraron en el momento en que, como hemos dicho, avisada por el grito de su doméstica, salia de su tocador.

Ana del Rey, sujeta y atada la boca, fué llevada al piso bajo, sirviendo de guia al contrabandista.

Dieron con ella por la mina, y se alejaron.

Ahora bien: Cascajares habia mandado esperasen en la dehesa de Amaniel á las once de la noche, junto á las ruinas del antiguo apeadero, un coche, en el cual Gaitin, bien aleccionado, esperaba.

Gaitin debia retener en aquel coche á las dos mujeres prisioneras hasta que sobreviniese Cascajares.

A Cascajares debia avisarle de haber sido depositadas en el coche el ama y la criada, el contrabandista, que debia volver por la misma mina.

Una vez conducidas Ana del Rey y su doméstica, lo cual sucedió en un cuarto de hora, desde la entra-

da en la casa hasta el comienzo del trayecto por la mina, Cascajares se fué al carruaje donde esperaba la princesa, y la dijo:

—El rapto está ya hecho, señora mia, y en la casa no queda ya nadie.

—Pues bien, al momento,—dijo María Luisa, lanzándose fuera del carruaje y siguiendo rápidamente á Cascajares, temerosa de que se le adelantase el conde, y al ver que nadie le esperaba junto al postigo, recelase.

Llegaron al fin.

Como Cascajares conocia la casa, introdujo á la princesa en aquel bello salon que ya conocemos, y que habia sido el ocultador de los amores de Cárlos III y de la marquesa de Esquilache.

Cascajares encendió las bujías que estaban sobre la chimenea, y salió.

Pero la princesa le detuvo.

—No,—le dijo,—de ninguna manera: no quiero que seas tú el que abras el postigo cuando el conde llegue; abriré yo.

—¡Cómo! ¿vuestra alteza, señora?

—Sí ciertamente; id, id: ocultaos donde no os vean, pero estad al alcance de mi voz.

Cascajares se dirigió á la casa, y se metió en su vestíbulo, en el cual, sentado en una grada que en él habia, esperó.

La princesa, completamente envuelta en su manto, se puso tras el postigo.

Aun no habian pasado diez minutos cuando Ma-

ría Luisa sintió que daban un golpe recatado por la parte de afuera.

Abrió, y se presentó encubierta con el manto al conde de la Salmedina.

La estatura de la princesa de Astúrias era muy semejante á la de Ana del Rey, y el conde se engañó.

—¿Qué es esto, Ana mia? ¿Te decides, por fin, á abandonar tu casa y á seguirme adonde yo te conduzca?

La princesa no contestó.

Cerró el postigo y se dirigió rápidamente al salon.

El conde, maravillado de la conducta que atribuia á Ana del Rey, siguió á la princesa.

Esta esperaba tras de la puerta.

Cuando hubo entrado en el salon el conde, la princesa cerró la puerta, echó la llave y la guardó en su bolsillo.

Arrojó luego de una manera violenta el manto sobre un sillon, y se quedó descubierta ante el conde de la Salmedina, que retrocedió espantado.

—Y bien, ¿por qué te asombras, conde?—le dijo.—¿Qué hay en esto de extraño? ¿acaso no he conocido ya hace mucho tiempo, que lo único que continuaba uniéndote á mí era la ambicion?

El conde se encontraba en uno de esos momentos en que no sabemos qué hacernos, ni qué responder.

Su sorpresa era terrible.

Apenas daba crédito á lo que tenia delante de los ojos.

De todos modos, el conde de la Salmedina tenia un gran dominio sobre la princesa, y apenas repuesto de su sorpresa, acometió de frente la situacion.

—Y bien,—dijo,—¿qué habeis hecho de la desdichada que vive en esta casa?

—¿Y qué te importa á tí de lo que yo haya hecho ó haga de ella?—exclamó fuera de sí la princesa.—¿Creias tú que podias engañarme por mucho tiempo, creías tú que yo no habia de comprender que tu amor pesaba, que el mantener su apariencia delante de mí te costaba un esfuerzo infinito? ¿Y no sabes tú que cuando una mujer se apercibe de la tibieza de su amante, cuando esta mujer es poderosa y quiere, y es burlada, puede vengarse?

—Y bien,—dijo el conde de la Salmedina;—esta es una situacion extraña que no debías haber provocado. Tú no sabias con qué intencion podia yo entrar en esta casa.

—¿Cómo? ¡Infame!—exclamó María Luisa.—No sólo has sido capaz de hacerme traicion, sino que ahora desciendes hasta la villanía de la mentira?

—Yo no miento jamás,—exclamó el conde, pretendiendo salvar de aquella manera á Ana de Rey, á la que consideraba en un grave peligro.—¿Crees tú que yo no puedo venir á esta casa más que por el amor de una mujer?

—¿Te has olvidado ya de lo que dijiste al abrir el postigo? ¿No has dicho estas ó semejantes palabras, engañado al ver delante de tí una mujer cubier-

ta con un manto, que creiste fuese ella: «Con que al fin, Ana mia, te has decidido á seguirme?»

—Las apariencias engañan, María Luisa,—dijo el conde.—Tú sabes que yo pertenezco á la sociedad de los Invisibles.

—Sí, ¿y á qué vienen ahora á cuento los Invisibles?—exclamó María Luisa estremeciéndose; porque lo único que respetaba en el mundo era aquella terrible sociedad, y temia se hubiese metido en su terreno con celosas aventuras.

—Pues bien, los Invisibles tienen un gran interés en saber á qué ha podido atribuirse la expulsion de los jesuitas, que nadie ha podido explicarse.

—¡Ah, ya! Y para averiguar eso,—exclamó la princesa,—has tenido tú necesidad de hacer el amor á la mujer de Cosme Calcorra.

—Cosme Calcorra es muy astuto,—exclamó el conde,—y atacarle de frente seria lo mismo que errar el golpe: he preferido una conducta indirecta, y he empezado por seducir á su mujer. Por medio de ella, haciéndola mi espia, he pretendido averiguar lo que directamente no me hubiera sido posible saber.

—¡Bajeza é infamia!—exclamó la princesa.—Bien estamos: aquí en esta casa no hay nadie; Ana del Rey ha sido arrebatada á un lugar donde tú no podrás encontrarla, y su marido está preso para evitar que caiga sobre tí su venganza. No, yo no quiero tu vida, Salmedina; si la quisiera bastaria con hacer soltar á Cosme Calcorra y revelarle que tú eras el que te habias apoderado de nuevo de su mujer.

—¿De nuevo?—exclamó el conde.—¿Pues cuándo he estado yo apoderado antes de la mujer de ese hombre?

—¿Te has olvidado acaso, Salmedina, de la hermosa quinta que tú construiste en las inmediaciones de las ventas de Alcorcon?

El conde no supo qué contestar por el momento.

—Yo no conozco esa quinta,—contestó.

—¿Podrias preguntarle á Calcorra si conoce ó no esa quinta, donde tú guardabas á su mujer?—preguntó la princesa.

El conde se veia en una de esas situaciones tan comunes á los enamorados que mantienen á un tiempo amores con más de una mujer, que han creido que no llegaria una ocasion en que cualquiera de aquellas dos mujeres sorprendiese su infidelidad y alegase su derecho.

Cuando es un libertino el que en esta situacion se encuentra; cuando no ha considerado el amor más que desde el punto de vista del materialismo; cuando le importa poco el rompimiento con una de aquellas dos mujeres, ó con las dos si así acontece, porque está seguro de encontrar en otras lo que ha perdido en aquellas; cuando no se cruza ningun inconveniente, ningun compromiso; cuando todo se reduce á que dos mujeres se queden burladas é irritadas, la solucion es facilísima: el libertino contesta con una carcajada á los reproches, y se va en busca del reemplazo de las dos mujeres que ha perdido.

Pero cuando hay amor de por medio; cuando in-

tervienen grandísimos intereses; cuando el hombre, como le acontecía al conde, no comprende lo que pasa en su alma; cuando se trata de una parte de una alta persona tal como María Luisa, en la cual están representados, no sólo el amor, sino tambien la vanidad, la ambicion, el poder, y de una pasion volcánica como la que abrasaba al conde por Ana del Rey; cuando media otra mujer que, á causa del desarrollo que puede tomar la intriga, puede tener la prueba de que se le ha hecho traicion y puede creerse despreciada, y cuando esta mujer vale para el hombre tanto como valia Margarita, la situacion no puede ser más difícil ni más desesperada.

No habia medio de negar.

El conde habia sido cogido.

María Luisa se habia apoderado de Ana del Rey.

Y Ana del Rey, frente á frente de la princesa, lo que no sabia el conde si habia sucedido, pero que si no habia sucedido estaba seguro de que debia suceder, no habia de negar sus amores con el conde ni retroceder ante nada.

Confesar una debilidad, un capricho, era un remedio peor que la enfermedad.

La princesa tenia un derecho innegable á que no se la ofendiese en su amor de manera alguna.

Lo habia sacrificado todo, lo habia arrostrado todo por el conde de la Salmedina.

Desde el principio de aquellos amores, la sangre de un hombre los habia hecho terribles.

En la historia de aquellos amores habia además la complicidad de una traicion contra el rey.

Todo ponia la razon, dada la situacion, de parte de la princesa de Astúrias.

Harto habia hecho ella con consentir el casamiento del conde con Margarita, y mucho más en seguir sus relaciones con el conde despues del casamiento de éste con una mujer tan hermosa y tan pura como Margarita; con una mujer que, por lo extraordinario de su valía, no podia ménos de hacerse amar de un hombre, aunque este hombre fuese de mármol.

La princesa habia fingido creer que el casamiento de Salmedina con Margarita no reconocia más que una razon política: un medio para hacer que el conde de la Salmedina estuviera sin escándalo inmediatamente al lado de la princesa, cuando ya se habia murmurado de la aficion de ésta por el conde.

Parecia como que se habia querido decir al mundo: de una parte, que si la princesa hubiera amado al conde no hubiera consentido en el casamiento con una dama tan ilustre y tan hermosa como la princesa de Otranto, y de otra, que el hombre dichoso que á la princesa de Otranto poseia, no podia humanamente amar á otra mujer.

La princesa, pues, habia sufrido horriblemente despues del casamiento del conde con Margarita.

Irritada, habia resuelto concluir de todo punto con Salmedina.

Si hubiera tenido el alma malvada, indudable-

mente Margarita hubiera tenido un fin trágico y lamentable.

La princesa, sonriendo siempre, siempre ligera, siempre chispeante, haciéndose superior en público al duelo de su corazon, habia sufrido mucho en secreto, habia pasado largas y desesperadas noches de insomnio y de lágrimas, habia combatido rudamente con su amor, auxiliándose de su indignacion y de su cólera.

Pero estos dos poderosos auxiliares no la habian prestado fuerza bastante para vencer.

Su amor se habia sobrepuesto á todo, y habia acabado al fin por rendirla.

Su amor propio habia ayudado al amor de su alma.

—Es posible,—se decia;—es seguro que Luis se haya sentido embriagado por la hermosura de esa admirable mujer, influido por su corazon, porque ella debe amarle; pero yo no soy ménos bella que Margarita, y despues, yo soy quien soy: una reina. Mi Luis enloquece de amor por mí. ¡Oh! sus trasportes cuando está á mi lado no son mentira, y no se puede sentir un trasporte tal sino por la única mujer á quien se ama. No; el amor no puede dividirse, el amor de Luis es mio; ¿qué me importa todo lo demás?

Abismos del corazon.

La princesa no podia comprender, porque los misterios del corazon no se comprenden cuando el corazon se considera desde el punto de vista del sentido vulgar, que el amor de un hombre pudiese estar re-

presentado completo, entero, terrible, por tres mujeres, que eran el complemento la una de la otra.

Ya hemos explicado bastantemente la razon de la situacion del alma del conde, y no necesitamos volver á explicarla.

Pero por lo mismo que aquellas tres mujeres eran para el conde las partes de un solo amor, al ponerse estas partes en lucha, al agriarse, al envenenarse, no podian ménos de llevar su lucha, su agriamiento, su envenenamiento al alma de Salmedina.

Si él hubiera podido reunir en una sola de ellas las cualidades de las tres, se hubiera encontrado dueño de un deslumbrante arcángel de fuego, de una felicidad inmensa, de un paraíso soñado; hubiera sido el hombre más feliz de la tierra, el poseedor de un imposible.

Pero dada la situacion, el conde no tenia eleccion posible.

Cualquiera de aquellas tres mujeres que le fuera arrebatada, era una parte de su alma que se rompia.

Al ver que no le quedaba medio alguno de escape, al sentirse herido por la violencia que se habia hecho á Ana, el conde se desesperó.

—Y bien,—dijo;—lo que me sucede yo no puedo explicarlo, yo no puedo comprenderlo; pero puesto que sucede, puede y debe suceder: ello es una obra de Dios, que como todas las obras de Dios, tiene su razon de ser.

—Explícame bien eso, Luis,—dijo la princesa, que estaba trasfigurada de amor, de furor, de indig-

nacion, de celos;—explícame bien eso, porque no lo puedo comprender.

—Las tres una,—contestó el conde, reasumiendo su situación en estas palabras.

—Es decir,—exclamó con una voz, que nos atreveremos á llamar sobrenatural á causa de su pasion, la princesa.—Ellas dos y yo una. Más claro: una especie de trinidad incomprensible, absurda, hija de la perversion del sentimiento. Más claro: lo que te falta en mí, lo encuentras en Margarita y en Ana; lo que le falta á Ana, lo encuentras en Margarita y en mí; lo que le falta á Margarita, lo encuentras en mí y en Ana. ¿Y no te falta aún algo más, que podrias encontrar en otras mujeres? Y cuando fuese posible tuvieses á todas las mujeres, ¿no te faltaria todavia algo? ¡Oh, miserable! tú no tienes amor á ninguna mujer; tú eres como esos avaros que lo codician todo, que se apoderan de todo lo que pueden, que lo guardan todo, hasta un pedazo de la suela de un zapato viejo.

El conde no contestó.

Tomó su sombrero y se dirigió á la puerta.

—Rómpela si puedes,—dijo la princesa.

En efecto, el conde encontró cerrada la puerta.

Como sabemos, la princesa habia echado la llave y la habia guardado.

—¡Ah!—dijo.—Oirás, oirás, por más que te pese, lo poco que vales y lo completamente despreciable que eres. Pero te queda un medio, Luis, te queda un medio. ¿Quién sabe que yo estoy aquí? Na

dice: Cascajares. ¿A quién ha dicho Cascajares que yo habia de salir de palacio para una aventura por tu causa? A nadie. ¿Quién hay en esta casa? Nadie; nadie más que Dios, que está en todas partes, que lo ve todo, que lo sabe todo. Es verdad que yo no debia hablar de Dios sin estremecerme; porque yo he ofendido á Dios, porque yo me he atrevido á Dios, porque yo soy una miserable, una descreida, una perjura, una adúltera, una infame. Mas aún: una criminal, una traidora; porque yo he conspirado contra el rey, porque yo he pretendido arrancarle la corona para hacer de tí, de mi amante, del cómplice de mi infamia, un rey de hecho. Es verdad, sí; yo no puedo echarte nada en cara; porque yo soy tan miserable como tú, porque mi locura me ha rebajado hasta tí... ¡Oh, sí, sí! es necesario que oigas, es necesario que sepas hasta qué punto llega el delirio, el frenesí, el furor de la mujer que has ofendido; y que, si no quieres oirlo, me mates. Sí, puedes matarme impunemente: nadie sabe que estoy aquí más que Cascajares; nadie hay en la casa: Cascajares es un sér débil, cuya boca puedes hacer enmudecer para siempre. Pero yo no te temo, Luis; yo estoy desesperada, irritada, loca, loca de vergüenza y de rabia. ¡Ah! ¡y que yo lo haya olvidado todo, lo haya sacrificado todo, me haya atrevido á todo por un hombre tan despreciable como tú! ¡y que, á pesar de que comprendo lo despreciable que eres, no pueda dejar de amarte, no pueda curarme de la locura en que me has hecho caer!

Y la princesa, olvidada de todo, trasportada por su furor, gritaba de una manera descompuesta, sin reparar en que aquel salon tenia en uno de sus ex tremos una reja que daba á la calle, y á través de cuyas maderas, aunque cerradas, cualquiera que pasase por la calle podia oir los gritos que la hacian lanzar su desesperacion y su cólera.

En efecto, en la calle, pegado á la reja, aguzando el oido, habia un hombre embozado, que por su actitud dejaba conocer que escuchaba con toda su alma.

El conde permanecia inmóvil, aturdido, dominado por aquella violenta excitacion, irritado por el peligro en que consideraba á Ana.

Hasta entonces no habia podido comprender el conde cuánto amaba á Ana del Rey, ó por mejor decir, cuánta era la influencia que Ana del Rey con su amor volcánico tenia sobre su alma.

Debemos decir, que si Margarita ó la princesa se hubiesen encontrado en la misma situacion en que Ana se encontraba, Salmedina se hubiera sentido impresionado del mismo modo.

—¿Con que tres una, y cada una parte de esa una?—repitió la princesa con la voz sombría:—¿por qué no unirnos á las tres? ¡Oh! ¡y qué absurdo tan humillante, tan insoportable, tan horrible! Pues mira, conde, yo no quiero que ese absurdo continúe: quiero que la situacion se determine, ser tu solo amor ó tu solo aborrecimiento. No comprendo esas partijas del alma. Decídete, extermíname ó renun-

cia á tus otros dos amores. ¿No oyes que quiero dominar sola en tu corazon?

—Me estás provocando, María Luisa,—dijo el conde,—y vas á hacer de mí lo que yo no quiero ser.

—¡Oh! ¡amenazas! Perfectamente, me alegro: tus amenazas me ayudan; ellas acaban con todas mis vacilaciones: estamos, pues, frente á frente y en combate. ¿Qué crees tú que sucederá si yo pongo frente á frente la una de la otra, á tu magnífica Margarita y á tu encantadora Ana? Yo no conozco á esa muchachuela; pero algo debe tener de maravilloso, cuando tú, el hombre favorecido por la belleza, la das en tu corazon una parte igual á la que tenemos en él, y bien á despecho mio por mi parte, Margarita y yo. ¡Oh! sí, debe ser una gran cosa: y ¿quién sabe, quién sabe hasta qué aberracion puede caer un hombre tan extraño y tan incomprensible como tú? ¿quién sabe qué género de rareza puede seducirte en esa mujer por cuya causa estoy yo aquí?

—Es necesario salir de esta situacion á todo trance,—dijo el conde;—yo no he podido evitar lo que sucede: tú tienes derecho á todo respecto a mí: yo te he engañado, no lo niego; pero te he engañado contra mi voluntad, dominado por una fuerza superior á mi resistencia; lo que está sobre mí no puedo dominarlo yo: he obrado de buena fe; he sufrido tormentos horribles; pero mi destino ha podido más que yo: tú tienes poder bastante, María Luisa, para vengarte de mí; no ha de faltarte un pretexto para hacer que se me encierre en una fortaleza, para despe-

dazarme, si así te lo piden tu indignacion y tu venganza: yo he caido en una locura, lo confieso; pero no he dejado de ser caballero; y si en algo he faltado á mis deberes como tal, he sido arrastrado por tí, es es decir, por una parte del sér extraño que me ha vuelto loco, de ese sér compuesto de tres mujeres.

—Sí; tres, una,—repitió de una manera sarcástica la princesa.

—Pues bien, lo repito,—dijo el conde;—véngate en mí, pero no te vengues en ella.

—¡Vengarme en tí si yo te amo, si yo te adoro, si yo no vivo más que por ti y para tí! ¡Vengarme yo en tí, que me has enloquecido, que me has traido hasta esta situacion humillante! No, Luis, no; tú no me conoces: si yo me llamara Catalina de Médicis, hubiera acabado con esta situacion de una manera misteriosa y terrible; ni una sola palabra te hubiera dicho; hubieras visto la sonrisa en mis labios, el amor en mis ojos. Pero ellas, ellas, la causa de mi desesperacion, hubieran perecido de una manera oscura y terrible la una despues de la otra: á los muertos se les llora, pero el vivo que les llora se vuelve á la vida: el sér rechaza la nada; un muerto es un recuerdo, un sueño que ha pasado; el tiempo va mitigando el dolor, y el vivo vuelve á buscar en la vida la actividad que no puede encontrar en un cadáver. ¡Ah! pero mis pasiones, por terribles que sean, Luis, no llegan hasta lo horrible del asesinato; yo me siento incapaz de ese infame crímen. Si así no fuese, ¿estaria aun vacía en el Escorial la tumba que

aguarda al rey don Cárlos III? ¡Ah, no, no! ¡el asesinato no! Dios, cuando me llamé á juicio, no verá sangre en mi conciencia; pero fuera del asesinato y de lo que puede representarlo ó constituirlo, todo. ¡Ah, sí! se conocerán tu hermosa Margarita y tu hermosa Ana; yo te lo aseguro: es necesario que se aborrezcan y que te aborrezcan á tí; es necesario que yo me vengue.

Pasó algo terrible por los ojos del conde.

Veia á la princesa decidida á llevar la perturbacion á su familia, y esto le aterraba.

El no tenia derecho á amargar el alma de Margarita.

Por otra parte, le aterraba tambien la situacion de Ana apartada de él, secuestrada, perdida por la venganza de la princesa.

—Sí, sí,—dijo María Luisa, comprendiendo la exesion de la mirada del conde;—extermíname, líbértate de mí por medio del crímen: te lo repito, puedes hacerlo impunemente: primero yo, despues Cascajares: nadie sabe que estamos aquí.

—¡Ah!—exclamó Cascajares, que estaba escuchando detrás de la puerta;—bien sabia yo que me exponia á algo grave, muy grave, gravísimo, al venir á esta maldita aventura.

Y la voz de Cascajares era cobarde y lacrimosa.

—Y estoy solo, solo,—añadió;—y ella está loca, y es capaz de provocar al conde, que está irritado, para que haga alguna cosa enorme; y se va llegando á lo grave, á lo gravísimo de la situacion; ¿y cómo

se sale de ello? ¿Cómo intervengo yo? ¿De qué sirvo yo tratándose del conde, que es una fiera?

Cascajares no podia encontrarse en una situacion más endiablada.

La cuestion habia seguido acalorándose entre María Luisa y el conde.

Ella no escuchaba nada, no entendia nada.

Estaba loca de furor y continuaba gritando y amenazando.

—María,—exclamó el conde, á quien se le ocurrió de improviso un recurso,—es necesario concluir: esta situacion extrema es obra tuya, y puesto que yo he dado ocasion á ella, tú y yo seremos los únicos que suframos la pena: tú no saldrás ya de aquí si no me revelas el lugar donde está Ana del Rey, si no me la entregas: avanzará la noche, llegará el dia, y entonces á la luz del sol yo te arrancaré de aquí y me presentaré contigo asida de la mano á la vista de todo el mundo..

Llamaron entonces con fuerza, con impaciencia, y aun pudiéramos decir que con un insolente imperio, á la puerta de la sala.

—¿Quién se atreve?—exclamó María Luisa:—¿acaso ese miserable Cascajares?

—Abrid,—dijo una voz imperativa desde afuera.

María Luisa se estremeció.

Aquella voz era la del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

Capítulo LIV.

De como el padre maestro don fray Lorenzo vino como movido del cielo á cortar una situacion desesperada.

Hemos dicho hace poco que en la calle, pegado á la reja de la sala donde estaban el conde de la Salmedina y la princesa, habia un hombre que escuchaba, al parecer con toda su alma.

Cuando llegó á su mayor agriamiento la disputa de la princesa y del conde, el desconocido hizo un movimiento brusco, que nada indicaba mejor que su necesidad de entrar para intervenir.

Pero la entrada no era cosa fácil.

Levantó aquel hombre la mano como para llamar golpeando sobre las maderas de la reja, cuando oyó rechinar al abrirse el inmediato postigo del jardin, y que por él salia un hombre de pequeña estatura.

El desconocido se lanzó sobre aquel hombre y le

asió, causándole un estremecimiento semejante al del raton que se siente cogido por el gato.

—¡Eh! ¿adónde vais, señor Cascajares?—le dijo.—¿Así abandonais vuestro puesto de honor? ¿Pues no sabeis que su alteza está en un gravísimo peligro?

—Yo iba á buscar socorro para su alteza y para mí,—dijo Cascajares.—Su alteza está loca, Dios me perdone, y el señor conde de la Salmedina de todo punto dejado de la mano de Dios. Pero yo no me engaño, señor, yo no me engaño: vos sois el respetable padre maestro don fray Lorenzo, y el mejor auxiliar que podia enviarme la Providencia de Dios. Venid, venid pronto, señor, é intervenid, porque su alteza y el señor conde de la Salmedina están á cual más locos y más desenfrenados.

—¿A lo que parece, estais solo en la casa, señor Cascajares?

—Sí, señor, solo en mi solo cabo, y débil, porque yo no soy quien pueda poner en órden á esos dos señores, ni aun atreverme á pensarlo.

—Dejad, dejad, que yo lo arreglaré todo, señor Cascajares. Entremos sin dilacion.

Cascajares se apresuró á introducir al dominico, y le llevó hasta la puerta de la sala.

Don fray Lorenzo se puso á escuchar.

Podia suceder muy bien que la escena tomase tal giro, que su intervencion no fuese necesaria.

Pero cuando la escena se agravó de manera que era necesario temerlo todo, llamó, como hemos visto, á la puerta.

Tal influencia tenia el padre maestro sobre la princesa, que ésta, no atreviéndose á desobedecerle, despues de una ligera vacilacion fué á la puerta y la abrió.

En el momento de entrar se dirigió severamente al conde.

—En ninguna parte,—le dijo,—podíais ni debíais estar ménos que aquí. Con vos se ha exagerado la indulgencia, y abusais de ella. Salid, señor conde.

El conde no replicó.

Por el contrario, se apresuró á salir.

El padre maestro le venia como llovido del cielo, y tenia la seguridad de que él salvaria completamente la situacion.

Se quedaron solos el padre maestro y la princesa.

—Y bien,—la dijo el dominico:—¿cuándo pondreis fin á vuestras locuras, señora?

—Locuras con las cuales se ha contado y en las que se me ha precipitado,—contestó con descaro María Luisa.

—Antes esas locuras no lo eran, puesto que podian llevar á un gran resultado; pero ahora esas locuras no tienen objeto: son el extravío de la pasion llevada á su último término. Pero concluyamos cuanto antes, señora; vos os atreveis á mucho permaneciendo fuera de palacio durante la noche.

—En palacio no pueden echarme de ménos,—dijo la princesa, aprovechando la ocasion para decir algo que no fuese lo que sin duda queria hacerla decir el padre maestro.

—Sí, sí,—dijo el padre maestro:—ya sé que no estais expuesta á las visitas nocturnas de vuestro carísimo esposo: habeis sabido relegar al príncipe de Astúrias á su cuarto; pero puede sobrevenir un accidente cualquiera, ó en provecho ó en daño de vuestra alteza fuera de palacio: ese accidente lo habeis provocado vos desesperando al conde de la Salmedina, que está loco: gracias á que la Providencia de Dios me ha hecho pasar por aquí y á que lo descompuesto de vuestras voces me ha llamado la atencion.

—Vigilábais sin duda,—dijo la princesa,—esta casa: sin duda sabíais que el conde de la Salmedina venia á ella.

—¿Por qué me interrogais? ¿es acaso porque temeis que yo os interrogue?

—Yo no pienso disculparme, padre maestro,—dijo la princesa;—aquí me ha traido la desesperada pasion que siento por ese hombre á quien he conocido en mal hora.

—Vos sereis siempre la misma: vos ireis de escándalo en escándalo; á vos os importará muy poco lo que el mundo diga de vos; para vos lo primero será siempre vuestras pasiones: obramos muy de ligero al servirnos de vos y del conde de la Salmedina, y las consecuencias no han podido ser más funestas. ¿Qué nos importa ya de todo? Pero es necesario aprovechar los últimos recursos que nos quedan. ¿Cómo habeis hecho para dejar libre esta casa, ó mejor dicho, para apoderaros de las personas que habia en ella?

—Me he valido primero de los buenos servicios del conde de Aranda, que no puede negarme nada,—dijo la princesa, que no se atrevia á engañar al padre maestro.

Ella no sabia que los Invisibles habian sido dominados y desorganizados, y continuaba suponiendo un terrible poder en el padre maestro.

Por consecuencia, le reveló de qué manera la habia servido el conde de Aranda.

—Es decir,—exclamó el dominico,—que el conde de Aranda puede dar cuenta de Cosme Calcorra.

—Sí.

—¿Y qué habeis hecho de Ana del Rey?

La princesa reveló tambien en esta parte al dominico toda la verdad.

—Es decir, que aquí debe tambien volver uno de los hombres que han arrebatado á Ana del Rey?

—Sí.

—Pues bien,—dijo el dominico,—debemos volver cuanto antes á palacio ¡Cascajares!

Cascajares entró, y quedó encogido delante del padre maestro.

—¿Ha vuelto ya ese hombre que debia traer la noticia de que la mujer del señor Calcorra estaba ya en el carruaje que la esperaba en la dehesa de Amaniel?

—Sí, señor,—contestó Cascajares.

—Llevadme, pues, adonde está ese hombre.

Cascajares llevó al padre maestro á otra habitacion del piso bajo.

En esta estaba el contrabandista.

—Decid á este hombre, señor Cascajares,—le dijo don fray Lorenzo,—que desde este momento, y respecto á la señora que está en un carruaje en la dehesa de Amaniel, queda exclusivamente á mis órdenes.

—En efecto,—se apresuró á decir Cascajares;—vosotros obedecereis en todo y por todo á este caballero como si se tratase de mí mismo, á quien por lo convenido os habeis obligado á obedecer.

—Muy á gusto mio,—contestó el contrabandista, á quien le parecia mucho más respetable el padre maestro que Cascajares.

El dominico llevaba su traje de seglar, y aunque sencillo, rico y elegante.

Tenia toda la apariencia de un personaje.

—Esperad aquí,—dijo el padre maestro al contrabandista.

Y se volvió con Cascajares al salon, en donde encontró sentada en un sillon, contrariada y profundamente pensativa, á la princesa de Astúrias.

—Volveos á palacio cuanto antes, señora; yo os lo ruego,—dijo el padre maestro.

María Luisa se levantó, y saludando apenas al padre maestro, siguió á Cascajares, que iba muy contento, creyendo en que Dios, por medio de un milagro, le habia salvado llevando allí en un momento extremadamente crítico al padre maestro.

Este por su parte, cerró el postigo por medio del cerrojo cuando hubieron salido Cascajares y la princesa, y se fué á buscar al contrabandista.

Capítulo LV.

En que se ve que el padre maestro no era tan generoso con el conde de la Salmedina como el conde lo hubiera creido.

Al dia siguiente el conde de la Salmedina se encontró con una carta de don fray Lorenzo, en que éste le llamaba urgentemente.

El conde de la Salmedina, que deseaba tener una entrevista con don fray Lorenzo, pero que no se atrevia á provocarla, se apresuró á acudir á su llamamiento.

—Las circunstancias no pueden ser más graves ni más difíciles,—dijo el padre maestro,—y vos sois el único recurso que nos queda. Nos habeis hecho mucho daño con vuestros extraños escrúpulos, que hicieron para nosótros infecundo el motin de Esquilache: quien sostiene la desesperada situacion en que nos encontramos, es el cònde de Aranda. Ningun medio

nos queda contra él, ni aun el de la muerte, más que la influencia de la princesa de Astúrias. Hemos manejado hábilmente una intriga para que la princesa de Astúrias se encontrase en la situacion en que anoche se puso. Mi entrada, pues, anoche en escena, no fué una cosa casual: ya lo veis, os estoy hablando con una extraordinaria franqueza; no tenemos para influir de una manera decisiva contra el conde de Aranda, más que á la princesa de Astúrias. Caido el conde de Aranda, cesará cerca del rey la terrible influencia que nos es tan enemiga. Tampoco tenemos sino en vos una influencia poderosa para con la princesa, ni podríamos contar con vos, porque nos veis caidos, si para obligaros no tuviéramos la influencia del rey, que está en nuestro poder.

—Me comprendeis mal, padre maestro,—dijo el conde;—mi conducta el dia del motin fué la conducta de un caballero. Se me exigia demasiado: pero yo sufro tanto como vos los desastres que han acontecido, y vos no necesitais por cierto rehenes para que yo os sirva en la parte que me sea posible.

—Pueden sobrevenir tales cosas,—dijo el padre maestro,—que todos los rehenes que tengamos para asegurarnos de vuestros servicios vengan á ser pocos; pero, en fin, tratemos de lo que importa. Es necesario que vos influyais con todo vuestro poder cerca de la princesa.

—La princesa está terriblemente irritada contra mí,—dijo el conde.

—La princesa os ama, don Luis,—dijo el domi—

nico,—y cuando una mujer ama como la princesa os ama á vos, acepta todas las condiciones. Cuando los hombres que son amados no obtienen de la mujer que les ama hasta la perdicion de su alma, es porque no comprenden bien hasta dónde llega el amor en la mujer. El amor en ellas no es, como en los hombres, una pasion que no excluye á otra: la única pasion del alma de la mujer es el amor, y á esa pasion lo sacrifican todo. Nada temais: la locura en que incurrió anoche la princesa no es otra cosa que una prueba de lo exagerado de su amor por vos: afortunadamente, yo he deshecho la terrible situacion en que, desesperada, loca, sedienta de vengarse, irritada por los celos, queria colocaros María Luisa. Su pensamiento no era el atraer á una cita á vuestra esposa y hacerle conocer á Ana del Rey: la princesa no repara en el escándalo; ella dejará un nombre no ilustrado por altas y heróicas virtudes, sino por un desprecio al mundo, que nadie habrá sentido como ella. Me debeis, pues, señor conde, el haber evitado que la paz de vuestra familia se turbe, porque la noble Margarita, vuestra esposa, no podria sufrir el veros colocado en una situacion desfavorable respecto á ella. Vos no comprendeis bien á vuestra esposa: vuestra esposa sabe demasiado hasta qué punto os lleva la costumbre de vuestro libertinaje; por que, la verdad sea dicha, don Luis, no es que os estimulen vivamente esas tres señoras, no es que haya existido en vos una pasion que se completa con las cualidades y con la hermosura de las tres; es

que, como amais á esas tres, amaríais á tres mil, si todas tuviesen las mismas cualidades que tienen cada una de ellas. Lo que os seduce en la princesa, es el brillo, el esplendor, la ambicion, el poder, que esperais acrecentar de dia en dia por medio de vuestra privanza con ella; en Ana del Rey os embriaga la pasion volcánica, exagerada, inmensa, que no encontrais en ninguna de las otras dos; y por último, la virtud, la hermosura, el alma entera de Margarita, que son vuestras, os atraen de una manera incontrastable y determinan el remordimiento que sentís por no concretar vuestro amor á ella sola. Vuestra situacion, señor conde, no es una situacion excepcional, no: es la de un hombre que vale mucho, que es codiciado por las mujeres y no se siente con bastante fortaleza para reducir su amor á una sola. Esto os ha traido complicaciones, como no podia ménos de ser. Tanto la princesa como Ana del Rey son violentas, y exigen de vos más de lo que humanamente puede exigirse de un hombre honrado; esto es, que abandoneis vuestros deberes, que lo pospongais todo á ellas, que no vivais más que para ellas. Como vos habeis sido muy débil, habeis hecho una imprescindible necesidad para vos de esos tres amores; habeis llegado á creer que, en esas tres mujeres, no amais más que á una, y os lo repito, señor conde: si mañana una nueva mujer de valía, una nueva mujer que os impresionase de una manera poderosa, se decidiese por vos, lo sacrificase todo por vos, vos creeríais que vuestra mujer, la mujer de

vuestro deseo, de vuestro sueño, no se componia ya de tres mujeres, sino que en la composicion de ese sér supuesto entraba una mujer más; y así vendria á ser sucesivamente, por la mujer que encontráseis y que os estimulase de una manera cualquiera; no, señor conde de la Salmedina; todo ello se reduce á que no amais verdaderamente más que una sola mujer, á vuestra esposa; y á vos apelo: si llegase el caso de hacer un sacrificio, ¿no sacrificaríais sin dudar á la princesa y á Ana del Rey por salvar á Margarita?

—Indudablemente, padre maestro,—contestó el conde.

—¿Y si vos supiérais que os ibais á sacrificar á la princesa y á Ana del Rey, es decir, á prescindir de ellas y dejarlas sedientas de vuestro amor, y tal vez desesperadas por ella, antes que consentir en que vuestra noble Margarita supiese que la habíais engañado, que la habiais igualado en vuestro corazon con otras, que de esta manera la habeis robado lo que de derecho le pertenecia?

El conde quedó profundamente pensativo.

—Decis bien, padre maestro,—contestó;—es extraño que nosotros mismos no conozcamos nuestro corazon, y que nos engañemos tanto acerca de sus sensaciones. Os lo confieso, padre maestro: lo que más me aturdió cuando la princesa me amenazaba, no era la venganza que pudiera ejercitar sobre Ana del Rey, de ningun modo: lo que á mí me espantaba era mi temor de que la princesa produjese una si-

tuacion en que mi esposa y Ana del Rey se viesen frente á frente y en presencia de la princesa, y la sola idea del desprecio que por mí sentiria Margarita me hacia estremecer.

—Os engañais: Margarita no os despreciaria; Margarita tiene demasiado elevado el espíritu para no perdonaros una flaqueza; pero Margarita seria horriblemente desgraciada, porque os ama con uno de esos amores inmensos, voluntariosos, terribles, que no pueden sufrir ni aun la sospecha de los celos. No, Margarita no os despreciaria, porque si hubiera de despreciaros os habria despreciado ya. ¿Creeis que Margarita no ha comprendido que vos estais empeñado por la princesa de Astúrias? ¿Creeis que Margarita ha creido que si vos transigis con las exigencias de la princesa, es sólo por vuestra ambicion? ¡Ah, no! Margarita no se haria indiferente á vuestras relaciones con la princesa, ni aun cuando supiese que esas relaciones tenian solo por objeto vuestra ambicion. No, Margarita tiene el alma noble, inmensa, magnífica; Margarita sufre, Margarita tiene celos, Margarita está desesperada; y sin embargo, os sonrie, aparece la mujer más feliz del mundo. ¿Creeis que Margarita no ha comprendido que vos, á más de la princesa, teneis otro amor que ella no conoce, y que no ha pretendido conocer? ¿Creeis que vuestra esposa no se ha apercibido de vuestra permanencia fuera de vuestra casa repetidas noches á alta hora, en una hora en que no podíais estar buenamente al lado de la princesa? Y aunque esto fuese,

¿qué más le importaba á vuestra esposa que estuviéseis al lado de la princesa ó de otra mujer? La cuestion para la mujer que ama, no es cuántas mujeres puede amar su marido, sino el no ser exclusivamente su amor. Si Margarita se ve obligada á sufrir que su marido parta su corazon con otra, tanto le da, como si lo partiese con otras muchas. Margarita nada os dice, sin embargo; Margarita no quiere afligiros, no quiere contrariaros, no quiere incomodaros, y además su dignidad la impide entrar en una cuestion de celos. Pero observad bien, señor conde: aunque vuestra esposa aparezca satisfecha, tranquila, feliz, se nota en ella una demacracion cuya causa no puede explicarse bien, á no ser por el conocimiento de que vos no la amais tanto como ella quisiera ser amada, de una manera exclusiva, viniendo á ser para vos un universo, vuestra sola ambicion sobre la tierra. Vuestra Margarita empalidece, vuestra Margarita ha dado los primeros pasos en una enfermedad terrible: la tísis.

—¡Callad!—exclamó el conde;—no necesitais decirme tanto para que yo os sirva. Teneis razon: yo me engaño, yo creia amar en tres mujeres á una, cuando realmente no amo más que á una mujer; es que yo no encuentro en el amor de Margarita los arrebatos de la pasion de Ana; el amor de Margarita es tranquilo, es el amor de la esposa, y yo no sé qué tiene esa posesion que nadie puede disputarnos, que empalidece nuestro amor, y no trae lentamente el hastío de la compañera con quien nos hemos

unido, arrastrados por un amor que hemos creido no empalideceria nunca; pero cuando llega el momento de ver que nuestra amiga, nuestra hermana, nuestra esposa, nuestro sér, en una palabra, sufre por nuestro amor hasta el punto de enfermar, de ponerse en peligro, ¡oh! entonces, padre maestro, comprendemos que nos hemos engañado; que no amamos á ninguna otra más que á ella, y que lo que creíamos una pasion por otra mujer, no era sino que buscábamos los arrebatos de una voluptuosidad que no podemos encontrar en una posesion legítima. ¡Oh! yo, distraido con mis aventuras, no habia reparado en lo que vos me habeis hecho reparar. En efecto, Margarita sufre, se desmejora; su palidez es alarmante... hablad, padre maestro, hablad.

—Pues bien; si quereis que Margarita no añada á su dolor el de una injuria sujerida por una loca aventura de la princesa; si no quereis que se desespere, si no quereis que un dia pueda acusaros de una falta infinitamente más grave que la que ya habeis cometido, haced que la princesa nos sirva. Direis que os imponemos condiciones; pero nos vemos obligados á imponéroslas: nuestra situacion es de todo punto desesperada. Influid sobre la princesa; es necesario que el conde de Aranda caiga del favor del rey.

—Y bien, padre maestro,—dijo el conde;—yo haré todo cuanto me sea posible; pero os lo repito: para serviros no necesitaba yo de que os previniéseis de prendas contra mí. Amo á Ana del Rey, amo

á la princesa, es cierto; pero desde el momento en que me habeis hecho reparar que estos amores mios pueden ser la muerte de mi adorada Margarita, he empezado á comprender que yo me engañaba, que Margarita es mi único amor; y tengo la seguridad de que estas dos pasiones insensatas que han perturbado mi espíritu, irán pasando lentamente. ¡Oh, pluguiera al cielo que un dia me encontrase perfectamente curado! Pero yo no querria curarme á costa de la desgracia de Ana del Rey y de la desesperacion de María Luisa.

—Servidnos, señor conde, ayudadnos á salir de la situacion en que nos encontramos, que nosotros os prometemos libraros de los compromisos en que os hallais vos envuelto.

—¿Y qué es lo que se necesita hacer?—dijo el conde;—y permitidme os repita de nuevo: de la misma manera os serviria aunque no pudiéseis imponerme condiciones.

—Lo que se necesita, ya os lo he dicho, es que la princesa de Astúrias haga de manera para con el rey que el conde de Aranda caiga de su privanza. Una vez caido el conde de Aranda, nos valdremos de la influencia de la misma princesa para colocar al lado del rey, y en su favor, á una persona que sea amiga de los jesuitas y de los Invisibles, y que haga que Cárlos III venga sobre sí, reconozca su injusticia y abra de nuevo las puertas de la patria á tanto desventurado como gime fuera de ellas, y contra los cuales no ha tenido otro motivo que el que ha creido

—Estais muy enterado de mis cosas, padre maestro.

—Como que no se os pierde de vista, como que sois nuestra única esperanza. Id, id; á las once debeis entrar de servicio, y ya son las diez.

El conde de la Salmedina se despidió del padre maestro, se fué á su casa, se vistió su uniforme de gentil-hombre grande, y se fué á palacio á la hora de su servicio.

Capitulo LVI.

De como puede engañar completamente su amor propio á una mujer.

El conde habia entrado en palacio contrariado, irritado; pero obligado, disimuló el estado de su espíritu.

En los palacios es donde ménos se puede demostrar lo que se siente.

Todo se interpreta, porque no hay ni una sola persona en la servidumbre de palacio que no participe más ó ménos del favor del rey, y un mal humor en un cortesano significa que el rey no le mira como él desearia fuese mirado.

Lo que basta para que todos los otros cortesanos le consideren como una rueda puesta fuera de juego y le hagan sentir consecuencias que no son agradables.

En ninguna parte se miente tanto como dentro de los palacios.

En ninguna parte puede fiarse ménos de las palabras, de las miradas, de las sonrisas.

El conde lo sabia demasiado.

Y como el favor de que gozaba era el más alto de que podia gozarse en la córte, temió que pudiesen interpretar su mal humor y aventurar murmuraciones que podrian tener malas consecuencias.

Así es que el conde de la Salmedina saludó á todo el mundo como si hubiese sido el hombre más feliz de la tierra.

Pero dentro de sí sufria un infierno.

Por más que le hubiese alarmado el estado de Margarita, en que le habia hecho reparar al fin el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco por más que, por otra parte, le impusiese respeto el furor de la princesa, el conde no podia olvidarse de Ana del Rey, y sentia una viva ansiedad acerca de su suerte.

El padre maestro habia afirmado al conde que ellos no podian ni querian incurrir en el crímen de asesinato; pero Salmedina no habia fiado gran cosa en estas palabras.

Sabia que ni los jesuitas ni los Invisibles decian jamás lo que sentian, si no convenia que lo que sentian se supiese.

La ansiedad, pues, del conde de la Salmedina por Ana era inmensa, y comprendia que habia prometido harto de prisa al padre maestro sucumbir

á las exigencias que la princesa de Astúrias tuviese para él contra Ana.

Volvia otra vez aquel amor insensato, dividido por igual entre aquellas tres mujeres, que habia desnivelado un tanto el temor por la salud y por la vida de una de ellas.

El conde encontró cierto movimiento en el cuarto de la princesa.

Pero antes de preguntar la causa, un mayordomo de semana vino á decirle:

—Señor conde, partimos para el Pardo, y su alteza ha mandado que los gentiles-hombres de servicio la sigan.

—Escena tenemos,—dijo para sí el conde de la Salmedina;—y escena terrible, cuando la princesa proyecta esta ida al Pardo, cuando no era de esperar pensase en ello. ¿Y á qué propósito,—dijo en voz alta al mayordomo de semana,—la princesa va al Pardo hoy? ¿Sabeis algo, amigo mio?

—Parece que el señor príncipe de Astúrias la ha invitado á asistir á un ojeo de javalíes.

—¡Ah, ya! El príncipe se ha acordado de invitar á ir al Pardo á la princesa... Esto significa que sus altezas se encuentran en muy buena armonía.

—Pues por supuesto. ¿Y cuándo no ha sido buena la armonía de sus altezas?—dijo sonriendo el mayordomo de semana;—el señor príncipe don Cárlos tiene muy buen carácter y está siempre muy satisfecho, con tal que no le falte todos los dias su di-

version favorita. Siempre que él pueda matar una res antes de volver á palacio, está satisfecho. Tengo envidia á su alteza; es la persona más feliz de la tierra. Con que, señor conde, yo ya os he avisado; estad prevenido para bajar á los coches que esperan á los gentiles hombres.

—¿Y sabeis cuánto tiempo durará la permanencia en el Pardo?

—Paréceme, señor conde, que será cosa de algunas horas, y que su alteza no pasará la noche fuera de Madrid: pudiera acontecer, sin embargo.

—¿Hay tiempo para que yo dé algunas órdenes?

—Indudablemente, señor conde; porque no partiremos hasta dentro de una hora.

—¿Es decir, que partiremos al mediodía?

—Sí, señor; se almorzará en el Pardo, para lo cual se han dado ya las órdenes correspondientes desde muy temprano.

—¡Ah! pues me parece que nuestra permanencia en el Pardo va á durar algunos dias.

—Lo ignoro, señor conde,—dijo el mayordomo de semana;—pero en todo caso, no lo pasaremos muy mal.

El conde envió á su casa á uno de los criados que siempre le acompañaban en palacio, avisando de que salia para el Pardo con la princesa de Astúrias; que seria posible que no volviese en algunos dias, y pidiendo por lo mismo se le enviase allá su equipaje.

A las doce se dió la órden de marcha.

El trayecto de Madrid al Pardo se hizo en ménos de una hora.

Apenas habian llegado al palacio, cuando se sirvió el almuerzo.

El almuerzo fué rápido, casi contraviniendo la etiqueta.

Á las dos de la tarde la princesa dió órden de ir al monte.

Ya sabemos que la princesa de Astúrias era aficionada á perderse en estas cacerías.

El príncipe no habia invitado á la princesa.

Por el contrario, la princesa era la que habia dicho á su marido:

—Me parece, Cárlos, que hoy te voy á sorprender en el Pardo: necesito saber si continúas teniendo tan buen ojo como siempre.

—Para mí esa sorpresa no será más que un placer más, querida mia,—dijo el príncipe;—yendo tú junto á mí, la caza me parecerá mucho más sabrosa.

La princesa, que se habia perdido muchas veces en las cacerías del Pardo, se perdió una vez más.

El conde de la Salmedina, que iba á caballo, comprendió que debia tener cuidado para el momento en que la princesa se perdiese.

En efecto, en el punto en que ésta encabritó su caballo y le revolvió y afectó como que el caballo se le escapaba, el conde puso el suyo en seguimiento del de la princesa, como pretendiendo cortarle para evitar una desgracia.

Los caballos que montaban el conde y la prince-

ra eran infinitamente mejores que los que montaban los demás de la servidumbre.

A más de esto, como la princesa tenia intencion de perderse, rodeaba de improviso ya á la izquierda, ya á la derecha, y muy pronto nadie la siguió más que el conde de la Salmedina.

Avanzaban por una ancha avenida que corria de Este á Oeste.

La princesa metió su caballo á escape, y de la misma manera metió el suyo el conde.

Temerosa la princesa de que su servidumbre pudiese salir á la avenida y verla á lo lejos, torció á la izquierda por una avenida muy estrecha, y luego á la izquierda tambien por otra más estrecha aún.

María Luisa no refrenó su caballo sino cuando tuvo la seguridad de que no podian encontrarla, que para ello seria necesario que ella se presentase.

Nadie podia asegurar tampoco que el conde de la Salmedina la hubiese seguido de cerca, cuando ningun otro la habia podido seguir.

María Luisa se detuvo y dijo al conde:

—Echa pié á tierra y ven á tenerme el caballo.

Hasta entonces la princesa mandaba al conde como podia haber mandado á uno de su servidumbre.

La expresion habia sido la misma que la que ella habria podido emplear delante de testigos.

El conde echó pié á tierra y tuvo el caballo á la princesa.

—Ata los caballos á un árbol,—dijo María Luisa,—y ven conmigo.

El conde ató los caballos á una espesura.

La princesa tomó por un pendiente sendero y no se detuvo hasta que llegó á un lugar sombroso, por el cual, entre los espesos árboles, se despeñaba una ruidosa cascada.

—Siéntate,—dijo la princesa.

Salmedina se sentó sobre un banco de césped.

—En otro tiempo,—dijo María Luisa,—nuestras entrevistas en este lugar estaban llenas de felicidad y de amor; ahora es distinto: la desgracia anula nuestros amores, por lo ménos para mí. Indudablemente, el padre maestro te ha llamado hoy, Luis.

—Sí,—dijo el conde de la Salmedina,—me ha llamado y me ha impuesto condiciones.

—¿Y qué condiciones son esas, conde?

—Se necesita la caida de Aranda.

—Que se necesita la caida de Aranda,—dijo la princesa.—¿Y para eso se nos ha violentado de tal manera? Pues qué, ¿creen que yo no aborrezco lo bastante al conde de Aranda, aunque no sea más que porque contrabalancea mi influencia con el rey?

La princesa hablaba de una manera fatigada.

Parecia rendida, entregada, como que se habia olvidado de la violencia de su escena de la noche anterior con el conde.

Este la miró profundamente.

No comprendia la especie de tranquilidad de la princesa.

—Y bien,—dijo ésta;—¿qué has prometido tú en nombre mio?

—Lo he prometido todo,—contestó el conde.

—¡Todo! ¿y crees tú que al prometerlo todo has prometido algo que pudiéramos cumplir? ¿Sabes tú hasta qué punto el rey confía en el conde de Aranda? ¿Sabes lo difícil que seria hacerle caer de la alta posicion que hoy tiene?

—Es necesario, María Luisa; esa gente es implacable y nos tiene en su poder.

—No tanto como tú crees,—exclamó María Luisa;—Aranda ha sabido y podido más que ellos. Si no les hubiera dado el golpe de gracia de una manera tan violenta, tal vez se hubieran repuesto; pero el golpe les aturdió, y antes de que volvieran de su aturdimiento Aranda les desorganizó, y ahora no pueden más que perderse en una intriga oscura, en una intriga impotente.

—Sin embargo,—exclamó el conde,—yo no les temeria si se tratara de mí mismo; pero tratándose de tí, ¿crees tú que se desorganiza, se destruye fácilmente una sociedad que cuenta siglos de existencia, y que está ramificada en todas las partes del mundo, hasta en las regiones ingratas donde no habitan más que salvajes? ¡Ah, no, María Luisa! Cuando se da un golpe á un gigante á quien se coje dormido, si el golpe no es tan formidable que le mata, al volver de su aturdimiento, al recobrar sus fuerzas, es infinitamente más terrible que antes de habérsele atacado. ¿Qué importaria todo si se tratase solo de mí? Pero tú eres jóven, muy jóven, María Luisa: tú tienes delante de tí un gran porvenir: ¿por qué no evitar que

esé porvenir sea funesto, si se cruza á tu paso esa sociedad formidable, herida sólo en España y que más pronto ó más tarde se organizará en ella? ¡Ah! tú tienes una corona que defender, María Luisa: á tí te importa no hacer enemiga tuya una sociedad vengativa y cuya política es inspirar terror.

La princesa miraba fijamente al conde de la Salmedina.

Sus ojos fueron adquiriendo una expresion intensa, una expresion sublime, la expresion del amor, de la ansiedad y del dolor.

Al fin se llenaron de lágrimas.

El conde experimentó una sensacion indefinible.

Era como si la princesa hubiera absorbido toda su alma.

—¿Y qué me importa nada?—dijo la princesa:—si yo no te hubiese dado hartas pruebas de mí, aun en esta situacion que se ha hecho decisiva, comprenderias que yo soy tu esclava, que nada existe en el mundo para mí fuera de tí. Si yo soy ambiciosa, por tí es: yo quiero que tú seas poderoso, incontrastable; que todo lo que tiene España de noble, de brava, de heróica, sirva para hacer tu gloria. ¡Ah! yo sé lo que tú llegarias á ser en el momento que yo fuese reina: yo sé cuán noble, cuán grande, cuán inteligente eres tú, y el bien que tú harias á este hermoso país, si se depositase en tus manos el poder real. ¡Ah! el poder real es inmenso cuando se sabe usar de él: por eso los reyes que no son grandes son despreciables. No hay término medio; oye tú, conde mio: yo me

resigno á todo; yo me reduzco á sufrirlo por tí todo, hasta los celos. Compréndeme, Luis; no me abandones; ámame siempre; engáñame, porque yo no volveré á atreverme á vigilarte, á averiguar lo que descubierto me desespera. ¡Ah! yo estaba loca anoche, y he sufrido tanto, de una manera tan horrible, que no me atrevo á provocar otra vez el mismo sufrimiento. Díme que desprecias á esa mujer, que esto no ha sido más que un capricho pasajero, que tu mujer te es indiferente, que es tu hermana; aunque tú mientas al decirlo, yo lo creeré, porque necesito creerlo para vivir.

El conde se sintió cogido hasta las entrañas.

O María Luisa sentia lo que decia, ó su sagacidad italiana la aconsejaba seguir aquel camino.

De cualquiera manera, si la princesa fingia, su fingimiento era tan perfecto que tenia toda la apariencia de una verdad indudable.

Por otra parte, el amor que sentia por el conde, que no era mentira, la trasfiguraba, la idealizaba, la hacia divina.

Las mujeres, cuando se irritan, cuando amenazan, son infinitamente ménos fuertes que cuando se someten, cuando suplican, cuando lloran.

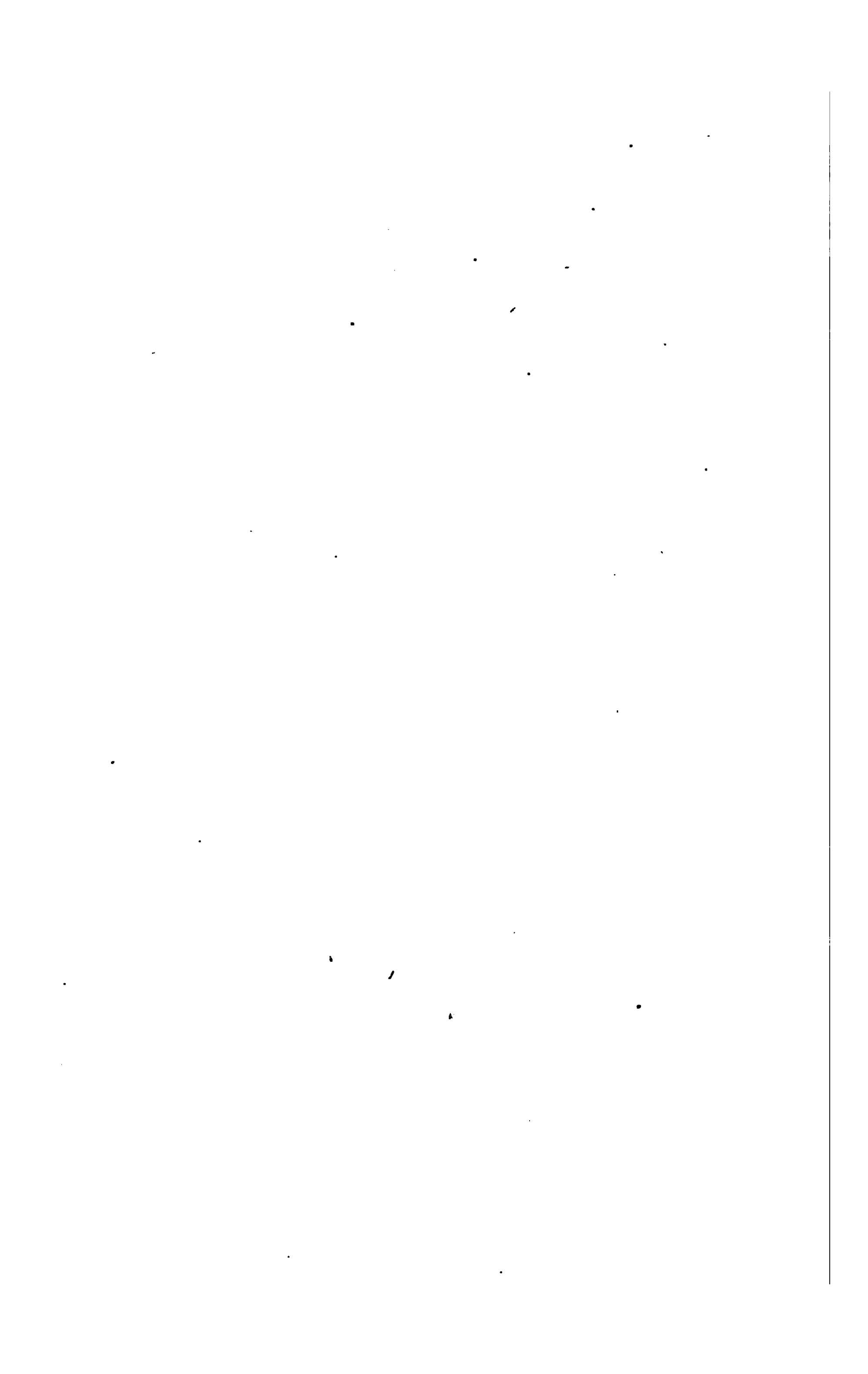
La amenaza excita y el ruego conmueve.

Hubo un momento en que el conde lo olvidó todo por María Luisa, y asiéndola las manos exclamó en un arrebato de pasion:

—¡Ah! yo no he amado hasta ahora, María Luisa; yo no sabia lo que era el amor hasta que tú, y so-



MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Ah! yo no he amado hasta ahora, María Luisa.



lo desde hace un momento, me lo has dejado conocer. ¡Ah! tú me has cambiado completamente. No, ya no eres una compuesta de tres; eres tú, únicamente tú, tú que resumes en tí sola cuantas bellezas, cuantos encantos, cuanta pasion puede encontrarse en todas las mujeres juntas: has podido vengarte de mí, ángel mio, y no lo has hecho: tú tienes poder bastante para haberme humillado, y no me has humillado: tú tenias razon para irritarte contra mí, y sin embargo has pretendido someterte á mí, pretendido, porque yo no quiero, no puedo querer que la sometida seas tú y el dominador yo. ¡Ah, no, no, María Luisa! Si hay aquí algun esclavo, ese soy yo.

—Esclavo el uno del otro,—exclamó María Luisa;—mejor dicho, la vida, el alma, el sér entero del uno para el otro; un solo sér bienaventurado. ¡Oh, Dios mio, y qué felicidad! Oye, Luis: ya no dudo de tí, ya no tengo celos; tu María Luisa llena tu alma, la sacia; tú has llegado á comprender que ni tu mujer ni esa otra mujer que te ha embriagado durante algun tiempo, son capaces de hacer por tí lo que estoy dispuesta á hacer yo. ¡Ah! la soberbia Margarita, la altiva Margarita no se resignará á sufrir lo que tú me has visto dispuesta á sufrir. ¡Ah, no! la conozco bien: ella, que parece tan dulce, se convertiria en una leona hambrienta, cruel, implacable, si se sintiese, no ya despreciada, sino mirada por tí con indiferencia; y en cuanto á la otra, á la violenta Ana, seria capaz de un horror por la sola sospecha de que tú no lo pospusieses todo á ella; esas mujeres no

aman: tú no sabias lo que era el amor, tienes razon en decir que no le has comprendido hasta que le has visto en mí. ¡Oh, conde mio! el amor nos roba la voluntad propia y no nos deja tener otra voluntad que la del sér que amamos. ¡Oh, qué feliz soy! No, gracias á Dios, ya no tengo celos. ¡Oh, y qué horribles son los celos! Son una agonía insoportable, un infierno. Mírame, mírame siempre así, amado mio: tus ojos me embriagan, me aniquilan, me muero.

Y la princesa se dejó caer en los brazos del conde, reclinó su cabeza en su hombro y lloró largamente; pero de placer, de felicidad.

Envolvia al conde en la mágia, en el perfume de su sér.

Si el conde hubiese tenido un rato de razon, se hubiera apartado de sí mismo.

Su pasion, múltiple por todo lo que era amable y candente en la mujer, se habia concentrado en María Luisa.

El alma volcánica de la princesa, atormentada, comprimida, habia llegado á la explosion, y en aquella explosion habia dejado ver del conde un tal amor, una tal abnegacion, una tal sumision á su voluntad, un tal sacrificio, que el conde creyó que no podia existir otra mujer que de tal manera le amase.

María Luisa era un volcan, y la ayudaba además su alta, su deslumbrante posicion.

El conde veia satisfechas en ella todas sus aspiraciones.

En ella encontraba el amor intenso y exclusivo de Margarita y el arrebato de la pasion de Ana.

Veia además en la princesa un elemento de poder y de gloria.

Dominarlo todo, disponer de las fuerzas vivas y del generoso espíritu de España, hacerla temer en todas partes, volverla á sus tiempos de deslumbrante esplendor, ser ministro universal del rey don Cárlos IV, y que todo el mundo, conociendo la nulidad del rey, reconociese el genio y la gloria de su primer ministro.

Todo esto lo tenia el conde en María Luisa; y á más, un amor infinito, el constante delirio de la pasion.

No sólo se sintió libre del amor á Ana, sino que se asombró de sí mismo al recordar que en gran manera habia sido esclavo de aquella pasion.

En cuanto á Margarita, sólo sentia por ella un tierno interés, el de un hermano por una hermana, el de un padre por una hija.

La situacion en que se encontraba pareció completamente lógica á Salmedina.

—No podemos amar más que á una mujer,—dijo:—cuando creemos que amamos de igual manera á dos ó más mujeres, es que no las conocemos bien, ó mejor dicho, que no conocemos bien nuestro corazon. Para él no hay más que un solo amor, como no hay más que un sol en el cielo; y cuando conocemos verdaderamente el amor, sabemos que vivinos para él solo.

—¡Oh! Gracias, gracias,—exclamó la princesa:—estoy orgullosa de mí misma por haberte inspirado un amor tal, á tí que tanto vales, ¡oh! porque tú no sabes lo que vales, Luis; ya verás, ya verás cuando yo sea reina, cuando tú seas rey, porque el buen Cárlos IV no será más que una apariencia, yo te lo aséguro, ¡ah! entonces veremos si los ingleses se atreven á echarnos roncas y los franceses á incomodarnos. Lo que es el amor: yo me siento tan ambiciosa como Catalina de Rusia; y todo por tí: si tú no existieras ó no te conociera yo, me moriria de fastidio entre el papanatas de mi marido, que para nada sirve, y las terquedades, los desaciertos y el mal humor de mi buen papá. Pero se pasa el tiempo, conde mio: es necesario que yo vuelva á montar á caballo y me vaya por un lado y que tú te vayas por otro: y no es porque murmuren ó no, sino porque es inútil dar ocasion á entretenimientos de ociosos. Afortunadamente nos protege esa prescripcion de nuestra etiqueta, que impide que nuestro augusto esposo y señor pase los dinteles de nuestro cuarto, sin hacerse anunciar y sin que se le permita pasar adelante. Además de eso, tú sabes que el señor príncipe de Astúrias ha sido, es y será siempre para mí un marido *in partibus*: yo no me explico bien cómo esto ha llegado á ser, pero ello es que ha sido, que es. Yo no tengo más esposo que tú; yo no he preferido á otro hombre que á ti: la noche de nuestras bodas, como era natural y preciso, nos quedamos solos en mi cuarto su alteza y yo. Su alteza se puso á pasear, y á frotar-

se las manos y á decir:—¿Sabeis que hace mucho frio, señora?—Tenia frio, Luis: yo experimenté no sé qué sensacion extraña.—Yo no tengo frio, le dije; por el contrario, estoy sofocada. Daban tanto calor las luces, me mareaba de tal manera la multitud; y así sostuvimos una conversacion indiferente, estúpida, lo más extraña del mundo en aquella situacion. Al fin mi carísimo esposo me pidió cortésmente licencia para retirarse; se la concedí, y se fué dándome las buenas noches y deseándome un buen sueño. En último resultado, me alegré; porque yo, que vivo de la pasion, soy lo ménos á propósito para sufrir un hombre tal, tan linfático, de alma tan crasa y tan inalterable como su alteza mi amadísimo esposo y señor; y así ha sucedido siempre que por raras veces, por cumplir con la etiqueta, el príncipe ha permanecido algunos instantes en altas horas en mi cuarto. Pero ¿comprendes, Luis,—añadió cambiando de tono y de asunto la princesa,—hasta qué punto estoy satisfecha de tí y de mí, y estoy tranquila y soy feliz, cuando despues de lo impetuosa de nuestra conversacion de anoche, te hablo de tales simplezas? Vengamos á lo que importa: tú te has comprometido á hacer caer por medio de mi influencia al conde de Aranda; el conde de Aranda caerá: no sé cuántos esfuerzos y cuánto tiempo me costarán hacerle caer, pero caerá. Ahora bien; ¿tú debes haberte comprometido á algo?

—Indudablemente, María Luisa,—dijo el conde;—la caida de Aranda no debe ser otra cosa que el medio para que el rey derogue la pragmática san-

cion que cierra á los jesuitas las puertas de su patria.

—¡Ah! bien, bien; perfectamente: para cuando yo sea reina, necesito el concurso de los jesuitas; lo necesitamos, Luis: desde ahóra estoy en campaña con toda mi fuerza y toda mi voluntad: puedes decirlo así á ese sombrío y terrible padre maestro. ¡Diablo de hombre! arrojaba anoche fuego por los ojos: parecia que tenia á Satanás en el cuerpo. Dios me perdone, porque es un absurdo creer que el diablo puede dar en el atrevimiento de meterse con la humanidad de un inquisidor. Pero vamos, Luis, que estoy ansiosa por volver á palacio y tentar el bulto acerca de nuestro propósito á mi buen papá: dame mi caballo y sírveme de escudero.

El conde fué al lugar donde habia atado los caballos, desató el de la princesa y la ayudó á montar.

Inmediatamente la princesa partió sola por una de las inmediatas avenidas.

El conde la vió alejarse, y permaneció por algun tiempo inmóvil, abrumado, como ébrio.

—¡Ah!—exclamó, pasándose la mano por la frente;—esto es terrible; yo no sé lo que va á ser de mí: á medida que se aleja, siento desvanecerse en mí su influencia. ¡Margarita, Ana! Pero ¿qué somos, señor, qué somos? La sangre, los nérvios, la imaginacion. Y bien, ¿qué importa? Suceda lo que quiera, ella ha creido, ella cree que yo soy completamente suyo; y en efecto, ha habido un momento en que nada fuera de ella existia para mí. Y bien, mejor; es-

to desembaraza, respecto á ella, mi situacion: ella era el peligro, y ese peligro ha desaparecido. Confia dignamente en mí; la engaña su amor propio y mi facilidad en dejarme arrastrar por las impresiones del momento. Pero yo no puedo abandonar á Ana: no, no puedo tampoco prescindir de Margarita; ¡Margarita! ¡ah! yo no sé por qué vacilo, por qué discurro. Yo debia hacer un esfuerzo, obedecer á la razon, apartarme con ella de aquí; pero no puedo, no: me he comprometido demasiado; yo soy la única esperanza de esos hombres que se han aferrado en mí en su desesperacion, y que son aún bastante fuertes para hacerme probar su cólera y su venganza si no los sirvo.

Como se ve, la influencia que sobre el conde ejercia Margarita era mayor que lo que él mismo creia.

Sin Margarita, al conde, que era bravo y aventurero, le hubiera importado todo muy poco.

Hubiera aceptado con placer aquella situacion candente.

Pero Margarita habia heredado la desventura de su madre y de su abuela, y la funesta influencia de su estrella se hacia sentir en el conde de la Salmedina.

Encontrábase éste en una situacion excesivamente comprometida, tal vez sobre un camino de perdicion.

El presentimiento de esto le aterraba; y si le aterraba, era solamente por Margarita.

Permaneció algun tiempo en el lugar en que se quedó á la partida de la princesa.

Luego desató su caballo, montó y partió al galope en una direccion diametralmente contraria á la que la princesa habia tomado.

Las trompas de caza, que sonaban allá á lo lejos hácia el Este, le sirvieron de guia, y dando un largo rodeo, llegó cuando ya María Luisa estaba junto al príncipe, y éste se retiraba con su servidumbre y sus monteros hácia el Pardo.

Cárlos IV cazaba todos los dias, y no se detenia en el palacio del Pardo más que para tomar el coche que le llevaba á Madrid.

Al oscurecer entraban en palacio, y el conde de la Salmedina, con el pretexto de una indisposicion, dejaba su servicio.

Necesitaba ir cuanto antes á avisar al padre maestro de lo que acontecia.

Capítulo LVII.

De como el conde de la Salmediña iba de mal en peor.

—Adivino en vuestro semblante,—dijo el padre maestro,—que ha sido brava vuestra aventura con la princesa.

—Mejor y peor que lo que yo esperaba,—dijo el conde.

—Explicaos: decidme,—dijo con un vivísimo interés el padre maestro.

El conde le contó toda su conversacion con María Luisa.

—¡Ah! pues estamos de enhorabuena,—dijo el padre maestro;—pero os advierto recomendeis de una gran prudencia á la princesa: tenemos un mal

enemigo en el conde de Aranda, que es extraordinariamente perspicaz.

—¿Y por qué no os valeis de nuevo de Esquilache?—dijo el conde de la Salmedina, aventurando esta proposicion.

—Ya lo habia yo pensado,—dijo el padre maestro;—pero una medida tal haria de todo punto impopular al rey: hay pasos trascendentales, que cuando se dan no pueden deshacerse.

—Sin embargo, el rey se muestra muy blando con Esquilache; le ha levantado su destierro y se dice que piensa darle una embajada muy importante.

—Eso podrán tolerarlo los españoles, á quienes importa poco que Esquilache continúe ó no en el favor del rey, con tal que esté alejado de España.

—La marquesa de Esquilache seria un poderoso auxiliar para nosotros y el más fuerte enemigo que podríamos poner frente al conde de Aranda.

—No pensemos en eso: eso seria imposible de todo punto; y además, el marqués de Esquilache seria para nosotros un enemigo más terrible que el conde de Aranda: los napolitanos no olvidan ni perdonan, y mucho ménos un hombre del carácter de Esquilache: él sabe que nos debe á nosotros la desgracia en que ha caido y el que le hayamos arrebatado de las manos el magnífico negocio que hacia con España.

—¿Y creeis que el conde de Aranda sea tan temible que no podamos dar al traste con él?

—El conde de Aranda no cesa ni reposa; tiene

una policía que le sirve admirablemente, que entra en todas partes y que todo lo oye.

—En ese caso, podrá suceder descubra la conspiracion en que nos hemos empeñado, valiéndose como instrumento de la princesa de Astúrias.

—¡Ah! no; la princesa de Astúrias es más astuta de lo que vos creeis, señor conde,—dijo el dominico;—y si vos sabeis empeñarla, si la haceis continuar confiada en el error en que ha incurrido creyendo que ella sola llena vuestra alma, lo conseguiremos todo. Cárlos III es fuerte cuando se le ataca de frente; pero cuando se siembra en su alma, cuando se mina el terreno á las personas á quienes se quiere derribar de la posicion en que el rey las mantiene, se consigue todo, porque es receloso y suspicaz. El único inconveniente con que tropezamos, señor conde, sois vos.

—¿Yo?

—Sí, ciertamente, vos. ¿Estais seguro de que podreis engañar durante mucho tiempo á la princesa? ¿Sabeis lo que ven los celos?

—Vos me habeis apartado de la única mujer que podria hacer que la princesa descubriese que no era ella sola la que dominaba en mi alma: Ana del Rey. La princesa debe vigilarla á pesar de su confianza, y no dejarian de apercibirse sus espías de que yo iba á visitar á otra mujer. En cuanto á la mia, á mi buena Margarita, no hay vigilancia posible: los criados de mi casa son leales, y á buen seguro que á nadie den noticia de lo que pasa en el interior de ella.

—No os fieis demasiado en la lealtad de vuestros

criados, señor conde; todo lo corrompe el oro. En fin, estamos en una situacion extraordinariamente crítica, extraordinariamente difícil, y mucho más por la situacion de vuestro espíritu. No os atreveis á decirme lo que pensais, y sin embargo, yo leo en vuestro pensamiento.

El conde miró de una manera soberbia al dominico, y bajó los ojos.

—Vos no os habeis curado; vos no os podeis curar: la situacion anómala en que os encontrábais continúa: tres mujeres siguen dominando vuestro espíritu: ignorais donde está Ana del Rey, y quereis saberlo, pero no os atreveis á decirlo.

—A la verdad, padre maestro, yo temo que seais demasiado terrible con Ana del Rey por estimular á su marido.

—¿Y qué os importa á vos de eso? Pues qué, ¿no estamos comprometidos en el triunfo de una grande causa? ¿No creeis que debeis posponerlo todo al gran pensamiento que nos anima? Vos os habeis extraviado; el amor, la amistad, el oro son nada en comparacion del porvenir de la humanidad, á la gloria de haber contribuido á mejorarla, á salvarla tal vez. Si vos meditais un poco, vereis que el amor no es más que una irritacion del espíritu, un materialismo disfrazado con palabras vanas, que nada significan. ¿Amaríais de la misma manera á Ana si de improviso su hermosura desapareciese; si en vez de ese bello color moreno que enciende su semblante de una manera deliciosa os encontrárais con una piel arru-

gada, cubierta de escamas y pústulas, surcada por gusanos, asquerosa, horrible, insoportable; si en vez de la turgencia de sus formas solo viéseis una osamenta monstruosa; si desapareciesen sus magníficos cabellos y solo quedase un cráneo protuberante, bulboso, repugnante? De seguro, señor conde, que vos os alejaríais con horror de esa criatura destruida, maltratada por la naturaleza, reducida á un estado miserable: al de Job en el muladar. Desengañaos, señor conde: sufrimos aberraciones en las cuales no reparamos, y que nos hacen incurrir en el error. Nuestro espíritu se impresiona por la materia, y cuando la forma de la materia que nos ha impresionado desaparece, nuestro espíritu deja de ser influido. Pues bien, señor conde; pensad moralmente en Ana; figuraos que esa belleza os hace caer en una monstruosidad moral: en la traicion á vuestra esposa, en el abandono de vuestros compromisos; en el peligro de caer en una desgracia infinita por la venganza, ó más bien por la justicia de una sociedad á quien habeis abandonado... pero vos me direis: me hablais de moralidad y me aconsejais que engañe á una mujer casada, á la princesa de Astúrias; que continúe en el adulterio, que haga traicion al rey manchando la honra de su familia.

Tendríais razon si mirásemos la cuestion con relacion al órden social y al órden moral; pero debeis tener en cuenta que los grandes fines justifican toda clase de medios; que lo que muchas veces el mundo cree inmoral, no es más que un acto necesa-

rio que debe conducir á resultados inmensos: la princesa de Astúrias es voluptuosidad, y no más que voluptuosidad. Vos la enloqueceis, vos sois el único hombre que podria arrastrarla á todos los actos que nosotros necesitamos se ejecuten; ved, pues, de qué manera una inmoralidad, y aun un crímen, pueden ser provechosos, necesarios y aun obligatorios.

—Permitidme, padre maestro,—dijo el conde de la Salmedina;—yo no disputo con vos; yo no me rebelo, yo no desobedezco: sólo en una ocasion os desobedecí, y vos lo sabeis, tenia razon para desobedeceros: se me pedia una cosa enorme; yo no podia manchar el nombre de mis ascendientes y á la par el de mis descendientes; yo no podia presentarme al mundo como un infame que entregaba al furor de las turbas á un pobre señor que se habia confiado á mi valor, al de mis soldados.

—No insistamos más en eso: hemos tenido la desgracia de que vos no tuviéseis el espíritu tan fuerte como hubiera sido necesario.

—Pero bien, padre maestro; ya os lo he dicho: yo fuera de ese caso os he obedecido ciegamente, lastimando mi conciencia, humillando mi altivez. Os obedeceré siempre; mi causa está unida á la vuestra, mis compromisos son tan fuertes como aquellos en que os encontrais colocado; pero no comprendo que se pueda ir al bien por el mal; yo creo que el progreso humano lo ha determinado Dios por los medios naturales; por la educacion, por la instruccion, por la experiencia, por el desarrollo progresivo de la in-

teligencia humana, en el tiempo y en el espacio.

—Indudablemente; pero ese progreso seria demasiado lento, harto débil, y una minoría egoista, soberbia, poderosa, tiránica, lo estorbaria constantemente; las aguas que no llevan una gran violencia, se contienen con suma facilidad; pero cuando el torrente se desborda no hay dique bastante para contenerlo, dado caso que la misma violencia del torrente permita la construccion del dique. Vos júzgais de una manera vulgar; es necesario ayudar á la fermentacion de la sociedad para purificarla, y esta fermentacion no se obtiene sino por medio de materias pútridas. En fin, veo con sentimiento que vos sois díscolo, que cuestionais, que no comprendeis el grande objeto que nos impulsa. ¿Qué veis en nosotros? sencillez y no más que sencillez. ¿Qué placeres conoceis en mí? ¿de qué desórdenes podeis acusarme? De ninguno: yo os desafio, seguidme, vigiladme, inspeccionadme, observad mi vida de trabajo, de meditacion, de actividad; pero jamás placeres, jamás vanidad, jamás ambicion. El dinero no existe para mí más que como un elemento necesario para desarrollar las ideas que, segun nosotros, deben conducir á la humanidad con el tiempo á su situacion definitiva. ¡Y vos os deteneis ante un poco de sangre, ante un poco de lodo, ante un poco de podredumbre! ¡Vos no podeis resistir el olor de esa materia pútrida que nosotros necesitamos revolver para operar la fermentacion que debe llegar á la purificacion! Estais inquieto, os domina la pasion, sois esclavo de la mate-

ria, y veo que para contar con vos es necesario dejaros continuar en vuestros vicios, sin reparar ellos á lo ménos. Perdonad que os hable con esta dureza; cumplo con mi deber. ¿Quereis que se os entregue á Ana? Se os entregará, sí, se os entregará, porque de otra manera no sabemos hasta qué punto de locura y de desesperacion os llevará la irritacion de vuestra sangre, de vuestras vísceras: el extravío de vuestra razon. ¡Ah! sí, sí; vos rendís culto á la materia; vos, pues, no podeis ser un soldado del espíritu. No importa, adelante; vos sois un medio de que nosotros nos valdremos; pero cuando ese medio llegue á sernos peligroso, prescindiremos de él; cuando ese instrumento pueda herir nuestra mano, ántes de que llegue este caso, le romperemos.

—Me desconsuela, padre maestro, que no me comprendais bien, á pesar de vuestra sabiduría. Es verdad, me intereso vivamente por Ana del Rey; no sé á qué atribuirlo. Si yo creyese en sortilegios y en hechicerías creeria que ella habia envenenado mi alma.

—¡Materia y no más que materia!—exclamó con desden el padre maestro.—Hoy, á solas con la princesa de Astúrias, en medio del bosque del Pardo, influido por su mirada volcánica, por su sonrisa, por sus lágrimas, por su pasion monstruosa, lo habeis olvidado todo, os habeis creido trasportado al eden: la princesa se trasfiguraba sin duda en su pasion, estaba irritada, dolorida, celosa, y vos no habeis podido resistir al torrente de voluptuosidad que de la princesa manaba; vos os habeis creido el hombre

más feliz de la tierra; vos habeis soñado despierto, vos habeis circunscrito toda vuestra felicidad en esa jóven loca y violenta, que no vive más que para los goces materiales, y habeis olvidado á vuestra esposa, y aun lo candente de esa Ana del Rey, de esa especie de Satanás mujer, ha dejado de influir en vos; habeis creido que prescindíais de ella; que, en fin, la princesa de Astúrias bastaba para hacer la inmensa felicidad de vuestra vida; pero cuando habeis dejado de estar inmediatamente bajo la ¡influencia del poderoso fluido de la princesa, ha vuelto á imperar sobre vos la influencia de las otras dos mujeres, que se dividen vuestro corazon, y lentamente, qué digo lentamente, en el espacio de algunas horas, han recobrado todo su poder sobre vos. Bien, señor conde, bien; nosotros comprendemos demasiado que forzar excesivamente una cuerda es exponerse á que esa cuerda salte, y nosotros no queremos que vos os rompais. Lo repito, nos sois aún necesario por esa insensata pasion que habeis inspirado á la princesa de Astúrias, y no queremos poneros en unas condiciones fatales para que ya, mal instrumento en nuestras manos, os convirtais en un instrumento peligroso, que nos sea, como os he dicho, necesario romper. Se os entregará á Ana; pero se hará de manera que nadie pueda conocer vuestras entrevistas con ella: Dios no quiere que vos os convirtais, señor conde, y esto podria producir una gran desgracia, no sólo para vos, sino para vuestra pobre Margarita; para esa blanca é interesante figura que nosotros sentimos mucho esté

mezclada en nuestros negocios de una manera irremediable por la fuerza de las circunstancias, por el amor que la ha unido con vos. Podeis retiraros, señor conde: se os avisará muy pronto del lugar donde podeis encontrar á esa mujer que de tal manera os impresiona, que no podeis vivir sin ella ni disponer sin ella del poco juicio que os queda.

El conde salió aturdido.

La conversacion que acababa de tener con el padre maestro era de todo punto amenazadora.

¿Qué peligro oscuro le amenazaba?

El conde de la Salmedina no creia tanto en la situacion de impotencia en que la princesa creia habian caido los Invisibles y los jesuitas.

El conde de la Salmedina sabia demasiado que todavía les quedaban fuerzas bastantes para hacerles pedazos á él y á todos los que se opusiesen á sus intereses.

¿Y por qué no se hacia pedazos al conde de Aranda?

Esto era lo que no podia explicarse de ninguna manera el conde de la Salmedina.

Preocupado, pues, con estos pensamientos se volvió á su casa, y encontró en ella esperándole, como siempre, á Margarita, tranquila, amante, siendo siempre el ángel de paz y de amor de su hogar.

Capitulo LVIII.

De cómo y de qué manera misteriosa fué sacado Calcorra de la cárcel del Santo Oficio.

Tenemos un personaje hace largo tiempo olvidado; pero que no por eso deja de ser uno de los principales personajes de nuestra historia, y tal vez el más importante, porque sin él, hubieran tomado un giro muy diferente los sucesos políticos, y aún privados, que vienen siendo el asunto de nuestro libro.

Este personaje, nuestros lectores lo adivinan, era Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, miembro de los más importantes de la sociedad de los Invisibles.

Se habia visto obligado á someterse al poder de la sociedad.

Un centímetro más que hubiera penetrado en su pecho la espada del conde de la Salmedina, hubier

salvado graves inconvenientes; habria deshecho tal vez el casamiento de Margarita con Salmedina; hubiera impedido el conocimiento de Salmedina con Ana del Rey.

Y no teniendo el conde otros amores que los de la princesa de Astúrias, que le hubieran embriagado completamente, los sucesos hubieran tomado un giro de todo punto distinto.

De Armagnac no se habia convertido.

No se habia curado de su indomable pasion por Margarita.

Por el contrario, habia crecido con la rabia de los celos.

Nadie, sin embargo, ni aun los mismos Invisibles, habian penetrado en el fondo oscuro del alma de Godofredo de Armagnac.

Tan acostumbrado estaba, á causa de su educacion y de la obediencia pasiva en que se le habia mantenido, á ocultar los movimientos de su alma, á dominarlos.

Habia tenido valor y astucia bastantes para engañar á los Invisibles, para hacerles creer que una sola vez en toda su vida habia incurrido en una falta contra ellos: falta que, por grave que fué, se hizo perdonar.

De tal manera habia aparecido ante ellos curado de una locura, al parecer pasajera; de tal manera se habia sometido á ellos y los habia servido; con tal abnegacion y tal bravura, que no sólo habia recobrado por completo su confianza, sino que se le ha-

bia elevado á una esfera más alta en la sociedad de los Invisibles y se le habia iniciado más y más.

Godofredo de Armagnac lo sabia todo; estaba en el secreto de todo, y el mismo padre maestro don fray Lorenzo de Velasco se aconsejaba con él acerca de los medios que debian emplearse para hacer del conde de la Salmedina un instrumento utilísimo, por medio de sus amores con la princesa de Astúrias.

Sin embargo, De Armagnac nada habia dejado entender á Margarita ni á Giovaneta acerca de los amores del conde con Ana del Rey.

Los de la princesa de Astúrias los conocia Margarita y se resignaba; más aún, afectaba creer las protestas del conde de que aquellos amores habian terminado.

Margarita comprendia demasiado bien lo que debia á su propia dignidad y á la de su marido.

Godofredo de Armagnac llevaba su disimulo hasta el punto de que la misma Margarita habia creido que la pasion de De Armagnac por ella habia pasado; que la razon se habia hecho sentir en su alma, y que se habia convertido comprendiendo lo imposible, lo absurdo y aun lo inmoral de aquellos amores.

A pesar de todo esto, en Godofredo de Armagnac habia acrecido su pasion por Margarita, y cuanto más habia hecho para disimular aquella pasion, tanto más aquella pasion se habia concentrado y habia llegado á una exasperacion tal, que todo po-

dia temerse en el momento en que sobreviene la explosion.

Godofredo de Armagnac seguia paso á paso y con interés creciente, las aventuras del conde de la Salmedina.

Las conocia todas, como ya hemos dicho; porque restituido por los Invisibles en la confianza que antes habia obtenido, engañado el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, creyéndole de buena fe interesado por la causa de la sociedad, le revelaba todo lo que se referia al conde.

Godofredo de Armagnac vió con placer que en Calcorra tenia un instrumento para vengarse de aquel hombre afortunado que le habia arrebatado la posesion de Margarita, del tesoro que él habia codiciado, de la mayor ambicion que habia sentido en toda su vida.

Así, pues, las cosas, Godofredo de Armagnac, conocedor por el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco de que Cosme Calcorra habia sido conducido á la cárcel del Santo Oficio de la Inquisicion, y encerrado en él en un calabozo secreto é incomunicado; y sabiendo, por otra parte, que los Invisibles se habian apoderado de Ana del Rey y la habian conducido á un lugar retirado y seguro, sin perder un momento empezó la explotacion de una intriga que debia producirle por sus cálculos un resultado terrible; esto es, la viudedad de Margarita.

Calcorra era hombre capaz de todo, y Godofredo de Armagnac se proponia explotar en su provecho, sus celos, su desesperacion.

Godofredo de Armagnac, elevado á una altísima esfera entre los Invisibles, tenia un gran poder.

Aunque este poder fuese secreto, entre muchos de los indivíduos de la Inquisicion y Godofredo de Armagnac habia relaciones poderosas.

Como que muchos de los Invisibles pertenecian, como el padre don fray Lorenzo de Velasco, al tribunal del Santo Oficio.

Godofredo de Armagnac habia sido elevado á una ésfera superior á la en que él se encontraba entre los Invisibles.

Godofredo de Armagnac, que antes, como hemos visto, habia sido su jefe, se fué sin vacilar al convento de Atocha, y se metió en la celda de uno de los padres más graves de la Orden de Santo Domingo, que tenia una de sus casas en aquel real monasterio.

—Padre Alvareda,—le dijo Godofredo de Armagnac,—se nos ha desorganizado, se ha traido entre nosotros la perturbacion, y no se hacen más que disparates.

—¿Por qué me decís eso, señor marqués?—dijo el padre Alvareda, que era un religioso obeso, de ojos pequeños y vivos, pero en los cuales resplandecia una gran inteligencia y se revelaba una profunda intencion.

—Dígolo,—contestó Godofredo de Armagnac,—porque se está tolerando hace mucho tiempo á un hombre que nos ha hecho traicion.

—¿Y qué hombre es ese?—preguntó el padre Alvareda.

—El señor conde de la Salmedina.

Quedóse el dominico pensativo.

—En efecto,—dijo,—yo he sido y soy de la misma opinion que vos; pero se me ha dicho que por las relaciones que existen entre la princesa de Astúrias y el conde de la Salmedina, éste último es para nosotros precioso.

—Sin embargo,—dijo de Armagnac,—es un sér débil arrastrado por sus pasiones, y capaz por ellas de vendernos. Ya el dia del motin contra Esquilache él fué nuestro grande inconveniente. Sin él, Cárlos III hubiera caido del trono y no hubiera podido tener lugar la escandalosa é injusta expulsion de los jesuitas, ni nuestra sociedad hubiera sido sorprendida, acometida, perturbada, desorganizada. Ese hombre, el conde de la Salmedina, ha sido, es y continuará siendo funesto para nosotros; por lo mismo, padre Alvareda, yo vengo á veros y á exigiros en obediencia me procureis la entrada secreta en la cárcel del Santo Oficio, y en el calabozo donde está encerrado un tal Cosme Calcorra, enviado allí por el conde de Aranda preventivamente, y cuya prision ha autorizado una órden posterior del Santo Oficio.

El padre Alvareda, en la sociedad de los Invisibles, era inferior al marqués de Letour.

La organizacion de aquella sociedad era muy á propósito para que un superior que pretendiese abusar de su autoridad para altos negocios, pudiese hacerlo.

La órden que se recibia por un superior se obedecia sin dar á nadie cuenta de aquella obediencia, sin cuestionar, sin discutir de una manera ciega y pasiva.

El padre Alvareda tomó un pliego de papel y escribió una órden, por la cual le autorizaba á entrar á cualquier hora en la cárcel de la Inquisicion, y en el calabozo del preso don Cosme Calcorra.

El padre Alvareda era examinador sinodial del arzobispado de Toledo, miembro del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisicion y alcaide de la cárcel de la misma.

Así es que, una órden del padre Alvareda debia obedecerse ciegamente en la cárcel de la Inquisicion.

La órden que el padre Alvareda habia dado á De Armagnac, era secreta.

El padre Alvareda no pensó ni aun en preguntar al marqués de Letour cuál era su intencion al procurarse el medio de penetrar en el calabozo donde estaba empozado Cosme Calcorra.

Esto hubiera sido una insubordinacion, una falta al deber.

Y ninguno de los Invisibles podia faltar de tal manera á sus deberes.

Sabíalo esto demasiado De Armagnac.

Sabia que su intriga permaneceria oculta, y que ninguno de los medios que dentro de la sociedad le sirviesen para manejar aquella intriga, le denunciaria.

Este es uno de los inconvenientes de la exa-

gerada subordinacion y de la obediencia ciega.

Un hombre audaz como De Armagnac, puede, prevaliéndose de esto, usar para sus negocios de todo el poder de una asociacion semejante á la de los Invisibles.

La cárcel del Santo Oficio se abrió para Godofredo de Armagnac en el momento en que presentó aquella órden, que fué á las doce de la noche siguiente del dia en que habia sido preso Cosme Calcorra.

Es décir, á la media noche del mismo dia en que el conde de la Salmedina y la princesa de Astúrias habian tenido la entrevista, que ya conocemos, en el Pardo.

Cosme Calcorra estaba desesperado.

Habia acudido de buena fé al llamamiento del conde de Aranda, y al acudir, como sabemos habia sido preso, conducido en un coche cerrado á la cárcel del Santo Oficio, y luego sepultado en un calabozo lóbrego, húmedo, en donde no se percibia el menor ruido.

Aquello era una tumba.

Cosme Calcorra estabà aterrado.

Veia sobre sí la influencia del conde de la Salmedina.

Una vez más, el conde se burlaba de él y le arrebataba á su mujer.

La ceguera de Calcorra no podia ser más negra ni más terrible.

La incomunicacion en qué se le habia puesto le habia impedido preguntar lo que pasaba en su casa, ni enviar noticias de él á ninguna parte.

Se consideraba como secuestrado de una manera secreta, como arrebatado del mundo, como perdido.

Cuando sintió abrir la fuerte puerta forrada de hierro de su calabozo, Cosme Calcorra creyó que se trataba del carcelero.

Pero su sorpresa fué grande cuando vió que detrás del carcelero entraba en su calabozo el marqués de Letour.

La puerta del calabozo se cerró.

De Armagnac y Calcorra se quedaron solos.

—Dad gracias á Dios, —dijo De Armagnac,—que yo he sabido á tiempo la situacion en que os encontrais, y á que esa situacion no nos conviene. Esto ha sido una intriga del conde de la Salmedina y de la princesa de Astúrias, á la que habeis sucumbido. Vuestra mujer se os ha arrebatado de nuevo.

—¡Ah!—exclamó Calcorra.—están provocando á la fiera: que no se quejen si la fiera despedaza mañana lo que encuentre delante.

—Vos no teneis que comprometeros por ante nosotros para vengaros,—dijo Godofredo de Armagnac;—vos os comprometereis solamente con las leyes humanas, con la justicia ordinaria, y haced de manera que la justicia del rey nada sepa: es necesario que sucumba un traidor.

—El conde de la Salmedina, ¿no es esto?—exclamó con ansia Calcorra.

—Sí, el conde de la Salmedina: un rebelde á quien nada aterra; un hombre que se pone frente á frente de nosotros; un hombre que nos contraria, y

del cual necesitámós librarnos. Su influencia por sus amores con la princesa de Astúrias es poderosa; esa influencia nos hace daño, y yo vengo á poneros en situacion de que la influencia del conde de la Salmedina cese, porque su muerte no puede influir en nada, como no sea en el recuerdo de alguna mujer loca.

—¡Ah! yo os juro que si me sacais de aquí, si me autorizais para tomar venganza, el conde de la Salmedina no vivirá mucho tiempo.

—Pues bien; vais á salir de aquí ahora mismo,—dijo el marqués de Letour;—pero tened en cuenta que debeis guardar un profundo secreto acerca de la persona que os ha restituido la libertad: porque de no, pudiera acontecer algo demasiado terrible.

—Descuidad, descuidad, señor marqués de Letour,—dijo Cosme Calcorra;—ya sabia yo que algun dia la sociedad de los Invisibles se valdria de mí para castigar una traicion, y esperaba impaciente ese dia, que al fin creo ha llegado ya.

—Indudablemente, señor Cosme Calcorra; pero es necesario que en estos momentos extremeis toda vuestra sangre fria, toda vuestra astucia; es necesario que cuando el conde esté más descuidado reciba el golpe de gracia, y que no se sepa de qué parte ha podido venirle el golpe.

—Descuidad, señor marqués,—dijo Cosme Calcorra,—que el conde será exterminado por el rayo sin que él mismo haya podido apercibirse de la tempestad.

—Seguidme pues,—dijo el marqués de Letour.

Llamó á la puerta del calabozo.

Este se abrió inmediatamente.

La órden que llevaba consigo el marqués de Letour era ámplia y terminante.

Esto es, que se obedeciese en todo, como se obedeceria una órden del tribunal de la Santa Inquisicion, al marqués de Letour.

Por consecuencia, cuando De Armagnac intimó la órden al alcaide inferior que estaba al frente de la cárcel del Santo Oficio (porque como sabemos, el alcaide superior lo era el padre Alvareda), no encontró dificultad alguna en que se devolviesen á Calcorra las préndas que se le habian quitado al encerrarle, su espada y su dinero, y en dejarle salir libremente con el marqués de Letour.

Este habia entrado en la cárcel con el rostro cubierto con un antifaz.

Nadie le conocia allí; pero aunque alguno le hubiera conocido, no podia darse cuenta de que él era el portador de aquella órden superior, á la que era necesario obedecer sin replicar.

Cosme Calcorra y De Armagnac se vieron bien pronto en medio de la calle.

—Y bien, señor Cosme Calcorra,—dijo de Armagnac;—¿vos estais dispuesto á todo?

—Sí, á todo.

—¿Creeis que ha sido el conde de la Salmedina el que ha motivado vuestra prision?

—Lo supongo.

—¿Y estais seguro de que el conde de la Salme-

dina no ha podido conspirar contra vos sino por el amor desordenado, terrible, que siente por vuestra mujer?

—Segurísimo, señor marqués,—dijo Cosme Calcorra,—y la sed de la venganza me devora. Mi mujer es una miserable; despues que la recobré hubo un momento en que creí que ella me habia comprendido; que habia visto cuánto valía el amor que por ella devoraba mi alma, y que se habia enamorado de mi pasion inmensa, infinita, incondicional, terrible; pero esto no era cierto. Cuando una mujer se olvida de sus deberes, cuando enloquece por unos amores criminales, no hay medio de reducirla á la razon y al deber. Ella me ha abandonado en el momento en que ha podido; pero antes de abandonarme ha procurado ponerme fuera de combate por medio de la influencia del conde de la Salmedina. Yo he perdonado demasiado, y no puedo perdonar ya más. Se me permite vengarme, y aun se me dice que mi venganza podrá ser útil á la sociedad á que pertenezco, y no vacilo, señor marqués de Letour: llevadme al punto donde yo pueda encontrar juntos á esos dos infames.

—Esperad, esperad, señor Cosme Calcorra,—dijo el marqués de Letour.—Estamos en los primeros pasos de una intriga que debe dar por consecuencia grandes resultados; pero aun no está terminada, aun no vemos claro en el negocio. Sin embargo era necesario libertaros de la prision en que os habia puesto el conde de Aranda, y que habia confirmado la Inquisicion.

—¿Y sabeis, señor marqués de Letour,—preguntó Calcorra,—por qué me ha preso el conde de Aranda?

—Yo no creo que esta prision reconozca otra causa que la misma que vos reconoceis: la influencia del conde de la Salmedina y la necesidad de libertar de vos á vuestra mujer.

—¿Y creeis que mi prision no haya tenido otro objeto que este, señor marqués de Letour? ¿creeis que no haya habido otros intentos en ella?

—Creo que, sin los amores del conde de la Salmedina por vuestra mujer, vos estaríais completamente tranquilo en vuestra casa.

—¿Ignorais que yo he sido el que ha falsificado la carta del padre Casti leida por el rey, que la habia recibido de una manera sagaz á causa del conde de Aranda, y que causó la expulsion de los jesuitas?

—Pudiera suceder muy bien,—dijo el marqués de Letour,—que se os hubiera preso por el conde de Aranda para impedir que vos produjéseis una prueba clara, clarísima, de que la carta atribuida por el rey al padre Casti era una falsificacion.

—El rey lo sabe demasiado: el rey ha tenido la prueba delante de los ojos; pero hay cosas que no pueden probarse: que pueda falsificarse una carta, no quiere decir que otra que parece indudablemente escrita por el hombre que la firma sea falsa. El rey ha dudado, ha vacilado, pero no ha creido en nada definitivo. Los Invisibles se han valido de este medio para destruir la situacion desventurada en que se en-

cuentran los jesuitas; pero nada se ha obtenido: el rey parece haberse convencido; pero da largas, no quiere retractarse, no quiere confesar que ha faltado á la justicia dejándose arrastrar por una infame calumnia. Esto dice su majestad; pero no cree de una manera segura que no sea del padre Casti la carta que ha perturbado su existencia.

—Pues entonces, señor Cosme Calcorra,—dijo De Armagnac,—vos sois víctima de una intriga diabólica que yo entreveo; pero que aun no puedo explicarme bien: tal vez se necesita por el conde de Aranda, que el conde de la Salmedina no se sienta completamente bajo la influencia de la princesa de Astúrias, y se ha libertado completamente de vos á vuestra mujer para que la influencia de los poderosos encantos de su alma volcánica contrabalancee el poder que la princesa ejerceria si se encontrase libre de su rival.

El marqués de Letour embrollaba la cuestion de intento.

Calcorra no sabia ya de qué se trataba, ni qué objeto podia haber tenido la libertad de su mujer por medio de su prision.

Cosme Calcorra ignoraba aquella escena que habia tenido lugar en su casa la noche antes.

No sabia más sino que habia sido preso á beneficio de una artimaña, por medio de una sorpresa, que no le habia permitido ni aun avisar de su prision.

Sobre todo, aunque De Armagnac no hubiese procurado embrollar á Cosme Calcorra, haciéndole oir

haciéndole oir contradicciones, Calcorra estaba ya bastante embrollado con lo que le acontecía.

En él se habia operado una revolucion completa.

La idea de perdon á Ana del Rey, no existia en su alma.

Aunque la recobrase, Ana del Rey no podia ser suya.

Era de otro con toda su alma, con toda su voluntad, con todo su amor.

En poder de Calcorra no podia ser más que una esclava irritada contra su fortuna, sufriendo un infierno.

Calcorra no podia guardarla.

El conde de la Salmedina era infinitamente más poderoso que él.

Calcorra sentia todo lo desesperado, todo lo humillante de su posicion.

Su alma de demonio se revelaba espantosa.

La idea de la destruccion se apoderaba de ella.

No habia perdon, no habia piedad posible.

El era un sér despreciado, burlado, escarnecido.

El era, sobre todo, y hé aquí la mayor de sus irritaciones, la mayor de sus desesperaciones, un sér odioso y á la par despreciable para Ana del Rey.

¿Qué tenia ella que respetar en él?

El al unirse á ella habia servido de una manera infame al marqués de Esquilache, él habia continuado en aquella infamia, tolerando las relaciones Esquilache con Ana despues de su casamiento.

El podia haber dicho, pero siempre desde el pun-

to de la inmoralidad, de la infamia: ¡Qué me importa á mí la materia? Lo que yo ansío es el espíritu.

No hay mujer que comprenda esto.

Porque, en efecto, esto no es otra cosa que una aberracion miserable, que un consorcio entre la avaricia y una sensualidad extraña.

Una mujer, por pervertida, por degradada que esté, no puede dejar de despreciar al hombre, cuyo amor transige con la más leve contrariedad.

El amor es exclusivo y celoso, y cuanto más violento, cuanto más celoso es el amor en el hombre, tanto más se siente amada la mujer, tanto más adorada y tanto más se enorgullece por serlo todo: la vida, el alma, la eternidad del hombre que la ama.

Ana del Rey, sucumbiendo á su destino, habia sido una víctima que se habia sacrificado por su madre, que habia apurado siempre la amargura del sacrificio; pero que habia encontrado su sacrificio insoportable, horrible, desde el punto en que habia amado.

Ana del Rey, aborreciendo á muerte á Calcorra, habia sido lógica.

Verdad es que, como sabemos, hubo un momento en que lo excepcional, lo infernal de la pasion que Calcorra sentia por ella, la habia embriagado; pero habia sobrevenido inmediatamente el conde de la Salmedina, y aquella embriaguez habia pasado.

Ana habia deseado de nuevo que la muerte la libertase de aquel tirano.

Cuando la conciencia humana, por resultado de

insoportables dolores del corazon, transige para aliviarlos con la idea del asesinato, no hay nada ya que la detenga en el camino de los crímenes.

Ana del Rey habia concebido pensamientos horribles.

Su amor por el conde era tan exclusivo, tan violento, tan infernal, como el amor de Calcorra por ella.

Una vez arrostrado el asesinato por libertarse de Calcorra, ¿por qué no arrostrarle de nuevo para que el conde quedase libre?

Ana del Rey sabia demasiado que libre ella por la muerte de Calcorra, libre él por la muerte de Margarita, el conde no tardaria en satisfacer todos sus deseos, toda la ambicion de su alma, uniéndose á ella.

En mal hora el conde habia pasado con Margarita por el puente de Segovia en ocasion en que Calcorra era apedreado.

En mal hora le habia protegido.

Sin aquella aventura, el conde no hubiera conocido á Ana del Rey, y no hubiera traido sobre sí, y lo que era más doloroso aún, sobre Margarita, consecuencias funestas.

Completamente desesperado Calcorra, habia arrojado de sí toda idea de transaccion y de perdon.

Puede fugarse ó ser robada una mujer, pero no hay nadie que robe un cadáver de su tumba.

Y sobre todo, aunque le roben, el cadáver no siente, no puede hacer la felicidad de su raptor.

A tal punto llegaban los celos, la ira, la desesperacion de Cosme Calcorra, que necesitaba matar el amor de Ana por el conde aún en el corazon de Ana.

Y para esto era necesario destruirla.

¿Qué podia esperar ya Calcorra de su mujer?

¿Cómo consentir que continuasen el desprecio, el escarnio, contra él?

Ana y el conde debian morir en el momento en que Calcorra pudiese haberlos á las manos.

Ana decididamente.

En cuanto al conde, era distinto.

Calcorra debia vengarse de una manera completa.

Calcorra debia herirle en Margarita, como él le habia herido en Ana.

No exageramos, pues, cuando decimos que el alma torcida de Cosme Calcorra era más que nunca el alma de un demonio.

De Armagnac lo sabia demasiado, y se gozaba ya de antemano en su obra.

Consideraba ya á Margarita viuda, y por lo ménos su alma se sentia libre de los celos que le inspiraba la posesion de Margarita por el conde.

El amor de De Armagnac por Margarita era no ménos intenso que el de Calcorra por Ana del Rey.

Aquellos dos infames avanzaban entre la sombra hácia la altura del Príncipe Pio.

Aquel extremo de Madrid era siempre solitario, y lo estaba mucho más en aquellas horas.

Sólo turbaba su soledad el paso de algun matute-

ro, de algun contrabandista que se valia de aquella soledad para sus negocios.

De Armagnac continuó marchando con Calcorra hácia el hospital militar.

Cerca ya de él, torció á la izquierda por una sombría callejuela, y llegó á un callejon de la tapia, mal llamada muro, que rodeaba á Madrid.

La tapia por aquella parte estaba aportillada y podia surmontarse, aunque con dificultad.

—Yo creo que vos conservareis vuestro vigor, señor Cosme Calcorra,—dijo De Armagnac,—y que podreis gatear por aquí para pasar al otro lado. Esto importa á vuestros negocios.

—Por un enlucido me subiria yo si esto fuese necesario para mi venganza,—contestó Calcorra.

E inmediatamente empezó á trepar por la tápia asiéndose á los agujeros, que otros que habián hecho la misma operacion habian causado.

Llegó haciendo poderosos esfuerzos á lo alto, y se dejó caer al otro lado.

De Armagnac, que era excesivamente vigoroso, le siguió.

Estaban en el principio del valle que corre entre la Moncloa y la montaña del Príncipe Pio.

Avanzaron, y llegaron á la Cuesta de Areneros.

La noche estaba muy oscura y nada se veia, ni aún los árboles.

De Armagnac dió tres palmadas, á las que contestaron no lejos otras tres.

Y á poco se oyó ruido de pisadas de caballos.

—Es decir,—exclamó Calcorra al sentirlas,—que mi mujer está fuera de Madrid, y para verla hay que hacer un viaje.

—Pero no muy largo,—señor Cosme Calcorra;—porque no vamos á pasar del monte de Boadilla.

A este punto, vieron junto á sí la sombra de un hombre que tenia tres caballos de la brida.

—Tened su caballo,—dijo De Armagnac á aquel hombre,—al señor que me acompaña.

Calcorra montó en el caballo que le fué presentado.

En seguida aquel mismo hombre tuvo su caballo á De Armagnac, que montó.

Aquel hombre montó, por último, en el tercero.

De Armagnac arrancó.

Arrancó á su vez Calcorra, manteniéndose junto á De Armagnac.

El hombre que habia acudido con los caballos los siguió á distancia.

Capitulo LIX.

De como el padre maestro encontró de deduccion en deduccion la pista de Calcorra.

Apenas habia salido Cosme Calcorra, libertado por De Armagnac, de la cárcel del Santo Oficio, cuando con su disfraz de seglar se presentó en ella el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

El alcaide de la cárcel estaba acostumbrado á verle de esta manera.

Muchas veces negocios secretísimos obligaban al padre maestro á dejar sus hábitos para trasladarse á la cárcel del Santo Oficio.

—Llevadme,—dijo al alcaide,—al calabozo del señor Cosme Calcorra.

—Debo advertiros, respetable padre maestro,—dijo el alcaide,—que el señor Cosme Calcorra ha sido sacado hace algunos minutos de aquí.

dina no ha podido conspirar contra vos sino por el amor desordenado, terrible, que siente por vuestra mujer?

—Segurísimo, señor marqués,—dijo Cosme Calcorra,—y la sed de la venganza me devora. Mi mujer es una miserable; despues que la recobré hubo un momento en que creí que ella me habia comprendido; que habia visto cuánto valía el amor que por ella devoraba mi alma, y que se habia enamorado de mi pasion inmensa, infinita, incondicional, terrible; pero esto no era cierto. Cuando una mujer se olvida de sus deberes, cuando enloquece por unos amores criminales, no hay medio de reducirla á la razon y al deber. Ella me ha abandonado en el momento en que ha podido; pero antes de abandonarme ha procurado ponerme fuera de combate por medio de la influencia del conde de la Salmedina. Yo he perdonado demasiado, y no puedo perdonar ya más. Se me permite vengarme, y aun se me dice que mi venganza podrá ser útil á la sociedad á que pertenezco, y no vacilo, señor marqués de Letour: llevadme al punto donde yo pueda encontrar juntos á esos dos infames.

—Esperad, esperad, señor Cosme Calcorra,—dijo el marqués de Letour.—Estamos en los primeros pasos de una intriga que debe dar por consecuencia grandes resultados; pero aun no está terminada, aun no vemos claro en el negocio. Sin embargo era necesario libertaros de la prision en que os habia puesto el conde de Aranda, y que habia confirmado la Inquisicion.

—¿Y sabeis, señor marqués de Letour,—preguntó Calcorra,—por qué me ha preso el conde de Aranda?

—Yo no creo que esta prision reconozca otra causa que la misma que vos reconoceis: la influencia del conde de la Salmedina y la necesidad de libertar de vos á vuestra mujer.

—¿Y creeis que mi prision no haya tenido otro objeto que este, señor marqués de Letour? ¿creeis que no haya habido otros intentos en ella?

—Creo que, sin los amores del conde de la Salmedina por vuestra mujer, vos estaríais completamente tranquilo en vuestra casa.

—¿Ignorais que yo he sido el que ha falsificado la carta del padre Casti leida por el rey, que la habia recibido de una manera sagaz á causa del conde de Aranda, y que causó la expulsion de los jesuitas?

—Pudiera suceder muy bien,—dijo el marqués de Letour,—que se os hubiera preso por el conde de Aranda para impedir que vos produjéseis una prueba clara, clarísima, de que la carta atribuida por el rey al padre Casti era una falsificacion.

—El rey lo sabe demasiado: el rey ha tenido la prueba delante de los ojos; pero hay cosas que no pueden probarse: que pueda falsificarse una carta, no quiere decir que otra que parece indudablemente escrita por el hombre que la firma sea falsa. El rey ha dudado, ha vacilado, pero no ha creido en nada definitivo. Los Invisibles se han valido de este medio para destruir la situacion desventurada en que se en-

cuentran los jesuitas; pero nada se ha obtenido: el rey parece haberse convencido; pero da largas, no quiere retractarse, no quiere confesar que ha faltado á la justicia dejándose arrastrar por una infame calumnia. Esto dice su majestad; pero no cree de una manera segura que no sea del padre Casti la carta que ha perturbado su existencia.

—Pues entonces, señor Cosme Calcorra,—dijo De Armagnac,—vos sois víctima de una intriga diabólica que yo entreveo; pero que aun no puedo explicarme bien: tal vez se necesita por el conde de Aranda, que el conde de la Salmedina no se sienta completamente bajo la influencia de la princesa de Astúrias, y se ha libertado completamente de vos á vuestra mujer para que la influencia de los poderosos encantos de su alma volcánica contrabalancee el poder que la princesa ejerceria si se encontrase libre de su rival.

El marqués de Letour embrollaba la cuestion de intento.

Calcorra no sabia ya de qué se trataba, ni qué objeto podia haber tenido la libertad de su mujer por medio de su prision.

Cosme Calcorra ignoraba aquella escena que habia tenido lugar en su casa la noche antes.

No sabia más sino que habia sido preso á beneficio de una artimaña, por medio de una sorpresa, que no le habia permitido ni aun avisar de su prision.

Sobre todo, aunque De Armagnac no hubiese procurado embrollar á Cosme Calcorra, haciéndole oir

haciéndole oir contradicciones, Calcorra estaba ya bastante embrollado con lo que le acontecia.

En él se habia operado una revolucion completa.

La idea de perdon á Ana del Rey, no existia en su alma.

Aunque la recobrase, Ana del Rey no podia ser suya.

Era de otro con toda su alma, con toda su voluntad, con todo su amor.

En poder de Calcorra no podia ser más que una esclava irritada contra su fortuna, sufriendo un infierno.

Calcorra no podia guardarla.

El conde de la Salmedina era infinitamente más poderoso que él.

Calcorra sentia todo lo desesperado, todo lo humillante de su posicion.

Su alma de demonio se revelaba espantosa.

La idea de la destruccion se apoderaba de ella.

No habia perdon, no habia piedad posible.

El era un sér despreciado, burlado, escarnecido.

El era, sobre todo, y hé aquí la mayor de sus irritaciones, la mayor de sus desesperaciones, un sér odioso y á la par despreciable para Ana del Rey.

¿Qué tenia ella que respetar en él?

El al unirse á ella habia servido de una manera infame al marqués de Esquilache, él habia continuado en aquella infamia, tolerando las relaciones de Esquilache con Ana despues de su casamiento.

El podia haber dicho, pero siempre desde el pun-

nas y algunas habitaciones cubiertas, del antiguo palacio cuyo nombre dura aún, pero del cual no quedan ya ni aún vestigios.

Era allá cuando servia de apeadero de caza á los reyes de España, una pesada construccion de piedra y ladrillo.

Allá en los principios del siglo XVIII, un incendio habia destruido en su mayor parte el palacio.

Pero algunas habitaciones de su ángulo norte habian quedado intactas.

Una supersticion mantenia inhabitada aquella parte, porque las gentes del caserío, y aun las de la comarca, creian como en un artículo de fe en una leyenda fantástica nacida del incendio.

Todas estas leyendas populares son muy sencillas.

Era conserje del palacio por el tiempo del incendio un hombre malo, pero tan hábil en la hipocresía, que pasaba por el mejor hombre del mundo.

Este hombre, segun la leyenda, mantenia comercio y amistad con el diablo, y tenia frecuentes entrevistas con él en un lugar medroso á corta distancia del palacio.

Ahora bien; este conserje tenia de unos amores sacrílegos con una monja que habia arrebatado de su convento, y que habia mantenido escondida en el palacio, una hija de una extraordinaria hermosura, como si Dios hubiera querido que aquella prenda de maldicion viniese al mundo con todos los peligros que produce á la mujer una insólita hermosura; y

hasta tal punto llegaba en la hermosura de María lo extraordinario, que el diablo se enamoró de ella.

Pero como el diablo es un espíritu y no puede unirse, refundirse, anegarse completamente en un sér humano, siendo necesaria para esta union que la materia perezca y quede completamente libre el espíritu; y como el diablo no puede gozar más que de un espíritu condenado, Satanás tuvo necesidad, primero, de que María pecase de tal manera que se condenase, y despues, que cuanto antes pereciese su cuerpo para que el espíritu de María quédase libre.

Porque el diablo, como todos los enamorados furiosos, estaba impaciente.

Empezó Lucifer por inspirar á Lucas Gorgollo, que así se llamaba el conserje, una pasion incestuosa por su hija, y al mismo tiempo desarrolló en María un ódio horrible contra su padre.

La consecuencia fué el parricidio.

Espantada María, no por el crímen que habia cometido, porque estaba maldita, sino por las terribles consecuencias de su crímen, para ocultarle puso fuego al palacio.

Y aturdida, enloquecida por su crímen, atraida por el cadáver de su padre, se encontró envuelta por el incendio que ella misma habia causado, y su cuerpo pereció en él; pero no su alma, de la que se apoderó el diablo en el momento en que el hermosísimo cuerpo de la parricida se convirtió en una estátua de carbon.

¿Quién contó esa extraña leyenda á los sencillos aldeanos de los alrededores?

Se ignora.

Pero la verdad es que se tenia por maldito el palacio de Boadilla, y nadie osaba acercarse á él, ni mucho ménos penetrar en sus ruinas.

Ningun lugar, pues, más á propósito para ocultar una persona que importase en gran manera no fuese encontrada.

El padre maestro conocia el lugar y la leyenda, sabia que aunque las gentes de los alrededores se apercibiesen de que la parte que habia quedado en pié del palacio estaba habitada, creerian que aquellos habitantes eran fantasmas; lo que aumentaria lo terrible de aquel lugar, y por lo mismo depositó allí á Ana del Rey.

Pero no pudo hacer esto sin dar parte de lo que hacia.

Una sola persona á quien el padre maestro habia confiado la guarda de Ana, un antiguo empleado secreto del Santo Oficio, le inspiraba completa confianza.

Pero este hombre estaba sujeto, como el padre maestro, á la obediencia á sus superiores.

Don fray Lorenzo comprendió, pues, que dadas las circunstancias, debia introducirse secretamente en el palacio de Boadilla procurando no hacerse sentir ni aún del mismo Sebastian del Pozo, que así se llamaba el hombre á quien el padre maestro, que para aquella intriga se habia puesto en relaciones

con la princesa de Astúrias, habia encomendado la guarda de Ana del Rey.

El padre maestro llegó á una quebradura situada al pié de la loma en que se alzaba el palacio de Boadilla, ató su caballo á un árbol y empezó á trepar por la vertiente de la colina en direccion al palacio.

Capítulo LX.

De como acabó de mala muerte, y á causa de una traicion miserable, el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

Estamos en un gabinete enorme.

En uno de aquellos gabinetes de las grandes casas de nuestros abuelos, que no podián residir sino en grandes y magníficos espacios.

Este gabinete conservaba un mueblaje antiguo, el que tenia antes del incendio del resto del palacio.

Tan rápidamente se habia improvisado la leyenda de la maldicion del palacio, que no se habian encontrado trabajadores que se atreviesen por nada del mundo á penetrar en aquel lugar condenado, en aquella especie de infierno.

Tenia además lugar entonces la guerra de sucesion, andaba todo á monserga por lumbre, como suele decirse, en la casa real, y resultó que la inten-

dencia abandonó el palacio y permanecieron en él los muebles de las habitaciones que habian quedado intactas.

El terror de las gentes de la comarca hizo que nadie penetrase allí, y esta era la causa de que en el gabinete de que nos ocupamos y en algunas otras habitaciones se conservasen aún los antiguos muebles, las alfombras y las tapicerías.

Pero los primeros estaban empolvados, deslustrados, y las segundas corroidas por la polilla.

Sin embargo, quedaba allí un aspecto grandioso, y la pintura del techo y los cornisamentos de mármol y bronce dorado en sus dos paredes, habian ganado con el trascurso del tiempo.

Aquel gabinete habia sido el dormitorio del rey.

El lecho, pues, era magnífico, grande, alto, ostentoso, con ámplias colgaduras de terciopelo rojo, con castillos y leones bordados en oro.

Un gran velador de mosáico, con pié de bronce dorado, se veia en el centro; la chimenea era de una escultura admirable, artísticos y admirables el reloj y los candelabros que sobre ella habia, y los sillones y los canapés, á pesar de su abandono, eran magníficos.

Además de esto, sobre las paredes habia cuadros de un mérito nó común.

La casa de España ha sido siempre afecta en gran manera al lujo, y al gran lujo artístico, y especialmente en los siglos XVI, XVII y XVIII.

Ana del Rey habia sido encerrada allí por Lúcas

Gargollo, que habia habilitado cuanto le habia sido posible aquella habitacion, durante tantos años abandonada y reducida á ser casi inservible á causa de su abandono.

El padre maestro conocia perfectamente la disposicion interior de la parte del palacio que habia quedado en pié.

Un dia, acompañando á caza al rey Cárlos III, habia recaido la conversacion, á propósito del palacio de Boadilla que se veia á lo lejos, sobre los lugares malditos habitados por duendes, gnomos y trasgos.

Sabido es que el órden de predicadores, por componerse de hombres de carreras, era instruido.

Por lo mismo, los dominicos no estaban muy bien mirados por los franciscanos y los carmelitas de todas estofas y colores, que aceptaban todas las supersticiones y todos los fanatismos.

Podia decirse que las órdenes, de las cuales la mayor parte de los indivíduos eran padres maestros, esto es, doctores, determinaban una especie de secta aparte dentro del catolicismo, sin que por esto se mantuviesen en inarmonía con él.

Porque nada está más en inarmonía con la ciencia que el catolicismo.

Los que pretenden sostenerle por medio del embrutecimiento de las masas, han incurrido é incurren en un gravísimo error.

Este error ha bastardeado y desnaturalizado el catolicismo por ante la multitud.

De aquí que los que siguen en el error y continúan usando del fanatismo para sostener el catolicismo; se llamen neo-católicos.

El sentido vulgar, el sentimiento del pueblo cuya voz se ha llamado verdaderamente la voz de Dios, da su nombre propio á todas las cosas.

De aquí que haya llamado neo-católicos á los fanáticos de hoy, á los que pretenden fundar el órden social sobre el embrutecimiento de las masas.

El verdadero catolicismo es la escuela de la libertad, y los que no amen la libertad no son católicos: son neo-católicos.

El padre maestro don fray Lorenzo contradijo, como no podia ménos de contradecirla, la absurda creencia en los demonios familiares.

Y como le contestase algun cortesano que aquellas no eran más que palabras y que él no se atreveria á entrar en el lugar maldito, don fray Lorenzo contestó sonriendo que si el rey le daba licencia, él penetraria en aquel palacio formidable, se asomaria á un balcon de la parte del Norte que habia quedado de pié, y todos verian que en el balcon no le acompañaba ningun ser sobrenatural, y que despues volveria salvo.

Cárlos III, en materia de religion, era un tanto escéptico.

Encontró muy divertida aquella aventura y mandó al padre maestro fuese á hacer un reconocimiento en el palacio, y se dejase ver en uno de sus balcones.

El padre maestro preguntó si alguien queria

acompañarle; pero no hubo una sola de las personas que rodeaban al rey que se atreviera á tanto.

El padre maestro, pues, hizo su reconocimiento solo, y se maravilló al ver la riqueza del mueblaje y la valía de los objetos artísticos que allí habian quedado abandonados.

Pero guardó el secreto.

Su viva imaginacion le inspiró la idea de que aquel lugar tal como se encontraba, y defendido de tal manera por la supersticion, podia serle muy útil.

Dejóse ver en el balcon, lo cual maravilló á todos, y volvió despues diciendo que habia recorrido algunas habitaciones polvorientas y abiertas al aire y á la lluvia.

Pero que no habia tenido el gusto de que saliese á hacerle los honores del palacio ningun duende ni ningun espectro.

—Ya,—dijo el rey con un acento en que asomaba un imperceptible sarcasmo;—el diablo sabe que sois un exorcizador formidable, padre, y al entrar vos se ha puesto en fuga.

Todos tomaron por lo sério el sarcasmo del rey; y la reputacion del padre maestro como lanzador de demonios y aterrador del infierno, subió hasta un grado altísimo.

La córte siguió su cacería, dió la vuelta al Pardo, se metió por él, y á la caida de la tarde se volvió á Madrid.

Algunos dias despues el padre maestro hizo una

excursion al palacio de Boadilla, y le reconoció minuciosamente.

En lo sucesivo, algunas importantes reuniones se tuvieron allí.

Todos los indivíduos de la sociedad de los Invisibles colocados en la misma esfera de don fray Lorenzo y los que estaban en una esfera superior, conocián como él las ruinas del palacio de Boadilla.

Así es, que el padre maestro no vaciló cuando, despues de haber atado su caballo en el barranco, subió la colina y llegó á los primeros paredones destruidos.

Atravesó un patio cubierto de escombros, sobre los cuales brotaban las yerbas parásitas, y avanzando hácia el ángulo Norte, subió por estrechas escaleras, atravesó una galería, la recorrió, entró á su fin por una puertecilla y subió otras escaleras que le condujeron á una galería que corria al rededor del gabinete donde habia sido aposentada Ana del Rey.

Sobre las puertas, y sobre los balcones de aquel gabinete, por la parte interior, habia óvalos que determinaban un adorno arquitectónico, y desde los cuales se veía lo que pasaba en el gabinete.

Ana dormia en el lecho en que tantas veces habian dormido los reyes de España.

Una lámpara que estaba colocada sobre el velador, dejaba ver un semblante adormido y hermosísimo, pero en el cual se reflejaba un sueño terrible, un sueño de sangre y de exterminio.

El alma entera de Ana del Rey salia á su semblante.

En el descuido de su sueño, se comprendia que su espíritu libre representaba la situacion tremenda en que se encontraba colocada.

Y se revólvia, se agitaba, y dejaba ver su furor y sus terribles proyectos.

Ana del Rey soñaba con el conde de la Salmedina.

Con el conde, que la pertenecia por completo.

Con el conde, á quien le habia arrebatado una y otra vez.

Ella aborrecia, como ya hemos dicho, todo lo que podia separarla del conde.

Ana del Rey soñaba en el exterminio de la princesa de Astúrias y en el exterminio de Margarita.

El padre maestro, que la contemplaba desde una claraboya situada frente del lugar en que estaba colocado el lecho, comprendia de cuánto era capaz aquella mujer, á través de cuyo sueño se dejaban entrever tan terribles pensamientos.

En cuanto á lo demás, el padre maestro veia que, una de dos, ó se habia engañado y Ana del Rey no era el punto de parada adonde se traia á Cosme Calcorra, por lo cual le habian sacado de la cárcel, ó que si esto era exacto, no tardaria en aparecer Calcorra, tal vez con el hombre que le acompañase.

En efecto, esta última deduccion del padre maestro era la exacta.

A poco de estar en acecho se oyó rechinar una puerta, que se abrió, y entraron dos hombres.

El uno de ellos era Cosme Calcorra.

El otro el marqués de Letour.

Creyéndose seguro, sin que nadie pudiese observarle más que Ana del Rey y Calcorra, De Armagnac se habia quitado la careta y aparecia tal cual era.

Una cólera terrible subia del corazon á la cabeza del dominico.

Indudablemente, De Armagnac, á quien se habia repuesto en toda la confianza de la sociedad, al que se habia elevado al más alto cargo, hacia traicion á la sociedad.

¿Y por qué De Armagnac hacia traicion á aquel poder formidable?

Indudablemente por sus amores no curados, por sus amores persistentes, por Margarita.

Esto ya fué una revelacion para el padre maestro.

Lo que se queria era la perdicion del conde de la Salmedina por medio de Ana y de Calcorra.

Lo que pretendia indisputablemente De Armagnac era dejar libre por la viudez, y sin que nadie pudiese ampararla, á Margarita.

El padre maestro se sintió poseido de una noble y generosa cólera, y sintió un impulso poderoso de castigar á aquel miserable.

Debemos decir á nuestros lectores que el padre maestro, á pesar de su calidad de fraile, era hombre de armas tomar y valiente. Y no solamente esto, sino que era además muy diestro en las armas.

Con mucha frecuencia, para los negocios de la sociedad, el padre maestro se habia visto obligado á

recorrer de noche y con traje seglar las oscuras calles de Madrid, comprendido en el número de aquellos embozados de sombreros gachos á los cuales perseguian las rondas por los recelos de Esquilache.

Más de una vez hubiera sido preso si no se hubiera defendido á estocadas, de alcaldes y alguaciles.

Esto suponia que en otros tiempos el padre maestro habia aprendido la esgrima, y más aún, que la habia ejercitado.

En efecto, el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco habia tenido una juventud borrascosa, y podia decirse que no habia entrado en el cláustro sino por una conversion.

La vida le habia dado terribles lecciones, y tal vez algo horroroso le habia tocado en el corazon y le habia llamado á Dios.

Porque el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco era un hombre temeroso de Dios, de pensamiento recto y en gran manera afecto á la justicia.

Si él se habia filiado en la terrible órden de los Invisibles, habia sido porque, llamado por aquella sociedad, iniciado en su misterio, habia visto en aquella sociedad un gran propósito humanitario.

En fin, don fray Lorenzo de Velasco era un hombre notable, á quien su destino habia guardado para grandes cosas y que habia hecho grandes servicios á la sociedad de los Invisibles.

Obedeciendo á su impulso, don fray Lorenzo hubiera abandonado su acechadero, hubiera penetrado en

aquel gabinete, y hubiera deshecho de la manera que hubiera sido necesario, ya por su autoridad, ya por su fuerza, la intriga que preveia.

Pero preferia conocer aquella intriga y medir sus consecuencias.

Apenas entró Calcorra en el gabinete, esparció en torno suyo una mirada ansiosa; una mirada de fiera irritada y hambrienta.

Y al ver á Ana dormida en el lecho, se abalanzó á ella, la sacudió y la despertó bruscamente.

Ana del Rey abrió los ojos y lanzó un grito espantoso al conocer á Calcorra.

—¡Ah, miserable!—exclamó éste;—¡te aterras delante de mí! ¿Habias creido que por esta vez no volverias á encontrarme! Pues bien, aquí me tienes; el infierno ha unido nuestros destinos, y no quiere que se separen.

—Pero ¿adónde vais á parar con todas esas tonterías, amigo mio?—dijo De Armagnac.—En último resultado adorais á vuestra mujer, y no es ella la que os irrita; porque vos no podeis irritaros contra la que domina vuestra alma y es vuestra señora. No digais, pues, cosas inútiles ni traigais una situacion exagerada; es necesario venir á lo exacto. Vos queríais encontrar á vuestra mujer, y ya la teneis; vos necesitais vengaros del hombre que ha enloquecido por vuestra mujer, y os vengareis; yo no os he traido aquí para que trateis brutalmente á una desgraciada que no tiene culpa alguna de lo que sucede. Pues qué, ¿nosotros podemos dominar nuestro corazon?

Pues qué, ¿el corazon no nos arrastra á extremos inconcebibles, adonde nunca hubiéramos creido llegar cuando estábamos en el uso de nuestra tranquila y perfecta razon? ¿Para qué ese furor, si tengo la seguridad de que si perdonárais á vuestra esposa, los dias que os quedaran de vida serian para vos un in fierno?

—Esta mujer,—exclamó Calcorra, que estaba fuera de sí,—no sólo no me ama, sino que jamás ha podido amarme; y no sólo esto, sino que me desprecia, que me escarnece, que me provoca á manifestarle cuánta locura se necesita para atreverse á mi corazon y á mi cólera de tal manera.

—Os impongo silencio,—dijo De Armagnac;—os lo repito, yo no os he traido aquí para eso, sino para que encontreis á vuestra esposa. Ella es buena. ella comprenderá los errores en que ha incurrido. ella reconocerá lo que vale un marido como vos, que no vive más que para ella, en comparacion de un hombre que la trata como una querida, sin pretender ocultarlo; que al mismo tiempo que á ella ama á otra; que la demuestra por lo tanto que ni á la otra ni á ella las ama. Desengañaos, señor Cosme Calcorra: yo no os diré nada para evitar que castigueis de una manera terrible á ese hombre que ha turbado la paz de vuestra alma, á ese hombre que os ha hecho desgraciado.

—Callad vos, infame,—dijo Ana del Rey;—callad y recordad vuestra esposa, que se ve obligada á huir de vos por no ser víctima de vuestro furor. ¡Ah,

sí! vos amais á vuestra nieta, á Margarita De Armagnac, es cierto: vos no os deteneis ante nada, ni ante el incesto, ni ante el adulterio; todo cuanto hay en el mundo de infame es cosa fácil para vos, que sois un demonio. Lo que vos quereis, entendedlo bien, Cosme; lo que quiere ese hombre es servirse de vos como de un instrumento; hacer que vos asesineis al conde de la Salmedina para que su nieta Margarita se quede sola y desamparada en el mundo.

De Armagnac contemplaba sonriendo de una manera escéptica á Ana del Rey.

—Y bien,—la dijo;—vos podeis creer todo lo que querais: yo no entraré con vos en una discusion inútil; pero si escucháraís á la razon, debíais enteraros por el hombre que procura cesen vuestras desgracias; y estas desgracias no pueden cesar sino cuando reconozcais que vós os debeis completamente á vuestro marido, que nadie como vuestro marido os ha amado ni puede amaros. Vos interpretais mis intenciones de una manera torcida; vos debeis aborrecer á ese conde de la Salmedina que de tal manera os ha indispuesto con la vida, y que se burla de vos.

—Y bien, ¿no seria más barato para vos,—exclamó Ana con indignacion y desprecio,—esperar en una oscura encrucijada al conde de la Salmedina como espera un asesino, y matarle allí á puñaladas, sin valeros de nadie para llegar á vuestro propósito? Pero sí; es verdad; vos sois cobarde. ¿Os acordais del dia en que el conde de la Salmedina os tendió á sus piés y os puso entre la vida y la muerte? ¡Os

estremece la idea de cruzar vuestra espada con la suya! Sois un cobarde y un miserable. Salid de aquí; yo puedo entenderme con mi marido, que tiene derecho á hacerme oir su indignacion, á saciar en mí su cólera; pero no tengo obligacion alguna para sufriros nada, y vuestra sola vista me causa horror.

—Sí, salid;—dijo Cosme Calcorra, que por las palabras de Ana del Rey habia visto clara la intencion de De Armagnac;—salid, ó de lo contrario me obligareis á que yo os demuestre cuán peligroso es provocar mi cólera. Os habeis engañado cuando habeis creido que yo podia serviros de puñal para libertaros de un hombre que os estorba. Yo haré lo que tengo que hacer por mí mismo; pero en cuanto á vos, me habeis ya servido de todo lo que podiais servirme; me habeis traido al lugar donde está mi esposa, y no necesito más de vos. Salid os digo; salid, ó de lo contrario yo os probaré si sé hacerme respetar ó no.

—¿Y quién eres tú, reptil miserable, para ponerte frente á mí?—dijo De Armagnac dando un paso hácia Cosme Calcorra.

El padre maestro, que habia visto ya de lo que se trataba, habia bajado las escaleras y estaba detras de una de las puertas del gabinete.

El paso que habia dado De Armagnac habia demostrado claramente la intencion con que avanzaba hácia Cosme Calcorra, que se habia contenido como un tigre y dejaba ver en su mano un largo puñal desnudo.

Entre tanto, Ana, que no habia perdido su sangre fria, aprovechó aquella ocasion, se lanzó fuera del lecho, ganó una puerta y escapó cabalmente por el mismo lugar donde observaba el padre maestro.

Cosme Calcorra se lanzó en seguimiento de su mujer; pero en aquel mismo punto apareció en la puerta, espada en mano, demudado y amenazador, el padre maestro.

—No la seguireis,—le dijo;—vos no teneis derecho á seguir á esa mujer; vos, al casaros con ella, celebrásteis un contrato de lodo, y no podeis ahora alegar derecho alguno sobre ella. Ella no puede respetar nada en el hombre que vendió su honra para cubrir el capricho de un señor poderoso. Haceos atrás, os digo, y dejad á esa desventurada que se salve como pueda.

El padre maestro, arrastrado por su corazon y tal vez por el interés de su sociedad, habia cometido una imprudencia: se encontraba con dos enemigos terribles. De Armagnac estaba sobrecogido viendo delante de sí al terrible don fray Lorenzo de Velasco.

—Sí, sí,—dijo Calcorra,—teneis razon; yo no tengo derecho á seguir á mi mujer; yo no he tenido tampoco derecho para reprocharla. Sí, es cierto; yo he celebrado con ella un contrato de lodo; pero os habeis olvidado de decir que he celebrado tambien un contrato de sangre.

El padre maestro no habia hecho caso alguno de las palabras de Cosme Calcorra despues de que habia pronunciado las que le habia dirigido.

Para él, Cosme Calcorra nada suponia.

Una vez libre de él, don fray Lorenzo se volvió hácia la puerta por donde habia entrado y la cerró, corriendo el cerrojo.

Estaba encerrado en aquel gabinete, que no tenia otra salida, con De Armagnac y con Calcorra.

De Armagnac midió toda la gravedad de la situacion.

No era cobarde, pero un hombre valiente para todo el mundo puede ser relativamente cobarde ante ciertas personas: ante las personas que le dominan, que le llevan ventaja.

Ana del Rey habia dicho bien.

De Armagnac no se habia atrevido á atentar por sí mismo á la vida del conde de la Salmedina, porque recordaba que en las ocasiones que habia pretendido tenderle un lazo el conde de la Salmedina le habia puesto á la muerte.

Favorecido por su corazon y por el acaso, habia, pues, buscado un medio indirecto para librarse de él.

Pues bien; de la misma manera que De Armagnac, valiente para con todo el mundo, era cobarde respecto al conde de la Salmedina, era infinitamente más cobarde respecto á don fray Lorenzo de Velasco.

Le conocia de hacia mucho tiempo, y sabia hasta qué punto llegaban su sangre fria, su valor y su destreza en las armas.

Como hemos dicho, el padre maestro se habia desentendido completamente de Cosme Calcorra, y ha-

bia avanzado, espada en mano, hácia De Armagnac.

—Nos habeis burlado,—dijo;—habeis cometido contra nosotros una accion infáme, haciéndonos traicion; habeis querido envolvernos en una intriga oscura, y es necesario probaros, á costa vuestra, que nuestros ojos están en todas partes y que tenemos valor para castigar allí donde le encontremos, y de una manera decisiva, al miserable que nos hace traicion. Sí, vos habeis querido valeros de la pasion ajena ocultándoos en el fondo de vuestra repugnante hipocresía, para desembarazaros del conde de la Salmedina, que es para vos un motivo de ódio y de desesperacion; pero, marqués de Letour, llega un momento en que se pagan todas las infamias que cometemos, y ese momento ha llegado para vos. Defendeos, ¡vive Dios! y si no os defendeis os mato como á un perro.

—Sí,—dijo De Armagnac;—me defenderé, y no seré yo quien muera, sino quien mate.

Y tiró de su espada.

De Armagnac estaba tranquilo.

Su miedo se habia curado.

De improviso habia visto que el infame Cosmé Caldora, aprovechándose de la circunstancia de que el padre maestro no hacia caso de él, se acercaba recatadamente, como un tigre sobre su presa, con el puñal preparado.

Calcorra se acercaba al costado izquierdo del dominico.

Existia ya una especie de contrato de sangre entre aquellos dos infames.

De Armagnac veia los movimientos de Calcorra y no avisaba al padre maestro.

Calcorra veia perfectamente que De Armagnac se apercibia de sus movimientos.

Por consecuencia, existia ya entre los dos la complicidad de un asesinato próximo.

Por esta razon De Armagnac, en vez de disculparse, habia contestado de una manera altiva y habia tirado de su espada.

Pero en el momento de cruzarse las armas de ambos contendientes, el padre maestro dió un grito, se llevó la mano al costado izquierdo, vaciló, pretendió tenerse de pié, y cayó al fin de espaldas.

Calcorra le habia herido de una terrible puñalada en el corazon.

Una imprudencia, un olvido, el desprecio de lo despreciable, habia costado la vida al padre maestro don fray Lorenzo.

Por algunos segundos, sus ojos habian girado de una manera desesperada.

Lleno de ira, de desesperacion, se sintió sucumbir á un asesinato infame, y no podia tomar venganza.

Al fin todo concluyó.

El padre maestro quedó inmóvil.

Habia muerto.

Un mar de sangre empapaba la vieja alfombra, corroida por la polilla.

—¡Ah!—exclamó De Armagnac;—insúltame, Lorenzo de Velasco; hazme sentir el peso de tu tiranía.



MOTIN DE ESQUILACHE.—...Se lanzó en un escape desenfrenado.

¿Dónde están los Invisibles, que no han podido ampararte de mí? Gracias, señor Cosme Calcorra; nosotros nos entenderemos perfectamente: pero salid, salid; buscad á vuestra mujer, no debe estar lejos: ella puede denunciarnos, ella ha sido testigo de lo que aquí ha sucedido: no cometamos imprudencias. Salid, buscadla.

Cosme Calcorra, más porque su mujer no se perdiese que por evitar las consecuencias de lo que acababa de hacer, salió, descendió á las ruinas, se revolvió por ellas loco, frenético, desalentado de no poder encontrar á Ana.

Se lanzó fuera de las ruinas, y dió voces; pero sus voces no eran oidas, ni aunque lo hubieran sido le hubiera contestado Ana del Rey.

Por el contrario, aquellas voces la hubieran obligado á huir con más rapidez.

Ana del Rey habia escapado rápidamente.

Habia descendido la colina, y habia ido á dar por casualidad en el sitio donde habia dejado atado su caballo el padre maestro.

Habia tropezado con el animal.

—¡Ah!—exclamó.

Y obedeciendo á un súbito pensamiento, desató el caballo, montó sobre él y le lanzó á la ventura.

El caballo libre, se volvió sobre su querencia, es decir, hácia su cuadra.

Y como Ana del Rey no era bastante para reprimirle, se lanzó en un escape desenfrenado.

Ana del Rey hacia lo bastante con aferrarse sobre el caballo y no caer.

Así pues, las pesquisas de Cosme Calcorra eran inútiles.

De todos modos, hubiera ido desesperado por aquel espeso monte, por aquel terreno quebrado.

Aun de dia le hubiera sido difícil encontrar las huellas de su mujer.

Por consiguiente permaneció errante dando voces durante algun tiempo, y al fin cansado, se volvió al lugar donde habia dejado á De Armagnac y el cadáver del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

—¡Ah! ¡se os ha escapado!—exclamó con desaliento De Armagnac;—esto complica la situacion. ¡Sabe Dios lo que puede resultar de aquí! Vuestra mujer tiene sobrado aliento y ama demasiado al conde de la Salmedina para no haceros arrepentir de la imprudencia que habeis cometido dejándola escapar. Esto nos obliga á obrar con una actividad infinita; pero ante todo, señor Cosme Calcorra, borremos el rastro de lo que aquí ha sucedido. Este lugar no es tan desconocido como se cree; tienen conocimiento de él personas que pueden buscar cuando se aperciban de su falta, á don fray Lorenzo de Velasco. Yo creo que tendreis aún bastante fuerza para levantar por la parte de la cabeza el cadáver, mientras yo le levanto por la de los piés; al asunto pues: traladémosle á los sótanos de esta casa y sepultémosle en ellos.

Cosme Calcorra, aturdido, vacilante, ébrio por la situacion en que se encontraba, asió por debajo de los brazos el cadáver de don fray Lorenzo de Velasco.

De Armagnac, que habia envainado su espada, se puso entre sus piernas y le levantó de una manera que las plantas de los piés del cadáver, al conducirlo De Armagnac, miraban para adelante.

Bajaron entre una oscuridad, que para otros, en aquella situacion, hubiera sido de horror, las estrechas escaleras que hasta allí conducian, y llegaron al piso bajo.

Allí dejaron el cadáver.

—Subid por una luz,—dijo De Armagnac.

Calcorra subió, y bajó á poco trayendo la lámpara que, como hemos dicho, ardia sobre el velador en el gabinete.

—¿Podeis arrastrar vos el cadáver mientras yo alumbro?—dijo De Armagnac á Calcorra.—Si vos no teneis fuerza bastante para ello, alumbrad vos y yo le arrastraré: cerca tenemos las escaleras por donde se va á los sótanos.

—Yo tengo fuerza para todo,—dijo de una manera terriblemente sombría Calcorra;—alumbrad vos, señor marqués.

De Armagnac tomó la lámpara, y Calcorra asió por los piés el cadáver y le arrastró hácia unas escaleras próximas.

De Armagnac descendió.

Cosme Calcorra, como si se hubiera tratado de

arrastrar otra cosa cualquiera, bajó por aquellas escaleras arrastrando el cadáver.

La cabeza de éste chocaba de una manera terrible sobre aquellos peldaños.

Al fin se encontraron en los sótanos.

—Pero,—dijo Calcorra,—nos falta una herramienta con que abrir una sepultura.

—Eso no importa,—dijo De Armagnac.—La sepultura está abierta; al otro extremo de estos sótanos hay un pozo profundísimo; arrojemos en él el cadáver.

Cosme Calcorra asió de nuevo al cadáver por los piés y le arrastró rugiente de cólera, como compiaciéndose de aquel horror que ejecutaba.

Su alma de vampiro gozaba algo terrible, en aquella sangre vertida, en aquel cadáver, contra el cual se cometia un último crímen.

Llegaron al fin á un ángulo, donde, en efecto, habia el estrecho brocal de un pozo.

De Armagnac ayudó á Cosme Calcorra á izar hasta aquel brocal el cadáver del padre maestro.

Una vez puesto sobre el brocal, el cadáver fué precipitado.

Rebotó de una manera terrible en las paredes del pozo, y al fin produjo en su fondo un golpe extraño y fatídico: el de un cuerpo que cae en el agua, que se abre bajo él para cerrarse en seguida.

—Que adivinen,—dijo De Armagnac.—Volvamos, señor Cosme Calcorra. Si esta casa es registrada alguna vez, se encontrarán una mancha de sangre

sobre la alfombra de aquel gabinete; pero la sangre no tiene nombre: esa sangre no podrá decir que el cuerpo de que ha salido era el del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

—Sí,—dijo Calcorra;—pero entre tanto, mi mujer ha escapado de nuevo, y volverá á ponerse bajo el amparo del conde de la Salmedina.

—Por lo mismo,—dijo friamente De Armagnac,—es necesario que el conde de la Salmedina muera.

—¡Morirá!—dijo Cosme Calcorra;—pero para eso es necesario que se me ayude.

—Se os ayudará,—contestó De Armagnac.—Y como nada tenemos ya que hacer aquí, salgamos, señor Calcorra.

De Armagnac y Cosme Calcorra salieron del sótano, ganaron el patio cubierto de escombros del palacio; salieron á la colina, descendieron por su repecho, y llegaron ádonde estaba con los tres caballos el hombre que hasta allí los habia acompañado.

—Y bien,—dijo Cosme Calcorra;—ahora comprendo que habia perdido completamente el uso de mi razon: yo he debido preguntaros si habíais visto pasar por aquí á una mujer.

—En efecto, señor mio,—dijo el hombre;—hace como media hora pasó junto á mí una mujer en un caballo que iba á escape.

—¡Ah, ella!—exclamó Cosme Calcorra.—¿Y hácia dónde tomó el caballo?

—Hácia Madrid.

—Pues á caballo y á Madrid,—dijo De Armagnac.

Los tres montaron á caballo y se alejaron al galope.

Un instante despues el silencio y la soledad más absoluta reinaba en aquellos lugares.

Capitulo LXI.

De como no es bueno esperar mucho tiempo á lavarse las manos de la sangre que ha dejado en ellas un asesinato.

Los sucesos, como hemos visto, habian llegado á la mayor exasperacion.

Se habian resuelto por el crímen.

Y las consecuencias debian ser inmediatas y terribles.

Las catástrofes debian sucederse.

Godofredo de Armagnac y Cosme Calcorra, unidos por la complicidad de un asesinato, sentian el terror de las consecuencias.

Ana del rey era un formidable cabo suelto.

¿Qué se habia hecho de Ana del Rey?

Ella habia escapado en un caballo.

Se habia perdido en la sombra.

Cosme Calcorra y De Armagnac no se atrevian á preguntar á los guardas de campo ni á los habitantes de las ventas, quintas y caseríos si habian visto pasar una mujer sobre un caballo.

Les importaba sobre todo que no se supiese que ellos habian andado por aquella parte de las afueras de Madrid aquella noche.

Por lo mismo, y para evitar se les viese, guiados por Santiago, que era muy práctico en el terreno, habian atravesado por los parajes más solitarios y más difíciles, y habian dado un gran rodeo para llegar cerca del portillo, de la tapia ó muro de Madrid por donde habian salido al campo.

A cierta distancia, Santiago se quedó con los caballos.

Ellos se adelantaron, franquearon la tapia aportillada, y se perdieron por las callejuelas del cuartel de San Bernardino, yendo á parar á Leganitos, que era un lugar apartado y cubierto de árboles, como en aquellos tiempos de las aventuras de capa y espada, tan bellamente representados en las comedias del teatro antiguo, en los que se llama á este sitio el Monte de Leganitos.

Allí estaban seguros de no ser oidos.

La noche era óscura y el lugar solitario.

Se sentaron en un tosco banco de piedra.

—¿Sabeis,—dijo De Armagnac á Cosme Calcorra,—que estamos en un gravísimo peligro que nos obliga á ocultarnos?

—En efecto,—dijo Cosme Calcorra;—la fuga de

mi mujer es un gravísimo inconveniente: yo no habia podido preverla; yo tenia motivos para conocer la decision y el valor de esa miserable en las circunstancias extremas; pero no habia podido prever la presencia allí de aquel maldito padre maestro, que fué quien protegió la fuga de Ana: sin él, ella no se nos hubiera escapado, y hubiera podido depositarla en un lugar seguro, donde no hubiera podido ser para nosotros un peligro. Sea como quiera, ese peligro existe, y amenazador y próximo: no podemos atrevernos á volver á nuestra casa; tal vez á esta hora Ana del Rey ha dado ya parte al alcalde de alguno de los pueblos de los alrededores de Madrid de lo que ha acontecido. Asi pues, vos, que debeis conocer mucha gente, buscareis un lugar seguro donde nos ocultemos, y desde el cual podamos ejercitar nuestra venganza y apoderarnos de las dos mujeres por las cuales hemos perdido el corazon y la cabeza.

—¿Y cómo apoderarnos de ellas?—exclamó suspirando de una manera extraña y terrible Calcorra.—Comprendo que vos podais apoderaros de la princesa de Otranto; ella permanece en su lugar, ella no ha huido, no tiene para qué huir; pero ¿y Ana del Rey?

—Una de dos,—dijo De Armagnac:—ó Ana del Rey no ha denunciado, ó no denuncia por no comprometerse, lo cual es muy posible, lo que ha visto, ó lo denuncia. En el primer caso, nosotros tendremos la seguridad de que no corremos ningun peli-

gro. Cuando haya pasado algun tiempo y veamos que no se nos busca, en ese caso tenemos medios bastantes para averiguar dónde esté Ana del Rey, aunque se haya ocultado en las entrañas de la tierra. En el segundo caso, toda autoridad á quien Ana haya dado parte de lo que sabe habrá procedido á prenderla para que responda de la culpa que pueda caberla en la muerte de don fray Lorenzo de Velasco. De todos modos, más pronto ó más tarde sabremos dónde está Ana; lo que importa por el momento es ponernos á cubierto, ocultarnos en un lugar en el cual no podamos ser habidos, y desde el cual tenderemos nuestras redes contra el conde de la Salmedina. La muerte del padre maestro era de todo punto necesaria, y ya ha tenido lugar; ahora falta la del conde de la Salmedina. Despues de ella encontraremos medios para apoderarnos de Margarita y de Ana, y para ponernos con ellas fuera de la accion de las leyes de España.

—Nos falta un elemento precioso,—dijo Calcorra;—fugitivo vos de vuestra casa, no teneis sin duda otro dinero que el que llevais encima y lo que valgan vuestras alhajas. Por mi parte, yo nada tengo; estoy muy pobre, gracias á las infamias de mi mujer; y por otra parte, yo no tengo costumbre de sacar á la calle dinero; apenas si tengo en el bolsillo algunos reales.

—Descuidad por ese punto,—dijo De Armagnac;—hace mucho tiempo vengo yo previniéndome para la situacion extrema en que nos encontramos. He pre-

visto que lo que yo haria para satisfacer las aspiraciones invencibles de mi corazon, podria ponerme en una situacion excepcional, y por lo mismo he ido depositando en un lugar seguro grandes cantidades, que montan ya á una gran suma, con la cual podremos gozar en una apartada region, ya que no nuestro amor, nuestra venganza. Los dos estamos unidos por un mismo ódio; un mismo hombre ha causado nuestra desesperacion robándonos las mujeres que eran nuestra alma y nuestra vida. Estamos, pues, unidos en una misma pasion. Como nuestro ódio es comun, son comunes entre nosotros los intereses. La mitad de lo que yo he ocultado, de lo que yo he enterrado, es vuestro. Cuando estemos en un refugio seguro, los dos iremos á desenterrar y á trasladar ese oro. Ahora bien; ¿teneis vos los medios para que encontremos ese escondite?

—¡Oh! sí, señor,—dijo Cosme Calcorra.—A causa del contrabando que practicaba el marqués de Esquilache, del que yo he sido el único confidente durante mucho tiempo, conozco á hombres capaces de todo; un contrabandista es siempre, ó casi siempre, un bandido que prefiere el contrabando, porque le produce menores compromisos ante la ley. Pero cuando llega el caso de obtener un gran beneficio, el contrabandista no retrocede ante un compromiso mucho mayor; el contrabandista necesita para su oficio de toda la sagacidad, de toda la decision, de todo el valor del bandido, y más aún, porque el bandido no tiene que salvar más que su persona, y el contraban-

dista se ve obligado á salvar su carga y su caballo. Refugio tendremos á propósito, y mejor que vos creeis.

—Pues en ese caso,—dijo De Armagnac,—no perdamos el tiempo; ocultémonos cuanto antes: desde nuestro escondite podremos madurar nuestro proyecto, preparar la muerte del conde de la Salmedina y el rapto de Margarita y de Ana. Vos sois, creo, un gran falsificador de todo género de escrituras.

—Sí ciertamente, señor marqués,—contestó Calcorra.

—Y bien,—dijo De Armagnac,—ese es un precioso elemento para nosotros. Ahora vamos á buscar el lugar que ha de ocultarnos.

—Seguidme, pues,—dijo Calcorra, levantándose.

Se pusieron en marcha en silencio

Bajaron á San Gil.

Tomaron por las caballerizas reales y por el pretil de palacio.

Por la calle de Requena salieron á la de Santiago, á la Mayor, á la Plaza, y por la calle de Atocha dieron en una callejuela estrecha, tortuosa, solitaria y oscura, del cuartel de la Torrecilla del Leal.

En aquella callejuela no habia más que una sola puerta estrecha y mezquina: una puerta de aspecto siniestro, ensombrecida por un cobertizo que pasaba de un lado á otro de la calleja.

Calcorra llamó á aquella puerta.

Durante el trayecto desde Leganitos hasta allí, no habian hablado una sola palabra; habian temido

que alguien se apercibiese de sus voces, y que por una extraña casualidad, alguno hubiera podido reconocerlos.

Habian llegado las precauciones hasta la exageracion.

Les perseguia el espectro sangriento de don fray Lorenzo de Velasco, ó mejor dicho, porque ninguno de aquellos miserables tenia conciencia, les acosaba el terror de las consecuencias á que podia llevarles la tremenda responsabilidad en que habian incurrido.

Esta es la única conciencia de los malvados: el terror por el castigo de su crímen.

Inmediatamente despues del llamamiento de Cosme Calcorra, se oyeron detrás de la puerta tardas pisadas, y luego una voz bronca que dijo:

—¿Qué hay? ¿Qué se ofrece?

—Abrid, señor Gallifero,—dijo Cosme Calcorra,—y abrid cuanto antes.

—¡Ah, perdonad!—dijo desde dentro la voz cambiada de acre en respetuosa.—Yo no podia suponer fuéseis vos quien llamase.

Y la puerta se abrió al mismo tiempo.

Entraron y se encontraron con un espacio tenebroso.

—Dispensadme,—dijo Gallifero abriendo la puerta;—voy á traer luz.

Se oyeron los pasos de Gallifero que se alejaba, y á poco volvió con un belon encendido en la mano.

Estaban en una especie de vestíbulo destartalado y negro.

En el fondo de aquel vestíbulo habia un patio estrecho y largo.

Al atravesarle, De Armagnac sintió olor de cuadra y el ruido que hacia en un pesebre un caballo que comia su pienso.

A la derecha habia algunas puertas de habitaciones.

La casa era á la malicia, y no constaba más que del piso bajo.

—Nadie nos ha visto llegar,—dijo Cosme Calcorra á Gallifero cuando hubieron entrado, siguiéndole en una habitacion pobremente amueblada, pero con aseo y con ciertas comodidades.

—Y si os importa,—dijo Gallifero, poniendo el belon sobre una mesa y ofreciendo sillas á sus huéspedes,—que nadie sepa que estais aquí, mi mujer y mi hija son mujeres que saben guardar un secreto: aunque hubiéseis cometido un asesinato y ellas lo supiesen, se dejarian hacer pedazos antes que confesarlo.

—Si no de asesinatos, —dijo con un grande aplomo, con una grande sangre fria Cosme Calcorra,—se trata de asuntos gravísimos por los cuales á este caballero y á mí nos importa vivir por algun tiempo ocultos, y de tal manera, que nadie pueda apercibirse del lugar en donde estamos.

—Pues figuraos que mi casa es un arca. Como no os haya seguido nadie, señores, nadie sabrá que estais aquí. Yo no puedo olvidarme, don Cosme, de lo mucho que os debo, y de que, si he realizado

grandes ganancias que me han permitido vivir en paz y en gracia de Dios con mi familia y quitado de trabajos, vos habeis sido quien esas ganancias me ha procurado. El hombre que no es capaz del agradecimiento es un canalla, y yo no me tengo por tal.

—Ya sé, Gallifero, que puedo contar con vos. Más adelante será necesario nos procureis los servicios de algunos buenos amigos.

—Descuidad, don Cosme, que yo puedo procuraros un ejército de gente lista, experimentada, brava y capaz de todo.

—Confio en ello, Gallifero; pero por el momento procurad darnos alimento y buen vino, y mucho, que hay penas que es necesario ahogar en vino, y que vuestra mujer y vuestra hija nos preparen dos camas, que para pensar bien se hace de todo punto necesario descansar, y yo tengo que pensar mucho para que salga de los empeños en que estamos metidos.

Aquellos dos miserables tuvieron, á pesar de la situacion extrema en que se encontraban y de la sangre que manchaba sus manos, apetito bastante para devorar la excelente cena que se les sirvió, porque la casa de Gallifero estaba bien provista.

Y tanto cenaron y tanto bebieron, que al poco tiempo de haber ocupado los dos excelentes lechos que se les habia preparado, se durmieron profundamente.

—Diablo, diablo,—dijo en extremo pensativo Gallifero cuando sus huéspedes se hubieron dormi-

do;—don Cosme Calcorra se nos viene con un gran señor, y entrambos traian cara de *requiem*. Por mucho que haya ocultado su mano derecha don Cosme, antes de lavarse en la fuente del patio para cenar, yo he visto que tenia esta mano manchada grandemente de sangre: el agua de la fuente ha quedado rojiza: han bebido mucho y dormirán mucho; es ya tarde, cerca del dia: antes de que despierten por la mañana, yo sabré á qué atenerme y lo que podemos ir ganando.

Capitulo LXII.

De como Gallifero supo sin preguntar aquello mismo que habia salido á inquirir.

En cuanto rayó el dia, Gallifero se vistió y se entró en el cuarto donde estaban sus huéspedes.

Estos dormian profundamente.

Como que solo hacia dos horas que se habian acostado, y podia decirse que al acostarse estaban ébrios.

Tanto habian bebido.

Cada cual de ellos tenia su ropa en una silla á la cabecera de su cama.

Por el bolsillo interior de pecho de la casaca de Calçorra asomaba la contera de la vaina de un puñal.

Gallifero sacó aquel puñal del bolsillo y le costó trabajo desenvainarlo.

Lo que habia causado la dificultad habia sido la sangre de que estaba cubierta completamente la hoja, y que habia hecho que ésta se adhiriese á la parte interior de la vaina.

No habia ya duda: aquellos dos hombres se ocultaban allí temiendo las consecuencias de un asesinato.

Gallifero envainó de nuevo el puñal, le puso otra vez en el bolsillo de pecho de la casaca de Calcorra, salió del aposento, y luego se lanzó en la calle y no paró hasta la Plaza Mayor, que era en aquel tiempo, y lo fué casi hasta nuestros dias, el gran mercado de legumbres, de carnes, de caza y de pescado de Madrid.

A la hora en que llegó á la plaza Gallifero, estaba muy concurrida.

Nuestros abuelos se levantaban en aquellos tiempos muy temprano, se almorzaba mucho antes que ahora, y por lo tanto era necesario que las criadas se levantasen antes del amanecer para hacer la compra.

Habia, pues, á aquella temprana hora en la Plaza Mayor una gran concurrencia.

Y como las disputas fuesen frecuentes en el mercado y se determinaba con mucha facilidad una situacion ágria, los alguaciles, ya de la villa, ya de la córte, pululaban por todas partes, atentos á poner en órden á todo el mundo.

Gallifero conocia un gran número de estos ministros de justicia, porque sabido es que no hay per-

sonas que más en estrechas relaciones estén que las gentes de mal vivir y los agentes de justicia ó de órden público, que tienen el encargo de perseguirlos.

El sueldo de estos agentes es mezquino, y si no sacaran provecho de los pícaros no podrian salir de miserias.

De lo que se desprende que los encargados de perseguir criminales debian, no solamente estar bien retribuidos, sino que convendria darles un precio por cada criminal que aprehendiesen.

Gallifero avanzaba por entre el mercado así como quien rebusca.

En efecto, rebuscaba á un notabilísimo alguacil de casa y córte que se llamaba Ginesillo Puentezuela, y que era la gacetilla de todas las fechorías y de todos los crímenes que se cometian en la jurisdiccion de Madrid, y que llegaban á su noticia á veces momentos despues de cometidos.

Al fin, sentado junto á la fuente que en el centro de la plaza habia, y en acalorada conversacion con una cocinera vizcaina, de mediana edad, de más que medianas carnes, de buenos bigotes, con muchos colores y mucho aquel, se encontró al insigne Ginesillo Puentezuela, que parecia derretido por la cocinera.

—¿Cuándo bailamos en la boda?—preguntó Gallifero acercándose familiarmente, como pudiera haberlo hecho el amigo más íntimo de Puentezuela.

—Para bodas estamos, y con alguacil,—dijo la

cocinera;—el señor Ginés es muy poco cristiano, y tiene la manga más ancha que lo que á mí me conviene, que no me gusta á mí que me entre aire por el brazo. Ea, y queden con Dios los amigos, que mi amo almuerza á las ocho, y más hoy que le han levantado antes del dia.

—Pues ¿y qué ha sucedido, Gabriela?—preguntó Puentezuela, que andaba siempre á caza de noticias;—no sé yo que haya sucedido nada esta noche por el cuartel de Leganitos, que es el cuartel de tu señor.

—Pues ¿y qué es el señor de esta real hembra?—preguntó Gallifero, que no perdia ripio.

—El amo de ésta,—dijo Puentezuela,—es el señor alcalde de casa y córte don Pedro de Mendoza: un señor de muchas campanillas y muy delicado, que no puede comer más que los guisos de ángel que le hacen esas manecitas de plata; un señor á quien yo no quiero bien, esta es la verdad, porque es viudo, y Gabriela trae más galas que las que buenamente se pueden sacar de las cacerolas.

—Vete enhoramala tú con tus celos,—dijo Gabriela,—que á mi honra no hay quien pueda poner tilde; y además, que si yo me perdiera, porque el diablo me volviera la cabeza, no habia yo de andar por cocinas, sino por estrados; y no á pié, sino en coche.

—Eso si que es verdad; y por lo mismo, ya que no quieres tú ser, ni eres capaz de ello, la manceba de un alcalde de casa y córte, es menester que te vayas

preparando á ser la mujer de un alguacil de córte y casa, que la tengo yo buena, y me hace falta para ella una reina.

—Veremos eso,—dijo Gabriela;—con paciencia se gana el cielo. Ea, y con Dios, qué ya es tarde.

—Espera un momento, mujer,—dijo Puentezuela.—Ya me has dicho que á tu amo le han levantado antes del amanecer, y no sé yo que haya sucedido nada, ni el más pequeño robo, esta noche pasada en los barrios de Palacio, de Leganitos y de Maravillas, que són del cuartel de tu amó.

—Sí, pero tambien son del cuartel de mi amo,—dijo Gabriela,—las afueras de Madrid por aquella parte.

—Tambien eso es verdad,—dijo Puentezuela.—¿Y qué es? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Qué el alcalde de Fuencarral ha traido presa á una señora muy hermosa, como de diez y nueve á veinte años, que lloraba como una descosida. Mi señor despidió al alcalde de Fuencarral y se encerró en su despacho con aquella señora, y como yo digo que el sabér no daña, me puse á escuchar trás de la puerta, y resultó que aquella señora, que se llama doña Ana del Rey, dió parte al alcalde de que su marido, que se llama dón Cosme Calcorra, acompañadó de un señor marqués cuyo nombre no recuerdo, se habian quedado solos y á puntó de asesinarle, con un fraile dominico que nombró, pero cuyo nombre se me ha olvidado, en un lugar de cuyo nombre tampoco me acuerdo. Aquella señora dijo, que al sitio de donde

se habia escapado la habian llevado por fuerza y la habian encerrado, á consecuencia de un negocio en que mediaban los jesuitas. Y admírate, por unos amores de la señora princesa de Astúrias.

Gallifero habia tenido presencia de espíritu bastante para no demostrar la alegría que le habia causado aquel descubrimiento.

Como que sin hacer nada habia descubierto que tenia en las manos un negocio grandemente lucrativo.

—¡Cáscaras!—dijo Puentezuela,—¿conque la señora princesa de Astúrias se halla complicada en un negocio criminal?

—Y no sólo la princesa de Astúrias,—respondió Gabriela,—sino tambien el señor conde de la Salmedina, á quien la dama presa nombró, diciendo que todo aquello se hacia de una parte por celos de la princesa de Astúrias, y de otra por celos de don Cosme Calcorra; porque entrambos creian que ella tenia amores con el conde de la Salmedina, y que era necesario avisar á este y á la princesa de que Cosme Calcorra y el otro señor marqués de cuyo nombre no me acuerdo, los acechaban y conspiraban contra la vida del uno y la honra de la otra.

—¡Pues va á ser flojo el escándalo!—dijo Puentezuela.

—No, señor,—replicó Gabriela,—porque mi amo reprendió ágriamente á la doña Ana del Rey por haber mezclado en aquel negocio á una augusta persona real, á una dama respetabilísima tal como la se-

ñora princesa de Astúrias, y á una persona tan ilustre y tan digna de respeto como el conde de la Salmedina. La amonestó para que declarase únicamente, que por malos tratamientos de su marido habia sido llevada á un lugar apartado, y que á aquel lugar habia acudido, ignorando ella el por qué, el fraile dominico; que al escapar ella se habia quedado con Calcorra y con el marqués, muy en peligro de ser asesinado por los dos; y acabó asegurándola que si declaraba de esta manera nada tendria que temer, porque se la absolveria libremente de la instancia, y se quedaria libre, aunque viuda de un ahorcado, porque á lo que creia mi amo, el tal Cosme Calcorra y el otro marqués estaban muy en camino de la horca.

—Todo tiene arreglo en este mundo,—dijo Puentezuela,—y siempre rompe la soga por lo más delgado. Ya verás tú, Gabriela, como para nada aparecen en el proceso ni la princesa de Astúrias ni el conde de la Salmedina. Eso que dicen de que hay justicia es mentira; la hay para los pobres diablos y para los que caen debajo; pero para los poderosos la justicia no tiene ni uñas ni dientes. Y así está bien; pues de otra manera, ¿dónde iríamos á parar? Con los gordos que se ven comprometidos es con quienes se saca la tripa de mal año. ¡Vivir con seis reales que se le dan á un mísero de alguacil, y que un juez se comprometa y se meta allí donde no podria salir sino con la cabeza rota por atender á los fueros de la justicia! el que puede pega y el que no puede recibe: así en-

contramos el mundo, así le vemos y así le dejaremos; lo demás es simpleza. Y díme tú, ¿qué ha hecho tu amo con esa señora?

—Vaya, estar muy cumplido y muy cortés con ella, y asegurarla más y más veces, y aun con juramento, que no la aconteceria nada, porque él pondria cuanto estuviese de su parte. Ya ves tú, el amo creia que no le oia nadie más que ella; luego la dijo que él no podia prescindir de prenderla, pero que él mismo iba á llevarla á la cárcel y á recomendarla para que la tratasen con las mayores consideraciones.

—A la fuerza es hermosa como un serafin esa señora,—dijo Gallifero.

—¡Como un serafin!—exclamó con vehemencia Gabriela;—¡como una diosa! Una morena que tira para atrás no más que de verla; son muchos ojos y mucha alma aquella; mujer soy yo y me he enamorado. Pero quedaos con Dios, amigos, que ya me tardo mucho, y aunque mi amo me trata bien, tiene tambien sus ratos de mal humor.

—Anda con Dios, Gabriela,—dijo Puentezuela,—y no te olvides de que yo estoy aleteando con las alitas del corazon por hacerte alguacila.

—Con el tiempo viene el tiento. Ea, con Dios y hasta la vista.

—Hasta la vista, buena hembra,—dijo Gallifero.

Y Gabriela se fué contentísima, porque habia hablado largamente con su novio y porque habia murmurado de su amo.

Hé aquí como las interioridades de la justicia pueden llegar á las plazuelas, por más que no aparezcan en los procesos.

Siempre hay alguien que escucha en la casa de un juez y que murmura de lo que ha escuchado.

Apenas se habia alejado Gabriela, cuando apareció otro alguacil de córte que venia como buscando, y que cuando vió á Puentezuela se dirigió decididamente á él.

—¿Qué será lo que tú querrás?—dijo Puentezuela antes de que el otro le hablase.

—Poca cosa,—contestó Tropezones, que parecia hombre de génio ágrio;—haceis falta tú y los otros tres de la ronda del alcalde que estaís en el mercado; ya he echado para allá los otros tres; sólo faltabas tú: conque andando, Puentezuela.

—¿Y sabes tú adónde vamos, Tropezones?

—Me parece que salimos de Madrid para una diligencia importante.

—¿Con el señor alcalde?

—Con su señoría en persona.

—Vaya pues, quédate con Dios, Gallifero,—dijo Puentezuela.

—Hasta la vista,—dijo Gallifero:—allá voy como siempre por la noche, á la buñolería de la Pepa, á la Cava Baja.

—Pues hasta la vista, Puentezuela y compañía, y buena fortuna.

Los alguaciles tiraron hácia la calle Mayor, y Gallifero tomó la direccion de su casa.

Cuando llegó habian despertado y se vestian el marqués de Letour y Cosme Calcorra.

Gallifero no les dijo ni una sola palabra de lo que sabia.

Le parecia mucho mejor y más prudente que ellos tomasen la iniciativa.

Capítulo LXIII.

De cómo fué el levantamiento del cadáver del padre maestro don fray Lorenzo.

Como á las nueve de la mañana, el señor don Pedro de Mendoza, alcalde de casa y córte jefe del primer cuartel de los cuatro de la imperial y coronada villa de Madrid, en una gran mula, con su escribano don Lesmes Atapico, cabalgando en otra no ménos grande, seguidos ambos de doce alguaciles á caballo, salió por la puerta de Fuencarral, y á buen paso se dirigió al monte de Boadilla y á las ruinas del palacio del mismo nombre, á las cuales llegó hora y media despues de su salida de Madrid.

Ya le esperaban allí el alcalde, el fiel de fechos y el médico de Fuencarral.

Este alcalde era el que al amanecer de aquel mismo dia habia llevado á casa del alcalde de la ju-

risdiccion, ó bien sea del primer cuartel de Madrid y de sus afueras, á Ana del Rey.

Antes de seguir adelante, veamos cómo Ana del Rey habia podido ser llevada por el alcalde de Fuencarral ante don Pedro de Mendoza.

El caballo que habia comprado doy fray Lorenzo de Velasco á poca distancia de Madrid, y en el cual habia montado y escapado Ana, habia corrido sobre su querencia, es decir, habia vuelto á su cuadra.

Ana, aterrada, en ese estado de inercia del entendimiento que sobreviene en las grandes crísis, no habia podido darse cuenta de si misma hasta que el caballo se detuvo delante de una pequeña casa, con todo el aspecto de ventorrillo, que rodeada de viejos y copudos árboles, estaba sobre un camino de travesía que se prolongaba á lo largo del arroyo Abroñigal.

La puerta estaba cerrada.

No se veia luz, y dentro de la casa imperaba un profundo silencio.

Ana del Rey estaba aterrada, y meditó que no tenia un solo momento que perder.

Un gran peligro amenazaba la vida del conde de la Salmedina.

Esto era lo que más importaba á Ana; y el mejor medio de evitar una desgracia al conde era poner en la imposibilidad de causarla á los que la premeditaban.

Habia que dar parte á la justicia, y esto cuanto antes.

Ana se comprometeria, es cierto; pero ella era

capaz de comprometer hasta su vida por salvar la del conde.

Ana de Rey era enérgica, y una vez concebida por ella una resolucion necesaria, no vacilaba en llevarla á cabo.

El caballo se habia detenido delante de la puerta de la casa, y permanecia inmóvil; relinchaba de una manera impaciente como llamando.

Ana del rey, destrozada por aquella violenta carrera, se echó del caballo al suelo, llegó á la puerta y llamó enérgicamente.

La puerta no tardó en abrirse, apareciendo un hombre como de treinta años, con una candela en la mano.

Maravillóse al ver una dama sola á aquella hora y de una hermosura y de una juventud tal como Ana del Rey, y la preguntó cortésmente qué se la ofrecia.

—Este caballo,—dijo Ana del Rey,—es indudablemente vuestro, y vos debeis conocer á la persona a quien le habeis entregado.

—Yo no la conozco, señora,—dijo el ventorrillero;—pero entrad, que el relente de la madrugada es malo, y yo os diré.

Entró Ana del Rey, y el ventorrillero salió, tomó al caballo y le echó á la cuadra por la puerta del corral.

—José,—dijo dirigiéndose á una persona que no se veia;—échale un pienso al Podenco, que bien lo habrá menester.

Luego cerró la puerta del ventorrillo, y acercándose á Ana la dijo:

—Habeis de saber, señora, que esta noche, mucho despues de las doce, y cuando yo estaba en siete sueños, llamaron á grandes golpes á la puerta. Abrí, y se me presentó un caballero que parecia mucha persona.

—¿Un hombre como de cincuenta años, sério, de semblante flaco y pálido y ojos negros, grandes y penetrantes?—preguntó Ana del Rey.

—El mismo, señora,—contestó el ventorrillero;—un señor alto y cenceño. Me preguntó si yo por ventura tenia un caballo, y como yo le respondiese que sí, me pidió que se lo vendiese á cualquier precio. Yo aproveché la ocasion de una ganancia, le pedí quince doblones, me los dió, le entregué el caballo ensillado, le dí unas espuelas, y aquel señor sin decirme una palabra más se fué. Esto es todo lo que yo puedo decir, señora.

—Para que vuestro caballo vuelva aquí conmigo,—dijo Ana del Rey,—ha mediado una desgracia, y una desgracia horrible, y es necesario que yo dé parte de esa desgracia á una autoridad cualquiera.

Mostróse un tanto cuidadoso y contrariado el ventorrillero, porque tal ha sido y es la justicia entre nosotros, que nadie quiere ni aún indirectamente tratarse con ella, por temor á las molestias, á las vejaciones y aun á los graves perjuicios que pueden sobrevenirle.

Pero como Ana del Rey, extremando su energía.

le dijese que ella le haria responsable de lo que podia sobrevenir por no prestarse él á conducirla ante la autoridad más inmediata, entróle el miedo del compromiso en que podia verse envuelto, se prestó á servir á Ana, y sacando el Podenco y montando en él y poniendo á Ana á las ancas, la llevó al inmediato pueblo de Fuencarral y á la casa de su alcalde.

Este, encerrado con Ana del Rey, oyó el parte que ella le dió, é inmediatamente, dejando en su misma casa detenidos é incomunicados á Ana del Rey y al ventorrillero, y embargados el caballo, con el fiel de fechos, con el síndico, con algunos vecinos honrados y con el aditamento del cura y del monaguillo, que llevaba la calderilla de agua bendita y el hisopo, para defenderse de este modo de los malos espíritus que segun fama pública habitaban el palacio de Boadilla, se fué á él, y detrás del cura, que recitaba preces y exorcismos y rociaba el camino con hisopadas de agua bendita, penetraron en la parte habitable del palacio, le reconocieron, dieron en el gabinete donde habia tenido lugar el crímen, encontraron el charco de sangre coagulada sobre la alfombra, y cuando completaron el reconocimiento notaron sobre el suelo viscoso de los sótanos las señales del arrastre de un cuerpo que se prolongaban hasta el brocal del pozo.

No se llevaban aparejos ni medios para reconocer el pozo; pero los vehementísimos indicios de un crímen estaban manifiestos.

El alcalde de Fuencarral levantó acta de lo re-

conocido, la legalizó, y encargando el secreto de lo que habian visto á los allí presentes, se volvió al pueblo.

Sacó á Ana y al ventorrillero de los aposentos en que se les habia encerrado, hizo montar á Ana en el caballo sin decirla ni una sola palabra acerca de lo que habia descubierto, y atando codo con codo al ventorrillero, que se daba á los diablos al verse tan sin culpa tratado de aquella manera, con los presos y con un resguardo de vecinos honrados, tomó el camino de Madrid y de la casa de don Pedro de Mendoza, llegando á punto que amanecia y se abrian las puertas de la villa.

El alcalde de casa y córte oyó al alcalde pedáneo de Fuencarral, se entregó de los presos, despidió al alcalde mandándole le esperase como á las nueve de la mañana en las ruinas del palacio de Boadilla, envió á la cárcel al ventorrillero, y se encerró en su despacho con Ana del Rey.

Ya sabemos sumariamente, por el relato de Gabriela, lo que habia pasado entre el alcalde de casa y córte y Ana del Rey.

Volvamos, pues, á las ruinas del palacio de Boadilla en el momento en que llegaba á ellas con todo su acompañamiento de justicia el alcalde de casa y córte.

El alcalde de Fuencarral, que habia previsto un reconocimiento completo, habia cuidado de hacerse acompañar de cuatro jornaleros, á los que habia provisto de sobrecargas ó sogas para hacer posible el reconocimiento del pozo.

Una vez juntos todos, se penetró en las ruinas.

Como la noche anterior, el cura lanzaba de delante de sí los supuestos demonios á fuerza de aspersiones y exorcismos, lo cual parecia extraordinariamente extraño al alcalde de casa y córte.

Pero como esto no se oponia en nada á la accion de la justicia, y por otra parte, sin aquellas religiosas precauciones ninguno de los vecinos de la villa de Fuencarral hubiera consentido ni aun acercarse á las ruinas, dejó hacer al cura y se empezó el reconocimiento.

El alcalde de casa y córte se hizo cargo del charco de sangre en el gabinete y del arrastre de un cuerpo hasta el pozo de los sótanos.

Inmediatamente se procedió al reconocimiento del pozo.

Uno de los jornaleros se aligeró de ropa, y atado por debajo de los brazos, los otros tres jornaleros le calaron al pozo.

A poco dijo el descendido:

—No solteis más soga; tengo el agua hasta la cintura, y estoy tocando con los piés un cuerpo.

—¿Y puedes atarle, Canuto?—preguntó el alcalde.

—Sí, señor,—contestó Canuto,—aunque me costará trabajo; que me suelten soga.

Echóse una nueva sobrecarga á Canuto.

Este, palpando con los piés, logró levantar un brazo del cadáver, se apoderó de él, y apoyándose con los dos piés en las paredes del pozo, izó un tanto

el cadáver, le ató por debajo de los brazos y dijo:

—Tirad, pero tirad antes de mí, porque no quiero salir junto con el muerto.

Canuto fué izado.

Inmediatamente despues fué izado el cadáver de don fray Lorenzo y extendido junto al pozo.

Las gentes que allí estaban se alumbraban con un hacha de viento.

A aquella luz rojiza y oscilante aparecia horrible el cadáver del desventurado don fray Lorenzo.

Vestia casaca, chupa, pantalon de saten de seda color violeta.

Ceñia una espada fuerte, una espada de ronda que se habia roto sin duda al caer el cadáver por el cañon del pozo.

Calzaba botas de invierno, y en ellas tenia unas espuelas rudas, toscas, las que le habia procurado el ventorrillero.

En los bolsillos se le encontró un reloj de oro con cadena con diges, un bolsillo de mallas de seda verde con veinticinco onzas, un pañuelo de batista bordado y una caja de rapé, de marfil.

La capa y el sombrero debian haberse quedado en el fondo del pozo.

Esto importaba poco, y el alcalde de casa y córte hizo caso omiso de ello.

Se pasó al reconocimiento facultativo.

El médico encontró en el costado izquierdo, bajo la cuarta costilla, una ancha y penetrante herida, de necesidad mortal, que debia haber producido instantá-

neamente la muerte por una violenta evacuacion de la sangre.

A más de esto, quitado el peluquin de la cabeza del cadáver, peluquin que no se habia perdido en el arrastre, porque estaba fuertemente sujeto con cintas por debajo de las orejas que cubria la bateria de bucles, pero que se habia descompuesto, apareció el cerquillo de órden, y á más se descubrió que el cráneo estaba completamente fracturado.

Pero como no quedaban señales de una gran hemorragia, el médico dedujo que la evacuacion de la sangre producida á causa de la fractura del cráneo habia sido únicamente de la contenida en los vasos de la cabeza, lo que demostraba que las fracturas de ésta habian sido posteriores á la muerte, producidas sin duda durante el arrastre del cadáver por las escaleras.

Reconocidas estas escaleras, se encontraron en ellas, aunque leves, vestigios de sangre, en que antes por leves no se habia reparado.

La diligencia estaba terminada, y el escribano la extendió.

Inmediatamente, y con méritos suficientes ya para ello, el alcalde de casa y córte dictó auto de prision y embargo contra la persona y los bienes muebles é inmuebles del excelentísimo señor don Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio, grande de España, y don Cosme Calcorra, oficial mayor en la contaduría del gremio de la seda.

Un alguacil partió inmediatamente á caballo con una órden para que se procediese á la prision de los presuntos culpables.

Otro alguacil, á caballo tambien, partió con un escrito para el prior de Santo Tomás, manifestándole cómo y en el lugar en que se habia encontrado el cadáver del religioso de su órden, padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, miembro de la suprema de la general Inquisicion y examinador sinodal del arzobispado de Toledo, cuyo cadáver seria depositado en la iglesia de la villa de Fuencarral.

Acto contínuo, y no teniendo ya nada que hacer en la ruinas del palacio de Boadilla, don Pedro de Mendoza entregó el cadáver del padre maestro al alcalde de Fuencarral, y con seis ministros de justicia se volvió á Madrid para ocuparse, sin levantar mano, de las actuaciones de aquel gravísimo proceso, del que era forzoso eliminar, por más de una razon poderosísima, á la princesa de Astúrias y al conde de la Salmedina.

Capitulo LXIV.

De como dos magníficos ojos negros pueden influir poderosamente en la marcha de la justicia.

Los dominicos de Atocha fueron inmediatamente avisados por don Pedro de Mendoza de que uno de sus religiosos más graves habia sido encontrado muerto violentamente, y con traje de seglar, en el palacio de Boadilla.

Los dominicos no encontraron muy agradable el que uno de sus religiosos hubiese dado un tal escándalo, por más que ellos supiesen demasiado quién era el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, y las razones que tenia para haber ido con traje de seglar á una hora inconveniente fuera de Madrid, á las ruinas de aquel palacio maldito.

En verdad, ellos no sabian adónde se habia dirigido el padre maestro don fray Lorenzo; pero sabian,

sí, que habia salido del convento para vigilar á Calcorra.

La mayor parte de los religiosos de Santo Tomás pertenecian, ya fuese á la sociedad secreta de los Invisibles, ya á la Compañía de Jesús.

Sin embargo, no podian dejar de considerarle por el honor de la órden al padre maestro don fray Lorenzo de Velasco como un religioso que habia faltado á sus deberes, dejando los hábitos conventuales y corriendo aventuras que no podian justificarse y que redundaban en desdoro de la respetable casa á que pertenecia.

Sin embargo, el cadáver del padre maestro no podia ser abandonado.

No podian tampoco los padres dominicos ir en corporacion y como procesionalmente á recoger el cadáver de su compañero, depositado, como sabemos, en la iglesia del pueblo de Fuencarral.

El procurador de la casa se encargó de todo.

Buscó gente de confianza y pasó á encargarse del cadáver.

Este fué recogido por aquellos delegados y conducido en un ataud y en un carro cubierto, en el que entró de noche en Madrid, y poco despues fué recibido secretamente, pero de una manera solemne, en el santuario del convento.

Los delegados que habian ido á Fuencarral habian repuesto al cadáver en el traje que le habia correspondido en vida.

Al entrar por el postigo del convento, que se cer-

ró inmediatamente despues de haber entrado el carro, apareció la comunidad formada en dos largas hileras.

Cada uno de los religiosos tenia un blandon amarillo en la mano, y todos ellos entonaban en voz baja, sombría y conmovida, el *De profundis clamavi.*

Cuatro de los más calificados de la órden descendieron el ataud del carro y le condujeron á la bóveda del convento, yendo delante la comunidad procesionalmente con el guion levantado.

En la bóveda no habia una sola persona extraña á la comunidad.

La bóveda era una especie de templo subterráneo.

A sus costados estaban los nichos que servian de sepultura á los religiosos, y en el fondo un altar, sobre el que se veia un gran crucifijo.

Aquel crucifijo estaba iluminado por blandones amarillos.

Los nichos de un lado y del otro del altar estaban cubiertos con paños negros, así como los de la derecha y los de la izquierda.

El cadáver del padre maestro fué colocado en su ataud, sobre un paño negro tendido en el suelo, á cada uno de cuyos ángulos habia un gran candelero de madera dorado, con un gran blandon encendido.

Cada uno de los religiosos, como hemos dicho, tenia otro blandon en la mano.

Todo aquello producia un efecto lúgubre, aterrador, sombrío.

Los religiosos cantaban el oficio de difuntos, y todos estaban contrístados.

De los ojos de algunos de ellos corrian lágrimas..

El ataud estaba abierto y se veia el cadáver.

A pesar de lo maltratado que habia sido el padre maestro don fray Lorenzo, aparecia más que como muerto, dormido.

Habia en su expresion algo de respetable, algo de ese reposo que se supone en los que han muerto sin pecado.

Y en efecto, el padre maestro, si se habia valido de todos los medios imaginables obedeciendo á los terribles juramentos que tenia con la terrible sociedad de los Invisibles, lo habia hecho con la mejor intencion del mundo, en pro de la humanidad, mirando á un dia, lejano aún, pero al que era necesario se acercasen las generaciones, en que la sociedad se veria emancipada, y adoptar su mejor situacion posible.

Podia haber habido en aquello error, pero la intencion es la que condena ó salva.

El padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, despues de una juventud agitada, se habia sinceramente convertido y se habia consagrado completamente á la causa de la humanidad.

Pero se nos dirá: los medios reprobados no pueden usarse jamás.

Nosotros no entraremos en esa cuestion; nosotros

no diremos más que aquellas palabras que parece no están muy en armonía con la eterna justicia, pero que consideradas bajo el punto de vista social, son de una verdad aterradora: *Si para que se salven diez es necesario que muera uno, muera el uno.*

Esto, traducido al lenguaje de lo positivo, quiere decir: *El fin justifica los medios.*

La cuestion es profunda y terrible, y nosotros no entraremos en ella; pero podemos asegurar, sí, que el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, por haber pertenecido á la sociedad que se llamaba humanitaria, y que nosotros conocemos con el nombre de la sociedad de los Invisibles, no habia dejado de ser por esto un ardiente y severo católico ni un hombre de una virtud acrisolada á toda prueba.

Si habia hecho bien ó mal, si es un error el principio de que el fin justifica los medios, el que todo lo sabe, el que todo lo ve y que representa la justicia infinita, es el único que puede juzgar.

En cuanto á los dominicos de Atocha, no tenian motivo más que para admirar, para reverenciar al padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, y no le hacian unas honras fúnebres solemnes y públicas, tales como ellos hubieran querido, porque la situacion en que se habia encontrado al padre maestro asesinado en unas ruinas fuera de Madrid, y disfrazado con un traje seglar, no lo permitia; pero en secreto, el seno de su sociedad no podia negarle los postreros honores ni las preces de la religion.

El prior, cuando hubo llegado el momento, avan-

zó, se puso, á falta de púlpito, en las gradas del altar, y sin decir una sola palabra acerca de las causas que habian podido determinar el que se encontrase en aquella situacion irregular el cadáver del padre maestro, hizo una oracion fúnebre, que no fué otra cosa que el panegírico de sus virtudes y de su ciencia.

Concluido el oficio, el padre maestro fué depositado en el nicho que le correspondia.

La comunidad permaneció allí hasta que dos de los legos hubieron cerrado el nicho, y luego se fueron tristes y en silencio á la iglesia, donde á puerta cerrada celebraron un nuevo oficio.

Si alguno, á pesar de lo alto de la hora, pasó por delante de la puerta de Santo Tomás y oyó el órgano y las voces de los religiosos que cantaban, no pudo sin duda darse cuenta de por qué se hacia á aquella hora un funeral.

Al fin, al rayar el dia los religiosos se retiraron á sus celdas.

Los que estaban iniciados en la órden de los Invisibles se habian aterrado.

La única columna que por el momento quedaba en España á aquella terrible sociedad, era el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

Destruida esta columna, la desorganizacion de los Invisibles habia sido consumada: habia que esperar una reorganizacion, y mientras esto se efectuaba temerlo todo.

Se comprendia que el conde de Aranda habia po-

dido penetrar en el laberinto misterioso que pretendia llevar á cabo la sociedad en favor de los jesuitas, que venian á ser individuos de ella, puesto que el fin de los jesuitas en la parte social era tambien altamente humanitario, por más que los jesuitas no se valiesen de los medios reprobados de los que se valian los Invisibles.

El temor de cada uno de por sí en particular, le contristaba el alma.

Llegaba la hora del sacrificio, y pagaban su tributo á la debilidad humana.

La princesa de Astúrias supo con terror que el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco habia sido inmolado.

¿Quién habia tenido valor bastante para alentar á Calcorra y al marqués de Letour para cometer aquel crímen, que en otras circunstancias, no abandonados y nada garantidos por nadie, les hubiera aterrado?

La princesa de Astúrias no conocia bien hasta dónde podia llegar la exasperacion de las pasiones humanas.

Calcorra estaba loco, y cuando se trata de un loco no se puede deducir nada que se funde en la razon.

Pero la princesa de Astúrias no creia tan loco á Calcorra ni tan desesperado á De Armagnac.

Por consecuencia, para la princesa de Astúrias existia un poder oculto, superior al de los Invisibles.

¿Y quién sabe si aquel poder, á pesar de su alta posicion, podia alcanzarle á ella?

La princesa de Astúrias renunció, pues, á influir con el rey para que reparase la injusticia que habia cometido contra los jesuitas.

Tuvo miedo.

No tenia quien la aconsejase, quien la guiase en aquel alto negocio.

El padre maestro don fray Lorenzo de Velasco habia muerto.

Este era el último golpe de gracia que habian recibido los jesuitas.

La esperanza estaba perdida para ellos, á lo ménos mientras existiese Cárlos III.

No podian valerse de nadie en España, porque el conde de Aranda habia sabido inspirar terror á todo el mundo, y los que estaban iniciados habian quedado helados de espanto á causa de la desastrosa muerte del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

Creyendo triunfaba, Aranda habia manejado desde el principio de una manera extraordinariamente hábil aquella intriga, se habia prevalido de las pasiones humanas y habia sabido conducirla.

Cuando supo la muerte de don fray Lorenzo de Velasco, y en las circunstancias en que habia acontecido, exclamó:

—Nosotros nos hemos salvado: España está tranquila, el rey asegurado el trono, el órden social no se romperá; hemos apartado de nosotros el cataclismo por muchos años.

El conde de Aranda se entregó ya tranquilamente á las gestiones de los negocios.

Al mismo tiempo habia tranquilizado al rey, poniéndole en todos los antecedentes; pero se habia guardado muy bien de destruir la cruel duda que el rey tenia á causa de la carta atribuida al padre Casti acerca de la legitimidad de su orígen.

Cárlos III era de dia en dia más desgraciado, y su salud se resentia.

Habia adquirido una especie de perlesía, resultado de su sistema nervioso, y se le oia decir con frecuencia entre los más allegados, moviendo la cabeza á impulsos de su convulsion perlática, refiriéndose á los políticos:

—Esta gente me matará.

Continuaba yendo á cazar al Pardo casi todos los dias y permanecia durante el verano encerrado en el palacio de la Granja y de Aranjuez, sin salir más que á caza, y aun así sin que su diversion favorita alejase de él la misantropía que le dominaba.

En cuanto al príncipe y á la princesa de Astúrias, seguia tratándoles con un gran cariño, con una gran intimidad, especialmente á la princesa.

Esta estaba segura de que al rey no se le habia dicho nada acerca de sus conspiraciones contra él.

El conde de Aranda habia tenido un tacto exquisito.

No se tenia dia seguro tratándose de la muerte de Cárlos III, y el conde de Aranda lo preparaba todo para continuar en su privanza cuando fuese exaltado al trono Cárlos IV.

El podia probar á la princesa que la habia servi-

do grandemente con una gran lealtad y con un gran afecto, puesto que él podia haber revelado al rey las conspiraciones de la princesa, las cuales podian haberle producido, atendiendo á la firmeza de carácter de Cárlos III y á su indignacion por todo lo que atentaba á su poder, resultados funestos.

La princesa de Astúrias se habia resignado á ser reina para cuando Dios quisiese llamar á sí á su buen papá el señor rey don Cárlos III.

María Luisa se hubiera quedado perfectamente en paz si no hubiera tenido dentro de su corazon, corroyéndole, despedazándole, el amor del conde de la Salmedina.

Este amor la atormentaba.

Sus mejillas habian empalidecido y empezaba á marcarse en ella una leve demacracion.

Así estaban las cosas algunos dias despues de la muerte del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

Cosme Calcorra y el marqués de Letour no habian sido encontrados en su casa.

Se les habia buscado, y todo habia sido inútil.

Parecia como que se los habia tragado la tierra.

El contrabandista Gallifero los ocultaba bien, y al parecer los servia con lealtad.

Estaba á la espectativa.

El negocio que tenia entre manos podia ser muy lucrativo.

En cuanto á Ana del Rey, ya sabemos que habia impresionado fuertemente al alcalde de casa y córte;

que si éste la habia preso no habia podido pasar por otro punto que el de acompañarla para entregarla en la cárcel, y que la recomendó eficazmente para que se la tratase lo mejor que fuera posible, sin desatender la seguridad de su persona.

Por consecuencia, el alcaide habia aposentado en su misma casa, en una habitacion conveniente, á Ana del Rey, en la que se le dispensaba todo género de consideraciones.

Esto no impedia que Ana del Rey estuviese aterrada.

Pero su terror se calmó algun tanto á la primera visita que le hizo el alcalde de casa y córte á pretexto de tomarle declaracion.

Ana del Rey comprendió que habia inspirado una pasion formidable á aquel alto funcionario.

Don Pedro de Mendoza, siempre severo y siempre rígido, parecia un doctrino delante de Ana del Rey, y no podia dispensarse, por más que procuraba evitarlo, levantar alguna vez los ojos y mirarla de una manera ansiosa.

¡Era mucha morena Ana del Rey!

Su hermosura resplandecia, y sobre todo era excitante.

Ana del Rey estaba acostumbrada á la coquetería, y merced á ella aumentaba el poder de su hermosura.

La primera vez que fué á verla á la cárcel el alcalde de casa y córte, que fué á las pocas horas de su prision, despues de saludarla cortésmente, se discul-

pó de haberla preso con las obligaciones de su cargo.

—Pero, hija,—la dijo,—la declaracion que vos me habeis hecho no puede subsistir; y aunque creais que yo falto hasta cierto punto á mi deber, es necesario que yo os aconseje. En la declaracion que habeis hecho, ya os lo dije en mi casa, habeis mezclado imprudentemente á la princesa de Astúrias y al señor conde de la Salmedina. La primera de estas personas es augusta é inviolable, y la segunda está de tal manera ligada con la primera, segun me habeis dicho, y es tal la altura de su rango y de su posicion. que conviene eliminarla de este proceso.

—Y bien, señor alcalde,—dijo audazmente Ana del Rey;—vuestra señoría habrá comprendido que yo soy capaz de exponerme á todo, hasta de ir á la horca, con tal de que la señora princesa de Astúrias y el señor conde de la Salmedina tengan motivo bastante para recordarme con terror durante todos los dias de su vida.

—Yo no me entrometo en averiguar las razones que vos podais tener, señora,—dijo el alcalde de casa y córte,—para tener una enemiga tal entre la señora princesa de Astúrias y el señor conde de la Salmedina: esos son asuntos vuestros que nada incumben á la justicia. Pero á propósito, y antes de que se me olvide y vos me lo recordeis de nuevo dándome tratamiento, excusadlo, señora, excusadlo; aquí estamos solos, y me duele que una persona tal como vos me trate con un profundo respeto.

—¿Y cómo quereis que se os tráte, señor mio?—

—dijo Ana del Rey, sonriendo y de una manera que acabó de enloquecer al alcalde de casa y córte, porque se creyó favorecido por aquella hermosísima criatura.

Esto demuestra la gran fuerza de voluntad de Ana, y el dominio que tenia sobre su alma.

Estaba aterrada, desesperada, dolorida, en una situacion que podia llamarse de todo punto miserable.

Y sin embargo, tenia fuerzas para disimular su dolor, para aparecer tranquila y aun sonriente, delante del alcalde de casa y córte.

El bueno de don Pedro de Mendoza se encontraba delante de un enemigo formidable.

—Sea como vos querais,—dijo Ana.—Vos me decís que la princesa de Astúrias es augusta é inviolable, y yo me atreveria á deciros que lo augusto no puede ir junto con lo liviano, ni la inviolabilidad al lado del crímen; porque la mujer que engaña á su marido y conspira contra el rey, es criminal; y si á vuestros ojos no lo es, yo no sé, señor, cómo vos calificareis el crímen.

—Indudablemente, señora mia,—contestó algo turbado el alcalde de casa y córte,—indudablemente; pero hay personas á las cuales no alcanzamos nosotros los pobres ministros de justicia, que cabalmente, si lo somos, lo debemos al poder de esas personas que nos han colocado en la situacion en que nos encontramos. Nosotros los ministros de justicia tenemos todo el poder que vos querais contra los que

están por debajo de nosotros ó al nivel nuestro; pero nada podemos con los que están sobre nosotros. Por consecuencia, señora, yo os suplicaría que prescindiéseis de los motivos particulares que podais tener para odiar á la princesa de Astúrias y al conde de la Salmedina, y no los nombráseis para nada en vuestra declaracion. A más de esto, yo no puedo ménos de interesarme por vos. Si vos mezclais en este asunto á la princesa de Astúrias y al conde de la Salmedina, vais á promover una cantera, en la cual indudablemente sereis sepultada, y yo no quiero que vos os suicideis, señora; sois demasiado jóven y demasiado interesante para que yo no me esfuerce para sacaros á salvo. Por el contrario, si vos declarais lo que yo os diga, para lo cual he venido á vos, no como magistrado, sino como amigo, puesto que estoy ante vos sin mi secretario; si vos haceis lo que yo os diga, cuando se haya terminado el sumario vos sereis puesta en libertad por un sobreseimiento respecto á vos, y quedareis completamente libre.

—Yo os agradezco en el alma, señor alcalde, lo que por mí haceis,—dijo Ana del Rey, envolviendo en una mirada emponzoñada al alcalde de casa y córte;—pero, os lo aseguro, yo no quisiera verme en libertad hasta que ese infame Cosme Calcorra haya sido preso y esté bien asegurado, y de tal manera que durante todo el tiempo que esté preso no pueda comunicar con nadie, porque si con alguien comunica encontrará recursos para hacerme sentir su venganza.

—Estad segura, señora,—dijo el alcalde de casa y córte,—que no hay nadie que pueda atentar contra vos, y si atentasen seria de todo punto inútil: las consecuencias caerian sobre él.

—Pero entre tanto,—dijo Ana del Rey,—Calcorra aun no ha sido habido.

—Aun no, señora; pero yo no desespero de haberle á las manos. Apenas han pasado cuarenta y ocho horas desde que ha cometido el crímen, y nada prueba el que no haya podido todavía encontrársele; pero los ministros de justicia y la policía están avisados y observan por todas partes. Aunque el marqués de Letour y don Cosme Calcorra hayan pretendido salir de España para ponerse en salvo, antes de que lleguen á ninguna de las costas ó á las fronteras habrán sido presos; tened seguridad de ello. Además, vuestra libertad no está tan próxima como parece, á pesar de que puedo aseguraros que respecto á vos se sobreseerá, y más aún, para que no podais inquietaros en adelante con este negocio, se os absolverá libremente de la instancia, la cual producirá ejecutoria, y así se impedirá que vuelva á reverdecerse este asunto contra vos.

—Mil y mil gracias aún,—dijo Ana del Rey;—sois muy amable y muy bueno, señor alcalde y yo seria una ingrata si no asintiese á vuestros deseos.

La seguridad que Ana del Rey tenia de que por la pasion que habia inspirado al alcalde de casa y córte, éste haria todo lo posible para sacarla á salvo; que Calcorra seria preso, puesto que por grandes que

fuesen sus medios no podia escapar á la vigilancia de la policía y de los ministros de justicia, le habia hecho concebir una esperanza.

Muerto Cosme Calcorra, nada habia que la impidiese obrar libremente.

Ella se creia bastante fuerte para influir de tal manera en el conde de la Salmedina, que éste por ella abandonase á la princesa de Astúrias y aun á su propia mujer.

Además, la idea del crímen habia echado ya ondas raices en el alma de la desesperada Ana del Rey, y para ella era ya una cuestion obvia, y solo difícil la ejecucion, el deshacerse, por medio del veneno ó del puñal, pero siempre de una manera recatada é indirecta, de Margarita.

Ana del Rey sabia por experiencia cuánto era el poder de su hermosura, y contaba con ella como con un arma poderosa.

—Y bien, señora,—dijo el alcalde, que estaba cada momento más aturdido, porque sin cesar se posaban sobre él los magníficos ojos de Ana del Rey;—veamos lo que vos declarareis, habiéndoos advertido ya de lo que debeis decir.

Ana del Rey empezó de esta manera, como si estuviera prestando declaracion:

—Yo no tengo que decir otra cosa á la justicia, sino que fui acometida de repente en mi casa por unos hombres desconocidos, que se apoderaron de mí, me ataron los brazos, me taparon la boca y me condujeron por una larga mina, al fin de la cual

me sacaron al campo y me metieron en un coche.

Aquel coche estaba detenido.

Durante dos horas, constantemente habia habido junto á mí, dentro del coche, un hombre que me imponia temor.

A más de esto, no podia moverme ni hacer nada; continuaba atada y con la boca tapada por un pañuelo.

A las dos horas llegaron otros dos hombres, y el carruaje se puso en marcha.

Yo no sé el sitio por donde el carruaje marchó; sólo sé que una hora y media despues, segun pude juzgar, el carruaje se detuvo.

Los que me conducian me llevaron en peso y me condujeron, á través de unas ruinas, á una casa en la cual me dejaron encerrada.

Aquella habitacion era magnífica, pero ofrecia todas las señales de estar hacia mucho tiempo deshabitada.»

Y al llegar á este lugar Ana describió minuciosamente el gabinete que ya conocemos.

Despues continuó:

—Yo dormia, cuando de improviso fuí despertada, y me encontré frente á frente con mi marido, el cual me aterró de una manera extraordinaria, porque yo temia que mi marido hubiese creido que yo me habia fugado y que hiciese ejercitar sobre mí una terrible venganza.

A mi marido acompañaba el señor marqués de Letourt.

No sé por qué el señor marqués le acompañaba; sólo sé que, amenazada por mi marido, estando en un gravísimo peligro, sin que interviniese el marqués para evitar el furor de Calcorra, apareció en el gabinete una persona, al parecer distinguida, de una edad ya madura, de aspecto grave y sério, y avanzando hácia Calcorra, haciéndole retroceder, yo aproveché aquella situacion y escapé.

En el momento de escapar entendí que el que acababa de entrar proferia amenazas contra Cosme Calcorra.

Al salir de las ruinas, al descender por la colina en que las ruinas están situadas, tropecé con un caballo que estaba atado á un árbol, monté en él y escapé.»

Desde aquí, Ana del Rey relató lo que ya sabemos: su llegada al ventorrillo y el parte que habia dado al alcalde de Fuencarral acerca de lo que temia hubiese sucedido en las ruinas del palacio de Boadilla.

—Pues bien,—dijo el alcalde de casa y córte;—vos no debeis declarar otra cosa que lo que me habeis dicho: con esto basta para que seais completamente exculpada. Decidme: ¿teneis algun antecedente de que vos hayais ofendido alguna vez á vuestro marido? Yo no lo supongo, señora, pero bueno es que nos pongamos en ello para saber á qué atenernos, porque en estas causas criminales suele salir un tanto de culpa de donde ménos se piensa.

—Mi marido no puede decir nada contra mí,—dijo

Ana del Rey,—y si algo declara por despecho, será una calumnia que me habrá levantado.

—Descuidad, señora, descuidad; que el negocio está entre mis manos y yo no permitiré se cruce en él nada que pueda perjudicaros; pero quisiera que me habláseis con una gran franqueza.

—Yo no he ofendido jamás á mi marido,—dijo Ana del Rey;—y si mi marido me tiene ódio, es porque yo no he podido amarle; El corazon no se manda ni se puede fingir respecto á un hombre experimentado. Estoy segura que vos no os creeríais amado si para hacéroslo creer se usase de un fingimiento.

Y Ana continuaba envenenando al mísero alcalde de casa y córte.

Este no veia el fingimiento en la manera de Ana del Rey, y creia de buena fe que á pesar de sus años y de sus canas, habia hallado gracia en aquella hermosa jóven.

Los ministros de justicia debian ser, por decirlo así, impermeables.

Contra ellos no debia poder nada: ni la hermosura, ni el interés, ni el miedo, como lo rezan estos versos grabados en mármol en el frontispicio de la Casa capitular de Toledo:

Santos, ilustres varones,
Que gobernais á Toledo;
en aquestos escalones
deponed las aficiones,
codicias, amor y miedo.

Este precepto debian tenerlo en cuenta todos los que administran justicia; pero las pasiones humanas son siempre poderosas, incontrastables.

El hombre está hecho de esta manera.

Unos ojos tan lucientes, tan poderosos, tan negros, tan magníficos, tan incitantes, en que habia una luz misteriosa, tan irresistibles y tan profundos, no podian ménos de hacerse sentir, no ya en don Pedro de Mendoza, que era un buen hombre propenso á las sensaciones dulces y apasionadas, sino en un juez que hubiese sido una estátua de mármol.

Quedó convenido, pues, todo lo que era necesario para que Ana no se comprometiese en lo más mínimo en aquel proceso, y el alcalde salió enamorado y decidido á hacer todo lo que estuviese de su parte, y aun más que pudiese, por aquel arcángel que la justicia habia puesto delante de él.

—¿Quién sabe,—decia para sí don Pedro de Mendoza,—quién sabe si al fin y al cabo, yo que no he querido casarme despues de la muerte de mi mujer, y que he pasado tantos años resuelto á mantener mi viudez, volveré á casarme? ¡Diablo! ¡diablo! pero esto es un disparate. ¿Cómo se casa un alcalde de casa y córte con la mujer de un ajusticiado, de un ahorcado á causa de una sentencia suya? Se diria que yo habia faltado á la justicia, que habia ahorcado á aquel misero solamente por hacer posible mi casamiento con su mujer.

El alcalde de casa y córte comprendia bien que podia hacerse un amaño respecto á la justicia; pero

hay cosas que la misma justicia impide que puedan llevarse á cabo.

—Y bien,—dijo el alcalde de casa y córte, transigiendo con su conciencia como siempre que nos combaten poderosamente las pasiones;—si no puede ser mi mujer, será mi querida de una manera discreta y secreta; ella me ama, sí, sí señor, me ama; yo he tenido siempre una gran fortuna con las mujeres: no es extraño, pues, que esta jóven se haya impresionado de tal manera por mí. Yo estoy aun perfectamente conservado... No, no, una mirada como la suya no puede ser fingida, no se falsifica el alma. Esto me aturde y me contraria. La verdad es que yo empiezo á no ver claro en este proceso. Lo que más me importa á mí es sacar á salvo en las palmas de las manos, y sin que nada padezca su reputacion, á esa señora, y sabe Dios cuántos sacrificios me costará esto, cuánto ingenio y cuánto trabajo. ¿Quién sabe lo que puede salir de este endiablado proceso? Aquí hay cosas muy hondas, hondísimas. En fin, todo consiste en escribir más ó ménos, de esta manera ó de la otra. Cuando el sumario le eleve á plenario, el plenario se instruirá con arreglo al carácter del sumario. ¡Válgame Dios! ¡válgame Dios! ¡y qué verdadero es aquel proverbio que dice: «Nadie diga de este agua no he de beber!» ¡Yo que en toda mi vida he pensado en faltar en un ápice á la justicia, estoy resuelto y aun he dado ya pasos para torcer la justicia! ¡Yo, á quien ha causado siempre horror el amancebamiento, estoy anhelando que este amancebamien-

to me sea permitido! Esto indudablemente es una tentacion del demonio: serenémonos, pongámonos sobre los estribos, y sobre todo apelemos al auxilio de Dios. Es necesario de todo punto que yo consulte con mi confesor.

Pero pasó el dia afligiendo al alcalde de casa y córte sus encendidos pensamientos; llegó la noche, y la pasó de tal manera inquieto, con tal delirio y soñando de tal manera en los breves momentos que durmió, que se entregó por completo, y retrocedió en aquella su buena resolucion de apelar al tribunal de la penitencia para oir de la boca de su confesor consejos acerca de lo que debia hacer, puesto que la debilidad que se habia apoderado de su alma no le permitia ver claro.

Indudablemente el diablo se habia apoderado, á causa de los ojos de Ana del Rey, del alcalde de casa y córte.

Capítulo LXV.

De como pueden robarse dos señoras á la puerta de una iglesia.

Habian pasado algunos dias sin que ni la policía ni la justicia hubiesen podido haber á las manos á Cosme Calcorra ni al marqués de Letour.

Gallifero llevaba todos los dias buenas noticias á los dos escondidos.

La policía andaba arriba y abajo, y los ministros de justicia lo rebuscaban todo, porque se habia ofrecido una gran recompensa al que se apoderase de don Cosme Calcorra ó del marqués de Letour.

Estos confiaban completamente en Gallifero.

De una manera indudable podian fiar en él, puesto que á pesar de la buena recompensa que se prometia, Gallifero no los habia vendido.

Pero no meditaban en el aturdimiento en que, sin que ellos lo comprendieran, les producia su situacion, que á Gallifero le convenia infinitamente más dejar venir los sucesos y entre tanto explotar la necesidad en que se hallaban de su proteccion los dos escondidos.

Verdad es que aun no habia recibido nada; pero sabia que el marqués de Letour tenia escondido un inmenso tesoro, y que aquel tesoro seria desenterrado y trasladado á su casa en el momento en que, cansada ya la policía y la justicia, el marqués pudiese aventurarse á salir sin gran peligro, á fin de dirigirse al sitio donde tenia escondido su tesoro, al cual no podia llegarse bien por medio de indicaciones.

Tal cuidado habia tenido el marqués de Letour para hacer que su tesoro no pudiese ser encontrado.

Pasó así de esta manera un mes.

Si el sumario no se habia terminado, era porque la terminacion del sumario debia de producir sobreseimiento y la libre absolucion de la instancia respecto á Ana del Rey.

Y Ana del Rey no queria verse libre hasta que su marido estuviese preso.

Ana del Rey sabia bastantemente por qué deseaba esto.

Don Pedro de Mendoza, pues, que se habia convertido en un esclavo de Ana del Rey, daba largas al sumario.

Del sumario no resultaba nada, absolutamente nada más que la declaracion que Ana del Rey habia hecho, sin que por esta declaracion constase quiénes habian sido los que la habian arrebatado de su casa; y el asesinato del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, la responsabilidad del que, segun la declaracion de Ana del Rey, recaia sobre Cosme Calcorra y sobre el marqués de Letour; acusacion que parecia confirmada por la fuga de éstos y por su ocultacion.

La princesa de Astúrias estaba tranquila.

Tenia la seguridad de que su nombre no apareceria en aquel proceso, y por otra parte, Ana del Rey, que la habia inspirado unos celos crueles, estaba en poder de la justicia.

El alcalde de casa y córte se habia guardado muy bien de decir á la princesa, cuando ésta cuidadosa de lo que podria suceder le habia llamado, que Ana del Rey debia ser exculpada y puesta en libertad.

Por el contrario, la habia indicado que habia complicaciones que comprometian gravemente á aquella señora.

—Y bien,—decia para sí la princesa;—Cosme Calcorra será habido un dia ú otro y llevado á la horca. En cuanto á Ana del Rey, se la encerrará en una galera, y mi conde no tendrá otra pasion que le aparte de la mia.

María Luisa estabá resuelta á usar de toda su influencia.

El alcalde de casa y córte se habia mostrado completamente rendido á su voluntad.

Pero podia asegurarse que la influencia de la princesa, por mucho que conviniera á los intereses de don Pedro de Mendoza, alcalde de casa y córte, era mucho menor que la influencia que ejercia sobre él Ana del Rey.

María Luisa habia perdido ya completamente los estribos por el conde de la Salmedina, y se habia olvidado de toda prudencia, de todo recato.

Así es que María Luisa salia todas las noches de palacio acompañada de Cascajares, é iba á verse con el conde de la Salmedina, á la casa del mismo Calcorra, que á causa del embargo por la misma justicia habia quedado deshabitada, y á aquel mismo salon donde Cárlos III habia tenido, en otro tiempo, sus entrevistas con la marquesa de Esquilache.

El conde de la Salmedina, que estaba dolorido por la prision de Ana del Rey, tenia, sin embargo, serenidad bastante para engañar á la princesa y para hacerla creer que su pasion era la única que dominaba en su alma.

La princesa estaba de todo punto enloquecida y era de todo punto feliz, porque no hay nada que haga más felices á las criaturas que la locura del amor cuando este amor es correspondido.

Pero muy pronto debia turbarse esta felicidad.

Cosme Calcorra no desatendia su venganza.

Se habia comprometido gravemente, hasta el

punto de perderse por su mujer por los rabiosos celos que á causa de su amor sentia; y una vez comprometido gravemente, no podia detenerse.

Un cadáver más ó ménos, no podia aumentar lo crítico de su situacion.

Asesinar al conde de la Salmedina, arrebatar á Ana del Rey de la cárcel, esconderla de una manera tan perfecta que nadie pudiera dar con ella, aprovechar una ocasion y salir de Madrid llevándose la mitad del tesoro del marqués de Letour, ó mejor dicho, de todo el tesoro, porque al marqués de Letour podia despachársele tambien á la eternidad; hé aquí los pensamientos que agitaban dia y noche á Cosme Calcorra.

Cuando hubo pasado un mes desde la fecha de su ocultacion, cuando Gallifero le dijo que la policía y los ministros de justicia, con los cuales él estaba en relaciones á causa de su amistad con el alguacil Puentezuela, estaban cansados y habian desistido de buscarle, como sucede siempre en España, donde á poco que se tarde en descubrir el paradero de un criminal se desiste de buscarlo, tal vez á causa de la impaciencia peculiar al carácter meridional de los españoles, Cosme Calcorra creyó llegada la hora de avanzar en el camino de sus propósitos.

Necesitaba redondear de una manera definitiva su situacion.

El conde de la Salmedina le estorbaba.

Además de esto, su ódio contra el conde era ya un ódio de Satanás.

Pero no era fácil dar un golpe al conde de la Salmedina, que no presentaba ocasion para ello.

El conde de la Salmedina no salia más que en carruaje, y puesto sobre aviso, tenia dada órden á sus criados de que no dejasen acercarse á nadie á él cuando entrase en su carruaje para ir á palacio, ó cuando entrase en él en palacio para regresar á su casa.

El conde de la Salmedina no salia ni entraba para otra cosa.

Su vida se pasaba entre palacio y su casa, entre su casa y palacio.

Estaba triste, y su tristeza aparecia de una manera grave en su semblante.

Le costaba un inmenso trabajo, un gran esfuerzo de voluntad el aparecer sereno y sonriente, ya delante de María Luisa, ya delante de Margarita.

Los perspicaces ojos de su tia Magdalena habian descubierto algo; pero el conde habia tenido habilidad bastante para aquietar aquellas aprensiones del pensamiento de su tia.

Calcorra estaba perfectamente enterado por medio de Gallifero de las precauciones que tomaba el conde: lo que quiere decir que el conde estaba vigilado por la policía, de que podia disponer Calcorra.

Era, pues, necesario sacar al conde de su usual derrotero.

¿Y cómo hacerlo?

Las observaciones de Gallifero habian dado por resultado que Calcorra supiese que Margarita y su

tia Magdalena salian indistintamente para todas partes, ya á los paseos, ya á las iglesias donde se hacian esta ó la otra novena, esta ó la otra funcion religiosa.

Conocemos la habilidad que Calcorra tenia para falsificar toda clase de escrituras.

Gallifero recibió el encargo de proporcionarse un escrito indudable del conde de la Salmedina.

Gallifero se ingenió, averiguó y supo que el conde de la Salmedina habia tenido allá en otros tiempos una pequeña querida, con la que habia mantenido una larga correspondencia epistolar.

El conde de la Salmedina se habia visto obligado á abandonar por sus liviandades á aquella muchacha, y al abandonarla no se le habia ocurrido pedirle su correspondencia.

Aquella muchacha se habia prostituido completamente.

La adquisicion de la correspondencia que poseia era muy fácil.

Ella la vendió por muy poco dinero á Gallifero, y Cosme Calcorra tuvo, no ya una sola escritura indudable del conde de la Salmedina, sino muchas.

Una tarde Magdalena y Margarita estaban en una solemne funcion de iglesia que tenia lugar en los Carmelitas Descalzos.

Al salir de la iglesia, al ir á subir en el coche, un hombre de aspecto decente y que parecia criado de buena casa, que tenia junto á sí un caballo, como si hubiese venido de un lugar situado á cierta dis-

tancia, se detuvo delante de Margarita, la saludó y la dió una carta de parte del señor conde de la Salmedina, su marido.

Margarita extrañó en gran manera el recibir en aquella situacion una carta de su marido, á quien creia en palacio.

Abrió con mano trémula la carta y leyó lo siguiente:

«Mi querida Margarita: el príncipe de Astúrias me ha llevado consigo al Pardo; mi caballo se ha desbocado, he caido y estoy en un estado lamentable.

»No te asustes, ello no es de una absoluta gravedad; pero quisiera tenerte á mi lado.

»En el momento que recibas esta carta, sigue al criado que te la entregará, y que pertenece al marqués de Atapuerca, que encontré en una quinta suya, situada á media legua del palacio del Pardo.—Tu Luis.»

Tan perfecta era la falsificacion, de tal manera indudable la letra del conde, y habia en ella tales señales de haber sido escrita con mano trémula, que Margarita, aterrada por la situacion en que para ella se encontraba el conde, y no ménos aterrada Magdalena, impremeditadamente, sin sospechar que aquello pudiese ser un lazo, entraron en el carruaje y mandaron al cochero siguiese al ginete que habia traido la carta.

El ginete montó á caballo, tomó por la calle de Alcalá hácia Recoletos, salió por su puerta y avanzó al galope sobre el camino de Maudes.

Las dos poderosas mulas que tiraban del carruaje en que iban Margarita y Magdalena, seguian tambien al galope largo al ginete que servia de guia.

Hubo un momento en que Margarita hizo parar y llamó al ginete que les guiaba.

—Y bien, —dijo.—¿Adónde nos conducis por aquí? Este está muy lejos de ser el camino del Real sitio del Pardo.

—Indudablemente, señora, pero no vamos al Pardo: el caballo de su excelencia se ha desviado sobre la derecha, ha partido por una senda que forma un ángulo recto con el camino del Pardo, y ha venido á parar más allá de Hortaleza, á la quinta de mi amo, á la que se va por este camino.

Con tal naturalidad dijo aquel bandido, que no podia ser otra cosa, estas palabras á Margarita, que esta se tranquilizó y siguió la marcha.

Habian salido ya á la caida de la tarde de la iglesia del Cármen, y muy pronto empezó á cerrar la noche.

Se continuó, sin embargo, la marcha.

Las dos señoras iban heladas de espanto.

Temian, por la exageracion de su cuidado, á causa de su amor por el conde, llegar tarde.

Una caida de un caballo podia causar muy bien la muerte.

A más de esto, y aunque el conde, en aquella car-

ta apareciese como tranquilizando á Margarita, habia manifestado tambien en ella que se encontraba en un estado lamentable.

No habia, pues, que detenerse.

La perturbacion del espíritu de aquellas señoras no les permitia concebir la más leve sospecha.

Por otra parte, el aspecto, la librea, el caballo, la montura del criado que habia llevado aquella carta, eran de todo punto inmejorables.

Se comprendia que indudablemente pertenecia á la servidumbre de una persona rica é ilustre.

Por otra parte, aquel hombre era buen mozo, de aspecto fino, y habia hablado con una gran lisura, con una gran naturalidad.

¿Por qué sospechar?

Continuaron marchando pues.

Antes de llegar á Maudes, y cuando ya habia cerrado bien la noche, aquel hombre se detuvo y silbó.

A su silbido salieron de los costados del camino algunos otros hombres, rodearon el coche, se apoderaron del cochero y de los lacayos, y luego de las dos señoras que sacaron fuera aterradas.

Cuando comprendieron que habian caido en un lazo, ya no era tiempo de librarse de él.

Aquel que les habia parecido un inmejorable criado, puso sobre su caballo, ayudado por otro, á Margarita; y á la marquesa de Vallezarzal la tomó otro que habia aparecido en otro caballo, y entrambos partieron por un camino de travesía.

En cuanto al cochero, á los lacayos y al coche, fueron llevados por otro camino.

La carretera quedó completamente libre y solitaria.

No habia quedado ningun vestigio de aquel rapto audaz.

Capítulo LXVI.

De como fueron inútiles durante ocho horas las pesquisas que se hicieron en busca de las dos damas perdidas.

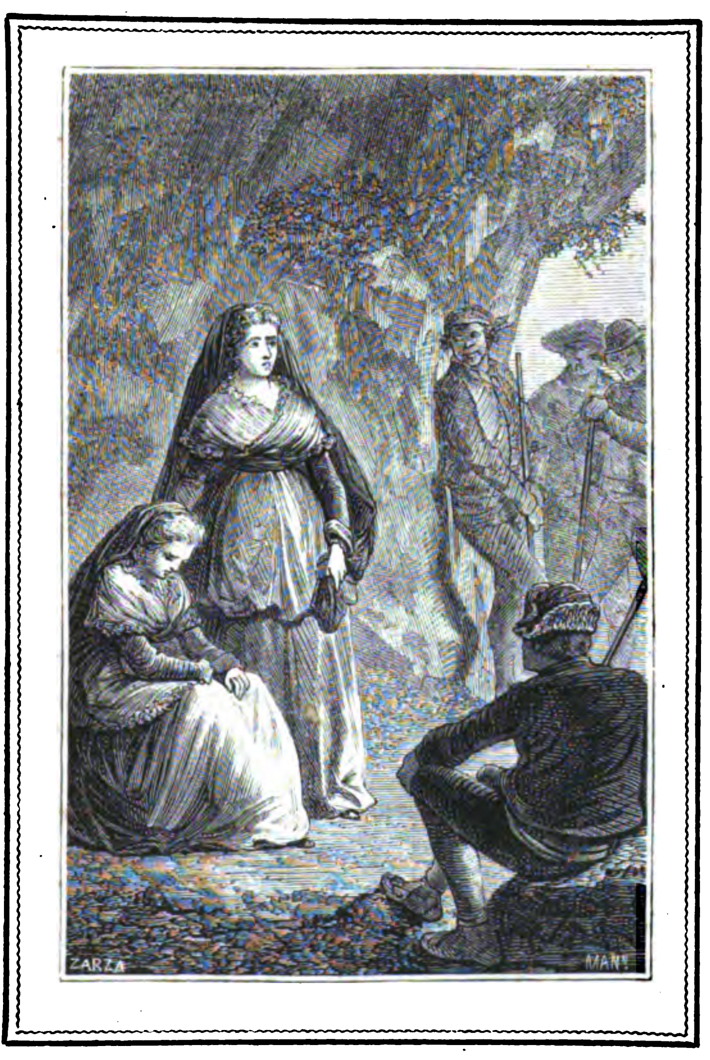
Antes de la media noche Margarita y Magdalena se encontraron encerradas en una cueva, en una de las primeras accidentaciones de la sierra de Guadarrama.

Cuatro bandidos feroces, de chaqueta y abarca, asidos siempre á sus escopetas, las guardaban de vista.

No se les habia dicho lo que se pretendia de ellas, ni se las hàbia faltado en nada al respeto.

Se habia procurado que estuvieran con alguna comodidad, y para que reposasen se habian llevado pieles de carnero.

Margarita, que era brava, ofrecia á aquellos hombres montones de oro porque la revelasen quién era



MOTIN DE ESQUILACHE.—Cuatro bandidos feroces las guardaban de vista.

el autor del crimen que contra ellas se cometia, y sobre todo porque las pusiesen en libertad, porque las volviesen á Madrid; pero los bandidos se mantuvieron inflexibles.

Como al amanecer se les presentó un hombre de mal aspecto.

Aquel hombre no era otro que el contrabandista Gallifero.

—Señora,—dijo á Margarita;—vuecencia puede estar tranquila: en cuanto se termine un negocio que está entre manos, vuecencia será puesta en libertad. Los que han necesitado secuestrar á vuecencia no han querido que vuecencia sufra demasiado, y me han enviado para tranquilizarla; probablemente mañana á estas horas se encontrará vuecencia en su casa.

—¿Pero qué objeto tiene entonces esto?—exclamó aterrada Margarita.—Hablad, hablad, y pedid cuanto querais: no se os negará nada, se hará vuestra felicidad.

—Me es de todo punto imposible, señora, porque siento no poder complacer á vuecencia,—dijo Gallifero.

Nos olvidamos decir que Gallifero estaba completamente cubierto por una cumplida careta de seda negra.

No habia querido comprometerse.

Una casualidad cualquiera podia hacerle en el porvenir reconocer por Margarita, si hubiera llevado el semblante descubierto.

Inútiles fueron todos los ruegos, todas las amenazas, toda la indignacion de Margarita.

Se mantuvo firme y acabó por abandonar á su ansiedad á las dos señoras.

Entre tanto, el conde de la Salmedina habia vuelto de palacio á su casa á la hora de costumbre, y se habia encontrado con que ni Margarita ni su tia la marquesa de Vallezarzal habian vuelto.

El conde no se inquietó.

Ellas podian estar de visita en alguna de las casas de sus conocimientos, como acontecia con suma frecuencia.

El conde tenia cita aquella noche con la princesa, y para evitar que Margarita le viese salir tarde y pudiese sospechar ó inquietarse, salió antes de la hora en que naturalmente podian volver Margarita y su tia á su casa.

El conde se entretuvo en casa de un amigo, y á la hora de costumbre se fué á ver á María Luisa á casa de Cosme Calcorra.

De estas entrevistas con María Luisa salia el conde generalmente entre dos y tres de la mañana.

Cuando volvió se encontró la casa alborotada.

Las señoras no habian vuelto, y esto era demasiado extraño.

El mayordomo habia recorrido las casas donde las señoras podian haber estado, y en ninguna de ellas se le habia dado la menor noticia.

El conde se aterró.

Vió venir el golpe.

Calcorra se habia perdido.

El marqués de Letour se habia perdido tambien.

Ambos eran responsables ante la justicia, por la declaracion de Ana del Rey, del asesinato del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.

La casa del conde, ya bastante perturbada por la situacion terrible en que se encontraba Godofredo de Armagnac, que al fin era el abuelo reconocido, y para todo el mundo indudable, de la princesa de Otranto, acababa de perturbarse con la desaparicion de Margarita y de la marquesa de Vallezarzal.

El conde no tuvo duda de que aquellos desaparecidos á quienes en vano habian buscado durante un mes la policía y los ministros de justicia, que vienen á ser la policía de los tribunales, eran los autores del rapto de su mujer y de su tia.

Pero ningun indicio habia quedado acerca de la manera de este rapto.

De la misma manera que no habian vuelto á parecer las dos señoras, tampoco habian vuelto á parecer los criados ni el coche que las conducia.

Entonces fué cuando el conde de la Salmedina comprendió hasta qué punto amaba á Margarita.

Lo olvidó todo por ella.

Ana y María Luisa desaparecieron de su pensamiento como si no las hubiera conocido jamás.

La idea de una gran desgracia le ennegreció el alma.

Le hizo sufrir una desesperacion infinita, horrible, fria, y se arrepintió de haberse dejado arrastrar

por sus pasiones, y lo que es peor, comprendiendo por un presentimiento lúgubre que se arrepentia tarde, que el mal no tenia ya remedio.

Se sentia lanzado en un espacio oscuro, horrible; en un vacío insoportable, sin un punto de apoyo.

Pero no vaciló un solo momento, y se lanzó con todo su valor, con toda su voluntad, con toda la energía de su alma á una desesperada lucha con lo desconocido.

Calcorra y De Armagnac eran bastante astutos, bastante inteligentes para no haber dado el golpe sobre seguro.

Salmedina sabia con cuán frenética pasion habia amado De Armagnac á Margarita, y hasta tal punto, que no habia podido dejar de serle extremadamente extraña la expresion que aparentemente se habia revelado en De Armagnac.

Este se habia mostrado tranquilo y aun contento despues del enlace de Margarita con Salmedina, y hasta un punto tal habia llevado la perfeccion de su disimulo, que Salmedina habia creido que De Armagnac habia comprendido, en fin, lo monstruoso de su pasion por Margarita, se habia curado de ella y habia vuelto á la razon.

Además, De Armagnac habia tratado con un grande afecto, con una grande consideracion, con una gran franqueza á Salmedina despues de su casamiento con Margarita.

Cabalmente el recuerdo de esto era lo que más aterraba al conde.

Un hombre que habia llegado á tal perfeccion para representar la comedia de la vida, era terrible.

Por lo mismo, el conde no reposó ni un solo instante desde el momento en que tuvo noticia de la desaparicion de Margarita.

La hora era intempestiva, inoportuna.

Las puertas de Madrid estaban cerradas.

Un poderoso instinto decia al conde que los raptores de su mujer y de su tia no las habian ocultado en Madrid, sino fuera de él.

Salmedina rompió por todo y se fué en derechura á casa del conde de Aranda, sin reparar en lo intempestivo de la hora.

No hay puerta que no se abra á cualquiera hora que sea á un hombre colocado á una altura social tal como la que ocupaba el conde de la Salmedina.

El portero se apresuró á recibirle, é informado el primer ayuda de cámara del conde de Aranda, le pasó inmediatamente el recado, y Aranda recibió á Salmedina sin hacerle esperar ni aun el tiempo necesario para salir del lecho.

—Dispensadme,—dijo entrando violentamente el conde de la Salmedina, y desencajado y lívido, en el dormitorio del conde de Aranda:—dispensadme, amigo mio, si os molesto, pero no puedo pasar por otro punto.

—No me molestais en manera alguna,—respondió Aranda;—pero me asustais grandemente: venís desatentado, fuera de vos. ¿Qué os sucede?

Y el conde de Aranda, sin pararse en considera

—Dispensadme si os he molestado,—dijo éste, que era cortés, dulce y benévolo para con todo el mundo;—pero se trata de un asunto urgentísimo. Sentaos y escribid. Comprendo, conde,—añadió dirigiéndose á Salmedina,—que pretendais hacer investigaciones fuera de Madrid. ¿Qué puerta quereis que se os abra?

—Cualquiera de las que miran al Guadarrama,—dijo el conde obedeciendo á su instinto;—las montañas son lo más á propósito para esconder lo que se tiene un gran interés en hacer que no se pueda encontrar.

—Escribid,—dijo el conde de Aranda á su secretario:

«Los guardas de la puerta de Fuencarral la franquearán al excelentísimo señor conde de la Salmedina y á las gentes que le acompañen, en el momento en que dicho excelentísimo señor presente esta real órden. Dios guarde, etc.»

El conde de Aranda firmó y entregó la órden al conde de la Salmedina.

—Dejadnos solos,—dijo Aranda á su secretario;—pero id á esperarme á mi despacho.

El secretario salió.

—Podeis partir cuando querais, señor don Luis,—continuó dirigiéndose á Salmedina,—y tened en cuenta que no sois vos solo ni vuestras gentes las que van á ponerse en busca de vuestra esposa: toda la polic

batirá sin descanso los alrededores de Madrid, mientras que en el interior vigilarán los ministros de justicia. Id, id, señor conde; comprendo vuestra impaciencia; pero os lo repito, avisadme de cualquier novedad que ocurra, de cualquier cosa extraña que veais, por leve que sea. Id, id, amigo.

—Adios, y gracias con toda mi alma,—dijo el conde de la Salmedina; y partió rápidamente.

—¡Oh! ¡oh! esto es grave,—se quedó murmurando el conde de Aranda;—¡quién sabe adónde podemos ir á parar! ¿Es esto una conspiracion, ó un crímen puramente particular? En fin, ya estoy avisado, ello dirá.

En aquel momento avisaron al conde de Aranda la llegada del superintendente de policía.

Este recibió órdenes terminantes, apremiantes de revolverlo todo, de observarlo todo, de buscar sin descanso, de hacer cuanto en los medios de la policía estaba para encontrar fuera ó dentro de Madrid á la princesa de Otranto y á la marquesa de Vallezarzal.

El superintendente recibió reales órdenes para que inmediatamente se abriesen las puertas de Madrid á la policía.

El alcalde de casa y córte del segundo cuartel, que se presentó sin pérdida de tiempo al conde de Aranda, recibió tambien órden de que todos los ministros de justicia buscasen, observasen y vigilasen.

Despues de esto, el conde de Aranda se acostó perfectamente tranquilo y aun contento, porque veia que los sucesos desenlazaban favorablemente

para él, el todavía pendiente asunto de los jesuitas.

Lentamente iba venciendo todas las intrigas, y á su juicio aquella que se desarrollaba en aquellos momentos era la última.

El más tenaz y el más poderoso defensor de los jesuitas, el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, habia muerto.

Era posible, dadas las condiciones de la intriga del momento, pereciese, á causa de ella, el conde de la Salmedina, y con él una grande influencia para con el rey por medio de la princesa de Astúrias.

El experimentado conde de Aranda veia claro.

Pero habia cumplido con su conciencia diciendo al conde de la Salmedina:—Avisadme de cualquiera novedad, de cualquiera cosa extraña en que repareis, por leve que sea.

El conde de Aranda sabia bien de lo que eran capaces De Armagnac y Calcorra, aquellos dos miserables á quienes no se habia podido encontrar á pesar de todos los esfuerzos de la justicia y de la policía.

El conde de Aranda sentia el presentimiento de un desenlace trágico, y aunque por consideraciones que se comprenden bien no habia manifestado sus temores al conde, habia hecho lo posible para quedar bien con su conciencia.

Por lo tanto, volvió á dormirse tranquilamente.

El conde de la Salmedina habia salido con todos sus criados y los de su tia por la puerta de Fuencarral.

Don Baltasar, como era natural y necesario, le acompañaba.

Todos iban sobre magníficos caballos, fuertes y ligeros, de las caballerizas del conde, y recibieron órden de extenderse por todos los caminos á la redonda de Madrid, y buscar por ellos, indagando en todas partes algun vestigio que pudiese indicar el paso de Margarita.

Una nube de agentes de policía se habia extendido tambien por los alrededores de Madrid.

Entre tanto, todos los alguaciles de todas las rondas, de todos los alcaldes, de todas las jurisdicciones, andaban por todas partes arrimando las narices para oler.

Pero á las doce del dia siguiente no se habia encontrado ni un solo indicio.

Nadie, ni en Madrid ni fuera de él en dos leguas á la redonda, habia visto el carruaje en que de Madrid habian salido la princesa de Otranto y la marquesa de Vallezarzal.

El conde, que despues de haber dado una gran vuelta desde las cuatro de la mañana, habia llegado á Alcobendas, se retiraba desalentado.

Le acompañaba únicamente don Baltasar.

Capitulo LXVII.

De como la policía dió al fin con el camino que debia llevarla á libertar á las dos secuestradas.

Cuando el conde de la Salmedina llegó á casa de su tia, que, como sabemos, desde su casamiento era la suya, el portero, único criado que habia quedado en la casa, le entregó una carta.

Al verla se le agitó al conde el corazon de una manera terrible.

Se le paró la sangre, y se le cortó la respiracion y le acometió un vértigo.

El sobre de aquella carta parecia escrito indudablemente por Margarita.

El conde dominó la tremenda emocion que esto le habia ocasionado, y abrió la carta, en la que encontró lo siguiente:

«Mi adorado Luis: por un milagro de Dios he podido corromper la fidelidad de una de las fieras que me guardan; pero no se ha atrevido á dejarme en libertad. Teme que él y otro compañero que están junto á nosotras estén vigilados por otros por la parte de afuera. Estamos, segun me ha dicho este hombre, en el monte de Boadilla, á dos tiros de escopeta desde que se entra por un sendero que está enfrente del camino de atraviesa, por el que se llega al Palacio de Boadilla. Es necesario, segun este hombre me advierte, que vengas con mucha gente y brava, por los que pueden estar vigilando fuera; que en cuanto á ellos, es decir, en cuanto á los que me guardan, me entregarán á tí en el momento en que tú llegues á la casa solitaria en cuyos sótanos estamos encerradas. Tráete contigo mil onzas de oro, que es el precio en que he convenido con este hombre mi libertad. Está tranquilo entre tanto nos libertas. Se nos trata con un gran respeto, con una gran consideracion, y todavía no se ha presentado nadie á quien yo pueda preguntar el objeto de nuestro secuestro. Adios, adorado mio; queda esperándote con ánsia tu

MARGARITA.»

El papel de esta carta era de todo punto ordinario.

Esto era natural.

El que se habia prestado á servir á Margarita no podia habérselo procurado mejor.

Ni por un momento se le ocurrió al conde que aquella carta pudiese ser una falsificacion.

Se le olvidó asimismo aquella tal advertencia del conde de Aranda, de que le avisase cuando tuviese lugar alguna novedad.

—¿Quién ha traido esta carta?—preguntó.

—Lo ignoro, señor,—dijo el portero un tanto aturdido.

—¡Cómo que lo ignoras?—exclamó el conde.

—La han arrojado antes de que me levantase yo, por la rendija de la puerta: cuando fuí á abrir la encontré en el suelo.

Nada tenia esto de extraño.

Los portadores de tales cartas se han ocultado siempre.

Siempre se han valido de un medio cualquiera para que la carta llegue á su destino sin dejarse ellos ver.

Entonces no habia correo interior, y la carta que se echaba en la estafeta de un pueblo, áun de los más próximos á Madrid, tardaba por lo ménos un dia en llegar.

El conde en su impaciencia no esperó ni áun que viniesen sus criados, y mandó á don Baltasar reuniese en el momento diez ó doce hombres de confianza armados y montados.

Con mucho dinero se hace todo, hasta lo más difícil, en muy poco tiempo.

A las dos de la tarde el conde de la Salmedina y don Baltasar salian de Madrid por la puerta de Fuencarral, seguidos de doce buenos mozos de ... del bronce, que don Baltasar habia reclutado ...

con recorrer dos tabernas, gente capaz y bastante para un empeño de honra.

En aquel mismo punto, á diez leguas de Madrid, en las primeras accidentaciones de la sierra de Guadarrama, en el camino de Valladolid y á alguna distancia á la izquierda de él, el superintendente de policía, que llevaba su ronda compuesta de gente brava, y al que acompañaban hasta dos docenas de buenos mozos recogidos en los pueblos del tránsito, daba cima al delicado servicio que le habia confiado el conde de Aranda.

Lo que quiere decir, que la policía de los tiempos de Cárlos III era inmejorable.

Habia salido de Madrid el superintendente á las tres de la mañana y á la aventura por la puerta de Recoletos.

Le acompañaban dos celadores de policía y veinticuatro hombres.

El superintendente les mandó avanzasen en ala, preguntasen presentándose de improviso en las casas de campo que fuesen encontrando, y reparasen el efecto que producian sus preguntas.

El superintendente con uno de los comisarios y con seis hombres, adelantó por la carretera.

Dos de aquellos hombres iban de descubierta.

Al llegar estos dos hombres á la ermita que habia á la derecha del camino, á poca distancia de Maudes, repararon en que en la puerta de la ermita habia tendido un hombre, del cual no podia decirse si estaba muerto ó dormido.

Llegaron á él, le despertaron, y se encontraron con un mendigo viejo y harapiento que habia elegido la puerta de la ermita por dormitorio.

Le pidieron la carta de seguridad, de que debia ir provisto todo hombre honrado, y la licencia para mendigar; pero el mendigo no tenia ni la una ni la otra.

Le prendieron en consecuencia.

Y algo de negro debia haber en la conducta del mendigo, porque al verse preso se echó á temblar.

Los dos agentes de policía volvieron sobre sus pasos para presentar al superintendente el preso.

El superintendente detuvo su caballo.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Un vagabundo, un sospechoso que hemos encontrado durmiendo en la puerta de la ermita,—respondió uno de los agentes;—no tiene carta de seguridad ni licencia para mendigar.

—Atadle y á Maudes con él,—dijo el superintendente;—allí se le entregará al alcalde.

—Yo soy un pobre infeliz,—dijo llorando el mendigo;—un viejo sin más amparo que el de Dios y el de las buenas almas, que arrastro mi pobre vida como puedo; y si no tengo carta de seguridad ni licencia para mendigar, es porque son muy caras para mí.

—Todos estos pícaros dicen lo mismo,—contestó duramente el comisario;—y si no tienen documentos, es porque no pueden presentarse á la justicia á causa de que no pueden acreditar su buena conduc-

ta. Generalmente todos estos son ganchos y espías de ladrones.

—Dios sabe que yo soy un hombre honrado,—contestó el mendigo;—y si usía me promete soltarme, le diré á usía algo que importa mucho á la justicia.

—¿Y por qué sin ese motivo no me lo has dicho?—preguntó con severidad el superintendente.

—Porque cuando se trata de hombres malos es necesario temerles.

—¿Se trata, pues, de hombres malos?—preguntó el superintendente.

—Sí, señor; pero prométame usía que me soltará.

—Si lo que me digas es lo que yo deseo saber, padre y madre habrán nacido para tí; y con tal de que no hayas cometido ningun delito grave, serás perdonado.

—¿Que si es grave lo que yo tengo que decir á usía? ¡vaya si es grave! Usía acaba de pasar hace poco por donde el camino tiene árboles espesos á un lado y á otro: yo venia cansado de andar todo el dia por los pueblos pidiendo limosna, y me habia sentado á descansar junto á los árboles, pero fuera del camino.

Era como al oscurecer.

Á poco sentí ruido de caballos qué se detenian en la arboleda.

Me dió miedo de lo que aquello podia ser, y me escondí debajo de un espino.

Los que habian llegado no habian podido reparar en mí: yo estaba bien oculto.

Eran diez ó doce hombres, que se pusieron en emboscada al uno y al otro lado del camino.

No podian esperar allí sino por algo malo.

Y como estos salteadores tienen muy mala sangre, y matan á cualquiera que les causa sospecha ó puede estorbarles, yo me oculté silenciosamente más y más entre el espino.

Pasó como media hora.

Aquella gente no se movia y estaba tan en silencio que no parecia sino que allí no habia nadie.

Ya bien cerrada la noche, se oyó el ruido de un coche que se acercaba.

En cuanto el coche hubo entrado entre los árboles, de un lado y del otro salieron los hombres que esperaban y se arrojaron sobre el carruaje.

Uno que delante del carruaje venia, se unió con los salteadores.

Los criados del coche fueron sorprendidos, y los salteadores sacaron del coche á dos señoras.

Dos de ellos las pusieron sobre su caballo y escaparon acompañados de otros seis.

Cuatro se quedaron en el coche.

Ataron y taparon la boca á los criados y dentro del coche los metieron.

Yo estaba indignado, porque soy hombre de bien y caritativo, y al mismo tiempo espantado.

Pero á pesar de mi espanto oí que uno de aquellos hombres decia á los otros:

—Vamos, fuera del camino con el coche; á la venta del Pinar.

Y en seguida se fueron.

Yo seguí, señor, yo seguí despues de un rato cuando nada se oia.

Iba á buscar mi cama, y mi cama es la puerta de la ermita del Santísimo Cristo de los Milagros.

—¿Hay aquí alguien que sepa dónde está la venta del Pinar?—dijo contentísimo el superintendente, porque ya tenia un asidero.

Nadie contestó.

Los de policía que allí estaban no conocian el terreno.

—¿Dónde está la venta del Pinar?—preguntó el superintendente al mendigo.

—A un cuarto de legua de aquí, á la derecha del camino,—contestó este.

—Pues guia, y guia de prisa, y cuenta con escaparte, porque no se te atan los brazos por que puedas andar más vivo; y si te escapas pierdes una fortuna, y ademas te expones á ser muerto de un tiro.

—Descuide usía, que no me escaparé,—dijo el mendigo.

—Pues en marcha,—dijo el superintendente.

El mendigo echó á andar de prisa, llevando á un lado y á otro dos agentes de policía, que le tocaban casi y estaban dispuestos á echarle mano en el momento en que pretendiese escapar.

El mendigo era más fuerte que lo que parecian prometer sus años, que eran muchos, y avanzaba

de una manera rápida, atravesando por medio de las tierras.

La noche era entreclara, lo que de una parte favorecia y de otra perjudicaba.

Los malhechores, que segun la relacion del mendigo, habian ido con el coche al ventorrillo del Pinar, podian estar en observacion, apercibirse de que se acercaba gente y escapar.

Al cabo de diez minutos de marcha, el mendigo, que no habia dado el menor indicio de querer escapar, se detuvo y dijo, señalando á un grupo de árboles, en medio del cual se veia un espacio blanco cuadrado semejante á una casa:

—Aquel es el ventorrillo del Pinar.

Se encontraban entonces como á un tiro de fusil de distancia del objeto indicado por el mendigo.

Del costado derecho del ventorrillo se levantaba una columna de humo, y se dejaba ver, ascendiendo á lo largo de aquel humo, algunas pavesas inflamadas.

—¡Ah!—dijo el superintendente;—indudablemente queman el carruaje: esa gente lo entiende; borran cuanto les es posible los vestigios: quedaos dos aquí con el mendigo y con el caballo del señor celador y el mio, y los demás con nosotros adelante.

El superintendente y el celador, únicos que iban montados, echaron pié á tierra y avanzaron recatadamente hácia la casa, seguidos de los agentes de policía restantes.

Cinco minutos despues la casa estaba cercada.

Los agentes de policía tenian órden de hacer fuego sobre todo el que escapase.

A seguida, cuatro agentes escalaron las tapias del corral, que no eran muy altas.

Apenas las hubieron escalado, cuando el superintendente, con el comisario y con dos agentes, llamó á la puerta en nombre del rey.

Al mismo tiempo se oyó dentro una voz robusta que dijo:

—Todo el mundo quieto y en tierra. El que se mueva muere.

Era la voz dura y terrible de uno de los agentes que habian escalado las tapias del corral.

Habia penetrado hasta la puerta que del corral comunicaba con la cocina de la venta, y habia visto cuatro hombres de muy mala traza, á más de la familia del ventorrillero, que se componia de un hombre y de dos mujeres.

En medio de la cocina habia un monton de madera.

El ventorrillero, hacha en mano, hacia pedazos aquella madera, que no era otra que los restos de un coche.

Las ruedas, la lanza y parte del herraje, estaban á un lado.

Se comprendia que, como habia dicho muy bien el superintendente, los malhechores pretendian borrar todo género de vestigio.

Dos mulas pueden hacerse pasar por cualquier parte sin que se deje de ellas señales marcadas; pero un coche no es lo mismo.

Le destruian, pues, los cuatro salteadores, y las dos mujeres tomaban incesantemente los pedazos más pequeños de madera y los arrojaban en el hogar, en el cual se levantaba una llama inmensa, cuyo humo y cuyas pavésas salian al exterior.

Al asomar los cuatro agentes con las carabinas echadas á la cara por la puerta del corral, los que estaban en aquella faena se sorprendieron y queda- ron inmóviles.

Los salteadores estaban bien armados, pero sus armas se veian en un rincon de la cocina y no podian llegar á ellas.

Nadie se atrevia á ser el primero en moverse por temor de ser muerto.

El superintendente, por la parte de afuera de la casa, continuaba diciendo á cada momento con más energía:

—Abrid en nombre del rey.

Pero ninguno de los sorprendidos se atrevia á moverse.

—¿Y cómo hemos de abrir, ¡cuerpo del diablo!— dijo el ventorrillero, que estaba hecho una estátua, pero que á pesar de esto dejaba comprender que era un hombre duro y sin miedo,—si el que de nosotros se mueva para ir á abrir la puerta, vos hareis fuego sobre él?

—Por eso no quede,—dijo el agente de policía que habia intimado á aquella gente se echasen en tierra;—anda tú, Viñitas, y abre al señor superin- tendente.

Viñitas era uno de los agentes de policía que habian sorprendido á los malhechores.

Andando siempre con su carabina preparada, fué á la puerta, descorrió el cerrojo, quitó la tranca, desechó la llave, y el superintendente, el comisario y los cuatro agentes de policía que los acompañaban entraron en el ventorrillo.

—Idme atando á todos esos sin exceptuar las mujeres,—dijo el superintendente al de policía, que habia entrado con él.

Esta órden fué inmediatamente ejecutada.

Los de policía llevaban cada cual consigo una cuerda y un par de esposas.

Las que faltaban para sujetar á los presos, que eran tres, las suministraron los que habian aparecido por la puerta del corral.

La situacion estaba dominada.

—Registrad el ventorrillo para ver si en él se oculta alguna persona más,—dijo el superintendente.

Dos de policía registraron el ventorrillo desde el pajar hasta el sótano, y volvieron y declararon que nadie más habia en la casa.

Entonces el superintendente empezó el interrogatorio.

—Lo que estais quemando es un coche, ¿no es esto?—dijo al ventorrillero.

—Así parece,—contestó éste, que conservaba, á pesar de la situacion en que se veia, su ferocidad.

—¿Y qué coche es ese?

—Yo no lo sé,—dijo él ventorrillero;—estos buenos mozos han venido con él y han dicho que era necesario quemarlo. Nosotros no pudimos hacer más que decir amen, porque de otra manera estos caballeros nos hubieran tratado á su gusto y hubieran hecho lo que mejor se les hubiera antojado.

—Bien, muy bien; ¿y el cochero y los dos lacayos que con el coche venian, dónde están?

—De eso yo no sé una palabra,—contestó el ventorrillero;—estos señores sabrán lo que han hecho de ellos.

—Muy bien,—dijo el superintendente:—ya se andará todo eso; ¿y las mulas del coche?

—Tampoco sé yo nada de las mulas,—dijo el ventorrillero.

—¿Es eso cuanto tiene usted que decir?—le preguntó el superintendente.

—Eso, y nada más; y á todo el mundo le salta á la cara que los que vivimos en despoblado y sin amparo de nadie, tenemos que correr el tiempo con todos los pícaros que vienen á nuestra casa.

—Bueno, bien,—contestó el superintendente:—ese es asunto de la justicia; allá verá usted cómo sale con ella.

—Vamos á ver, uno de vosotros: ¿qué habeis hecho de los criados del coche?

—Los hemos dejado atados y con las bocas tapadas á un medio cuarto de legua de aquí, en la Alamedilla, donde hay una ermita abandonada.

—Perfectamente,—dijo el superintendente.—

¿Hay alguno de vosotros,—añadió, dirigiéndose á los agentes de policía, —que sepa dónde está esa Alamedilla donde hay una ermita abandonada?

—No, señor,—dijo uno de los agentes;—nosotros no hemos andado nunca por estos sitios, más que por la carretera.

—Id; la persona que hemos dejado allá detenida conoce perfectamente estos lugares; que ella os guie; y si encontrais á esos tres criados, traedlos con vosotros. Esperad aún; voy á hacer una pregunta á estas buenas gentes. ¿Y qué habeis hecho de las mulas?

—Las mulas, señor mio,—contestó el bandido, á quien el superintendente habia dirigido su pregunta,—se han quedado atadas á los mismos árboles á que han sido atados los criados.

—Bien: id, pues,—dijo el superintendente al de policía á quien acababa de dar el encargo de ir con el mendigo á buscar á los criados;—traeos á esos hombres y las dos mulas.

El agente de policía partió.

—¿Quién os ha mandado,—continuó el superintendente,—esperar á un coche en el camino de Maudes y robar á dos señoras que en él venian?

El bandido no contestó.

—Te advierto,—dijo el superintendente,—que aquí yo represento al rey, que es la justicia suprema, que tiene poder para todo; y usando del poder real que me confieren en estos casos mis funciones, te hago sujetar por cuatro hombres y te pongo las plantas de los piés en el fuego.

—Pero eso no lo mandan las leyes, señor mio,—contestó con audacia aquel hombre,—y usted no se atreverá á hacer lo que las leyes no determinan.

—¡Vive Dios! yo me atrevo á todo,—contestó el superintendente;—hasta á levantarte la tapa de los sesos si no respondes, á fin de que otros á quienes pregunte respondan sin detenerse y en verdad, á todo lo que yo pregunte; que si yo no puedo llegar hasta el extremo de resucitar el tormento, ya puesto en desuso, puedo sí matarte y salir del paso con dar parte en un papel de un cigarro de que has sido muerto porque huias. Mira, pues, lo que te conviene. y habla.

—Señor mio,—contestó el bandido.—Cuando llega un caso como este, un hombre no tiene otro remedio que cantar de plano. Pues ha de saber usía que nosotros hemos recibido el encargo de robar á las dos señoras que venian en ese carruaje de Gallifero el contrabandista.

—¿Quién es Gallifero el contrabandista?—preguntó el superintendente.

—Un buen mozo que vive en la calle de la Torrecilla del Leal, en un callejon sin salida y en una casa que tiene la puerta debajo de un cobertizo: yo no sé el número; pero eso no le hace: en el callejon sin salida no hay más puerta que la de Gallifero, y esta puerta está perfectamente debajo del cobertizo.

—Bien, muy bien,—dijo el superintendente;—te vas ganando la vida, muchacho; acábatela de ganar, porque te advierto que si no cantas de pla-

no, pereces. ¿Qué se ha hecho de las dos señoras?

—Se las han llevado á la sierra.

—¿Quién?

—El Chucho.

—¿Y quién es el Chucho?

—Un contrabandista entre ladron y asesino, que es nuestro capitan.

—¡Hola, hola! ¿Conque tú te confiesas salteador?

—¿Y qué he de hacer, señor mio,—contestó el otro,—si estoy preso y usía va á dar conmigo en la cárcel, y los señores alcaldes y escribanos me conocen como á todos mis compañeros, sólo que hasta ahora no habian logrado echarme el guante? Ya se lo decia yo al Chucho: «Hijo mio, nos metemos en un negocio peliagudo: las dos señoras que se nos manda robar son de mucho copete y van á revolver la tierra buscándolas: ¿qué quieres que yo te diga? yo no me meteria en esto.»

»—Pero nos pagan bien, muy bien, me decia el Chucho, y de cobardes no se ha dicho nada todavía. Me parece á mí que para ganar dos mil duros es necesario hacer algo.

—Bien, pero eso nada nos importa,—dijo el superintendente.—¿Adónde se ha llevado ese Chucho ó ese diablo á las dos señoras?

—A nuestra guarida en la sierra de Guadarrama,—contestó el preguntado.

—¿Y cuál es vuestra guarida?

—Nuestra guarida es muy difícil dar con ella, señor mio,—contestó el bandido;—porque naturalmente,

nosotros para refugiarnos no habíamos de escoger un lugar que fácilmente se encontrase: es necesario que uno de nosotros vaya guiando á usía, porque si no usía no dará en toda su vida, por muy bien que se le indiquen las señas de la cueva, dónde están encerradas las dos señoras.

—Y bien, vosotros servireis de guias los cuatro, porque es muy posible que alguno pretenda escapar y sea muerto, y es necesario que siempre nos quede alguno que nos lleve. A ver, señor comisario, que se saquen á fuera al ventorrillero y á esas dos mujeres, y que dos agentes de policía los lleven á Madrid y los metan en la cárcel con órden de que se les mantenga incomunicados.

El ventorrillero soltó un juramento redondo, y las dos mujeres rompieron á gritar y se arrojaron en tierra, sin que esto las sirviese de nada, porque los agentes nombrados por el comisario las arrastraron fuera.

—Que se esperen ahí,—dijo el superintendente;—tengo que darles un pliego para el excelentísimo señor conde de Aranda.

El superintendente se sentó junto á una mezquina mesilla que en el ventorrillo habia; sacó una cartera y un tintero del bolsillo, de la cartera papel en blanco, aunque plegado en cuatro dobleces, lo extendió y escribió lo siguiente:

«Excelentísimo señor conde de Aranda: Tengo la satisfaccion de decir á vuecencia, que por una

casualidad providencial estoy sobre el rastro de las señoras princesa de Otranto y marquesa de Vallezarzal.

»He sorprendido su coche en el momento en que lo destruian en el ventorrillo del Pinar, y he preso cuatro de los bandidos que cometieron el rapto de esas dos señoras.

»Estos bandidos van á servirnos de guia hasta el punto adonde sus compañeros las han llevado, y espero concluir este servicio con toda felicidad, mediante el amparo de Dios.

»Que El guarde á vuecencia muchos años, etc.»

El superintendente cerró este pliego, lo selló con lacre y un sello, que sacó tambien de su bolsillo, y se lo dió á uno de los agentes de policía que debian conducir á la cárcel al ventorrillero y á las dos mujeres.

—En el momento en que en la cárcel los hayan ustedes dejado,—dijo el superintendente á los de policía,—llevarán ustedes este pliego al excelentísimo señor conde de Aranda; no importa cuál sea la hora: su excelencia espera impaciente un parte. La puerta de Recoletos se abrirá por esta órden.

Y dió un papel á los de policía.

—El señor conde de Aranda recibirá á ustedes en el momento en que se le avise de que llevan un parte á propósito del asunto que se ha confiado al superintendente de policía. Vayan ustedes, y vayan de prisa; si esa gente no quiere andar, se la hace andar

más que vivo y á la fuerza. No vuelvan ustedes: una vez entregado el pliego al conde de Aranda, han cumplido ustedes su servicio.

—¿Y el mendigo?—observó el comisario de policía.

—Dejemos en paz al mendigo,—contestó el superintendente.—Nos ha servido bien, y es necesario cumplirle nuestra palabra.

Los dos de policía partieron á cumplimentar las órdenes del superintendente, llevándose al ventorrillero y á las dos mujeres.

Los otros cuatro, atados por los brazos y esposados, fueron sacados del ventorrillo por los agentes de policía.

En el ventorrillo se dejó á dos de ellos, y el resto con el superintendente y el comisario, llevando en medio á los cuatro bandidos, se pusieron en marcha hácia la sierra.

El superintendente y el comisario montaron á caballo.

Al llegar á Maudes, el superintendente recogió gran número de agentes de policía, que desesperados de no encontrar nada, habian ido, segun sus órdenes, á esperarle allí.

No satisfecho el superintendente con los cuatro hombres que se le habian reunido, exigió del alcalde hiciese que le acompañasen armados todos los hombres del pueblo que fuese posible.

El alcalde proporcionó diez hombres bravos y bien armados.

Se embargaron asimismo cuatro mulas para poner sobre ellas á los bandidos.

A su paso el superintendente de policía habia recogido á los tres criados.

Los que habian ido por ellos con el mendigo los habian encontrado en el lugar indicado por el salteador interrogado por el superintendente.

Los tres criados estaban consternados y lloraban á lágrima viva.

Creian que sus señoras habian sido asesinadas.

El superintendente los tranquilizó y los envió con algunos de policía á Madrid para que diesen verbalmente parte al conde de la Salmedina de que la policía estaba ya sobre el camino indudable que debia llevar á libertar á las dos señoras.

En cuanto al mendigo, el superintendente le dijo:

—¿Tu nombre?

—Pablo Quiñones, señor,—contestó el mendigo.

—¿Tu residencia?

—El mundo, señor; yo no tengo casa ni hogar,—contestó el mendigo.

—Pues bien; tú tienes por ahora casa, y más adelante te se proporcionará el que la tengas tuya. A ver, dos de policía: llevad á este viejo á mi casa, que le cuiden en ella y que lo encierren en un cuarto aparte en que haya una cama. Cuando yo vuelva nos entenderemos, buen hombre; y está tranquilo, que me parece que has encontrado el descanso de tu vejez.

—Dios se lo premie á usted,—dijo el mendigo.

Y partió con los de policía que acompañaban á los tres criados del conde de la Salmedina.

El superintendente con los salteadores, ya montados en machos, lo que hacia más rápida la marcha, emprendió de nuevo el camino hácia la sierra.

Capitulo LXVIII.

De como recibió un terrible castigo de la Providencia un infame, y fué entregado otro á la justicia humana.

El amanecer de aquel segundo dia de su cautiverio habia sido horrible para las dos señoras.

Aunque se habia pretendido que comieran, la situacion en que se encontraban no les habia permitido tomar nada.

Desde el momento en que habian sido sorprendidas y arrebatadas, estaban enfermas.

Una palidez mortal cubria su semblante.

Ni aun se habian acostado, á pesar de que los cuatro bandidos que las guardaban las habian procurado, buscándolas en las cabañas de los pastores, pieles de carnero, como ya hemos dicho, y en tal abundancia que se habian obtenido dos lechos muy blandos.

En cuanto á los alimentos, se habia cuidado tambien de ellos; pero ya hemos dicho que aquellos alimentos habian sido tambien inútiles.

Los cuatro bandidos, á pesar de su ferocidad, trataban con una gran consideracion á las dos señoras.

Así se les habia prevenido.

Por la parte de afuera, otros ocho hombres cubrian los desfiladeros que hasta allí conducian, y observaban sin reposar y relevándose cuando alguno de ellos tenia necesidad de descansar.

El contrabandista Gallifero, que se habia presentado á las dos señoras, las habia asegurado que al dia siguiente serian puestas en libertad.

Esto habia aterrado de una manera vaga, pero terrible, á Margarita y á Magdalena.

¿Por qué se las habia robado, por qué se las habia encerrado allí, si habian de ponerlas al fin en libertad?

¿Qué era lo que se habia pretendido con su rapto?

¿Qué intriga oscura y miserable se ocultaba detrás de aquello?

Margarita pensaba en la princesa de Astúrias; pero la repugnaba creer que María Luisa hubiese llegado á una tal perversion de la conciencia, que se hubiese hecho capaz de un crímen.

Y luego ¿para qué esto si se las habia de poner en libertad?

Margarita y Magdalena habian creido encontrar una gran sinceridad en el hombre que las habia hablado al pronunciar aquellas palabras.

No podian, pues, de ninguna manera explicarse el objeto de su prision.

Y el contrabandista habia mentido.

En nada se pensaba ménos que en poner en libertad á las dos señoras.

Muy pronto se convencieron de que esto era falso.

Al amanecer del dia en que el superintendente, con su pequeño ejército, que así podia llamarse á los doscientos ó más hombres que le acompañaban, se acercaba á aquella oculta guarida, un hombre penetró en la cueva.

Venia elegantemente vestido, y un antifaz cubria su semblante.

Pero Margarita no pudo desconocerle en el momento en que le vió.

Era el marqués de Letour, su supuesto abuelo, el hombre terrible de quien se habia visto obligada á huir dos años antes, y por el cual y á causa de su fuga habia conocido al conde de la Salmedina.

El marqués de Letour se habia atrevido á salir con Calcorra del escondite en que se ocultaban.

La impaciencia y su pasion le habian hecho incurrir en aquella audacia, en el momento en que debia suponerse que la policía y los ministros de justicia estuviesen olfateando por todas partes.

A Margarita se le heló la sangre, cuando, á pesar de su antifaz, reconoció á Godofredo de Armagnac.

En cuanto á Calcorra, que le acompañaba y se habia quedado á la entrada de la gruta, tambien cu-

bierto con un antifaz, no le habia reconocido ni tenia motivo para ello.

Margarita no habia visto más que una sola vez á Calcorra cuando su aventura en el puente de Segovia, y no habia vuelto á verle.

El marqués de Letour despidió á los cuatro bandidos que guardaban á las dos señoras; pero previniéndoles velasen á la entrada de la gruta.

Calcorra no habia pasado de aquella entrada.

De Armagnac se quitó la careta, pero Calcorra mantuvo la suya.

—¡Sí! ¡sí!—exclamó Margarita;—lo comprendo todo: esto es una infamia propia de vos.

—Y bien,—dijo el marqués de Letour,—esto que tú llamás una infamia, no es más que un impulso irresistible de mi corazon y de mis celos. Harto tiempo he sufrido, harto tiempo he callado, y al fin no he podido contener el resultado de mi desesperacion. Tú lo sabes, Margarita; tú eres la causa de todo; tú sabes muy bien que ningun vínculo de la sangre me une á tí; tú conoces cuánto te amo y cuánta es la locura que mi amor me ha inspirado.

—¡Sois miserable hasta el cinismo!—exclamó Margarita.—Estais hablando de cosas horribles delante una de las cuales, á lo ménos mi buena madre Magdalena se horroriza de oiros. En cuanto á ese otro miserable que permanece á la puerta de este antro, debe estar acostumbrado á la infamia; no le conozco; pero de él se desprende un hálito de crímen.

Calcorra soltó una insolente carcajada sarcástica.

—Concluyamos, Margarita,—dijo el marqués de Letour.—Tú no estás bien aquí. Yo no quiero que continúen tus dudas, tus vacilaciones, tus temores; es preferible que sepas la verdad á que luches con una terrible duda. Me perteneces, y por esta vez nadie te arrancará de mi poder.

—¿Y mi marido?—exclamó Margarita, que no pensaba en otra cosa que en el conde de la Salmedina.

En cuanto á Magdalena, callaba aterrada.

Miraba de una manera suprema á aquellos dos hombres, y agonizaba casi.

—¡Tu marido!—dijo de Armagnac,—no me nombres á ese hombre, que le aborrezco tanto más cuanto más me he visto obligado á afectar las muestras de un cariño que yo no podia sentir por él, que nunca has debido tú creer que yo sintiera.

—Yo creia y creo en la misericordia de Dios; yo creia y creo que Dios puede tocar siempre con su dedo terrible el corazon de los réprobos y convertirlos; yo creia y creo que Dios no abandona á los que le temen, á los que le aman, á los que en él confian, y á pesar de tu infamia, Godofredo de Armagnac, espero en Dios, que me salvará de tí.

—¡Dios! ¡Dios!—exclamó soltando una carcajada insensata Godofredo de Armagnac.—¡Dios!, ¡Dios! ¿Y qué tiene que ver Dios con todo esto? ¿quién es Dios? ¿á dónde está Dios? Si ese Dios existe, ¿por qué

permite que el corazon humano se agite en la convulsion del corazon, en la desesperacion de la rábia y de la impotencia? No; lo que el hombre hace no es suyo; lo que el hombre hace viene á él de afuera. El hombre no es más que una masa miserable, sujeta á influencias que le modifican, que le trasforman, que son su razon de ser. ¡Dios! ¡Dios! Si existe Dios, ¿qué derecho tiene á acusar al hombre de las consecuencias de las pasiones que se agitan en su corazon, y cuya causa el hombre no ha creado? ¡No me hables de Dios! Esto es inútil; yo estoy desesperado, yo estoy loco, yo estoy resuelto á todo. ¿Qué puede acontecerme? ¿la muerte? Prefiero morir á vivir en el estado horrible en que tu amor me ha puesto.

—¡Pero esto es espantoso!—exclamó, pudiendo hablar al fin, Magdalena.—¡Este hombre es un mónstruo!

—¿Qué sabeis vos de esto, vieja marquesa, que por un fenómeno, por un milagro de la naturaleza, conservais, á pesar de vuestros años, vuestra belleza fresca y juvenil? Pero sí, sí: vos sabeis algo: vos tambien estais desesperada, y si no habeis recurrido á los medios extremos para aliviar vuestra desesperacion, es porque vos no teneis el alma de fuego que tengo yo, la tenacidad de fiera que hay en mi carácter.

—Callaos.

—Callaos vos, Magdalena; vos habeis podido disimular ante todo el mundo, ante Margarita, ante vuestro propio sobrino, la pasion que os corroe

por él el alma y que os empalidece. Si vos no habeis deseado la muerte de Margarita, es no sé por qué, porque Dios ha hecho criaturas que saben sufrir sin odiar.

—¡Oh! ¡qué horrible hombre!—exclamó Magdalena.—¡Qué calumnia tan inícua y tan infame! Mientes tú, ¡miserable! mientes tú,—exclamó, levantándose indignada.—Sí, yo he amado y amo de tal manera á mi sobrino, que mi amor para él es el conjunto de todos los amores que una mujer puede tener por un hombre; sí, es verdad; pero mi amor es digno y puro; más que otra cosa es el amor de una madre. La felicidad de Luis es mi felicidad, y la mujer que hace feliz á mi Luis es mi hija, mi amor, tanto como él. ¡Infame! ¿qué sabes tú del amor, blasfemo, tú que no conoces á Dios? ¿cómo quieres conocer el amor? Es imposible que Dios permita el logro de tus infamias, es imposible; y yo te desafío, sí, yo, una débil mujer, me levanto delante de tí, porque estoy segura de que me ampara el poder de Dios.

—¡Ah! Tú estás loca, marquesa,—exclamó riendo Godofredo de Armagnac.—Y bien, si amas tanto á tu Margarita, tendrás la satisfaccion de vivir á su lado y consolarla de las amarguras que la cause el ver junto á ella, en vez de su hermoso conde de la Salmedina, al terrible Godofredo de Armagnac. ¡Oh! para mí empieza una era de felicidad, no de amor; pero la posesion de Margarita y la satisfaccion de mi venganza al verla sufrir, empalidecer, morir bajo la violencia de mi amor...

—La muerte mil veces antes,—exclamó Margarita, arrojándose tan de improviso sobre Godofredo de Armagnac, que éste no pudo evitar que Margarita se apoderase de su espada y la desenvainase.

En aquel momento Calcorra avanzó hácia la mano en que Margarita tenia empuñada la espada, y la arrolló haciéndola caer sobre uno de los lechos de pieles.

—¡Ah!—exclamó Godofredo de Armagnac;—¿quién os ha permitido una violencia contra esa señora? ¿quién os ha llamado? Dejad, dejad á esa señora; dejadla que me mate: la muerte recibida por su mano será para mí un beneficio. ¡Ah! yo miento; yo no puedo violentarla, yo no puedo hacer nada contra ella, yo no puedo más que desesperarme y morir. Esta es una pasion del infierno, que me corroe las entrañas, que me obliga á separarla del hombre aborrecido que ha tenido la inmerecida fortuna de inspirarla un amor que hubiera hecho la felicidad inmensa de mi vida. Dejadla que me mate; ¿qué me importa? Yo habré muerto, pero ¡él! ¡él! ¡él habrá muerto tambien á estas horas!

—¿Qué es lo que decís?—exclamó Margarita, levantándose de sobre el lecho en que la habia arrojado Calcorra por la violencia de su empuje, pero sin espada, porque Calcorra se la habia arrebatado;—¿qué es lo que decís? ¿que mi Luis ha muerto?

—¡Oh! sí, sí, ¡muerto! ¡muerto!—exclamó Godofredo de Armagnac;—esto debia ser alguna vez. su vida era mi rabia, y esa rabia la ponzoña de mi



MOTIN DE ESQUILACHE.—...Calcorra avanzó hácia la mano en que Margarita tenia empuñada la espada.

corazon: matadme, matadme; yo no quiero otra cosa.

Margarita miró de una manera inmensa, terrible, á Godofredo de Armagnac.

Quiso avanzar hácia él, pero le flaquearon las rodillas.

Se le nublaron los ojos, dió un grito y cayó desmayada en los brazos de la marquesa de Vallezarzal.

La noticia de que su marido habia muerto á aquellas horas le habia roto el corazon.

Margarita parecia un cadáver.

La marquesa de Vallezarzal lo olvidó todo, y sólo pensó en el estado terrible en que Margarita se encontraba.

—¡Oh! no sois hombres, sois fieras,—exclamó Magdalena.—Pero pronto, pronto, no lleveis vuestra infamia hasta el último extremo, es necesario socorrer á esta desgraciada. Sí, si, no perdais tiempo; Margarita se muere.

Esta palabra fué de un efecto mágico.

Godofredo de Armagnac se lanzó fuera de la gruta.

—¿Adónde vais?—exclamó Calcorra.—¿Hasta dónde llegará vuestra locura? Que la habeis matado; ¿qué importa? Eso os curará de vuestra pasion. A la muerte no se ama. Yo no os permito salir.

Godofredo de Armagnac crespó los puños, é iba á lanzarse sobre Calcorra, cuando resonó cerca, entre las breñas, un estampido.

A aquel estampido habian sucedido uno, y otro, y otro.

Se habia empeñado un terrible combate.

Calcorra, que tenia el gran don de no perder jamás la serenidad, se lanzó fuera de la gruta pretendiendo huir.

Godofredo de Armagnac, aturdido, se lanzó tambien fuera; pero al asomar al profundo boquete dió un rugido, saltó sobre sí mismo, cayó, se despeñó por el borde de la meseta que precedia á la entrada de la gruta, y rebotó de roca en roca hasta el inmediato barranco.

Una bala le habia alcanzado en la cabeza entre los dos ojos.

La tapa de su cráneo habia saltado hecha pedazos.

El superintendente habia sido detenido por el disparo de uno de los hombres que esperaban, cubriendo uno de los desfiladeros de al rededor de la gruta.

Aquel disparo le habia muerto un hombre.

La muerte de este hombre fué la señal de un combate y de una carga á todo trance.

El superintendente habia extendido su fuerza en semicírculo por delante de la gruta, que estaba en un bajo, al que se llegaba por una agria escarpadura.

Los cuatro bandidos que habian estado guardando dentro á las dos señoras, se habian lanzado tambien por la escarpadura, y habian aumentado con su fuego el de los otros ocho hombres.

Pero el combate fué muy rápido.

Los que acompañaban al superintendente de policía eran bravos y acostumbrados al peligro.

Muy pronto cinco de los bandidos fueron muertos, y los otros, cortados, se vieron presos y maniatados.

El superintendente avanzó y cogió al paso, en el momento en que pretendia esconderse en un jaral, á Cosme Calcorra.

Este miserable, este hombre fiera, este lobo humano, pretendia hacerse matar antes de rendirse.

Preveia el desenlace que esperaba á su vida de crímenes y de infamias.

Pero el superintendente pudo apoderarse de él sin que recibiese la más leve herida.

Bien es verdad que el apoderarse de Cosme Calcorra habia costado algunas puñaladas á los hombres que se habian echado sobre él.

El superintendente siguió adelante con un valor inaudito trepando el primero por la cortadura que conducia á la gruta, á pesar de que ignoraba si al entrar en la gruta seria asesinado.

La gruta habia quedado completamente libre.

Sólo se encontraba en ella Magdalena, que tenia en sus brazos á Margarita sin sentido y espirante casi.

La marquesa de Vallezarzal lloraba á gritos, se desesperaba, besaba á Margarita, como si con sus besos hubiera pretendido volverla á la vida.

Y tal era la fuerza de la emocion que dominaba á la pobre marquesa, que no se apercibió de que el superintendente entraba en la gruta.

Seguian al superintendente el comisario y algunos agentes de policía, armados.

—¡Oh! ¡gracias á Dios!—exclamó el superintendente;—las hemos salvado.

—¡Ah!—exclamó Magdalena, apercibiéndose entonces de la presencia del superintendente y del comisario.—¿Que nos habeis salvado decís! Dios lo quiera. ¿No veis esta desgraciada que agoniza entre mis brazos?

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó el superintendente.—¿La han asesinado esos miserables?

—¡Oh! tal vez,—exclamó Magdalena, que lloraba á lágrima viva, con las palabras entrecortadas por el llanto.—Sí, sí, es muy posible que la hayan asesinado, aunque no han herido su cuerpo; pero han herido su alma. ¡Oh! ella le ama con todo su corazon, con toda su vida, con todo su ser, y le han dicho que tal vez á estas horas el hombre que es su delirio, su vida, habria muerto.

—¡Muerto el señor conde de la Salmedina!—exclamó de una manera profunda el superintendente.—¡Muerto! ¡quién sabe! estos miserables eran capaces de todo.

—Pero pronto, pronto: es necesario socorrer á esa señora, trasladarla al pueblo más inmediato. ¡Oh, Dios mio, qué desgracia! Esto amarga la satisfaccion que yo traia por el gran servicio que acabo de prestar á la sociedad. ¡Oh! ¡y que se alienten tales crímenes en corazones humanos!

—Venid, venid, levantad cuidadosamente á esta señora, trasportadla; es necesario socorrerla cuanto antes.

—En efecto, se encuentra en un estado peligrosísimo.

Y así era la verdad.

En el inmóvil semblante de Margarita aparecia una expresion terrible.

Parecia que su alma comprimida iba á estallar, haciendo pedazos su ser.

No podia darse un sufrimiento más agudo, más terrible, más desesperado que el que aparecia en aquel hechicero semblante, demudado por una lividez, por una contorsion tan espantosa como la de la muerte.

Cuatro de los hombres que habian aumentado la fuerza del superintendente, pusieron á Margarita sobre un capote de monte y la sacaron cuidadosamente á fuera.

Se emprendió la marcha.

Magdalena, que apenas podia tenerse de pié, fué puesta en una de las caballerías que se habian quedado á poca distancia de allí.

Muy á retaguardia de Magdalena, para que no le viese, se puso á Cosme Calcorra atado por las piernas al aparejo, y con los brazos tambien fuertemente atados á la espalda.

Cosme Calcorra se habia aplomado, se habia aniquilado, por decirlo así, habia gastado sus últimas fuerzas en aquella lucha; veia claro el fin que le es-

peraba, y la ferocidad de su alma se habia convertido en terror.

Y no era solamente el terror de la muerte, y de una muerte infame, lo que aniquilaba á Calcorra; era el pensamiento de que Ana del Rey iba á sobrevivirle, de que tal vez el lazo que se habia tendido al conde de la Salmedina no produciria el resultado que se habia propuesto, y que sobreviviria á la traicion que contra él se habia urdido; que continuaria amando sin obstáculos, sin temor de ningun género, á Ana del Rey.

Esto era más de lo que podia sufrir aquella alma infame, y de aquí su aniquilamiento, de aquí su postracion.

Podia decirse que Cosme Calcorra habia sido ya herido por la mano de Dios; que la ejecucion de la justicia divina se habia anticipado á la justicia humana.

—Más á retaguardia aún, sobre otra caballería, iba el cadáver horrible de Godofredo de Armagnac.

Asi este largo convoy, que tenia mucho de fúnebre, atravesó las primeras asperezas de la sierra de Guadarrama.

Llegó á lo llano y se detuvo en el pueblo, donde fué depositado el cadáver de Godofredo de Armagnac y dejada Margarita en casa del alcalde al cuidado de Magdalena.

El superintendente siguió adelante con Calcorra, y llegó al mediodía á Madrid.

Calcorra fué encerrado en la cárcel, sepultado en

un profundo calabozo, cargado de cadenas é incomunicado.

Entre tanto, el contrabandista Gallifero habia sido sorprendido en su casa y llevado tambien á la cárcel.

Poco despues el conde de Aranda recibia al superintendente, y éste le contaba detalle por detalle lo que habia acontecido.

El conde de Aranda envió inmediatamente á buscar al conde de la Salmedina; pero le respondieron que la tarde antes el conde de la Salmedina habia salido de su casa y que aun no habia vuelto.

—Dios quiera,—exclamó el conde de Aranda al recibir esta contestacion,—que mi buen amigo el conde de la Salmedina no haya cometido una imprudencia que no sea reparable ya.

E inmediatamente dió las órdenes más apremianter para que se buscase por todas partes al conde de la Salmedina.

Capítulo LXIX.

De como era inapreciable la lealtad de Baltasar, y hasta dónde llegaba la flema borbónica de Cárlos III.

Pasaron algunos dias.

El conde de la Salmedina no parecia por ninguna parte.

Se habian empezado á concebir temores de que el conde hubiese sido asesinado, y oculto su cadáver de una manera tal que hacia imposible se diese con él.

Ninguno de los que le habian acompañado habia vuelto.

Esto era extraordinariamente extraño.

Esto les hacia temer todo.

Margarita habia permanecido tres largos dias en un estado de insensibilidad absoluta.

Los mejores médicos de Madrid, que habian acu-

dido á cuidar de ella, habian puesto muy mala cara y habian declarado que aquel parosismo tendria un funesto resultado.

—De todas maneras,—decian,—si esta señora no muere quedará en un estado lamentable. La conmocion que ha experimentado ha sido de tal manera, que se ha lesionado su cerebro; la congestion es insistente, pero no se determina; hay que temer que, si sobrevive, quede afectada por la locura.

Margarita dió, en fin, señales de vida á los tres dias; pero apareciendo en un estado de delirio espantoso.

A pesar de que para contenerla dos hombres forzudos se veian obligados á retenerla en el lecho, gritaba, se enfurecia y pretendia ir á buscar á su marido.

Otras veces la situacion era espantosa; parecia que veia la sombra sangrienta del conde de la Salmedina, y hablaba con ella, y lloraba, y rugia, y se desesperaba, y llegaba al punto de que se hacia imposible presenciar, sin sentirse conmovido de una manera punzante, su delirio.

El pronóstico de los médicos se cumplia desgraciadamente.

Margarita estaba loca.

Habia que esperar, sin embargo, que de la misma manera que la congestion cerebral habia cedido, cediese tambien la locura.

La pobre Magdalena sufria de una manera horrible, debemos confesarlo: sufria mucho más por la in-

certidumbre en que estaba ácerca de su sobrino, que por la dolorosa, la terrible situacion en que se encontraba Margarita.

El corazon de Magdalena se deshacia en lágrimas, y besaba de una manera convulsiva al pequeño hijo de su sobrino, que era un exacto retrato suyo.

Entre tanto, los esfuerzos para encontrar al perdido conde no cesaban, y sin dar resultado.

Al fin un dia se supo la terrible verdad.

Don Baltasar se presentó desencajado, pálido, mal herido, al conde de Aranda.

—Y bien, ¿qué es lo que sucede?—le preguntó el conde.

—¡Qué ha de suceder! —exclamó don Baltasar.—Mi amo, mi pobre amo...

—Y bien, ¿qué?

—Mi pobre amo ha sido asesinado.

El conde de Aranda se hizo contar el lance.

—Y bien,—dijo don Baltasar.—Mi amo habia recibido una carta, en que la señora condesa le avisaba de que era necesario fuese á libertarla del lugar en donde la tenian secuestrada, diciéndole que sólo á fuerza de oro habia podido comprar á uno de sus guardianes, y logró de esta manera escribir la carta en que le avisaba á mi señor.

—¿Es decir,—dijo el conde de Aranda,—que vuestro señor recibió una carta de su mujer?

—Sí, señor.

—Y vuestro señor se olvidó de una preciosa advertencia que yo le habia hecho. Yo le habia dicho:

«Avisadme de cualquiera novedad que ocurra, de cualquiera cosa extraña que veais, por leve que sea.» Yo lo temia todo; yo sabia bien á qué género de gente habia que temer. Esa carta de vuestra señora á vuestro amo era sin duda una falsificacion.

—Eso debia ser, excelentísimo señor,—contestó conmovido y casi llorando Baltasar.—Mi amo no se acordó de nada: el amor á su pobre esposa le arrastraba. Me mandó á buscar gente brava que pudiese acompañarle, y yo la busqué, y partimos en el momento en direccion al monte Boadilla.

—Mirad si esa carta era falsa,—dijo el conde de Aranda;—la princesa de Otranto no estaba secuestrada en el monte de Boadilla, sino en la sierra de Guadarrama, en una guarida de ladrones. Pero continuad, amigo mio, continuad; os escucho profundamente conmovido; no sé cómo consolaros de la desgracia de vuestro pobre amo, ni de la situacion en que se encuentra la princesa de Otranto.

—Pues qué, señor,—exclamó Baltasar apareciendo más y más conmovido,—¿qué sucede á mi señora?

—Está loca,—exclamó el conde de Aranda, tambien profundamente conmovido;—y se alimentan muy pocas esperanzas de curarla de su locura.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó Baltasar;—la ira de Dios ha caido sobre nosotros. Aquel miserable Calcorra...

—Calcorra morirá de mala muerte, de muerte miserable é infame como merece,—exclamó el conde

de Aranda,—ó yo me borraré el nombre que tengo.

—¿Y qué nos importa á nosotros que ese infame muera, aunque muriese aplastado como un reptil? ¿Quién remediará las inmensas desgracias que ha causado? ¡Oh! Mi señor ha sido demasiado imprudente: yo se lo decia bien, porque yo tenia mucha confianza con mi señor: vuecencia está empeñado en tres amores, dos de los cuales son ilegítimos, peligrosos, y pueden traer á vuecencia una desgracia. ¡Ah! yo no sé si cometo una imprudencia, excelentísimo señor,—añadió reponiéndose Baltasar;—el dolor me extravía; he hablado de dos amores de mi amo, y tal vez...

—No paseis cuidado por eso, amigo mio,—dijo el conde de Aranda;—conocemos esos dos amores de vuestro amo, esos dos amores funestos. Sin esos dos amores, ¡oh! sin esos amores, vuestro amo hubiera sido el hombre más feliz de la tierra; pero ¿qué se le ha de hacer? Tenemos corazon, y corazon débil, y el conde de la Salmedena se ha dejado arrastrar demasiado por su corazon. Pero no le han sido funestos esos dos amores: uno sí: el que no ha debido alentar nunca, porque no se comprende que le haya alentado, estando favorecido legítimamente por la princesa de Otranto, con una pasion disculpable por el valor del conde por la princesa de Astúrias. Cesemos, cesemos en esto; yo sé demasiado que vos conoceis los secretos de vuestro señor; yo sin haberlos buscado, los conozco tambien. Vuestro señor, vos lo habeis dicho, ha sido demasiado imprudente; se ha dejado

arrastrar de su corazon; pero lo que ha producido la tremenda desgracia en que ha caido la familia de vuestro amo, no ha sido ciertamente la princesa de Astúrias, no: la princesa de Astúrias no puede alentar en su corazon el crímen: lo que ha producido esa inmensa catástrofe ha sido el empeño de vuestro amo con esa Ana del Rey, unida en mal hora á un hombre tan terrible como Cosme Calcorra. Pero continuad, continuad; todo lo que puede hacerse es tomar una venganza horrible.

—¡Ah! mi amo ha tenido tambien otro enemigo terrible, y es necesario que usted no lo olvide. Ese enemigo, señor, era el señor marqués de Letour. A pesar de su disimulo, á pesar de su fuerza de voluntad para encubrir lo que sentia, á mí no me engañaba. Yo se lo habia dicho á mi amo: usted cree que el marqués de Letour se ha convertido; usted cree que la mano de Dios ha tocado su corazon, que ha conocido la enormidad de sus pretensiones respecto á la señora, y que se ha curado de ellas, que se ha trasformado; tened cuidado, señor, mirad que ese hombre es profundo como un pozo y negro como las tinieblas. Sin embargo, mi amo me llamaba visionario; mi amo confiaba en el marqués de Letour, mi amo habia llegado á tomarle cariño. Y tenga presente vuecencia que el autor de la catástrofe que ha tenido lugar, no es ciertamente Cosme Calcorra, no, sino el marqués de Letour.

—Y bien, ¿qué podemos hacer ya contra el marqués de Letour? ¿de dónde vienes?

—Vengo directamente del lugar en donde he estado herido y encerrado tres dias, y del cual he escapado solo por un milagro y de una manera que no comprendo. He llegado á casa de mi amo y me la he encontrado abandonada, sin más que los criados; y estos me han dicho que la señora estaba en el pueblo de Maudes muy enferma, y que cuidándola, estaba junto á ella la señora marquesa de Vallezarzal. Yo he venido inmediatamente á presentarme á vuecencia, y despues de que haya dado parte á vuecencia de lo que ha acontecido á mi pobre amo y de lo que me ha sucedido á mí, iré, sin pensar en mi herida ni en el descanso que necesito, á buscar á la señora marquesa de Vallezarzal y quedarme á cuidar á mi señora.

—Bien, bien; esto os honra, Baltasar: lo debeis todo á vuestro amo, y cumplís como bueno. Decid y os escucho.

—Pues bien, excelentísimo señor; mi amo cometió la imprudencia de fiarse de aquella maldita carta. ¿Quién habia de creer que no fuese verdadera? parecia de todo punto escrita por la mano de su excelencia.

—¡Oh, sí, sí! ¡siempre la falsificacion!—exclamó de una manera profunda, que no pudo comprender Baltasar, el conde de Aranda;—pero continuad.

—Como he dicho á vuecencia, señor, mi amo me encargó le procurase gente brava, y yo se la procuré.

Partimos para el monte de Boadilla y llegamos á

él al mediodía, y segun se nos indicaba en la carta, debíamos tomar por un sendero, el cual nos conduciria al lugar en donde estaban presas las dos señoras.

En la carta se nos decia que la gente que las guardaba estaba dispuesta á entregarlas en el momento en qué apareciese el señor conde.

Tómamos por aquel sendero, que era escabroso y ornado de la una parte y de la otra de espesas malezas.

De improviso, el conde dió un grito, abrió los brazos, cayó del caballo y no se movió.

Habiá salido un tiro de unas malezas de la izquierda.

La gente que nos acompañaba era brava y se lanzó al lugar de donde el tiro habia salido, pero no encontraron á nadie.

Pasado el primer impulso, aquellos pícaros que me acompañaban, porque pícaros eran, comprendieron que el lance que habia acontecido podria comprometerles, y como ninguno de ellos podia presentarse honradamente ante la justicia, se diseminaron y escaparon.

Yo me quedé completamente sólo junto al cadáver de mi señor.

Estaba muerto con un tiro que le atravesaba la cabeza de una sien á otra.

Excelentísimo señor, yo me desesperaba; yo creia aquello imposible, se me figuraba que una pesadilla se habia apoderado de mí.

Pero aquello, por desgracia, era demasiado cierto.

El conde habia dejado de existir.

Yo no podia abandonarle, y los bribones que nos habian acompañado habian huido.

—¿Y no conoceis á ninguno de esos hombres?

—No, no señor; yo los recluté á granel de la peor gente que encontré en algunas tabernas, al rededor de la casa de mi amo: lo que se necesitaba era gente dura, y yo conozco á un hombre con solo echarle los ojos encima. Esta gente dura, cuando se la paga bien, sirve bien. Me entendí brevemente con ellos, porque para entenderse con una gran brevedad nada como el oro en mano; yo me los llevé conmigo y sin conocer á ninguno de ellos. Para lo que se necesitaban eran bastantes. Pero ha acontecido lo que era natural aconteciese: al ver muerto á mi señor, todos temieron las averiguaciones de la justicia y huyeron.

Yo me quedé solo; yo no sabia separarme del cadáver de mi amo.

De improviso, y cuando estaba transido de dolor, cuando no veia, ni oia, ni podia darme razon de mí mismo, sentí pasos de algunos hombres que se acercaban á mí.

Esto me despertó de mi parosismo.

El dolor, la cólera, la venganza, se apoderaron de mí y me centupliqué.

Acometí como una fiera á aquellos hombres, y aquellos hombres se burlaron de mí.

Eran muchos y fuertes.

Me hirieron de arma blanca en varias partes, y á

fin se apoderaron de mí, me sujetaron y me arrastraron consigo.

Me llevaron á una cabaña solitaria, arrimada al costado de un barranco.

Allí me arrojaron sobre un lecho, y uno de ellos se quedó guardándome.

Se pretendia sin duda que yo no pudiese dar parte de lo que habia acontecido.

Yo estaba verdaderamente enfermo, excelentísimo señor.

Antes de conducirme se me habia hecho presenciar un espectáculo espantoso.

Cuatro de aquellos hombres habian arrastrado el cadáver de mi señor entre las malezas, á la derecha del sendero, y allí habian abierto una profunda sepultura, en la que pusieron á mi señor.

Uno de aquellos hombres tuvo la crueldad de decirme.

—Vaya, tú que has servido tan lealmente á tu amo y que parece que tanto le quieres, échale encima la primera tierra.

Y yo, señor, antes de echar la primera tierra á mi amo puse sobre su cuerpo mi capa para que no le diese inmediatamente sobre el semblante; tomé la azada y arrojé, ébrio de dolor, calenturiento, la primera tierra sobre el cadáver.

Despues de esto, excelentísmo señor, me desmayé.

A la sangre que salia en abundancia por mis heridas, y que era bastante para causarme el vértigo,

se unia el dolor inesperado que yo sentia por la muerte desastrosa de mi señor, la desesperacion inconsolable que ella me acusaba.

Cuando volví en mí me encontré en un mal lecho en una cabaña.

No puedo explicarme por qué aquellos bandidos no me inmolaron tambien.

Por esto he dicho que me habia salvado por un milagro.

Aquellos hombres permanecieron guardándome veinticuatro horas.

Cuando desperté de un sueño penoso en que habia caido á causa de mi cansancio, me encontré solo.

Yo supuse que los bandidos estarian fuera de la cabaña.

Pero nada oia.

El silencio era profundo.

Pasó mucho tiempo y nadie se presentó.

La cabaña, que era de ramas de árboles, bálago y tierra, estaba completamente desnuda, sin un solo utensilio, ni más que una cabecera y una manta que habian traido para mí, yo no sé de dónde.

Mis heridas, que estaban groseramente vendadas, fueron vendadas en fin.

Se comprendia que los que habian cometido el asesinato de mi señor no eran feroces por instinto, y que sólo por avaricia, por el alto precio que sin duda se les habia dado, habian cometido aquel crímen.

En fin, repito que yo me considero vivo por milagro.

Cuando se me ocurrió la idea de que tal vez los bandidos habian desaparecido, procuré levantarme.

Pero me fué imposible.

Mi fiebre era intensa.

Apenas me habia incorporado, cuando volvió á acometerme el vértigo y caí de nuevo sobre la cabecera.

Así pasaron cuarenta y ocho horas más.

Al fin la calentura desapareció, y aunque débil, pude tenerme en pié, pude avanzar lentamente.

Me vestí mis ropas, que habian dejado allí los bandidos.

Me habian robado y se habian llevado mis armas.

Hacia mucho frio, y mi capa, que hubiera podido defenderme de él, habia quedado sepultada con mi señor.

Me habia olvidado de decir á vuecencia que aquellos bandidos, antes de enterrar á mi amo, le habian robado su dinero y sus alhajas.

Con todas las penas del mundo, cayendo y levantándome, arrastrándome á veces sobre mis manos, pude llegar al fin al camino que atraviesa el monte de Boadilla.

Allí esperé echado sobre la yerba al pié de un árbol.

Al fin pasó un arriero que venia hácia Madrid.

Le manifesté el estado en que me encontraba y quién era yo, y el buen arriero me echó su capa para que me abrigase y me colocó sobre uno de sus machos hasta la casa de mi señor.

Aun no hace una hora que he llegado. Vuecencia sabe ya todo lo que yo puedo decirle.

—Será necesario esperar á que os repongais,—dijo el conde de Aranda,—porque supongo que sin vos seria muy difícil dar con el lugar en que está sepultado vuestro amo.

—¡Oh! yo me siento con valor y con fuerzas bastantes para ir en el momento, excelentísimo señor,—dijo el buen Baltasar.

—Si con vuestro sacrificio se pudiera volver á la vida á vuestro amo, yo no vacilaria en aceptarle; pero apenas os podeis mantener sentado,—(el conde de Aranda habia hecho sentar muy desde los principios á Baltasar);—necesitais cuidados urgentes, y vais á recibirlos sin salir de mi casa.

—¡Oh! muchas gracias, excelentísimo señor,—dijo Baltasar;—vuecencia es muy bueno.

—¿Sois casado, amigo mio?—dijo siempre sencillo, siempre dulce, siempre insinuante el conde de Aranda.

—Sí, sí señor; soy casado y padre de un hijo que adoro; yo no me he detenido para ir á ver á mi mujer, que debe estar aterrada; me importaba mucho más los asuntos de mi señora, porque los de mi señor ya han terminado por desgracia.

—¿Dónde se podrá avisar á vuestra mujer?—dijo el conde de Aranda.

—En la antigua casa de mi amo, en Puerta Cerrada.

—Se la va á avisar en el momento: entre tanto.

voy á dar órdenes para que se os ponga en un lecho, se llamen médicos y cuiden de vos.

—¡Oh! mil y mil gracias, excelentísimo señor,— dijo Baltasar.—Pero ¡Dios mio, Dios mio! ¿quién habia de creer que al desbocársele á mi amo el caballo la noche en que iba á batirse hace dos años con el marqués de Arosas empezaba una historia que habia de acabar con tales aventuras?

Don Baltasar fué puesto en un lecho de la habitacion de la casa de Aranda, y se llamó á Rita.

Cumplidos estos caritativos deberes, el conde de Aranda se fué á palacio y dió parte al rey de lo que acontecia.

—Quien mal anda, mal acaba,—dijo flemáticamente Cárlos III:—el pobre Salmedina no observaba muy buena conducta.

Esta fué la oracion fúnebre del rey por uno de sus más leales vasallos y que mejor le habian servido.

Pero no fué esto solo.

Como viese algunos minutos despues á María Luisa, la dijo:

—Estás pálida, muy pálida, hija mia; no parece sino que te va algo en la muerte de Salmedina: yo la deploro; pero, hija mia, quien mal anda mal acaba: cada criatura en esta vida hace su fortuna.

Cárlos III habia entrevisto algo, y tal vez en el fondo de su alma se alegraba de la muerte del conde.

Los favoritos de los príncipes hacen sombra á los reyes.

Recelan de ellos, por lo mismo que recelan del que ha de sucederles en el trono.

A más de esto, Cárlos III no habia perdonado en su real ánimo al conde de la Salmedina el que en el dia del alboroto de Madrid no hubiese cargado y pasado á cuchillo á la multitud que le insultaba.

La primera noticia de aviso de la muerte del conde, la recibió María Luisa de la boca de Cárlos III.

—¿Habia sido esto por ignorancia ó por venganza?

Dios lo sabe.

Capítulo LXX.

En que se ve cómo el conde de Aranda manejaba á la justicia, y se trata del entierro del conde de la Salmedina.

La trajedia del conde la Salmedina con las extrañas circunstancias que la habian acompañado, retumbó en la córte, causando en ella un tremendo escándalo.

Malévolo hubo que, recordando la trajedia de Villamediana en los tiempos de Felipe IV por los amores de la reina, verdaderos ó impuestos, vió en Cárlos III la causa de la muerte del conde de la Salmedina.

Otros, más implacables aún, atribuyeron esta desgracia, ya á celos de la princesa, ya á su cansancio de los amores del conde y al deseo de libertarse definitivamente de él para entregarse sin cuidado á otros nuevos amores.

Importaba poco el verdadero relato de la catástrofe.

En la muerte de Godofredo de Armagnac y la prision y la acusacion de Cosme Calcorra, la suspicaz maledicencia sólo veia dos instrumentos de las iras reales ó del enojo de una princesa ligera, caprichosa y resuelta á todo, hasta lo horrible, por satisfacer sus caprichos en aquellos dos miserables.

¡Y cuánto se engañaba la emponzoñada maledicencia!

Cárlos III era ahorcador como todos los déspotas; pero si mataba por medio de los tribunales, no cabia en su cabeza valerse del asesinato vulgar para satisfacer una venganza.

No podia darse una calumnia más grosera que la que atribuia al rey aquel crímen.

Pero ¿cuándo no ha sido grosera la calumnia?

En cuanto á María Luisa, la calumnia llegaba á ser impía.

La muerte del conde habia sido para ella una desesperacion, de la que debia tardar largo tiempo en consolarse.

Pero María Luisa veia claro.

Estaba muy en los antecedentes, y no culpaba á nadie más que á las imprudencias del mismo conde de su desventura.

Habia necesitado del conocimiento de los compromisos de su situacion para no dar rienda suelta á desesperado dolor por la pérdida del conde.

El de Aranda, en cambio, se alegraba en el fondo de su alma.

Con la desaparicion del conde le quedaba completamente desembarazado el camino.

Habia cesado una peligrosa influencia para con la princesa.

El padre maestro don fray Lorenzo de Velasco y el conde de la Salmedina, últimas esperanzas por el momento de los extrañados jesuitas y de los desorganizados Invisibles, habian perecido.

Aranda podia dormir tranquilo.

Nada habia que se opusiese á su poder.

Y en su carácter mañero se proponia apoderarse de tal modo de la voluntad del príncipe y de la princesa de Astúrias, que cuando por muerte de Cárlos III le sucediese Cárlos IV, continuase su privanza.

El conde de Aranda no desatendia nada, por pequeño que fuese, que conviniese á sus propósitos.

Así pues, conocia perfectamente la ciega pasion que destrozaba el alma de María Luisa por el conde de la Salmedina, aun despues de muerto éste.

Aranda comprendia cuán sedienta debia estar María Luisa de venganza y cuánto ella le agradeceria que aquella venganza fuese pronta y terrible.

Así es que el conde de Aranda, miéntras Baltasar recobraba las fuerzas suficientes para poder llevar la justicia hasta la tumba del conde de la Salmedina, llamó al alcalde de casa y córte don Pedro de Mendoza y le instó para que sin levantar mano,

ni descansar más que lo extrictamente necesario, sustanciase aquel proceso.

—Se necesita ante todo,—contestó el juez,—descubrir el cuerpo del delito, que aparece más grave en la acusacion que encabeza el proceso.

—No os olvideis tampoco,—dijo Aranda,—del proceso referente al asesinato del fraile dominico.

—El sumario acerca de este crimen,—dijo el alcalde de casa y córte,—está ya terminado y ha producido sus consecuencias naturales en parte, y como ya ha sido elevado á plenario, puedo manifestar á usía cuál es la acusacion fiscal.

—Veamos, veamos, señor mio,—dijo el conde de Aranda.

—Y bien; sobreseimiento y absolucion libre de la instancia respecto á doña Ana del Rey, esposa de don Cosme Calcorra, por no resultar contra esta señora méritos algunos.

—Me alegro,—dijo el conde de Aranda,—porque he oido ponderar la hermosura de esa jóven.

—Yo no la he mirado más que con ojos de juez, excelentísimo señor,—se apresuró á decir el alcalde de casa y córte, cuyas mejillas, por lá insinuacion del conde de Aranda, se habian puesto vivamente encendidas.

—Ni yo he podido suponer otrá cosa,—continuó el conde de Aranda;—un juèz recto é incorruptible como vos, no puede buscar en el acusado más que la culpa ó la inocencia.

—Indudablemente, excelentísimo señor,—dijo con

mucha más viveza el alcalde de casa y córte.

—Continuad, continuad, señor mio,—dijo el conde de Aranda.

—Sentencia de muerte y reparacion de daños y perjuicios contra el excelentísimo señor don Godofredo de Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio.

—Esa sentencia en la parte corporal es inútil: la ha ejecutado ya la policía; pero determina infamia.

—Adelante, adelante, señor alcalde. Continuemos.

—Sentencia de muerte en la horca, con mutilacion de la mano derecha á causa de sacrilegio, y descuartizamiento con exposicion de la cabeza en un camino público en la direccion del lugar donde se ha cometido el crímen, y confiscacion de bienes é infamia perpétua contra sus descendientes, contra don Cosme Calcorra, oficial mayor de la contaduría del gremio de la seda.

—Pues haced vos porque la audiencia active cuanto antes ese proceso y el otro, á fin de que demos un espectáculo al pueblo de Madrid; pero que se suprima lo de la infamia, que harta queda con el fanatismo vulgar, á los parientes de los ajusticiados. Sobre todo debemos interesarnos algo por esa pobre y hermosa doña Ana del Rey, que en último resultado no ha sido más que una víctima dolorosa de ese mal hombre; que se quite tambien lo de la confiscacion de bienes, y siempre en beneficio de doña Ana. Es posible que ese miserable haya hecho testamento en

su favor, ó que acusado por su conciencia lo haga antes de morir.

—Yo habia pensado en eso, excelentísimo señor,—dijo el alcalde de casa y córte;—pero como el delito es enorme, yo no me habia atrevido á atenuar en lo más mínimo la seguridad de las leyes.

—Atenuémoslas, don Pedro, en favor de una desgraciada. Haced entender esta observacion mia á la audiencia.

—Muy bien, excelentísimo señor; la audiencia, tanto como yo, tendrá en mucho esta equitativa consideracion de su jefe.

Por lo que se ve, el conde de Aranda no se había olvidado de que Ana del Rey le habia servido para algo en sus negocios, y que tal vez contaba con que en adelante le sirviese mucho más.

El conde de Aranda suponia que el rey no habia olvidado el camino de la casa de Calcorra ni habia perdido el cariño á aquel bello salon que en ella se encontraba.

Ana del Rey era muy jóven aún é infinitamente más hermosa que la ya imposible para el rey marquesa de Esquilache.

Siempre la política se ha perdido por sinuosidades cenagosas, y siempre los cortesanos y los ambiciosos, aun los que aparecen más honrados en la historia, han explotado cuanto les ha sido posible las corrupciones de los reyes.

Don Baltasar se mejoró rápidamente.

Sus heridas por fortuna eran ligeras, y á los

tres dias de haber sido cuidado en casa del conde de Aranda pudo ir sin peligro en un coche con el conde de Aranda hasta el monte de Boadilla, á la entrada del sendero junto al cual estaba la sepultura del conde de la Salmedina.

En otro coche iban el alcalde de casa y córte don Pedro de Mendoza y su secretario.

Seguian á estos dos carruajes una ronda de doce alguaciles á caballo, una seccion de dragones y media compañía del regimiento del Rey.

En jamelgos iban tambien algunos sepulteros de los cementerios de Madrid para exhumar el cadáver.

Acompañaban esta comitiva un médico y un cirujano para hacer el reconocimiento.

Seguian una carroza de la casa del conde, cubierta con paños negros y con los criados enlutados, dentro de la cual iba un magnífico ataud de terciopelo galoneado de oro.

Los escuderos, los ayudas de cámara, los maestresalas, los ujieres, los lacayos, los palafreneros y los cazadores, que componian la numerosa servidumbre del conde de la Salmedina, seguian enlutados y á caballo.

Venian, por último, el capellan del conde con la clerecía de la parroquia de San Andrés y hasta una veintena de frailes franciscos en algunos otros coches.

Acompañaba la correspondiente cera.

El entierro estaba organizado, y su aparato debia empezar en la sepultura abierta al conde por el cri-

men, y terminar en la iglesia de San Justo y Pastor, donde tenian su enterramiento los condes de la Salmedina.

Cuando hubieron llegado á la entrada del sendero por el que se iba á la sepultura, dos criados del conde acercaron á la carroza en que iban el conde de Aranda y don Baltasar, un sillon en que éste último, á causa de su debilidad, debia ser conducido.

Puesto en el sillon don Baltasar, se emprendió la marcha por el sendero bajo su indicacion.

Continuaba la comitiva en el órden siguiente:

Los veinte frailes de San Francisco el Grande con su guardian, en dos hileras con blandones de cera amarilla encendidos, y llevando á su cabeza el guion levantado.

Seguian despues, con el guion de la parroquia de San Justo y San Miguel, la multitud de clérigos que habian sido llamados, presididos por la clerecía de aquella parroquia.

Seguia el conde de Aranda como jefe del duelo, con dos ayudantes y con algunos de sus criados, el alcalde de casa y córte con su secretario y con su ronda de alguaciles, á pié la servidumbre del conde de la Salmedina, que era numerosa.

Por último, el médico, el cirujano, los sepultureros, los conductores del cadáver, que ya llevaban el ataud sobre los hombros, y todos los alguaciles.

Todos los criados del conde de Aranda y los de Salmedina, llevaban blandones encendidos, como el resto del acompañamiento.

Los frailes y los clérigos, cada cual con su capilla, entonaban el oficio de difuntos.

Y no era esta la sola gente que allí iba.

Iban muchos vecinos de Madrid y gran número de personas y justicias de los pueblos circunvecinos.

Por la concurrencia, aquello parecia una romería.

Continuó lentamente la marcha por el sendero, como que los criados que conducian á don Baltasar no podian ir muy de prisa á causa de su carga.

Don Baltasar era un buen mozo que pesaba bien siete arrobas.

Don Baltasar mandó al fin á los criados que se detuviesen y torciesen y adelantasen sobre la derecha, buscando un lugar en qué estuviese rota la yerba y removida la tierra, cuyo lugar se encontraria como á cincuenta pasos de distancia.

Se encontró al fin la sepultura en un lado de un claro del monte.

El acompañamiento la rodeó.

El conde de Aranda, el clero de la parroquia y los padres graves de San Francisco que allí iban, el alcalde de casa y córte y algunos alguaciles, el jefe de la servidumbre del conde de la Salmedina, el médico y el cirujano, se colocaron inmediatamente cerca de la sepultura.

Los dos guiones de la parroquia y de San Francisco se levantaban sobre aquel grupo.

En cada uno de los ángulos de la sepultura se colocaron los cuatro escuderos del conde con sus insignias.

El cura de la parroquia bendijo la sepultura y la regó de agua bendita.

Entonces los sepultureros y los conductores del ataud se acercaron.

Los primeros empezaron cuidadosamente el trabajo de exhumacion.

Entre tanto, los clérigos y los frailes entonaban un responso.

Aquello era grave, solemne, lúgubre, aterrador.

El claro del monte estaba completamente lleno de una multitud silenciosa é impresionada.

Al fin quedó al descubierto la capa que don Baltasar habia extendido sobre su amo.

Al ver esta capa el leal criado, que en su sillon estaba junto á la fosa, se echó á llorar.

Levantada la capa, apareció el cadáver del conde tan fresco, es decir, tan sin señales de descomposicion, sin duda á causa de las condiciones del terreno, como si se le hubiera acabado de sepultar.

Aquello, segun la opinion del guardian de los franciscanos, era una señal evidente de que el conde, por la infinita misericordia de Dios se habia salvado, puesto que, á pesar de haber trascurrido ocho dias largos desde que el cadáver habia sido sepultado, aun no se advertia en él señal alguna de corrupcion ni despedia el más ligero olor fétido.

Si alguien pensó al contrario de lo que decia el guardian, nadie se atrevió á replicarle; más bien todos se adhirieron á su opinion.

Un poco más y el guardian hubiera dicho que

por las señales que Dios dejaba por el conde, habia muerto en estado de santidad y debia esperarse que Roma le beatificase y le canonizase despues.

¿Qué hay que hacer respecto á aquel cuyo cadáver, entre todas las leyes de la naturaleza, se mantiene incorrupto, dando muestras de que Dios ha hecho de aquel cadáver una santa reliquia?

El conde de Aranda de una parte, y de otra el alcalde de casa y córte, cada cual en uso de su jurisdiccion, extendieron acta de la exhumacion del cadáver.

A seguida, puesto el cadáver en la yerba sobre la capa de don Baltasar, el cirujano y el médico procedieron á la autopsia, y certificaron que el conde habia muerto á consecuencia de una herida de bala que habia interesado de una manera determinante la masa encefálica, y cuya herida, por necesidad mortal, habia debido producir la muerte instantánea.

A seguida el conde fué amortajado con un hábito de San Francisco que dentro del atand venia, por haberse encontrado en su testamento, que habia otorgado poco despues de su enlace con Margarita, una cláusula por la que determinaba que su cadáver fuese amortajado en señal de humildad con el hábito ceniciento de los franciscanos de la Observancia.

Se entonó otro responso mientras el conde fué amortajado y puesto en el ataud.

Se cerró este con tres llaves de oro, que contenidas en un lazo, de oro tambien, se entregaron al con-

de de Aranda, que por comision especial del rey presidia el duelo.

Inmediatamente se emprendió la marcha.

Al llegar al camino, el ataud fué puesto en la carroza enlutada que ya hemos citado.

Cuando el entierro llegó cerca de la puerta de Fuencarral, se le unió una diputacion de la nobleza, y cuatro grandes de España, uno de los cuales era el rico marqués de Dos Puentes, tomaron las cintas del féretro.

El acompañamiento se aumentó de una manera extraordinaria en secciones de todas las comunidades religiosas de Madrid, con los niños de la doctrina cristiana, con los acogidos de los establecimientos de beneficencia.

En representacion del rey, se unió al duelo el mayordomo mayor.

Al aparecer el cadáver cerca de la puerta de Fuencarral, el segundo regimiento de la guardia walona, que hasta su muerte habia mandado el capitan general conde de la Salmedina, dos regimientos del Rey, primero de infantería el uno y primero de dragones el otro, y una seccion de artillería, hicieron las tres descargas de ordenanza, mientras toda la iglesia entonaba un responso.

El rey habia querido que por gracia especial y como un recuerdo de sus buenos y leales servicios, y á pesar de estar el rey en la córte, se hiciesen al conde de la Salmedina los honores correspondientes á general con mando en jefe, que muere en campaña.

Así es que desde el momento que se salió para ir á buscar el cadáver, la batería situada junto al quemadero de la Inquisicion disparó veintiun cañonazos, y continuó disparando uno á cada media hora.

Una seccion de dragones se puso á la cabeza del entierro, y cuando este hubo pasado siguieron al duelo, representado por el conde de Aranda, por la clerecía de San Justo y San Miguel, por el mayordomo mayor de palacio y por la invitacion de la nobleza.

Siguieron en columna de honor, con las armas á la funerala, y con las cajas, las trompetas, los pífanos y los clarines destemplados, el segundo de walonas, el primero infantería del Rey y el primero de dragones del Rey, con las banderas y los estandartes con crespon.

La seccion de artillería permaneció fuera de la puerta de Fuencarral haciendo la salva.

Detrás de la columna de honor seguia un número inmenso de carruajes empenachados y enlutados los caballos, enlutados los criados, yendo á la cabeza una carroza de respeto de la casa real y siguiendo las del conde de Aranda y los demás individuos del cuerpo colegiado de la nobleza.

El entierro no podia ser más ostentoso ni más imprudente.

Sobre él venia el rumor de la murmuracion de la inmensa multitud que llenaba las calles y los balcones del tránsito.

Por todas partes se oian decir en voz baja estas ó semejantes palabras:

—Forzosamente: el último consuelo que le queda á la princesa es que su enamorado sea enterrado como un rey. ¡Qué otra cosa ha de hacerse con una persona real?

El escándalo de las relaciones de María Luisa con el conde de la Salmedina habia cundido hacia ya mucho tiempo por Madrid y le conocia todo el mundo, solo que se hablaba en voz baja y entre gentes de confianza, y la opinion pública no se equivocaba.

El rey no hubiera pensado ciertamente en honrar de tal manera el entierro del conde de la Salmedina, si no se le hubiera sujerido la idea.

Y no partió ciertamente esta sujestion de la princesa de Astúrias, sino del príncipe, lo que venia á ser lo mismo.

El príncipe habia sido influido antes que el rey.

Cuando el conde de Aranda salia por los escalones de la bóveda de la iglesia de San Justo y San Miguel, donde habia sido depositado el cadáver, murmuró para sí á punto que retumbaba la tercera y última descarga de ordenanza:

—Asunto concluido, aunque yo hubiera querido bien, no hubiese concluido de una manera tan trágica.

Capítulo LXXI.

En que se ve que las intrigas no habian terminado aún.

Pero aún quedaba algo que hacer, ó como suele vulgarmente decirse, aún quedaba el rabo por desollar. Aun vivia Cosme Calcorra, y ya saben nuestros lectores que Calcorra no era hombre que se desalentaba así fácilmente, ni dejaba de encontrar recursos.

El marqués de Letour habia sido muerto.

Calcorra habia sido preso, pero habia quedado en libertad Gallifero, que habia sabido escapar á tiempo.

Habia un negocio que unia Gallifero y á Calcorra, y éste era uno de los más fuertes que podian existir entre dos criaturas.

Godofredo de Armagnac habia muerto sin ir á desenterrar su tesoro; pero Gallifero tenia la segu-

ridad de que Calcorra sabia dónde aquel tesoro estaba enterrado.

Contra Gallifero se habia expedido una rigurosa órden de prision; pero el caso era que la policía no habia podido dar con él ni con ninguno de los que le habian ayudado en el mal asunto del conde de la Salmedina.

Por medio de la cárcel los tunantes se han entendido siempre con los escribanos y demás gentes de justicia, inclusa la policía.

Gallifero, pues, tenia medio de entenderse con Cosme Calcorra, y no cesaba de insistir en lo del tesoro á cada paso.

Cosme Calcorra comprendia demasiado la suerte que le esperaba, y cada vez que leia una de las cartas que Gallifero le escribia, decia para sí;

—Este pillo tiene razon; mi situacion es cada dia más desesperada; mi mujer influye por venganza con el alcalde de casa y córte, y á mí se me hace más culpable de lo que soy; porque bien mirado, el verdadero autor de la muerte del conde de la Salmedina no lo he sido yo, por más que haya contribuido á ello, sino el señor Godofredo de Armagnac; y en cuanto á la muerte del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco, no está bien probada, ni medianamente probada siquiera, porque me he mantenido negativo y mi mujer no vió que yo fuí quien le dió el golpe de muerte. Yo le he echado toda la culpa á Godofredo de Armagnac.

Ana del Rey tenia fuerza de voluntad y sereni-

dad bastantes para engañar al alcalde de casa y córte.

Tenia el alma destrozada, ensangrentada, desolada, vacía por la muerte del conde de la Salmedina, y sin embargo, siempre que iba á visitarla el alcalde de casa y córte, que era con suma frecuencia, le sonreia, aparecia como que se alegraba de verle.

En una palabra, don Pedro de Mendoza se creia amado de una manera estupenda por Ana del Rey, y esto mismo le espoleaba y le hacia apretar las clavijas á Cosme Calcorra, que se mantenia negativo, dificultando por medio de argucia y por los esfuerzos de su abogado el que pudiese terminarse el proceso y venir á una sentencia.

Cosme Calcorra sabia demasiado que la avaricia por encontrar el tesoro haria que Gallifero extremase todos sus medios de accion, y que un dia, por medio de la fuerza ó de la astucia, le libertasé de la cárcel.

Pero ser libertado por Gallifero no era estar en libertad, porque Gallifero indudablemente no le dejaria sino cuando le hubiese llevado á buscar el tesoro de Godofredo de Armagnac.

Cosme Calcorra esperaba á que recayese en el proceso sentencia del inferior para valerse del medio que aun tenia éste de la propalacion y aun de las pruebas de los amores de la princesa de Astúrias con el conde de la Salmedina.

Cosme Calcorra se habia entretenido en falsificar una larga correspondencia entre el conde de la Salmedina y la princesa de Astúrias; y como Calcorra

habia cogido más de un secreto á aquellos amores, esta correspondencia debia ser tenida por verdadera y alcanzar fuerza bastante para que la princesa de Astúrias interpusiese toda su influencia y le salvase de la trájica muerte que le esperaba, y aún de una condena á presidio; y más aún, que le diese algo para vivir, porque Cosme Calcorra no estaba muy seguro de que Godofredo de Armagnac no le hubiese engañado y que no existiese el tesoro que le habia dicho, y que no fuese cierto el lugar donde le habia dicho De Armagnac tenia enterrado su tesoro.

Cosme Calcorra, pues, se mantenia firme, hasta que, viendo don Pedro de Mendoza que nada podia recabarse de él, que lo que podia averiguarse del proceso se habia averiguado; que era indudable que Cosme Calcorra habia sido el autor directo ó por lo ménos el cómplice inmediato del asesinato del padre maestro don fray Lorenzo de Velasco; que en cuanto al asesinato del conde de la Salmedina, si él no lo habia preparado y premeditado, habia tenido una gran parte en la preparacion y premeditacion; y que, por otra parte, no tenia duda de que él era cómplice en igual grado de culpabilidad del secuestro de la excelentísima señora princesa de Otranto y de la marquesa de Vallezarzal, encontró que por todos estos motivos podia sentenciar á la pena de ser arrastrado, mutilada la mano derecha, ahorcado, descuartizado y puesta su cabeza por los caminos reales, al acusado Calcorra.

Así pues, con la mano firme é impaciente el al-

calde de casa y córte don Pedro de Mendoza, dictó la terrible sentencia, la firmó y se fué por sí mismo á la cárcel y la leyó á Cosme Calcorra.

—Pues apelo,—dijo tranquilamente éste;—ya sabia yo lo que vos habiais de hacer: á vos os tiene sorbidos los sesos y os hacé faltar á la justicia la pasion criminal que sentís por mi mujer, porque al fin mi mujer es todavía mi mujer, y el que siente amor por una mujer casada en vida de su marido, comete, aunque no sea más que con la intención, el crímen de adulterio, y este es un ministro sospechoso que no cumple con la justicia; y todo esto lo aduciré yo en mi escrito de apelacion, y la sala sabrá que uno de sus señores de casa y córte ha descendido hásta el crímen de confabularse con una infame mujer que aborrece á su marido, para deshacerse de éste usando de las leyes y vivir tranquilamente, y confundir el horrible crímen de asesinato por el adulterio.

—Vos sois un desvergonzado,—dijo don Pedro de Mendoza,—y ya me estais acabando la paciencia; y vive Dios que si no mando qué os den una paliza á muerte y despues os encierren en un calabozo, y os tengan allí á pan y agua y comido por las ratas en castigo de tan insolente y criminal desacato á un alto ministro de justicia, es porque vos no creais que lo hago influido por ese amor calumnioso que vos me atribuís, creyéndome capaz de ser tan infame como vos. En fin, señor Calcorra, he de tener la satisfaccion de veros arrastrar y ver que se inutiliza vuestra mano, y se corta la hemorragia con una

plancha ardiendo, y que luego os arrebata el verdugo por la escalera y os echa el lazo al cuello y se arroja sobre vos, y os acaba y os extermina.

Don Pedro de Mendoza se entregaba á uno de sus arrebatos de ira, y Calcorra le contemplaba sonriendo con una sonrisa de lobo, suponiendo en los lobos la sonrisa, lo cual irritaba más y más al alcalde de casa y córte.

Se interpuso la apelacion, y el abogado, que era diestro, que habia previsto este suceso y que se habia provisto de una prueba bastante para comprometer al alcalde de casa y córte, expresó en el escrito de apelacion:

Primero: Que el alcalde de casa y córte no habia juzgado con entera libertad y segun su conciencia, sino influido y arrastrado por sus amores criminales con doña Ana del Rey, esposa del sentenciado.

Segundo: Que no se habia puesto en libertad á la doña Ana del Rey, como parecia de derecho, puesto que contra ella no resultaba nada en el sumario ni en el plenario instruido contra Cosme Calcorra, porque la doña Ana del Rey temia que su marido se evadiese y quedar sujeta á su venganza.

En una palabra; el escrito del abogado era tan tremendo, que la sala, al aceptar, como no podia ménos de hacerlo, la apelacion, tomó acta de las acusaciones que se hacian al alcalde de casa y córte, le encausó; y don Pedro de Mendoza se vió preso.

Y como del plenario ni del sumario no resultase

nada contra Ana del Rey, que ya el alcalde habia hecho de modo que nada pudiese resultar contra ella, Ana del Rey, con gran terror suyo, se vió un dia puesta en libertad.

Pero aconteció que no tenia de quién valerse.

No conocia á nadie.

El alcalde de casa y córte don Pedro de Mendoza habia sido reducido á prision en su casa y guardado en ella de vista mientras se averiguaba la responsabilidad que le cabia en la manera de haber instruido el proceso, y en vista de las pruebas que el abogado de Calcorra habia presentado de la intimidad sospechosa del alcalde de casa y córte don Pedro de Mendoza con la mujer del acusado, no le quedaba á Ana del Rey más medio que el conde de Aranda, y éste se vió metido en otro embrollo.

Un dia le dijeron que una señora muy hermosa y vestida de luto pretendia una audiencia suya.

Ya sabemos que el conde de Aranda era un hombre de una educacion exquisita y que procuraba hacerse todo lo popular posible.

Por otra parte, el conde de Aranda tenia su alma en su cuerpo y no dejaban de causarle una profunda sensacion las mujeres hermosas.

Y con tales encomios le habló de la hermosura de la señora que pretendia una audiencia suya su secretario, que el conde de Aranda cayó en la tentacion y recibió á Ana del Rey.

La reconoció en seguida.

—Y bien, señora, ¿por qué no os habeis nom-

brado?—la dijo, ofreciéndole una silla y manteniéndose siempre dentro de su refinada cortesía, y pudiéramos decir aún, de su galantería.—Yo os hubiera recibido de igual manera.

—Tal vez, señor conde,—contestó bruscamente Ana del Rey,—si yo hubiera pronunciado mi nombre no me hubiérais recibido.

—¿Y por qué, señora mia, por qué?—dijo sonriendo siempre el conde de Aranda.

—Por una cuestion muy sencilla, señor conde. Yo puedo probaros que os habeis metido en una intriga indigna, de la cual hemos sido víctimas los jesuitas, el conde de la Salmedina, la princesa de Astúrias, la princesa de Otranto y yo.

—Por Dios, por Dios, señora,—exclamó el conde de Aranda.—No extraño la situacion en que os encontrais; pero me atrevo á deciros que no estais en el completo uso de vuestra razon.

—Lo que yo estoy, señor conde de Aranda,—repuso con energía Ana del Rey,—es desesperada, y á más de desesperada aterrada. ¿Conoceis vos bien á Calcorra?

—Sé que Calcorra es terrible,—contestó el conde de Aranda;—pero está bien guardado y bien sujeto, y dentro de poco acabará de una manera miserable y definitiva.

—No os fieis gran cosa, señor conde,—dijo Ana del Rey.—Vos no conoceis á Calcorra: el dia ménos pensado os vienen con la noticia de que se ha evadido de la prision, y ¡ay de vos, y ay de mí singu-

llarmente! Yo os suplico hagais cuanto esté de vuestra parte para evitar la evasion de mi marido, que se le cargue de cadenas, que se sujeten estas cadenas á un muro; que tenga además guardias de vista de una gran confianza: de otro modo, señor conde, nos exponemos á una nueva catástrofe. Pero yo encontraría otra cosa mucho más segura aún (y la mirada de Ana del Rey al decir estas palabras, era de todo punto sombría.)

El conde de Aranda adivinó lo que Ana del Rey queria decirle.

—Yo no puedo hacer eso,—contestó;—yo no puedo mandar se dé un veneno á un hombre que está sometido á la accion de las leyes; yo no puedo cometer un crímen semejante; no hay nadie en el mundo que me haga cometerlo, por temible que pudiese ser para mí ese hombre.

—No sabeis bien, señor conde, hasta qué punto puede ser temible para vos Cosme Calcorra; él está en el secreto de todo; él conoce vuestras intrigas; él ha sido el medio de que os habeis valido para herir de muerte á la Compañía de Jesús; él puede, ahora que su causa está elevada á la sala, ahora que no os es tan fácil, por la superioridad del tribunal, manejarlo como manejábais á don Pedro de Mendoza; él puede descubrir tales cosas, probaros tales conspiraciones contra los jesuitas, descubrir de tal manera la infamia que se ha ocultado tras los muros de palacio, que el rey, advertido, pueda tomar una disposicion terrible para vos.

El conde de Aranda comprendió hasta qué punto tenia razon Ana del Rey.

A más de esto, al pronunciar aquellas palabras no amenazaba solamente en nombre de Calborra, amenazaba tambien en nombre suyo; porque Ana del Rey sabia lo bastante para producir una situacion gravísima, dado caso que tuviese que ir á arrojarse á los piés del rey, y hacerle desesperada una relacion terrible.

No habia que dudar de la grande audacia de Ana del Rey, que estaba loca.

—¡Tranquilizaos, tranquilizaos, señora!—le dijo el conde de Aranda;—¿qué podeis vos esperar en este mundo? ¿qué podeis temer? Desgraciadamente, el hombre á quien tanto habeis amado, el hombre que os ha enloquecido, el hombre que os ha traido á la situacion en que os encontrais, no existe...

—¡No existe!—exclamó Ana del Rey, lanzando una terrible mirada, impregnada de ódio y de venganza, en el conde de Aranda,—porque vos no habeis querido impedir su muerte; no existe, porque vos veíais en él un elemento terrible contra vuestro poder, por el poder que concedia al conde de la Salmedina la pasion insensata que por él sentia la princesa de Astúrias; no existe, porque vos sois un hombre frio y egoista, que marchais derecho hácia vuestro objeto, atropellándolo todo, aunque tengais que atropellar cadáveres y desgracias; no existe, porque vos, sin comprometeros directamente, habeis manejado una sorda y miserable intriga que ha dado por

resultado un sinnúmero de desgraciados; vos habeis contraido muy ligeramente vuestras victorias; vos habeis dicho: «La muerte del conde de la Salmedina me libra de un rival; de un enemigo, que era el alma, el pensamiento, el impulso de la princesa de Astúrias; la princesa de Astúrias lo olvidará, y yo podré hacer se apodere de su espíritu un hombre que sea completamente una hechura mia.» Vos, despues de vuestra traicion ejecutada contra los jesuitas, habeis ejercitado contra Salmedina, contra la princesa, contra mí, otra traicion infame; pero aun estoy yo delante de vos: yo soy tan temible, y acaso más temible que Calcorra; yo he llegado á vos franca y lealmente á ampararme de vos, y vos, á pretexto de vuestra conciencia, de una conciencia manchada de sangre y lodo, os negais á libertarme de la saña de ese demonio, como el conde de la Salmedina, verdaderamente por conciencia, porque á pesar de todo, era un caballero, se negó á tomar siempre una determinacion decisiva. ¡Ojalá la hubiera tomado; ojalá me hubiera oido! no se hubiera hecho otra cosa que ejercitar un acto de justicia contra ese infame, contra ese malvado Calcorra, y la muerte del conde no hubiera acontecido, ni vos hubiérais llegado á pensar que estábais libre completamente de todo peligro, y proscrita para siempre, para siempre sentenciada, vencida por vos, la Compañía de Jesús.

Ana del Rey aparecia terrible.

Sin embargo, Aranda no se descompuso.

—El dolor os extravía, señora,—la dijo;—vos veis lo que no existe: vos os encontrais en una situacion extraordinariamente difícil; temeis á vuestro marido de una manera exagerada; vuestro marido es hombre muerto, sin que haya necesidad para ello de recurrir al crímen; porque una muerte causada fuera del derecho, fuera de la accion de las leyes, es un crímen. A más de eso, señora, vuestra posicion es muy difícil; estais pobre, no teneis adónde volver los ojos, y yo adivino en vos otra solicitud que aún no habeis expresado, y cuya manifestacion os cuesta trabajo: vos necesitais ser amparada.

—Indudablemente, señor conde de Aranda; pero no será á vos á quien yo pida amparo; esto me ligaria á vos por algo que podria llamarse agradecimiento, y yo no quiero tener que agradeceros nada; yo quiero quedar con mi conciencia libre, para obrar contra vos con todo mi poder; por consecuencia, no será de vos de quien yo reciba un solo maravedí, ni el más leve favor, ni el resultado de la más pequeña solicitud; no, en otra parte encontraré todo lo que necesite; pero meditadlo bien, señor conde de Aranda, es necesario que Cosme Calcorra muera, que muera cuanto antes; yo os lo digo, yo os lo advierto: Cosme Calcorra podrá ser muy bien no pueda recobrar su libertad; pero sin recobrarla, él será lo bastante para que os veais terriblemente comprometido.

—Sea lo que quiera,—dijo el conde de Aranda;—si oyéndoos llevase yo á cabo lo que me aconsejais,

justificaría todas las acusaciónes que vos en vuestro estado de insensatez, causada por vuestra desesperacion, me atribuís; tengo el sentimiento de que una persona tal como vos, á quien yo estimo á pesar de todo, porque conozco perfectamente las causas que os han traido á la situacion en que os encontrais, se muestra tan enemiga mia; no importa, señora: no haré nada por vos, puesto que no quereis que por vos haga yo nada; pero tampoco haré nada contra vos. Es todo cuanto tengo que decir, señora, y os repito que es dolorosísimo que una persona tal como vos, que favorecida por la fortuna hubiera sido un ángel, se vuelva contra mí irritada, con la cólera y con la intencion de un demonio. Mi conciencia, lo digo aún, está tranquila, y mi dignidad y mi honor no se doblegarán ante nada.

—Bien, muy bien, señor conde de Aranda,—dijo Ana del Rey;—y en verdad, en verdad, no sé por qué yo he de separarme disgustada de vos; vos sabeis ya, lo debeis saber, estais perfectamente advertido: vos no podeis ni debeis decirme que obrareis conforme á mis consejos; pero yo tengo casi la seguridad de que comprendereis perfectamente que la existencia de Cosme Calcorra es para vos un peligro gravísimo, y que vos procurareis libertaros de ese peligro. Bésoos la mano, señor conde; que Dios os guarde.

Y Ana del Rey salió altiva y terrible.

—¡Ah, ah!—exclamó el conde de Aranda.—¿Con qué nueva intriga tendremos que luchar? Y bien, de-

la misma manera que Dios nos ha salvado de las otras, nos salvará de esta.

La verdad era que el conde, despues de la visita de Ana del Rey, se quedó terriblemente inquieto.

Capítulo LXXII.

De como volvió á servir el escondite del palacio del Pardo.

Ana del Rey no tenia ni casa ni hogar, ni casi conocimientos.

Habia vivido aislada entre su marido y sus amores; gracias si de la cárcel habia salido con un traje decente; pero Ana del Rey habia adquirido ciertas relaciones por sus amores con el conde.

Entre estas relaciones se contaban Baltasar y Benito Cascajares.

De Baltasár era necesario prescindir.

Baltasar estaba dolorido por la muerte de su amo, y debia ver naturalmente en Ana una de las causas de aquella muerte.

Ana, pues, rechazó la idea de ir á ampararse de Baltasar.

—Sin embargo,—se habia dicho:—Baltasar sabe bien cuánto me amaba su desventurado amo; Baltasar es leal como un perro, y por la memoria de su amo haria por mí todo cuanto pudiese. Sin embargo, ¿para qué ir á Baltasar? no le necesito; ahí tenemos al señor Benito Cascajares, á quien puedo comprometèr gravemente.

Y Ana del Rey, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se fué á Palacio, se metió por la escalera de Damas, llegó á la galería alta, preguntó al primero de Palacio cuál era la habitacion de don Benito Cascajares, y al ver el preguntado la hermosura y la distincion de la que le hacia la pregunta, la condujo hasta la puerta de la misma habitacion de Cascajares, adonde la dejó, alejándose despues de haberla saludado respetuosamente.

Ana del Rey llamó de una manera nerviosa á la puerta de la habitacion de Cascajares.

La puerta se abrió inmediatamente, y al abrirse, la persona que habia aparecido detrás de ella retrocedió como si hubiera visto la cabeza de Medusa.

La persona que habia abierto era la pequeña y crasa Eduvigis, que miró con ojos espantados á Ana del Rey.

La Eduvigis, á pesar de su crasitud, tenia un delicado instinto.

Comprendió que aquella mujer tan hermosa tenia mucho de terrible, y que no podia ser más que un peligro para su Benito.

Sin embargo, como estaba acostumbrada á la hi-

pocresía y á las cortesanías palaciegas, saludó cumplidamente á Ana del Rey y la dijo:

—¿Qué es lo que se os ocurre, señora? ¿En qué hay que serviros?

—¿Vive aquí don Benito Cascajares?

—En efecto, señora, aquí vive; pero mi marido no está en casa.

—¿Estará, pues, en palacio?

—No lo sé: yo creo que está desempeñando alguna comision fuera.

—En ese caso, señora, vos me permitireis que le espere.

Esto era ya demasiado directo, y doña Eduvigis no se atrevió á negarse.

Hizo pasar á Ana del Rey, y la llevó al saloncito que en su bella habitacion superior tenia Benito Cascajares.

—Yo no sé,—la dijo al ofrecerle un asiento, que Ana del Rey aceptó con un gran desembarazo que sin embargo no tocaba en desvergüenza,—lo que Benito podrá tardar; hay veces que se pasa el dia entero fuera de casa, y otras, que sin que yo lo sepa se ha ido obedeciendo una órden de su majestad ó de su alteza, al Pardo, al Escorial ó Aranjuez.

Eduvigis se habia propuesto aburrir con una larga espera á Ana del Rey, y que esta, cansada de esperar, se marchase.

Debia advertir á su marido.

—Dispensadme, señora,—la dijo,—si os dejo un momento; luego seré completamente vuestra.

—Sí, sí, por mí no abandoneis vuestra casa,—dijo Ana del Rey, que comprendia perfectamente que Cascajares estaba allí y que su mujer iba á advertirle.

Eduvigis extremó sus cumplimientos y salió.

En efecto, Benito Cascajares estaba almorzando en el momento en que habia llamado á la puerta Ana del Rey.

Afortunadamente la criada que les servia estaba en la cocina, y la viveza de Eduvigis fué la que le hizo ir á abrir personalmente la puerta.

—Y bien,—dijo Eduvigis entrando en el comedor;—¿tú sabes lo que sucede?

—¿Y qué nuevas cosas suceden?—exclamó Benito Cascajares estremeciéndose, porque toda novedad le alarmaba; tan tremendas habian sido las novedades que le habian pasado de algun tiempo á esta parte.

—Pues nada; que ahí está una señora hermosísima, tan hermosa como yo no he visto dos, y que a mi modo de ver no tiene el alma tan hermosa como el cuerpo. A mí me ha dado un no sé qué de miedo al verla de repente; traia los ojos, que son negros, negrísimos hasta más no poder, de una manera que no parecia sino que aquella señora venia resuelta á alguna cosa enorme.

—Díme tú, Eduvigis: ¿qué señas tiene esa señora?

—Es morena encendida, una de esas morenas que en fuerza de la limpieza de su color parecen blancas, blanquísimas.

—¿Dices que tiene ojos negros y grandes?

—Sí.

—¿Mira de una manera profunda, intencionada?

—Sí, hombre, sí.

—¿Tiene la frente pura y despejada?

—Sí, hombre, sí: es hermosísima.

—¿Tiene los cabellos negros, sedosos y ondeados?

—Sí, hombre, sí.

—¿Es así, más bien alta que baja, esbelta y con unas magníficas formas?

—Sí, hombre, sí.

—¿Con unas manos preciosas?

—Precisamente.

—¿Viste con elegancia?

—¡Vaya! como una señora, y como una señora de alto coturno.

—Díme tú, Eduvigis: ¿es desenfadada sin ser insolente?

—Sí, hombre.

—¿Serena, lo que se llama una mujer serena, y tiene trazas, así, de atreverse á todo?

—Sí, hombre, sí; parece que á ella no le puede poner miedo ni un rayo.

—Pues estamos como el pez en el agua,—dijo Cascajares, haciendo su mohin habitual, esto es, tragándose una nuez enorme.—Esa señora, segun lo que tú me dices de ella, es ni más ni ménos que la doña Ana del Rey, esposa de Cosme Calcorra, el asesino infame, querida que fué de ese pobre conde

de la Salmedina; en fin, la persona de quien te he hablado tantas veces.

—Pues, hijo, mira tú cómo sales de este nuevo compromiso,—dijo Eduvigis,—porque esa señora viene, sin duda, á alguna cosa, y á alguna cosa gravé.

—Por lo mismo, Eduvigis, aunque tú has hecho bien en cubrirme y en decirla, como supongo, que yo no estoy en casa, es necesario no hacer esperar á esa persona: no sabes tú lo violenta, lo terrible que es: seria una imprudencia el exponerse á contraer su ira. Pero, señor, si estaba presa, ¿cómo tan de repente se encuentra en libertad, cuando su marido ha sido sentenciado á muerte? En fin, Eduvigis, yo no almuerzo más, yo he almorzado ya lo bastante, y si me quedaba algo de apetito, me lo ha satisfecho la llegada de esa señora. Voy, voy á presentarme á ella inmediatamente.

Y Benito Cascajares se arregló el peluquin, se estiró la chupa y la casaca, se miró al pasar en el grande espejo de un armario, y satisfecho de que estaba perfectamente presentable, se fué al estrado, y al abrir una puerta vidriera dijo:

—¿Me permitís, señora mia?

Ana del Rey se volvió, vió á Cascajares, y le dijo sonriendo:

—Venid, venid, amigo; tengo que hablaros de cosas muy importantes, y que por mucho que lo sean para mí, no lo son ménos para vos: venid; me alegro mucho de que hayais llegado un momento

despues de haber venido yo; vuestra esposa me habia dicho que estábais fuera.

—En efecto, sí, señora; estaba fuera, empleado en una comision de la señora princesa de Astúrias.

—¡Ah! la princesa de Astúrias,—exclamó de una manera singular, con acento ópaco y profundo, Ana del Rey;—pero sentaos, señor Cascajares, sentaos, tengo que hablaros largamente.

Benito Cascajares se sentó.

Habia tenido lugar de reponerse y aparecer tranquilo, amable, afectuoso, y aún contento de la presencia de Ana del Rey.

Sin embargo, la procesion, como suele decirse, andaba por dentro, y el susto que Cascajares sentia era de primer órden.

—Y bien, señora,—le dijo,—¿cómo puedo tener la felicidad de serviros?

—En primer lugar, señor Cascajares, necesito algun dinero.

—¡Oh, señora, si no es más que eso, me pedís la cosa más fácil del mundo; yo tengo á vuestra disposicion todos mis ahorros, sintiendo infinito que no sean tantos para tenerlos á vuestra disposicion como vos mereceis.

—No, no señor; no necesito más que una pequeña cantidad para pasar unos dias en una casa mediana, que pueda llamarse mia; porque, francamente, yo me encuentro sola en el mundo, sin hogar, y á no ser por vos, me veria obligada á pedir una limos-

na; porque yo no conozco á nadie, absolutamente á nadie; la persona que me ha traido á la desesperada situacion en que me encuentro, ha muerto desgraciadamente, y su muerte ha llenado mi alma de un luto que no se la quitará jamás.

Y Ana del Rey se conmovió.

Al recuerdo punzante del conde de la Salmedina se la llenaron los ojos de lágrimas, y luego, sin poder contenerse, principió á llorar.

Cascajares no era lo que podia llamarse completamente un hombre malo.

Le quedaba algo de corazon, y se entristeció al ver el terrible dolor de Ana del Rey.

Aquel dolor no era fingido.

Las lágrimas de Ana del Rey eran de esas que sólo se vierten por el desconsuelo terrible, por la agonía del alma.

—¿Y en fin, señora, qué le hemos de hacer?—dijo Benito Cascajares;—así estaba de Dios.

—¡Ah! no digais que estaba de Dios lo que ha sucedido,—exclamó Ana del Rey, cuyas lágrimas se cortaron;—no; todo lo que ha sucedido estaba de Satanás, y las consecuencias no pueden ménos de ser terribles. Señor Benito Cascajares, yo necesito de vuestros servicios, é importa poco, muy poco, el dinero que me procureis, por alta que fuese su cantidad; necesito algo más importante de vos.

—Y bien, señora, empecemos por lo primero; vos necesitais dinero, y yo voy á traeros inmediatamente doscientos doblones.

—No, no necesito tanto, y sobre todo, no quiero que os apresureis; lo arreglaremos de otra manera, señor Benito Cascajares; entendámonos: lo que yo ante todo necesito es vivir de tal manera oculta, que no se sepa dónde estoy.

—¿Cómo qué, señora, tal vez os habeis escapado de la cárcel?

—Señor Benito Cascajares, yo habia sido presa sin motivo justificado, y si habia permanecido presa más tiempo del que he debido estarlo, ha sido porque el juez me ha servido y ha entretenido la causa; yo he temido siempre que mi marido se fugue de la prision, y si se hubiera fugado estando yo en libertad hubiera corrido un gravísimo peligro. Esta es una historia del diablo, señor Cascajares, y como yo, lo repito, temo que mi marido se escape de la cárcel y me encuentre, vos hareis de manera, puesto que teneis tantos conocimientos, que yo viva oculta, ocultísima, hasta que ese infame que Dios me ha dado por marido haya pasado á la eternidad.

Y el acento de Ana del Rey era lúgubre, siniestro y tal, que á pesar de sus picardías y de que no tenia la conciencia limpia, Cascajares se estremeció.

—Bien, señora, bien,—dijo,—yo tengo donde ocultaros de manera que no os encuentren ni con hurones; ¿y qué más deseais?

—Señor Benito Cascajares, yo necesito una audiencia de su majestad, una audiencia secreta, secretísima, en altas horas de la noche, cuando nadie pueda verme entrar en su cámara.

Benito Cascajares abrió enormemente los ojos, se tragó una nuez, guiñó de una manera poderosa, lo que representaba en él, como sabemos, una terrible conmocion nerviosa, y dijo:

—¿Conoceis vos bien á su majestad el rey nuestro señor don Cárlos III?

—Pues porque lo conozco bien, señor Benito Cascajares, es por lo que deseo tener con su majestad una entrevista secreta.

—Pero, señora,—exclamó Cascajares,—conviniendo en que á su majestad le pueda ser muy grata vuestra visita, ¿creeis que yo puedo atreverme así, de cualquiera manera, á ir á su majestad á decirle que la señora doña Ana del Rey, aquella doña Ana del Rey que tanto su majestad conoce, desea tener con él una entrevista secreta en las altas horas de la noche? ¿habeis olvidado vos lo tieso que es el señor don Cárlos III, y que puede suceder muy bien que, por un tal atrevimiento mio, haga conmigo cosas en las cuales no quiero pensar, porque me pongo malo?

—Señor Benito Cascajares, me parece que vos habeis perdido toda vuestra penetracion, y que por un accidente que no comprendo se os ha reblandecido la cabeza: ¿pues no comprendeis que esta intriga para vos puede ser inmensamente favorable? ¿No comprendeis que podeis llegar por mi medio á todas las más altas ambiciones que hayais soñado?

—Segun, segun y cómo, mi señora doña Ana,—exclamó Cascajares con acento significativo é inti-

mo;—vos no sabeis, el rey se ha quedado sin alma.

—El rey, cuando alguna de las veces que iba á mi casa me veia, palidecia al verme, y sus ojos, contra su voluntad, se volvian y me abarcaban con audacia. Estad seguro, señor Benito Cascajares, de que si el rey hubiera sido más aventurero y hubiera estado ménos cogido por el marqués de Esquilache, yo hubiera sustituido á la marquesa en el corazon del rey; pero yo no pensaba en esto, yo no queria esto: yo estaba cansada de la vida, doblegada bajo mis desgracias antes de conocer al conde de la Salmedina; despues de conocer al conde de la Salmedina, no existia para mí ni el rey, ni Dios, ni nadie más que él. Ahora es distinto: ha muerto él, necesito vengarme; el rey me repugna; le detesto, porque en parte tiene tambien la culpa de todo lo que ha sucedido, con su torpeza, con su nulidad, que le hace tan propenso á ser engañado; y sin embargo, yo necesito embriagar al rey, y le embriagaré, porque vos me acercareis al rey, estoy segura de ello, señor Cascajares; vos no quereis disgustarme; ¿no es verdad, señor Cascajares, que vos no querreis disgustar á vuestra pobre amiga?

Y en el fondo de estas palabras de Ana del Rey habia una ironía terrible y una amenaza potente.

Cascajares se doblegó: comprendia que Ana del Rey era capaz de buscar por otro lado su aproximacion al rey Cárlos III, aunque fuese necesario esperarle al pié de la escalera principal de palacio, al entrar en el coche, con un memorial en la mano, y Be-

nito Cascajares se asustó de las consecuencias que podrian sobrevenirle por no haber servido á aquella mujer satánica.

Era un nuevo compromiso que se le venia encima.

Se apresuró, pues, á decir á Ana del Rey:

—Pues por supuesto, señora, por supuesto que será lo que vos querais; ¿y cómo no serviros con toda mi alma? aunque á decir verdad, no sé cómo manejarme; el rey nuestro señor no es tan abordable como vos creeis, particularmente para los empleados de palacio, y este caso es formidable, terrible.

—Sin embargo, los Cascajares han hecho muchas cosas, señor Benito, que parecen increibles; yo conozco algo de la historia de vuestra familia.

—Indudablemente, el conde de la Salmedina pudo haberos contado algo,—dijo Benito Cascajares, mirando con una ansiedad mal oculta á Ana del Rey,—por su intimidad con la señora princesa de Astúrias, y os hablo de esto, porque vos conocíais esa intimidad: el señor conde de la Salmedina ha sabido muchas cosas de palacio; pero exagerado ese acceso, que se decia por ciertas personas, hemos temido siempre los Cascajares respeto á nuestros señores. En fin, doña Ana, yo haré todo lo que pueda, y espero que conseguireis lo que deseais; y como estais impaciente, y yo no lo estoy ménos por salir del gravísimo apuro en que me poneis, os pido licencia para dejaros; cabalmente es la hora del almuerzo, y

su majestad debe estar concluyendo, y nunca está su majestad tan dispuesto para todo como despues de bien repleto.

—Sí, sí, id, señor Benito Cascajares; yo os espero, y os espero con impaciencia.

Benito Cascajares dejó á Ana del Rey, entró en el otro aposento, é informó rápidamente á Eduvigis de lo que pasaba.

Se quitó su traje de paisano y se puso el uniforme de su oficio en palacio; un uniforme algo más rico que el de los ujieres y ménos que el de los gentiles-hombres y que los mayordomos de semana; pero en fin, Benito Cascajares parecia con aquel uniforme un personaje.

Cárlos III no permitia se faltase en lo más mínimo á la etiqueta, y ninguno de sus súbditos podia presentarse á él sin el traje de etiqueta que le correspondia, ni aun los más allegados.

La casa de Borbon ha sido siempre faustosa.

Sus reyes no podian pasar sin estar rodeados de uniformes galoneados y bordados de oro.

Benito llegó en el momento en que el rey, despues de haber almorzado, entraba en su recámara.

No era la hora más á propósito para ver á su majestad, porque Cárlos III despues de haber comido necesitaba algun tiempo de reposo.

Una hora despues del almuerzo no se dejaba abordar por nadie.

En seguida salia, entraba en el tren que le esta-

ba aguardando, y se trasladaba al Pardo, donde hacia dos ó tres horas de ejercicio cazando, y despues se volvia á palacio.

A pesar de que Benito Cascajares sabia esto, tal era el susto que tenia en el cuerpo, que se atrevió á faltar á la etiqueta en aquel momento crítico.

Llegó al gentil-hombre grande de servicio, y le dijo:

—Señor duque, yo siento mucho incomodar á vuecencia y suplicarle una cosa, á la que sé bien me va á poner vuecencia óvices justísimos; pero se trata de un asunto muy importante, muy importante, importantísimo, y así puede vuecencia decírselo á su majestad.

—¿Pero de qué se trata, señor Cascajares?—dijo lleno de bondad el duque de Escalona, que era el que en aquel momento estaba de servicio.

—Se trata, señor duque,—dijo con gran vehemencia y con gran cortesía y con gran dulzura Cascajares,—de un asunto tan grave, tan gravísimo, que podrian acontecer desgracias á su majestad si no me recibe al momento.

El duque de Escalona no encontró medio de negarse.

Sabia muy bien que podia recibir un mal encubierto desabrimiento del rey; pero, sin embargo, abrió la puerta de la cámara y dijo:

—Señor.

—¡Qué! ¿qué es eso?—dijo Cárlos III, volviéndose bruscamente.

—Aquí está Cascajares, que desea una audiencia de vuestra majestad.

—¿Y no sabe Cascajares,—contestó el rey,—que estas son horas en que yo acostumbro no dar audiencia por nada y para nada?

—Excúseme vuestra majestad, señor,—dijo el duque de Escalona,—yo no me hubiera atrevido á molestar á vuestra majestad, si Cascajares, á quien tengo por un hombre lealísimo, no me hubiera dicho que es de una alta importancia, de una importancia trascendental, el que vuestra majestad le dé en el momento audiencia.

—¡Ah! ¡ah! ¿eso dice Cascajares? pues debe ser cierto; Cascajares no se atreveria á faltar de ese modo si no fuese por una causa muy grave; hazle, hazle entrar, duque: veamos, veamos qué es lo qué quiere ese buen Cascajares.

Cascajares fué inmediatamente introducido.

Hizo una profunda reverencia, adelantó en un paso particular, mesurado, igual, con arreglo á las más rígidas prescripciones palaciegas.

A cierta distancia hizo otra profunda reverencia.

Llegó al fin á cierta distancia del rey, é hincó una rodilla.

—Levántate, hombre, levántate, y acaba de una vez,—dijo Cárlos III;—¿qué cosa es esa grave, gravísima, que tienes que comunicarme?

—Yo, señor, no puedo decir á vuestra majestad esa cosa tan grave aquí, donde puede ser oida

por los gentiles-hombres, que, dispénseme vuestra majestad, tienen oidos de culebra y olfato de zorra.

Cascajares era una especie de medio bufon, que se atrevia á todo hasta cierto punto con el rey.

Cárlos III tenia la apariencia de la bondad, que aparecia en él como un hábito y que le servia para encubrir sus sentimientos.

—Bien, hombre, bien, con tal de que no salgas luego con alguna tontería de las tuyas. Sígueme; vámonos á mi recámara. Además de esto, cerraré la puerta; contigo bien puedo yo encerrarme: estoy seguro de que tú no serás un agente de los jesuitas.

Como se ve por estas palabras, el rey trataba con una gran confianza á Cascajares.

Y además de esto se notaba tambien que los jesuitas eran su pesadilla, su eterno pensamiento.

El rey entró en su recámara.

Le siguió Cascajares.

—Cierra la puerta,—dijo el rey.

Cascajares cerró.

—Vamos pues, díme lo que te trae de una manera tan urgente.

—Pues, señor, yo no sé cómo empezar, ni cómo quedarme callado, ni qué hacer, ni en fin, dónde estoy; esto para mí es una cosa que se me ha caido encima de la cabeza, y que moralmente me ha matado.

—Pero, hombre, ¿tan grave es ese negocio?

—¡Ay, señor, señor! grave, muy grave, gravísimo, y tanto que yo estoy aterrado; pero en fin, los malos tragos se pasan de una vez. Doña Ana del Rey

solicita una visita secreta con vuestra majestad á altas horas de la noche.

Cascajares, que dijo estas palabras de la manera más extraña del mundo, con un cierto tonillo y con una cierta densidad, como aquel que dice desesperado una cosa que no puede dejar de decir y por la cual le puede acontecer una gran desgracia, se calló y se quedó encorvado delante del rey, como diciendo: *Mea culpa*: haced de mí, señor, lo que mejor os plazca.

El rey se inmutó.

Cascajares, que á pesar de todo tenia la grande prenda de la serenidad, y por muy aterrado que estuviese no dejaba pasar desapercibida la más leve circunstancia, se alentó.

La conmocion del rey habia sido para él del me jor agüero.

Aquella conmocion representaba para Cascajares una llamarada del corazon del rey, producida por un recuerdo candente.

Ana del Rey le buscaba.

Ana del Rey, aquella mujer en quien tanto habia soñado, á quien tanto habia deseado, á la que no se habia atrevido á decir ni una sola palabra, ni á indicar de la manera más lève el efecto que causaba en él: y ella estaba allí, en palacio, sin duda en la habitacion de Cascajares.

Esto habia causado la repentina palidez y el leve estremecimiento que Cascajares habia notado.

Sucedieron algunos momentos de un silencio que

podríamos llamar solemne, si hubiera sobrevenido en otra situacion.

El rey era verdaderamente tieso; no le gustaban las situaciones desembozadas.

Colocaba sobre todo su dignidad real.

Sin embargo, de tal volúmen era la noticia que habia oido, que despues de algunos instantes de silencio, el rey dijo, ya repuesto, completamente sereno:

—Doña Ana me busca y quiere verme en secreto en altas horas de la noche. ¿Qué sucede á esa señora que justifique una pretension tan extraña, Benito?

—Esa señora está sola en el mundo: ha estado presa, aunque inocente, por consecuencia de los abominables crímenes de su marido, de que vuestra majestad tiene noticia; la han puesto al fin en libertad, como no podia ménos de suceder, y doña Ana del Rey, señor, es violenta: viéndose sola y desamparada en el mundo, no se ha andado por las ramas, señor, y ha venido á agarrarse á las mejores aldabas á que se podia agarrar. Yo creo que la señora doña Ana ha obrado tal vez aconsejada por su desesperacion y sin medir bien las consecuencias del paso que daba; yo respeto mucho, señor, las intenciones, y tanto más cuando se trata de personas tales como la señora doña Ana del Rey.

Cascajares veia que la noticia, en vez de desagradar á Cárlos III, le colmaba de alegría; que entraba en juego una nueva favorita, y que debia procurar estar perfectamente con ella, y por lo mismo

hablaba con el más profundo respeto de Ana del Rey.

—Bien, bien, Cascajares,—dijo Cárlos III;—es inútil que te esfuerces para justificarte, para probarme que si tú has venido con este mensaje, no has podido pasar por otro punto; yo supongo y creo que has tenido para ello poderosas, poderosísimas razones. No hablemos de esto; y en fin, tú gozas de mi confianza, Benito; ven acá, temo que áun las tapicerías de esta cámara nos escuchen; vas á hablarme con una entera confianza. ¿Qué crees tú de esa salida de doña Ana del Rey?

—Creo, señor,—contestó mucho más alentado Cascajares,—que las desgracias que han pasado por esa señora la han demostrado completamente la vanidad de las cosas humanas; que ella debe tener sus motivos, ó los supone, para creer que vuestra majestad la protegerá.

—Bien, bien, Benito; yo no puedo temer nada de doña Ana del Rey, yo no la he hecho absolutamente daño alguno; no creo que podamos temer de ella una alevosía.

—¡Oh, señor, señor, de ningun modo!—exclamó Cascajares;—por el contrario, yo creo, ya que vuestra majestad me ha autorizado para que le hable con confianza, que si doña Ana tuvo lo que vuestra majestad sabe con ese desventurado señor conde de la Salmedina, fué eso tanto por amor como por ambicion: la señora doña Ana del Rey no ha nacido para vivir en un bajo estado; Dios no da hermosura

tan maravillosa, tan embriagadora, tan excepcional, sino para alentarla con un alma de fuego, con un alma ambiciosa, con un alma que se levanta altiva; y lo que yo veo, señor, es que la doña Ana, una vez muerto el conde de la Salmedina, que halagaba hasta cierto punto su ambicion, se ha encontrado libre, y al verse libre se ha visto desamparada, y al verse desamparada se ha acordado de vuestra majestad, teniendo como tienen todas las mujeres que son tan idealmente hermosas, la conciencia de su hermosura; y tal vez porque vuestra majestad la haya hecho alguna vez la honra de mirarla con aficion, ella se me ha venido y me ha dicho:

»—Señor Benito Cascajares: me va el alma, la vida y tal vez la eternidad en tener con su majestad el rey nuestro señor una entrevista secreta; yo sé que vos podeis acercaros á su majestad, porque su majestad os dispensa su confianza, y por consecuencia á vos me vengo; y tened en cuenta, señor Cascajares, que si vos os negais á lo que de vos pretendo, yo hallaré medio de hacer conocer mis deseos al rey nuestro señor, y alcanzaré lo que solicito, aunque me cueste algun tiempo de espera, y entonces no me olvidaré de pagaros el disfavor que me habeis hecho.

A estas amenazas, señor, yo me resistí como honrado y leal vasallo de vuestra majestad, porque antes de molestar yo á vuestra majestad estoy dispuesto á sacrificar mi vida, y áun si fuera preciso, Dios me perdone, mi alma; pero viendo doña Ana que

conmigo por la parte de las amenazas no tenia emboque, me dijo:

»—Yo sé que vos me servireis en cuanto sepais lo útil que será para el rey nuestro señor el hablar conmigo: su majestad está amenazado; la oscura intriga en que le han envuelto no se ha terminado, y su desenlace puede ser todavía infinitamente más funesto que lo han sido los principios.

Como se ve, Benito Cascajares ponia mucho de su cosecha para salir del apuro en que todavía se encontraba delante del rey.

—¿Conque eso ha dicho doña Ana?—exclamó Cárlos III;—¿que la infame intriga en que se me ha envuelto puede tener resultados más terribles aún que los que ya ha causado? Pues, señor, no entiendo ni una sola palabra de esto: no sé de qué intrigas pueda hablar doña Ana; yo estoy sobre todas las intrigas. Se ve claro que doña Ana ha pretendido sorprenderte, y te ha sorprendido.

—Sí, sí señor,—exclamó Cascajares;—se ve claro, clarísimo, que doña Ana, alentada por lo admirable, por lo rarísimo de su hermosura, piensa emplearla dignamente, y hablaba de vuestra majestad de una manera tal, que se conoce que vuestra majestad reina en el corazon de esa señora; ya se ve, la desgraciada habrá pensado tanto en vuestra majestad durante sus desgracias, que no tiene nada de extraño que se haya sentido cogida en el corazon.

hombre; no olvidaré nunca los grandes servicios que me has hecho y el que ahora mismo me prestas. A la verdad, tú has de ser el intermediario de estas cosas: ¿para qué es usar contigo un encubrimiento que no podria durar mucho tiempo? Me alegro, Cascajares, me alegro, si es que yo puedo alegrarme de algo; te lo confieso: tú comprendes que un rey por ser rey no deja de ser hombre; que yo soy viudo; que tengo el corazon libre; tú comprendes perfectamente que una mujer tal como doña Ana es una majestad de la hermosura: en fin, tú crees que doña Ana viene á mí traida por la ambicion y por el corazon; yo no comprendo los amores completamente desinteresados.

—¡Oh! indudablemente, señor; como decia, permítame vuestra majestad lo diga, como decia una comadre mia que era muy ladina: «el amor para ser bueno debe estar revuelto con algo, si no es una tontería.»

—Bien, bien, Benito; pero te estará esperando doña Ana.

—Cuando la dejé me dijo: «id y volved cuanto antes, que me quedo esperando devorada por la impaciencia.»

—Muy bien, muy bien, Benito; pero escucha: yo no quiero recibir á doña Ana en palacio, ni de dia ni de noche; en palacio siempre hay alguien que observa; no quiero dar escándalo; que huelan que yo salgo, bien, eso es distinto; no saben á lo que yo salgo, ni [illegible]

amorosas, porque no tengo necesidad de salir para ellas, y á más de eso yo he mantenido siempre un rígido decoro, como debo hacerlo; todo el mundo me cree completamente alejado del amor: tú solo y algun otro servidor íntimo sois los que estais en el secreto. Por nada del mundo, aunque me fueran todas las coronas de mis reinos, consentiria que entrase en mi cuarto una mujer, á no ser en audiencia pública; pero es necesario valerse de la misma casa de Cosme Calcorra: verdad es que está embargada; pero en otras ocasiones hemos entrado en ella cuando estaba abandonada. ¿Te será muy difícil hacerte con la llave de esa casa? Estoy acostumbrado á aquel saloncito, Cascajares.

—Ninguna dificultad, señor, absolutamente ninguna dificultad,—dijo Cascajares;—dentro de una hora tendré yo la llave de la casa de don Cosme Calcorra.

—Bien, bien, Cascajares,—dijo el rey;—componte como puedas: ahora ve á calmar la impaciencia de esa señora; por lo demás, ya sabes, yo te esperaré esta noche como en tiempos de la marquesa de Esquilache.

—Muy bien, señor,—dijo Cascajares.

Y se arrodilló, y luego se retiró haciendo reverencias, sin volver la espalda al rey.

Cárlos III habia quedado á un tiempo complacido y cuidadoso.

—No sé, no sé,—dijo,—si debo alegrarme ó entristecerme: ¡es tan hermosa esa doña Ana! ¡he pen-

sado tanto en ella! ¡y luego es tan penosa la viudez!

Despues de esto, Cárlos III se fué á dormir su siesta de costumbre, y á la misma hora de siempre se levantó y se trasladó al Pardo, donde estuvo cazando durante dos horas.

Capitulo LXXIII.

De como era muy difícil envolver en una intriga al conde de Aranda.

Entre tanto, el conde de Aranda no se descuidaba.

Le habia alarmado gravemente la visita de Ana del Rey.

Esta habia cometido una imprudencia descubriéndose de una manera tan franca y tan violenta.

El conde de Aranda no dejó de aprovechar aquella imprudencia.

Ana del Rey salió sola de casa del conde de Aranda, pero no sin escolta.

Esta escolta la constituian dos alguaciles, en los que el conde de Aranda tenia una gran confianza.

Iban tan lejos y de una manera tan recatada,

que Ana del Rey, que habia temido ser seguida y habia vuelto más de una vez la cara, no habia podido apercibirse de ellos.

Los dos espíones del conde de Aranda continuaron tras Ana hasta que ésta se metió en palacio.

Aun dentro de palacio la siguieron los dos espiones, y se ocultaron en el gran patio, observando desde detrás de una de las pilastras la puerta de la escalèra de Damas, por donde Ana del Rey habia desaparecido.

Uno de ellos fué inmediatamente á dar cuenta al conde de Aranda de que Ana del Rey habia ido á palacio.

Por órden de Aranda, el espionaje continuó.

A las diez y media de la noche, uno de los espiones, que habia quedado en el patio de palacio paseándose y haciendo la deshecha como un pretendiente que esperase á un ministro ó á un alto empleado de la secretaría, vió que por la escalera de Damas descendia una mujer esbelta, airosa, completamente cubierta con una especie de mantilla, y acompañada de un hombre pequeño, rebozado en una capa.

El espion no tuvo duda de que una de aquellas dos personas era la dama que habia salido aquella mañana de casa del conde de Aranda, y que habian seguido y que habia entrado en palacio; y que la otra persona era Benito Cascajares.

La puerta de palacio no estaba aún cerrada, porque sólo se cerraba á la media noche.

El espion se fué á lo largo detrás de Benito Cascajares y de Ana del Rey.

La noche era fria, lluviosa y óscura.

Ana del Rey y Cascajares se ocultaban bajo un gran paraguas y determinaban un volúmen que no podia perderse.

El espion los siguió hasta la calle de San Cristóbal, y vió que Cascajares abria el postigo del jardin de una casa y que entraba por allí con la dama.

El postigo volvió á cerrarse.

El espion permaneció en acecho, en el portal que ya conocemos, unos minutos.

Se oyó rechinar la llave en el postigo.

Se abrió éste.

Salió Benito Cascajares.

Volvió á cerrar, y se alejó.

El espion se puso en su seguimiento.

Benito Cascajares se volvió á palacio.

El espion permaneció allí, hasta que la ronda que despejaba el patio de la gente extraña que en él se encontraba, le intimó á que saliese.

En cuanto el espion salió, la puerta del Príncipe, por donde le habian echado fuera, se cerró.

Habian dado ya los doce de la noche.

El alguacil meditó un momento, y creyendo que por la puerta de palacio nada iba á observar, fué otra vez á ponerse en acecho en el soportal de la calle de San Cristóbal.

Habia examinado la casa donde se habia quedado Ana del Rey, y no vió en ella ni áun resquicio de luz

Aplicó el oido á las rejas del piso bajo, y nada oyó.

Si la dama no habia salido de allí, estaba sin duda recogida.

El espion estuvo á punto de cometer una torpeza, de abandonar su acechadero y de ir á decir lo que sabia al conde de Aranda; pero como hubiese vacilado en tomar esta determinacion y habian ya dado las doce de la noche, á punto de que el espion se disponia á ir á casa del conde de Aranda, oyó los pasos de dos personas que se acercaban, y volvió á ocultarse en lo más profundo del soportal.

Poco despues, las dos personas cuyos pasos habia oido el alguacil aparecieron, llegaron al postigo, se abrió éste, aquellas dos personas entraron, y el postigo volvió á cerrarse.

El espion permaneció allí durante media hora.

Luego salió y observó la casa.

No se veia luz.

Se acercó á las rejas del piso bajo, y por una de ellas le pareció oir un rumor de dos voces que hablaban.

La una era de mujer, fresca y sonora; la otra de hombre, grave é hinchada como la de una persona muy alta que tenia una gran conciencia de su posicion.

El alguacil se fué entonces á la carrera á casa del conde de Aranda, que no se habia recogido.

Esperaba.

El conde de Aranda oyó atentamente la revelacion

de su espía, y cuando hubo concluido le dijo:

—Tráeme la capa, el sombrero y la espada; vamos á salir: vas á llevarme junto á esa casa.

En efecto, media hora despues el conde de Aranda, acompañado de su alguacil, estaba oculto en el soportal.

El viejo político sufrió dos horas largas en medio de una noche fria.

Al fin, cerca de las tres de la mañana, el postigo volvió á abrirse, y salieron dos hombres.

El conde de Aranda no pudo ménos de reconocer en uno de aquellos dos bultos al rey; en el otro á Benito Cascajares.

El rey habia permanecido dos horas y media al lado de Ana del Rey; podia, pues, creerse que Ana del Rey era ya la querida de Cárlos III.

Esto era un grave cuidado para el conde de Aranda.

No se le ocultaba que aquella mujer violenta, volcánica, terrible, ansiaba una venganza contra él, porque le suponia la causa principal de la muerte del conde de la Salmedina, á quien habia adorado.

No habia otro medio que valerse de Benito Cascajares, intermediario de aquellos reales amores, para alejar, de la manera que fuese, el peligro que amenazaba al conde de Aranda.

Al dia siguiente Cascajares recibió un mensaje secreto del conde de Aranda, por el que éste le suplicaba fuese á verle al momento.

A Cascajares se le puso el estómago frio.

—Hé aquí que me encuentro entre dos fuegos; el conde de Aranda no se descuida, y ha olido sin duda la intriga de doña Ana del Rey.

Doña Ana es demasiado imprudente; por demasiado violenta habrá hecho lo bastante para que el conde de Aranda se aperciba y la vigile.

Cascajares se habia puesto en lo justo; pero al ponerse en lo justo se estremeció.

Se guardó muy bien de faltar á la cita que le habia dado el conde de Aranda, y fué á verle al momento.

—Sea cualquiera el poder de la persona en que vos os apoyeis, señor Cascajares,—le dijo el conde de Aranda,—os advierto que no será bastante para defenderos de lo que yo haré en cumplimiento de mi deber; vos estais siendo cómplice de una infame intriga, que puede ser altamente funesta á su majestad.

—Señor conde de Aranda,—exclamó Cascajares con una voz que más que voz era un chillido desentonado;—yo ya no sé dónde estoy, ni me importa nada de lo que suceda: me encuentro entre el agua y el fuego. Si tiro á la derecha me ahogo, si tiro á la izquierda me abraso; haga vuecencia de mí lo que quiera; que lo que es yo ya no sirvo. Dicen bien: el que mal anda mal acaba; tantas intrigas han pasado por mí en este mundo, y en tantas se me ha metido á la fuerza, que al fin alguna de ellas habia de dar conmigo al traste.

—Yo lo sé todo,—dijo el conde de Aranda.

—Supongo que vuecencia lo sepa todo,—contestó Benito Cascajares;—pero es posible que le quede á vuecencia algo que saber.

—Espero que lo que me queda que saber, señor Benito Cascajares, me lo direis vos.

—Excelentísimo señor,—exclamó Cascajares,—yo estoy tan perdido, tan ahogado, que á un clavo ardiendo me agarro. Vuecencia ha averiguado algo, pero ha averiguado lo que cae por fuera; lo que anda por dentro no es capaz de averiguarlo vuecencia.

—Si no lo he averiguado, lo supongo.

—No, no señor; no es posible que vuecencia suponga lo que ha acontecido por dentro, porque no se pueden suponer cosas absurdas, cosas que no se pueden comprender, cosas extraordinarias; en fin, señor conde, yo estoy dando las últimas; no me encuentro; se me figura que soy un difunto ambulante y que el alma se me ha ido del cuerpo, y se me ha ido no sé dónde.

—Y bien, señor Benito Cascajares; sepamos, sepamos.

—Vaya, ¿vuecencia cree que yo puedo desobedecer á su majestad el rey?

—¡Oh! ¡cómo puedo yo creerlo, señor de Cascajares! ni vos, ni yo, ni nadie que se precie de leal y que cumpla con su deber, puede afirmar que desobedecereis á su majestad.

—¡Ay, señor conde de mi alma!—exclamó Benito Cascajares con un acento que no parecia sino que

echaba los bofes por la boca;—vuestra majestad cree... perdóneme vuecencia; mire vuecencia como estoy ya; no sé con quién hablo: se me figuraba que estaba hablando con el señor rey don Cárlos III; en fin, señor conde, yo ya estoy en el caso de no andarme con ambajes ni miramientos, y lo digo porque lo que voy á decir no extrañe á vuecencia: ¿vuecencia cree que un tonto se puede volver loco? ¿Ha visto vuecencia que eso suceda jamás?

—Hombre, hombre, señor Cascajares, ¿á quién os referís en esas graves palabras?

—Pues yo, señor conde, ya completamente desesperado é importándome poco de lo que sea de mí, me referí en esas gravísimas palabras al rey nuestro señor.

—Verdaderamente, muy grave debe ser lo que por vos ha pasado, porque noto, señor Cascajares, que vos tambien os habeis vuelto loco.

—No, no señor, es de rábia; que he podido estar loco gran parte de mi vida, metiéndome, por ambicion, en intrigas endiabladas; pero lo que es ahora, señor conde, lo aseguro á vuecencia, yo me he vuelto tonto, al revés que el rey nuestro señor.

—Vamos, vamos, tranquilizaos, señor Benito Cascajares; tranquilizaos, porque os advierto que yo puedo mucho.

—Vaya, bien sé yo, señor conde, lo grande, lo incontrastable qué es el poder de vuecencia; vuecencia tiene cogido á su majestad por el cabezon, perdóneme vuecencia que se lo diga; yo ya no puedo ni

debo andar en consideraciones; el cuervo no puede ser ya más negro que las alas: por lo mismo, voy á decir toda la verdad á vuecencia, y espero que vuecencia con su superior talento encontrará algun medio para que todos salgamos adelante: vuecencia, que bien lo há menester, y yo, que me considero ya como un difunto.

—Hablad, señor Benito Cascajares, hablad.

—Pues, señor conde, yo no sabia hasta qué punto puede ser peligrosa, diabólica, sobrenatural una mujer. Como vuecencia comprende muy bien, por lo mucho que me importaba, aunque yo nunca he vigilado las acciones íntimas de las personas reales, vigilé, ó mejor dicho, espié la entrevista de la señora doña Ana del Rey con el señor rey don Cárlos III.

¡Ay, señor conde! yo atisbaba por el ojo de la cerradura.

Yo no he visto en todos los dias de mi vida una mujer más hermosa que esa demonio.

Se habia quitado la mantilla y el pañuelo.

Tenia los hombros desnudos, los brazos desnudos; le resplandecian los ojos de una manera que ponia espanto; agitaba su cabellera negra lo mismo que una leona.

¡Ay, señor conde! yo, que no he sido nunca muy dado al amor, me sentí vivamente inquieto, lo aseguro á vuecencia.

En cuanto al rey, estaba atortolado, inútil, trasformado, sorbido por aquella mujer...

¡Ay, señor conde! y aquella mujer desesperaba á su majestad, aquella mujer le rechazaba, aquella mujer le trataba de una manera inconcebible, de una manera dañosa, de una manera irritante.

Y el pobre rey gemia, y se arrodillaba, y suplicaba, y hasta llegó á enfurecerse, señor conde, á enfurecerse Cárlos III, á amenazar, á echar mano de su espada.

—¿Eso ha sucedido?—exclamó el conde de Aranda;—¿ha habido alguno que arranque de su eterna calma al rey?

—Sí, señor; por eso he dicho que yo le desconocí, por eso he dicho que su majestad, de tonto que era, porque sí, señor, su majestad era tonto de remate, un tonto que no tenia más que el aspecto frio de la majestad y la apariencia de un talento que estaba muy lejos de él; sí, señor, sí, vuecencia sabe demasiado lo que es el señor rey don Cárlos III: soberbio y vano como un pavo; Dios me perdone, pero estoy en el caso de atreverme á todo. Pues bien; ese tonto se ha convertido en un loco furioso. Y ella resistia, le sonreia, le despreciaba, le halagaba, le rechazaba. ¡Ay, señor conde de mi alma! yo estaba excesivamente inquieto; aquello era una seduccion irresistible, formidable; el infierno suelto contra dos hombres, porque á mí me alcanzaba tambien la influencia diabólica de aquel Satanás con faldas.

En fin, el rey acabó por rendirse, por sentirse jadeante y hasta por llorar, señor conde, por llorar desconsolado como un chiquillo.

—Diablo, diablo,—dijo el conde de Aranda.

—Sí, señor; nos han echado á perder á su majestad, echado á perder definitivamente; nos encontramos ahora con un señor á quien nosotros no conocemos.

—Pero lo importante, señor Cascajares, lo importante; esa mujer no ha pretendido poner al rey en un estado tal de exacerbacion, sin obtener algo del rey muy grave, muy difícil.

—Pues sí, señor, sí, á eso vamos.

Yo miraba y escuchaba con toda mi alma.

Al fin ella, desembozadamente, sin reparo ninguno, lanzada á todo, se acercó al rey, le asió las manos y le dijo:

»—Cárlos, si quieres que yo sea tuya, si quieres tener ese paraíso de que me has hablado de rodillas, sírveme, véngame.'

»—Pues bien; te serviré y te vengaré,—exclamó el rey,—pero sé mia.

—¡Increible!—exclamó profundamente el conde de Aranda.

—Sí, sí señor, increible,—dijo Cascajares;—por eso he dicho que el tonto se nos ha vuelto loco; y ¡ay de la locura del que empieza á ser loco dejando de ser tonto! ¡hay motivo para estremecerse, señor conde!

—Pero continuad, continuad; ¿que exigió esa mujer?

—En primer lugar, señor, exigió la muerte inmediata por tósigo de su marido.

—¿Cómo?—exclamó el conde de Aranda;—¿y el meticuloso Cárlos III, el hombre que está hablando siempre de su conciencia, el hombre que cree ver por donde quiera fantasmas acusadores á consecuencia de un acto de justicia, ha llegado á sucumbir hasta el punto de oir de la boca de una mujer la proposicion de un asesinato infame?

—Pues de otro modo, señor conde,—exclamó compungido Cascajares y con las lágrimas en los ojos,—¿cómo podria decir yo que su majestad se habia vuelto loco?

—Continuad, señor Cascajares, continuad,—dijo el conde de Aranda, que estaba sumido en una profunda meditacion.

—Pues sí, sí señor; el rey no se asombró, el rey continuó mirando con ánsia á esa señora, y la dijo:

»—Y bien, ¿si yo doy mi alma al diablo, me darás tú tu amor?

»—Cuando se haya cumplido mi venganza, contestó Ana del Rey.

»—Ló que me pides es terrible, dijo su majestad.

»—Lo que yo pido es un acto de justicia que te protege, que me protege, que nos salva á todos. Calcorra es un infame: si el alcalde de casa y córte que ha instruido su proceso le sentenció á muerte, fué por mi influencia; pero la sala, que es inflexible, no le sentenciará á muerte; no hay contra Calcorra otro crímen bien probado, más que el de complicidad en los secuestros de la princesa de Otranto y de la marquesa

de Vallezarzal, y la sala no le sentenciará á muerte, no puede sentenciarle, no es este un delito capital; y mientras Calcorra viva, por fuertemente que se le guarde, no estaremos seguros, rey mio, ni tú ni yo. Cosme Calcorra puede morderte en el corazon, y es necesario que no te muerda; y cuando yo te pido la vida en justicia de ese hombre, es porque te amo, porque me amo á mí misma, porque es de todo punto necesario.

El rey gemia bajo las terribles palabras de aquella mujer.

»—Yo no puedo herir á los criminales, dijo, más que con la espada de la justicia y en proporcion de su culpa.

»—Pero hay culpas que la justicia humana no ve, culpas que no pueden probarse sino despues de que se han cometido, cuando ya es tarde; porque esas culpas están en la intencion, y la justicia no puede ver las conciencias, no puede entrar en la intencion; pero tú lo sabes, porque yo te lo advierto; tú eres la justicia, tú eres el señor absoluto, tú puedes sentenciar en tu conciencia y hacer cumplir la sentencia de la manera que te sea posible; sí, sí, tú debes cumplirla.

—Esa mujer es satánica,—exclamó el conde de Aranda.—El rey ha sido muy dado siempre á los placeres amorosos; la marquesa de Esquilache le ha obligado á favorecer á su miserable marido, á tolerar el contínuo robo del Estado; por el infame marqués de Esquilache ha sido necesaria una revolucion para

ɔjar á aquel miserable traidor al rey, por los vi-
s del rey; y ahora una nueva complicacion, una
ıva lucha; siempre los vicios de ese hombre. Pero
tinuad, señor Cascajares, continuad; aun creo que
a algo.

—En fin, señor conde, las dos horas y media que
majestad ha pasado al lado de doña Ana del Rey,
ı sido dos horas de lucha, dos horas de desespera-
n.

Al fin, doña Ana ha echado literalmente al rey
a calle, le ha mandado, ¡le ha mandado! señor con-
que se vaya y que no vuelva á presentársele sino
ındo ella le llame, y le ha advertido que ella no
llamará sino cuando esté completamente satisfe-
ı de él; ¿y sabe vuecencia lo que me ha dicho su ma-
tad al salir conmigo para trasladarse á palacio?

»—Ve, obedece en todo y por todo, mándete lo
ɘ te mandare, sea lo que fuere, á esa señora.

Yo estaba prevenido porque habia escuchado, ex-
entísimo señor, y como el desesperado que com-
ınde que nada tiene que perder y que si algo puede
ıar es á fuerza de audacia, contesté al rey:

—Y dígame vuestra majestad; ¿si esa señora me
nda dar de puñaladas á una persona en la calle,
bré de obedecer?

El rey guardó silencio durante algunos segundos,
uego me dijo:

»—En la discrecion de doña Ana no cabe el man-
te que des de puñaladas á un hombre en la calle;
o podria mandarte que en secreto...

El rey no siguió más.

No se atrevió á continuar.

Yo me encogí: vi la enormidad que se me venia encima y que no habia escape.

Me estremecí, señor conde, me puse malo.

Al fin el rey dijo:

»—En todo caso, se habrá ejercitado un acto de alta justicia.

Yo no contesté.

El rey continuó callando.

Cuando estuvimos ya cerca de palacio, el rey me dijo:

»—Benito, en el momento en que me dejes ve á presentarte á doña Ana.

»—¿Ahora mismo, señor?

»—En el momento en que me dejes, sí.

Yo, en el punto en que dejé á su majestad dentro de palacio por el postigo del Campo del Moro, me volví, más muerto que vivo, á la casa de Calcorra.

Abrí.

Me encaminé á la sala donde habia tenido lugar la entrevista entre ella y el rey, y la encontré, señor conde, durmiendo tranquilamente al lado de la chimenea encendida; pero afortunadamente para mí, sin los hombros desnudos, sin los brazos desnudos. ¡Ay, señor conde, señor conde! ¡vos no sabeis lo que es esa mujer, tal como estaba delante del rey y de mí, y qué conciencia de lobo es la suya!

Dormia, señor conde, como pudiera dormir un justo.

La desperté tocándola suavemente.

»—¡Ah! dijo al reconocerme; gracias, señor Benito Cascajares: veo que sois un hombre dócil y que comprendeis lo que os conviene.

»—Indudablemente, señora, á mí lo que me conviene, dije encubriéndome, es servir á vuestra majestad.

»—No me des ese tratamiento, que no me corresponde de ninguna manera, que de ninguna manera me corresponderá nunca: yo he sido sacrificada y abusada por ese miserable Calcorra, pero no amaba entonces; desde que amé no he pertenecido más que á mi amor. El conde de la Salmedina no ha muerto para mí, vive en mi corazon; y ni mi corazon ni mi cuerpo serán jamás de nadie; son suyos, completamente suyos.

—Bien, bien,—dijo el conde,—continuad.

»—Pero os advierto, señor Benito Cascajares, me dijo ella, que de la misma manera que he vuelto loco al rey, le mantendré loco todo el tiempo que quiera, todo el tiempo que lo necesite, sin hacer sacrificio por mi parte; os advierto que si no me servis ciegamente, sea lo que quiera lo que yo os mande, sois hombre perdido.

»—Y bien, señora, le contesté; ¿quién piensa en desobedeceros, ni qué cosa hay que pueda parecerme grande deseándola vos?

»—Se trata de matar hoy mismo á Cosme Calcorra: el más largo plazo que os doy, si hoy mismo no puede ser, es el de tres dias,

Como vé vuecencia, doña Ana no se andaba con rodeos.

Yo agonizaba, pero tenia valor bastante para mostrarme sereno.

—Esa mujer morirá de mala muerte,—dijo el conde de Aranda;—gracias, señor Benito Cascajares: tranquilizaos, yo os lo digo, á no ser que vos no tengais fe en el poder del conde de Aranda; os digo que os tranquiliceis, porque es necesario que obreis con una gran serenidad; una torpeza en estas circunstancias puede echarlo á perder todo.

—Y bien, señor conde, si vuecencia me asegura que nada tengo que temer, ¿qué me importa lo demás? Cosme Calcorra es hombre muerto.

Y apareció en los ojos de Cascajares aquella expresion siniestra que habia sorprendido una vez en ellos Margarita.

Apareció el asesino.

El conde de Aranda sorprendió esta fugitiva expresion.

—Me lo dan el trabajo hecho,—dijo para sí el conde de Aranda;—me lo dan todo concluido. Continuad, señor Cascajares,—añadió en voz alta.

—Yo me veia obligado á doblegarme,—dijo Cascajares;—yo tenia miedo, y entre mi vida y la de otro, tenia el deber de conservar la mia.

—¡Pero qué habeis prometido á esa mujer? ¡A qué os habeis obligado? Concluyamos.

—Señor conde de Aranda, se trata de una fiera; esa mujer irá hoy á visitar á su marido.

—¡Ah!—exclamó el conde de Aranda;—¿es decir, que la cosa está ya concluida?

—A las doce llevarán de la cantina de la cárcel la comida al señor Cosme Calcorra,—dijo Cascajares con voz lúgubre;—dos horas ó tres despues de haber comido, el proceso de Calcorra habrá terminado, porque no se continúan los procesos contra los muertos.

—Es decir, señor Cascajares...

—Sí, señor; yo conozco á mucha gente, señor conde; por razon de mi oficio, conozco de todo; hay un boticario que me está obligado, y no falta algun bribon que sepa ponerse en relaciones con el preso que tiene la cantina de la cárcel, y cuando se ofrecen quinientos ó seiscientos pesos, si es necesario, se arrostran las eventualidades de que se conozca que en uno de los potes que se sirven á los presos se ha echado arsénico.

El conde de Aranda pareció como doblegado bajo la situacion.

Habia en su mirada algo desesperado.

Su poder se le hacia cada dia más costoso.

Guardó por algun tiempo silencio.

Cosme Calcorra le espantaba.

Cosme Calcorra conocia más de un grave secreto suyo.

Cosme Calcorra tenia una imaginacion satánica.

Cosme Calcorra estaba sentenciado.

El podia evitar la ejecucion de aquella sentencia; pues como aun faltaba una hora para las doce,

él podia ir á la cárcel, él podia encerrarse con Cosme Calcorra, revelárselo todo, atraérselo; pero él no podia contar con el agradecimiento de aquel hombre.

Dejar correr los sucesos era hacerse cómplice de un asesinato.

Pero, por otra parte, el conde de Aranda meditaba que un hombre tal como Cosme Calcorra merecia bien la muerte.

Sin embargo, la justicia no podia, no debia herir en secreto ni á traicion.

La espada de la justicia se convertia entonces en puñal, y no se castiga con él al crímen, no se satisface la vindicta pública, se incurre en un asesinato, no hay más ni ménos cuando se trata de la justicia; es una, sola, indeclinable en sus causas y en sus efectos.

—Y bien,—dijo el conde de Aranda;—os habeis colocado en una situacion terriblemente embrollada, señor Cascajares; yo no podia prever que en este diabólico asunto se hubiese caminado tan de prisa. Soy completamente impotente, vos lo comprendeis. ¿Qué puedo yo hacer si vos habeis dado ya todos los pasos? Habeis obrado con la actividad del miedo.

—¡Ay, señor conde! ¡Si vuecencia se hubiera encontrado en mi lugar, si vuecencia hubiera visto aquella mujer, si la hubiera oido, si hubiera sabido la influencia que aquella mujer ha sabido ganarse sobre el rey!

—Y bien,—exclamó el conde de Aranda, que habia transigido ya con su conciencia y habia tomado

una determinacion;—yo me lavo las manos, yo no tengo nada que ver en esto; otra vez se me presenta una situacion irresoluble: yo no puedo evitar nada, evitadlo vos.

—¡Yo! ¡que lo evite yo! ¿Cómo quiere vuecencia que yo dé un paso imprudente, por el que pueda venirse en conocimiento de que se ha preparado una comida envenenada para ese hombre? ¡Ah! no, no; yo me veria abandonado, señor conde, yo no me atrevo; sea lo que Dios quiera: yo he dicho á vuecencia lo que sucede; si vuecencia puede evitarlo, que la culpa caiga sobre los que han obligado á un sér débil á cometer lo que nunca hubiera cometido por su propia voluntad.

—Bien, señor Cascajares,—exclamó Aranda.—Vos sois hombre de buena imaginacion; evitad, evitad: de otro modo, si esto se descubre, si os veis comprometido, no conteis conmigo para nada; si el rey os abandona, yo no puedo de ninguna manera oponerme á la accion de la justicia.

—¡Desdichado de mí!—exclamó Cascajares;—vuecencia...

Y se detuvo.

—Os perdono vuestras reticencias, Cascajares; no teneis razon: yo no puedo meterme en esto, porque si yo lo impidiese de cualquiera manera, por hábil que esta fuese, podria descubrirse y dar lugar á que se creyese que yo habia entrado en este género de infames intrigas. Ante todo están mi honor y mi conciencia; vos habeis premeditado, y preparais un

crímen; ese crímen no ha sido consumado: vos podeis evitarlo; id á buscar á la víctima, y decidla: «No comais, porque si comeis moris.» Ese es vuestro deber.

—Muy bien, señor conde de Aranda, muy bien,—contestó Cascajares, mirando de una manera insolente al magnate;—ya sabia yo de antiguo que el último mono se ahoga. Dios tendrá, si la merezco, compasion de mí; beso la mano de vuecencia, señor conde.

Y Cascajares salió.

—Y bien,—exclamó el conde de Aranda;—¿qué importa un hombre como Calcorra? Su muerte es un beneficio á la humanidad; su permanencia en la vida seria la sentencia de más de una víctima, y yo no he hecho esto: dejemos correr los sucesos hasta cierto punto. Ella va á visitarle esta tarde, tal vez inmediatamente despues de que haya comido; ella quiere apurar el placer de su venganza, y yo lo sé; ¿pero de qué manera hacer que sea cogida en su propio lazo esa mujer, que es altamente peligrosa, infinitamente más peligrosa que Calcorra? ¡Ah! si esa mujer continúa en la privanza del rey, de la manera más segura que puede continuar, desesperándole, enloqueciéndole, los jesuitas no dejarán de apercibirse de esto, se prevaldrán de ella; de la influencia de una mujer incontrastable sobre un hombre, todo materia irritada como Cárlos III; todo lo habremos perdido. Bien; es necesario que esa mujer sucumba tambien; es necesario acabar de una vez, cortar á mis enemigos toda esperanza de levantarse contra mí.

Y el conde de Aranda se sentó á su mesa, tomó un papel y escribió lo siguiente, desfigurando su letra de tal manera, que el perito más hábil no hubiera podido declarar habia sido escrita por su mano:

«Señor alcaide de la cárcel de Villa:

»El preso don Cosme Calcorra ha sido envenenado hoy. La autora de este envenenamiento es su mujer, que irá á visitarle esta tarde.

»Quien os avisa puede haceros responsable de no haber trasmitido á la justicia el aviso que se os da.

»Esta tarde á las tres, cuando más, don Cosme Calcorra habrá dejado de existir.

»Ved, pues, lo que haceis para cubrir vuestra responsabilidad.—UN AMIGO DE LA JUSTICIA Y VUESTRO.»

El conde de Aranda tuvo medios para hacer llegar, por medio de uno de sus espiones, esta carta al alcaide de la carcel de Villa, sin que éste pudiese adivinar cómo aquella carta habia llegado á sus manos.

Pero la carta habia llegado mucho despues de la comida de Cosme Calcorra, y cuando ya Ana del Rey estaba encerrada con él.

Capítulo LXXIV.

Dondé se verá el trágico fin que tuvo la intriga de Ana del Rey

Eran ya cerca de las doce, hora en que se comia entonces, cuando el cocinero del conde de Aranda se presentó todo demudado, todo trémulo, á su señor.

En el primer momento quiso hablar y no pudo.

—¡Ah!—exclamó para sí, comprendiéndolo todo, el conde de Aranda;—se me ha querido quitar de en medio; todo á la vez, Calcorra y yo. Habla, hombre, habla,—dijo dirigiéndose al cocinero.

—Pues yo tengo encerrado al Chivito,—dijo éste.

El Chivito era un galopin de cocina.

—¿Qué ha hecho, pues, el Chivito?—dijo el conde de Aranda.

De todos modos, Ana del Rey, por conducto de Cascajares, sabia, ó creia saber que el conde de Aranda habia comido una olla podrida envenenada.

Atendida la hora, Calcorra debia haber comido tambien.

Para Ana del Rey su venganza estaba consumada.

Calcorra, su enemigo, su demonio, moria.

El conde de Aranda, el que habia podido impedir la muerte del conde de la Salmedina y no lo habia hecho, moria tambien, segun creia.

¿Qué la restaba, pues?

Saborear su venganza y luego morir.

Ana del Rey guardó en el seno una pequeña caja de carton envuelta en un papel, que Cascajares le habia dado.

Salió de palacio en coche.

Deslumbrante, engalanada con ropas y joyas que la habia proporcionado la Eduvigis, se trasladó á la cárcel de Villa, anunciándose como esposa de don Cosme Calcorra, y pretendió verle.

El alcaide no habia recibido aún la carta en que se le avisaba que Calcorra habia sido envenenado y que la autora de aquel envenenamiento era su mujer, que iria á visitarle aquella tarde.

Calcorra estaba en comunicacion, no habia inconveniente para que se le visitase, y el alcaide no puso obstáculo alguno.

Habia dado la una.

A las doce y media habia acabado la comida

Calcorra; poco despues se habia sentido ligeramente indispuesto, habia experimentado principios de náuseas y se habia acostado.

Cuando se le presentó su mujer, estas náuseas se determinaron más, y Calcorra lanzó un largo vómito; pero creyó que esto era por la impresion que le causaba la vista de su mujer.

La pasion de Calcorra no podia ser más voraz, más terrible; por lo mismo se equivocaba.

Nada estaba más lejos del pensamiento de Calcorra que la idea de un envenenamiento.

Sin embargo, sentia una horrible pesadez y un frio insoportable en el estómago.

—Ya ves, ya ves el punto á que me has traido,—dijo Calcorra entre sus arcadas;—esto es morir.

—A lo ménos no te ahorcarán,—dijo Ana del Rey con una voz terrible, sombría;—si todo lo has hecho por mi amor, si mi amor te ha traido á este punto, á lo ménos no darás en las manos del verdugo.

—¿Y ese es el consuelo que me traes, Ana?—exclamó desesperado Cosme Calcorra.

—¿Qué has hecho tú,—exclamó Ana,—de mi conde de la Salmedina, del único hombre á quien he amado?

Calcorra rugió, y á pesar de su estado se contrajo como para arrojarse sobre su mujer.

Esta le contuvo con suma facilidad.

Calcorra habia perdido completamente sus fuerzas,

Empezaba para él esa terrible agonía que produce el arsénico.

Vaciló y fué á apoyarse en su lecho.

Sus vómitos continuaban.

Era aquello asqueroso, repugnante, horrible.

—¡Todos! ¡todos!—exclamó, soltando una carcajada satánica, Ana del Rey;—tú, el miserable, el infame, el autor de todas estas desdichas; él, él tambien, el miserable conde de Aranda, que no se ha detenido ante el asesinato para llegar al logro de sus ambiciones; y luego, despues de mi venganza, yo, porque yo no puedo quedar sobre la tierra sin mi conde, sin mi amor.

—¡Ah!—exclamó Calcorra;—¿pero qué es lo que has hecho?

—Estás muriendo y me lo preguntas,—respuso Ana del Rey;—¿no sientes el veneno que devora tus entrañas?

—¡Ah, desdichada!—exclamó Calcorra, cuyo amor se sobrepuso á todo;—calla, calla, no lo digas: te van á matar.

—¡Ah, no, no me matarán, yo te lo aseguro!—exclamó la implacable Ana del Rey, sin conmoverse por aquella suprema manifestacion del insensato amor de Calcorra;—no pondrá sobre mí sus manos el verdugo, no; un juez no me pedirá cuentas de mi venganza, no; ningun juez, sino Dios; y Dios sabe que estoy desesperada y que hago justicia.

Y Ana del Rey sacó de su seno la caja de carton que la habia dado Cascajares, la desenvolvió rápida-

mente, la abrió, y arrojó en su boca el contenido que habia dentro y le tragó.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Calcorra rehaciéndose desesperado, encontrando un último resto de fuerza en su amór.—¡Socorro!... ¡Aquí!... ¡Socorro!... Mi mujer se muere...

En áquel momento, avisado ya el alcaide de la cárcel por la carta que conocemos, llegaba y abria la puerta del encierro de Calcorra.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó éste;—¡salvadla! ¡salvadla! yo no he sabido lo que he hecho; yo estaba desesperado y la he envenenado, envenenándome yo á la par.

No podia pedirse más abnegacion, más amor, más locura.

Y como si aquel supremo esfuerzo hubiese ayudado á la accion del arsénico, Calcorra dió un grito horrible, se estremeció, vaciló, y cayó como si le hubiera faltado la tierra de debajo de los piés.

Ana del Rey gritaba de dolor.

Habia tragado una gran cantidad de arsénico, y su agonía era rápida.

El alcaide se desesperaba.

Tenia ante sí un cadáver, y estaba á punto de tener otro.

El sombrío espectro de su responsabilidad se le presentaba aterrándole.

Ana gritaba á cada momento de una manera más rabiosa.

Se llamaron médicos; se dió parte á la justicia.

Todos los esfuerzos de los unos fueron inútiles.

Cuando llegó la segunda, Ana lanzó un último grito y exclamó:

—¡Ah, Luis, Luis mio! yo me presento á tí con tus dos asesinos muertos; yo soy tuya por toda una eternidad.

Estas fueron las últimas palabras de Ana del Rey.

Cuando se las refirieron al conde de Aranda, éste dijo:

—Esa señora se ha engañado; no se tiene noticia de una tercera persona envenenada. Dios ha hecho la fatalidad, y la fatalidad ha hecho los sucesos.

Cuando el conde de Aranda se quedó solo, exclamó:

—Esto ha sido una tragedia horrible; pero su catástrofe ha dado el golpe de gracia á las esperanzas de los jesuitas.

EPÍLOGO.

A Cárlos III le supo muy mal la muerte de Ana del Rey, y mucho más el sentirse engañado y de una manera tan terrible por ella.

Hubo de resignarse forzosamente al fastidio de su viudez.

El conde de Aranda, tranquilo ya por la seguridad de su poder, no quiso provocar el escándalo de un proceso sobre la verdadera causa de aquellos envenenamientos.

Se echó, pues, tierra á lo de Cascajares y á lo del Chivito, y se desterró á ambos á cencerros tapados.

La política se sobreponia á la justicia.

Margarita vivió algun tiempo en estado de insensatez, y al fin murió, extinguiéndose lentamente como la luz de una lámpara que deja de alimentarse.

El alimento de Margarita era el amor de su marido.

El destino fatal de su familia la habia alcanzado

y su agonia habia sido más dolorosa que las de su madre y de su abuela.

La marquesa de Vallezarzal vivió lo bastante para enorgullecerse con su sobrino el jóven conde de la Salmedina.

En cuanto á María Luisa, se consoló como pudo de la pérdida de su hermoso conde, hasta que algunos años despues la hicieron olvidarse de aquella pérdida la lealtad, la amistad y los buenos servicios de Manolito Godoy, despues príncipe de la Paz.

El conde de Aranda gozó sin contradiccion de su poder mientras vivió Cárlos III; pero cuando ocupó el trono Cárlos IV, éste, influido por su mujer, le significó que estaba ya demasiado viejo, que sus largos servicios necesitaban descanso, y que se fuese á sus tierras á gozar del reposo.

María Luisa no olvidaba ni perdonaba.

El conde de Aranda murió desterrado, como habia muerto el marqués de la Ensenada.

El rey Manuel I, príncipe de la Paz, empezaba á elaborar para España, sin que nadie le fuese á la mano, la larga cadena de desgracias, cuyos eslabones han llegado hasta nosotros.

En cambio María Luisa habia llegado al último grado de felicidad posible, y Cárlos IV estaba muy contento, porque comia cuanto queria, cazaba á sus anchas y dormia bien.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

			Páginas.
CAPÍTULO	I	Una explicacion	5
—	II	Un juicio secreto	13
—	III	Un principio de revelacion	24
—	IV	En que va tomando más formidables proporciones la intriga de los Invisibles	35
—	V	De como una princesa real puede salir de noche á aventuras	49
—	VI	En que se ve que la princesa sabia superar las situaciones más difíciles	53
—	VII	Lo que se puede fiar en la policía, y lo que dos polizontes pueden confiar entre sí mismos	61
—	VIII	De como Margarita se sintió bajo el peso de un nuevo misterio	72
—	IX	De como don fray Lorenzo cogió á un mismo tiempo á un marqués y á un portero	80

		Páginas.
Capítulo X........	De como á veces en vez de cazar es cazada la policía........................	91
— XI.......	De como fué despertado el conde de la Salmedina para oir una noticia que ciertamente no esperaba.............	106
— XII.......	De como se estrechaban las distancias...	113
— XIII......	Preparativos..........................	125
— XIV.......	De cómo se improvisa un matrimonio...	135
— XV.......	Hasta qué punto puede llegar la sangre fria de un marido, y hasta qué punto puede verse en una situacion difícil quien tiene queridas cuando va á casarse..............................	142
— XVI......	En que se ve que no podia ser más difícil la situacion en qué se encontraba el conde de la Salmedina............	152
— XVII......	Lo que valia la marquesa de Vallezarzal.	171
— XVIII....	Cómo fueron las bodas del conde de la Salmedina con Margarita............	187
— XIX......	De como la Inquisicion servia para conspirar..............................	197
— XX.......	En que se declara la situacion en que se encontraban nuestros principales personajes.............................	214
— XXI......	Un extraño juicio entre las tinieblas...	233
— XXII.....	De como hay redes que envuelven á los mismos que las usan...............	255
— XXIII....	De como se puede premeditar la infamia para grandes fines..................	273
— XXIV....	De como se conspiraba en los conventos contra los palacios................	283
— XXV.....	En que vuelve á aparecer nuestro buen conocido Benito Cascajares..........	293
— XXVI ...	Una extraña carta que anuda unos amores adúlteros.......................	301
— XXVII....	De como puede conspirar contra un rey quien debe sucederle en el trono.....	314

			Páginas.
Capítulo	XXVIII...	El primer ministro de un rey..........	330
—	XXIX.....	De qué manera pudo una cuerda de ahorcar ir á las manos de la princesa de Astúrias..........................	351
—	XXX.....	De como en ciertas situaciones no se puede contar más que hasta cierto punto con un hombre de honor...........	372
—	XXXI ...	De como en aquellos tiempos se echaba siempre mano de los frailes para las situaciones extremas..................	399
—	XXXII...	Continúa la primera parte del motin contra Esquilache........................	410
—	XXXIII...	Lo que fué el motin de Esquilache y sus consecuencias...........................	419
—	XXXIV...	De qué manera y por qué medios puede disponerse de un tigre..............	456
—	XXXV. ..	De como empezó á tejerse la trama que debia acabar en España con la Compañía de Jesús..............................	467
—	XXXVI...	En que se da cuenta de la situacion en que se encontraban algunos de nuestros principales personajes.	479
—	XXXVII..	En que se ve desarrollarse la intriga á muerte, urdida por el conde de Aranda contra la Compañía de Jesús.........	
—	XXXVIII.	En que concluye el asunto referente á la Compañía de Jesús.......................	537
—	XXXIX. .	De como el conde de la Salmedina se veia amparado por una nueva y terrible intriga................................	556
—	XL......	De como se preparaban nuevos y grandes sucesos..........................	582
—	XXI.....	De como sobre una aventura, vino otra á María Luisa y al padre maestro....	588
—	XLII.....	Por qué Calcorra se habia puesto en un acechadero junto á la entrada del camino de Extremadura................	608

			Págnas.
CAPÍTULO	XLIII....	De como el padre maestro se apoderó de Calcorra y se puso en situacion de poder tener en sus manos á Ana del Rey..........................	625
—	XLIV.....	De qué extraña manera se reunieron al fin Cosme Calcorra y su mujer.......	639
—	XLV.....	Una carta misteriosa y terrible.........	681
—	XLVI.....	Una fiera demesticada...................	697
—	XLVII.....	De como un rey puede ser juzgado.....	707
—	XLVIII...	Del encuentro que tuvo el conde de la Salmedina yendo á rondar la casa de Cosme Calcorra.......................	728
—	XLIX.....	De como la idea del crímen se iba desarrollando en Cosme Calcorra...	745
—	L........	De la difícil situacion en que se encontraba el señor rey don Cárlos III.....	751
—	LI	Una aventura de María Luisa..........	760
—	LII........	De como Ana del Rey, creyéndose libre de Calcorra, se encontró á su vez presa............................	771
—	LIII.......	Hasta dónde puede llegar la locura del amor............................	783
—	LIV.......	De como el padre maestro don fray Lorenzo vino como llovido del cielo á cortar una situacion desesperada........	805
—	LV........	En que se ve que el padre maestro no era tan generoso con el conde de la Salmedina como el conde lo hubiera creido............................	811
—	LVI.......	De como puede engañar completamente su amor propio á una mujer.........	823
—	LVII	De como el conde de la Salmedina iba de mal en peor....................	841
—	LVIII.....	De cómo y de qué manera misteriosa fué sacado Calcorra de la cárcel del Santo Oficio............................	851

Páginas.

Capítulo	LIX......	De como el padre maestro encontró de deduccion en deduccion la pista de Calcorra........................	871
—	LX......	De como acabó de mala muerte, y á causa de una traicion miserable, el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.	880
—	LXI......	De como no es bueno esperar mucho tiempo á lavarse las manos de la sangre que ha dejado en ellas un asesinato............................	903
—	LXII......	De cómo Gallifero supo sin preguntar aquello mismo que habia salido á inquirir.............	913
—	LXIII.....	De cómo fué el levantamiento del cadáver del padre maestro don fray Lorenzo..........................	922
—	LXIV. ...	De como dos magníficos ojos negros pueden influir poderosamente en la marcha de la justicia................	933
—	LXV......	De como pueden robarse dos señoras á la puerta de una iglesia................	955
—	LXVI. ...	De cómo fueron inútiles durante ocho horas las pesquisas que se hicieron en busca de las dos damas perdidas......	966
—	LXVII....	De como la policía dió al fin con el camino que debia llevarla á libertar á las dos secuestradas.:............... ..	978
—	LXVIII...	De como recibió un terrible castigo de la Providencia un infame, y fué entregado otro á la justicia humana.........	999
—	LXIX.....:	De como era inapreciable la lealtad de Baltasar, y hasta dónde llegaba la flema borbónica de Cárlos III.........	1014
—	LXX......	En que se ve cómo el conde de Aranda manejaba á la justicia, y se trata del entierro del conde de la Salmedina...	1029

Páginas.

CAPITULO LXXI.... En que se ve que las intrigas no habian terminado aún.................. 1043
— LXXII.... De como volvió á servir el escondite del palacio del Pardo.................... 1057
— LXXIII... De como era muy difícil envolver en una intriga al conde de Aranda.......... 10[illegible]
— LXXVI... Donde se verá el trágico fin que tuvo la intriga de Ana del Rey.............. 11[illegible]
EPÍLOGO.. 1111

FE DE ERRATAS.

Página.	Linea.	Dice.	Debe decir.
517	15	hombres	sombreros
517	16	sombreros	hombres

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Tomo primero.

	Páginas.
Portada	1
...garita se desenvolvió de la capa y la arrojó de sí	36
...en, ven! ¡Ocúltate!—añadió	84
...el conde limpió su espada en la capa de Armagnac	191
Así descendieron cincuenta peldaños	234
¡Vivan los mantos, las capas y los sombreros!	306
Acostumbro á usar estos diges por lo que pueda ocurrir	377
¿Sois vos la justicia?	418
Al ver el cajon vacío, lanzó un grito agudo	493
¿Tiene vuecencia la bondad de seguirme?	541
Se os recomienda que leais esas memorias en todo el dia de hoy.	605
Se arrancó la corbata, se abrió la camisa, y dejó ver en su cuello el collar de la reina	698
¡Caribe!—exclamó Jacinto, arrojando un bolsillo sobre la mesa.	752
Deteneos, yo no os permito que me sigais	798
Este collar y este pañuelo unidos, representan dos asesinatos	854
Cuidad de no despertarla	931
¡Muerto!—dijo De Armagnac	993
Si no sois mia, me mataré	1025
¡Venganza, Paolo! venganza y soy tuya	1093
¡Lo juro!	1108

Tomo segundo.

	Páginas
¿Adónde irá éste? Sigámosle	62
No permito que nadie dude de mis palabras	118
¡Ah! no; tú no te casarás	163
Y entró un fraile dominico, alto y majestuoso, con la capucha completamente calada sobre el semblante	200
Y bien,—dijo De Armagnac,—¿qué teneis que decirme?	233
Hacedme el favor de oir lo que os diga	278
La princesa arrojó la carta de fray Lorenzo á la chimenea	310
Y empezó á descolgarse con gran emocion de la princesa	371
Era el padre maestro don fray Lorenzo	400
Los ojos del rey estaban turbios. Procuró leer de nuevo, y no pudo	500
Oyeron de una manera impasible los jesuitas esta sentencia terrible	536
El capigorron me dió un puntapié que me descompuso toda	614
Soltadme, mujer; nada temais, puesto que vuestro marido va á hablar	668
¡Mátale, Luis mio; mátale! Es necesario que ese hombre no sea un obstáculo para nuestra felicidad	746
Se apoderaron de ella, la taparon la boca y la arrebataron consigo	782
¡Ah! yo no he amado hasta ahora, María Luisa	832
Se lanzó en un escape desenfrenado	897
Cuatro bandidos feroces las guardaban de vista	966
Calcorra avanzó hácia la mano en que Margarita tenia empuñada la espada	1006

